

DAVID MARÍN HERNÁNDEZ

**ESTUDIO Y EDICIÓN DIGITAL
DE**

VÍCTOR HUGO

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

Traducción de Eugenio de Ochoa

Madrid, 1836

Edita

Proyecto de investigación I+D, HUM-2004-00721
Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos
traducidos al español

Málaga, 2007

Nuestra Señora de París, de Eugenio de Ochoa: Traducción e identidad nacional

David Marín
Universidad de Málaga

1. Introducción

La publicación de *Notre-Dame de Paris* en 1831 supone, a juicio de no pocos críticos, la culminación de la novela histórica. Es cierto que la influencia de Walter Scott resulta visible en varios momentos de la obra —el gusto por lo pintoresco, por las descripciones de grandes multitudes en movimiento, o por la vitalidad de los diálogos son algunos de los elementos en los que se plasma la ascendencia del escocés—, pero la tesis que propone Víctor Hugo en esta narración supone una novedad en el género histórico. Mientras que en las novelas de Walter Scott, imitadas hasta la saciedad en toda Europa, se privilegiaban los factores políticos y económicos de la Historia —sus personajes solían encarnar estamentos sociales enfrentados por conseguir el poder en momentos de cambio—, Hugo, por el contrario, no concibe el devenir histórico como un juego de clases luchando por hacerse con el mando, sino como un enfrentamiento entre valores éticos. En *Nuestra Señora de París*, la contingencia histórica cede el protagonismo a lo universal: los personajes no representan sólo fuerzas sociales en un periodo convulso de la Historia, sino valores éticos atemporales.

Este desafío literario —que el escritor francés asumió más por obligación contractual con su editor que por voluntad propia— le valió no pocas críticas en su momento, que le reprocharon especialmente el carácter «plano» de sus personajes. La bella Esmeralda, el malvado archidiácono Claude Frollo, el deforme Quasimodo, el poeta Pierre Gringoire, o el capitán Febo simbolizan, en efecto, ideales que luchan por imponerse en el transcurso de la Historia de la humanidad. Pero con el paso de los años, esta configuración de los personajes ha dejado de interpretarse como una lacra de su novela y es considerada en la actualidad como una apuesta consciente de Hugo por la epopeya histórica (*Notre-Dame de Paris* ha sido definida como la fusión de Walter Scott y Homero). Los protagonistas de esta historia luchan por materializar los valores éticos que los impulsan, y, dado que el autor se complace en mostrarnos las dificultades —inherentes a la Historia y, por tanto, eternas— que han de superarse para plasmar dichos valores, la novela adopta la forma de una epopeya que trasciende las contingencias históricas.

De hecho, es precisamente este predominio de lo ético-universal frente a lo histórico-coyuntural lo que explicaría el éxito que ha obtenido esta obra en multitud de países, así como su permanencia generación en generación. Es innegable que las diversas adaptaciones cinematográficas de que ha sido objeto —pensamos especialmente en la realizada por Walt Disney— han contribuido decisivamente a la difusión internacional del Jorobado de Notre-Dame, pero conviene recordar que mucho antes de que apareciese la industria cinematográfica, la historia de amor entre Esmeralda y Quasimodo ya había sido traducida e imitada en numerosos países¹.

La habilidad narrativa de Hugo y la avidez de los lectores de su tiempo por la novela histórica explican el éxito internacional que obtuvo *Notre-Dame de Paris* desde su misma publicación. Théophile Gautier, en el prefacio que elaboró para la edición de 1835, dijo:

¹ Sólo dos años después de su aparición en Francia, se publicaba en España *La Catedral de Sevilla*, una suerte de traducción-adaptación de la novela francesa a cargo de Ramón López Soler.

«Seguramente *Notre-Dame de Paris* es la novela más popular de la época y su éxito ha sido total. Artistas y profanos coinciden en esta admiración e incluso ni los críticos más hábiles han podido evitar el unir sus aplausos al aplauso general. Si se nos permitiera poner límites a un genio en su plenitud, y con tanto futuro ante él, podríamos decir que *Notre-Dame de Paris* es y seguirá siendo la obra más bella del poeta» (Gautier, 1835)².

2. Novela histórica y romanticismo

El éxito de este género narrativo en toda Europa desde principios de siglo XIX fue paralelo al auge del romanticismo. No son pocos los estudiosos que han establecido una vinculación esencial entre este tipo de narración y el movimiento romántico. En efecto, la novela histórica ofrecía a los escritores un cauce para plasmar de forma literaria muchos de los elementos nucleares de la ideología romántica. Les permitía, por ejemplo, volver la mirada hacia las encrucijadas de la Historia y concentrarse en momentos considerados decisivos para la nación, lo que hacía de estas narraciones un instrumento muy rentable para satisfacer el impulso nacionalista de «hacer patria». La trama histórica les ofrecía, además, la posibilidad de manifestar su compromiso con determinadas fuerzas sociales de su época, ya que la perspectiva que los escritores adoptaban ante los acontecimientos novelados no dejaba de ser una manera de mostrar su ideología y, por ende, su adhesión a ciertas facciones políticas contemporáneas. Lo histórico, en definitiva, apuntalaba las tesis políticas de los escritores.

Esto obliga necesariamente a matizar la tesis que interpretaba el éxito de la novela histórica como una consecuencia de la desafección que sentía el escritor romántico hacia su actualidad. Según esta idea, habría sido la insatisfacción hacia su presente más inmediato lo que empujó a los artistas a buscar refugio en épocas pretéritas (o lejanas en el espacio). Sin embargo, los hechos no se corresponden con esta explicación, pues fueron muchos los autores que cultivaron este género en momentos en los que se sentían plenamente identificados con su ambiente social y político, como lo demuestra el que participaran activamente en diversos foros sociales y llegaran a convertirse en verdaderos personajes públicos³.

El deseo de los románticos —ya fuese en su faceta de lectores, ya en la de escritores— por *experimentar* momentos gloriosos del pasado nacional hacía insuficiente la mera *información* erudita sobre la historia de la nación. No bastaba con informarse sobre el pasado: existía una verdadera necesidad de *vivir* aquellos momentos gracias a la identificación con los personajes novelescos que permite la literatura. En este sentido, la novela histórica constituía un mecanismo de gran utilidad social y literaria, pues permitía aunar el placer estético, por un lado, con el prurito de erudición del lector, por otro.

Por otra parte, la novela histórica, al subrayar los constantes cambios de los que era presa el individuo en los vaivenes de la Historia, suponía también una manifestación de la precariedad existencial del hombre en el devenir del tiempo, uno de los elementos fundamentales del ideario romántico. Se trataba, en este sentido, de una plasmación literaria del historicismo que marcó el pensamiento a principios del siglo XIX y finales del XVIII.

² Citamos por la edición de Eloy González (1985: 35).

³ Esta matización debe extenderse, por otra parte, al tópico general que nos presenta al escritor romántico como un ser desarraigado. Es esta una imagen que no se corresponde con la mayoría de estos autores, especialmente en el caso de España, en donde los primeros románticos provenían de sectores conservadores que se oponían a la persistencia del neoclasicismo.

La inestabilidad de las instituciones políticas y sociales, los frecuentes cambios que se vivían durante este periodo fomentaron un fuerte relativismo histórico que se orientó igualmente hacia épocas pasadas. Estas épocas dejaron de ser interpretadas como meras etapas o fases de una carrera en el tiempo que había de concluir en el momento presente, y pasaron a ser percibidas como configuraciones históricas peculiares, de carácter orgánico y explicables según su propia naturaleza —esto es, atendiendo a su *mismidad*—. La novela histórica constituía una muestra más del rechazo radical que suscitó entre los románticos la validez supratemporal de unas determinadas normas estéticas universales. La universalidad dieciochesca que caracterizó el proyecto ilustrado impedía una comprensión empática de las vivencias propias de los antepasados. En definitiva, la épica histórica, lejos de suponer una «vía de escape» ante la insatisfacción del presente más inmediato, formaba parte de un programa político tendente al desarrollo de la identidad nacional, pues, al exagerar la idiosincrasia de otras épocas —o de otros pueblos—, se contribuía al reforzar el carácter de *lo propio*. Como se verá en las siguientes páginas, esta visión romántico-nacionalista estaba presente en muchas de las traducciones de la época, y explica no pocos de los procedimientos a los que recurrió, por ejemplo, Eugenio de Ochoa en su traducción de *Notre-Dame de Paris*.

3. La novela histórica en la literatura española

La popularidad de la novela histórica se debió también a su capacidad de integrar muchos de los elementos propios de la novela negra y la novela fantástica, pero dotándolos de una mayor trascendencia: el recurso a acontecimientos históricos proporcionaba una estructura narrativa de mayor envergadura, lo que permitía estabilizar los continuos vaivenes argumentales de la novela fantástica tradicional⁴. Por todo lo dicho hasta ahora, no es de extrañar que en la Europa del primer tercio del siglo XIX las novelas históricas ocupasen una posición privilegiada en el campo literario. En nuestro país, autores como Larra o Espronceda —que volvieron la mirada hacia la historia de España para ambientar relatos como *El doncel de don Enrique el Doliente* (1834), y *Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar* (1834), respectivamente— demuestran que también los grandes escritores de la época cultivaron este género de forma más o menos asidua, según los casos.

Sin embargo, en lo que a la literatura española se refiere, ha de reconocerse que la producción nacional de novelas históricas no ha dejado profundas huellas en nuestro sistema literario. Una vez que el paso de los años nos ha permitido estudiar aquel periodo con el distanciamiento necesario, son varias las explicaciones que se han ofrecido. En general, los escritores españoles de principios de siglo XIX no mostraron especial predilección por la novela en general, un género muy poco frecuentado desde mediados del siglo XVII hasta bien entrado el XIX. En lo que concierne a la novela histórica en particular, Amado Alonso reprocha a nuestros autores que no consiguiesen encontrar el grado exacto en el que combinar los dos ingredientes esenciales en este género: erudición y placer estético (Alonso, 1942). Los novelistas españoles, siempre según este crítico, privilegiaron la información histórica y descuidaron las necesidades propias de la ficción: el lector «aprende», pero no «experimenta» el modo de vida ni la idiosincrasia de la época recreada; esto es, no se llega a producir la cristalización estética que exige toda obra de arte.

⁴ No son pocos los elementos de la novela negra que Hugo introdujo en *Nuestra Señora de París*. Baste señalar, a modo de ejemplo, uno de los personajes centrales de la novela: la Catedral, que no es en absoluto un lugar santo, religioso, de piedad o recogimiento, sino el hogar de Quasimodo, un ser deforme; es el lugar donde el narrador encuentra la inscripción que preside la marcha de la Historia: «fatalidad»; es el lugar que simboliza la superstición y la ferocidad de la Edad Media.

Como se verá más adelante, esta excesiva erudición no solo afectó a los escritores, sino también a algunos traductores de novelas históricas extranjeras, que cubrían sus versiones de notas filológicas, entrecortando así la lectura e impidiendo en ocasiones un verdadero placer estético (Eugenio de Ochoa, por ejemplo, en su traducción de *Notre-Dame de Paris*, llegó a introducir notas en las que explicaba la pronunciación francesa de los nombres de ciertos personajes).⁵

Causa o efecto de este *déficit* de producción novelística propia, las traducciones de narraciones extranjeras abundaron a principios de siglo en nuestro país. Destacan especialmente las novelas históricas de Walter Scott, cuyas obras no sólo se tradujeron con especial rapidez, sino que proporcionaron un modelo narrativo de gran éxito comercial. Fueron muchos los autores —no sólo españoles, sino también franceses— que escribieron a imagen y semejanza del escocés. Ejemplo conspicuo es el que nos ofrece Ramón López Sóler con su novela *Los bandos de Castilla* (1830), un remedo de varias obras de Scott (Picoche, 1993: 99).

Es en este contexto literario en el que hay que situar la traducción que realizó Eugenio de Ochoa de *Notre-Dame de Paris*, publicada en Madrid en 1836 por la Imprenta de D. Tomás Jordán. Esta traducción, que ofrecemos digitalizada tras el estudio preliminar, es la primera versión española de la novela de Hugo⁶. Desde entonces hasta la actualidad, se han publicado en nuestro país más de cien traducciones en castellano⁷, la última de las cuales es obra de Alberto Torrego Salcedo, publicada en 2006 en la editorial Gredos.

La traducción de Ochoa, realizada a partir de la octava edición francesa, fue muy bien acogida, tanto por la crítica como por los lectores, y, aunque en los años siguientes se realizaron nuevas versiones en castellano⁸, la de Ochoa se volvió a reeditar en 1841, 1842 y 1847 por la Imprenta de Manuel Sauri, lo que demuestra su buena aceptación por el público. Los once libros que componen la novela se publicaron en España en tres volúmenes. El primero de ellos se compone de los cuatro primeros libros; el segundo, de los libros V, VI, VII y VIII; y el tercero, de los libros IX, X y XI.

⁵ Guillermo Carnero apunta también otra de las flaquezas en la novela histórica española, en especial aquellas en las que aparecían elementos fantásticos (Carnero, 1973). Según Carnero, los escritores españoles no terminaron de adentrarse en lo verdaderamente maravilloso, es decir, en lo sobrenatural. Por el contrario, todos los elementos supuestamente fantásticos acababan siempre por encontrar una explicación racional (normalmente, trastornos psicológicos de los personajes o alucinaciones motivadas por elementos de la naturaleza).

⁶ No era esta, sin embargo, la primera obra de Víctor Hugo que tradujo Ochoa. Un año antes, también en la Imprenta de D. Tomás Jordán, había publicado la traducción de otras dos novelas históricas del autor francés: *Bug Jargal* y *Hans de Islandia*, lo que demuestra la enorme popularidad de la que gozaban en nuestro país el género histórico, en general, y las novelas de Hugo, en particular. También en 1836 había dado a conocer Eugenio de Ochoa su traducción *Hernani o el honor castellano*, drama de Hugo publicado en la Imprenta de Repullés.

⁷ *Cfr.* el exhaustivo trabajo del profesor Lafarga sobre las traducciones de Víctor Hugo en España, en el que figuran las diferentes versiones en castellano, catalán y euskera de *Notre-Dame de Paris*, desde la primera de Eugenio de Ochoa en 1836 hasta la de E. González Fiol reeditada por Espasa-Calpe en 2001 (2002: 85-101). Por razones obvias, no figura en este trabajo publicado en 2002 la última traducción realizada por Alberto Torrego Salcedo y publicada por la editorial Gredos en 2006.

⁸ Nos referimos a las traducciones de A. Faura y la de Higinio J. Reynoso (Lafarga, 2002: 86).

4. La labor política y cultural de Eugenio de Ochoa

Desde el ámbito traductológico, nos llama la atención que muchos investigadores que han estudiado la figura de Ochoa hayan intentado explicar por qué un crítico literario de su prestigio se dedicó fundamentalmente a traducir. Revelan estas explicaciones el escaso valor del que goza la traducción como actividad intelectual, y ello tanto en el siglo XIX como en la actualidad, puesto que todavía hoy sigue causando sorpresa que alguien que pudiendo haberse dedicado a otras actividades literarias prefiriese, sin embargo, concentrarse en la traducción. En efecto, aunque también fueron muchos los ensayos, artículos y críticas literarias que publicó Ochoa en la prensa española y francesa, su actividad como traductor fue especialmente intensa. Son varias las explicaciones que se han ofrecido para esta elección. Aunque se ha apuntado a su escasa creatividad literaria o al fracaso de sus dramas originales tras ser representados, parece que el criterio económico tuvo cierto peso en sus preferencias (la preferencia del público español por las obras extranjeras hacía más rentable traducir que escribir artículos y obras originales).

En más de una ocasión Ochoa demostró que sus decisiones en el ámbito de la literatura estaban guiadas por el deseo de obtener el mayor rendimiento económico de su producción bibliográfica, como cuando abandonó una brillante carrera en España como crítico literario atraído, quizás, por las suculentas ofertas del editor parisino Baudry; o como cuando se embarcó en la traducción de un drama de escasa calidad literaria sólo por el éxito comercial que este había cosechado en Francia. Nos referimos concretamente a *El campanero de san Pablo*, del francés Paul Bouchardy, que había llegado a las trescientas representaciones consecutivas en París. Esta obra no agradó excesivamente a Ochoa, pero semejante éxito en los teatros franceses suponía una tentación difícil de resistir. Aunque acabó por traducirlo en español, al cabo de los años, en 1851, Ochoa reconocería que «no merece mucho, literariamente considerado, el muy conocido dramón de Bouchardy titulado *El campanero de san Pablo*, [...] pero todo se puede perdonar por el interés que inspira». (Randolph, 1966: 56).

El caso de Ochoa no fue ni mucho menos excepcional. Fueron muchos los escritores que, pese a quejarse del aluvión de traducciones que se publicaba en nuestro país, aceptaron, de forma más o menos puntual según sus necesidades, los encargos de las editoriales para traducir obras extranjeras. El mismo Larra, que se lamentaba de ello — «traduzcamos, pues, y lloremos», decía precisamente al comentar una traducción de Ochoa—, tradujo a principio de la década de los ochenta obras del exitoso Scribe, de Ducange, o de Lockroy (Lafarga y Pegenaute, 2004: 374). Nada hay, por otra parte, de incoherente en el comportamiento de estos escritores. No vemos ninguna contradicción en los lamentos de Larra u Ochoa con su labor traductográfica, pues sus quejas no se dirigían a la traducción como hecho literario o actividad profesional, sino al estado de la literatura española, que había de recurrir a obras extranjeras para satisfacer la demanda del público. Así se explica esta defensa de las representaciones de dramas franceses en los teatros españoles que publicó Ochoa al principio de su carrera como traductor, en 1836:

La Francia nos da sus dramas sin retribución, por pura generosidad, en una palabra, de limosna; nosotros los tomamos, los traducimos, los representamos, y no contentos con esto, todavía queremos darnos cierta importancia y ponerles tachas. [...] Raro es el día en que no se dá en nuestros teatros alguna pieza francesa; y lo mas general es que, si se dan una sola noche dos ó tres, las dos ó tres sean traducidas de la lengua de M. Scribe. Este es un hecho, harto lisonjero para nuestro amor propio pero ¿quien tiene la culpa de que esto suceda? Mientras creímos equivocadamente que la tenía la actual empresa de teatros, porque a todos oíamos quejarse de que no se daban mas que traducciones, hicimos la guerra á la empresa por todos los medios que estaban á nuestro alcance como periodistas. Pero seamos justos,

¿qué ha de hacer la empresa? ¿Ha de arruinarse y arruinar á nuestros pobres actores, por dar gusto á media docena de españoles rancios, como nosotros por ejemplo, de aquellos que dejarían todas las óperas y todas las traducciones del mundo por una comedia de Calderón, de Tirso ó de Moreto? ¿Podemos en conciencia exigir esto de la empresa? La empresa hizo grandes sacrificios para poner en escena *El tejedor de Segovia*, y ya hemos visto cuál fue el pago que le dio el público: ha hecho traducir y representar *La pata de cabra* y con esta farsa ridícula ha ganado cerca de un millón de reales. [...] He aquí todo el secreto de la decadencia de nuestro teatro nacional (citado por Cobos Castro 1995: 19-20).

A diferencia de otros escritores del siglo XIX, cuyas incursiones en el terreno de la traducción fueron puntuales —y motivadas, en ocasiones, por razones literarias (como el deseo de traducir a autores extranjeros de los que se sentían cercanos)—, la relación de Ochoa con la traducción llegó a ser en algunos periodos de su vida la de un profesional dedicado enteramente a esta actividad. Abandonó otras facetas de su labor intelectual para ganarse la vida como traductor, y, en muchas ocasiones, los textos que traducía no eran obras literarias, sino textos científicos y técnicos que le encargaban las editoriales. Nos referimos, por ejemplo, a *El daguerrotipo* (1839, de Louis Daguerre), *Tratado elemental de física* (1872, de Augustin Privat-Deschanel), *La fotografía en colores* (1899, de George Brunel), *Elementos de economía política*, (de Garnier), etc.

Pero al margen de la intensidad con la que se dedicó a verter en español obras extranjeras, hay en la faceta traductora de Eugenio de Ochoa un componente político que nos interesa destacar ahora. Y es que para comprender en su justa medida la ingente labor traductora de Eugenio de Ochoa, es necesario situar sus traducciones en el seno de un proyecto socio-cultural de mayor envergadura. Ochoa fue un verdadero *agente cultural* que, tras su regreso a España después de haberse formado intelectualmente en París, quiso dinamizar el ambiente literario español. A través de sus obras, de la revista que él mismo fundó (*El Artista*), de sus críticas literarias, de su labor como editor y mecenas y, sobre todo, de las traducciones de grandes autores extranjeros, Ochoa contribuyó decisivamente a elaborar el canon romántico en España. Entre los numerosos autores extranjeros de prestigio a los que tradujo, figuran, además de Víctor Hugo, Walter Scott, Alexandre Dumas, François-René de Chateaubriand, George Sand, David Hume, Joseph Garnier, o Frédéric Soulié entre otros⁹. Es cierto que nunca llegó a destacar como autor¹⁰, pero fue considerado en su momento —y sigue siéndolo en la actualidad— como uno de los principales introductores del romanticismo en nuestro país. Ochoa fue el primero en traducir a autores como Balzac o E.T.A. Hoffman, y fue en una traducción de Ochoa como se representó por vez primera un drama de Hugo en España (*Lucrecia Borgia*).

Su formación literaria, adquirida en Francia durante su adolescencia, le permitió percatarse de las nuevas tendencias europeas. Cuando regresó a España, en 1836, percibió que la literatura española padecía el «estancamiento de los clasicistas», según sus propias palabras, y abogó por renovar el ambiente intelectual del país. Quería «sacudir» la sociedad española de sus viejos *tics* sociales y literarios, y las traducciones —junto con su labor como

⁹ En su monografía sobre la figura de Eugenio de Ochoa, Randolph recopila todas sus traducciones por orden cronológico (1966: 245 y siguientes).

¹⁰ Según J. L. Alborg, «Ochoa, como autor dramático, dio a escena dos obras: *Incertidumbre y amor* y *Un día de 1823*. La primera es un melodrama sentimental al gusto romántico del momento. La segunda pretende encerrar un mensaje de tolerancia y comprensión, algo por cierto raro en aquellos años de guerra civil. La obra situada en 1823 enfrenta a los liberales de Cádiz con los absolutistas que abrieron las puertas a los Cien Mil Hijos de San Luis, situación fácilmente equiparable a la guerra civil entre liberales y carlistas en los días en los que la obra fue estrenada. *Ambos dramas originales tuvieron mediana acogida, lo que empujó a Ochoa a dedicarse a la traducción*» (cursivas nuestras) (Alborg, 1980: 179).

crítico literario— constituyeron uno de los instrumentos esenciales a los que recurrió para llevar a cabo dicho proyecto.

Un proyecto que consistía en importar lo extranjero para dinamizar lo propio, como veremos con más detalle cuando comentemos sus procedimientos de traducción. No puede perderse de vista que uno de los componentes esenciales del ideario romántico era el afianzamiento de la identidad nacional y la defensa de lo autóctono frente a las costumbres extranjeras, vistas en la mayoría de los casos como una amenaza a la tradición española — especialmente si estas costumbres extranjeras provenían de los antiguos invasores franceses—. Esta exaltación nacionalista es también visible en los escritos de Eugenio de Ochoa, aunque, en su caso, tratándose de alguien que hizo de la traducción su principal actividad literaria, el nacionalismo había de ser forzosamente matizado. Algunas anécdotas dan fe de que la introducción de autores románticos galos en España no debía de entenderse, desde su punto de vista, como una sumisión de nuestra literatura a la francesa, sino como una forma de avivar la creatividad de nuestros artistas para recuperar la tradición literaria española (una tradición que Ochoa remontaba al Siglo de Oro, poniendo así entre paréntesis el periodo neoclásico, nefasto para nuestras letras, a juicio de los románticos). Nos referimos, por ejemplo, a las diatribas que lanzó contra la difusión en España de las prendas de vestir importadas de Francia, las cuales estaban arrinconando en los armarios las mantillas españolas. No había, pues, que copiar a los franceses, sino «inocular» a la sociedad española las tendencias artísticas que tantas buenas obras estaban generando en el resto de Europa. La traducción de la literatura foránea tenía el objetivo de fertilizar el desértico panorama de nuestro país.

Esta función que desempeñan las traducciones en la labor divulgadora de Ochoa explica algunos de los procedimientos de traducción a los que recurre en su versión de *Notre-Dame de París*. Lejos de domesticar los elementos propios de la sociedad francesa mencionados por Víctor Hugo, Ochoa prefiere mantenerlos, en general, con una literalidad escrupulosa. Su traducción no pretende presentar la obra extranjera como si hubiese sido escrita para españoles en lengua española. Por el contrario, su propósito es que sea en todo momento leída como tal, esto es, como un elemento ajeno a nuestra literatura y a nuestra tradición. Ochoa no traduce con el objetivo de rellenar un hueco en la literatura nacional —es ésta una labor que él asigna a los escritores españoles—, sino con el de mostrar cuáles son las tendencias de la literatura europea, cuál es el nuevo rumbo que deberían tomar nuestros creadores. Los artículos de Ochoa publicados en la revista de la que fue editor, *El Artista*, van en la misma dirección. Se aprecia en ellos un intento de regenerar la sociedad —se critican, por ejemplo, las supersticiones populares, especialmente las religiosas¹¹—, sin perder ello la esencia de nuestra tradición.

La tradición nacional era, en efecto, una prioridad para los primeros románticos españoles, claramente conservadores desde una perspectiva política. En el ideario romántico encontraron un oportuno andamiaje ideológico para oponerse al racionalismo

¹¹ La superstición religiosa fue para Ochoa uno de los grandes males de la sociedad española, y, aunque el pensamiento del escritor evolucionó en muchos aspectos con el paso de los años, sus críticas a las «apariencias santurronas» de España, por el contrario, se mantuvieron hasta el final de sus días. En 1871, en un artículo sobre Galdós, escribía Ochoa: «Bien hace el Sr. Pérez Galdós en esgrimir su pluma contra la hipócrita sociedad de fines del siglo pasado y principios del presente, sociedad devorada por una depravación profunda bajo sus apariencias santurronas; aquella sociedad que rezaba el rosario todas las noches y se arrastraba por las mañanas en las antesalas del Príncipe de la Paz; que tenía los pueblos llenos de conventos y los caminos infestados de salteadores; que abrigaba todos los vicios y todos los escándalos de la nuestra, con otros más, ante los cuales se sublevarían hoy hasta las piedras; una sociedad tan corrompida en ideas como en costumbres y hasta en gusto literario» (Randolph, 1966: 166).

ilustrado francés. Recordemos que la labor de la Inquisición hizo que muchas de las grandes obras de los ilustrados franceses llegasen a España con retraso y se difundiesen bien entrado ya el siglo XIX, casi al mismo tiempo que otras obras románticas (Lloréns, 1989). Así pues, a principios de siglo XIX, el «peligro» del racionalismo afrancesado todavía no se había disipado, y las ideas románticas —gracias a su profundo espiritualismo católico y medieval— constituían un arma eficaz para hacerle frente.

En su reacción contra los principios neoclásicos del siglo XVIII, el primer romanticismo español recuperó a los grandes autores del Siglo de Oro, lo que permitía también reafirmar la esencia de la nación española frente al afrancesamiento del que hacían gala los heterodoxos. La descripción del escritor romántico que ofrece Ochoa en *El Artista* nos lo presenta como un autor «que quisiera ver reproducidas en nuestro siglo las santas creencias, las virtudes, la poesía de los tiempos caballerescos», lo que demuestra que recuperar las raíces de la patria exaltando la esencia de lo español —supuestamente católica y monárquica— constituía un aspecto nada desdeñable de su proyecto romántico.

La situación en España —en donde, como se ve, el romanticismo fue inicialmente un «cordón sanitario» de los conservadores frente al neoclasicismo ilustrado¹²—, contrastaba con la de otros países, en los que este movimiento fue evolucionando desde su conservadurismo inicial hacia posiciones ideológicas más progresistas. Si bien es cierto que en Francia o en Gran Bretaña, por ejemplo, existió también un romanticismo conservador (piénsese Chateaubriand o Walter Scott), no tuvieron que pasar muchos años, sin embargo, para que este movimiento tomase en aquellos países una nueva dirección política más comprometida con los movimientos sociales. El caso francés nos ofrece un ejemplo conspicuo de esta transformación política. Los primeros románticos, ante los excesos de la Revolución —y la inestabilidad político-social que de ellos se derivó—, se mostraron especialmente conservadores: una vez que la Revolución les había otorgado ciertas libertades políticas, optaron por *conservarlas*, en lugar de seguir luchando por ampliar los derechos sociales. El romanticismo quedó asociado, pues, a la restauración de la monarquía y los valores católicos tradicionales. Sin embargo, las continuas decepciones que causó la restauración y el desapego cada vez mayor que sentía el artista romántico hacia el pragmatismo de la sociedad burguesa y la Revolución Industrial alteraron rápidamente esta posición inicial. Resulta significativa, en este sentido, la evolución política de Víctor Hugo, quien, no mucho tiempo después de haber fundado junto a sus hermanos una revista titulada significativamente *Le Conservateur littéraire* (monárquica y religiosa), pasó a pronunciar encendidos discursos progresistas —de ahí que Ochoa fuese distanciándose de él con el paso del tiempo—.

Sírvanos este breve resumen para mostrar las estrechas relaciones que mantenían literatura y política en el currículum de Ochoa. Su traducción de *Notre-Dame de Paris*, de hecho, puede adscribirse también a su labor romántico-nacionalista. Determinados procedimientos de traducción exotizantes que se comentarán en las siguientes páginas parecen estar motivados por su voluntad de afianzar el carácter identitario español, tan caro a los románticos.

¹² Ochoa apenas deja pasar una oportunidad en su traducción de *Notre-Dame de Paris* para mostrar su animadversión hacia los gustos artísticos del siglo XVIII. Así, en el capítulo II del libro II (titulado «La Plaza de la Grève», página 111 del segundo tomo), a raíz de un breve comentario de Hugo acerca de la época de Louis XV, el traductor no puede reprimirse y en una nota a pie de página ofrece la siguiente puntualización a sus lectores: «Época la más lastimosa del gusto francés en todo».

5. Traducción e identidad nacional

Ya en las primeras páginas de su traducción llaman la atención las numerosas notas a pie de página que Eugenio de Ochoa ha añadido en la novela de Hugo. A través de ellas, el traductor no sólo informa a sus lectores de las peculiaridades lingüísticas francesas —que él considera, en algunos casos, irreproducibles en español—, sino que también les explica con todo lujo de detalles los diversos aspectos de la realidad cultural francesa (su historia, su literatura, su geografía, etc.). Es interesante constatar que estos añadidos no son, en la mayoría de los casos, necesarios para poder seguir la trama de la novela: se trata, más bien, de «anexos culturales» a pie de página con los que el traductor instruye y guía a sus lectores para transportarlos a la Francia medieval en la que transcurre la historia. Cuando aparecen los nombres de regiones francesas (Picardie y Bourgogne, por ejemplo), el traductor aprovecha para explicar cómo se dividía el territorio francés durante la época feudal, o cuáles eran las relaciones entre los señores feudales y el rey. Abundan también en estas notas las comparaciones entre la historia francesa y la española, lo que incide una vez más en la voluntad pedagógica del traductor.

Es reveladora la actitud de Ochoa cuando Víctor Hugo, en una de las muchas pinceladas históricas cuya función es trasladar al lector al siglo XV, menciona tres géneros teatrales característicos de la Edad Media: la «moralité» (género burlesco en el que se mezclan lo patético y lo melodramático), la «farce» (de carácter satírico) y la «sotie» (representación en la que se hacía escarnio de nobles y reyes). Mientras que en traducciones más recientes desaparecen estas pinceladas históricas¹³, Ochoa, por el contrario, las mantiene literalmente y explica con detalle en una extensa nota el origen y las características de estos géneros cómicos. Incluso los compara con nuestros antiguos Autos Sacramentales de Calderón y Lope (comparación de la que, evidentemente, salen vencedores los nuestros: nacional-romantismo obliga); y, consciente de que su explicación comienza a extenderse en demasía, precisa que «si no temiéramos distraer la atención de nuestros lectores, citaríamos los argumentos de alguna de aquellas *moralidades* para que se viera cuán insípidas eran y vacías de toda especie de mérito».

Aunque, como se ha dicho, esta profusión de notas a pie de página resulta a veces molesta para quien desea disfrutar de la novela de Hugo en una lectura estrictamente literaria, es indudable el interés académico que poseen los comentarios de Ochoa, pues provienen no solo de uno de los críticos más prestigiosos de su época, sino también de alguien que seguía muy de cerca tanto la literatura francesa como la española. Sus notas sobre literatura comparada nos resultan especialmente jugosas. Independientemente de que se compartan sus juicios, estos nos proporcionan información de primera mano sobre la historia de la literatura española. Por ejemplo, la nota que introduce el traductor en la página 89 del Tomo III (Capítulo III del Libro X) nos permite deducir la escasa implantación del metro alejandrino en nuestra poesía (faltaba aún más de medio siglo para que este verso se extendiese con los modernistas), ya que, cuando Hugo menciona este tipo de verso, Ochoa se cree en la obligación de ofrecer a los lectores españoles la siguiente aclaración: «Cierta metro francés que se compone alternativamente de doce y trece sílabas». La nota pone igualmente sobre la mesa las dificultades para establecer equivalencias métricas entre el francés y el español debido a las diferencias suprasegmentales entre ambas lenguas: en francés, en efecto, se trata de un metro de doce sílabas, pero dado que todos los versos terminan en sílaba tónica —por tratarse de una lengua de acento fijo en posición

¹³ En la versión de Hoyos y González, por ejemplo, «moralité» se traduce por «representación», sin más detalles (1985: 52).

oxítona—, Ochoa duda al establecer la equivalencia métrica (olvida el traductor, en cualquier caso, que también ha de sumarse una sílaba en el primer hemistiquio, por lo que un alejandrino francés consta de catorce sílabas).

Ochoa se muestra en ocasiones como un alumno aplicado deseoso de exhibir sus conocimientos. En efecto, algunas de las notas del traductor nos parecen propias de un estudiante deseoso de poner sobre la mesa sus esfuerzos de documentación. Júzguese, a este respecto, la siguiente nota en la que justifica la traducción propuesta para «*sotie*» («gangarilla»), que parece dirigida no tanto a sus lectores como a un exigente profesor que le pide explicaciones sobre la bibliografía utilizada:

Así traduce Campany la palabra francesa *sotie* o *sotise* (que de ambos modos puede decirse, como lo indica el excelente diccionario universal de la lengua francesa de C. Nondier y V. Verger), que es el nombre que se dio a alguna de las farsas de que más adelante hablaremos, y que sucedieron a los misterios juntamente con las moralidades. No está Campany, sin embargo, de acuerdo en esta definición con el diccionario [...].

Y continúa Ochoa con una extensa exposición en la que aporta otras fuentes bibliográficas acerca de este género medieval, como el tratado de *Espectáculos, Fiestas y Recreaciones* de Parra. Esta nota, como tantas otras, ocupa casi la totalidad de la página, de manera que el único espacio que le queda a la novela propiamente dicha es de tres líneas. Este reparto tipográfico, en el que las interrupciones eruditas de Ochoa se llevan la mejor parte en detrimento de la novela de Hugo, hace que la lectura progrese con lentitud¹⁴.

Esta actitud erudita del traductor se aprecia igualmente en los procedimientos que emplea para verter en español una de las herramientas literarias a las que recurría Hugo con más frecuencia en sus novelas históricas: los arcaísmos. Ante ellos, Ochoa se comporta más como un filólogo que como un escritor. Hugo —como hiciera la mayoría de autores que cultivaron la novela histórica— disemina algunos arcaísmos en su novela para envolverla en una pátina de antigüedad que contribuya a trasladar al lector al ambiente de la obra. Lo lingüístico se convierte así en un elemento más del decorado histórico de la novela (un decorado, en ocasiones, de cartón piedra, pues las imprecisiones históricas de Hugo no fueron pocas). En la novela francesa, dichos arcaísmos —resaltados tipográficamente mediante cursivas— son breves y no dificultan en absoluto la lectura, pues tan sólo pretenden ambientar la trama en la Edad Media y generar la sensación de *pasado*, sin mayores precisiones. No le habría resultado muy difícil a Ochoa generar el mismo efecto mediante arcaísmos equivalentes en nuestra lengua. Sin embargo, en lugar de recrear en español el mismo procedimiento empleado por Hugo, el traductor opta una vez más por traducirlo de la forma más literal posible. Consciente de que esta traducción literal carece de sentido para los lectores españoles, Ochoa se justifica en una nota a pie de página:

¹⁴ Las notas de Ochoa no siempre son de naturaleza filológica. Hay ocasiones en las que sus comentarios son los propios de un crítico literario que no sólo comenta la obra, sino que emite valoraciones subjetivas sobre ella. Obsérvese la nota a pie de página que introduce el traductor ante un juego de palabras de Hugo: «Equívoco realmente muy poco chistoso. *À l'abri-cotier* significa “al albaricoque”, y *À l'abri-Cotier*, que se pronuncia lo mismo, quiere decir “Al abrigo Cotier o de Cotier”. En la semejanza que hay entre esta palabra y el nombre del Coictier está toda la gracia del cuento, que, como bien ve el lector, no es excesiva».

Le 6 janvier, ce qui *mettait en émotion tout le populaire* de Paris, comme dit Jehan de Troyes, c'était la double solennité, réunie depuis un temps immémorial, du jour des rois et de la fête des fous.

Lo que el día 6 de Enero *ponía en movimiento a todo el popular* de París, como dice Juan de Trojes, era la doble solemnidad reunida desde tiempo inmemorial del día de reyes y de la fiesta de los locos.

Y en nota a pie de página, como decimos, ofrece el traductor la siguiente explicación: «*Popular* en castellano no quiere decir *pueblo*; pero es la traducción exacta de la palabra *populaire*, que en su significación anticuada correspondía á *pueblo*». Así pues, en lugar de *recrear* los efectos que Víctor Hugo consigue en su texto, los *explica* en notas. Y, dado que no es por falta de habilidad por lo que recurre a este procedimiento (en otras traducciones demuestra su capacidad literaria), podemos concluir que dicha actitud es resultado de su voluntad por enfatizar la diferencia entre la cultura francesa y española; es decir, por resaltar el carácter exótico de la novela extranjera y la naturaleza intraducible de las culturas.

La estrategia de Ochoa para traducir las cantidades expresadas en francos constituye una prueba más de cuanto acaba de decirse. En el Capítulo II del libro III, «París a vista de pájaro», los francos se convierten en reales (veinte millones de francos equivalen, según la conversión de Ochoa, a ochenta mil reales). Lo interesante desde un punto de vista traductológico no es la equivalencia monetaria en sí misma —aunque no carezca de interés histórico—, sino el procedimiento empleado por el traductor para ofrecer dicha información. A diferencia de otras traducciones de finales del siglo XIX en las que la moneda francesa era sustituida por la española, Ochoa no sustituye una cantidad por otra, sino que ofrece ambas cifras: respeta la referencia a los francos del texto original y, a continuación, ofrece entre paréntesis la cifra en reales para que el lector posea una referencia conocida. El traductor no desea, en definitiva, introducir el texto extranjero en nuestra tradición cultural, sino todo lo contrario: mantenerlo alejado para presentarse a sí mismo como un «guía» cuya función consiste en actuar de puente entre ambas realidades culturales.

El mantenimiento de estas referencias de forma prácticamente literal podría entenderse como el resultado traductográfico de su participación en el proyecto romántico de construcción identitaria: Ochoa mantiene —e incluso potencia— todo *lo francés* de *Notre-Dame de Paris*, porque, al hacerlo, está defendiendo implícitamente la idea de que las esencias nucleares de las culturas son incomunicables. Ya en la primera nota del traductor, Ochoa pone las cartas sobre la mesa y avisa a los lectores: la traducción de una palabra como «ville» le da pie a explayarse en una extensa nota en la que explica profusamente la imposibilidad de encontrar un equivalente léxico en español capaz de reflejar todos los matices de la palabra francesa. El lector queda así advertido desde el principio: las culturas son impermeables, las lenguas son sistemas cerrados, compartimentos estancos. Lo máximo que puede hacer el traductor es dejar el término en francés (él lo hace con frecuencia) y tratar de glosar a pie de página a Víctor Hugo. La conclusión a la que nos conducen los procedimientos de traducción de Ochoa es que la novela francesa no puede integrarse en nuestra literatura, sino tan sólo aportar ideas que fertilicen el campo literario español e iluminen a nuestros autores. Estos, tras la digestión de este abono, generarán una nueva obra que, al haber pasado por el filtro de *lo español*, surgirá con la consiguiente modificación de su carga genética. La traducción de Ochoa se alinea en la orientación

nacionalista que estaban tomando las ciencias humanísticas durante este periodo, en especial las filologías (Wulff, 2002).¹⁵

6. La concepción romántica de la traducción

Práctica frecuente entre los traductores de la época, antecede a la traducción un breve prólogo de tres páginas (titulado «Cuatro palabras al lector») en el que Ochoa se excusa ante sus lectores por haber sido incapaz de reflejar la grandeza de la obra francesa. Siguiendo la habitual concepción de la traducción de la época —mera copia subordinada al original—, para Ochoa resulta imposible reproducir en otras lenguas las obras de los grandes autores de la literatura, como Cervantes, Rabelais, Shakespeare o Víctor Hugo (estos son, y no otros, los nombres escogidos por Ochoa para ilustrar la grandeza en la literatura: significativamente, ningún autor ilustrado del siglo XVIII). La copia nunca podrá reproducir los matices de la obra original: «El lago no es el mar, la antorcha no es el Sol. El traductor de esta obra no es Víctor Hugo», se lee en el prólogo.

En el prólogo de Ochoa no sólo se vislumbra su admiración por Hugo, sino también una concepción romántica de la obra de arte, considerada como el reflejo del yo íntimo del escritor. La obra de arte es resultado de un momento de inspiración único e irreplicable. Por eso, lo que parece estar diciendo Ochoa a sus lectores es que ni siquiera Víctor Hugo en su propia lengua podría volver a escribir una obra semejante en otro momento distinto. Solo puede existir una *Notre-Dame de Paris*: la que escribió Hugo en un determinado momento de su vida y en unas determinadas condiciones históricas que no volverán a presentarse.

Esta concepción de la literatura —como forma verbal en la que queda plasmada la inspiración única del autor— no se extiende, sin embargo, a la traducción, que no consigue alcanzar ante Ochoa el estatus de obra de arte. Si la traducción se situase en la misma jerarquía artística que el original, no sería necesario justificar las inevitables diferencias entre dos textos diferentes elaborados por dos autores en dos momentos distintos. Pero, para Ochoa, la traducción no es arte, sino más bien labor artesanal: esfuerzo laborioso de un copista. De ahí que el traductor deba justificar las imprecisiones de su trabajo, como lo haría cualquier otro artesano. Por esta razón, y esto es lo que nos parece más destacable en este prólogo por la novedad que representa en relación con otros de la época, Ochoa ofrece su traducción a las futuras generaciones para que estas puedan retomarla como un punto de partida sobre el que proponer nuevas versiones mejoradas: «[...] creeremos haber hecho mucho si este ensayo nuestro puede servir de ayuda para que alguno haga otro algo menos descolorido, y éste á otro, y así sucesivamente hasta que lleguemos a poseer un libro que baste á hacer formar una idea exacta de lo que es *Nuestra Señora de París* en francés á los que la lean en castellano». Igual que la artesanía es una práctica popular que refleja el *saber hacer* del pueblo, la traducción se propone en el prólogo de Ochoa como una empresa colectiva. Aun sin mencionar el concepto de retraducción de forma explícita, Ochoa concibe esta tarea como un esfuerzo colectivo en el que se va progresando hacia una supuesta perfección. En cierto modo, Ochoa aplica a la práctica de la traducción las tesis

¹⁵ En ocasiones, sin embargo, la literalidad de la traducción responde a razonamientos más pragmáticos. Las expresiones francesas que Ochoa considera vulgares suelen traducirse de forma literal, ya que una equivalencia dinámica obligaría al traductor a emplear giros lingüísticos «mal sonantes para los oídos delicados» (capítulo V del Libro I, página 89 del primer tomo). De forma similar, en la página 139 del primer tomo (capítulo IV del Libro II), ante una exclamación irrespetuosa hacia la jerarquía católica, nuestro traductor precisa: «Juramento singular que traducimos al pie de la letra, como haremos con otros no menos heterodoxos que más adelante irá viendo el lector».

del historicismo evolucionista decimonónico de base hegeliana: cada futura traducción de la obra original es concebida no tanto como una nueva interpretación autónoma, sino como un nuevo peldaño en el largo proceso del conocimiento que nos ha de llevar a la perfección. Las diversas traducciones son, pues, etapas necesarias —e interconectadas— para reflejar cada vez mejor todos y cada uno de los matices del texto original, hasta llegar a esa «manifestación total» de la obra original.

Referencias bibliográficas

- ALBORG, J. L. (1980): *Historia de la Literatura Española*. Madrid, Gredos, Tomo IV.
- ALONSO, Amado (1942): *Ensayo sobre la novela histórica*. Buenos Aires: Instituto de Filología.
- AYMES, Jean-René (2002): «Las opiniones acerca de las traducciones en la prensa española de los años 1823-1844», en Francisco LAFARGA, Concepción PALACIOS y Alfonso SAURA (eds.): *Neoclásicos y románticos ante la traducción*. Universidad de Murcia.
- CARNERO, Guillermo (1973): «Apariciones, delirios, coincidencias. Actitudes ante lo maravilloso en la novela histórica española del segundo tercio del XIX», *Ínsula*, 318, 13-15.
- COBOS CASTRO, Esperanza (1995): «Teatro y traducción en el siglo XIX: el papel evaluador en la crítica teatral», en *Investigación franco-española*, 12, 11-52.
- CELLIER, Léon (1962): «Préface», en Victor Hugo (1831): *Notre-Dame de Paris*. Paris: Flammarion.
- HUGO, Victor (1831): *Notre-Dame de Paris*. Paris: Flammarion, 1962.
- (1985): *Nuestra Señora de París*. Madrid: Cátedra, edición de Eloy González Miguel, traducción de María Amor Hoyos Ruiz y Eloy González Miguel.
- LAFARGA, Francisco (2002): *Traducciones españolas de Víctor Hugo*. Barcelona: PPU.
- y Luis PEGENAUTE (2004): *Historia de la traducción en España*. Salamanca: Ambos mundos.
- MÉNDEZ ROBLES, Pedro Salvador (2005): «Eugenio de Ochoa, traductor de Balzac: Observaciones sobre una versión de Jesús-Christ en Flandre», *Anales de Filología Francesa*, 14, 175-187.
- MONTESINOS, José F. (1982): *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*. Madrid: Castalia.
- LLORENS, Vicente (1989): *El Romanticismo español*. Madrid: Castalia.
- PICOCHÉ, Jean-Louis (1993): «Relatos y novelas», en Jean CANAVAGGIO (dir.): *Historia de la Literatura española*. Barcelona: Ariel, 97-118.
- RANDOLPH, Donald Allen (1966): *Ochoa y el Romanticismo español*. Universidad de California.

SIMAÏKA, Raoul (1962): *L'Inspiration épique dans les romans de Victor Hugo*. París-Génova : Minard-Droz.

WULFF, Fernando (2003): *Las esencias patrias*. Barcelona: Editorial Crítica.

Enlaces digitales a obras y traducciones de Eugenio de Ochoa

Biblioteca Virtual Cervantes

< <http://www.cervantesvirtual.com/catalogo/index.jsp> >

Traducción

Eugenio de OCHOA (trad.) (1864): Joseph GARNIER (1846): *Elementos de economía política*. Edición digital realizada a partir de la de Madrid, Imprenta de Rivadeneyra.

Ensayo histórico

Eugenio de OCHOA (1854): *Doña Isabelle II de Bourbon : Reine d'Espagne*. Edición digital realizada a partir de la de París, Didier.

Biblioteca Virtual de Andalucía

<<http://www.juntadeandalucia.es/cultura/bibliotecavirtualandalucia/inicio/inicio.cmd>>

Eugenio de OCHOA (prol.) (1851): *El cancionero de Juan Alfonso de Baena (siglo XV)*. Edición digital realizada a partir de la de Madrid, Imprenta de La Publicidad, a cargo de Rivadeneyra.

Enlace digital a la versión original francesa de *Notre-Dame de Paris*

<<http://gallica.bnf.fr/>>

OBRAS
DE
VICTOR HUGO.

OBRAS
DE
VICTOR HUGO.

NOVELAS.

III.

N.^{TRA} SEÑORA DE PARIS.

TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA OCTAVA EDICION FRANCESA

PER

D. Eugenio de Ochoa.

TOMO I.

MADRID:
IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN,

1856.

Estas obras se hallarán de venta en la librería
y almacén de papel de *D. Tomás Jordán*, Puerta
del sol, acera de la Soledad, número 3, frente
á la fuente, donde está abierta la suscripción.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

Nuestra Señora de París, como las novelas de Cervantes, como el Pentagruel de Rabelais, como los dramas de Shakespeare, como todas las grandes creaciones de la inteligencia humana, es una obra, no diremos imposible de traducir, pues sería sobrada presunción en quien acaba de traducirla; pero sí punto menos que intraducible. A muchos les parecerá esto una paradoja; los que conocen este destello sublime del genio de Victor Hugo, saben que no lo es.

De Nuestra Señora de París ha dicho un célebre poeta español de nuestros días que es *la grande obra del siglo*. Lo es en efecto.

Nada diremos de la obra; el público la juzgará, ó por mejor decir, juzgará esta su tra-

[vi]

duccion, porque, téngase esto muy presente, la copia no es el original, el lago no es el mar, la antorcha no es el sol. El traductor de esta obra no es Victor Hugo: y solo Victor Hugo es capaz de escribir *Nuestra Señora de París*.

Diremos algo, aunque poco, de la traducción. Ante todas cosas, hemos procurado que sea EXACTA. Lejos de aspirar á presentarla como un modelo, creeremos haber hecho mucho, si este ensayo nuestro puede servir de ayuda para que alguno haga otro algo menos descolorido, y éste á otro, y así sucesivamente hasta que lleguemos á poseer un libro que baste á hacer formar una idea exacta de lo que es Nuestra Señora de París en francés á los que la lean en castellano. Al cabo de mas de dos siglos, de mas de veinte ensayos, todavía no poseen los franceses una mediana traducción del *Quijote*. Lo mismo sucederá en España con la obra que ahora damos á luz.

No hemos traducido ni los apellidos ni los nombres de calles y edificios, ó consagrados ya por el uso, ó que nada significan en castellano; porque esta pretension de españolizarlo todo, nos parece singularmente extravagante. Llamar en castellano al pintor Mr. Gros, el Sr. Gordo, á Mr. Le Sage, el Sr. Sabio, al

[vii]

mariscal Mortier el mariscal Almiraz, equivaldría á llamar en francés á nuestro divino Calderon Mr. *Grand-Chaudron* ó cosa por este estilo. Si hubiéramos de traducir los nombres al pié de la letra, resultarían en castellano algunos de todo punto ignominiosos.

Las notas, que no economizaremos siempre que hagan falta, aclararán los puntos en que, de nuestro empeño de copiar al pié de la letra todos los pensamientos del autor, pudieran resultar alguna oscuridad. Ante todas cosas, descamos conservar en lo posible en esta traducción el color histórico y local del original francés. Ojalá podamos lograrlo!...

Réstanos decir que si las notas parecen muy numerosas, nadie podrá á lo menos tacharlas de supérfluas; pues aunque realmente lo sean para algunos, no es esta una razón de que lo sean para todos, ni aun para la mayoría de los lectores.

E. O.

Hace algunos años que, visitando ó, por mejor decir, huroneando la catedral de Nuestra Señora de París, halló el autor de este libro en un oscuro rincón de una de sus torres, esta palabra grabada á mano sobre la pared :

ἌΝΘΡΩΠΟΝ.

Estas mayúsculas griegas, negras por la injuria de los tiempos y muy profundamente entalladas en la piedra, no sé qué signos peculiares á la caligrafía gótica unidos á ellas en sus formas y actitudes, como para revelar que las habia escrito allí una mano de la edad media, y sobre todo, el sentido lúgubre y fatal que revelan, hirieron vivamente la imaginación del autor.

[x]

Preguntóse á sí mismo , procuró adivinar cuál podía ser el alma en pena que no habia querido abandonar este mundo sin dejar aquel padron de crimen ó de infortunio en la frente de la antigua iglesia.

Despues, han embadurnado ó raspado [no sé cuál de los dos], la pared y la inscripcion ha desaparecido; porque esto es lo que se está practicando, hace ya cerca de doscientos años con las maravillosas iglesias de la edad media. De todas partes les vienen las mutilaciones, de dentro como de fuera: el sacerdote las pintorrea, el arquitecto las raspa; el pueblo llega despues y las derriba.

Asi que, excepto el frágil recuerdo que le consagra aquí el autor de este libro, nada queda ya en el dia de la misteriosa palabra grabada en la sombría torre de Nuestra Señora, nada del ignorado destino que tan melancólicamente reasumía. El hombre que escribió aquella palabra sobre aquella pared, desapareció hace muchos siglos de en medio de las generaciones; la palabra ha desaparecido tambien de la pared de la iglesia , la iglesia misma desaparecerá pronto acaso tambien de la faz de la tierra.

Sobre aquella palabra se ha compuesto este libro.

París — Marzo de 1831.

NUESTRA SEÑORA

DE PARÍS.

Libro Primero.

1.

LA SALA GRANDE.

Hoy hace trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diez y nueve días, que se despertaron los habitantes de París al repiqueteo de todas las campanas, tocando á vuelo, en el triple recinto de la Ciudad, de la Universidad y de la Villa (1).

La historia sin embargo no hace mencion espe-

(1) El París de la época á que se refieren estos sucesos se dividía en tres grandes barrios ó, por mejor decir, tres pequeñas ciudades distintas (*la Cité, l'Université, la Ville*), como más adelante explicará el autor en el libro tercero de esta historia.

Aunque la traducción de ciudad por *Cité* no es rigurosamente exacta, hemos tenido que aceptarla por no haber otra palabra en castellano con que expresar aquella idea; además, así la traduce Capmany, que en punto á purismo de lenguaje, bien puede citarse como testo. En francés, toda ciudad se llama *ville*; y lo que comunmente se entiende por *cité* (escepto en poesía y en estilo oratorio, en cuyos casos equivale exactamente á lo que llamamos ciudad), es el centro de una ciudad, donde suelen estar la catedral, y los monumentos primitivos. Lo que los ingleses llaman *The City* en su capital (que es el antiguo Londres

14 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

cial del día 6 de enero de 1482; y nada había por cierto de muy notable que digamos en el suceso que así ponía en movimiento desde la madrugada, á las campanas como á los vecinos de París. No era por cierto aquel ni un asalto de Picardos ó de Borgoñones (1), ni una urna llevada en procesion, ni un molin de estudiantes en la viña de Laas, ni una entrada de nuestro muy temido Señor, el Señor don rey,

equivale exactamente al *cité* francés: pero en español no tenemos voz alguna que espese rigurosamente aquella idea.

Tampoco la *villa* corresponde con exactitud á *ville*, pues ya hemos dicho que así se llama en francés toda ciudad, excepto cuando es muy pequeña, en cuyo caso se llama *village* ó *bourg* que equivale á nuestro burgo ó aldea; los franceses además no conocen la diferencia que existe en España entre ciudad y villa que viene á ser la que existía en la antigua Roma, ó entre *ciuitas* y *municipium*. Pae no repetir dos veces la palabra ciudad, lo que acarrearía notable confusion, hemos traducido *cille* por villa; pero téngase presente que á estos nombres no va aneja ninguna preeminencia de grandeza ó privilegios como suele suceder en España, aunque no siempre; pues la *cilla* de Madrid, por ejemplo, tiené infinitamente mas privilegios y franquicias que muchas ciudades del reino. (*Nota del traductor*).

(1) Las provincias de Picardía, Borgoña y algunas otras formaban á la sazón estados independientes de la corona francesa, de cuyos señores feudales (*señorcerains*) era soberano (ó á lo menos tenía el título de tal) el rey de Francia. Esto no impedía sin embargo que le hiciesen la guerra, siempre que se sentían con fuerzas para ello. Carlos el Temerario, que era entonces el duque reinante de Borgoña, fué toda su vida el mas constante antagonista del famoso Luis XI, rey de Francia en la época á que se refiere esta historia. Esta misma division del reino en provincias independientes existió en España hasta el reinado de Carlos I.

(14.)

LA SALA GRANDE.

15

ni siquiera una abundante cuelga de ladrones y de ladronas en la justicia (1) de París. No era tampoco la llegada, cosa muy frecuente en el siglo quince, de alguna embajada pintorreada y penachuda. Apenas dos días eran pasados desde que la última cabalgada de esta especie, la de los embajadores flamencos, encargados de ajustar las bodas del Delfín (2) con Margarita de Flandes, había hecho su entrada en París con notable disgusto de su eminencia el cardenal de Borbon, quien, por complacer á su soberano, tuvo que echarla de amable y obsequioso con toda aquella rústica retahíla de burgo-maestres (3) flamencos, y regalarlos en su palacio de Borbon con una *muy bella moralidad* (4), gan-

(1) Estas *Justicias* equivalen al derecho feudal que tenían antiguamente algunos señores en España, llamado de *horca y cuchillo*. (*Nota del traductor*).

(2) Título que se da en Francia al príncipe heredero de la corona, y que equivale al de Príncipe de Asturias. La actual dinastía francesa de Orleans le abolió en 1830, convirtiéndole en el de Príncipe Real. (*id.*).

(3) Nombre que se da en Flandes, Holanda y Alemania á los primeros magistrados de una ciudad. (*id.*).

(4) A los primitivos espectáculos dramáticos de los franceses, que se llamaron *Misterios*, y que no eran otra cosa que la representación de algunos pasos de la Pasión de Nuestro Señor tal, cual se hace todavía en algunos pueblos de España bajo el nombre de *pasos de la Pasión* (así lo indica además el título que tomaron los que les introdujeron en París, de *Cofrades de la Pasión*, en tiempo de Carlos VI, que los autorizó con letras patentes para establecerse en la capital en 1402); á aquellos primitivos espectáculos, pues, llamados *Misterios*, sucedieron los *Moralidades* que tenían alguna semejanza, á juzgar por las po-

garilla (1) y *farsa* (2), mientras que en su puerta inundaba la lluvia, que caía á mares, sus magníficos tapices.

cas que se conservan, con nuestros antiguos *Autos Sacramentales*; eran sin embargo tan inferiores á estos, que rarísimo es aquel en que se encuentra alguna centella de talento, al paso que nuestros autos de Calderon, Lope etc., son todavía un dechado de ingenio y de lenguaje.—Si no temiéramos distraer la atención de nuestros lectores, citaríamos los argumentos de algunas de aquellas *moralidades*, para que se viera cuán insípidas eran y vacías de toda especie de mérito. Si alguno tienen es solo como un monumento de la infancia de la lengua francesa. Había entre las *moralidades* algunas que se llamaban *Diablerías*, grandes ó chicos, según el mayor ó menor número de diablos que en ellas aparecían. (Nota del traductor).

(1) Así traduce Capmany la palabra francesa *sottie* ó *sotise* (que de varios modos puede decirse, como lo indica el excelente diccionario universal de la lengua francesa de G. Nondier y V. Verger), que es el nombre que se dió á algunas de las *farsas* de que mas adelante hablaremos, y que sucedieron á los misterios, juntamente con las *moralidades*. No está Capmany sin embargo de acuerdo en esta definición con el diccionario de la lengua, el cual define la palabra *gangarilla* de este modo: *compañía antigua de cómicos ó representantes, compuesta de tres ó cuatro hombres y un muchacho que hacía de dama*. El verdadero significado de *sottie* ó *sotise* es necedad ó hobería, como dice en su curioso tratado de los *Espectáculos, Fiestas y Recreaciones* etc. el difunto actor Parra.

Estas *gangarillas* ó *hoberías* eran unas piezas en un acto, de cuya existencia no se empieza á tener noticia hasta mediados del siglo XV. Eran las mas estimadas las de *Pathelin, Tabarin, Turcupin* (este cobró tal fama que dió su nombre á una clase de piezas que se llaman *turcupinadas* ó *bufonadas*), Gaultier Granguille, Gros Guillaume y Guillot Gorju. Turcupin empezó á brillar en 1583. (Id.)

(2) Es aplicable á las *farsas* todo lo que hemos dicho de las

LA SALA GRANDE.

17

Lo que el día 6 de Enero ponía en movimiento a todo el popular (1) de París, como dice Juan de Troyes (2), era la doble solemnidad reunida desde tiempo inmemorial, del día de reyes y de la fiesta de los locos.

En aquel día de holgauza, debía haber grande hoguera en la Greve, árbol de mayo (3) en la ca-

gangarillas ó boberías que no se diferenciaban de ellas mas que en el nombre, ó que á todo lo mas en la mayor ó menor gravedad de sus argumentos. (*Nota del traductor*).

(1) *Popular* en castellano no quiere decir pueblo; pero es la traducción exacta de la palabra *populaire*, que en su significacion anticuada correspondía á pueblo.

(Id.)

(2) Juan Bautista de Troyes, ó mas bien Detroyes, religioso de la órden de san Agustín, abad de Gustina, floreció en el siglo XVI. Enviado á España por el rey Carlos IX para pedir auxilio contra los hugonotes, fue ahorcado en el camino junto á Orleans, por órden del príncipe de Condé, en 2 de noviembre de 1562.

(Id.)

(3) Es antigua costumbre en Francia, observada todavía en algunos departamentos, el plantar en ciertos días de solemnidad delante de las casas de los corregidores y personas de alta categoría, un árbol que se llama *árbol de mayo*. Esta costumbre nunca ha existido en España.

Hay tambien en Francia lo que se llama *bodas de mayo* ó *bodas mortales*, porque se consideran como funestas las que se efectuan en este mes. Un pasaje de los fastos de Ovidio prueba que tambien existía esta supersticion entre los romanos. Sabido es que en el mes de mayo, tercer mes del calendario de Rómulo, celebraban los romanos las fiestas Lemurianas ó Lemures instituidas por aquel monarca. Tampoco existió jamás en España esta supersticion.

(Id.)

TONO I.

2

pilla de Braque, y misterio en el Palacio de Justicia; de todo lo cual habíase el día antes hecho pregón á son de trompa en las calles y plazas por los maceros del señor preboste, vestidos de brillantes sobrevestas de camelote morado, con grandes cruces blancas en el pecho.

La muchedumbre de los vecinos de la capital encaminábase pues desde la madrugada, casas y tiendas cerradas, hácia uno de los tres puntos designados: cada cual habia tomado su partido, cual por la hogera, este por el árbol de mayo, aquel por el misterio. Justo será decir, sin embargo, en honor de la antigua sensatez del pueblo de París, que la mayor parte de aquella muchedumbre se dirigía hácia la hogera, tan propia de la estacion ó hácia el misterio que debía representarse en la sala grande del palacio, bien cubierta y bien cerrado, y que todos los curiosos estaban de acuerdo en dejar al pobre árbol de primavera tiritar solito bajo el crudo cielo de enero, en el cementerio de la capilla de Braque.

Aflua la gente con especialidad en las inmediaciones del Palacio de Justicia, porque era sabido que los recién llegados embajadores flamencos se proponían asistir á la representacion del misterio y á la eleccion del papa (1) de los locos, que debía efectuarse igualmente en la sala grande.

(1) Estas fiestas de los locos que tambien existieron en Es-

LA SALA GRANDE. 19

No era cosa de poco momento penetrar aquel día en la sala grande, la cual sin embargo pasaba á la sazón por el mayor recinto cubierto conocido sobre la tierra, (verdad es que aun no había medido Sauval (1) el salon del palacio de Montargis). La plaza del palacio, atestada de gente, presentaba á los curiosos de las ventanas el aspecto de un mar, en que cinco ó seis calles, bien así como otros tantos desembocaderos de rios desaguaban á cada instante nuevas oleadas de cabezas. Las olas de aquella muehedumbre, acrecidas por momentos, se estrellaban en los ángulos de las casas que se adelantaban por do quiera semejantes á promontorios, en el ámbito irregular de la plaza. En el centro de la alta fachada gótica (2) del palacio, la escalera prin-

paña y en casi todos los pueblos hasta fines del siglo XVI, se hacian entre nosotros en la misma forma que en Francia, solo que el elegido no se llamaba *papa* sino *rey* de los locos. En Francia había ademas la costumbre de elejir en ciertas catedrales un *obispo* de los locos; costumbre que se conservó hasta la época de la revolución; en Inglaterra y Escocia existía la misma costumbre. (*N. del Trad.*)

(1) Enrique Sauval trabajó durante 20 años en una obra colosal que no pudo concluir, y que despues de su muerte publicó corregida y aumentada, un tal Rosseau en 1735. Titúlase esta obra *Antigüedades de París*, y á ella va anejo un cuadernito que contiene los *amores de los reyes de Francia*, que luego se ha impreso aparte, con el título de *Galanteries des rois de France*. - Sauval murió en 1670. (*Id.*)

(2) La palabra *gótico* en el sentido en que generalmente se emplea, es de todo punto impropia, pero ya está de todo punto consagrada por el uso. Acéptámosla pues y la adoptamos como

cipal, subida y bajada sin interrupción por una doble corriente que después de quebrarse en la meseta intermedia, se esparrama en anchas olas sobre sus dos declives laterales; su escalera principal, vuelvo á decir, manaba de continuo en la plaza como una cascada en un lago. Los gritos, las carcajadas, los pateos de aquellos mil pies hacia notable estruendo y muy desaforado clamor. De cuando en cuando aumentaban aquel clamor y aquel estruendo; la corriente que impelia toda aquella muchedumbre, retrocedía, se confundía, se arremolinaba; fenómeno producido ya por un hargonazo de un arquero, ó por el caballo de un macero del prebostazgo que caracoleaba para restablecer el orden; admirable tradición que legó el prebostazgo á la condestablia, la condestablia á la *marcehaus-sée*(1) y la *marechaussée* á nuestra gendarmería de París.

En las ventanas, en las puertas, en las buhardas, encima de los techos bullían millares de sanas fisonomías plebeyas, honradas y serenas, mirando el palacio, mirando el gentío y ufanas con esto y sa-

todos, para caracterizar la arquitectura de la segunda mitad de la edad media, arquitectura cuyo principio es la ojiva ó arco agudo que sucedió á la arquitectura del primer periodo cuyo generador es el semicírculo entero. (*Nota del Autor.*)

(1) Bajo estos cuatro nombres se ha designado en Francia en distintas épocas la guardia que todos conocen con el nombre de gendarmería. Corresponde con corta diferencia á nuestros antiguos porteros de masa. (*N. del Trad.*)

LA SALA GRANDE.

25

risfechas; porque no pocas personas en París se contentan con el espectáculo de los espectadores, y tanto que es cosa para nosotros en alto grado curiosa, una pared detras de la cual está sucediendo algo. ⁴

Si nos fuera dado á nosotros hombres de 1830, mezclarnos en idea á aquellos parisienses del siglo quince, y entrar con ellos cercados, prensados y molidos en aquella inmensa sala del palacio, tan estrecha en 6 de enero de 1482, interesante y grato espectáculo se nos presentaría no viendo á nuestro alrededor mas que cosas, que de puro antiguas nos parecerian muy nuevas.

Si no lo lleva á mal el lector, tratariemos de reproducir aquí la impresión que hubiera recibido entrando con nosotros en aquella sala grande en medio de aquel gentío vestido de ropillas, jubones, y sobrevestas.

Y ante todas cosas, atolondramiento en los oídos, confusión y desorden en los ojos. Encima de nuestras cabezas, una doble bóveda ojiva, artesonada con esculturas de madera, pintada de azul celeste, flordelisada de oro; debajo de nuestros pies un pavimento alternativo de marmol blanco y negro. A pocos pasos de nosotros un enorme pilar, luego otro, y luego otro; total, siete pilares en la longitud de la sala, sosteniendo en su mayor latitud las recaídas (1) de la doble bóveda.

Alrededor de los cuatro primeros pilares, pues—

(1) Declive del arranque de una bóveda.

tos ambulantes, lucientes con sus vidrios y oropel; alrededor de los cuatro últimos bancos de madera de encina, desgastados y pulimentados por las calzas de los litigantes y las togas de los procuradores. En torno de la sala, á lo largo de la alta pared, entre las puertas, entre las ventanas, entre los pilares, la interminable hilera de las estatuas de todos los reyes de Francia, desde Faramundo, los reyes holgazanes con los brazos flojos, y con los ojos bajos: los reyes valientes y batalladores, la cabeza y las manos levantadas al cielo con osadía. Y en las largas ventanas ojivas, vidrios pintados de mil colores; en las anchas salidas de la sala ricas puertas delicadamente esculpidas; y en el conjunto, bóvedas, pilares, paredes, jambas, dinteles, artesones, puertas, estatuas, y todo ricamente iluminado de arriba á abajo de oro y azul, colores que ya, algun tanto ajados en la época en que los vemos, habian desaparecido casi del todo bajo el polvo y las telarañas en el año de gracia 1549, en que Du Breul (1) las admiraba por tradicion.

Imagínese ahora el lector iluminada aquella inmensa sala oblonga por la pálida luz de un día de enero, invadida por una muchedumbre tumultuosa y llena de colorines que fluye á lo largo de las

(1) Santiago Du Breul, benedictino de san German de los Prados, nació en 1528. — Dio á luz en 1612 el *teatro de las antigüedades de París*; en 1714, el *Supplementum antiquitatum parisiensium*.—Escribió además *la Vida del cardenal de Borbon* y algunas otras obras. Murió en 1614 á los 86 de su edad.

(N. del T.)

LA SALA GRANDE.

23

paredes, y gira en torno de los siete pilares, y podrá formarse una idea, si bien confusa, del conjunto del cuadro cuyos curiosos detalles procuraremos indicar con algun detenimiento.

Es seguro que si Ravaillac (1) no hubiera asesinado á Enrique IV, no se hubieran depositado en el archivo del palacio de Justicia las piezas del proceso de Ravaillac; que no hubiera habido cómplices interesados en hacer desaparecer los susodichos documentos; que tampoco hubiera habido incendiarios precisados, á falta de otro medio mejor, á quemar el archivo para quemar las piezas de autos, y á quemar el palacio de Justicia para quemar el archivo, y tampoco, en fin, por consiguiente hubiera acaecido el incendio de 1618. El antiguo palacio estaria aun en pie con su antigua sala grande; yo podria decir al lector *vaya usted á verla*, y de este modo ambos nos evitaríamos la precision, yo de hacer y él de leer una tal cual descripcion de dicha sala. -- Lo que prueba esta verdad nueva, que los grandes sucesos tienen consecuencias incalculables.

Verdad es tambien que sería muy posible en primer lugar que Ravaillac no hubiese tenido cóm-

(1) Francisco Ravaillac nació en Angulema: fanatizado con los escritos y discursos de los sectarios de la famosa *Liga*, asesinó á Enrique IV el 14 de mayo de 1610 en la calle de la *Ferrière*; el 27 del mismo mes fue decapitado en la plaza de *Greve*. (N. del Trad.)

24 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

pícticos, y en segundo lugar que estos cómplices, si en efecto los tuvo, nada tuviesen que ver en el incendio de 1618, del cual pueden darse además otras dos esplicaciones, ambas muy plausibles. La primera es la grande estrella inflamada, de un pie de ancha, y alta como del codo á la mano, que cayó del cielo, como nadie ignora, sobre el palacio el 7 de marzo despues de las doce de la noche; y la segunda esta cuarteta de Teófilo (1):

Cierto que fue desventura
 Cuando en París la Justicia,
 Por atracarse de especias,
 Pegóse fuego á sí misma.

Sea lo que se fuere de esta triple esplicacion política, física y poética del incendio del palacio de Justicia en 1618, el hecho desgraciadamente indudable es el incendio. Muy poco queda en el día, merced á aquella catástrofe, merced sobre todo á las varias restauraciones sucesivas que han completado lo que ella comenzó, muy poco queda en el día de aquella primera mansion de los reyes de Fran-

(1) Poeta trágico contemporáneo de Alejandro Hardy, de Mont-Chrestin y otros malos autores dramáticos de principios del siglo XVII. Teófilo sin embargo á pesar de sus irregularidades y negligencias, como dice Saint Evremond, tuvo mucha fama en su tiempo. Por haber compuesto el *parnaso satírico*, en que manifiesta claramente sus sentimientos irreligiosos y su profesion de ateo, fue condenado á ser quemado vivo; pero logró escapar. Sus obras son una *Coleccion de poesías*, el *Tratado de la inmortalidad del alma*, algunas *tragedias*, *cartas* y *apologías*. Murió en 1626 á los 36 años de edad. (N. del Trad.)

LA SALA GRANDE. 25

cia, de aquel palacio hermano primogénito del *Louvre* (1), tan viejo ya en tiempo de Felipe el Hermoso que en él se buscaban los vestigios de los soberbios edificios construidos por el rey Roberto, y descritos por Helgaldus. Casi todo ha desaparecido. ¿Qué se ha hecho la cámara de la cancellería donde San Luis consumió su matrimonio? El jardín donde el rey administraba la justicia "vestido de una sobrevesta de camelote, de un tabardo de tiritaña sin mangas, y de una capa por encima de sándalo negro, reclinado sobre una alfombra con Joinville (2)?" ¿Donde está la estancia del emperador Sejismundo? ¿Donde la de Carlos VI? ¿Donde la de Juan-sin-Tierra? ¿Qué se hicieron la escalera desde donde Carlos IV promulgó su edicto de perdón general? ¿La losa en que degolló Marcel en presencia del Delfín á Roberto de Clermont y al mariscal de Champaña? el postigo donde fueron laceradas las bulas del antipapa Benedicto, y de donde volvieron á salir los que las trajeron con capas pluviales y mitras de mojjanga en señal de risión, y sacados á la vergüenza y paseados por todo París? y la sala grande con sus dorados, su azul, sus arcos diagonales, sus es-

(1) Soberbio palacio contiguo á las Tullerías donde está ahora el museo de pintura y escultura: en él habita la familia real.

(N. del Trasl.)

(2) Juan, señor de Joinville, senescal de Champaña, nació en 1260, acompañó á San Luis en la mayor parte de sus expediciones, y murió en 1318. Escribió en francés la *Historia de San Luis*. (Id.).

tátuas, sus pilares, su inmensa bóveda toda acrivillada de esculturas? y la estancia dorada? y el león de piedra que estaba á la puerta con la cabeza baja, rabo entre piernas como los leones del trono de Salomon, en la actitud humillada que corresponde á la fuerza delante de la justicia? y las soberbias puertas? y los vidrios de colores? y las cerraduras cinceladas que desanimaban á Biscornette? y las delicadas mamposterías de du Hancy?... Qué ha hecho el tiempo, qué han hecho los hombres de todas aquellas maravillas? Qué nos han dado en cambio de todo esto, en cambio de toda aquella historia gala, de todo aquel arte gótico? — Los pesados arcos abocinados (1) de Mr. de Brosse, el torpe arquitecto de la portada de San Gervasio, en lo relativo al arte; y por lo que hace á la historia, tenemos los garrulos recuerdos del pilar grande, llenos todavía de la chismografía de los Patru (2).

No es mucho. — Pero volvamos á la verdadera sala grande del verdadero palacio antiguo.

Ocupadas estaban las dos extremidades de aquel gigantesco paralelogramo, una por la famosa mesa de mármol de un solo pedazo, tan larga, tan ancha y tan gruesa, que jamás se vió, dicen los an-

(1) Como si dijéramos rebajados ó de medio punto.

(Nota del traductor.)

(2) Abogados famosos por su charlatanería: este pilar grande se halla en el inmenso salón del actual palacio de Justicia, llamado de *pas perdus* (de los pasos perdidos.) (id.)

LA SALA GRANDE.

27

tiguos libros becerros (1) en un estilo que hubiera dado apetito al mismo Gargantúa (2) *otra tal rebanada de marmol en el mundo*; y la otra por la capilla en que se habia hecho esculpir Luis XI de rodillas delante de la Virgen, y adonde habia hecho transportar, sin curarse de dejar vacios dos nichos en la hilera de las estatuas reales, las de Carlo Magno y san Luis, dos santos á quienes suponía muy bien quistos é influyentes en las cosas del cielo, en su calidad de reyes de Francia. Esta capilla, nueva entonces todavía, estaba toda ella construída en aquel gusto esquisito de delicada arquitectura, de escultura maravillosa, de fino y profundo cincelado que indica en la historia del arte francés el fin de la era gótica, y se perpetúa hasta mediados del siglo XVI en los caprichos májicos del renacimiento. El pequeño rosetón calado que coronaba la puerta era en particular un prodigio de gracia y sutileza: parecia una estrella de encaje.

En medio de la sala, frente por frente á la puerta principal habíase erijido inmediato á la pared un tablado cubierto de brocado de oro, y para el cual una ventana del pasadizo de la estancia dorada servia de puerta secreta, destinado á que le ocupáran los enviados flamencos y demás personajes convidados á la representacion del misterio.

(1) Liámense así todavía los libros en que las iglesias y monasterios antiguos copiaban sus privilegios y pertenencias, y tambien los registros de apeos de las tierras de un señor. (*N. del T.*)

(2) Extravagante personaje del famoso *Pentagruel* de Rabelais.

Encima de la mesa de mármol, debía, según costumbre antigua, representarse el misterio; para ello había sido arreglada con prolijo esmero desde antes de amanecer. Su rica lámina de mármol, rayada toda ella por los talones de la *Basoche* (1), sostenía una especie de jaula de madera bastante capáz, cuya superficie superior, accesible á las miradas de toda la sala, debía servir de teatro, y cuya parte interior cubierta con anchos tapices, debía servir de vestuario á los personajes del drama. Una escalera de mano candorosamente arrimada por fuera, estaba destinada á establecer la comunicación entre la escena y el vestuario, y á prestar sus empinados escalones así á las entradas como á las salidas: y no había ningún personaje-encopetado ó imprevisto, terrible peripecia ni golpe teatral que no se viese en la dura é inevitable precisión de subir por aquella escalera portátil. ¡Inocente y venerable infancia del arte y de las máquinas!

(1) Como no hay palabra en castellano que corresponda á esta, siempre que ocurra en el discurso de esta obra, la escribiremos en francés subrayada, por no inventar aquí una traducción extravagante é inexacta como lo son é así todas las que hacen los traductores por su propia autoridad. Advertimos ahora para todas las veces que se presente la misma dificultad, que *Basoche* quiere decir una especie de jurisdicción y tribunal de los escribientes que tenían los procuradores en el Parlamento de París. La *Basoche* tenía un canciller, un tesorero y aun antiguamente un rey que se llamaba *Rey de la Basoche*.

(Nota del Traductor.)

LA SALA GRANDE.

29

Cuatro alabarderos del alcaide (1) del palacio inseparables inspectores de todas las diversiones del pueblo, así los días en que había funciones, como en los días en que había reo, estaban en pie sobre los cuatro ángulos de la mesa de mármol.

Hasta que diese en el gran reloj del palacio el último toque de medio día, no debía comenzar la comedia; lo que era muy tarde seguramente para una representación teatral; pero había sido preciso escoger la hora mas cómoda para los embajadores.

Es pues el caso que toda aquella concurrencia esperaba desde muy por la mañana. No pocos de aquellos curiosos tiritaban desde el alba delante de la fachada del palacio; y aun no faltó quien asegurara haber pasado la noche atravesado delante de la puerta principal, para estar seguro de entrar el primerito. Crecía la muchedumbre por momentos y, á manera de un río que sale de madre, empezaba á subir á lo alto de las paredes, á remolinarse en torno de los pilares, á inundar los entablamientos, las cornisas, las barandas de las ventanas y todos los ángulos salientes en fin de la arquitectura, todos los relieves de la escultura. Y por eso el fastidio, la desazon, la impaciencia, la libertad de un día de ci-

(1) Llamábase en Francia *bailli*, baile en castellano; pero como esta palabra no es usual entre nosotros, hemos preferido la de alcaide, que corresponde exactamente á la de *bailli* ó baile.
(N. del Trad.)

nismo y de locura, las camorras que á cada instante se armaban ya por aquí, ya por allá, por un codo afilado, y por un pisoton en un callo, el aburrimiento de una larga espectacion, empezaban, desde mucho antes de la hora en que debian llegar los embajadores, á comunicar un acento ágrío y chillon al clamor de aquella jente apretujada, molida, prensada, magullada y contusa. Por todas partes se oian quejas, imprecaciones y lamentos contra los flamencos, el preboste, el cardenal de Borbon, el alcaide del palacio, Margarita de Austria, los porteros de vara, el frio, el calor, el mal tiempo, el obispo de París, el papa de los locos, los pilares, las estátuas, esta puerta cerrada, aquella ventana abierta; todo con notable edificacion de la turba de estudiantes y de lacayos diseminados entre la multitud, que añadian á todo aquel descontento sus malicias y diabluras pinchando, por decirlo así, á alfilerazos, el mal humor general.

Habia entre otros un grupo de aquellos bullidosos demonios que, despues de haber arrancado todos los vidrios de una ventana, habíase valerosamente sentado en el cornisamento, y alcanzaba desde allí con sus miradas y rechiflas lo interior y lo exterior, el concurso de la sala y el de la plaza. Sus jestos y sus risotadas, y los burlescos diálogos que entablaban con sus compañeros de un lado á otro de la sala, claramente indicaban que aquella picaresca estudiantina no participaba del cansancio y fastidio de los demas, y que sabia muy bien sacar,

LA SALA GRANDE.

31

para su provecho individual, de lo que tenían delante, un espectáculo que les hacía esperar el otro con paciencia.

—Por mi vida que ahí andas tú *Joannes Frollo de Molendino!* gritaba uno de ellos á una especie de diablo rubio, agraciado, y maligno, encaramado en los follajes de acanto de un chapitel; bien hacen en llamarte Juan del Molino, porque tus brazos y tus piernas se parecen no poco á cuatro aspas revolotcando por los aires.—Cuanto tiempo hace que estás ahí?

—Por la misericordia del diablo, respondió *Joannes Frollo*, que hace ya mas de cuatro horas, y que espero, así Dios me ayude, que me sean atendidas en el purgatorio en descuento de mis pecados. Como que he oido á los ocho sochantres del rey de Sicilia entonar el primer versículo de la misa mayor de las siete en la santa capilla.

—Buenos sochantres! repuso otro, y que tienen la voz aun mas puntiaguda que sus bonetes. Antes de fundar una misa al señor San Juan, hubiera debido informarse el rey de si le gusta al señor San Juan el latin salmodiado con acento provenzal.

—Solo por dar empleo á esos malditos sochantres del rey de Sicilia lo ha hecho! gritó en tono de vinagre una vieja que estaba junto á la ventana. Me gusta la especie! Mil libras *parísies* (1) por

(1) Las monedas acuñadas en París se llamaban *parísies*, á

una misa! Y sobre el producto de los pescados de mar en los mercados de París, á mayor abundamiento!.

—Silencio, bruja! repuso un obeso y grave individuo que se tapaba las narices junto á la pescadera; no era preciso fundar una misa? ó queriais que volviese el rey á caer enfermo?

—Bien dicho, señor Gil Elcornudo, manguitero abastecedor de la casa real! dijo al punto el estudiante engarabitado en el capitel.

Una sonora carcajada de todos los estudiantes saludó al malhadado apellido del pobre manguitero abastecedor de la casa real.

—Elcornudo! Gil Elcornudo! decian unos.

—*Cornutus et hirsutus!* añadía otro.

—Pues ya se ve que sí, prosiguió el diablillo del capitel. Qué diablos tienen que reir? Ese digno barrigon es el muy venerable Gil Elcornudo, hermano de maese Juan Elcornudo, preboste de la casa real, hijo de maese Mayet Elcornudo, portero mayor, todos del bosque de Vincennes, todos vecinos de París, casados de padre á hijo hasta la cuarta generacion!.

Aumentó con esto la algazara: el pobre manguitero, sin responder palabra, procuraba sustraerse á las miradas fijas en él por todas partes; pero en

diferencia de las que se acuñaban en Tours que se llamaban *tournoises*.

Una libra ó un franco equivale á una peseta. (N. del Trad.)

LA SALA GRANDE.

33

vano sudaba y se sofocaba; como una cuña que se hunde en la madera, sus esfuerzos no hacían más que amoldar aun con más solidez entre los hombros de sus vecinos su ancha cara apoplética, encendida de cólera y de despecho.

Uno de sus vecinos, en fin, gordo, pequeño y respetable como él, vino en su ayuda.

—Abominación! hablar así á un ciudadano esos bellacos de estudiantes! en mi tiempo, á buen seguro que los hubieran azotado con un haz de leña para quemarlos despues con él.

Aquí perdió los estribos toda la turba estudiantina.

—Ola, hé! quién habla por ahí abajo? quién es ese mochuelo?

—Toma, — quién ha de ser? le conozco, dijo uno; maese Andres Musnier.

—Porque es uno de los cuatro libreros jurados de la universidad, dijo otro.

—Todo se cuenta por cuatro en aquella tienda: las cuatro naciones, las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores, los cuatro libreros.

—Pues bien, repuso Juan Frollo, hemos de hacerle el diablo á cuatro (1).

—Musnier, quemaremos tus libros.

—Musnier, solfcaremos las espaldas á tu lacayo.

(1) Equívoco que no tiene ninguna gracia en castellano. Hacerle á alguno *le diable á quatre* es abrumarle, aburrirle, torrearle ó cosa por este estilo. (N. del Trad.).

—Musnier, achucharemos á tu mujer.—

—La rolliza y mantecosa señorita Oudarde (1).

—Que se balla tan fresca y tan lozana como si ya estuviese viuda.

—El diablo cargue con vosotros, amen! refunfuñó maese Andres Musnier.

—Maese Musnier, repuso Juan suspendido á su inminente capitel, calla ó caigo sobre ti.

Alzó los ojos maese Andres, midió de una ojeada la altura del pilar, calculó la gravedad específica del muchacho, multiplicó mentalmente esta gravedad por el cuadrado de la velocidad, y se calló.

Juan, dueño del campo de batalla, prosiguió triunfante.

—Es que soy hombre para hacerlo como lo digo, aunque hermano de todo un arcediano.

—Vaya una gante de mi flor la de la Universidad! no haber siquiera hecho respetar nuestros derechos en un día como hoy! Hay arbol de mayo y hoguera en la Villa; misterio, papa de locos y embajadores flamencos en la Ciudad, y en la Universidad, nada!

(1) El título de *señorita* (*Damoiselle*) se dá ahora indistintamente en Francia á todas las solteras, y el de *señora* (*Dame*) á las casadas. Antiguamente solo se llamaban *Señoras* las nobles, y señoritas todas las plebeyas, solteras ó casadas. Por eso llama un estudiante *Señorita Oudarde* á la esposa del librero Musnier.

Por no alterar el color histórico y local de esta obra, conservamos en la traducción estas y otras palabras y significaciones anticuadas de que usa el autor. (*N. del Trad.*)

LA SALA GRANDE.

35

—Pues no será porque sea pequeña la plaza Maubert! repuso uno de los estudiantes acantonados en la baranda de la ventana.

—Mueran el rector, los electores, y los procuradores! exclamó Joannes.

—Esta noche hemos de hacer una hoguera en el campo Gaillard, prosiguió otro, con los libros de maese Andres.

—Y los pupitres de los copiantes (1)! dijo su vecino.

—Y las varas de los bedeles.

—Y las escupideras de los decanos!

—Y los tinteros de los electores!

—Y las mesas de los procuradores!

—Y los taburetes del rector!

—Mueran! repuso Juanillo en fabordon: mueran los bedeles, y los doctores, y maese Andres, y los teólogos, y los médicos, y los decretistas, y los procuradores, y los electores, y el rector.

—Jesus! se va á acabar el mundo! murmuró maese Andres, tapándose las orejas.

—Tate! ahora pasa el doctor por la plaza, gritó uno de los de la ventana.

Todos se volvieron hácia la plaza.

—Con que por ahí anda nuestro venerable rec-

(1) Estado muy poco generalizada en aquel siglo la reciente invención de la imprenta, la profesión de *copiante* era muy general entonces, y debía serlo más en la universidad, barrio de escuelas y coejus. (N. del Trad.)

tor maese Thibaut preguntó Juan Frollo de Molino que, encaramado en un pilar del interior, no podía ver lo que pasaba en la plaza.

— Sí, sí, respondieron todos los demas; él es, maese Thibaut, el rector.

En efecto, el rector y todos los dignatarios de la universidad acudían en procesión á recibir la embajada, y pasaban en aquel momento por la plaza del palacio. Los estudiantes, apiñados en la ventana, los recibieron al paso con sarcasmos y aplausos irónicos. El rector que iba al frente de su compañía, recibió la primera descarga, que no fúe floja.

— Buenos días, señor rector! Ola, hé! buenos días!

— Cómo ha hecho para estar ahí ese maldito jugador? cómo quedan los dados?

— Mira, y como va trotando en su mula, y tiene las orejas mas largas que ella!

— Ola, hé! salve, señor rector Thibaut! *Tybalde aleator!* Viejo! bruto! jugador!

— Dios te guarde! Ganaste mucho anoche!

— Oh! y que cara de viernes, negra, fea, envejecida en el amor del juego y de los dados!

— Adonde vas, Thibaut, *Tybalde ad dados*, volviendo la espalda á la Universidad y trotando hácia la Villa?

— Yrá á buscar casa á la calle Thibautaudé (1) gritó Juan del Molino.

(1) Equivoquillo intraducible. *Thibautaudé*, significaba *Thi-*

LA SALA GRANDE. 37

Toda la pandilla repitió el equivoquillo con voz de trueno y frenéticas palmadas.

--Con que vais á buscar casa á la calle Thibautodé, no es verdad, señor rector, jugador de los demonios?

Luego les llegó su turno á los demas dignatarios.

--Mueran los bedeles! mueran los maceros!

--Dime, Robin Poussepain (1), quién es aquel pollino?

--Gilbert de Suilly, Gilbertus de Soliaco, el canciller del colegio de Autun.

--Mira, ahí va mi zapato; tu estás mejor colocado que yo; tirasele á la cara.

--*Saturnalítias mittimus ecce nuces.*

--Mueran los seis teólogos con sus sobrepellices blancas!

--Son esos los teólogos? Yo creí que eran seis gansos blancos dados por santa Genoveva (2), á la

haut á los dados y es tambien el nombre de una calle que existe todavia en París. El equivoquillo, como bien conoce el lector, está algo traído por los cabellos, pero no deja de tener gracia. Los franceses son muy aficionados á estos juegos de palabras que llaman *calenbourg*s. (N. del Trad.)

(1) Este y otros nombres que veremos mas adelante, pronunciados como se escriben, son medianamente ridiculos; pero como, segun dijimos en el prólogo, no siempre conviene sustituirles su significacion castellana, (cuando la tienen) diremos en las notas como se pronuncian en francés. --El presente se pronuncia así: *Robin Puspén.* (Id.)

(2) Patrona de París. (Id.)

ciudad por el feudo de Rooney.

--Mueran los médicos!

--Mueran los autos! (1)

--A tí va mi sombrero, canceller de Santa Genoveva: te acuerdas de la injusticia que me hiciste?

--Así es la verdad: el maldito dió mi empleo en la nacion de Normandía al títere de Ascanio Falzaspada que es de la provincia de Bourges, pues que es italiano.

--Es una picardía! dijeron todos los estudiantes. Muera el canceller de Santa Genoveva!

--Ola! mæsc Joaquín de Ladehors! --Ola! Luis Dahuille! Ola! Lamberto Hoctement!

--El diablo se lleve al procurador de la nacion de Alemania!

--Y á los capellanes de la capilla santa, con sus mucetas grises; cum *tunicis grisís!*

--*Set de pellibus grisís fourratis!*

--Ola--hé! Los maestros en artes! casullas negras! casullas coloradas!

--Buena cola para el rector!

--Parece un Dux de Venecia cuando va á casarse con el mar.

--Juan, allí van los canónigos de Santa Genoveva.

--Mueran los canónigos!

(1) Sabido es que así se llaman en las universidades las sesiones públicas ó secretas, en que se discuten puntos de teología, física y otras ciencias. (Nota del Traductor).

LA SALA GRANDE. 39

-- Abate Claudio Choart! Doctor Claudio Choart! Andas buscando á Maria-la-Giffarde?

-- Vive en la calle de Glatigny.

-- Está haciendo la cama al rey de los bellacos.

-- Paga sus cuatro maravedis: *quatuor denarios*.

-- *Aut unum bombum*.

-- Quieres que te salga á la cara?

-- Compañeros! maese Simon Sanguin, el elector de Picardía, que lleva á su mujer á la grupa!

-- *Post equitem sedet altra cura*.

-- Salve, maese Simon!

-- Buenos dias, señor elector!

-- Buenas noches, señora electora!

-- Quien pudiera estar con ellos para ver todas esas cosas! decía dando un suspiro *Joannes de Molendino*, que continuaba encaramado en los follages de su capitel.

En tanto el librero jurado de la universidad, maese Andres Musnier, decía acercándose al oído del manguitero abastecedor de la casa real, maese Gil Elcornudo.

-- Lo repito, amigomio, y no me cansaré de repetirlo; el fin del mundo se acerca. Nunca se habian visto semejantes demasías en la estudiantina, y las malditas invenciones del siglo son las que tienen la culpa de todo. Las artillerías, las serpentinas, las bombardas, y sobre todo la impresion, esa peste de la Alemania.... Se acabaron los manuscritos, se acabaron los libros! la imprenta asesina á la librería! El fin del mundo se acerca.

—Bien lo veo en los progresos que hacen los tejidos de terciopelo, dijo el mangüitero.

Dieron en aquel momento las doce.

—Ah! dijo todo el concurso en coro.

Callaron los estudiantes: hubo luego un bullicio general, un gran movimiento de pies y de cabezas, una respetable detonacion de toses y de pañuelos; cada cual se colocó, se acomodó, se empujó, se arregló. Siguió luego un profundo silencio; todos los pescuezos echaron el resto de su elasticidad, todas las bocas se abrieron, todas las miradas se fijaron en la mesa de mármol.... Nada se vió en ella.— Los cuatro alabarderos del alcaide estaban allí todavía, tiesos é inmóviles como cuatro estatuas pintadas. Volvieron todos la vista al tablado reservado para los embajadores flamencos; la puerta estaba cerrada y el tablado vacío. Aquella muchedumbre esperaba desde la madrugada tres cosas; las doce del día; la embajada de Flandes, y el misterio; solo las doce del día habian llegado á la hora.

Para tanto aguardar ya no habia paciencia:

Esperaron uno, dos, tres, cinco minutos, un cuarto de hora: nadie venia: el tablado estaba desierto, el teatro mudo. A la impaciencia sucedió la cólera; por do quiera circulaban palabras irritadas, pero en voz baja — El misterio! el misterio! repetia un sordo murmullo. Las cabezas fermentaban, una tempestad, que aun no hacia mas que mujir, flotaba en la superficie de aquel inmenso jentío. Juan Molendino sacó de ella el primer chispazo.

LA SALA GRANDE.

41

—El misterio, y al diablo los flamencos! *gritó* con toda la fuerza de sus pulmones, retorciéndose como una culebra alrededor de su chapitel.

Un palmoteo universal fue la respuesta del pueblo.

—El misterio, repitió, y al diablo la Flandes y los Flamencos!

—Venga al instante el misterio, añadió el estudiante, ó sino, soy de parecer que ahorquemos al alcaide del palacio á guisa de comedia y de moralidad.

—Bien dicho! exclamó la multitud, y comenzamos la broma por sus alabarderos.

Siguióse una inmensa aclamacion; los cuatro pobres diablos empezaban á mudar de color, á sudar y á trasudar. Adelantábase el jentío hácia ellos lentamente, y ya veian la frágil balastrada que de él los separaba ponerse panzuda bajo la presión de la multitud.

El momento no podía ser mas crítico.

—¡A ellos! ¡á ellos! *gritaba* la jente por todas partes.

En aquel punto y sazón, levantóse el tapiz del vestuario que poco antes describimos, y dió paso á un personaje cuyo aspecto contuvo de súbito á la muchedumbre y convirtió como por encanto su cólera en curiosidad.

—Silencio! silencio!

Temblando de pies á cabeza, confuso y atontado adelantóse el personaje hasta el borde de la me-

42 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

sa de mármol, haciendo infinitas reverencias, que á medida que se acercaban iban cada vez pareciéndose mas y mas á otras tantas genuflexiones.

El tumulto sin embargo se habia apaciguado del todo, y solo quedaba ya aquel ligero rumor que siempre se desprende del silencio de la multitud.

—Señores habitantes y vecinos, dijo, señoritas, habitantes y vecinas de París; vamos á tener la honra de declamar y represensar delante de su éminencia el señor cardenal una exquisita moralidad, cuyo título es: *El buen juicio de la señora Virgen María. Yo hago de Júpiter*. Su eminencia está acompañando en este momento á la benemérita embajada del señor duque de Austria; la cual se halla detenida en la hora presente, escuchando la arenga del señor rector de la universidad en la puerta llamada de los Jumentos. Apenas llegue el eminentísimo cardenal, empezaremos.

Cierto que nada menos se necesitaba para salvar á los cuatro desgraciados alabarderos del alcaide del palacio que la intervencion del mismo Júpiter. Si tuviéramos la dicha de haber inventado esta muy verídica historia, y por consiguiente de ser responsable de ella ante nuestra señora la crítica, mal haria su merced en invocar contra nosotros en este momento el precepto clásico: *Nec deus intersit*. Ello es en fin, que el traje del señor Júpiter era muy particular, y que contribuyó no poco á calmar el tumulto de la muchedumbre, absorbiendo

LA SALA GRANDE. 43

toda su atención. Llevaba el señor Júpiter una cota de malla cubierta de terciopelo negro con pasamanos de oro, y un gorro en la cabeza lleno todo él de botones de plata sobredorada; y á no ser por el colorete y por las espesas barbas que cubrían cada cual una mitad de su rostro; á no ser por el rollo de carton dorado, lleno de lentejuelas y de tiras de oropél que llevaba en la mano, y en que cualquiera ojo algo sagaz, mal pudiera dejar de reconocer el rayo; á no ser por sus pies de color de carne y cubiertos de cintas á la usanza griega, bien hubiera podido aquel personaje, por la severidad de su vestimenta, sostener la comparacion con un arquero breton del regimiento de Monseñor de Berry.

PEDRO GRINGOIRE (1).

En tanto que arengaba aquel personaje, la satisfacción, la admiración unánimemente escitadas por su vestimenta, íbanse desvaneciendo á medida que salían las palabras de su boca, y cuando llegó á esta fatal conclusion: "Apenas llegue el eminentísimo cardenal, empezaremos," su voz se perdió en medio de una tempestad de zumbas y de silbidos.

--Empiécese al punto! El misterio! el misterio! al instante! Este era el grito universal, y por,cima de todas las voces se oía la voz de *Joannes de Molendino* que hendía el tumulto como el píñano en una cencerrada de Nîmes: --Empiécese al punto! gritaba el estudiante.

--Mueran Júpiter y el cardenal de Borbon! vo-

(1) Debe pronunciarse Pedro Grenguar.

PEDRO GRINGOIRE.

45

ciferaban Robin Poussepain y toda la estudiantina apiñada en la ventana.

--Al instante la moralidad! repetía la muchedumbre, al instante! al instante! y el palo y la cuerda para los cómicos y el cardenal!--

El pobre Jupiter, aturdido, trémulo, pálido bajo su colorete, dejó caer el rayo, y se quitó la gorra, y saludaba y temblaba diciendo en voz balbuciente: --Su eminencia-- los embajadores-- la señora Margarita de Flandes....-- El pobre diablo no sabía que decir; ello es que tenía miedo de ser ahorcado.

Ahorcado por el populacho si esperaba, ahorcado por el cardenal si no esperaba; no veía por ambos lados mas que un abismo, es decir, la horca.

Por fortuna, no faltó quien viniese á sacarle de apuros, recasumiendo sobre sí toda la responsabilidad.

Un personaje que estaba dentro de la balaustrada, en el espacio que mediaba entre esta y la mesa de mármol, y en quien nadie había reparado aun, tanto su luenga y magra catadura se hallaba completamente á cubierto de todo rayo visual, por el diámetro del pilar en que se apoyaba; este personaje, decimos, alto, flaco, pálido, rubio, jóven todavía si bien lleno de arrugas en la frente y en las mejillas, con ojos brillantes y risueña boca; vestido de sarga negra, raída, y lustrosa á fuerza de ancianidad, se acercó á la mesa de mármol é hizo una

señal al pobre paciente. Pero este todo confuso no veía ni oía.

Dió un paso mas hácia la mesa el personaje:

--Jupiter! le dijo, amigo Júpiter!

Pero el otro no le oía.

En fin, impaciente el rubio le gritó casi debajo de las narices.

--Miguel Giborne!e!

--Quién me llama? dijo Júpiter como despertado en medio de una pesadilla.

--Yo: respondió el personaje vestido de negro.

--Ah! dijo Júpiter.

--Empezad inmediatamente, repuso el otro, y dad gusto al pueblo; yo me encargo de responder al señor alcaide, quien responderá al señor cardenal.

Júpiter respiró:

--Señores habitantes de París, dijo con toda la fuerza de sus pulmones á la plebe que continuaba torciéndole de lo lindo, vamos á empezar inmediatamente.

--*Evoe, Jupiter! Plaudite, civos!* gritó la estudiantina.

--Noel! Noel! (1) gritó el pueblo.

Siguióse un palmotéo atronador, y ya habia des-

(1) El significado de esta palabra es *Navidad*, fiesta de la nati-
vidad de nuestro Señor; antiguamente era el grito con que
manifestaba el pueblo su alegría, como nuestro *Viva!*

(N. de T. Trad.)

PEDRO CRINGOIAS.

47

aparecido Júpiter detrás de su tapiz, cuando todavía retumbaban en la sala infinitas aclamaciones.

En tanto el personaje desconocido, que tan mágicamente había cambiado la *tempestad en bonanza*, como dice nuestro querido y viejo (1) Corneille, volvió modestamente á la penumbra de su pilar, donde sin duda hubiera permanecido invisible, inmóvil y mudo como hasta entonces, á no haberle sacado de ella dos muchachas, que, colocadas en la primera fila de los espectadores, había observado su coloquio con Miguel Giborne-Júpiter.

-- Señor... (2) dijo una de ellas, haciéndole señal de que se acercára.--

-- Calla, Lienarda, dijo su compañera, fresca, bonita y prendida con veinticinco alfileres. No ves que ese galán es lego, y que no le corresponde el título de *señor*, sino el de *maese*?

-- Maese, dijo Lienarda.

Acercóse el incógnito á la baranda.-- Qué se ofrece, señoritas? preguntó con amable cortesía.

(1) El sentido que dan los franceses á la palabra *viejo* aplicada á una persona querida, no es en manera alguna el de su significación inmediata de *anciano ó decrepito*. Es una expresión de cariño que puede aplicarse hasta á los niños. El *mon vieux!* francés, pudiera traducirse por *campadre, amigo*, &c. En este sentido la aplica aquí el autor al gran Corneille. (N. del Trad.)

(2) El tratamiento francés de *messire*, (que es mas que *monsieur* y menos que *monseigneur*) que hemos traducido señor, es un antiguo título de honor, que corresponde exactamente al *Mosen* de la corona de Aragón, y al *don* castellano en su primitiva y rigurosa significación. (Id.)

--Oh! nada, dijo Lienarda toda confusa: esta mi vecina Gisquette-la-Gencienne que quería hablaros.

--No tal, respondió Gisquette, modesta y ruborosa; Lienarda os llamó señor, y yo la he dicho que se decía maese.

Bajaban los ojos las dos doncellas: el jóven que tenia muy buenas ganas de trabar conversacion, las miraba sonriendo:

--Con que nada teneis que decirme, amables señoritas?

--Oh! nada, respondió Gisquette.

--Nada, añadió Lienarda.

El macilento rubio dió un paso para retirarse; pero las dos curiosas no se sentian dispuestas á soltarle tan pronto.

--Maese, dijo intrépida Gisquette con la impetuosidad de una esclusa que se abre ó de una mujer que se decide; ¿conocéis por ventura á ese soldado que va á hacer el papel de la señora virgen en el misterio?

--El papel de Júpiter querreis decir? respondió el anónimo.

--Pues ya se vé que sí! dijo Lienarda. Qué tonta! conocéis á ese señor Júpiter?

--A Miguel Giborne! repuso el anónimo; cierto que sí.

--Tienc unas barbas terribles! dijo Lienarda.

--Va á ser muy bonito eso que van á decir? preguntó con timidez Gisquette.

PEDRO GRINGOIRE.

49

--Súmmamente bonito; respondió el anónimo en tono altamente decisivo.

--Qué será? dijo Lienarda.

--*El buen juicio de la señora virgen María.* moralidad escelente, señorita.

--Ah! eso es otra cosa, repuso Lionarda.

Siguióse un breve silencio; al cabo de pocos momentos le rompió el incógnito.

--Es una moralidad nuevecita, y que no ha servido todavía.

--Con que no es la misma que dieron hace dos años, dijo Gisquette, el día de la cutrada del señor legado en que habia tres doncellas tan guapitas que hacian de....

--De sirenas, dijo Lienarda.

--En cuerecitos vivos, añadió el joven.

Bajó los ojos Lienarda pudibunda: miróla Gisquette é hizo otro tanto. El jóven prosiguió con blanda sonrisa.

--Era cosa por cierto que tenia que ver. Hoy representarán una moralidad hecha de intento para la señora Margarita de Flandes.

--Y cantarán idilios pastoriles? preguntó Gisquette.

--Pues! estaria bueno, dijo el incógnito; en una moralidad!.. No hay que confundir los géneros: si fuera una gangarilla, santo y bueno.

--Pues es lástima, dijo Gisquette. Aquel día me acuerdo que habia en la fuente del Ponceau hombres y mujeres salvajes que se pelcaban y hacian

tomo 1.

4

mil travesuras, cantando villancicos y coplas pastoriles.

--Lo que conviene para un legado, dijo con bastante sequedad el anónimo, no conviene para una princesa.

--Y junto á ellos, repuso Lienarda, tocaban una porcion de instrumentos que producian grandes melodías.

--Y para que refrescára el pueblo, continuó Gisquette, echaba la fuente por tres caños vino, leche é hypocrás (1), y bebia todo el que le daba la gana.

--Y un poco mas abajo de la fuente, añadió Lienarda, en la Trinidad, habia un paso de la passion con personajes que no hablaban.

--Toma si me acuerdo! exclamó Gisquette: Dios en la cruz y los dos ladrones á derecha y á izquierda.

Entonces las dos parlanchinas entusiasmándose con sus recuerdos de la entrada del señor legado, empezaron á hablar las dos al mismo tiempo.

--Y mas allá, en la puerta de los Pintores, habia otras personas vestidas con mucho lujo.

--Y en la fuente de los Inocentes, aquel cazador que perseguia á una corza con tanto ruido de perros y de trompetas!

--Y en la carnicería de París, aquellos patibu-

(1) Bebida compuesta de vino, leche y canela. (N. del Trad.)

PEDRO GRINGOIRE. 51

los que figuraban la Bastilla (1) de Dieppe.

--Y cuando pasó el legado, -- te acuerdas? como dieron el asalto y no quedó un inglés con cabeza.

--Y junto á la puerta del Chatelet (2), que habia aquellos señores tan majos!

--Y en el puente del *Change* (3), que estaba todo entoldado!

--Y cuando pasó el legado, que echaron á volar sobre el puente mas de doscientas docenas de toda especie de pájaros! Aquello si que era bonito!

--Pues mas bonito será hoy, repuso en fin su interlocutor que las escuchaba con evidente impaciencia.

--Con que será muy bonito ese misterio? dijo Gisquette.

--Seguramente, respondió; y luego: -- Señoritas, yo soy su autor, añadió con tono enfático.

--Ah! respondieron las dos petrificadas de admiracion.

--Ya se vé que sí! respondió el poeta contoneán-

(1) Llamábase así en Francia las fortalezas que sirven de prisiones de estado. Es voz admitida ya en castellano hablando de las prisiones de Francia. (*N. del Trad.*)

(2) Una de las primeras fortalezas de París. En el libro tercero de esta novela describe exactamente el autor su posición y su historia; por eso escusamos hablar aquí de ella detenidamente. (*Id.*)

(3) Uno de los puentes mas antiguos de París, que existe todavía; en el ya citado libro tercero se hace detenida mención de él. (*Id.*)

dose lijeramente; es decir, los autores somos dos; Juan Marcaud que ha serrado las tablas y levantado el teatro, y yo que he compuesto el drama.— Yo me llamo Pedro Gringoire.

El autor del *Cid* no hubiera dicho con mas altivez: *Pedro Corneille* (1).

Bien conocerán nuestros lectores que debe haber transcurrido cierto tiempo desde el momento en que se retiró Júpiter hasta el instante en que el autor de la nueva moralidad se reveló como hemos visto de súbito á la profunda admiracion de Gisquette y de Lienarda. Cosa notable; toda aquella muchedumbre, pocos minutos antes tan tumultuosa, esperaba ahora con mansedumbre, fiada en la palabra de un comediante; lo que prueba esta verdad eterna, de que todos los dias vemos ejemplos en nuestros teatros; que el mejor medio de hacer que el público aguarde con paciencia, es asegurarle que se va á empezar inmediatamente.

Sin embargo, el estudiante Juan no se dormia en su capitel.

(1) Este gran poeta es objeto en Francia de una especie de culto que casi raya en idolatría; de él dijo Voltaire, *que su genio lo ha creado todo en Francia*, y es seguro que no se puede decir mas.

Pedro Corneille nació en Rouen en 1606 y murió en 1684; una de las obras que le dieron mas fama fue su tragedia del *Cid*, tomado de nuestro Guillen de Castro. Recientemente se le ha erigido en su ciudad natal una estatua de bron. e, cuya inauguracion se ha hecho con toda pompa y suntuosidad. (*N. del Trad.*)

PEDRO GARCIGORE.

53

--Ola! --hé! gritó repentinamente en medio de la profunda calma que había sucedido al tumulto. Júpiter, señora virgen, truhan de los demonios! os burlais de nosotros? el misterio! el misterio! empezad ó empezamos nosotros.

No fue necesario mas.

Una música raiouera de varios instrumentos hizose oír de pronto en el interior de la escena; levantóse el tapiz, y á ella salieron cuatro personajes ridículos y pintorreados, trepando por la empinada escalera del teatro. Llegados que fueron á la llanura superior, formáronse en batalla delante del público á quien saludaron profundamente. Calló entonces la sinfonía y comenzó el misterio.

Los cuatro personajes, despues de haber recibido y sahumada en numerosos aplausos la justa recompensa de sus saludos, entablaron en medio de un relijioso silencio, un prólogo (1) que no tendremos dificultad en pasar por alto, seguros de que no lo llevará á mal el lector. Es de advertir á mayor abundamiento, que el público, como suele acontecer en nuestros dias, se ocupaba aun mas en los trajes de los actores que en las relaciones que declamaban, para lo cual en verdad no carecian de fundamento. Iban los cuatro vestidos

(1) Estos prólogos corresponden á nuestras loas.

(Nota del traductor).

con trajes, la mitad blancos y la mitad amarillos, que no se distinguían entre sí más que por la calidad del material; era el primero de brocado de oro y plata, el segundo de seda, el tercero de lana y el cuarto de lienzo. Llevaba en la diestra una espada el primero de los personajes, el segundo dos llaves de oro, una balanza el tercero, el cuarto una azada y para ayuda de las inteligencias poco perspicaces cuya vista no pudiese penetrar la transparencia de aquellos atributos, leíase en enormes letras bordadas de negro, al pie de la capa de brocado: *Yo me llamo Nobleza*; al pie de la de seda: *Yo me llamo Clero*; al del ropón de lana: *Yo me llamo Mercadería*, y al del de lienzo: *Yo me llamo Trabajo*. El sexo de las dos alegorías masculinas, claramente lo indicaban á todo espectador sensato sus vestidos menos largos y las gorras que llevaban en la cabeza, al paso que las dos alegorías femeninas, menos brevemente vestidas, ostentaban en la cabeza sendas caperuzas.

Seguramente hubiera sido necesario ser muy torpe ó muy malévolo para no comprender, por entre la poesía del prólogo, que *Trabajo* estaba casado con *Mercadería* y *Clero* con *Nobleza*, y que las afortunadas parejas poseían, á partes iguales, un magnífico delfín de oro, que estabau decididas á no adjudicar sino á la más hermosa. Iban pues por esos mundos de Dios, en busca de esta hermosura, y después de haber desdeñado sucesivamente á la reina de Golconda, á la princesa de Trebisonda, á

PEDRO GRINGOIRE.

55

la hija del gran Kan de Tartaria, etc, etc. *Trabajo y Clero, Nobleza y Mercadería* habían llegado á tomar algun ligero descanso á la mesa de mármol del Palacio de Justicia, prodigando á presencia del digno auditorio cuantas sentencias y máximas era entonces permitido propalar en la facultad de las artes en los exámenes, sofismas, determinaciones, figuras y autos en que ganaban su borla de doctores los licenciados.

Todo lo cual en efecto era sumamente bonito.

Y en toda aquella muchedumbre sobre la cual deramaban á porfia mares de metáforas las cuatro alegorías, no habia dos orejas mas atentas, un corazon mas palpitante, dos ojos mas desenchajados, un pescuezo mas largo, que los ojos, las orejas, el pescuezo y el corazon del poeta, del buen Pedro Gringoire que no habia podido resistir poco antes á la tentacion de decir su nombre á dos buenas mozas. Retiróse á algunos pasos de ellas, detras de su pilar; y desde alli, escuchaba, miraba, saboreaba. Los lisonjeros aplausos que habian acogido los primeros versos de su prólogo, resonaban aun en sus entrañas, y el dichoso poeta se hallaba completamente empapado en aquella especie de estática contemplacion con que ve un autor caer una á una sus ideas de la boca del actor en el silencio de un vasto auditorio. Digno Pedro Gringoire!

Mucho nos pesa decirlo, pero pronto se vió turbado en las delicias de aquel éxtasis primero. Apenas habia llegado Gringoire sus labios á aquella co-

pa sublime de alegría y de triunfo cuando vino á acibararla una gota de hiel.

Un mendigo desarropado que no podía sin duda portiosear delvidamente, confundido como se hallaba en medio de la muchedumbre, y que no había hallado sin duda suficiente indemnización en los bolsillos de sus vecinos, imaginó el ingenioso espediente de encaramarse en algun punto visible para atraer las miradas y las limosnas. Empinóse pues durante los primeros versos del prólogo con ayuda de los pilares del tablado de preferencia hasta la cornisa que ceñía su balaustrada en su parte inferior, donde se sentó, solicitando la atención y la caridad con sus harapos y una llaga asquerosa que cubría su brazo derecho. Justo será decir en honor de la verdad que el miserable no profería una palabra.

El silencio que guardaba dejó que prosiguiera sin obstáculo el prólogo, y es de creer que ningun desorden notable hubiera sobrevenido, á no dar la fatal casualidad de que el estudiante Joannes de Molendino divisase al inmundo mendigo desde lo alto de su pilar. Una irresistible gana de reir se apoderó de aquel travieso diablillo, el cual, sin curarse de interrumpir el espectáculo y de turbar el silencio universal, esclamó:

—Calla! aquel zarrapastroso que pide limosna!

Quien quiera que haya echado una piedra en un charco de ranas ó disparado un tiro en medio de una bandada de palomas, podrá formarse una idea del efecto que produjeron aquellas palabras incon-

PEDRO GRINGOIRE.

57

gruentes en medio de la atención general. Estremeciéndose Gringoire como sacudido por un choque eléctrico: suspendióse el prólogo, y todas las cabezas se volvieron tumultuosamente hacia el mendigo que, lejos de turbarse, vió en aquel incidente una buena ocasión de hacer su agosto, y empezó á decir con voz doliente, haciendo la mortecina: —Una limosnita por amor de Dios!...

—Tate! —repuso Joannes, por mi vida que ese es Clopin Troullefeu (1).—Ola! hé! —compadre, parece que te molestaba esa llaga en la pierna y te la has pasado al brazo.

Esto diciendo echó con la destreza de un mico, un blanquillo (2) en el mugriento sombrero que alargaba el mendigo con el brazo malo. —Impávido el zarrapastroso recibió la limosna y el sarcasmo, y prosiguió con acento lamentable: —Una limosnita por amor de Dios!...

Este episodio distrajo considerablemente al auditorio; y mucho espectadores, entre otros Robin Poussepain y toda la estudiantina, aplaudieron con algazara el estravagante duo que acababan de improvisar en mitad del prólogo, el estudiante con su voz de falsete y el mendigo con su salmodia imperturbable.

Gringoire estaba de todo punto enojado. Vuelto

(1) Debe pronunciarse, *Clopin Trilliffú*.

(2) Moneda de cobre que equivalía con corta diferencia á un céntimo. (Nota del traductor).

en sí de su primera estupefacción, desgañitábase gritando á los cuatro personajes de la escena: —Adelante, que diablo! adelante! sin dignarse siquiera echar una mirada de desden sobre los dos interruptores.

Sintió en aquel momento que le tiraban de la capa. Volvió la cara algo mohino, y tuvo que hacer un violento esfuerzo para sonreír; pero fué indispensable.—El lindo brazo de Gisquette—la Gencienné, pasando por entre las columnillas de la baranda, solicitaba de aquella manera su atención.

—Caballero, dijo la doncella, van á continuar?

—Pues es claro, respondió Gringoire, algo sorprendido de aquella pregunta.

—En ese caso — ¿tendríaís la bondad, prosiguió, de explicarme?...

—Lo que van á decir? interrumpió Gringoire, Pues escuchad con atención....

—No es eso, respondió Gisquette, sino lo que han dicho hasta ahora.

Dió Gringoire un respingo como hombre á quien le ponen la mano en una herida.

—Cuerno con la chiquilla majadera y obtusa! dijo entre dientes.

Desde aquel momento perdió Gisquette su buena opinión en el ánimo del poeta.

En tanto los actores, obedeciendo su mandato, habían proseguido en su prólogo, y el público, viendo que de nuevo empezaban á hablar, de nuevo empezó á escuchar, no sin haber perdido infinidad

PEDRO GRINGOIRE'

59

de bellezas en la especie de soldadura que se hizo entre las dos partes del drama , violentamente separadas : amarga reflexion que no dejaba de hacerse Gringoire allá por sus adentros. Sin embargo, fue restableciéndose poco á poco la calma ; el estudiante callaba , el mendigo contaba alguna calderilla en su sombrero , y el misterio habia llegado á hacerse superior á todo.

Era realmente el misterio una obra de mucho mérito , y de la cual nos parece que aun en el día pudiera sacarse mucho partido , prévias algunas modificaciones. La esposicion , algo larga y no poco insignificante , es decir , conforme en un todo á las reglas , era muy sencilla ; y Gringoire , en el cándido santuario de su mente , admiraba su extraordinaria claridad. Estaban los cuatro personajes alegóricos cansados , como era muy natural , de haber recorrido las tres partes del mundo , sin hallar medio de desprenderse decentemente de su delfin de oro , con cuyo motivo venia como de molde un elogio del maravilloso pez , sazonado con mil alusiones delicadas al jóven y futuro esposo de Margarita de Flandes , muy tristemente retirado á la sazón en Amboise , y que estaria sin duda muy distante de creer que Trabajo y Clero , Nobleza y Mercadería acababan por él de dar la vuelta al mundo. Era , pues , el susodicho delfin , jóven , gallardo , valiente y sobre todo (magnífico origen de todas las virtudes reales!) era hijo del leon de Francia. Declaro en toda conciencia que esta atrevida metáfora es ad-

mirable; y que la historia natural del teatro en un día de alegría y de epitalamio real, no puede llevar á mal que un delfín sea hijo de un león, tanto mas cuanto es indudable que estas raras y pindáricas mescolanzas son una prueba evidente de entusiasmo. Sin embargo, justo será decir para que haya tambien su poquito de crítica, que el poeta hubiera podido desarrollar esta felice idea en menos de doscientos versos. Verdad es tambien que el misterio debía durar desde las doce hasta las cuatro por mandato especial del señor preboste, y que al fin y al cabo fuerza es decir alguna cosa. Además el público escuchaba con paciencia.

Pero repentinamente en medio de una disputa entre la señorita Mercadería y la señora Nobleza, en el momento mismo en que maese Trabajo pronunciaba este verso mirífico

Vióse nunca en los bosques mas triunfante animal.

La puerta de la estrada de preferencia que hasta entonces habia estado tan inoportunamente cerrada, abrióse aun mas inoportunamente todavía; y la sonora voz del hujier anunció con brusco acento:
—*Su eminencia el Señor Cardenal de Borbon.*

5.

EL SEÑOR CARDENAL.

¡Pobre Gringoire! el estruendo de todos los cohetes y carretillas de san Juan, la descarga de veinte arcabuces, la detonación de aquella famosa serpiente de la torre de Billy que durante el sitio de París, el domingo 29 de setiembre de 1465 mató de un tiro á siete borgoñones, la explosión de toda la pólvora almacenada en la puerta del *Templo*, con menos aspereza le hubiera desgarrado los oídos en aquel momento solemne y dramático que estas pocas palabras pronunciadas por boca del hujer: — *Su eminencia el señor Cardenal de Borbon.*

Y no se crea que Pedro Gringoire temiese ó despreciase al señor Cardenal; no era capaz de tal flaqueza ni de tanta demasía. Verdadero eclético, como se dice en el lenguaje del día, era Gringoire uno de aquellos hombres firmes y magnánimos, serenos y moderados que siempre saben colocarse en el justo medio de todo (*stare in dimidio rerum*), y están llenos de razón y liberal filosofía. Raza preciosa y nunca interrumpida de entes á quienes la filosofía,

62 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

como otra Ariadne parece haber dado un ovillo misterioso que ellos van devanando desde el principio del mundo por entre el confuso laberinto de las cosas humanas. Véelos siempre en todos tiempos, y siempre los mismos, es decir, con arreglo á todos los tiempos. Y sin contar á nuestro Pedro Gringoire que los representaría en el siglo XV si lográramos darle todas las ilustraciones que merece, no hay duda que su espíritu era y no otro el que animaba al padre Du Breul (1) cuando escribía en el XVI estas palabras sublimes de candor, y dignas de todos los siglos. — “Yo soy parisiense de nacion y par-rhisiano en el hablar, pues *parrhisia* en griego »significa libertad de hablar; de la cual he hecho »uso hasta con monseñores los cardenales, tio y her-»mano de monseñor el príncipe de Conty, aunque »con respeto á su alteza, y sin ofender á nadie de su »casa, lo que mucho es.”

No habia pues odio al cardenal ni menosprecio á su persona en la impresion desagradable que produjo en Gringoire su presencia. Antes muy por el contrario; nuestro poeta poseia demasiado seso y una ropilla demasiado raída para no tener á gran fortuna que varias alusiones de su prólogo, y en particular la glorificacion del delfín, hijo del leon de Francia, penetrasen en dos eminentísimas orejas. Pero no es el sórdido interés el que domina en la noble naturaleza de los poetas. Quiero suponer

(1) Véase la nota 1 de la página 20.

EL SEÑOR CARDENAL.

63

que se represente por el número diez la individualidad del poeta; es bien seguro que si un químico la analizara y farmacopolizara, como dice Rabelais, hallaría compuesta de una parte de interés, y de nueve de amor propio. Ahora bien, en el momento en que se abrió la puerta para el cardenal, las nueve partes de amor propio de Gringoire, binchadas y tumefactas al soplo de la admiración popular, se hallaban en un estado de abultamiento prodigioso, bajo el cual desaparecía, bien así como anodada, aquella imperceptible molécula de interés que poco ha distinguimos en la constitución de los poetas; ingrediente precioso seguramente, lastre de realidad y de humanidad sin el cual no tocarían á la tierra con los pies. Gozaba Gringoire la dicha de sentir, de ver, de palpar, por decirlo así, una asamblea entera, compuesta de canalla, es verdad, ¿pero qué importa? estupefacta, petrificada y como asfixiada ante las inmensurables relaciones que á cada punto brotaban de todas las partes de su epitalamio. Yo aseguro que participaba de la dulzura general, y que á diferencia de La Fontaine que en la representación de su comedia el *Florentino* preguntaba: — *¿Quién es el majadero que ha hecho esa rapsodia?*, Gringoire estaba á punto de preguntar al que tenía á su lado: — *¿De quién es ese prodigio del arte?*— Juzgue ahora el lector del efecto que produciría en su ánimo la súbita é intempestiva llegada del cardenal.

Y todos sus temores se realizaron: la entrada de

su eminencia alborotó al auditorio; todas las cabezas se volvieron hácia el tablado. Era aquello cosa de no oirse unos á otros: —El cardenal! el cardenal! repetían todas las bocas.... El desdichado prólogo hizo alto por segunda vez.

Detúvose un momento el Cardenal sobre el borde del tablado, y mientras echaba una mirada asaz indiferente sobre el auditorio, aumentó el tumulto á consecuencia de que cada cual quería verle á porfía mejor que los demas.

Era en efecto su eminencia un alto personaje, y cuyo espectáculo valía tanto por lo menos como cualquiera otro. Carlos, cardenal de Borbon, arzobispo y conde de Leon, primado de las Galias, estaba emparentado juntamente con Luis XI por su hermano *Pedro*, señor de Beaujeu, casado con la hija mayor del rey, y con Carlos, el Temerario por parte de su madre Inés de Borgoña. El carácter dominante y distintivo del primado de las Galias, era el espíritu cortesano y la devocion al poder. Fácil es por lo tanto formarse idea de los infinitos apuros que le habia acarreado aquel doble parentesco, y de todos los escollos temporales entre que habia debido bordear su barca espiritual para no estrellarse en Luis ni en Carlos, aquellos Escila y Caribdis que habian devorado al duque de Nemours y al condestable de San Pol. Gracias á Dios, habia salido bastante airoso de la travesía y llegado sano y salvo á Roma; pero aunque estaba ya en el puerto, y precisamente porque estaba en el puerto, nunca recordaba sin inquietud

EL SEÑOR CARDENAL.

65

los muchos azares de su vida política, por tantos años sobresaltada y laboriosa. Por eso tenía costumbre de decir que el año de 1476 había sido para él *negro y blanco*, aludiendo á que había perdido en el mismo año á su madre la duquesa del Borbonés y á su primo el duque de Borgoña, de modo que una pérdida le había consolado de la otra.

Por lo demas, era un hombre excelente en toda la estension de la palabra; hombre que pasaba alegremente su vida de cardenal, solía aturcarse de cuando en cuando con los vinos de la cosecha real de Challuau, no era nada enemigo de Ricarda la Garmoise y de Tomasa la Saillarde, daba mas limosnas á las jóvenes que á las viejas, razones por las cuales era bastante bien quisto del pueblo de París. Iba siempre rodeado de una pequeña corte de obispos, de abates de alta categoría, galanes, picarescos y gente con quien se podía contar para una franca-chela. Mas de una vez las devotas de San German d' Auxerre, al pasar de noche por debajo de las ventanas iluminadas del palacio Borbon, se habian escandalizado de oír las mismas voces que cantaban á *visperas durante el dia, salmodiar al retintín de los vasos el proverbio bacanal de Benedicto XII, aquel papa que añadió una tercera corona á la tiara: Bibamus papaliter.*

Esta popularidad, tan justamente adquirida, fue sin duda la que á su entrada le preservó de ser mal recibido por aquella jente, poco antes tan descontenta, y poco dispuesta además á respetar á un car-

TOMO I.

5

denal el día mismo en que iba á elejir un papa. — Los parisienses no guardan rencor, y además, habiendo hecho comenzar la representación por su propia autoridad, venció el pueblo al cardenal y este triunfo bastaba á satisfacer su vanidad. Téngase presente además que el señor cardenal de Borbon era buen mozo, que tenia unos hábitos de escarlata, que sabía manejar con singular donaire, lo que equivale á decir que estaban por él todas las mujeres, y por consiguiente la mejor mitad del auditorio. Es indudable que hubiera sido una prueba de injusticia y del mal gusto torear á un cardenal por haberse hecho esperar, cuando es buen mozo y sabe manejar sus hábitos encarnados.

Saludó pues al auditorio con aquella sonrisa hereditaria en los grandes, y se dirigió con lentos pasos hácia su sillón de terciopelo carmesí, bien así como hombre que en todo está pensando menos en lo que tiene delante. Su comitiva, lo que hoy llamaríamos su estado mayor de obispos y de abates invadió detras de él el tablado, no sin notable incremento de tumulto y curiosidad en la muchedumbre. Todos los apuntaban con el dedo, todos habían de decir sus nombres y de conocer á uno por lo menos; quien, al obispo de Marsella, Alaudet, si no me engaña la memoria; cual al primicerio de San Dionisio; este á Roberto de Lespinasse, abad de San-Germain-des-Prés, aquel hermano libertino de una barragana de Luis XI; todo, con numerosas erratas y cacofonías. Por lo que hace á los estudian-

EL SEÑOR CARDENAL.

67

tes, juraban y blasfemaban; aquel era su día, su fiesta de los locos, su saturnal, la orjía anual de la *Basoche* y de la estudiantina: todo linaje de insolencias era en aquel día cosa lícita y sagrada. —Y además, había entre la muchedumbre tal cual mozoleta de la vida airada Simona Quatreclivres, Inés la Gardine, Robina Piedebou. ¿Qué menos podía hacerse que jurar y renegar un poquillo del nombre de Dios en un día como aquel, en una sociedad tan escogida de eclesiásticos y de rameras? Fuerza es confesar que el pueblo no perdía aquella buena ocasión; y en medio de tamaña barahunda, formaban un horrible desconcierto de blasfemias y de enormidades, todas aquellas lenguas desatadas, lenguas de pillos y de estudiantes contenidas todo el resto del año por el temor del hierro ardiente de San Luis (1) ¡Pobre San Luis, y que zumba le daban en su propio palacio de justicia!... Había cada cual escogido por blanco de sus tiros entre los recién llegados una sotana negra ó gris, blanca ó morada. En cuanto á Joannes Frolo de Molendino en su cualidad de hermano de un arcediano, atacaba de frente á la encarnada, y cantaba á grito-pelado fijando en el cardenal sus ojos descarados: *Cappa repleta mero!*

Todos estos detalles que vamos aquí enumerando para la mayor edificación de nuestros lectores,

(1) *La marca*, castigo que todavía se aplica á los criminales en Francia, y que consiste en grabarles en la espalda con un hierro ardiente las letras.

(Nota del traductor).

estaban á tal punto cubiertos por el estruendo general que en él desaparecían antes de llegar á la estrada de preferencia; pero aun cuando así no fuera, poco caso hubiera hecho de ellos el Cardenal, tan introducidas estaban en las costumbres las insolencias de aquel día. Tenía el buen señor además, y bien se le conocía en la cara, otro cuidado que le seguía de cerca, y que entró casi al mismo tiempo que él en la estrada; tal era la embajada de Flandes.

No se crea por esto que era profundo político; ni que se tomase mucha pena por las consecuencias posibles del enlace de su señora prima Margarita de Borgoña con su señor primo, Carlos el Delfín; por cuanto duraría la buena armonía prendida con alfileres, entre el duque de Austria y el rey de Francia, ó por como tomaría el rey de Inglaterra aquel desaire hecho á su hija. Todo esto le ocupaba muy poco y no le impedía hacer el debido acatamiento al vino de la cosecha real de Chaillot, sin pensar en que algunos frascos de aquel mismo vino (algo correjido y aumentado, es cierto, por el médico Coictier) cordialmente ofrecidos á Eduardo IV por Luis XI, desembarazarían el día menos pensado á Luis XI de Eduardo IV. *La muy ilustre embajada del señor duque de Austria* no traía al cardenal ninguno de estos cuidados, pero le importunaba mucho por otra parte. Era en efecto algo duro, y ya lo indicamos en las primeras páginas de este libro, verse precisado á hacer agasajos él, Carlos de Borbon, á unos mise-

EL SEÑOR CARDENAL.

69

rables plebeyos; él, frances, hombre de gusto esquisito á flamencos bebedores de cerveza; él, Cardenal, á unos tristes rejidores y todo esto en público. Cier- to que era aquella una de las mas fastidiosas mome- rías á que tuvo jamás que resignarse por dar gusto al rey.

Volvióse pues hácia la puerta y con suma afabi- lidad (tanto se habia ensayado para ello) cuando anunció el hujer con voz sonora: *—Los señores en- viados del señor duque de Austria.* Inútil será de- cir que todo el auditorio hizo otro tanto.

Llegaron entonces de dos en dos con una grave- dad que formaba contraste en medio de la petulante comitiva eclesiástica de Carlos de Borbon, los cua- renta y ocho embajadores de Maximiliano de Aus- tria y á su frente el reverendo padre en Dios, Juan, abad de Saint Bertin, canceller del toison de oro y Santiago de Goy, señor Dauby, alcalde mayor de Gante. Hubo en toda la asamblea profundo silencio, acompañado de risitas en embrión para escuchar todos los nombres ridículos y todas las calificaciones ebavacanas que cada uno de aquellos personajes transmitia imperturbablemente al hujer, que repe- tía luego nombres y calificaciones á la par empuen- temente estropeados. Ya anunciaba á Maese Loys Roelof, rejidor de la ciudad de Louvain; al señor Clays de Etuelde, rejidor de Bruselas; á su señoría Pablo de Baeust, señor de Voirmizelle, presidente de Flandes: maese Juan Colegheus, burgo maestre de la ciudad de Amberes; maese Jorje de la Moere,

rejidor primero de la ciudad de Gante, maese Ghel-
dout Vander Hage, rejidor segundo de la susodicha
ciudad; ya al señor de Bierbecque y á Juan Pinnock
y á Juan Dymaerzelle etc. etc. etc.—alcaldes, reji-
dores burgomaestres; burgomaestres, rejidores, al-
caldes; todos tiesos, estirados, soplados, almidona-
dos, engalanados con terciopelo y con damasco, en-
caperuzados con gorras de terciopelo negro recama-
do de hilos de oro de Chipre; sanas cabezas flamen-
cas sin embargo, fisonomías dignas y severas, her-
manas gemelas de las que Rembrant (1) hizo re-
saliáran enérgicas y graves sobre el fondo negro de
su *ronda nocturna*; personajes todos que llevaban es-
crito en la frente que Maximiliano de Austria ha-
bia tenido razon en *descansar*, como decia su mani-
fiesto, *en su seso, valía, experiencia, honradez y
buenas partes*.

Uno solo hacia escepcion á esta regla. Era un
hombre de fisonomía astuta, inteligente y sagaz,
una especie de hocico de mono y de diplomático,
por quien dió tres pasos el Cardenal é hizo una pro-
funda reverencia y que no se llamaba sin embargo
mas que lisa y llanamente; *Guillermo Rym, conse-
jero y pensionado de la ciudad de Gante*.

Pocos sabian en aquella época lo que era Gui-
llermo Rym; rara ¡inteligencia que en tiempos de re-
volucion hubiera brillado en la superficie de las co-

(1) Van Rym Rembrant, célebre pintor flamenco: nació
en 1606. *Nota del traductor.*

EL SEÑOR CARDENAL. 71

sas, pero que se hallaba reducido en el siglo quince á las cavernosas intrigas y á *vivir en las zapas*, como dice el duque de San Simón. Por lo demás gozaba de mucho favor con el primer *zapador* (1) de la Europa; maquinaba familiarmente con Luis XI, y aun muchas veces entendía en los secretos manejos del rey: cosas todas ignoradas por aquella turba asombrada de los agasajos que hacía el Cardenal á aquella triste figura de alcalde flamenco.

(1) Lútil será decir que alude el autor á Luis XI cuya política tenebrosa y cruel es célebre en toda Europa.
(Nota del traductor).

4.

MAESE SANTIAGO**COPPENOLE.**

Mientras el pensionado de Gante y el eminentísimo cardenal se hacían recíprocamente una reverencia muy baja, y se decían algunas palabras en voz mas baja todavía, un hombre de alta estatura, carriacho y fornido, se presentaba para entrar de frente con Guillermo Rym, como un buen perro junto á una zorra. Su sombrero de castor y su chaqueta de cuero hacían extraña figura entre el terciopelo y la seda que le rodeaban, y por eso sin duda, creyendo que sería algun palafrenero extraviado, detúvovle el hujier.

— Hé, buen hombre, no se pasa.

El de la chaqueta de cuero le dió un empellon.

— Quién te mete á tí conmigo? dijo con un estruendo de voz que fijó la atención de toda la sala en aquél coloquio singular. — ¿No ves quien soy yo?

— Vuestro nombre? preguntó el hujier.

— Santiago Coppenole.

— Vuestros títulos?

MAESE SANTIAGO COPPENOLE. 73

— Calcetero, en la muestra de las *Tres Cadenillas*, en Gante.

Retrocedió el hujier: anunciar rejidores y burgo maestros, vaya con Dios; pero un calcetero! El cardenal estaba sobre ascuas: el pueblo escuchaba y miraba. ¡Buen pago sacaba su eminencia de haber estado dos días enteros lamiendo á aquellos osos flamencos para ponerlos en estado de poderse presentar en público con algun decoro!

Acercóse Guillermo Rym al hujier con su risita melosa:

— Anunciad á Maese Santiago Coppenole, rejidor de la ciudad de Gante, le dijo al oído.

— Hujier, repitió el cardenal en alta voz, anunciad á maese Santiago Coppenole, rejidor de la ilustre ciudad de Gante.

El cardenal lo echó á perder: Guillermo Rym solo hubiera escamotado la dificultad; pero Coppenole oyó al cardenal.

— No, ¡Cruz de Dios! exclamó con su voz de trueno: Santiago Coppenole, calcetero.— Lo oyes, hujier? ni mas ni menos. ¡Cruz de Dios! Calcetero, no es poco! El señor archiduque ha buscado mas de una vez sus guantes en mis calzas (1).

Hubo grandes risas y aplausos: un equívoco se

(1) Proverbio vulgar; como si dijera *ha necesitado de mí, ha recurrido á mí, etc.*

Esta frase no tiene gracia en el caso presente mas que por ser un calcetero el que la dice. (N. del Trad.)

entiende siempre en París, y por consiguiente siempre se aplaude.

Añádase á esto que Coppenole era de la clase del pueblo, y que el público que le rodeaba lo era tambien; por lo tanto la comunicacion entre ellos fué rápida, eléctrica, y por decirlo así, inmediata. La altanera salida del calcetero flamenco, humillando á los cortesanos, ajitó en todas las almas plebeyas no sé que sentimiento de dignidad vago y confuso todavía en el siglo XV. Era un igual, un compañero el que acababa de tenérselas tiesas al señor cardenal! Reflexion deliciosa para unos pobres diablitos acostumbrados á respetar y obedecer á los lacayos de los maceros del alcaide del abad de Santa Genoveva, caudatario del cardenal.

Saludó Coppenole con altivez á su eminencia que devolvió su saludo al omnipotente plebeyo temido de Luis XI; y mientras Guillermo Rym, *hombre astuto y malicioso*, como dice Felipe de Commines, los seguía con burlona sonrisa de superioridad, cada cual ocupó su asiento, el cardenal turbado é inquieto, Coppenole sereno é impávido, pensando sin duda en que al fin y al cabo su título de calcetero valía tanto como cualquiera otro, y que María de Borgoña, madre de aquella Margarita á quien casaba aquel día Coppenole, menos le hubiera temido siendo cardenal que calcetero, porque mal hubiera podido un cardenal amotinar al pueblo de Gante contra los favoritos de la hija de Carlos el Temerario; mal hubiera podido fortificar á la muche-

MARTE SAN LAGO COPPENOIT. 75

dumbre con una sola palabra contra sus lágrimas y sus ruegos, cuando la princesa de Flandes fue á suplicar por ellos á su pueblo hasta el pie del cadalso; mientras que él, calcetero, no había tenido que hacer mas que levantar su brazo cubierto de cuero para derribar vuestras dos cabezas, ilustrísimos señores, Guy de Hymbercourt, canceller Guillermo Hugonet!!.

No se habían acabado sin embargo todos los sinsabores para el pobre cardenal; tenía aun el desdichado que apurar hasta las heces el cáliz de hallarse en tan mala sociedad.

Acaso no ha olvidado el lector al insolente mendigo que desde los primeros versos del prólogo fue á encaramarse á la cornisa inferior de la estrada del cardenal. La llegada de los ilustres convidados no le hizo en manera alguna soltar su sitio, y mientras que prelados y embajadores se embanastaban, como verdaderos harenques flamencos, en los asientos de la tribuna, púsose él á sus anchas, y cruzó valerosamente ambas piernas sobre el arquitrave: insolencia rara, y en que nadie hizo alto en los primeros momentos, por estar dirigida la atención á otro punto. El por su parte de nadie hacia caso; mecía la cabeza sobre sus hombros con una indiferencia napolitana repitiendo de vez en cuando entre el rumor como por una costumbre maquinal: "Una limosnita por amor de Dios!" Es bien seguro que entre todos los presentes, él era el único que no se había dignado volver la cabeza al altercado de

Coppenole y del hujier. Quiso pues la casualidad que el calcetero de Gante con quien ya simpatizaba tanto el pueblo, y en quien estaban fijas todas las miradas, fuese á sentarse precisamente en la primera fila de la estrada encima del mendigo; y no sin notable admiracion vieron al embajador flamenco, prévia inspeccion sumaria del hediondo individuo que tenia delante, poner la mano familiarmente sobre aquella espalda cubierta de guñapos. Volvióse el mendigo; hubo sorpresa, reconocimiento, expansion de las dos caras, &c. &c.; y luego sin curarse en lo mas mínimo de los espectadores, el calcetero y el zarrapastroso pusieron á hablar en voz baja, dados amistosamente de la mano, mientras los andrjos de Clopin Troullefou, ostentándose sobre el dorado paño de la estrada, presentaban la imagen de una oruga paseándose sobre una naranja.

La novedad de aquella escena singular escitó un rumor tal de locura y jovialidad en la sala, que no tardó el cardenal en advertirlo. Tendió la vista á todos lados, y no pudiendo desde el punto en que estaba colocado mas que entrever muy imperfectamente la ignominiosa vestimenta de Troullefou, imaginóse, como era lo mas natural, que el mendigo pedía limosna, y asombrado de la audacia, exclamó:

“Señor alcaide del palacio, á ver como vá á parar ese bellaco al rio.”

—Cruz de Dios! Señor cardenal, dijo Coppenole, sin soltar la mano de Clopin; este es mi amigo.

—Noel! Noel! gritó la plebe. Desde aquel mo-

MAESE SANTIAGO COPPENOLE. 77

mento tuvo maese Coppenole en lo sucesivo en París, como en Gante *gran crédito con el pueblo; porque jentes de tal calaña le tienen*, dice Felipe de Comines, *cuando son así desordenados*.

El cardenal se mordió los labios; acercóse al oído del abad de santa Genoveva, y díjole en voz baja:

—Vaya unos embajadores que nos envía el señor duque de Austria para anunciarnos á la princesa Margarita.

—Vuestra eminencia, respondió el abad, pierde su tiempo con estos lechones flamencos. *Margaritas ante porcos*.

—O por mejor decir, respondió con discreta sonrisa el cardenal, *porcos ante Margaritam*.

Toda la pequeña corte en Sotana se extasió sobre el gracioso equivoquillo. Sintióse el cardenal algo aliviado; ya estaba, como suele decirse, pata con Coppenole; también él había tenido su retruécano aplaudido.

Permitáanos ahora aquellos de nuestros lectores capaces, como se dice en el estilo del día, de generalizar una imagen y una idea; permitáanos que les preguntemos si se representan con exactitud el espectáculo que ofrecía en el momento en que llamamos su atención, el vasto paralelogramo de la sala grande del palacio. En medio de ella, contiguo á la pared occidental, un ancho y magnífico tablado cubierto de brocado de oro, en que van entrando en procesion, por una pequeña puerta

ojiva, muy graves personajes, sucesivamente anunciados por la destemplada voz del hujier; en los primeros bancos varias respetables figuras encaperuzadas de armiño, terciopelo y grana. Alrededor del tablado que permanece silencioso y digno, debajo, en frente, por todas partes, mucho gentío y mucho clamor. Mil miradas del pueblo sobre cada cara, mil cuchuchos sobre cada nombre. No hay duda que el espectáculo es curioso, y que bien merece la atención de los espectadores. Pero allá á lo lejos — en aquella punta — ¿qué quiere decir aquella especie de teatro con aquellos cuatro muñecos pintorreados encima y otros cuatro debajo? ¿Quién es, al lado de aquel teatro, aquel hombre de la ropilla negra y de la macilenta cara? — Aquellos, querido lector, son, ay! Pedro Gringoire y su prólogo.

Todos le habíamos olvidado profundamente.

Y eso es precisamente lo que él temía.

Desde el momento en que entró el cardenal no había cesado Gringoire de intrigar por la salvación de su prólogo. Empezó por intimar á los actores que continuasen y alzasen la voz; mas viendo luego que nadie escuchaba, mandó suspender la representación; y durante mas de un cuarto de hora que duraba la interrupción, no hacia el pobre poeta mas que dar patadas en el suelo, ajitarse de aquí para allá, interpelar á Gisquette y á Lienarda y estimular á sus vecinos para la continuación del prólogo; todo inútilmente. Nadie apartaba los ojos del

MAESE SANTIAGO COPENOLE. 79

cardenal, de la embajada y del tablado, único centro de aquel vasto círculo de rayos visuales. Es de creer también, y con harto dolor lo decimos, que el prólogo empezaba á aburrir medianamente al auditorio en el momento en que le interrumpió tan de súbito la entrada de su eminencia. Es el caso que en la estrada y en la mesa de mármol, el espectáculo era siempre el mismo; el conflicto de Trabajo y de Clero, de Nobleza y de Mercadería; por lo que muchos preferían verlos lisa y llanamente viviendo, respirando, moviéndose, de hueso y carne en aquella embajada flamenca, en aquella corte episcopal, bajo la sotana del cardenal, bajo la chaqueta del Coppenole, que llenos de afeites y guirindolas, hablando en verso y encajonados, por decirlo así, bajo las túnicas blancas y amarillas con que los había rebozado la musa de Gringoire.

Pero apenas nuestro poeta vió algun tanto restablecido el sosiego, imaginó una estratagema realmente muy ingeniosa.

—Caballero, dijo volviéndose al que tenía inmediato, hombre guapo y gordo, de cara paciente y sufrida ¿si volvieran á empezar?

—¿Qué? dijo el otro.

—¿Pues qué ha de ser? el misterio.

—Como gustéis, repuso el gordo.

Bastóle á Gringoire esta semi-aprobación, y haciendo sus negocios por sí mismos, empezó á gritar confundiendo lo mas posible con el jentío: —Vuel-

va á empezar el misterio! Vuelva á empezar!

—Diantre! dijo Joanes de Molendino, —¿que gritan por ahí abajo? (porque Gringoire alborotaba por cuatro). Hé! —vosotros! ¿no se ha acabado ya el misterio? ¿quieren volverlo á empezar? eso no es justo.

—No! no! gritaron todos los estudiantes; fuera el misterio! fuera!

Estos clamores llamaron la atención del cardenal.

—Señor alcaide del palacio, dijo á un hombre alto, vestido de negro, colocado á algunos pasos detrás de él; están esos canallas en una pila de agua bendita para meter esa bulla infernal?

Era el alcaide del palacio una especie de magistrado anfibio, un murciélago del orden judicial entre raton y pájaro, entre juez y soldado.

Acercóse este tal á su eminencia y no sin grave temor de su enojo, esplicóle tartamudeando la incongruencia popular; que las doce habian llegado antes que su eminencia, y que los cómicos se habian visto precisados á empezar sin esperar á su eminencia.

El cardenal se echó á reir.

—A fé mia que el señor rector de la universidad hubiera debido hacer otro tanto. —¿qué os parece, maese Guillermo Rym?

—Monseñor, respondió Guillermo Rym, contentémonos con haber evitado la mitad de la comedia; eso nos hallamos.

MAESE SANTIAGO COPPENOLE. 81

— ¿Pueden esos canallas continuar su farsa? preguntó el alcaide.

—Que continuen, que continuen, dijo el cardenal; entre tanto yo voy á leer mi breviario.

Adelantóse el alcaide hasta el pie del tablado, y dijo despues de imponer silencio con la mano.

—Habitantes, plebeyos y vecinos, para satisfacer á los que quieren que se vuelva á empezar y á los que quieren que se acabe, manda su eminencia que se continúe.

Fue preciso resignarse por ambas partes; sin embargo, el autor y el público se la tuvieron guardada por mucho tiempo al cardenal.

Entablaron pues de nuevo su glosa los personajes de la escena, y Gringoire esperó que á lo menos el resto de su obra sería escuchado, mas no tardó en ver desvanecida esta esperanza, bien así como todas sus ilusiones. Verdad es que se restableció el silencio talcualmente en el auditorio; pero no advirtió Gringoire que, en el momento en que dió orden el Cardenal para que se continuara, faltaba aun mucho para que estuviese llena la tarima, y que despues de los enviados flamencos, sobrevinieron nuevos personajes que hacian parte tambien de la comitiva, cuyos nombres y cualidades lanzados al través de su diálogo por la voz intermitente del hujier, producian en él considerable destrozo. Imagínese en efecto el lector en medio de un drama el alullido de un hujier interpolando entre dos versos

tomó r.

6

82 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

pareados y á veces entre dos hemistiquios, paréntesis de estejazz:

Maese Jaime Charmolne, procurador del rey en el tribunal eclesiástico!

Juan de Hurlay, caballero, guardia del oficio de caballero de las patrullas nocturnas de la ciudad de París!

Maese Galiot de Genoilliac, caballero, señor de Brussac, maestro de la artillería del rey!

Maese Dreux Ragüier, inspector de los bosques y lagunas del rey nuestro Señor, en los países de Francia, Champaña y Brie.

El señor Luis de Graville, caballero, consejero y gentilhombre del rey, almirante de Francia, conserge del bosque de Vincennes.

Maese Dionisio Le Mercier, intendente del asilo de ciegos de París etc. etc.

No había ya aguante para aquello.

Aquel singular acompañamiento, que hacia fuese muy difícil de seguir el hilo de la pieza, indignaba tanto mas á Gringoire, cuanto no podia menos de conocer que el interés iba siempre en aumento, y que solo faltaba á su obra oídos que la escucharan. Difícil era en verdad imaginarse un contexto mas ingenioso y dramático. Los cuatro personajes del prólogo se lamentaban en su mortal irresolucion, cuando se les presentó Venus en persona (*vera incesu patuit dea*) vestida de un gracioso faldellin blasonado con el navío de la ciudad de París, que niave á reclamar el Delfin prometido á la mas her-

MAESE SANTIAGO COPPENOLE. 83

mosa. Apoyábase Júpiter, cuyo rayo se oía tronar en el vestuario, y ya la diosa iba á salir vencedora, es decir, en buen castellano, á casarse con el señor Delfín, cuando llegó á tenérselas tiesas con Venus una niña vestida de damasco blanco, que llevaba en la mano una margarita (diáfana personificación de la princesa de Flandes). Golpe teatral y peripecia. Después de una larga controversia, Venus, Margarita y el apuntador quedaron de acuerdo en remitir la cuestión al buen juicio de la santa Virgen María. Había además en el drama un papel muy principal, cual era el de don Pedro, rey de Mesopotamia; pero en medio de tantas interrupciones no era fácil conocer para que servía. Todo aquello había subido por la escalera de mano.

Pero no había remedio; nadie sentía ni comprendía ninguna de aquellas bellezas. Desde que entró el Cardenal, no parecía sino que un hilo mágico é invisible atrajo de repente todas las miradas desde la mesa de mármol á la tarima, desde la estremidad meridional de la sala, al lado occidental. Nada podía desencantar al auditorio, todos los ojos estaban fijos allí, y los recién llegados y sus nombres malditos, y sus caras y sus vestidos eran un objeto de continua diversion. Era aquello una verdadera desesperacion. Escepto Gisquette y Liénarda, que se volvían de tiempo en tiempo, cuando Gringoire las tiraba de la manga; escepto el gordo sufrido de quien antes hablamos, nadie escuchaba, nadie miraba de frente á la pobre moralidad abandonada.

Gringoire no veía mas que perfiles. ¡Con cuánta amargura veía derrumbarse uno á uno todos los pilares de su imaginario templo de gloria y de poesía! Y pensar que aquel pueblo había estado á punto de rebelarse contra el señor alcaide por impaciencia de oír su obra! Y ahora que la tenía no se curaba de ella! de aquella misma representación que había empezado con tan unánimes aclamaciones! Eterno flujo y reflujo del favor popular. Pensar que á poco mas iban á ahorcar á los maceros del alcaide! ¿Qué no hubiera dado por hallarse todavía en aquella hora de miel?

Cesó por fin el brutal monólogo del hujier; todos habían llegado, y Gringoire empezó á respirar; los actores continuaban impávidos. Pero ¿querán creer nuestros lectores que maese Coppenole, el calcetero se pone en pie á lo mejor, y que Gringoire le oye pronunciar en medio de la atención universal, la siguiente arenga abominable?

—Señores hidalgos y plebeyos de París: voto á tal que no sé lo que estamos haciendo aquí. Bien veo allá, en aquel rincón, á unos cuantos monigotes que hacen como si quisieran regañar; no sé si es eso lo que llamais un *misterio*, pero á fé que no es divertido; disputan con la lengua y nada mas. Un cuarto de hora hace que estoy esperando el primer zurrio y nada llega;— son unos gallinas que no saben mas que decirse desvergüenzas. Debierais haber hecho venir unos cuantos boxeadores de Londres ó de Rotterdam y entonces hubiera andado el puñe-

MAESE SANTIAGO COPPENOLE. 85

tazo seco que se hubiera oído desde la plaza; pero esos petates me dan lástima. Deberían darnos por lo menos una danza á la morisca, ó alguna otra momería.— No es eso lo que me habían dicho: se me prometió una fiesta de locos con eleccion de papa.— Tambien nosotros tenemos en Gaite nuestro papa de locos, y en eso á nadie cedémos; Cruz de Dios! Nosotros lo hacemos así; se retiene una cuadrilla como esta: luego cada cual por turno mete la cabeza por un agujero y hace una mueca á los otros, y el que hace la mas fea por aclamacion unánime ese es el papa; y esto es todo. Es muy divertido. Queréis que hagamos un papa á la moda de mi pais? Siempre será esto mejor que escuchar á esos machacas; y si ellos quieren tambien venir á hacer su mohín, entrará en la broma.— Que os parece, señores hidalguillos y villanos? Aquí tenemos una muestra bastante grotesca de ambos sexos, y somos todos pasablemente feos, para que se pueda esperar una mueca bastante regular.

Gringoire hubiera querido responder: la estupefaccion, la cólera, la indignacion le quitaron la palabra. Ademas la mocion del calceteo popular fue recibida con tal entusiasmo por aquellos hombres lisongoados; de que los llamasen hidalguillos, que toda resistencia hubiera sido inútil, fue preciso dejarse llevar por la corriente. Cubrióse Gringoire el rostro con ambas manos, no siendo bastante rico para tener un manto con que cubrirse la cabeza, como el Agamenon de Eimantes, una de las

QUASIMODO

Todo estuvo pronto en un santiamén para ejecutar la idea de Coppenole; estudiantes, rufianes y miembros de la *Basoché*, todos pusieron manos á la obra. Fue elegida para teatro de los gestos la pequeña capilla situada en frente de la mesa de marmol: un vidrio roto en el lindo roseton que estaba encima de la puerta, dejó expedito un círculo de piedra, por el cual se decidió que pasarían la cabeza los concurrentes. Bastaba para llegar á él, subirse sobre dos toneles sacados de no sé donde, y colocados unos sobre otro como Dios quería. Convínose en que cada candidato, hombre ó mujer, (porque se podía elegir una papesa) para dejar virgen y entera la impresión de su gesto, se taparía la cara y se escondería en la capilla hasta el momento de hacer su aparición. En menos de un momento llenóse la capilla de concurrentes, detras de los cuales se cerró la puerta.

Coppenole desde su sitio; lo mandaba; lo disponía, lo arreglaba todo. Durante la barahunda, el cardenal, no menos escandalizado que Gringoire, se

QUASIMODO.

87

pretexto de que haceres y de vísperas, se esquivó con toda su comitiva, sin que aquella muchedumbre, en quien tanta impresion habia hecho su llegada se curase en lo mas mínimo de su partida. Guillermo Rym fue el único que advirtió la derrota de su eminencia. La atencion popular, como el sol, proseguia su revolucion periódica despues de haber salido de un extremo de la sala, de haberse detenido un buen rato en la mitad, hallabase á la sazón en el otro extremo. La mesa de marmol, la tarima de brotado; habian tenido su época; ya era llegada la de la capilla de Luis XI. Abierto quedó desde entonces el campo á todo linaje de demasías; ya no quedaban mas que Flamencos y canalla.

Empezaron los mohines. La primera figura que apareció en la ventana con los párpados vueltos hacia arriba, con una boca hendida en forma de herradura, y una frente rugosa como nuestras botas á lo husar del tiempo del imperio, hizo estallar una risa tan inestinguible, que Homero hubiera comparado á una asamblea de dioses aquella asamblea de rufianes. La sala grande sin embargo no era en manera alguna el olimpo, y el pobre Júpiter de Gringoire lo sabia mejor que nadie. Segunda, tercera mueca sucedieron á la primera, y luego otra, y luego otra, y siempre aumentaban las carcajadas y los palmoteos y la jarana. Habia en aquel espectáculo no sé que vértigo particular, no sé que fuerza de delirio y fascinacion de que difícil nos sería dar una idea al lector de nuestros días y de nuestra so-

ciudad. Imagínese una serie de rostros presentando sucesivamente todas las formas geométricas, desde el triángulo hasta el trapecio, desde el cono hasta el poliedro; todas las expresiones humanas, desde la cólera hasta la lujuria; todas las edades, desde las arrugas del recién nacido hasta las de la vieja moribunda; todas las fantasmagorías religiosas desde Eunuco hasta Belcebú; todos los perfiles de animales, desde las fauces hasta el pico, desde el hocico hasta el morro. Imagínese todos los mascarones del Puente Nuevo (1), aquellas pesadillas petrificadas bajo la mano de German Pilon, vivas y animadas, y viniendo á mirarle por turno cara á cara con ardientes ojos; todas las máscaras del carnaval de Venecia sucediéndose en una linterna mágica; en una palabra, un kaleidoscopo humano.

La orjia era cada vez mas flamenco; apenas hubiera podido Teniers (2) dar una idea perfecta de ella. Imagínese el lector la batalla de Salvator Rosa (3) en Bacanal. Ya no habia allí ni estudiantes, ni

(1) German Pilon, escultor y arquitecto; nació en París y murió en 1590; sacó las artes que profesaba de las tinieblas de la barbarie en que yacian en Francia y fué uno de los primeros artistas de su nacion. (Véase *Hic, de Art.* del abate Fontenai).
(N. del Trad.)

(2) David Teniers llamado el *jóven* para diferenciarle de su padre, nació en Amberes en 1610; murió en Bruselas en 25 de abril de 1690. El museo de Madrid es riquísimo en producciones de este pintor extraordinario. (*Id.*)

(3) Admirable cuadro de este pintor napolitano que se halla en la galeria del Louvre en París. (*Id.*)

QUÉISTRODO.

89

embajadores, ni hidalgillos, ni hombres, ni mujeres, ni Clopin Troullefou, ni Gil Elcornudo, ni María Quatre-livres, ni Robin Poussepain: todo desaparecía en medio de la licencia universal. La sala grande no era mas que un horno inmenso de desfachatez y jovialidad, en que cada boca era un grito, cada ojo un relámpago, cada cara un jesto, cada individuo una postura: el total gritaba y abullaba. Las caras chavanas que iban por su turno á rechinar los dientes en la ventana eran como otros tantos tizones arrojados en una hoguera; y de toda aquella muchedumbre efervescente se exhalaba, como el vapor de un horno, un rumor agrio, agudo, acerado, silbador como las alas de un moscardon.

—Ola; hé! maldicion!

—Vaya una cara!

—Esa no vale nada!

—Otra! Otra!

—Guillemette Maugerepuis, mira ese morro de toro que no le faltan mas que los cuernos. Pues no es tu marido.

—Otro!

—Ventre del papa! (1) qué diablos de gesto es ese?

—Ola, hé! eso no vale. No se enseña mas que la cara.

(1) Juramento, muy comun en Francia en aquella época; conservámosle su verdadera significacion así como á algunos otros, porque los pocos que pudiéramos sustituirles en castellano son asaz mal sonantes para los oidos delicados. (N. del Trad.)

90 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

-- Capaz es de eso esa arrastrada Perette Gaminelle!

-- Noel! Noel!

-- Que me sofocan!

-- Ay esa que no puede hacer pasar las cosas! &c. &c.

Preciso será hacer justicia á nuestro amigo Juan. En medio de aquel batiburrillo distinguíase aun en lo alto de su pilar como un gramete en la gavia. Revolvíase con increíble furia; su boca estaba abierta hasta las orejas, y de ella salía un grito que no se oía, y no porque le cubriera el clamor general, por mas intenso que este fuera, sino porque sin duda llegaba al límite de los sonidos agudos perceptibles, las doce mil vibraciones de Sauveur ó las ocho mil de Biot.

Por lo que hace á Gringoire, pasado el primer instante de abatimiento, armóse de resolución, desafió á la adversidad. -- Proseguid! dijo por tercera vez á sus histriones, máquinas parlantes; y luego paseándose con trájicos pasos por delante de la mesa de mármol, veníale vivos deseos de asomarse tambien á la ventanilla, aun cuando no fuera mas que por tener el gusto de hacer un mohin á aquel pueblo ingrato. -- Pero no; eso no sería digno de nos; nada de venganza! luchemos hasta el fin! se decía; grande es sobre los hombres el poder de la poesia; ellos se me vendrán á la mano. Veremos quien se lleva la palma, entre las muécas y las bellas letras.

QUASIMODO.

97.

Pero ¡ay! él era el único espectador de su drama.
Peor iba ahora el negocio que antes: ya no veía
más que espaldas.

Miento; el gordo sufrido á quien ya había con-
sultado en un momento de crisis, continuaba vuel-
to de cara hácia el teatro: en cuanto á Gisquette y á
Lienarda, largo rato hacia ya que habían deser-
tado.

Muy al alma le llegó á Gringoire la fidelidad de
su único espectador; acercóse á él y le dirigió la pa-
labra sacudiéndole un poco el brazo, porque el buen
hombre se había apoyado á la baranda y echaba un
sueñecillo.

—Caballero, dijo Gringoire, os doy las gracias.

—De qué? preguntó el gordo bostezando.

—Bien veo lo que os aburre, repuso el poeta;
es toda esa bulla que no os deja oír bien. Pero no
tengáis cuidado; vuestro nombre pasará á la poste-
ridad. Como os llamais?

—René Chateau, guardasellos del Chatelet; de
París, para servir á Dios.

—Caballero, dijo el poeta, sois en esta sala el
único representante de las musas.

—Favor que vuesa merced me hace, respondió
el guardasellos del Chatelet.

—Sois el único, prosiguió Gringoire, que ha
escuchado el drama como se debe. Y que os ha pa-
recido?

—Hé! hé! bastante chusco en efecto.

Fuele preciso á Gringoire contentarse con esta

elogio; porque una furiosa tempestad de aplausos mezclada á una prodigiosa aclamacion, vino de repente á cortar su diálogo. Ya estaba elegido el papa de los locos.

—Noel! Noel! Noel! gritaba el pueblo entusiasmado.

Maravillosa era en efecto la mueca que centelleaba á la sazón en la vidriera de la ventana. Después de todas las figuras pentágonas, exágonas y heteróclitas que se habían sucedido en el agujero sin realizar el grotesco ideal que se habían formado aquellas imaginaciones exaltadas por la orja, nada menos era menester, para arrebatar los sufragios, que el sublime gesto que acababa de entusiasmar á la asamblea. —El mismo Coppenole aplaudió, y Clopin Troullefou que había concurrido (y sabe Dios á que intensidad de hediondez podía alcanzar su rostro), se declaró vencido. — Lo mismo haremos nosotros: no nos empeñaremos en dar al lector una idea de aquella nariz tetraedra, de aquella boca en forma de herradura; de aquel ojo izquierdo obstruido por una ceja roja á manera de matorral; mientras que el ojo derecho desaparecía enteramente debajo de una enorme berruga, de aquellos dientes espartamados sin orden como las almenas de una fortaleza; de aquel labio calloso sobre el cual se adelantaba un diente como el colmillo de un elefante; de aquella barba retorcida y sobre todo de la fisonomía derramada sobre todo aquello; de aquella mezcla de

QUASIMODO.

93

malicia, de asombro y de tristeza. Imagínese el lector, si puede, este conjunto.

Unánime fué la aclamación; todos se precipitaron á la capilla de la cual sacaron en triunfal bienaventurado papa de los locos. Pero entonces fué cuando la sorpresa y la admiración llegaron á su punto: la mueca era su cara.

O por mejor decir, toda su persona era una mueca. Una enorme cabeza herizada de cerdas rojas, una *joroba inmensa entre los hombros* cuya *superabundancia* se echaba de menos en la delantera del cuerpo; un sistema de muslos y de piernas tan singularmente disparatado, que no podían tocarse más que por las rodillas, y que vistas de frente, parecían dos hoces reunidas por el puño; anchos pies y monstruosas manos; y en medio de aquella disformidad, cierto aire temible de fuerza, valor y agilidad, rara escepcion de la regla eterna que quiere que la fuerza, como la hermosura, resulte de la armonía: tal era el papa que acababan de elegir los locos.

Parecía un gigante hecho pedazos y torpemente soldado.

Cuando se presentó en el diintel de la capilla aquella especie de cíclope, inmóvil, rebecho y casi tan ancho como alto; *cuadrado por la base*, como dice un grande hombre; al ver su ropilla recamada de campanillas de plata y sobre todo la *perfección* de su hediondez, al punto le reconoció el populacho y exclamó en coro:

--Es Quasimodo el campanero! Quasimodo

el jorobado de la catedral! Quasimodo el tuerto!
Quasimodo el patizambo! Noel! Noel!

Bien se vé que el pobre diablo tenía bastantes apodos entre que escojer.

—Cuidado con las embarazadas! gritaban los estudiantes.

Las mujeres en efecto se tapaban la cara.

—Jesus, que mico! decía una.

—Tan pícaro como feo, añadía otra.

—Es el diablo.

—Yo tengo la desgracia de vivir cerca de nuestra Señora, y todas las noches le oigo rondar por las canales.

—Con los gatos.

—Siempre anda por mi tejado.

—Y echa conjuros por el cañon de la chimenea.

—La otra noche vino á hacerme un mohin á mi ventana: yo pensé que era un hombre. — Tuve un miedo!

—Estoy segura de que vá al *sábado* (1); en una ocasion se dejó la escoba en la canal de mi tejado.

—Oh! maldito jorobado!!....

—Alma de Belcebú!

—Buah!....

Los hombres por el contrario estaban en sus glorias y aplaudian.

(1) Reunion nocturna de brujos y brujas; véase la nota de la pág. 16 del tomo 1.º de *Han de Islandia*. (Nota del traductor.)

Quasimodo. 95

Quasimodo, objeto del tumulto, permanecía en la puerta de la capilla, en pie, grave y sombrío, dejándose admirar.

Un estudiante (Robin Poussepain, si no me engaño) se le acercó demasiado para reírse de él: Quasimodo se contentó con agarrarle por la cintura y arrojarle á diez pasos por cima de la multitud, sin chistar palabra.

Atónito maese Coppenole se acercó al monstruo.

—Cruz de Dios! qué tienes la mas hermosa fealdad que en mi vida me ebbé á la cara,—me-recerias ser papa en Gante como en París.

Y esto diciendo, poníale familiarmente la manó sobre el hombro. Quasimodo permaneció inmóvil, y Coppenole prosiguió:

—Eres un compadre con quien tengo ganas de armar francachela, aun cuando debiera costarme un *doceno* (1) nuevo de doce torneses. ¿Qué te parece?

Quasimodo no respondió palabra.

—Cruz de Dios! dijo el calcetero,—eres sordo? Era sordo en efecto.

Pero ya empezaba á impacientarse de los arrumacos de Coppenole, y se volvió de repente lícía él con una espresion tan formidable que el gigante flamenco retrocedió como un perro de presa delante de un gato.

(1) Moneda antigua de Francia; su valor doce dineros.
(Nota del traductor.)

Hízose entonces alrededor del raso personaje un círculo de terror y de respeto, que tenía de radio quince pasos geométricos por lo menos. Una vieja explicó á maese Coppenole que Quasimodo era sordo.

--Sordo! dijo el calcetero con su risa flamenca.--Cruz de Dios! es un *papa perfecto*.

--Yo le conozco, exclamó Juan que habia bajado por fin de su capitel para ver mas de cerca á Quasimodo, es el campanero de mi hermano el arcediano.--Adios Quasimodo.

--Diablo de hombre! dijo Robin Poussepain, contuso aun de su porrazo. Se presenta, es jorobado, si anda, es patistebado; si mira, es tuerto; si se le habla, es sordo.-- Para qué le sirve la lengua á ese Polifemo?

--Habla cuando quiere, dijo la vieja; pero se ha quedado sordo de tocar las campanas. No es mudo, no.

--Eso le falta, advirtió Juan.

--Le sobra un ojo, añadió Robin Poussepain.

--No señor, observó juiciosamente Juan: un tuerto es mucho mas incompleto que un ciego, porque sabe lo que le falta.

Todos los mendigos entre tanto, todos los lacayos, todos los rateros, reunidos á los estudiantes fueron en procesion á buscar en el armario de la *Basoche* la tiara de carton y la irrisoria sotana del papa de los locos,--de que se dejó cubrir Quasimodo sin hacer el menor movimiento y con una espe-

QUASIMODO.

97

cie de docilidad orgullosa. Colocáronle luego sobre unas angarillas pintorreadas, que se echaron á cues-
tas doce oficiales de la cofradía de los locos, y una especie de alegría amarga y desdeñosa brilló por un momento sobre el tético semblante del cíclope, cuando vió bajo sus disformes pies todas aquellas cabezas de hombres gallardos, derechos y bien formados. Púsose luego en marcha la turba chillona y desarrapada para hacer segun costumbre, la ronda interior de las galerías del palacio antes del paseo procesional por las calles y por las plazas.

TOMO 1.

LA ESMERALDA.

Con singular placer anunciamos á nuestros lectores que durante toda esta escena, Gringoire y su drama habian permanecido firmes. Sus actores, acosados por él, no habian cesado de representar su pieza, y él no habia cesado de escucharla: valeroso é intrépido, determinóse á llegar hasta la pared de enfrente, no desesperando de recuperar la atención del público; vislumbre de esperanza que se reanimó cuando vió á Quasimodo, Coppenole y la comitiva atronadora del papa de los locos salir con estruendo de la sala. El jentío se precipitó de tropel detrás de ellos: -- Bien! dijo el poeta para su capote, ya se van todos los alborotadores. -- Desgraciadamente, todos los alborotadores eran el público. En un abrir y cerrar de ojos la sala quedó vacía.

Si hemos de decir verdad, todavía quedaban algunos espectadores, unos esparrados, otros agrupados en torno de los pilares, ancianos, mujeres J

LA ESMERALDA.

99

niños, cansados ya sin duda de desórden y barahunda.— Algunos estudiantes se habian quedado á caballo sobre el entablamiento de las ventanas, y tendian la vista hácia la plaza.

—Pues señor, dijo Gringoire, todavía queda gente bastante para oír el fin de mi misterio. Pocos son, pero tengo un público escogido, un público literato.

Un momento despues faltó una sinfonía que debia producir el mayor efecto á la llegada de la santa virgen; con suma amargura advirtió Gringoire, que la procesion del papa de los locos se habia llevado su música.— Adelante! dijo con estóica firmeza.

Acercóse á un grupo de gente que le pareció se ocupaba en su moralidad; hé aquí el trozo suelto de su conversacion que cojió al paso.

—Ya conoce vuestra merced, maese Cheneteau, el palacio de Navarra, que pertenecía á Mr. de Nemours?

—Sí, frente por frente de la capilla de Braque.

—Pues señor, el fisco acaba de alquilarlo á Guillermo Alixandre, historiador, por seis libras y ocho sueldos parisies al año.

—Que carestía!

—Vamos, dijo Gringoire suspirando; puede que los otros escuchen.—

—Compañeros, gritó de repente uno de los diablillos de las ventanas, *la Esmeralda! la Esmeralda! la Esmeralda* en la plaza!

Estas palabras produjeron un efecto májico

100 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

la poca gente que quedaba en la sala se precipitó á las ventanas, trepando por las paredes, y repitiendo: *La Esmeralda! la Esmeralda!*

Oíase al mismo tiempo en la calle un gran estruendo de aplausos.

—Qué diablos quieren decir con su Esmeralda? exclamó Gringoire cruzando las manos, desolado. Dios mio! Dios mio! ahora parece que les llega su turno á las ventanas.

Volvióse hácia la mesa de marmol y vió que estaba interrumpida la representacion. Habian llegado precisamente al momento en que debia presentarse Júpiter con su rayo, y es el caso que Júpiter se estaba quietecito al pie del teatro.

—Miguel Giborne, gritó el poeta irritado, qué haces allí? es ese tu papel? despacha y sube.

—No puedo, dijo Júpiter; un estudiante acaba de llevarse la escalera.--

Tendió la vista Gringoire; demasiado cierta era la tal calamidad; toda comunicacion estaba interceptada entre su enlace y su desenlace.

—*Canalla! murmuró; y por qué se la ha llevado?*

—Para ir á ver á la Esmeralda, respondió Júpiter contrito. Dijo: —*Calla! aquí hay una escalera que no sirve para nada, y se la llevó.*

Este fue el golpe mortal: Gringoire le recibió con resignacion.

—Lléves el diablo! dijo á los comediantes; y si me pagan os pagaré.

LA ESNEERALDA.

101

Tocó entonces á retirada, cabizbajo y pensativo, pero el último, como un general que ha cumplido con su deber.

Y mientras bajaba la tortuosa escalera del palacio.--Valiente cáfila de brutos y de pollinos son los tales parisienses! refunfuñaba entre dientes; vienen á oír un misterio y no le escuchan! Todo les ha ocupado, Clopin Troullefou, el cardenal, Coppinole, Quasimodo, el diablo que los lleve! y la señora virgen María--ni pizca.--A haberlo sabido, ya los hubiera yo dado vírjenes Marías, ya-- salvajes. Y yo! que vengo á ver caras-- y no veo mas que espaldas! Ser poeta, y lucirlo como un boticario! Verdad es que Homero mendigó el pan de su sustento por los pueblachos de la Grecia, y que Nason murió desterrado entre los moscovitas.-- El diablo me lleve si sé lo que quieren decir con su Esneeralda! Qué palabra es esa? --Eso es egipcio!--

Libro Segundo.

1.

DE SCILA A CARIBDIS.

La noche llega temprano en enero. Oscuras estaban ya las calles cuando salió Gringoire del palacio. Mucho se alegró de que hubiera ya caído la noche, porque estaba impaciente por llegar á alguna callejuela oscura y desierta, donde poder meditar á su sabor, para que en ella el filósofo pusiese la primera venda en la herida del poeta. Verdad es que la filosofía era su único refugio, porque no sabía donde pasar la noche. Después del terrible aborto de su ensayo teatral, no se atrevía á volver al chiribitil que ocupaba en la calle de Grenier-sur-léau, enfrente de la puerta *au Foin*, habiendo contado con lo que debía darle el señor prevoste por su epitalamio, para pagar á maese Guillermo Droux-Sire, su casero, los seis meses de alquiler que le debía, es decir, doce dineros parisies, ó doce veces el valor de cuanto poseía en el mundo contando su ropilla, su camisa y su sombrero. Después de haber

106 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

meditado un corto rato, cubierto provisionalmente bajo el soportal de la prisión del tesorero de la Santa Capilla, acerca del albergue que elegiría para aquella noche, teniendo á su disposición todas las esquinas de París, acordóse de haber divisado la semana anterior un poste, apto para servir de estribo con que montar en mula, y de haberse dicho allí para sus adentros que aquella piedra podía ser en su tiempo y sazón excelente almohada para un mendigo ó para un poeta. Dió gracias á la providencia de haberle inspirado aquella feliz idea; y ya se preparaba á cruzar la plaza del palacio para llegar al tortuoso laberinto de la Ciudad, donde serpentean todas aquellas decrepitas hermanas, las calles de la Brailerie, de la Vielle-Draperie, de la Savaterie, de la Juiverie etc. etc. existentes aun en el día con sus casas de nueve pisos, cuando vió la procesion del papa de los locos que salía tambien del palacio y se arremolinaba por medio del patio con grande algazara y gran claridad de hachas y con su música; —con la música, ay! que fue suya. Aquella herida reavivó las llagas de su amor propio, y fuele preciso huir porque en la amargura de su desastre dramático, todo lo que le recordaba la fiesta del día, le agriaba y desgarraba sus heridas.

Quiso tomar por el puente de san Miguel, lle-
no todo, á la sazón, de muchachos que corrian por
él con cohetes y carretillas.

—Malditas velas artificiales! exclamó Gringoire
y echó á correr hácia el Pont-au Change, donde

DE SCILA A CARIBDIS. 107

ondeaban en las casas que estaban á la entrada del puente tres banderas que representaban al rey, al delfin y á Margarita de Flandes, y seis banderolas en que estaban retratados el duque de Austria, el cardenal de Borbon y el señor de Beaujeu y Juana de Francia, y el señor bastardo de Borbon, y qué sé yo quien mas; todo iluminado con hachas de viento; todo admirado por el jentío.

—Feliz pintor Juan Fourbeault! dijo Gringoire lanzando un profundo suspiro, y volvió la espalda á banderas y banderolas. Vió una calle enfrente de sí, y hallóla tan negra y tan desierta que esperó verse libre de todos los rumores, de todos los reflejos de la fiesta, si se internaba en ella, é hizolo así. Al cabo de algunos instantes tropezó en un obstáculo y dió consigo en el suelo: aquel obstáculo era el árbol de mayo que los miembros de la *basoche* habían plantado aquella mañana ante la puerta de un presidente del parlamento en obsequio á la solemnidad del día. Soportó Gringoire heroicamente aquel nuevo infortunio; puso se en pié y llegó á la orilla del rio. Despues de haber dejado detras de sí el Torrejon (1) civil y la torre criminal (2), y costeadado la larga tapia de los jardines del rey, sobre aquella playa no empedrada en que le llegaba el fango á los tobillos, desembocó en la puerta occidental de la Ciudad, y consi-

(1) Nombre que se daba en París al tribunal criminal, que era una de las salas del parlamento; como si dijéramos sala de alcaldes.

(2) Sala del Crimen. (Nota del traductor).

deró por largo rato el islote del Vaquero que luego ha desaparecido bajo el caballo de bronce (1) y el puente nuevo. Aparecía el islote en la sombra como una mole negra mas allá del estrecho curso del agua blanquecina que le separaba de él. El pálido reflejo de una luz revelaba la especie de choza en forma de colmena donde pasaba la noche el vaquero.

—Feliz vaquero! exclamó Gringoire, tú no te acuerdas de la gloria, tú no compones epitalamios. Que te importan los reyes que se casan ni las duquesas de Borgoña? Tú no conoces otras margaritas sino las que la yerba de abril por pasto ofrece á sus vacas! Y yo, poeta, yo me veo silvado y temblo de frio, y debo doce dineros, y las suelas de mis zapatos son tan transparentes que bien pudieran servir de vidrios en tu ventana. Yo te saludo, oh vaquero! tu cabaña alegra mis ojos y me hace olvidar la Capital!

Sacóle de su éxtasis casi lírico el estallido de un cohete de San Juan que salió repentinamente de la bienaventurada choza: y era que el vaquero tomaba también su parte en los regocijos del día, y se regalaba con un poquito de fuego artificial.

Aquel cohete hizo herizarse la epidermis de Gringoire.

—Fiesta maldita! exclamó, ¿me perseguirás por

(1) Magnífica estatua equestre de Enrique IV, colocada en la mitad del *Pasante Nuevo*, así llamado á pesar de ser uno de los más antiguos de París y seguramente el mayor.

(Nota del traductor).

DE ESCILA A CARIBDIS. 109

todas partes? Dios mio! Dios mio! hasta en la choza del vaquero!!..

Luego vió el Sena á sus pies, y una horrible tentacion-ajitó su alma.

--Oh! dijo, y cómo me ahogaria gustoso, si no estuviera el agua tan fria!

Tomó entonces una resolucion desesperada y fué la de, una vez que no podia huir del papa de los locos, de las banderolas de Juan Fourbeault, de los árboles de mayo, de los cohetes y las carretillas, lanzarse intrépido en el centro mismo de la fiesta é ir á la plaza de Greve.

--Al menos, dijo, acaso tendré allí algun tizon de la hoguera con que calentarme, y allí tal vez podré cenar con alguna migaja de los tres grandes escudos de azúcar real que deben haberse erijido en la alacena pública de la Villa.

LA PLAZA DE GREVE (1)

Solo un vestigio, y ese muy imperfecto, queda ya en el día de lo que era entonces la plaza de Greve; tal es el gracioso torreón que ocupa el ángulo norte de la plaza, y que sepultado ya bajo el ridículo revoque que empasta las vivas aristas de sus esculturas, pronto habrá desaparecido tal vez enteramente sumerjido por esa muchedumbre de casas nuevas que devoran todas las antiguas fachadas de París.

Aquellos que, como nosotros, nunca pasan por

(1) Esta plaza, por el horrible uso á que está destinada, corresponde á nuestra plazuela de la Cebada.

Por las razones que expusimos en el prefacio de esta obra, no hemos traducido *greve*, por *playa* ú *orilla* que es lo que significa. Este nombre está ya consagrado por el uso, y nadie entendería qué quiere decir en castellano la *plaza de la Playa*, como tampoco en francés la *place de l'Orge*.

Greve debe pronunciarse suprimiendo la última e.

(Nota del traductor.)

LA PLAZA DE GREVE.

111

la plaza de Greve sin echar una mirada de dolor y simpatía á aquel pobre torreón zambullido entre dos plastas del tiempo de Luis XV (1), fácilmente podrán reedificar en su mente el conjunto de edificios á que pertenecía, y hallar completa en él la antigua plaza gótica del siglo quince.

Formaba esta, como en el día, un trapecio irregular ceñido á un lado por el muelle y al otro por una série de casas altas, estrechas y sombrías. Era de admirar durante el día, la variedad de aquellos edificios, esculpidos todos de piedra ó de madera, y presentando ya nuestras completas de las diferentes arquitecturas domésticas de la edad media, ascendiendo desde el quinceno hasta el oncenno siglo, desde el cuadrado que empezaba á destronar á la ojiva, hasta el semicírculo bizantino que había sido derribado por la ojiva y que ocupaba aun debajo de ella el primer piso de aquella antigua casa de la Torre-Ronald, que forma el ángulo de la plaza sobre el Sena, por el lado de la calle de Tannerie. Durante la noche, solo se distinguía de aquella masa de edificios el negro festoneo de los techos, desplegando en torno de la plaza su cadena de ángulos agudos. Porque una de las diferencias radicales que existen entre las ciudades de entonces y las de ahora, es que, en el día, las fachadas son las

(1) Epoca la mas lastimosa del gusto francés, en todo: corresponde al tiempo de nuestros Fernando el VI y Carlos III.

(N. del Trad.)

112 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

que miran á las calles y á las plazas, y que antiguamente hacían frente á ellas las paredes acabadas en punta que llamamos actualmente medianerías. De dos siglos á esta parte, las casas han dado media vuelta.

En el centro, al lado oriental de la plaza, se alzaba una maciza é híbrida construcción formada de tres pisos puestos unos sobre otros. Designábase aquel edificio con tres nombres que esplican su historia, su uso y su arquitectura; la *Casa del Delfin*, porque Carlos V, siendo delfin, la habia habitado; la *Mercadería*, porque servia de casa de la ciudad; la *Casa de los Pilares* (*Domus ad piloria*), á causa de una larga serie de anchos pilares que sostenian sus tres pisos. Hallaba allí la ciudad todo lo que se necesita en un excelente pueblo como París; una capilla para rezar, un tribunal donde pleitear y defender cada cual sus derechos, y un arsenal en los desvanes, lleno de *artillería*; porque los vecinos de París saben que no siempre basta suplicar y litigar por los fueros y franquicias de su pueblo, y por eso tienen siempre en reserva en una buhardilla de la Casa de la Ciudad algun antiguo arcabuz de que echar mano en caso de necesidad.

Ya en la época de que tratamos presentaba la Greve aquel aspecto siniestro que debe todavía á la idea execrable que despierta y á la lúgubre Casa de la Ciudad de Dominico Bocador, que ha reemplazado á la casa de los Pilares. Justo será decir que un patíbulo y una picota permanentes, una *ju-*

LA PLAZA DE GREVE.

113

tiña y una escalera, como se decía entonces, erijidas una junto á otra en medio de la plaza, contri- buian no poco á hacer apartar los ojos de aquel sitio fatal donde tantos seres llenos de salud y de vida habían agonizado; donde debía nacer cincuenta años despues aquella horrible *calentura de Saint-Vallier* (1) aquella enfermedad del miedo al cadalso, la mas monstruosa de todas las enfermedades, porque no viene de Dios, sino de los hombres.

Es una idea consoladora, (y sea dicho de paso) pensar que la pena de muerte que, hace trescientos años, tenia atestados con sus ruedas de hierro, sus patibulos de piedra y toda su comitiva de suplicios, permanente y sellada en el suelo, la plaza de Greve, los mercados, la plaza del Delfin, la cruz del Trahoir, el mercado de los Cerdos, el horrible Montfaucon, la barrera de los Sargentos, la plaza de los Gatos, la puerta de S. Dionisio, Champeaux, la puerta Baudets, la puerta de Santiago, sin contar las innumerables jurisdicciones de los prebostes, del obispo, de los cabildos, de los abades, de los priores señores de horca y cuchillo; sin contar las jurídicas

(1) Hé aquí el orijen de esta espresion. Mr de Saint-Vallier, condenado á muerte por el rey Francisco I, recibió al pie del patibulo su perdón, obteniendo por intercesion, ó por mejor decir, prostitucion de su hija la célebre Diana de Poitiers. Poco tiempo despues sucumbió el noble anciano al miedo del cadalso, y desde entonces se llamó este horrible temor, *calentura de Saint-Vallier*. Fué frase muy usada en tiempo de la revolucion.

(Nota del traductor.)

zambullidas en el *rio de Sena*; es una idea consoladora, lo repetimos, el pensar que hoy, después de haber perdido sucesivamente todas las piezas de su armadura, su lujo de suplicios, su penalidad de imaginación y de capricho, su *tormento*, para el cual hacía de cinco en cinco años un potro de cuero en el Gran Chatelet, aquella antigua soberana de la sociedad feudal, proscripta casi de nuestras leyes y de nuestras ciudades, acosada de código en código, arrojada de plaza á plaza, no tiene ya en nuestro inmenso París mas que un infame rincón de la *Plaza de Greve*, mas que una miserable guillotina, furtiva, inquieta, corrida, que siempre parece estar temblando de ser cojida *infraganti*, según desaparece rápida después de haber concluido su asesinato!

5.

BESOS PARA GOLPES (I).

Tiritaba Gringoire de frío cuando llegó á la plaza de *Greve*. Había tomado por el puente llamado de los Molineros para evitar el jentío del Pont-au-Change y las banderolas de Juan Fourbeault; pero las ruedas de todos los molinos del obispo le salpicaron al paso, de modo que el pobre diablo estaba empápado hasta los huesos: parecía además que la derrota de su pieza dramática le hacía aun mas friolero. Apresuróse pues á llegar á la hoguera que ardía magníficamente en mitad de la plaza; pero la ceñía por todos lados una multitud considerable.

—Malditos parisienses! dijo entre sí (porque Gringoire como buen poeta dramático padecía de achaque de monólogos) ahora me obstruyen el fuego! Pues bien sabe Dios que le necesito de veras; mis zapatos beben, y todos esos arrastrados de molinos que han

(1) El título de este capítulo está en español en el original.
(N. del Trad.)

116 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

llorado sobre mí! Diablo de obispo de París con sus molinos! Quisiera yo saber de qué le sirve un molino á un obispo; ¿piensa despues de obispo hacerse molinero? Si no necesita para ello mas que mi maldicion, se la doy á él, y á su catedral, y á sus molinos! A que no se menean de su sitio estos zoquetes! ¿Qué estarán haciendo ahí?—Se calientan; vaya un gusto: miran arder un centenar de chamarascas; vaya un espectáculo!...

Pero luego examinando la cosa mas de cerca, vió que el círculo era mucho mayor de lo necesario para calentarse á la hoguera del rey, y que la belleza de cien chamarascas encendidas no era el único objeto que motivaba aquella afluencia de espectadores.

En un ancho espacio espedito entre la muchedumbre y la hoguera, bailaba una mujer.

Si aquella mujer era un ser humano, una fada ó un ángel, eso es lo que Gringoire por mas filósofo, por mas escéptico, por mas poeta irónico que fuera, no pudo decidir en el primer momento; tan fascinado quedó por aquella vision deslumbradora.

No era alta, pero lo parecia, tal era la soltura de su flexible talle; era morena, pero se adivinaba que su cutis, á la luz del dia, debia tener aquel reflejo dorado de las andaluzas y de las romanas; su piececillo era tambien andaluz, porque estaba juntamente oprimido y holgado en su gracioso calzado. Bailaba, giraba, volteaba aquella mujer sobre una vieja alfombra de Persia, tendida bajo sus pies; y cada vez que en su rápido giro pasaba delante de

DESOS PARA GOLFES. 117

alguno aquella radiante fisonomía, sus grandes ojos de azabache le echaban un relámpago.

Todas las miradas estaban fijas, todas las bocas abiertas en torno de ella; y en efecto, mientras bailaba así al son de la pandereta que sus dos puros y redondos brazos levantaban sobre su cabeza, sutil, aérea, viva como una abispa, con su cintura de oro sin un pliegue, con su brillante falda que se abuecaba con sus espaldas desnudas, su linda pierna que dejaba entrever á veces la flotante vestidura, con sus ojos negros, con sus ojos de fuego, parecía una criatura sobrenatural.

— Cierto, dijo Gringoire, que es una salamandra, una ninfa, una diosa, una bacante del Monte Menalco!...

Soltóse entonces una trenza de la cabellera de la "Salamandra" y cayó al suelo una pieza de cobre amarillo que estaba en ella.

— Pues no! dijo, es una jitana.

Toda ilusión había desaparecido.

De nuevo empezó á bailar; tomó del suelo dos espadas; cuya punta apoyó sobre su frente, haciéndolas girar en un sentido, mientras giraba ella en otro, porque no era en efecto ni mas ni menos que una jitana. Pero por mas desencantado que estuviese Gringoire, el conjunto de aquel cuadro carecía de majía y de prestigio; iluminaba la hoguera á aquella mujer con una luz cruda y roja que temblaba lívida sobre los rostros de los circunstantes; sobre la frente morena de la jitana, y despe-

dia hacía el fondo de la plaza un mustio reflejo mezclado á las vacilaciones de sus sombras, por una parte sobre la vieja fachada negra y rugosa de la casa de los Pilares, y por otra sobre el brazo de piedra del patíbulo.

Entre los mil semblantes que tenía de escarlata aquella luz, uno había que mas que todos los otros parecía absorto en la contemplacion de la bailarina: era una fisonomía de hombre, serena, austera y sombría. Aquel hombre cuyo traje ocultaba la turba que le rodeaba, no parecía tener arriba de treinta y cinco años, y sin embargo era calvo; apenas tenía en las sienes algunos pocos cabellos que ya empezaban á canecer: bondas arrugas sulcaban su frente ancha y despejada; pero en sus ojos hundidos brillaban una extraordinaria juventud, una vida ardiente, una pasión profunda. Teníalos de continuo clavados en la gitana, y mientras la alegre niña de diez y seis años bailaba y revoloteaba dando contento á todos, la espresion del semblante de aquel hombre era cada vez mas sombría. Juntábanse de cuando en cuando sobre sus labios una sonrisa y un suspiro; pero la sonrisa era mas dolorosa que el suspiro.

Paróse por fin cansada la bailarina, y el pueblo aplaudió con amor.

—Djali! dijo la gitana.

Llegó entonces una cabrita blanca, preciosa, lista, lustrosa, con sus cuernos dorados, con sus patitas doradas, con su collar dorado, y á quien aun

BESOS PARA GOLPES.

119

no había visto Gringoire, y que había estado hasta entonces acurrucada en una esquina del tapiz mirando á su ama.

--Djali, dijo la bailarina, ahora á tí.

Y sentándose en el suelo, presentó graciosamente á la cabra su pandereta.

--Djali, prosiguió, en que mes del año estamos?

Levantó la cabra su pata delantera y dió un golpecito en el pandero. Era en efecto el primer mes del año: el pueblo aplaudió.

--Djali, repuso la jítana volviendo del otro lado su pandereta, en qué día del mes estamos?

Levantó Djali su dorada patita y dió seis golpes en el pandero.

--Djali, prosiguió la niña, repitiendo la misma operacion de antes, que hora es?

Dió Djali siete golpecitos. En el mismo instante dieron las siete en el reloj de la casa de los Pilares.

El pueblo estaba estupefacto.

--Eso es cosa de brujería! dijo una voz sinientra entre el jentío! Aquella voz era la del hombre calvo que no apartaba los ojos de la jítana.

Estremeciése esta y volvió la cara; pero los infinitos aplausos del pueblo cubrieron la adústa aclamacion, y aun se borraron tan completamente de su ánimo que continuó interpelando á su cabra.

--Djali ¿cómo hace maese Guichard Grand-Remy, capitán de carabineros de la villa, en la procesion de la candelaria?

120 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Asentóse Djali sobre sus patas traseras, y empezó á balar andando con tanta monada y gravedad que el círculo entero de los espectadores aplaudió en vista de aquella parodia de la devoción interesada del capitán de los carabineros.

—Djali, prosiguió la jítana, alentada por aquellos aplausos, como predica maese Jaime Charmolue, procurador del rey en el tribunal eclesiástico?

Acomodóse la cabra sobre entrambas posaderas y empezó á balar, meneando las manitas de una manera tan particular, que á escepcion del mal francés y del peor latín, gesto, manera, acento, todo — era ver á Jaime Charmolue.

Y el pueblo aplaudia y mas aplaudia.

—Sacrilegio! profanacion! repuso la voz del hombre calvo.

De nuevo se volvió la jítana.

—Ah! dijo, es aquel hombre! — y luego empujando hácia adelante el labio inferior, hizo una especie de mucca que parecia serle familiar, dió media vuelta sobre la izquierda, y empezó á recoger en la pandereta los dones de la muchedumbre.

Los blancos, los blanquillos, los *targes* (1), los ochavos llovian en el pandero, cuando pasó la gítana delante de Gringoire. Echó este la mano al bolsillo tan aturdidamente, que se paró la muchacha.

(1) Monedas de ínfimo valor que ya no se usan en Francia.
(N. del trad.)

RESOS PARA GOLPES. 121

—Diablo! dijo el poeta hallando en el fondo de su faltriquera la realidad, es decir, el vacío. Entre tanto la hermosa niña permanecía inmóvil, mirándole con sus rasgados ojos y esperando. Gringoire sudaba el quilo.

Si hubiera tenido el Perú en su bolsillo es seguro que se lo hubiera dado á la bailarina; pero Gringoire no tenia el Perú, y ademas, aun no se habia descubierto la América.

Un incidente inesperado vino afortunadamente en su ayuda.

—Cuando te vas, langosta de Egipto? (1) gritó una voz de vinagre que salía del rincón mas oscuro de la plaza. Volvióse la niña azorada; aquella voz no era la del hombre calvo; era la de una mujer, una voz devota y mala.

Pero aquella voz que asustó á la gitana, movió grande algazara entre una turba de muchachos que rondaba por allí.

—Es la reclusa de la Torre-Roland esclamaron riendo y alborotando; es la penitente que gruñe! Puede que no haya cenado; llevémosla algunos restos de la alacena (2) de la villa!

(1) Es opinión generalmente admitida que la raza gitana es oriunda de Egipto, por lo que en Francia y en otras partes se llaman *egipcios*. Llámanse tambien en Francia *bohemos*.

(Nota del traductor).

(2) Era antigua costumbre en Francia en las grandes festividades (y lo es aun en los cumpleaños del rey) repartir al pueblo algunos manjares apetitosos. Antiguamente se colocaban en una inmensa alacena.

(Ld).

Todos se precipitaron hácia la casa de los Pilares.

En tanto Gringoire se aprovechó de la turbacion de la jitana para eclipsarse; el clamor de los muchachos le recordó que tampoco él había cenado, por lo que incontinentemente se dirigió á la alacena. Pero los chiquillos tenían mejores piernas que el poeta, y cuando este llegó, ya habían hecho rajatabla con todo. Solo quedaban sobre la pared las esveltas flores de lis, interpoladas con rosales, pintadas en 1434 por Mateo Biterne; lo que constituía una cena fatal.

Cosa es muy importuna eso de acostarse sin cenar; cosa es menos halagüeña todavía, eso de no cenar y de no saber donde acostarse. En este caso se hallaba Gringoire, sin pan, sin cama, acosado, estrechado por la necesidad; la necesidad le parecía muy impertinente. Mucho tiempo había que descubrió esta verdad; que Júpiter creó á los hombres en un arrebato de misantropía, y que durante toda la vida del justo, su destino tiene en estado de sitio á su filosofía. Por su parte, nunca había visto el bloqueo tan encarnizado; oía á su estómago tocar á llamada, y parecía muy indecoroso que su mala estrella sitiase por hambre á su filosofía.

Absorto estaba profundamente en estas melancólicas reflexiones, cuando de pronto le arrancó de ellas un canto singular si bien lleno de suavidad y dulzura. La hermosa jitana había empezado á cantar.

Era su voz como su baile, como su hermosura, indefinible y deliciosa; pura, sonora, aérea, alada

BESOS PARA GOLPES. 123

por decirlo así. Angélicas melodías, cadencias inesperadas y frases sencillas entre notas agudas, acoradas, y luego *floriture* y gorgoritos que no hubiera podido ejecutar un ruiñeñor, pero en que nunca faltaba la armonía; y luego ondulaciones suavísimas de octavas que se alzaban y bajaban como el pecho de la gallarda cantora. Su hermoso rostro seguía con singular movilidad todos los caprichos de su canción, desde la más frenética inspiración hasta la más casta dignidad. Ya parecía una loca, ya parecía una reina.

Eran las palabras que cantaba de una lengua desconocida á Gringoire, y á ella misma también probablemente, á juzgar por la poca relación que tenía con el sentido de las palabras la expresión que daba á su cantar. Estos cuatro versos por ejemplo, respiraban en sus labios una loca alegría:

Un cofre de gran riqueza (1)
Hallaron dentro un pilar,
Dentro del nuevas banderas
Con figuras de espantar.

(1) Estos cuatro versos y los otros cuatro siguientes están en castellano en el original y están sacados de uno de los romances de D. Rodrigo, de autor desconocido, que es aquel que empieza;

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar,
un torneo en Toledo
ha mandado pregonar.

(Nota del traductor).

Y un momento despues al oír el acento que dió á estos otros:

Alarabes de á caballo
Sin poderse menear,
Con espadas y los cuellos
Ballestas de buen tirar.

Se le saltaron las lágrimas á Gringoire. Su acento sin embargo, mas que otra cosa, respiraba alegría, y aquella mujer parecia cantar, como canta el ave, por serenidad y contento.

El canto de la gitana habia turbado la meditacion de Gringoire, pero como el cisne turba las aguas: escuchábale con una especie de éstaxis y de olvido de todas las cosas. Aquel era el primer momento en que por espacio de muchas horas dejaba de sufrir.

Pero no fue largo este momento.

La misma voz de mujer que habia interrumpido el baile de la gitana vino á interrumpir su canto.

—Cuando callarás, cigarra del infierno? gritó desde el mismo rincon oscuro de la plaza.

Calló la pobre *cigarra*, y Gringoire se tapó las orejas.

—Oh! exclamó, maldita sierra mellada que viene á romper la lira!!

Todos los espectadores murmuraban como él:— Al diablo la reclusa! gritaba mas de una voz. Y la invisible *destripameriendas* hubiera podido arrepentirse de sus agresiones contra la gitana, si no hubiera distraído al público en aquel momento la pro-

BESOS PARA GOLPES.

125

cesion del papa de los locos, que, despues de haber recorrido mil calles y callejuelas, desembocaba en la plaza de *Greve*, con todas sus hachas y su tumulto.

Esta procesion, que nuestros lectores vieron salir del palacio, se organizó durante el camino; reclutando cuantos pillos, ladrones, desocupados y vagamundos disponibles habia en París á la sazón, de modo que cuando llegó á la plaza de *Greve* presentaba un aspecto respetable.

Á su frente marchaba el Egipto, precedido por el duque de Egipto, á caballo, rodeado de sus condes que iban á pie, llevándole la brida y el estribo; detras de ellos los Egipcios y las Egipcias formando un batiburrillo con la chiquillería gritadora y llorona; y todos, duques, condes, gente menuda, cubiertos de andrajos y de oropeles. Seguia inmediatamente despues el reino de la germania; es decir, todos los ladrones de Francia, formados por orden de dignidad, siendo los mas humildes los primeros. Desfilaban asi de cuatro en cuatro con las diversas insignias de sus grados en aquella singular facultad, unos estropeados, otros cojos, otros mancos, los rateros, los peregrinos, los bellacos, los tumbones, los inválidos, los pillos, los hampones, los desechados, los capones, los andrajosos, los tunos, los huérfanos, los archipámpanos, los hurraños (1); enumeracion

(1) Imposible es traducir con exactitud los nombres de toda aquella pillería que han desaparecido del idioma francés. En

capaz de cansar al mismo Homero. En el centro del conclave de los hurtaños y de los archipámpanos, distinguíase á duras penas el rey de la germania, el gran sacerdote (1) acurrucado en un carretoncillo tirado por dos perrazos. Despues del reino de los hampones, venia el imperio de Galilea. Guillermo Rousseau, emperador del imperio de Galilea, marchaba majestuosamente envuelto en su ropon de púrpura manchada de vino, precedido de saltimbancos que iban alborotando y bailando danzas pirricas, rodeado de sus maceros, de sus secuaces y de los escribientes del tribunal de cuentas. Y cerraba la marcha la *basoche*, con sus manos coronadas de flores, sus manteos negros, su música ratonera, y sus hachones de cera amarilla. En el centro de aquella muchedumbre, los altos dignatarios de la cofradía de los locos llevaban sobre los hombros unas angarillas mas cargadas de velas que la urna de santu

aquella época en que estaba organizado con sus categorías y estatutos el gremio de los ladrones, era muy natural que existiesen tales denominaciones, como sin duda existieron en España, aunque no tenemos noticia de que fueran tan numerosas; pero nada, ni aun tal vez el mismo autor de esta obra, conoce su verdadera significación; así nos lo han asegurado algunos franceses muy instruidos á quienes hemos consultado al efecto.

(N. del Trad.)

(1) Llamábase el gran *Coëtre*, que corresponde á gefesupremo en lo temporal como en lo espiritual, en lenguaje de germania por supuesto, en *caló*, como se dice en España. En buen francés, *Coëtre* nada quiere decir. (Id.)

BESOS PARA GOLPES. 127

Genoveva en tiempo de peste; y sobre aquellas augurillas resplandecía con báculo, mitra y capa pluvial el nuevo papa de los locos, el campanero de la catedral, Quasimodo el jorobado.

Cada una de las secciones de aquella grotesca procesion tenia su música particular. Los egiptios desentonaban sus panderas y sus tamboriles africanos; los hampones, raza muy poco musical, no habían pasado aun de la viola, de la corneta y de la gótica zambomba del siglo doce. Tampoco estaba mas adelantado el imperio de Galilea, en cuya música apenas se distinguia algun miserable rabel de la infancia del arte, reducido aun al *re-la-mi*. Pero en torno del papa de los locos, es dondese desplegaban en una magnífica cacofonía todas las riquezas musicales de la época: tiples, contraltos, bajos de rabel sin contar las flautas y las cornetas y serpentones. Con pesadumbre se acordarán nuestros lectores de que aquella era ¡ay! la orquesta de Gringoire.

Difícil seria formarse una idea del grado de expansion orgullosa y feliz á que habia llegado durante el tránsito del Palacio á la Greve, el triste y feo semblante de Quasimodo. Era aquella la primera satisfaccion de amor propio que gozó jamás; hasta entonces no habia conocido mas que la humillacion, el desden á su clase, el odio á su persona, y por eso, sordo y todo como lo era, savoreaba, cual verdadero papa, las aclamaciones de aquella turba á quien aborrecia porque ella le aborrecia á el, y

porque él lo sabía. Que su pueblo fuera una cáfila de locos, de lisiados, de ladrones, de mendigos, qué importa? siempre era un pueblo, siempre él era un soberano. Con mucha formalidad recibía todos aquellos aplausos irónicos, todas aquellas atenciones burlescas, á las cuales justo será decir que mezclaba la jente cierta dosis de respeto real y positivo; porque el jorobado era robusto, porque el patituerto era ágil, porque el sordo era malo, tres calidades que templan el ridículo.

Muy lejos estamos de creer, sin embargo, que el nuevo papa de los locos se formase una idea clara así de las impresiones que recibía, como de los sentimientos que inspiraba. El entendimiento que se albergaba en aquel cuerpo disforme, debía tener también por su parte algo de incompleto y de sordo; de modo, que lo que sentía en aquel momento era para él absolutamente vago, incomprensible y confuso; pero en aquella mezcla de sentimientos, brillaba la alegría, dominaba el orgullo. Aquella sombría y triste figura, centelleaba radiante en derredor.

Causó por eso grande sorpresa y no poco espanto ver de repente á un hombre, en el momento mismo en que Quasimodo, sumerjido en aquella especie de vaga enajenación, pasaba en triunfo por delante de la casa de los Pílares, salir de entre el jentío y arraucarle colérico de entre las manos su báculo de palo dorado, insignia de su loca dignidad.

Este hombre, este temerario era el personaje

BESOS PARA GOLPES. 129

calvo que, un momento antes, mezclado al grupo que rodeaba á la jitana, habia helado de terror á la pobre niña con sus palabras de amenaza y de odio. Iba vestido del traje eclesiástico, y apenas salió de entre el jentío, Gringoire, que hasta entonces no habia reparado en él, exclamó al reconocerle:—Calla! si es mi maestro en Hermes, Don (1) Claudio Frolo, el arcediano! Quién diablos le mete con ese picaro tuerto? Le va á devorar!

Alzóse en efecto un grito de terror: el formidable Quasimodo acababa de precipitarse de su alto asiento, y las mujeres apartaron los ojos para no verle devorar al pobre arcediano.

Dió un salto hasta el sacerdote, le miró y cayó de rodillas.

El sacerdote le arrancó su tiara, le rompió el báculo y le hizo pedazos su capa de relumbron.

Quasimodo seguia de rodillas, con la cabeza baja y cruzadas las manos.

Establecióse luego entre ellos un diálogo singular de jestos y de aspavientos, porque ni uno ni otro hablablan palabra. El sacerdote en pie, irritado, amenazante, imperioso; Quasimodo pros-

(1) Este *Don* no es el título español de nobleza de sangre, sino el derivado inmediato de *Dominus* (de donde viene nuestro *Don*) ó por mejor decir, su abreviatura, que solo se aplicaba á ciertos sacerdotes de algunas órdenes religiosas ya extinguidas.

Todavía esta abreviatura se escribe en francés con *m* con arreglo á la etimología, y así se dice *Dum*. (*N. del Trad.*)

130 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

ternado, humilde, suplicante. Y sin embargo es seguro que Quasimodo hubiera podido hundir al sacerdote con un solo dedo.

En fin, el arcediano, sacudiendo con aspereza la espalda fornida de Quasimodo, hizole señal de que se levantara y le siguiera.

Quasimodo se puso en pie.

Y entonces la cofradía de los locos, pasado el primer estupor, quiso defender á su papa tan bruscamente destronado: los jitanos, los hampones y toda la estudiantina empezaron á ladrar en derredor del sacerdote.

Colocóse Quasimodo delante de él, puso en movimiento los músculos de sus atléticos puños, y miró á los agresores rechinando los dientes como un tigre enfurecido.

Revisióse el sacerdote de su sombría gravedad, hizo una señal á Quasimodo, y se retiró sin hablar palabra.

Quasimodo iba delante de él abriendo paso.

Luego que hubieron atravesado el populacho y la plaza, la turba de los curiosos y gente ociosa quiso seguirlos. Tomó entonces Quasimodo la retaguardia, y siguió al arcediano andando hacia atrás, agachado, arisco, monstruoso, herizado, recojiendo sus miembros, lamiendo sus colmillos de jabalí, gruñendo como una fiera é imprimiendo inmensas oscilaciones á la turba con un gesto ó una mirada.

Dejaronlos internarse en una calle estrecha y

BESOS PARA GOLPES. 131

*tenebrosa, por donde nadie osó aventurarse de-
tras de ellos; ¡tal terror inspiraba la horrible for-
ma de Quasimodo!*

*—Muy bueno es eso, dijo Gringoire; pero dón-
de diablos hallaré de cenar?*

4.

LOS INCONVENIENTES**DE SEGUIR DE NOCHE A UNA BUENA MOZA
POR LAS CALLES.**

Gringoire por de pronto dióse á seguir á la jirana. Vióla tomar con su cabra la calle de la *Coutellerie*; tomó pues la calle de la *Coutellerie*.

— Por qué no? dijo.

Gringoire, filósofo práctico de las calles de París, habia observado que nada convida tanto á una dulce meditacion, como el seguir á una buena moza sin saber adonde vá. Hay en efecto en esta abdicacion voluntaria del libre arbitrio, en este capricho que se somete á otro capricho, el cual ni aun lo sospecha, una especie de independencia absoluta y de obediencia ciega, un no sé qué de intermedio entre la esclavitud y la libertad que sonreia á Gringoire, hombre esencialmente misto, indeciso y complejo, colocado entre todos los extremos, suspendido siempre entre todas las propensiones humanas, y neutralizando el influjo de las

LOS INCONVENIENTES, ETC. 133

unas con el de las otras. Solía él compararse á sí mismo al sepulcro de Mahoma, atraído en sentido inverso por dos piedras de iman, y que vacila eternamente entre lo alto y lo bajo, entre la bóveda y el pavimento, entre la caída y la ascension, entre el cenit y el nadir.

Si Gringoire viviera en nuestro siglo; oh y como se pondría en un justo medio entre clásicos y románticos !..

Pero no era bastante primitivo (1) para vivir trescientos años, y es lástima. Su ausencia es un vacío que no deja de hacerse sentir en la actualidad.

En todo caso para seguir, como hemos dicho, á los transeuntes (y sobre todo á las transeuntes), cosa que solía hacer Gringoire, no hay mejor disposición de ánimo que la de no saber donde pasar la noche.

Iba pues meditabundo detras de la gitana que apretaba el paso, y hacia trotar á su cabrita viéndolo á las jentes meterse en sus casas, y cerrarse las tabernas, únicas tiendas que estaban abiertas aquel día.

-Ello en fin, decía Gringoire para su colete, en alguna parte ha de vivir; las jitanas tienen buen corazon.... ¿Quién sabe?...

Y había en los puntos suspensivos que se-

(1) Sabido que los primeros hombres antediluvianos duraban prodiosamente en la tierra; dígalo sino el proverbial Matusalen. (N. del trad.)

434 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

guian á esta reticencia, no sé qué ideas asaz halagüeñas.

De vez en cuando al pasar por delante de los últimos grupos de vecinos que cerraban las puertas de sus casas, cojía algún trozo suelto de su conversación que venía á romper el hilo de sus risueñas hipótesis.

Ya oía á dos viejos que conversaban de este modo.

—Maese Thibaut Fernicle, ¿sabeis que hace frío?

(Gringoire lo sabia desde que principió el invierno.)

—Ya lo creo, Maese Bonifacio Disome! Si volveremos á tener un invierno como el de hace tres años en 80, que costaba la leña á seis dineros el haz?

—¿Y qué tiene eso que ver, maese Thibaut, con el invierno de 1407, en que heló desde San Martín hasta la Candelaria? y con tal furia que se helaba la pluma del estribano del parlamento, en el tribunal, de tres en tres palabras! lo que interrumpía la marcha de la justicia!

Y mas adelante, así hablaban dos viejas en su ventana con velas que la niebla hacía chisporrotear.

—¿Os ha contado mi marido la desdicha? señorita La Boudraque.

—No, ¿pues qué sucede, señorita Turquant?

—El caballo del señor Gil Godin, notario del Chatelet, que se asustó de los flamencos y de su

LOS INCONVENIENTES, ETC. 135

procesion, y que ha atropellado á Maese Filipot Avriillot, oblato (1) de los celestinos.

— De veras?

— Ni mas ni menos.

— Un caballo paisano! que diablura! Si fuera un caballo de caballería, vaya con Dios!

Y volvian á cerrarse las ventanas, y á cada paso perdía Gringoire el hilo de sus ideas.

Mas pronto por fortuna volvía á topar con él y á anudar sus fragmentos, merced á la jitana y á Djali que constantemente le precedian, dos preciosas, delicadas y esveltas criaturas, cuyos menudos pies, cuyas lindas formas, cuyo gracioso porte admiraba, confundiéndolas casi en su contemplacion: por su intelijencia y buena amistad, creyéndolas niñas á entrambas; por la lijereza, soltura y ajilidad de su paso, creyéndolas cabras á las dos.

Las calles entre tanto aparecian cada vez mas negras y mas desiertas. Largo rato hacia ya que habian tocado las campanas el *couvre-feu* (2), y ya se empezaba á no encontrar en las calles mas que alguno que otro raro transeunte, alguna que otra rara luz en las ventanas. Siguiendo á la jitana, habíase metido Gringoire en aquel intrincado laberinto.

(1) Decíase de un soldado inválido que tenia alojamiento, comida y vestido en alguna abadía ó priorato de patronato real.

(N. del trad.)

(2) O toque de ánimas. Véase la nota de la página 28 del primer tomo y entrega primera de *Han de Islandia*. (Id.)

rinto de callejuelas, plazas y callejones sin salida que rodea el antiguo sepulcro de los santos inocentes, y que se parece á un ovillo enredado por las zarpas de un gato. — ¡Vaya unas calles que tienen muy poca lógica! decía Gringoire, perdido en aquellos mil circuitos de que no podía salir, pero entre los cuales seguía la jítana un camino que parecía serle muy conocido, sin vacilar y con pasos cada vez mas rápidos. — El por su parte hubiera ignorado completamente donde se hallaba, á no haber visto, al revolver una esquina, la mole octógona de la picota de los mercados, cuya cima calada destacaba fuertemente sus negros bordes sobre una ventana iluminada aun de la calle Verdelet.

Hacia ya algunos instantes que nuestro poeta, habia llamado la atencion de la jítana, la cual varias veces volvió la cabeza á él con inquietud, y aun se paró una vez de pronto, aprovechando un rayo de luz que salia de una panadería entreabierta, para mirarle de hito en hito de pies á cabeza; y luego, despues de aquel exámen, viola Gringoire hacer el gestecillo que ya en otra ocasion habia observado y seguir adelante.---

Aquel gestecillo daba mucho en que entender á Gringoire, porque seguramente habia en él algo de burlon y desdeñoso. Así es que empezó á agachar la cabeza, á contar las piedras y á seguir á la muchacha un poco mas de lejos, cuando al volver una calle que acababa de hacérsela perder de vista,

LOS INCONVENIENTES, ETC. 137

oyóla lanzar un grito lastimero. — Apretó el paso.

Estaba la calle llena de tinieblas; pero una estopa empapada en aceite que ardía en un escape de hierro á los pies de la santa imagen de una esquina, permitió á Gringoire divisar á la jitana, forcejeando entre los brazos de dos hombres, que procuraban sofocar sus gritos. La pobre cabrita, toda atolondrada, bajaba los cuernos y balaba.

—La ronda! la ronda! gritó Gringoire, y se adelantó valerosamente.— Uno de los hombres que tenían agarrada á la jitana volvió la cara hácia él, y vió el poeta la formidable catadura de Quasimodo.

Gringoire no echó á correr, pero tampoco dió un paso mas.

Llegóse á él Quasimodo, arrojóle de un manotón á cuatro pasos de distancia, y volvió á sumergirse en la sombra llevándose á la doncella doblegada sobre uno de sus brazos como una banda de seda.— Su compañero iba detras, y la pobre cabra les seguía lanzando lastimeros balidos.

—Ladrones! ladrones! gritaba la pobre jitana.—

—Alto ahí, miserables! y soltad á esa hembra, dijo repentinamente con voz de trueno un ginete que salió de sopeton de una calle inmediata.

Era este un capitán de los arqueros de la guardia del rey, armado de punta en blanco, con la tizona en la mano.

Arrancó á la jitana de entre los brazos del atónito Quasimodo y colocóla á la grupa de su ca-

ballo; y en el instante mismo en que el terrible jobado, vuelto en sí de su asombro, se precipitaba sobre él para arrancarle su presa, quince ó dieciséis arqueros que seguían de cerca á su capitán, acudieron en su ayuda con el chafarote desenvainado. Formaban todos ellos una patrulla que andaba aquella noche de ronda, por orden del señor Roberto de Estouteville, intendente del prebostazgo de París.

Cercaron, prendieron, maniataron á Quasimodo que rujía, echaba espumarajos por la boca, y repartía fieros mordiscos á diestro y siniestro; y es seguro que si hubiera sido de día, solo su rostro, afeado mas y mas por la cólera, hubiera bastado para poner en fuga á toda la patrulla. Pero durante la noche carecía el pobre diablo de la mas poderosa de sus armas, su fealdad.

Durante la lucha, desapareció su compañero.

Sentóse graciosamente la jítana sobre la silla del oficial, apoyó entrambas manos sobre los hombros del mancebo, y miróle de hito en hito por algunos momentos, como hechizada de su gallardo continente y del auxilio que acababa de darla en su aventura. Luego, rompiendo el silencio la primera, díjole suavizando aun mas el suave acento de su voz.

-- Cómo os llamais, señor soldado?

-- El capitán Febo de Chateupers, para servirlos, prenda mia! respondió el oficial gallardeándose.

LOS INCONVENIENTES, ETC. 139

—Gracias, respondió la gitana.

Y mientras el capitán Febo atusaba su mostacho á la borgoñona (1), deslizóse ella del caballo como una flecha que cae al suelo, y desapareció en un santiamén.

No hubiera tardado más un relámpago en desvanecerse.

—Ombigo del papa (2)! dijo el capitán mandando apretar las correas de Quasimodo; mejor hubiera querido quedarme con la mozueta.—

—Cómo ha de ser, capitán! dijo un soldado; volóse la alondra, pero nos queda el mochuelo.

(1) Retorcidos hacía arriba en forma de garabato.

(Nota del traductor).

(2) Juramento singular que traducimos al pie de la letra, como haremos con otros no menos heterodoxos que más adelante irá viendo el lector. (Id.)

5.

CONTINUAN LOS INCONVENIENTES.

Gringoire , atolondrado aun de su batacazo, quedó por tierra delante de la santa Virgen de la esquina, mas no tardó en ir poco á poco volviendo en sí. Permaneció por algunos instantes flotando en una especie de enajenacion mental algun tanto soñolienta y medianamente suave, en que las formas aéreas de la gitana y de la cabra , formaban misterioso ayuntamiento con el fornido puño de Quasimodo. Poco duró aquel estado; una impresion harto aguda de frio en la parte de su cuerpo que se hallaba en contacto inmediato con el suelo le despaviló de repente, haciendo volver su mente á la superficie.- De donde diablos me viene este frio? dijo no poco mohino, y entonces advirtió que se hallaba precisamente en mitad de un arroyo.

—Maldito ciclope jorobado! murmuró entre dientes , haciendo por ponerse en pié. Pero estaba el pobre poeta sobradamente magullado y contuso, por lo que tuvo que quedarse inmóvil. Mas co-

CONTINUAN LOS INCONVENIENTES. 141

mo tenía por fortuna las manos libres, tapóse las narices y se resignó.

—El lodo de París, decía (porque estaba ya punto menos que seguro de que decididamente el arroyo sería su cama por aquella noche), el lodo de París es singularmente pestífero, por lo que debe contener gran cantidad de sal volátil y nitrosa. Tal es al menos la opinión de maese Nicolas Flamel y de los herméticos....

La palabra *herméticos* le trajo de súbito á las mientes la idea del arcediano Claudio Frollo. Acordóse de la violenta escena que acababa de entrever; de que forcejeaba la jitana entre dos hombres, y de que Quasimodo tenía un compañero; y la fisonomía tétrica y altiva del arcediano pasó confusamente por su imaginación.—Cosa estraña sería!.... dijo, y con aquel dato y sobre aquella base empezó á construir el fantástico edificio de las hipótesis, verdadero castillo en el aire de los filósofos. Mas luego, volviendo de pronto á la realidad: —Cáspita, dijo—yo me hielo!

Aquel sitio iba siendo por instantes mas y mas insoportable. Cada molécula del agua del arroyo absorbía una molécula del calórico latente de las costillas de Gringoire, y ya empezaba á establecerse de un modo hartamente cruel el equilibrio entre la temperatura de su cuerpo y la del arroyo.

Vino en esto á amagarle un peligro de muy distinta naturaleza.

Un grupo de chiquillos, de esos pequeños sal-

vajes descalzos que en todos tiempos han hollado el empedrado de París, bajo el eterno nombre de *pillitos* (1), y que cuando éramos muchachos como ellos, nos apedreaban todas las tardes al salir del aula, porque no llevábamos los calzones rotos; una bandada pues de aquellos pillitos acudía hacia la encrucijada en que yacía Gringoire con gritos y risotadas que no debían dar mucho gusto al sueño de los vecinos. Llevaban arrastrado no sé que talego informe, y solo el ruido de sus abarcas hubiera despertado á un muerto. Gringoire, que no lo estaba aun del todo, se incorporó algun tanto.

—Ohé! Hennequin Dandeché; ohé! Juan Pincebourde! decían á grito pelado; el viejo Juan Moubon, el herrero de la esquina, acaba de morir; tenemos su jergon y vamos á hacer una hoguera. Hoy es el día de los Flamencos!

Y en esto precipitaron el jergon sobre Gringoire, junto al cual habían llegado sin verle: al mismo tiempo cojió uno de ellos un puñado de paja, y fué á encenderla en la lámpara de la Virgen.

—Como qué! murmuró Gringoire—si iré á ahora á tener demasiado calor?

El momento era crítico. Iba el pobre poeta á verse cojido entre el fuego y el agua; hizo pues un esfuerzo sobre-natural, un esfuerzo de monedero

(1) Esta es la traducción exacta de *gamins*, chiclelos vagabundos, en que abundan todas las grandes poblaciones y aun las pequeñas. (N. del Trad.)

CONTINUAN LOS INCONVENIENTES. 143

falso á quien van á freir y que trata de escaparse, y se puso en pié, arrojando el jergon sobre los muchachos, y poniendo pies en polvorosa.

—Jesus! gritaron los pillos; el herrero que vuelve!

Y apretaron tambien á correr por otro lado.

Quedó el jergon dueño del campo de batalla. Aseguran Belleforet, el P. le Juge y Corrozet que al día siguiente fué recojido con gran pompa por el clero del barrio y llevado al tesoro de la iglesia Santa Oportuna, donde sacó el sacristan hasta 1789 una pingüe renta con el gran milagro de la Virgen de la esquina de la calle Mauconseil, que, con solo su presencia, en la memorable noche del 6 al 7 de enero de 1482, exorcizó al difunto Juan Moubon, el cual, para dar que hacer al diablo, habia, al morir, escondido maliciosamente su alma en el jergon.

EL CANTARO ROTO.

Después de haber corrido á espeta-perros por largo rato y sin saber adonde, dándose coscorrones contra las esquinas, saltando arroyos y atravesando callejuelas, callejones y encrucijadas, abriéndose paso por entre las mil revueltas de los antiguos mercados, explorando en su terror pánico lo que el latin macarrónico de las aulas llama *tota via, caminum et viaria*, paróse de pronto nuestro poeta, de cansancio en primer lugar, y convicto en segundo, por la fuerza lójica de un dilema que acababa de nacerle en el majín.—Paréceme, amigo Pedro Gringoire, díjose á sí mismo, apoyando el índice sobre su frente, que vas corriendo por ahí como un bo-tarate; no menos miedo que tú de ellos han tenido de tí los monigotes. Paréceme, digo, que has oído el ruido de sus abarcas huyendo hácia el mediodía, mientras tú vas huyendo derecho al setentrion. Ahora bien, una de dos; ó han huido y en

EL CANTARO ROTO. 145

este caso, el jergon que han debido olvidar en su terror, es precisamente el lecho hospitalario que andas buscando hace tantas horas y que milagrosamente te envía la señora Virgen, en recompensa de haber hecho en su honor una moralidad acompañada de triunfos y momerías; ó los chiquillos no buyeron y en ese caso han pegado fuego al jergon; y cádate ahí justamente el delicioso hogar de que necesitas para solazarte, secarte y calentarte. En ambos casos, buen fuego ó buena cama, el jergon es un presente del cielo. — La bendita Virgen María que está en la esquina de la calle Mauoussel, tal vez no ha hecho que muera Juan Moubon mas que para eso; y es mucha sandéz en vos, huir hecho un palomino atontado, como un picardo delante de un francés (1), dejando atras lo que buskais delante; y sois un majadero!

Desbizo entonces lo andado, y orientándose y pescudando, oliendo y escuchando, trató de dar con el bienaventurado jergon, pero en vano; solo hallaba intersecciones de casas, callejones sin salida, encrucijadas en medio de las cuales dudaba y vacilaba sin atinar con la salida, mas confuso y perdido en aquella barahunda de callejuelas negras que en el mismo laberinto del palacio de Tournelles. Agotósele, por fin, la paciencia y exclamó en tono so-

(1) Ya dijimos en una nota anterior que la provincia de Picardía formaba á la sazón un estado independiente del rey de Francia.

(Nota del traductor.)

lcmne: -- Malditas sean las encrucijadas! el diablo las hizo á imájen de sus garras.

Esta exclamacion le alivió algun tanto, y un reflejo rojizo que divisó al mismo tiempo al fin de una larga y estrecha callejuela acabó de confortar su moral.--Loado sea Dios! dijo--allí es! allí arde mi jergou! Y comparándose al marinero que zozobra en la tempestad.-- Salve! añadió devotamente, *salve, maris stella!*

Dirijia este fragmento de la letanía á la Santa Virgen ó al jergon? Eso es lo que de todo punto ignoramos.

Apenas hubo andado algunos pasos en la larga callejuela, que estaba en cuesta, desempedrada, y cada vez mas inclinada y fangosa, cuando observó un fenómeno bastante singular. No estaba la calle desierta; de trecho en trecho, en toda su longitud, rastreaban no sé qué masas vagas é informes, dirijiéndose todas hácia el resplandor que oscilaba en el fin de la callejuela, como aquellos torpes insectos que se arrastran por la noche sobre la yerba hácia la luz de una cabaña.

Nada hace al hombre tan animoso como el no sentir el lugar de su faltriquera. Siguió Gringore su camino y no tardó en alcanzar á uno de aquellos gusanos que más perezosamente se arrastraba detras de los otros; y habiéndole examinado de cerca, vió que no era ni mas ni menos que un miserable lisiado sin piernas, que andaba sobre ambas manos, como una zancuda herida que no tiene ya mas que

EL CANTARO ROTO.

147

dos patas. Cuando pasó por junto á aquella especie de araña con semblante humano, alzó el portoso hacia él una voz lamentable. -- *La buona mancia* (1), *signor! la buona mancia!*

--El diablo te lleve, dijo Gringoire, y á mí contigo si sé lo que quieres decir.

Y pasó adelante.

Llegóse á otra de aquellas masas ambulantes y la examinó con atención. Era la tal un tullido, cojo y manco á la vez, y tan manco y tan cojo que el complicado sistema de muletas y piernas de madera que le sostenían, hacíale parecerse á un maderamen puesto en movimiento. Gringoire que gustaba de las comparaciones nobles y clásicas, comparóle en sus mientes al trévedes vivo de Vulcano.

Aquel trévedes vivo le saludó al paso colocando su sombrero al nivel de la barba de Gringoire, como una vacía de afeitar, y gritándole en los oídos: --*Señor caballero, para comprar un pedazo de pan* (2).

--Pafecé, dijo Gringoire, que también este otro habla; pero lo hace en una lengua diabólica, y mas dichoso es que yo si la entiende.

Y luego, dándose una palmada en la frente

(1) Propina, y en este caso limosna, aunque esta última en italiano se llama *limosina* ó *carità*. (N. del Trad.)

(2) Estas palabras están en español en el original; el digno portoso será seguramente uno de nuestros compatriotas.

(Id.)

por una súbita transición de ideas: — Ahora que me acuerdo, exclamó, qué diablos querían decir esta mañana con su *Esmeralda*?

Quiso apretar el paso: pero por tercera vez un informe objeto se le puso delante. Aquel objeto, ó mas bien aquel individuo, era un ciego, un cieguecillo pequeñito, de cara hebrea y barbuda, que remando en el espacio con un palo y llevado á remolque por un perrazo, le dijo con acento húngaro: *facitote caritatem!*

—Vaya con Dios! dijo Pedro Gringoire, este á lo menos habla una lengua cristiana. Preciso es que tenga mi señoría una facha muy limosnera para que venga esta gente implorando mi munificencia en el mísero estado en que se halla mi bolsa. Amigo mio, dijo dirijiéndose al ciego, la semana pasada vendí mi última camisa; es decir, para que lo entiendas en la lengua de Ciceron: *Vendidi hebdomade nuper transitú meam ultimam camisam.*

Y esto diciendo, volvió las espaldas al ciego y prosiguió su camino; pero el ciego apretó el paso detras de él, y fué la diablura mayor, que tambien el tullido y el lisiado sin piernas sobrevinieron cada cual por su lado con gran premura y ruido de voces y de muletas. Y luego todos tres tropezando unos con otros detras del pobre Gringoire, empezaron á cantarle su letanía:

—*Caritatem!* cantaba el ciego.

—*La buona mancia!* cantaba el hombre—araña.

EL CANTARO ROTO. 149

Y el cojo levantaba la frase musical repitiendo:
-un pedazo de pan!

Gringoire se tapó las orejas : -Oh torre de Babel! exclamó.

Apretó á correr. El ciego corrió. El cojo corrió.
 El lisiado sin piernas corrió.

Y á medida que iba internándose en la calle, nuevos lisiados, ciegos y cojos pululaban en torno de él, y mancos y tuertos y leprosos con sus llagas, cuales saliendo de las casas, cuales de las callejuelas adyacentes, cuales de los respiraderos de los sótanos, ahullando, chillando, ladrando, todos á trágala perro, cayendo y levantando, arrastrándose hácia la luz y hundidos en el lodo, como babosas despues de la lluvia.

Gringoire, acosado por sus tres perseguidores, y sin saber en que diablos pararia todo aquello, iba sofocado en medio de todos, costeano los cojos, saltando por cima de los que iban á rastras, hundidos los pies en aquel hormiguero de avechuchos, como cierto capitán inglés que se metió en una gazapera de cangrejos.

Ocurrióle entonces la idea de volver atrás, pero ya era tarde: toda aquella legión se habia cerrado detras de él, y sus tres mendigos no le soltaban. Continuó pues su camino impelido á la par por aquel irresistible torrente, por el miedo y por un vértigo que le hacia ver todo aquello como un horrible ensueño.

Llegó por fin á la extremidad de la calle, la

cual desembocaba en una inmensa plaza, donde oscilaban mil luces confusas entre la vaga niebla de la noche. Entró en ella Gringoire, esperando sujetarse con la celeridad de sus piernas á los tres espectros inválidos, que le tenían asido por el cogote.

—¿Adonde vas, hombre? gritó el cojo arrojando las muletas y corriendo tras de él con las dos mejores piernas que trazaron jamás un paso geométrico en el recinto de París.

Y el que andaba á rastras, ora derecho sobre sus pies, ceñía á Gringoire en torno del cuello los trapos y tablas sobre que se arrastraba, y el ciego le miraba de hito en hito con ojos rebentones.

—¿Dónde estoy? dijo el poeta estupefacto.

—En la corte de los milagros, respondió un cuarto espectro que acababa de agregarse á los demás.

—Por mi vida, repuso Gringoire, que veo á los ciegos que miran y á los cojos que corren; pero ¿dónde está el Salvador?

Respondieronle todos con una carcajada de mal agüero.

Tendió la vista en torno de sí el malandante poeta. Hallábase en efecto en aquella terrible Corte de los Milagros, donde jamás hombre honrado había penetrado á aquellas horas; círculo mágico donde los oficiales de Chatelet y los soldados del Prebostazgo que osaban aventurarse en él desaparecían como arena; patria de ladrones, verruga hedionda en el rostro de París; muladar de donde

EL CANTARO ROTO. 151

salía todas las mañanas, y adonde volvía todas las noches á podrirse el arroyo de vicios, mendicidad y holgazanería, que rebosa siempre por las calles de las capitales; monstruosa colmena adonde iban á parar todas las noches con su botín todos los zánganos del orden social; mentido hospital, donde el gitano, el fraile tuno, el estudiante perdido, los pillos de todas las naciones, españoles, italianos, alemanes, de todas las religiones, judíos, cristianos, musulmanes, idólatras, cubiertos de llagas postizas, mendigos durante el día, se transformaban de noche en vandoleros; inmenso vestuario, en fin, donde se desnudaban y vestían en aquella época, todos los actores del eterno drama que representan en las calles de París, el robo, la prostitución y el asesinato.

Era aquel sitio una ancha plaza, irregular y mal empedrada como todas las de París en aquella época. Brillaban en ella de trecho en trecho algunas hogueras, en torno de las cuales hormigueaban extraños grupos que iban y venían y alborotaban. Oíanse agudas carcajadas, vajidos de chiquillos, gritos de mugeres. Las manos y las cabezas de aquella multitud, negras sobre el fondo luminoso, formaban mil diabólicos perfiles; de vez en cuando veíase pasar sobre el suelo en que temblaba la luz de las hogueras entre inmensas sombras indefinidas, un perro que parecía hombre, un hombre que parecía perro. Los límites de las razas y de las especies parecían confundirse en aquellos sitios como en

un Pandæmonium: (1) hombres, mujeres, animales, edad, sexo, salud, enfermedades, todo era docte comun á aquella jente; todo iba junto, mezclado, confundido, apiñado; cada cual participaba de todo.

El vacilante y mezquino reflejo de las hogueras permitió á Gringoire distinguir, á pesar de su turbacion, alrededor de la inmensa plaza, un asqueroso cenidor de casucas viejas, cuyas fachadas sucias, descascaradas, desmirriadas, feas, con una ó dos ventanillas iluminadas cada una, le parecían en la sombra enormes cabezas de viejas, formadas en círculo, monstruosas y acorchadas, que miraban el *sábado* guiñando los ojos.

Parecía aquello un nuevo mundo, desconocido, inaudito, disforme, reptil, menudo, fantástico.

Cada vez mas sofocado, cojido por los tres por-dioseros como por tres tenazas, atronado por una infinidad de caras que ladraban y berrecaban en torno de él, recurría el pobre Gringoire á toda su presencia de ánimo para acordarse de si estaba en *sábado* (2). Pero todos sus esfuerzos eran inútiles; el

(1) Infierno del *Paraiso perdido* de Milton.

(N. del trad.)

(2) Es de advertir que en este día de la semana celebraban mas comunmente las brujas sus conventículos, que nosotros, á falta de otra palabra hemos llamado *sábados*, y que escribieramos siempre en letra bastardilla para que no se confundan con el día de este nombre.

(id.)

EL CANTARO ROTO. 133

hilo de su memoria y de sus pensamientos estaba cortado, y dudando de todo, flotando entre lo que veía y lo que sentía, asentaba en su mente este insoluble teorema: —Si existo, ¿cómo puede ser eso? Si eso es, ¿cómo puedo existir?

Alzóse entonces un grito general entre la chillona turba que le rodeaba.

—Llevémosle al rey! llevémosle al rey.

—Virgen santa! murmuró Gringoire; el rey de aquí debe ser un macho cabrío!

—Al rey! al rey, repitieron todas las voces.

Lleváronsele echándole las garras á porfía; pero los tres mendigos no le soltaban, antes bien lo arrancaban á las uñas de los otros, ahullando: —Es nuestro.

La ropilla ya enferma del poeta, exhaló el último suspiro en aquella lucha.

Al atravesar la horrible plaza disipóse su vértigo; al cabo de pocos pasos recobró del todo el sentimiento de la realidad, cual si fuera acostumbrándose á aquella atmósfera. En el primer momento, de su cabeza de poeta, ó en términos más sencillos y más prosáicos, de su estómago vacío, habíase elevado un humo, un vapor por decirlo así, que extendiéndose entre los objetos y su vista, no se los había dejado columbrar más que por entre la incoherente bruma de la pesadilla, entre aquellas tinieblas de los sueños que hacen temblar todos los contornos, gesticular todas las formas, aglomerarse todos los objetos en grupos desmenuzados, convirtién-

do las cosas en quimeras, y los hombres en fantasmas. Poco á poco fue sucediendo á aquella alucinación una mirada menos delirante y exageradora; la realidad tomaba cuerpo alrededor de él, tropezándole en los ojos, en los pies y demoliendo pedazo á pedazo toda la espantosa poesía de que se creyó rodeado al principio. Fuele forzoso conocer que no andaba por la laguna Estijia sino por el lodo; que no veía demonios sino ladrones; que no arriesgaba su alma, sino solamente su vida (pues carecía de aquel precioso conciliador que se coloca tan eficazmente entre el bandido y el hombre de bien; la bolsa). En fin, examinando la orja mas de cerca y con algo mas de sangre fria cayó del *sábado* en la taberna.

La Corte de los milagros no era en efecto mas que una taberna, pero una taberna de ladrones, tan colorada de sangre como de vino.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos, cuando su desarrapada escolta le depositó por fin en el término de su carrera, no era muy á propósito para inspirarle ideas de poesía, ni aun de poesía del infierno; veía mas que nunca la prosáica y brutal realidad de la taberna. Si no estuviéramos en el siglo quince, diríamos que Gringoire bajaba de Miguel Angel (1) á Callot (2).

(1) Sublime pintor, escultor, arquitecto y aun poeta (véase el Vassari) de la escuela florentina, contemporáneo y émulo del divino Rafael. (*N. del Trad.*)

(2) Santiago Callot, celebre grabador francés, nació en

EL CANTARO ROTO. 155

En derredor de una inmensa hoguera que ardía sobre una ancha losa redonda y que penetraba con sus llamas los enrojecidos pies de un trébedes vacío á la sazón, veíanse por una parte y por otra algunas mesas cojas, coloeadas á la casualidad, sin que el mas ruin lacayo geómetra se hubiese dignado arreglar su paralelismo, ó cuidar á lo menos de que no se cortasen formando ángulos sobradamente inusitados. Relucían sobre aquellas mesas algunos jarros llenos de vino y de cerveza, alrededor de los cuales se agrupaban numerosas caras báquicas, purpurantes de fuego y de vino. Veíase aquí un hombre de enorme panza y de jovial semblante, que abrazaba sin rebozo á una ramera ancha y carnuda; allí un especie de perdonavidas, un valenton, como se decía en caló, que desataba silbando las bandas de su supuesta herida, y sacaba á relucir su sana y vigorosa rodilla, fajada desde por la mañana con cien mil ligaduras; acullá preparaba un pordiosero con escrofularia y sangre de toro su *pierna de Dios* para el siguiente día. Dos mesas mas abajo, un palmero con sus conchas y traje completo de peregrino

Nació en 1593 y aprendió el arte en Roma; murió en Florencia en 1636. Era también algo poeta.

Sus grabados al agua fuerte representan por lo general asuntos canallescos.

El *jeño* de aquel artista tenía en lo original y caprichoso alguna semejanza con el de nuestro Goya.

(N. del Trad.)

deletraba la canción de *Santo Dios, Santo inmortal*, sin olvidar la salmodia ni el competente acento gascoso; aquí un jóven hampon daba lección de epilepsia con un gitano viejo que le enseñaba el arte de echar espumarajos por la boca mascando un pedazo de jabon; mas allá se desinflaba un hidrópico, haciendo taparse las narices á cuatro ó cinco ladronas que se disputaban en la misma mesa un niño robado aquella noche. Circunstancias todas que, dos siglos mas adelante, *parecieron tan ridiculas á la corte*, como dice Sauval, *que sirvieron de pasatiempo al Rey y de entrada al baile real de La Noche, dividido en cuatro partes y bailado en el teatro del Pequeño Bourbon*. «Jamás, añade un testigo ocular de mil seiscientos cincuenta y tres, fueron representadas con mas acierto las súbitas metamorfosis de la corte de los Milagros. Para este baile nos preparó Benserade (1) con algunos versos bastante ingeniosos».

Do quiera resonaban bestiales carcajadas y canciones obscenas, atendiendo cada cual á sí propio, glosando y blasfemando sin escuchar á su vecino. Chocábanse los jarros y nacian las contiendas al choque de estos, y estos haciéndose pedazos desgarraban los harapos.

Un enorme perro sentado sobre su cola miraba

(1) Isaac Benserade nació en Lion en Normandía en 1612. Fue individuo de la academia francesa y bastante mediano poeta.
(N. del Trad.)

EL CANTARO ROTO. 157

la hoguera. Tomaban parte en aquella orgia varios muchachos; en primer lugar el niño robado que lloraba y gritaba; luego otro zopencote de cuatro años, sentado con las piernas colgando sobre un banco demasiado alto, con la mesa hasta la barba, y sin decir palabra. Otro estendiendo gravemente con su dedo sobre la mesa el sebo derretido de una vela que se corría; y otro, en fin, pequenuelo, acurrucado en el lodo, casi perdido en un caldero que raspaba con una pizarra, de cuya operación sacaba un sonido capaz de hacer desmayarse á Stradivarius.

Había un tonel junto á la hoguera y un mendigo sobre el tonel: el rey sobre su trono.

Los tres perseguidores de Gringoire pusieronle en presencia de aquel tonel, y hubo en toda la bañaca un momento de silencio, excepto en el caldero habitado por el chiquillo.

Gringoire no se atrevía á respirar ni á levantar los ojos.

-- *Hombre, quitate el sombrero!* dijo uno de los tres canallas que le sujetaban; y antes de que hubiese comprendido lo que aquello quería decir, había ya desaparecido aquel objeto de su cabeza, miserable pieza en verdad, pero útil todavía para un día de sol ó de lluvia. Gringoire suspiró profundamente. En tanto el rey desde lo alto de su tonel, le dirigió la palabra.

-- Quién es ese pajarraco?

Estremeciése Gringoire; aquella voz aunque

acentuada por la amenaza, le recordó otra vez que aquella misma mañana había dado la primera arremetida á su misterio esclamando: *una limosnita por amor de Dios!* Alzó la cabeza y vió en efecto delante de sí á Clopin Trouillefou.

Clopin Trouillefou, cubierto de sus insignias reales, no tenía ni un andrajo mas ni un andrajo menos. Su llaga del brazo había desaparecido; llevaba á la sazón en la mano uno de aquellos látigos con correas de cuero blanco que usaban entonces los alguaciles para dispersar los grupos, y que se llamaban *boullayes*, y en la cabeza una especie de gorro redondo y cerrado por arriba; pero no era fácil distinguir si era un frontero de niño ó una corona de rey, tanto estos dos objetos se parecen entre sí!...

Esto no obstante Gringoire, sin saber por qué, había recobrado alguna esperanza al reconocer en el rey de la córte de los Milagros á su maldito mendigo de la Sala Grande.

--Maese, dijo en voz balbuciente.... Monseñor... Señor.... Como debo llamaros, añadió en fin habiendo llegado al punto culminante de su crescendo, y no sabiendo ya cómo subir ni bajar.

--Monseñor, majestad ó compañero, llámame como te parezca; pero despacha. ¿Qué tienes que alegar en tu defensa?

-- *En tu defensa?* dijo para sí Gringoire; esto no me gusta. Y luego prosiguió desfallecido. -- Yo soy el que esta mañana....

EL CANTARO ROTO. 159

-- Por las garras del diablo! interrumpió Clopin, di tu nombre, canalla, y nada mas. Escucha: estás delante de tres poderosos soberanos; yo, Clopin Trouillefou, rey de Tunia, sucesor del Gran Coñsre, señor soberano del reino de la Germania; Matias Ungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia, aquel viejo amarillo que está allá abajo con una rodilla de fregar alrededor de la cabeza y Guillermo Rousseau, emperador de Galilea, aquel gordo que no nos escucha, y que está requebrando á aquella puerca. Nosotros somos tus jueces: tú has entrado en el reino de la Hampa sin ser hampou, y has violado por consiguiente los fueros de nuestra ciudad; y serás castigado, á menos que seas capon, tuno ó tumbon, es decir, en el caló de la gente honrada, ladrón, pordiosero ó vagamundo. ¿Eres algo por este estilo? Justificate; enumera tus cualidades.

-- Ay! dijo Gringoire, no alcanzo tan grande honra. Yo soy el autor....

-- Basta, repuso Trouillefou sin dejarle acabar; vamos á ahorcarte. Cosa justa, señora gente de bien! Como vuestra señoría trata á los vuestros en su casa, tratamos nosotros á los suyos en la nuestra: la ley que hacéis á los truanes, os la hacen los truanes á vosotros; vuestra es la culpa si la ley es dura. Justo es que de vez en cuando se vea una cara de hombre honrado encima del collar de cáñamo; eso le honra. Ea, compadre, reparte alegremente tus guiñapos entre esas damiselas; ahora voy á

160 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

hacerte ahorcar para divertir á los hampones, y luego les darás tu bolsa para echar un trago. Si tienes que hacer alguna momería, allá en el fregadero hay un famoso Dios Padre que hemos robado en la iglesia de Saint-Pierre-aux-Bœufs: cuatro minutos tienes para meterle tu alma por los hocicos.

Formidable era la arenga.

—Pardiez que Clopin Trouillefou predica como un santo padre el papa, exclamó el emperador de Galilea, rompiendo su jarro para uivelar la mesa.

—Señores emperadores y reyes, dijo Gringoire con cierta sangre fría (porque no sé como había recuperado su firmeza y hablaba con resolución), eso no puede ser; yo me llamo Pedro Gringoire, y soy el poeta cuya era la moralidad que se representó esta mañana en la Sala Grande del palacio.

—Ola! con que eres tú! dijo Clopin. Estuve, estuve á fé mia en la moralidad; pero el que nos hayas aburrido esta mañana, ¿es acaso una razón para que no te ahorquemos esta noche?

—Malo va esto, dijo Gringoire para su capote. Sin embargo, probó todavía un esfuerzo. —No alcanzo por qué razón, dijo, no han de ser contados los poetas en el número de los hampones. Vagabundo, Esopo lo fue; mendigo, Homero lo fue; ladrón, Mercurio lo era....

Clopin le interrumpió: — Vienes aquí á atormentarnos con tus latinajos? qué diablo! déjate ahorcar y hasta de regodeos.

EL CANTARO ROTO. 161

--Eso no, poderoso soberano de Tunia, repitió Gringoire, disputando el terreno á palmas. Es cosa que merece la pena... Un instante... escuchadme... no me condenareis sin oirme... Cubria en efecto su desdichada voz el estrépito que resonaba en derredor. El chiquillo rasca su caldero con mas entusiasmo que nunca; y para colmo de desdicha, acababa una vieja de colocar sobre las ardientes trévedes una sartén llena de grasa que rechinaba en la lumbre, con un ruido semejante á los gritos de una paudilla de muchachos que persigue á una máscara.

Conferenció Clopin Trouillefou un breve rato con el duque de Egipto, y el emperador de Galilea, el cual estaba completamente borracho, y luego gritó con voz de trueno: —Silencio! mas como la caldera y la sartén no le escuchaban, antes bien continuaban su duo, apeóse de su tonel, dió un puntapié al caldero que rodó á diez pasos con el chiquillo, otro puntapié á la sartén, cuya grasa se esparramó todita sobre la lumbre, y de nuevo subió gravemente á su trono, sin curarse del llanto del muchacho, ni de los refunfuños de la vieja cuya cena se desvanecía en blancas llamas.

Hizo Trouillefou una señal con la mano, y el duque, y el emperador, y los archipámpanos, y los tumbones y todos fueron á colocarse en torno de él, formando un semicírculo cuyo centro ocupaba Gringoire, verdadero semicírculo de andrajos, remiendos, oropél, hachas, horquillas, piernas vinosas, brazos fornidos, y caras sórdidas, estúpidas y bor-

162 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

ricales. En medio de aquella tabla redonda de la pillería, Clopin Trouillefou, como el dux de aquel senado, como el rey de aquel estamento, como el papa de aquel conclave dominaba la asamblea desde la elevación de su tonel, con cierto aire altanero, feroz y formidable que hacía chispear sus ojos y corregía en su áspero perfil el tipo bestial de la raza bampona. Parecía una cabeza de javalí entre hocicos de lechones.

—Oye, dijo á Gringoire, pasándose la callosa mano por la disforme barba; no veo por qué razón no te hemos de ahorcar. Verdad es que la cosa no parece ser de tu gusto, y es natural, porque vosotros la gente decente, no estáis acostumbrados á ello, y os lo imagináis como una gran cosa. Al fin y al cabo, maldita la tierra que te tenemos, y en prueba de ello, vamos á darte un medio para salir del paso. ¿Quieres ser de los nuestros?

Fácil es conocer el efecto que produciría esta proposición en Gringoire que sentía irsele escapando la vida, y que empezaba ya á perder toda esperanza. Aférróse á ella con toda energía.

—Seguramente que quiero, dijo.

—¿Consientes, repuso Clopin, en alistarte en la compañía de la Llamita?

—De la Llamita precisamente, respondió Gringoire.

—¿Te reconoces miembro de la ciudadanía franca? repuso el rey de Tunia.

—De la franca ciudadanía.

EL CANTARO ROTO.

163

--Súbdito del reino de la Germania?
del reino de la Germania.

--Truan?

--Truan.

--En el alma?

--En el ama.

--Has de observar, repuso el rey, que no por eso dejarás de ser ahorcado.

--Cáspita! dijo el poeta.

--Solamente, continuó imperturbable Clopin, serás ahorcado mas adelante, con mas ceremonia, á costa de la ciudad de París, en una horca de piedra y por jente honrada. Siempre es un consuelo.

--Bien dicho, respondió Gringoire.

--Tendrás tambien otras muchas ventajas. En tu calidad de ciudadano franco, no tendrás que pagar ni lodos, ni pobres, ni faroles, cargas á que estan sujetos los vecinos de París.

--Amen, dijo el poeta: consiento. Soy truan, hampon, ciudadano franco, llamadme todo lo que os dé la gana; y tanto mas, cuanto ya lo era yo de autemano, señor rey de Tunia, porque soy filósofo; *et omnia in filosofia continentur*, como bien sabeis.

El rey de Tunia frunció las cejas.

--Por quién me tomas á mí, compadre? ¿Qué caló de judío de Hungría (1) es ese en que nos char-

(1) En muchos pueblos de Hungría se habla todavía en latin chapurrado como el del judío barbudo que pidió limosna á Gringoire poco antes.

(N. del trad.)

164 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

las? Yo no sé el hebreo; se puede ser bandido sin ser judío; además que yo ya no robo; eso es de masiado ruin para mí; yo mato. Asesino, sí; ladrón, no.

Procuró Gringoire deslizar algunas excusas entre estas breves palabras, cada vez mas fuertemente acentuadas por la cólera. —Perdonadme, señor rey, esto fio es hebreo sino latin.

—Repitote, dijo Clopin montado en cólera, que no soy judío, y que te haré aborcar, vientre de sinagoga! como á ese javalí de Judea que está junto á tí, y á quien espero ver clavado algun dia en un mostrador como lo que es—como una moneda falsa.

Esto diciendo, señalaba con el dedo al judío húngaro barbudo, que habia saludado á Gringoire con su *facitote caritatem*, y que no entendiendo otra lengua, miraba con sorpresa caer sobre él el mal humor del rey de Tunia.

Serenóse en fin el augusto Clopin.—Canalla, dijo á nuestro poeta. ¿Con que quieres ser truan?

—Pues no? respondió el poeta.

—Es que no basta querer, dijo el severo Clopin; los buenos deseos no añaden una cebolla en el puchero, y no sirven mas que para ir al cielo; y el cielo es una cosa y la hampa es otra. Para ser recibido en la hampa, es preciso que pruebes que eres útil para algo — y para eso, que registres el maniquí.

—Registraré, dijo Gringoire, todo lo que os dé la gana.

EL CANTARO ROTO.

165

Hizo Clopin una señal: salieron del círculo algunos hampones, y volvieron un momento después trayendo dos vigas terminadas en su estremidad inferior por dos espátulas de madera con que podían sostenerse en el suelo. Adaptaron á las estremidades superiores de ambas vigas un madero transversal, con lo que formaron una horca portátil sumamente euca, que Gringoire tuvo la satisfacción de ver armada en un santiamén, y á que no faltaba ingrediente alguno, ni aun la cuerda que se mecía con suma gracia debajo del travesaño.

—Adonde irán á parar? dijo para sí Gringoire con alguna inquietud, cuando puso fin á su agonía un ruido de campanillas que oyó en el instante mismo, producido por un maniquí que suspendieron los hampones por el pescuczo á la cuerda, especie de espantajo, vestido de colorado y tan cubierto de cascabeles y campanillas que hubiera bastado con ellas para enjaezar treinta mulas castellanas. Aquellas mil campanillas sonaron por un buen rato con las oscilaciones de la cuerda, fueron luego callando poco á poco, y callaron por fin cuando quedó inmóvil el maniquí por aquella ley del péndulo que ha destronado á la elepsidra y al reloj de arena.

Entonces Clopin, indicando á Gringoire un anciano banquillo perlático, colocado debajo del maniquí: — Sube ahí.

—Diablo! exclamó Gringoire — voy á romperme la crisma. Ese banquillo cojea como un dístico de Marcial; tiene un pié exámetro y otro pentámetro,

166 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

--Sube, repitió Clopin.

Subió Gringoire sobre el banquillo, y logró, no sin algunas oscilaciones de la cabeza y de los brazos, topar con su centro de gravedad.

--Ahora prosiguió el rey de Tunia, eleva tu pié derecho alrededor de tu pierna izquierda y empuñate sobre el pié izquierdo.

--Señor, dijo Gringoire, luego decididamente tenéis empeño especial en que he de fracturarme algún miembro?

Clopin frunció el gesto.

--Mira, hermano, le dijo, charlas demasiado. Oye en dos palabras de lo que se trata; vas á empuñarte sobre el pié izquierdo, como te iba diciendo; de este modo, alcanzarás hasta el bolsillo del maniquí; le registrarás; sacarás de él una bolsa que contiene, y si lo logras sin hacer sonar una sola campanilla, venciste: serás hampon. Ya no tendremos que hacer mas que derrengarte á palos durante ocho dias.

--Cuerno! Dios me libre, dijo Gringoire. Y si hago sonar las campanillas?

--Entonces serás ahorcado. Entiendes?

--Ni miaja, dijo Gringoire.

--Pues oye. Vas á registrar el maniquí y sacarle la bolsa; y si en esa operacion mueves una sola campanilla, serás ahorcado. Lo entiendes?

--Bueno, dijo Gringoire.--Y luego?

--Si sacas la bolsa sin que se oigan las campanillas, eres hampon y te derengaremos á palos durante ocho dias. Entiendes ahora?

EL CANTARO ROTO.

167

--No señor; malditosi entiendo. Pues donde está lo que gano? Ahorcado en un caso, derrengado á palos en otro....

--Y el ser hampon? repuso Clopin, y el ser hampon, lo cuentas por nada? Te apalearemos por tu bien, para acostumbrarte á los porrazos.

--Mil gracias, respondió el poeta.

--Ea, despachemos, dijo el Rey dando una patada en su tonel que resonó como un timbal. Registra el maniquí y basta de repulgos: vuelvo á decirte que si oigo una sola campanilla, te pongo en lugar del maniquí.

Aplaudió la compañía de los hampones las palabras de Clopin, y se formó en círculo alrededor del patíbulo, con una risa tan despiadada que Gringoire no pudo menos de conocer que los divertía demasiado para no temerlo todo de aquella jente. No le quedaba pues ya otra esperanza que el triste azar de salir bien en la temible operacion que le estaba impuesta. Decidióse pues á aventurarla, no sin haber antes dirigido una ferviente súplica al maniquí á quien iba á desbalijar, ente mas fácil de enternecer que los hampones. Aquella infinidad de campanillas con sus lengüecitas de cobre le parecían otras tantas bocas de áspides abiertas y prontas á silbar y á morder.

—Oh! decía en voz moribunda, es posible que mi vida dependa de la menor de las vibraciones del menor de estos cascabeles? Oh! añadía alzando las manos! sonajas, no soneis! campanillas, no campa-

nilleeis! cascabeles, no cascabeleéis!-- (1).

Probó aun otro esfuerzo para salvar la vida.

—Y si sobreviene una bocanada de viento? preguntó al rey.—

—Serás aborcado, respondió el otro sin vacilar.

Viendo que no había escape, prórroga, ni moratoria posible, tomó valerosamente su partido; volvió el pie derecho en torno del izquierdo, empujó sobre este y alargó el brazo... pero no bien hubo tocado el maniquí, cuando su cuerpo, que ya no tenía mas que un pie, vaciló sobre el escabel que no tenía mas que tres; quiso maquinalmente apoyarse en el maniquí, perdió el equilibrio, y cayó al suelo cuan largo era, atronado por la fatal vibración de las mil campanillas del muñeco, que cediendo al impulso de su mano, empezó por describir un arco sobre sí mismo, y luego se mecía majestuosamente entre los dos maderos.

—Maldición! gritó al caer, y quedó boca abajo en el suelo, como muerto.

Oyó sin embargo el terrible repiqueteo encima de su cabeza, y la diabólica risa de los hampones y la voz de Trouillefou que decía: -- Levantad á ese escuerzo y ahorcarlo ahí sin compasión.

Levantóse el infeliz. Ya habían desengachado el maniquí para ponerle en su lugar.

(1) Hemos procurado con la formación de estos dos verbos nuevos, traducir el juego de palabras que pone el autor, con mucha gracia en su idioma, en boca de Gringoire. (*N. del Trad.*)

EL CANTARO ROTO. 169

Hizieronle los hampones subir en el banquillo; acercóse á él Clopin, ciñóle la cuerda al pescuezo, y dándole un golpecito en el hombro:-- Adios amigo, le dijo; ya no podrás escaparte aun cuando dijeras con los intestinos del papa.

La palabra *perdon* espiró en los labios de Gringoire. Tendió la vista en derredor de sí, pero no le quedó ninguna esperanza: todos reían.--

--Bellevigue--de--l'Etoile, dijo el rey de Tunia á un enorme hampon que salió de las filas; trepa al travesaño.

Subió ligero como un gato Bellevigue--de--l'Etoile sobre el madero transversal, y al cabo de un momento vióle Gringoire aterrado alzando los ojos, agachado encima del travesaño, encima de su cabeza.

--Ahora, repuso Clopin Trouillefou, en dando yo una palmada, tú, Andres el Rojo, echarás á rodar el banco de un puntapie; tú, Francisco Chante-Prune, te colgarás á los pies de ese bellaco, y tú, Bellevigue, te montarás á caballo sobre sus hombros, y todos al mismo tiempo -- estais?]

Gringoire temblaba como un azogado.

--Estais? repitió Clopin Trouillefou á los tres hampones prontos á precipitarse sobre Gringoire. Pasó entonces el paciente un momento de horrible agouía, mientras Clopin metía impasible con el pie en la hoguera algunos sarmientos á que aun no habia llegado el fuego. --Estamos? repitió, y abrió las manos para dar una palmada; --si las hubiera cerrado -- no habia remedio... Pero se detuvo como ad--

vertido por una inspiracion repentina.— Alto ahí, dijo — se me olvidaba... Es costumbre que no ahorquemos á un hombre antes de informarnos si le acomoda por marido á alguna mujer.—Compañero! ese es tu último recurso; es menester que te cases con una hampona ó con la cuerda.

Esta ley jitana por mas estraña que parezca al lector, se conserva escrita hasta en nuestros días en la antigua legislacion inglesa.—Vease *Buringtons observations*.

Gringoire respiró; aquella era la segunda vez que en el espacio de una hora volvía á la vida. Así es que sus esperanzas no eran gran cosa.

—Ola! gritó Clopin desde lo alto de su tonel.—Ola! mujeres, hembras, hay entre vosotras desde la bruja hasta su gata alguna pícara que quiera casarse con este pícaro? Ola! Coleta la Charonne! Isabel Trouvain! Simoua Todouyne! María Piedebou! Thone la Larga! Bernarda Fauonel! Micaela Genaible! Claudia Rong-Oreille! Mathurine Givoron! Ola! Isabel la Thierry! Venid y mirad! un hombre de valdel quien le quiere?

Gringoire, en aquel miserable estado, era sin duda muy poco apetecible, y tanto que aquella proposicion no hizo el mayor efecto en las hamponas. El infeliz las oyó responder: —No! no! que le ahorquen! así habrá diversion para todas.

Tres sin embargo salieron de las filas y vinieron á examinarle. Era la primera una mozetona rolliza y casi cuadrada, la cual contempló atentamente la lastimosa ropilla del filósofo, cuyo jubon estaba su-

EL CANTARO ROTO.

171

mamente raído y mas agujereado que un tamboril para asar castañas. Miróle la muchacha haciendo un jesto de displicencia. —Bandera vieja! refunfuñó entre dientes, y luego dirigiéndose á Gringoire: —Veamos tu capa. —La he perdido, dijo Gringoire. —Tu sombrero? —Me le han quitado. —Tus zapatos? —Empiezan á no tener suelas. —Tu bolsa? —No tengo un solo maravedí. —Déjate aborcar y da las gracias! replicó la hampona volviéndole las espaldas.

La segunda, vieja, negra, acorchada, horrible, de una fealdad inaudita en la corte de los Milagros, dió una vuelta entera alrededor de Gringoire, que casi tembló de que le aceptase. Pero la vieja dijo en tono dengoso: —Está muy flaco, y se alejó.

Era la tercera una mozueta bastante fresca y no del todo fea. —Salvadme! dijo en voz baja el pobre diablo. Consideróle ella un momento con aire de compasion, y luego bajando los ojos, hizo un pliegue en su falda y quedó indecisa. El infeliz seguía con los ojos todos sus movimientos; aquella era la última vislumbre de esperanza. —No, dijo en fin la muchacha, no! Guillermo Longuejoue me pegaría. Y se fue con los demas.

—Compañero, dijo Clopin, eres poco feliz.

Y luego poniéndose en pie sobre el tonel: —Nadie le quiere? exclamó remedando la voz de un huñer tasador con notable alegría de toda aquella canalla. Nadie le quiere? una, dos, tres. Y volviéndose luego, y haciendo una señal con la cebeza: —Adjudicado! dijo.

173 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Bellevue-de-l'Étoile, Andrés el Rojo, Francisco Chauve-Prune se acercaron á Gringoire.

Alzóse en aquel momento un grito general entre todos los hampones: —*La Esmeralda! la Esmeralda!*

Estremeciése Gringoire y volvió la cara al sitio de donde salía el clamor: abrióse la turba é hizo paso á una forma pura y bellissima. Era la gitana.

—La Esmeralda! dijo Gringoire estupefacto en medio de su agitacion, al contemplar el modo extraordinario con que á aquella palabra mágica iban unidos todos sus recuerdos del dia.

Aquella dulce criatura parecia ejercer hasta en la corte de los Milagros su imperio de prestigio y de hermosura. Hampones y hamponas la dejaban paso cariñosamente, y sus brutales rostros se entusiasmaban al verla.

Acercóse la hermosa al paciente con ligeros pasos, seguida de su linda Djali. Estaba Gringoire mas muerto que vivo: la gitana le consideró un momento sin hablar palabra.

—¿Vais á ahorear á este hombre? dijo con gravedad á Clopin.

—Sí, hermana, respondió el rey de Tunia, á menos que tú no le tomes por marido.

—Le tomo, respondió.

Entonces sí que Gringoire creyó firmemente que no habia hecho mas que soñar desde por la mañana, y que todavía estaba soñando.

La peripecia en efecto, aunque graciosa, no de-

EL CANTARO ROTO.

173

jaba de ser violenta.

Soltaron el nudo corredizo y bajaron al poeta del banquillo. Tuvo el desdichado que sentarse: tan viva fue su agitación.

El duque de Egipto, sin hablar palabra, trajo un cántaro de barro que presentó la jitana á Gringoire. --Tíralo al suelo, le dijo.

Hízose el cántaro cuatro pedazos.

--Hermano, dijo entonces el duque de Egipto, poniéndole las manos sobre la frente, esta es tu mujer: hermana, este es tu marido. --Por cuatro años. --Ya estais despachados.

UNA NOCHE DE BODAS.

Al cabo de algunos instantes, hallóse nuestro poeta en una pequeña estancia enbovedada en forma de ojiva, cerradita, abrigadita, *sentado enfrente* de una mesa que estaba pidiendo á gritos entrar en relaciones con una alacena allí inmediata, con una excelente cama en perspectiva y con una buena moza al lado: la aventura rayaba en cosa de majía. Empezaba ya Gringoire muy seriamente á tenerse por un personaje de cuentos de brujas; de cuando en cuando echaba los ojos en torno de sí para ver si el carro de fuego tirado por dos quimeras aladas, único que habia podido transportarle tan rápidamente desde el Tártaro á París, andaba aun por allí cerca; y tambien de vez en cuando fijaba obstinadamente sus ojos en los agujeros de su ropilla, á fin de asirse á la realidad y no perder terreno enteramente. Su razon, manteada en los espacios

UNA NOCHE DE BODAS. 175

imaginarios no pendía ya mas que de este hilo.

Parecía que la jitana ni siquiera reparaba en él; iba, venía, movía los trastos, hablaba con su cabrita y hacía su acostumbrado mohín á diestro y siniestro. Fue por fin á sentarse junto á la mesa, y Gringoire pudo examinarla á su sabor.

Todos habeis sido niños, amados lectores, y acaso tenéis algunos la dicha de serlo todavía. Es seguro que mas de una vez (y yo por mi parte he pasado así dias enteros, los mejor empleados de mi vida) habeis seguido de mata en mata, en la orilla de un arroyo trasparente, en un día de sol, á alguna linda mariposa verde ó azul que quebraba su vuelo en ángulos estraños, y dobléaba la punta de todas las ramas. Sin duda recordais la inocente curiosidad con que seguian vuestros pensamientos y vuestros ojos aquel pequeño torbellino tan raudo y zumbador, de alas de púrpura y de azul, en medio del cual flotaba una forma imperceptible, velada en la misma velocidad de su movimiento. El ser aéreo que se dibujaba confusamente entre aquellas rápidas alas os parecia quimérico, imaginario, imposible de tocar, imposible de ver. Pero cuando en fin se paraba la mariposa en la punta de un rosal, y podiais examinar, conteniendo el aliento, las anchas alas de gaza, la larga falda de esmalte, los dos globos de cristal, cual era vuestra admiracion y cual vuestro miedo de ver nuevamente convertirse la forma en sombra y el ser en ilusion! Recordad aquellas impresiones, y podreis imaginaros lo

que sintió Gringoire al contemplar bajo su forma visible, palpable á aquella Esmeralda á quien aun no habia hecho mas que entrever al través de un torbellino de baile, de canto y de tumulto.

Sepultado mas y mas en su vaga meditacion:—
He aquí, se decia, siguiéndola amorosamente con los ojos, lo que es la Esmeralda! una criatura celestial! una bailarina de las calles! tanto y tan poco! Ella dió el cachete á mi misterio esta mañana, y ella me salva la vida esta noche! Mi demonio perseguidor, mi ángel de la guarda!—Buena moza, vive Dios! y que debe estar perdida por mí para haberme tomado por marido de buenas á primeras.—Ahora que me acuerdo, dijo poniéndose en pie repentinamente con aquel sentimiento de lo positivo que formaba la base de su caracter y de su filosofía, yo no sé en qué diablos consiste; pero sé que soy tu marido!

Y con esta idea en la cabeza y en los ojos, acercóse á la niña de un modo tan militar y temerario que hubo ella de retroceder.—Qué me queréis? dijo.

—Y sois vos quien me lo preguntais, adorable Esmeralda? respondió Gringoire con un acento tan apasionado que él mismo se asombraba de oirlo.

Fijó en él la gitana sus hermosos ojos:—No sé que queréis decir.

—Pues qué! repuso Gringoire entusiasmándose mas y mas, pensando en que al fin y al cabo no se las habia ni mas ni menos que con una doncella de la

UNA NOCHE DE BODA.

177

corte de los Milagros, no soy tuyo, dulce amiga?
no eres tú mía?

Y con el mayor candor del mundo pasóla la ma-
no por la cintura.

Escurriósele entre los dedos la cintura de la jí-
tana como la escama de una anguila. Saltó la ni-
ña de un extremo al otro de la estancia, agachóse
y volvióse á levantar con un cuchillito en la mano,
antes de que Gringoire hubiese tenido tiempo pa-
ra ver de donde salía aquel cuchillo; irritada y al-
tíva, los labios inflamados, la nariz hinchada, ro-
jas las mejillas como una manzana, y brotándole
centellas de los ojos. Púsose al mismo tiempo de-
lante de ella la cabrita blanca presentando á Gri-
ngoire un frente de batalla, herizado de dos lindos
cuernos, dorados y puntiagudos: todo lo cual se hi-
zo en un abrir y cerrar de ojos.

La mariposa se convertía en abispa, y estaba
pronta á picar.

Atónito quedó nuestro filósofo, pasando de la
mujer á la cabra su mirada estúpida. — Virgen
santa! dijo en fin, cuando le dejó hablar la sor-
presa.

También la jítana rompió el silencio por su par-
te. — Paréceme que eres un trasto muy osado!

— Perdon, señorita, dijo Gringoire sonriendo.
Pero á qué fin me habeis tomado por marido?

— Querías que te dejase ahorcar?

— Según eso, repuso el poeta, algun tanto frus-
tradas sus esperanzas amorosas, no habeis tenido

TOMO I.

12

otro fin al tomarme por esposo que el de salvarme de la horca?

-- Y qué otro piensas tú que podía tener?

Gringoire se mordió los labios. -- Vamos, todavía no soy tan triunfante en Cupido como imaginaba. Pero entonces ¿á qué fin haber roto aquella pobre tinaja?

El puñal de la Esmeralda y los cuernos de la cabra continuaban en la defensiva.

-- Señorita Esmeralda, dijo el poeta, capitulemos. No soy escribano del Chatelet, y no os armaré pleito por usar una daga en París á los hocicos de las órdenes y prohibiciones del señor preboste: no debéis ignorar sin embargo que hace ocho dias fue multado Noël Lescrivain en diez dineros parises por haberle encontrado con un chafarote. Pero no es cosa que me toca ni atañe; y vamos al grano. Os juro por lo mas sagrado que no os tocaré sin vuestra licencia y permiso; pero dadme de cenar.

Ello es que Gringoire, como Mr. Despreaux (1) era "muy poco voluptuoso" y muy ajeno de pette-

(1) El famoso Boileau cuya aversión al sexo hermoso, bien evidente en su sátira contra las mujeres, aseguran malas lenguas que tenía una causa terrible, y que facilmente se deja adivinar.

Nicolas Boileau Despreaux nació en París en 1636, brilló mucho en la corte de Luis XIV, fué miembro de la academia francesa y de la titulada de las *inscripciones*, y murió en 1711. Su *Arte poética*, su poema del *Lutria* (el Facistol) y sus *Sátiras* son las obras que le dieron mas fama.

(Nota del traductor.)

UNA NOCHE DE BODAS. 179

necer á aquella especie caballescica y emprendedora que toma por asalto á las doncellas. En punto á amor como en todo lo demas , siempre se inclinaba á temporizar y aceptar términos medios , y una buena cena , en amable compañía , parecíale , sobre todo cuando tenia hambre , un entreacto excelente entre el prólogo y el desenlace de una aventura amorosa.

La jítana no respondió palabra ; hizo su desdenosa mueca , levantó la cabeza como un jilguero , y luego se echó á reir ; y el lindo puñal desapareció como habia venido , sin que pudiese ver Gringoire donde escondia la abeja su agujon.

Un momento despues brillaban sobre la mesa un pan de centeno , una rebanada de tocino , algunas manzanas secas y un jarro de cerveza : Gringoire empezó á comer con entusiasmo , con delirio. Y quien hubiera oido el retintin de su tenedor de hierro y de su plato de loza , hubiera dicho que todo su amor se habia convertido en apetito.

Mirábale comer la niña sin decir palabra , y absorta visiblemente en otros pensamientos que la hacian sonreir de cuando en cuando , mientras su linda mano acariciaba la cabeza inteligente de la cabrita , blandamente reclinada entre sus rodillas.

Una vela de cera amarilla alumbraba aquella escena de voracidad y meditacion.

Acallados los primeros clamores de su estómago , sintió Gringoire un cierto ruborcillo al ver que ya no quedaba en la mesa mas que una manzana.

180 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

—No comeis, señorita Esmeralda?

Respondióle ella haciendo con la cabeza un movimiento negativo—y su mirada meditabunda fué á fijarse en la bóveda de la estancia.

—En qué diablos estará pensando? dijo Gringoire para sí y mirando lo que miraba ella. Es imposible que la ocupe ese mascarón del enano de piedra esculpido en la llave de la bóveda.—Que diablos! me parece que bien puedo sostener la comparación con ese mónstruo —Señorita, dijo alzando la voz.

Parecía que la jítana no le oía.

Luego prosiguió en voz aun mas alta: —Señorita Esmeralda! —Todo en vano. La mente de la jítana estaba en otra parte, y la voz de Gringoire no era poderosa á apartarla de donde estaba. Afortunadamente la cabra ayudó sus intentos, tirando de la manga suavemente á su ama.

—Qué quieres, Djali? dijo de pronto la jítana como si la despertáran violentamente.

—Tiene hambre, dijo Gringoire, descoso de trabar conversacion.

Desmigajó la Esmeralda un pedazo de pan que, comió graciosamente Djali en la palma de su mano.

No la dejó tiempo Gringoire para volver á sus cavilaciones, llamando su atencion con esta delicada pregunta.

—Con que no me queréis para marido?

Miróle la niña de hito en hito y dijo: —No.

—Y para amante? repuso Gringoire.

UNA NOCHE DE BODAS. 181

Hizo ella su *molin* y respondió: --No.

--Y para amigo? prosiguió Gringoire.

Seguióle ella mirando sin quitarle ojo, y dijo después de un momento de reflexión: -- Tal vez.

Este *tal vez* tan grato para los filosofos dió nuevos ánimos á Gringoire.

--Sabeis, la preguntó, qué cosa es amistad?

--Sí, respondió la *jitana*; ser hermano y hermana; dos almas que se tocan sin confundirse... los dos dedos de la mano.

--Y el amor? prosiguió Gringoire.

--Oh! el amor! dijo, y su voz temblaba y sus ojos brotaban llamas. Es ser dos y no ser mas que uno; un hombre y una mujer que se deshacen en un ángel: -- es el cielo.

Esto diciendo, brillaba en la bailarina de las calles una hermosura que asombraba singularmente á Gringoire, y que le parecia estar en perfecta armonía con la exaltación casi oriental de sus palabras. Sus labios rosados y puros se entreabrian sonriendo; turbaba tal vez el pensamiento la tersura de su frente cándida y serena como el aliento empañá el cristal de un espejo; y de sus largas pestañas negras inclinadas se exhalaba una especie de luz inefable que daba á su perfil aquella suavidad ideal que halló después Rafael en el punto de mística intersección de la virginidad, de la maternidad y de la divinidad.

Gringoire sin embargo prosiguió impertérrito.

--Cómo ha de ser un hombre para agradaros?

--Ha de ser hombre.

--Pues no lo soy yo?

--Un hombre tiene casco en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

--Bravo, dijo Gringoire, el caballo hace al hombre. Amais á alguno?

--De corazon?

--De corazon.

Quedó un momento pensativa, y luego dijo con una voz singular: -- Pronto lo sabré.

--Y por qué ahora no? repuso tiernamente el poeta. -- Por qué á mí nó?

Echóle la niña una mirada seria.

--Yo no podré amar sino á un hombre que sea capaz de protegerme.

Bajó los ojos confuso Gringoire y no lo echó en saco roto. Era evidente que la jitana aludía al poco auxilio que la dió en la crítica circunstancia en que se halló dos horas antes. Este recuerdo, borrado de su mente por otros sucesos se le representó entonces de repente.

--Ahora que me acuerdo, dijo dándose un golpe en la frente con la palma, por aquí debiera yo haber empezado. Perdonadme mis locas distracciones. Cómo diablos hicisteis para huir de las garras de Quasimodo?

Esta pregunta hizo estremecerse á la jitana.

--Oh! que horrible jorobado! dijo cubriéndose el rostro con las manos, y temblando como si titubara de frio.

UNA NOCHE DE BODAS. 183

--Horrible en efecto, dijo Gringoire que no renunciaba á su idea; -- pero cómo hicisteis para libertaros de él?

Esmeralda sonrió, suspiró y calló.

--Sabeis por qué os seguia? preguntó Gringoire procurando volver á la cuestion principal dando un rodeo.

--No lo sé, dijo la hermosa. --Y luego añadió impetuosamente: --Y vos que me seguiais tambien por qué me seguiais?

--A fé mia, respondió Gringoire, que tampoco lo sé yo.

Siguióse un momento de silencio. Gringoire hacia rayitas en la mesa con el cuchillo, la gitana sonreía y parecia que estaba viendo algo al través de la pared; de pronto empezó á cantar con voz apenas articulada:

Cuando las pintadas aves
Mudas estan y la tierra (1).

luego se interrumpió bruscamente y púsose á acariciar á Djali.

--Vaya que teneis una cabrita muy cuca, dijo Gringoire.

--Es mi hermana.

--Por qué os llaman la *Esmeralda*?

--No lo sé.

--Pero en fin?...

Sacó del pecho la gitana una especie de escapu-

(1) Estos dos versos de nuestro romancero están en castellano en el original. (Nota del traductor.)

lario oblongo que llevaba pendiente del cuello á un rosario de cuentas de sándalo; aquel saquito exhalaba un fuerte aroma de alcanfor. Estaba forrado de seda verde, y tenia en su centro un vidrio verde imitando á una esmeralda.

--Sin duda será por esto, dijo--

Quiso Gringoire cojer el escapulario.

--No le toques, dijo ella retrocediendo, es un amuleto: tú le quitarías la virtud, ó él te haría daño á tí.

Crecia por momentos la curiosidad del poeta--
Quién os le ha dado?

Púsose ella un dedo en la boca y ocultó el amuleto en su seno: á las varias preguntas de su interlocutor solo respondió con algunas palabras incoherentes.

--Qué quiere decir esa palabra la *Esmeralda*?

--No lo sé.

--A qué lengua pertenece?

--Creo que á la egipcia.

--Ya lo dije yo, exclamó Gringoire. No sois Francesa?

--No lo sé.

--Teneis padres?

--La Esmeralda se puso á cantar con triste y dulce voz estas palabras:

Mi padre es pájaro,

Mi madre es pájara.

Paso el río sin barco,

Paso el río sin barca....

Mi padre es pájaro.

Mi madre es pájara.

UNA NOCHE DE BODAS. 185

--Muy bien, dijo Gringoire. A que edad vinisteis á Francia?

--Siendo muy niña.

--Y á París?

--El año pasado. Cuando entramos por la puerta Papal vi cruzar por los aires la silvia de los cañaverales. Estábamos á fines de agosto, y dije: el invierno será terrible.

--Lo ha sido, dijo Gringoire en el colmo de la alegría al ver entablada la conversacion, yo le he pasado soplándome los dedos. Luego tenéis el don de profecía?

Volvió la jítana á su laconismo: --No.

--Ese hombre á quien llamais el duque de Egipto, es el gefe de vuestra tribu?

--Sí.

--Pues él es el que nos ha casado, observó con tímido acento Gringoire.

Hizo ella su graciosa mueca habitual: --Ni tan siquiera sé tu nombre.--

--Mi nombre? cádatele aqui: Pedro Gringoire.

--Yo conozco otro mejor, respondió pensativa la jítana.

--Picarilla! repuso el poeta. No importa; no lograréis irritarme. Y luego ¿quién sabe? puede que en llegando á conocerme mejor, me cobreis cariño; además, me habeis contado vuestra historia con tanta franqueza que es muy justo os corresponda yo con la misma. Habeis pues de saber que yo me llamo Pedro Gringoire, y que soy hijo del arrenda-

ador de la escribanía de Gonesse. Mi padre fue ahorcado por los borgoñones, y espanzurrada mi madre por los picardos en la época del sitio de París, hace veinte años. A los seis de mi edad, como iba diciendo, quedé huerfanito, sin mas suelas en los zapatos que las piedras de París, y no sé como he pasado el intervalo de los seis hasta los diez y seis años. Ya me daba una ciruela esta frutera, ya me daba aquel pinche un mendrugillo, y por la noche metíanme las patrullas en la cárcel, donde encontraba un monton de paja para dormir; todo lo cual no me ha impedido crecer y enflaquecer como veis. Calentábame al sol durante el invierno bajo el pórtico del palacio de Sens, y no dejaba de parecerme ridículo que reservaran para la canícula las hogeras de san Juan. A los diez y seis años quise ser algo, y sucesivamente fui probando de todo. Entré soldado, pero no era bastante valiente; entré fraile, pero no era bastante devoto; además, soy poco aficionado á beber. Desesperado, metíme á aprendiz de carpintero, pero no era bastante robusto. Mucha mas afición tenia á ser maestro de escuela; verdad es que no sabia leer, pero esto no obsta. Al cabo de cierto tiempo conocí que me faltaba algo para todo; y viendo que de nada servia, metíme de sopeton á poeta y compositor de ritmos, profesion que siempre puede abrazar un vagamundo, y que al fin y al cabo vale mas que la de ladron, como me aconsejaban que lo fuera algunos rateruelos amigos míos. Encontréme por fortuna el dia menos pensado con don Clau-

UNA NOCHE DE BODAS.

187

«*¡Dios Frolo, el reverendo arcediano de Nuestra Señora, el cual se interesó por mí, y al cual debo hoy el ser un verdadero letrado, instruido en el latín desde los oficios de Ciceron hasta el martirologio de los padres celestinos, y no nada bárbaro en escolástica, ni en poética, ni en rítmica, ni aun en herméutica, la sofía de las sofías. Yo soy el autor del misterio que se representó hoy con gran pompa y concurrencia de populacho, en la Sala Grande del palacio. He escrito también un libro sobre el prodijoso cometa de 1465 que volvió loco á un hombre. Y no es esto todo: siendo carpintero de artillería, trabajé en aquella famosa bombarda de Juan Maugue que reventó en el puente de Charenton el mismo día en que se probó, haciendo pedazos á veinticuatro curiosos. Ya veis que no soy mal bocado para marido. Sé además muchas graciosas travestridas que enseñaré á esta cabra, como, por ejemplo, á remedar al obispo de París, ese maldito fatiseo cuyos molinos chorrean sobre los transeuntes por todo el puente de los Molineros. Y además, mi misterio me valdrá mucho dinero en metálico, si me le pagan. En fin, aquí me teneis á vuestras órdenes á mí, á mi talento, á mi ciencia y á mis letras; pronto á vivir con vos, amable niña, como mejor os acomode; casta ó alegremente, como marido y mujer, si os da la gana; como hermano y hermana, si lo preferís.*

Calló Gringoire esperando á ver el efecto que producía su arenga en la doncella, la

cual tenia clavados los ojos en el suelo.

--*Febó!* dijo á media voz, y luego volviéndose hácia el poeta: -- ¿qué quiere decir *Febó?*

Gringoire, sin alcanzar qué relacion podia existir entre su alocucion y aquella pregunta, aprovechó gustoso aquella ocasion de sacar á relucir su erudicion, y así respondió dándose tono. --Es una palabra latina que quiere decir *Sol*.

--*Sol!* repitió la gitana.

--Ese era el nombre de un gallardo militar, que era Dios, añadió Gringoire.

--Dios! repitió la Esmeralda, y habia en su acento un no sé qué de pensativo y apasionado.

Soltósele en aquel momento uno de sus braceletes y cayó al suelo. Bajóse presuroso Gringoire para recogerlo, y cuando alzó la cabeza, ya habian desaparecido la mujer y la cabrita. Oyó entonces el ruido de un cerrojo en una Puertecilla que comunicaba sin duda á algun chiribitil que se cerraba por dentro.

--Si á lo menos me habrá dejado cama en que dormir? dijo nuestro filósofo.

Hizo detenida inspeccion de la estancia, pero no halló en ella mas mueble apto para el sueño, que un cofre de madera bastante largo, cuya tapa además estaba toda esculpida, lo que procuró á Gringoire, cuando en él se tendió, una sensacion algo semejante á la que recibiria Micromegas (1) tendién-

(1) Personaje colosal de uno de los preciosos cuentos de Voltaire. (Nota del traductor).

UNA NOCHE DE BODAS. 189

dose cuan largo era sobre las cumbres de los Alpes.

—En fin, dijo acomodándose lo mejor que pudo, fuerza será resignarse. Pero vaya una noche de bodas en sumo grado particular! Yo lo siento, porque habia en este consorcio del cántaro roto un no sé qué de caudoroso y antdiluviano que me placía.

Libro Tercero (1).

(1) Los dos capítulos de que consta este libro ofrecerán acaso poco interés á la mayoría de nuestros lectores, pero no nos hemos decidido á suprimirlos, primero, porque son un dechado en su género, y segundo porque mirariamos como un verdadero sacrilejio el hacer amputaciones en una obra como la que estamos traduciendo.

Aunque ha habido quien se atreva á suprimir en una edicion moderna del Quijote las novelas del *Curioso impertinente y del Cautivo* y á soldar el hilo de la historia con estilo de su cosecha no esperamos que halle este ejemplo muchos imitadores. Si el tal editor ha quedado muy satisfecho despues de haberle corregido la plana al divino Cervantes, con su pan se lo coma.

(Nota del traductor).

1.

NUESTRA SEÑORA.

Seguramente es todavía un edificio majestuoso y magnífica la iglesia de Nuestra Señora de París; pero por mas hermosa que se conserve en su ancianidad, difícil es no suspirar, no indignarse al ver las degradaciones, las mutilaciones infinitas con que el tiempo y los hombres han atarazado al venerable monumento, sin respetar á Carlomagno que puso su primera piedra, sin respeto á Felipe Augusto, que en él puso la última.

Sobre la faz de esta antigua reina de nuestras catedrales, siempre al lado de una arruga se encuentra una cicatriz. *Tempus edax, homo edacior*, lo que yo traduciría con estas palabras: el tiempo es ciego, el hombre es estúpido.

Si pudiéramos examinar una á una con el lector las varias huellas de la destruccion impresas en

:

la antigua iglesia, al tiempo le tocaría la menor parte, la mayor á los hombres, sobre todo, á los hombres del arte; y tengo que decir *hombres del arte*, porque ha habido personas que se han dado á sí mismas el título de arquitectos en los dos últimos siglos.

Y antes de pasar adelante, para no citar mas que algunos ejemplos capitales, es seguro que hay pocas páginas arquitecturales mas bellas que aquella fachada en que sucesivamente y á la par, las tres puertas en forma de ojiva, el cordon bordado y festoneado de los veintiocho nichos reales, el inmenso roseton central flanqueado de sus dos ventanas laterales como el sacerdote en medio del diácono y del subdiácono; la alta y aérea galería de arcos trebolados que sostiene una ancha plataforma sobre sus sutiles columnas,- en fin las dos negras y mazi- zas torres con sus techos de pizarra; partes armoniosas de un todo magnífico, amontonadas en cinco pisos gigantescos se desarrollan á la vista de tropel y sin confusion, con sus innumerables detalles de estatuaría, de escultura y de cinceladura unidos poderosamente á la serena grandeza del conjunto; inmensa sinfonía de piedra, por decirlo así; obra colosal de un hombre y de un pueblo, una y compleja juntamente como las Iliadas y los Romanceros de quienes es hermana; producto maravilloso de la acumulacion de todas las fuerzas de una época, donde sobre cada piedra se ve brillar en cien formas el capricho del obrero, disciplinado por el genio del ar-

NUESTRA SEÑORA.

197

tista ; especie de creacion humana , en una palabra , poderosa y fecunda como la creacion divina , cuyo doble caracter parece haber reunido , variedad , eternidad.

Y lo que decimos aqui de la fachada , puede decirse de la iglesia entera ; y lo que decimos de la iglesia catedral de París , puede decirse de todas las iglesias de la cristiandad en la edad media. En este arte hijo de sí mismo , todo es lógico y bien proporcionado : medir un dedo del pie , es medir el cuerpo del gigante.

Volvamos á la fachada de Nuestra Señora , tal cual aparece aun en el dia , cuando vamos religiosamente á admirar la grave y poderosa catedral que aterra , segun dicen sus cronistas ; *quæ mole sua terrorem incutit spectantibus.*

Tres cosas importantes faltan hoy en esta fachada ; primera , la escalinata de once gradas que la alzaba antiguamente sobre el nivel del suelo ; segunda , la série inferior de estátuas que ocupaba los nichos de las tres puertas , y la série superior de los veintiocho reyes mas antiguos de Francia , que ocupaba la galería del piso principal , desde Childeberto hasta Felipe Augusto , con "el globo imperial" en la mano.

El tiempo es el que ha hecho desaparecer la escalinata , elevando con un progreso lento é irresistible el nivel del suelo de la Ciudad ; pero devorando una á una con la marea perpétua del piso de París , los once escalones que aumentaban la altura majes-

tuosa del edificio, el tiempo ha dado á la iglesia aun mas de lo que la ha quitado, por que él es el que ha impreso en su fachada aquel sombrío color de los siglos que hace de la vejez de los monumentos la edad de su hermosura.

Pero, quien ha derribado las dos hileras de estatuas? quien ha dejado vacíos los nichos? quién ha labrado en medio de la puerta central aquella ojiva nueva y bastarda? y quién ha tenido la osadía de adaptar en ella aquella insípida y maziza puerta de madera esculpida á lo Luis XV, al lado de los arabescos de Biscornette? Los hombres, los arquitectos, los artistas de nuestros dias.

Y si entramos en el interior del edificio, ¿quién ha derribado aquel coloso de san Cristobal, proverbial entre las estatuas como la Sala Grande entre los mercados, como la aguja de Strasburgo entre los campanarios? y aquellos millares de estatuas que llenaban todos los intercolumnios de la nave y del coro, de rodillas, en pie, ecuestres, hombres, mujeres, niños, reyes, obispos, soldados, de piedra, de marmol, de oro, de plata, de cobre, y aun de cera, quien los ha barrido brutalmente? No ha sido el tiempo.--

¿Y quién ha sustituido al antiguo altar gótico, espléndidamente atestado de urnas y de relicarios, el pesado sarcófago de mármol con cabezas de ángeles y nubes, que parece un desparejado fragmento del Valde Grace ó de los Inválidos? Quién ha sellado estúpidamente ese grosero anacronismo de piedra

NUESTRA SEÑORA.

199

en el pavimento carlovingio de Hercandus? No fué Luis XIV, cumpliendo el voto de Luis XIII?

Y quién ha puesto esos frios vidrios blancos en vez de aquellos vidrios pintados, "altos en color" que hacían vacilar los ojos atónitos de nuestros padres entre el roseton de la puerta mayor y las ojivas de la abside (1)? Y qué diría un sochantre del siglo dieciseis al ver el ridículo reboque amarillo con que nuestros vándalos arzobispos han embadurnado su catedral? Se acordaría de que aquel era el color con que teñía el verdugo los edificios *infamados*; se acordaría del palacio del Pequeño Borbon, todo pintorreado de amarillo por la traicion del condestable; "y de un amarillo tan bien templado, »dice Sauval y tan bien recomendado, que mas de »un siglo no ha podido hacerle perder su color"; creeria que el santuario se ha convertido en un sitio infame, y huiria despavorido.

(1) Hemos tenido que adoptar esta palabra por no haber otra en castellano con que espresar lo que espresa en francés, que es la estremidad superior, cuya base es semicircular, de la nave perpendicular al crucero, la cual se termina á un lado por la portada y al otro por el altar mayor. Esta parte es la que los italianos llaman la *tribuna*. - Frente por frente á la abside está el coro. - Es voz nueva en francés; y no alcanzamos que relacion pueda tener con lo que representa en arquitectura, pues *apsides* en frances como en castellano, es un término de astronomía que designa los puntos en que se encuentran las órbitas de dos planetas, y así se dice *grande y pequeña* abside segun uno de dichos puntos de conjuncion está mas lejos ó mas cerca den la tierra.

(N. del T.)

200 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Y si subimos sobre la catedral, sin detenernos en mil barbaries de toda especie ¿qué han hecho los hombres de aquel precioso campanario menor que se apoyaba sobre el punto de intersección del cruce-ro, y que no menos sutil y atrevido que su vecina la aguja (destruida también) de la Santa Capilla, se entraba en el cielo aun más que las torres, esbelto, agudo, sonoro, y calado? Amputóle un arquitecto de *buen gusto* (1787), persuadido además de que bastaba disimular la llaga con aquel ancho emplasto de plomo que se parece no poco á la tapadera de una olla. Así ha sido tratado en todos los países, sobre todo en Francia, el arte maravilloso de la edad media. Pueden distinguirse en su ruina tres especies de lesiones que todas tres le han hincado el diente á diferentes profundidades; en primer, lugar el tiempo que insensiblemente ha hecho una mella por acá, un destrozo por allá en toda su superficie; después, las revoluciones políticas y religiosas, las cuales, ciegas y frenéticas de suyo, se han precipitado en tumulto sobre él, han desgarrado su rico traje de esculturas y cincelados, rebentado sus rosetones, roto sus collares de arabescos y de figuritas, arracando sus estatuas, ya por su mitra, ya por su corona; y en fin las modas, cada vez más grotescas y estúpidas, que, desde los anárquicos y espléndidos errores del *renacimiento* se han sucedido en la decadencia necesaria de la arquitectura. Las modas han hecho más daño que las revoluciones, porque han cortado en carne viva; han atacado la

NUESTRA SEÑORA.

201

armazon fundamental del arte ; han arrancado, cortado, desorganizado, dado muerte al edificio, en la forma como en el símbolo, en su lójica como en su belleza. Y ademas, han correjido, pretension que no han tenido á lo menos ni el tiempo, ni las revoluciones. Las modas han acomodado con desfachatez, en nombre del *buen gusto*, sobre las heridas de la arquitectura gótica, sus miserables baratijas y garambaynas de un dia, sus cintas de mármol, sus mamarrachos de relumbron ; verdadera lepra de astragalos, volutas, pabellones, ropajes, guirnaldas, rapacejos, llamas de piedra, nubes de bronce, amorcillos repletos, querubines regordetes que empieza á devorar la faz del arte en el oratorio de Catalina de Medicis, y le hace espirar, dos siglos despues, atormentado y gesticulador en el gabinete de la Dubarry (1).

Para reasumir en pocas palabras los puntos que acabamos de indicar, tres linajes de ruina desfiguran actualmente la arquitectura gótica. Arrugas y verrugas en la epidermis: esta es la obra del tiempo. Destrozos, brutalidades, contusiones, fracturas, esta es la obra de las revoluciones desde Lutero hasta Mirabeau. Mutilaciones, amputaciones, dislocacion de los miembros, *restauraciones* ; este es el trabajo griego, romano y bárbaro de los profesores por la gracia de Vitruvio y de Vignola. Aquel arte

(1) Célebre barragana de Luis XV.

(N. del trad.)

magnífico, creado por los vándalos, ha sido aniquilado por los académicos. A los siglos, á las revoluciones que talan á lo menos con imparcialidad, se ha agregado la plaga de los arquitectos de escuela, con exámen, despacho y nombramiento, degradando con el discernimiento y cautela del mal gusto; sustituyendo las escarolas de Luis XV á los encajes góticos, para mayor gloria del Partenon. Esta fué la cox del asno al leon moribundo; la vieja encina que se corona, y que para colmo de amargura se vé picada, mordida, atarazada por las orugas.

¡Que diferencia entre esta época y aquella en que Roberto Cenalis (1), comparando la catedral de París á aquel famoso templo de Efeso, *tan ponderado por los antiguos paganos*, que inmortalizó á Eróstrato, hallaba á la iglesia gala "mas excelente en longitud, altura, estructura y capacidad (2)"!

No se crea por esto que Nuestra Señora de París es lo que puede llamarse un monumento de-

(1) Roberto Cenant ó Cenalis, doctor de la Sorbona, obispo de Vence, de Riez y de Aaraches. Escribió primero, *Historia de Francia* en latin (1559), segundo un *tratado de Pesos y Medidas*, tercero *Pro tuendo sacro celibatu*, y cuarto *Larva si cophantica in Calvinum*. Murió en París en 1560.

(N. del Trad.)

(2) *Historia galicana*, lib. 11.

(N. del Autor).

NUESTRA SEÑORA.

203

finido , clasificado : ni es una iglesia bizantina (1) ni es una iglesia gótica : este edificio no es un tipo. Nuestra Señora de París no tiene como la abadía de Tournus , la grave y maziza cuadratura , la redonda y ancha bóveda , la desnudez glacial , la majestuosa sencillez de los edificios que tienen al semicírculo por generador ; ni es tampoco , como la catedral de Bourges , el producto ligero , magnífico , multiforme , fecundo , pomposo , herizado , esflorescente de la ojiva. Imposible es colocarla entre aquella antigua familia de iglesias sombrías , misteriosas , bajas y como aplastadas por el arco en semicírculo ; casi ejipticas á escepcion del techo ; todas geroglíficas , todas sacerdotales , todas simbólicas ; mas recar-

(1) Acaso sea necesaria una nota para la buena inteligencia de esta palabra. Los doctos nos la dispensarán en obsequio de los que no lo son. A Bizancio (hoy Constantinopla) capital del Bajo Imperio se refujaron las artes y las ciencias arrojadas de Roma por la invasión de los bárbaros del Norte , y todas las construcciones posteriores á aquella época , que no son mas que una mezcla del gusto romano contaminado por las prácticas de los bárbaros hasta la vuelta de las cruzadas , en que desapareció del todo el semicírculo romano con la introduccion de la ojiva , se designan con el nombre general de bizantinas (en frances *Remans*), porque en efecto eran ejecutadas en lo general por artistas venidos de Bizancio , que era á la sazón el centro de la civilizacion europea.

Lo que decimos de la arquitectura , es igualmente aplicable á todas las artes y aun á los idiomas , ó por mejor decir , dialectos que se hablaron entonces en todos los pueblos de la Europa , confuso batiburrillo de las lenguas indijenas , del latín y del idioma de los nuevos invasores. (*Nota del traductor.*)

gadas en sus adornos de romboides y de grecas que de flores, mas de flores que de animales, mas de animales que de hombres; obra mas del obispo que del arquitecto; primera transformacion del arte, toda empapada en disciplina teocrática y militar, que tiene sus raices en el Bajo Imperio y se detiene en Guillermo el Conquistador. Imposible es tambien colocar á nuestra catedral en aquella otra familia de iglesias altas, aéreas, ricas, de pintados vidrios y de esculturas; agudas en sus formas, atrevidas en sus actitudes; municipales y plebeyas, como símbolos políticos; libres, caprichosas y desenfrenadas, como obra del arte; segunda transformacion de la arquitectura, no ya geroglífica, inmutable y sacerdotal, sino artística, progresiva y popular, que empieza en la vuelta de las cruzadas, y acaba en Luis XI. Nuestra Señora de París no es de pura raza bizantina, como las primeras, ni de pura raza árabe como las segundas.

Nuestra Señora de París es un edificio de la transicion. Acababa el arquitecto sajón de levantar los primeros pilares de la nave, cuando la ojiva, que llegaba de la cruzada, vino como conquistadora á colocarse sobre aquellos anchos capiteles bizantinos, destinados á sostener arcos en forma de semicírculo. La ojiva, señora ya desde entonces, construyó el resto de la iglesia; pero inesperta y tímida en sus primeros ensayos, se ahueca, se ensancha, se contiene, y no se atreve á lanzarse en agujas y torres como lo hizo mas adelante en tantas maravillosas catedrales,

NUESTRA SEÑORA.

205

como si se resintiera de la proximidad de los macizos pilares sajones (1).

Pero estos edificios de la transición del carácter bizantino al gótico no son menos preciosos para estudiados que los tipos puros, porque espresan un matiz del arte que no conoceríamos á no ser por ellos. Son el injerto de la ojiva sobre el semicírculo.

Nuestra Señora de París, en particular, es una muestra muy curiosa de esta variedad. Cada faz, cada piedra del venerable monumento es una página no solo de la historia del país, mas también de la historia de la ciencia y del arte. De modo que, para no indicar aquí mas que los principales detalles, al paso que la Puertecilla Colorada llega casi á los límites de las delicadezas góticas del siglo quince, los pilares de la nave por su volumen y su gravedad, ascienden hasta la abadía carlovinjia de san German de los Prados pudiera creerse que median seis siglos entre esta puerta y aquellos pilares. Hasta los mismos herméticos hallan en los símbolos del porton central un compendio satisfactorio de su ciencia, de la cual era un geroglífico tan completo la iglesia de Saint Jacques de la-Boucherie. La abadía bizantina, la iglesia filosofal, el arte gótico, el arte

(1) La arquitectura que hemos llamado bizantina, se llama también en algunas partes, según las modificaciones que necesariamente han introducido en ella el gusto particular de los pueblos, las exigencias del clima ó el capricho de los artistas, *sajona* ó *lombarda*; en Francia se llama exclusivamente *romane*.

(Nota del traductor).

sajon , el mazizo pilar redondo que recuerda á Gregorio VII, el simbolismo hermético por el cual se anticipaba á Lutero Nicolás Flamel; la unidad papal, el cisma, san German de los Prados, Saint Jacques de la Boucherie , todo está confundido, combinado, amalgamado en Nuestra Señora. Esta iglesia central y generatriz es entre las antiguas iglesias de París una especie de quimera; tiene la cabeza de esta, los miembros de aquella, la cima de la otra y algo de todas.

Estas construcciones híbridas , lo repetimos , no son las menos interesantes para el artista , el anticuario y el historiador. Ellas demuestran hasta qué punto la arquitectura es cosa primitiva , en cuanto revelan (como lo revelan también los vestigios ciclópeos , las pirámides de Egipto , las gigantescas pagodas del Indostan) que las grandes producciones de la arquitectura , menos son obras individuales que obras sociales ; mas bien la producción del trabajo de los pueblos que la inspiración de los hombres de genio ; que son el depósito que deja una nación ; los hacinamientos que hacen los siglos ; el residuo de las evaporaciones sucesivas de la sociedad humana ; en una palabra , unas especies de formaciones. Cada oleada del tiempo deja su aluvion , cada raza deposita su capa sobre el monumento , cada individuo pone en él su piedra. Así lo hacen los castores , así lo hacen las abejas , así lo hacen los hombres. El gran símbolo de la arquitectura , Babel , es una colmena.

NUESTRA SEÑORA.

207

Los grandes edificios, como las grandes montañas, son la obra de los siglos. Tal vez penden ellos todavía, *pendent opera interrupta*, cuando el arte se transforma, y se continúan según las nuevas formas del arte transformado. El arte nuevo coje al monumento en el estado en que le halla, se incrusta en él, se le asimila, le desarrolla á su capricho y le acaba si puede; lo cual se hace sin desorden, sin esfuerzo, sin reacción, siguiendo una ley natural y serena, como un injerto que se introduce, como un jugo que circula, como una vejetación que se reanima. Cier- to que dan asunto para muchos libros y acaso para la historia universal de la humanidad, esas solda- duras sucesivas de muchos artes distintos á mu- chas alturas sobre el mismo monumento. El hom- bre, el artista, el individuo, desaparecen sobre aquellas moles sin nombre de autor; en ellas se reasume y se totaliza la inteligencia humana; el tiempo es el arquitecto; el pueblo es el albañil.

No considerando aquí más que la arquitec- tura europea cristiana, hermana segunda de las grandes construcciones del Oriente, diremos que aparece á nuestros ojos como una inmensa forma- ción dividida en tres zonas bien evidentes, colo- cadas una encima de otra: la zona bizantina, la zona gótica y la zona del renacimiento que pudié- ramos llamar greco-romana. La capa romana que es la más antigua y la más profunda, está ocupada por el semicírculo que vuelve á aparecer, sostenido por la columna griega, en la capa moderna y supe-

rior del renacimiento. La ojiva está entre las dos. Los edificios que pertenecen exclusivamente á una de estas tres capas, son perfectamente puros, uniformes y completos: tales son la abadía de Jumieges, la catedral de Reims y la iglesia de la Santa Cruz en Orleans: pero las tres zonas se mezclan y se amalgaman por los bordes, como los colores en el espectro solar; y de aquí provienen los monumentos complejos, los edificios mixtos y de transición. Unos son bizantinos por los pies, góticos por el tronco, greco-romanos por la cabeza, por que se ha tardado seiscientos años en construirlos. Esta variedad es rara, y el castillo de Etampes presenta una muestra de ella. Pero los monumentos de las dos formaciones son mas frecuentes; tal es Nuestra Señora de París, edificio ojival, que desde sus primeros pilares penetra en aquella zona sajona que caracteriza la portada de san Dionisio y la nave de san German de los Prados: tal es la bellísima sala capitular medio gótica de Bocheville, á la cual le llega hasta la mitad del cuerpo la capa bizantina; tal es la catedral de Rouen, que seria enteramente gótica, si no bañase la estremidad de su aguja central en la zona del renacimiento (1).

Pero todos estos matices, todas estas diferencias, no atacan, mas que la superficie de los edificios: mas

(1) Esta parte de la torre, que era de madera, fue consumida por una manga de fuego en 1823.

(N. del Autor.)

NUESTRA SEÑORA.

209

que el arte exterior; la constitución fundamental de la iglesia cristiana es siempre la misma; siempre se ve en ella la misma armazón interior, la misma disposición lógica de las partes. Cualquiera que sea la corteza esculpida y bordada de la catedral, siempre se halla dentro de ella, al menos en el estado de germen y de rudimento, la basilica romana (1) que eternamente se despliega sobre el pavimento conforme á la misma ley. Siempre se ven las dos naves que se cortan en forma de cruz, y cuya estremidad superior arqueada en forma de bóveda forma el coro; siempre los mismos claustros á los lados para las procesiones interiores y para las capillas; especies de paseos laterales donde desemboca la nave principal por los intercolumnios. Esto supuesto, el número de las capillas, de las portadas, de los campanarios, de las agujas se modifica al infinito, según el capricho del siglo, del pueblo, del arte; una vez satisfecho el servicio del culto, la arquitectura hace lo que le parece. Estatuas, vidrios pintados, rosetones, festoneos, capite-

(1) En esto ha padecido el autor una grave equivocación: la basilica romana consta esencialmente de una sola nave,— y la planta fundamental de todos los templos cristianos se compone de dos que se cortan perpendicularmente una á otra, formando una cruz latina.—

Victor Hugo no ha podido decir esto mas que por una mera distracción.

“Aliquando bonus dormitat Homerus.”

(N. del trad.)

TOMO I.

14

les, bajo relieves, todos los caprichos del ingenio. los combina ella según el logaritmo que le conviene, y de aquí nace la prodijiosa variedad exterior de aquellos edificios, en cuyo fondo residen tanto orden y unidad. El tronco del árbol es inmutable; la vegetación es caprichosa.

9.

PARÍS**À VISTA DE PÁJARO.**

Acabamos de reparar en lo posible para el lector la admirable iglesia de Nuestra Señora de París. Hemos indicado muy por encima la mayor parte de las bellezas que tenía en el siglo quince y de que actualmente carece; pero hemos omitido la principal, y esta es la perspectiva de París que se descubría desde lo alto de sus torres.

Era en efecto, cuando después de haber andado á tientas por largo rato en la tenebrosa espiral que penetra perpendicularmente la ancha pared de los campanarios, se desembocaba en fin de repente en una de las dos altas plataformas inundadas de luz y de aire; era, decimos un magnífico espectáculo el que se presentaba de repente á los ojos del observador, un espectáculo *sui generis*, de que facilmen-

te pueden formarse idea aquellos de nuestros lectores que han tenido la dicha de ver una ciudad gótica, entera, completa, homogénea como existen algunas todavía, Nuremberg, Baviera, Vitoria en España; ó algunas muestras mas en pequeño, con tal que esten bien conservadas, como Vitré en Bretaña y Nordhausen en Prusia.

El París de hace trescientos cincuenta años, el París del siglo quince, era ya una ciudad gigantesca. Nosotros los parisienses nos formamos por lo general una idea equivocada acerca del terreno que creemos haber *ganado*: París desde el tiempo de Luis XI no ha aumentado en un tercio, y es bien seguro que mas ha perdido en belleza de lo que ha ganado en magnitud.

París nació, como nadie ignora, en aquella antigua isla de la Cité que tiene la forma de una cuna. La playa de esta isla fue su primer recinto, el Sena su primer foso. Permanció París muchos años en el estado de isla, con dos puentes, uno al norte, uno al mediodia y dos cabezas en ellos que eran juntamente sus puertas y sus fortalezas: el Gran Chatelet, á la orilla derecha, y el pequeño Chatelet á la izquierda. Luego, desde los reyes de la primera raza, demasiado estrecho en su isla y sin poderse menear en ella, París pasó el rio; y entonces mas allá de los dos Chatelets, grande y pequeño, empezó á formarse en los campos á entrambos lados del Sena una cerca de torres y de murallas, de la cual quedaban todavía algunos vestigios en el

PARIS A VISTA DE PAJARO.

213

siglo pasado; mas ya no resta mas que su memoria, y alguna que otra tradicion, como la puerta Baudets ó Baudoyer, *porta Bagauda*. Poco á poco, la marca de las casas, siempre impelida desde el corazon de la ciudad hácia los lados, sale de madre, corroe, desgasta y borra aquella cerca: Felipe Augusto la construye un nuevo dique y encierra á París en una cadena circular de anchas torres, altas y sólidas. Durante mas de un siglo, las casas se apiñan, se acumulan y alzan su nivel en aquel estrecho recinto, como el agua en un vaso. Empiezan las casas á profundizarse; ponen pisos sobre pisos; se elevan como toda savia comprimida, y todas aspiran á porfia á sacar la cabeza por cima de su vecina para tener un poco mas de aire. Las calles se ahondan y se estrechan mas y mas; todas las plazas se llenan y desaparecen. Las casas por fin saltan por cima de la muralla de Felipe Augusto, y se esparraman alegremente en la llanura, sin orden y de cualquier manera, como verdaderas fugitivas; allí se colocan, se hacen jardines en el campo, se acomodan á su sabor. Desde el año 1367, tanto se estiende la ciudad en los arrabales, que necesita ya una nueva cerca, sobre todo en la orilla derecha: Cárlos V la construye. Pero una ciudad como París siempre está creciendo, y solo estas ciudades pueden llegar á ser capitales. Estas ciudades son como embudos adonde van á parar todas las corrientes geográficas, políticas, morales, intelectuales de un país, todos los declives naturales de un

pueblo; pozos de civilización, por decirlo así, y también muladares donde comercio, industria, inteligencia, población, todo lo que es germen, todo lo que es vida, todo lo que es alma en una nación, filtra y se amontona sin cesar gota á gota, siglo á siglo. La cerca de Carlos V tuvo pues la misma suerte que la de Felipe Augusto; desde fines del siglo XV saltóla la ciudad, y se estendieron los arrabales. En el XVI parece que se la vé retroceder y sumerjirse mas y mas en la antigua ciudad; tanto creció la nueva población estramural! Deteniéndonos ahora en el siglo XV, ya entonces habia desgastado París los tres círculos concéntricos de murallas que en tiempo de Juliano el Apóstata germinaban, por decirlo así, en el grande y en el pequeño Chatelet. La poderosa capital habia rebentado sucesivamente sus cuatro fajas de murallas como un niño que crece y rasga sus vestidos del año pasado. En tiempo de Luis XI, veíanse por una y otra parte salir de entre aquel mar de casas algunos grupos de torres derruidas de las antiguas cercas, como las cumbres de las colinas en una inundación, como archipiélagos del viejo París sumerjido debajo del nuevo.

Desde entonces París se ha transformado de nuevo desgraciadamente para nosotros; pero no ha ganado mas que una sola cerca nueva, la de Luis XV, una miserable muralla de lodo y de inmundicia, digna del rey que la construyera, del poeta que la cantara :

PARIS A VISTA DE PAJARO.

215

El *muro* que á París *mura*
Hace que París *murmure* (1).

En el siglo XV París estaba aun dividido en tres ciudades enteramente distintas y separadas, cada cual con su fisonomía á parte, su especialidad, sus costumbres, sus hábitos, sus privilegios, su historia; la Ciudad, la Universidad, la Villa. La Ciudad que ocupaba la isla, era la mas antigua, la menor y la madre de las otras dos, encerrada entre ellas (permítasenos esta comparacion) como una viejecita entre dos altas y arrogantes mozas. Cubria la Universidad la orilla izquierda del Sena desde la Tournelle hasta la torre de Nesle, puntos que corresponden en el París del dia, el uno al Mercado de los vinos, y el otro á la casa de la Moneda. Su recinto se estendia sobre toda la llanura en que Juliano construyó sus termas; en él se encerraba la montaña de Santa Genoveva. El punto culminante de aquella curva de murallas era la Puerta Papal, es decir, con corta diferencia, el recinto actual del Panteon. La Villa, que era la mayor de las

(1) Este juegucillo de palabras tiene mas gracia, ó por mejor decir, es mas ridiculo aun en francés que en la traduccion, como debe suceder naturalmente. Pondrémosle aquí para que los que conocen aquel idioma admiren el buen gusto del poeta, que para brillar en tiempo de Luis XV debió haber hecho sus estudios en el *gran* siglo de Luis XIV.

«Le mur murant Paris rend Paris murmurant.»

(N. del Trad.)

tres partes de París, ocupaba la orilla derecha: su muelle roto ó interrumpido en muchos puntos, corría á lo largo del Sena, desde la torre de Billy hasta la torre de Blois, es decir, desde el sitio que ocupa ahora el Granero de Abundancia hasta el que ocupan las Tullerías. Estos cuatro puntos en que cortaba el Sena el recinto de la capital, la Tour-nelle y la torre de Nesle á la izquierda, la torre de Billy y la torre de Blois á la derecha, se llamaban por escelencia *las cuatro torres de París*. La Villa se internaba aun mas en los campos adyacentes que la Universidad: el punto culminante del ámbito de la Villa (el de Cárlos V) estaba en las puertas de San Dionisio y San Martín, cuyo local no ha variado.

Cada una de estas tres grandes divisiones de París era una ciudad, pero una ciudad demasiado especial para ser completa, una ciudad que no podía existir sin las otras dos. Estas tres divisiones presentaban tres aspectos enteramente distintos: en la Ciudad abundaban las iglesias, en la Villa los palacios, en la Universidad los colejos; y pasando aquí por alto las orijinalidades secundarias del antiguo París, y los caprichos del derecho de preeminencia, diremos mirando la cosa en grande, y no tomando mas que los conjuntos y las masas en el caos de las jurisdicciones municipales, que la isla era del obispo, la orilla derecha del preboste de los mercaderes, la orilla izquierda del rector; y el todo, del preboste de París, oficial regio y no municipal.

PARIS A VISTA DE PAJARO.

217

La Ciudad tenia Nuestra Señora, la villa el Louvre y la casa de la ciudad, y la Universidad la Sorbona. La Villa tenia los mercados, la Ciudad el hospital general, y la Universidad el Pré-aux-Cleres. El delito que cometian los estudiantes en la orilla izquierda, en el Pré-aux-Cleres, se juzgaba en la isla, en el Palacio de Justicia, y se castigaba en la orilla derecha, en Montfaucon, á menos que el rector, sabiendo que era fuerte la Universidad y débil el rey, interviniese; porque uno de los privilegios de los estudiantes, era el de ser ahorcados en su Universidad.

(La mayor parte de estos privilegios, sea dicho de paso, y no era este el mejor de todos, habian sido arrebatados á los reyes en rebeliones y asonadas. Porque este es el sistema inmemorial de los pueblos; el rey no afloja si el pueblo no tira. Hay una antigua carta que lo dice candorosamente, hablando de fidelidad: *—Civibus fidelitas in reges, quæ tamen aliquoties seditionibus interrupta, multa perit privilegia.—*

En el siglo XV el Sena bañaba cinco islas en el recinto de París; la isla Louviers, donde habia árboles y ya no hay mas que leña; la isla de las Vacas y la isla de Nuestra Señora, ambas desiertas, salvo unas ruinas, ambas propias del obispo, (en el siglo XVII se hizo de las dos una sola, que actualmente se llama la isla de san Luis); en fin la Ciudad, y en una de sus estremidades el islote del Yaquero, que se ha hundido despues bajo el terra-

plen del Puente Nuevo. La ciudad entonces tenía cinco puentes; tres á la derecha, el puente de Nuestra Señora y el puente au Change de piedra, y el puente de los Molineros, de madera; dos á la izquierda, el Pequeño Puente, de piedra y el puente de san Miguel, de madera, ambos cubiertos de casas. La Universidad tenía seis puertas, construidas por Felipe Augusto, que eran, saliendo de la Tour-nelle, la puerta de san Victor, la puerta Bordelle, la puerta Papal, la puerta de Santiago, la puerta de san Miguel y la puerta de san German. La Villa tenía seis puertas, construidas por Carlos V, que eran, saliendo de la torre de Billy, la puerta de san Antonio, la puerta del Templo, la puerta de san Martin, la puerta de san Dionisio, la puerta Montmartre y la puerta de san Honorato. Todas estas puertas eran fuertes y tambien bellas, lo que en nada se opone á la fortaleza. Un foso ancho, profundo y lleno de agua en las crecidas de invierno, lavaba el pie de las murallas en toda la circunferencia de París: el Sena suministraba el agua. De noche se cerraban las puertas; atajábase el rio en los dos confines de la ciudad con gruesas cadenas de hierro, y París dormia seguro.

A vista de pájaro, estos tres barrios, la Ciudad, la Universidad y la Villa presentaban cada uno un enmarañado laberinto de calles singularmente embrolladas: sin embargo, á la primera ojeada, se conocia que aquellos tres fragmentos de ciudad formaban un solo cuerpo. Veíanse inmediatamente dos

PARIS A VISTA DE PAJARO.

219

Jargas calles paralelas, sin interrupción, casi en línea recta, que atravesaban á la vez las tres ciudades de un extremo á otro, del medio dia al norte, perpendicularmente al Sena, las enlazaban, mezclaban, confundian y pasaban de continuo la poblacion de la una al recinto de la otra, formando de las tres una sola. La primera de estas dos calles cogia desde la puerta de Santiago hasta la de san Martin; llamábase calle de Santiago en la Universidad, calle de la Juiverie en la Ciudad, calle de san Martin en la Villa; dos veces pasaba el rio bajo los nombres de Pequeño Puente y de Puente de Nuestra Señora. La segunda, que se llamaba calle de la Harpa en la orilla izquierda, calle de la Barrillerie en la isla, calle de san Dionisio en la orilla derecha, Puente de san Miguel en un brazo del Sena, y Pont-au Change en el otro; iba desde la puerta de san Miguel en la Universidad, hasta la puerta de san Dionisio en la Villa. Pero bajo tantos nombres diversos, siempre eran dos calles solas, por las dos calles madres, las dos calles generatrices, las dos arterias de París. Todas las demas venas de la triple capital nacian ó desembocaban en ellas.

Independientemente de estas dos calles principales, diametrales, que cruzaban á París de parte á parte en su anchura, comunes á la capital entera, la Villa y la Universidad tenian cada cual su calle principal privada, que corria en el sentido de su longitud paralelamente al Sena, y que en su pa-

so cortaba en ángulo recto las dos calles *arteriales*. Así que, en la Villa bajábase en línea recta de la puerta de san Antonio á la de san Honorato; en la Universidad, de la puerta de san Victor á la de san German. Estas dos grandes vias, cruzadas con las dos primeras, formaban el carrete sobre el cual descansaba anudado y cruzado en todos sentidos, el enredado ovillo de las calles de París. En el ininteligible dibujo de este ovillo se distinguían además, examinándole con atención, dos canastillos ensanchados, uno en la Universidad, otro en la Villa, dos manojos de calles que iban ensanchándose desde los puentes hasta las puertas.

Todavía subsiste algo de este plan geométrico.

Ahora bien; ¿bajo qué aspecto se presentaba este conjunto, visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, en 1482? Eso es lo que vamos á tratar de describir.

Para el espectador que llegaba desalentado sobre aquella cima, era la primera sensación un aturdimiento general á vista de tantos techos, chimeneas, calles, puentes, plazas, agujas y campanarios: todo saltaba á los ojos á la vez, la pared tablada, los techos agudos, el torreón suspendido á los ángulos de las paredes, la pirámide de piedra del siglo XI, el obelisco de pizarra del quinceno, la torre redonda y pelada del castillo, la torre cuadrada y bordada de la iglesia, lo grande, lo pequeño, lo macizo, lo aéreo. Perdíase la vista por mucho tiempo en todas las profundidades de aquel laberinto, don-

PARIS A VISTA DE PAJARO.

221

de todo era hijo del arte, desde la mas pequeña construccion pintada y esculpida, con su maderamen exterior, su puerta rebajada, sus pisos desni-velados, hasta el regio Louvre que tenia entonces una columnata de torres. Pero hé aqui las principales masas que se distinguian cuando empezaba la vista á familiarizarse con aquella confusa muchedumbre de edificios.

Primeramente la Ciudad: la isla de la Ciudad, como dice Sauval, que, en medio de su hojorasca, tiene alguno que otro rasgo de buen estilo, *la isla de la ciudad se parece á un gran navio hundido en el cieno y encallado á flor de agua hácia la mitad del Sena*. Acabamos de esplicar que en el siglo XV, cinco puentes amarraban este buque á las dos orillas del rio. Esta forma de navío llamó tambien la atencion de los escritores heráldicos, porque de aqui procede sin duda y no del sitio de los normandos, como sostienen Favyn y Pasquier, el navío que blasona el antiguo escudo de París: para el que sabe descifrarle, el blason es una álgebra, el blason es un idioma. Toda la historia de la segunda mitad de la edad media está escrita en el blason, como la historia de su primera mitad en el simbolismo de las iglesias bizantinas. Los geroglíficos del feudalismo despues de los de la teocracia.

Ofreciase pues la Ciudad á la vista con su popa al levante y su proa al poniente. El que dirijia los ojos hácia la proa, veia delante de sí un rebaño innumerable de viejísimos techos, sobre los cuales an-

chamente se redondeaba el travesero emplomado de la Capilla Santa, semejante á la grupa de un elefante cargado con su torre: solo que por este lado, aquella torre era la mas gallarda, la mas trabajada, la mas menuda, la mas trasparente que dejó jamás entrever el cielo al trasluz de su cono de encaje. Delante de Nuestra Señora desembocaban tres calles en el atrio, formando una hermosa plaza de casas antiguas: al sur de esta plaza se inclinaban la fachada rugosa y acartonada del Hospital y su techo, que parece cubierto de postillas y de verrugas. A la derecha, á la izquierda, al oriente, al occidente, en aquel recinto, tan estrecho por cierto, de la Ciudad, alzábanse los campanarios de sus veintiuna iglesias de todas fechas, de todas formas, de todos tamaños, desde la baja y carcomida cúpula sajona de San Dionisio-del-Paso (*carcer Glaucini*) hasta las sutiles agujas de San-Pedro-anx-Bœufs y de San Landry. Detras de Nuestra Señora se estendian, al norte, el claustro con sus galerías góticas; al sur, el palacio semibizantino del obispo; al levante, la punta desierta del Terreno. En aquel hacinamiento de casas, distinguia ademas la vista, al ver sus altas mitras de piedra calada que coronaban á la sazón sobre el mismo techo las ventanas mas altas de los palacios, la casa dada por la ciudad en tiempo de Cárlos IV á Juvenal des Ursins; un poco mas allá, las barracas embreadas del mercado Palus; no lejos de allí, la apside nueva de san German el viejo, alargada en 1458 con un extremo de la calle *aux*

PARIS A VISTA DE PAJARO.

223

Febres; y luego, de vez en cuando una encrucijada atestada de jente, una picota levantada en una esquina; un magnífico pedazo del pavimento de Felipe Augusto, soberbio enlosado listado por los pies de los caballos en medio de la senda, y tan mal reemplazado en el siglo XVI por los miserables guijarros llamados *empedrado de la liga*; un patio interior desierto con una de aquellas diáfanas torrecillas de la escalera como se hacían en el siglo XV y como se vé una todavía en la calle de los Bourdonnais. En fin, á la derecha de la Capilla Santa, hácia el poniente, ostentaba el Palacio de Justicia en la orilla del río su grupo de torres. Los arbolados de los jardines del rey que cubrían la punta occidental de la Ciudad, tapaban el islote del Vaquero. Por lo que hace al río, desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, no se veía absolutamente por ninguno de los dos lados de la ciudad; el Sena desaparecía bajo los puentes, los puentes bajo las casas.

Y cuando la vista pasaba estos puentes, cuyos ojos verdeaban prematuramente, enmohecidos por los vapores del agua, si se dirijía á la izquierda hácia la Universidad, el primer edificio que divisaba, era un ancho y bajo manojo de torres, las del Petit Chatelet, cuyo pórtico devoraba la estremidad del pequeño Puente; y luego, si recorría la orilla del levante al poniente, de la Tournelle á la torre de Nesle, veía un largo cordon de casas con sus vigas esculpidas, con sus vidrios de colores, venciéndose de piso en piso hácia el suelo, un interminable

enumaramiento de paredes caseras, cortado frecuentemente por una boca calle y aun acaso de vez en cuando por el frente ó el costado de una magnífica casa, colocada á sus anchuras, ella y sus patios y sus jardines con toda comodidad, entre aquel populacho de casas sofocadas y espachurradas como un gran señor entre una cáfila de pelagatos. Cinco ó seis habia de estos caserones sobre el muelle desde el palacio de Lorraine, que dividia con el convento de los Bernardinos, el gran recinto inmediato á la Tournelle, hasta el palacio de Nesle, cuya torre principal era uno de los límites de París, y cuyos techos puntiagudos estaban en posesion durante tres meses del año de recortar con sus triángulos negros el disco escarlata del sol occidental.

Este lado del Sena era el menos mercantil de todos; mas bulla metian en él los estudiantes que los artesanos, y no tenia muelle, propiamente hablando, mas que desde el puente de san Miguel hasta la torre de Nesle. El resto de la orilla del Sena ya era una playa desnuda, como desde los Bernardinos en adelante, ya un amontonamiento de casas que metian los pies en el agua, como entre los dos puentes.

Habia en aquel sitio grande algazara de lavanderas que gritaban, hablaban y cantaban desde por la mañana hasta por la noche, sacudiendo la ropa de firme, como en nuestros dias. No es esto lo menos divertido de París.

La Universidad presentaba á la vista una mole

PARIS A VISTA DE PAJARO.

225

inmensa, formando desde uno á otro extremo un todo homogéneo y compacto. Aquellos mil techos apiñados, angulosos, adherentes, compuestos casi todos del mismo elemento geométrico, presentaban á vista de pájaro el aspecto de una cristalización de la misma sustancia. El caprichoso harranco de las calles no cortaba en líneas demasiado desproporcionadas aquella muchedumbre de casas; entre ellas estaban diseminados con bastante igualdad los cuarenta y dos colegios, de los cuales se veía alguno por dó quiera. Las variadas y ricas techumbres de aquellos magníficos edificios eran producto del mismo arte que el de los simples techos, no siendo en resumidas cuentas mas que una multiplicacion elevada al cuadrado, ó al cubo, de la misma figura geométrica: por esta razon complicaban el conjunto sin embrollarle y le completaban sin transformarle. La geometría es una armonía. Veíanse tambien algunos magníficos caserones por cima de las pintorescas buhardillas de la orilla izquierda, como la casa de Nevers, el palacio de Roma, el de Reims, que han desaparecido; el palacio de Cluny, que subsiste todavia para consuelo del artista, y cuya torre han cercenado tan estúpidamente hace algunos años. Junto á Cluny, palacio romano, de bellísimos arcos semicirculares, estaban las termas de Juliano. Veíanse tambien numerosas abadías de una hermosura mas devota, de una grandeza mas austera que la de los palacios, pero no menos bellas, no menos grandes; las que atraian los ojos antes que

las demas, eran la de los Bernardinos con sus tres campanarios; santa Genoveva, cuya torre cuadrada, que existe aun, nos hace lamentar tanto la destrucción de lo demas; la Sorbona, edificio entre colegio y monasterio, en la que se conserva una nave tan admirable; el bellissimo claustro cuadrilateral de los *Mathurins*; su vecino el claustro de san Benedicto, en cuyas paredes ha habido tiempo para armar un teatro entre la séptima y la octava edición de este libro; los Franciscanos con sus tres enormes fachadas adherentes; los Agustinos, cuya gallarda aguja formaba, despues de la torre de Nesle, el segundo dentellon de París, por el lado de Occidente. Los colejos que son en efecto el eslabon intermedio entre el claustro y el mundo, eran un término medio en la série monumental, entre los palacios y las abadías, con una severidad llena de elegancia, una escultura menos prolija que la de los palacios, y una arquitectura menos seria que la de los conventos. Casi nada queda ya desgraciadamente de aquellos monumentos en que el arte gótico mediaba con tanta precision entre la riqueza y la economía. Las iglesias, (y eran numerosas y espléndidas en la Universidad; y allí tambien se contaban de todas las edades de la arquitectura, desde los semicírculos de san Julian hasta las ojivas de san Severino), las iglesias dominaban el conjunto; y como una armonía mas en aquella masa de armonías, resaltaban á cada instante entre el múltiple festoneo de las agujas acuchilladas, de los campa-

PARÍS A VISTA DE PAJARO.

227

narios transparentes, de las torres primorosas, cuya línea no era además otra cosa que una magnífica exajeracion del ángulo agudo de los techos.

El terreno de la Universidad era montuoso; la montaña de santa Genoveva formaba en él una enorme ampolla, y era cosa de ver desde lo alto de Nuestra Señora aquella multitud de calles estrechas y tortuosas, (hoy el *pais latino*), aquellos racimos de casas que derramadas en todas direcciones desde la cumbre de aquella eminencia, se precipitaban de tropel, y casi perpendicularmente hasta la orilla del agua, pareciendo que unas se caian, que otras se asian para no caer, y que todas se sostenian las unas á las otras. Un flujo continuo de mil puntos negros que serpeaban por el suelo, daba á este conjunto una movilidad extraordinaria; aquellos puntos era la jente vista tambien desde lo alto y de lejos.

En fin, en los intervalos de aquellos techos, de aquellas agujas, de aquellos accidentes de edificios infinitos que doblaban, torcian y festoncaban de un modo tan singular la línea última de la Universidad, entreveíase de trecho en trecho, un musgoso paredon, una ancha torre redonda, una puerta almenada, parecida á una fortaleza; aquella era la cerca de Felipe Augusto. Y mas allá, verdeaban las praderas, y mas allá se adelgazaban los caminos, á lo largo de los cuales veíanse rezagadas algunas casas de los arrabales, tanto mas escasas y menudas, cuanto se alejaban mas. Algunos de aquellos ar-

rabales tenían cierta importancia; tales eran, en primer lugar, saliendo de la Tournelle, la aldea de San Victor, con su puente de un solo ojo sobre el río Bievre, su abadía donde se leía el epitafio de Luis-el-Gordo, *epitaphium, Ludovici Grossi*, y su iglesia con su torre octógona, flanqueada de cuatro esquilones del siglo oncenno (aun puede verse una igual en Etampes; todavía no la han derribado); luego la aldea de *Saint-Marceau*, que ya tenía tres iglesias y un convento; luego, dejando á la izquierda el molino de los Gobelinos y sus cuatro paredes blancas, veíase el arrabal de Santiago con la linda cruz esculpida de su encrucijada, la iglesia de Santiago du-Haut-Pas, que era entonces gótica, puntiaguda y bellísima; *Saint Magloire*, soberbia nave del siglo catorce, que convirtió Napoleón en una troje de heno; Nuestra Señora de los Campos, donde había mosaicos bizantinos. En fin, después de haber dejado en medio de la llanura el monasterio de los Cartujos, rico edificio contemporáneo del Palacio de Justicia, con sus jardincillos divididos y las ruinas mal frecuentadas de Vauvert, caía la vista en el occidente sobre las tres agujas sajonas de San German de los Prados. La aldea de San German, concejo de consideración, tenía quince ó veinte calles; el agudo campanario de San Sulpicio indicaba una de las estremidades de la aldea. Distinguíase inmediato á ella el recinto casadrilateral de la Feria San German, donde está hoy el mercado; luego la picota del abad, linda torrecilla redonda,

PARIS A VISTA DE PAJARO.

229

cubierta con su correspondiente cono de plomo; el tejaz estaba mas adelante, y la calle del Horno, que conducia al horno de poya (1) y el molino sobre su terromontero y el hospital de los leprosos, solitaria casuca y mal mirada. Pero lo que mas llamaba y fijaba la atencion, era la abadía. Es seguro que este monasterio que tenia grandes fueros como iglesia y como señorío, este palacio abacial, donde tenían á mucha honra el pasar una noche los obispos de París; este refectorio al que habia dado el arquitecto la ventilacion, la magnificencia y el espléndido roseton de una catedral; esta elegante capilla de la Virgen, este dormitorio monumental, aquellos vastos jardines, aquel rastrillo, aquel puente levadizo, aquel ceñidor de almenas que recortaba la verdura de los campos circunvecinos; aquellos patios en que relucian las corazas de los hombres de armas entre aéreas capas pluviales, aquel conjunto agrupado y reunido en torno de tres altas agujas romanas, bien asentadas sobre una abside gótica, formaban un espectáculo magnífico en el horizonte.

Y cuando en fin, despues de haber considerado por largo rato la universidad, dirijia los ojos el espectador hácia la orilla derecha, á la Villa, el es-

(1) Llamábanse así los de los Señores del lugar ó villa adonde tenían que ir á cocer el pan los vecinos. Tambien se decia de los molinos, almohazas &c.

(N. del trad.)

pectáculo cambiaba bruscatamente de carácter. La Villa, en efecto, mucho mayor que la Universidad, era, también menos uniforme. A la primera ojeada, veíase la dividir en muchas masas singularmente distintas. En primer lugar, al levante, en aquella parte de la ciudad que todavía recibe su nombre del pantano en que zambulló Camulogenes á César, todo era un hacinamiento de palacios que llegaban hasta la orilla del agua. Cuatro grandes edificios, casi adherentes, Jouy, Sens, Barbeau, la casa de la Reina, reflejaban en el Sena sus techos de pizarra coronados de esbeltas torrecillas. Estos cuatro edificios llenaban el espacio comprendido desde la calle de Nonaindieres hasta la abadía de los Celestinos, cuya aguja realizaba primorosamente su línea de puntas y de almenas. Algunos verdosos paredones inclinados sobre el río delante de aquellos suntuosos palacios no impedían que se vieran los graciosos ángulos de sus fachadas, sus anchas ventanas cuadradas con dinteles de piedra, sus pórticos ojivos recargados de estatuas, las vivas aristas de sus paredes recortadas con limpieza singular y todos aquellos primorosos caprichos de arquitectura, por los cuales parece que el arte gótico empieza á cada instante nuevas combinaciones. Detrás de estos edificios, corría en todas direcciones, ya defendido, empalizado y almenado como una ciudadela, ya velado en copudos árboles como una cartuja, el ámbito inmenso y multiforme de aquel peregrino palacio de Saint Pol, donde podía el rey de

PARIS A VISTA DE PAJARO.

231

Francia alojar espléndidamente á veintidos príncipes del rango del Delfin y del duque de Borgoña con sus criados y comitiva, sin contar los grandes señores, y al emperador cuando venia á ver París y los leones que tenían su palacio á parte en el palacio real. Diremos aquí de paso que la habitacion de un príncipe no constaba entonces de menos de once salas desde el salon de recibir hasta el oratorio, sin contar las galerías, los baños, lavatorios y otros "lugares superfluos" que habia en todas las estancias; sin contar los jardines particulares de cada huésped del rey; sin contar las cocinas, bodegas, despensas, refectorios generales de la servidumbre, los corrales donde habia veintidos laboratorios generales, desde el horno hasta la cava; mil especies de juegos, el mallo, la pelota, la sortija, pajareras, estanques, casas de fieras, cuadras, establos, bibliotecas, arsenales y funderías. Hé aquí lo que era entonces el palacio de un rey, un Louvre, un palacio Saint-Pol. Una ciudad dentro de la ciudad.

Desde la torre donde nos hemos colocado, el palacio Saint Pol, casi tapado por los cuatro grandes edificios de que acabamos de hablar, era no obstante muy considerable y maravilloso de ver. Distinguíanse en él muy bien, aunque hábilmente soldados al cuerpo principal con largas galerías de pintados vidrios y sutiles columnas, los tres palacios que amalgamó al suyo Carlos V; el de Petit-Muce, con la balaustrada de cucaje que orlaba con gra-

cia su techo; el del Abad de San Mauro, semejante á una fortaleza, con su torre, sus bubardas, sus troneras, sus falsabragas de hierro, y sobre su ancha puerta sajona el escudo del abad entre las dos cadenas del puente levadizo; y el palacio del conde de Etampes, cuya torre, arruinada en su cima, se arqueaba á la vista, festoneada como la cresta de un gallo; por una parte y otra tres ó cuatro añosas encinas formando ramillete, como enormes coliflores; cisnes en las claras aguas de los viveros en que rielaban las sombras y las luces; numerosos patios pintorescos; las casa de los Icones con sus ojivas bajas sobre breves pilares sajones, sus rastrillos de hierro y sus perpétuos ruidos; y en medio de este conjunto la aguja escamosa de la Ave-María; á la izquierda la casa del preboste de París, flanqueada de cuatro torrecillas prolijamente labradas; en medio, en el fondo, el palacio Saint Pol propiamente hablando, con sus varias fachadas, sus enriquecimientos sucesivos desde Cárlos V, las escrescencias híbridas de que durante dos siglos le habia ido recargando la caprichosa imaginacion de los arquitectos, con todas las apsides de sus capillas, todas las puntas de sus galerías, mil veletas de cuatro brazos, y sus dos altas torres contiguas cuyo techo cónico, rodeado de almenas en su base, se parecia á los sombreros puntiagudos con el ala retorcida.

Subiendo las gradas de aquel anfiteatro de palacios abierto á lo lejos sobre el terreno, despues de

haber salvado un barranco profundo abierto en los techos de la Villa que indicaba el tránsito á la calle de San Antonio , llegaba la vista al palacio de Angulema , vasta construccion de muchas épocas, donde habia partes nuevas y blancas todavía , que asi se unian á aquel conjunto como un remiendo colorado en un vestido azul. El techo, no obstante, singularmente agudo y elevado del palacio moderno, herizado de canales cinceladas, cubierto de láminas de plomo donde giraban en mil fantásticos arabescos, brillantes incrustaciones de cobre dorado, aquel techo tan curiosamente embutido , lanzábase con gracia del centro de las sombrías ruinas del antiguo edificio , cuyos viejos torreones , arqueados por el tiempo como otros tantos toneles , aplomándose sobre sí mismos por la fuerza de la edad , y desgarrados de arriba abajo, parecian inmensos barrigones desatacados. Alzábase detras el bosque de agujas de las Tournelles. No hay en el mundo, ni en Chambord, ni en la Alhambra, perspectiva mas mágica, mas aérea, mas prodijiosa que aquel ramillete de agujas , campanarios, chimeneas, veletas , espirales , roscas, miradores, pabellones, torrecillas agrupadas , ó como se decia entonces, torrejones, todas de diferentes formas, tamaños y posiciones, conjunto parecido á un inmenso aljerez de piedra.

A la derecha de las Tournelles , aquel manójo de enormes torres de color de tinta , metidas unas dentro de otras, y alineadas, digámolo así, por un foso circular ; aquel torreón con mas troneras que ven-

tanás, aquel puente levadizo siempre alzado, aquel rastrillo siempre cerrado, es la Bastilla. Aquellas especies de picos negros que salen por entre las troneras, y que de lejos parecen canales, son cañones.

Bajo las bocas de aquellos cañones, al pie del formidable edificio, está la puerta de san Antonio, que desaparece entre sus dos torres.

Mas allá de las Tournelles hasta la muralla de Carlos V, desarrollábase con esquisitos compartimientos de flores y de verdura, una rica alfombra de jardines y parques reales, en medio de los cuales revelaba su laberinto de árboles y de alamedas, la presencia del famoso jardín Dédalo que regaló Luis XI á Coictier (1). Alzábase el observatorio del Doctor encima del laberinto como una ancha columna aislada con una casuca por capitel. En aquella oficina se han hecho terribles astrolojías.

Allí está en el día la plaza Real.

Como acabamos de decir, el barrio de los Palacios, del cual hemos procurado dar una idea al lector, aunque no hemos indicado mas que sus puntos principales, llenaba el ángulo que formaba al oriente con el Sena la cerca de Carlos V. Un monton de casas populares ocupaba el centro de la Villa, porque en él era en efecto donde desembocaban los tres puentes de la ciudad sobre la orilla derecha. Aquel puñado de habitaciones plebeyas, apiñadas como los

(1) Celebre médico de Luis XI, del cual se hará larga mención en el libro 5. tomo 2 de esta historia. (*Nota del traductor*).

PARIS A VISTA DE PAJARO.

235

alveolos ó celdillas en la colmena, tenia su hermosura; sucede con los techos de una ciudad, lo que con las olas de la mar; ambos objetos presentan un aspecto grandioso. Primeramente las calles, cruzadas y embrolladas, formaban en el conjunto cien figuras particulares; alrededor de los mercados, parecian una estrella con mil radios. Las calles de San Dionisio y San Martín, con sus innumerables ramificaciones, subian una junto á otra como dos pomposos árboles que mezclan sus ramas; y luego serpaban por todos lados en líneas tortuosas, las calles de la *Platerie*, de la *Verrerie*, de la *Tixeranderie* &c. &c. -- Tambien alguno que otro soberbio edificio rompía de cuando en cuando la ondulacion petrificada de aquel mar de agudas paredes fronteras: tal era la entrada del Puente-aux-Changeurs, detras del cual se veia arremolinarse espumoso el Sena bajo las ruedas del puente de los Molineros; tal era el Chatelet, no ya torre romana como en tiempo de Juliano el apóstata, sino torre feudal del siglo trece, y de una piedra tan dura que tardaba tres horas el azadon en arrancar de ella un pedazo como el puño; tal era el rico campanario cuadrado de Santiago de la *Boucherie*, con sus ángulos atestados de esculturas y admirable ya, aunque no estaba acabado, en el siglo quince. (Faltábale en particular aquellos cuatro mónstruos que aun hoy, engarabitados en los esconces de su techo, parecen cuatro esfíjjes que proponen al nuevo París el enigma del antiguo. Rault, el escultor, no los colocó

en su sitio hasta en 1526, y se le dieron 20 francos (80 reales) por su trabajo). Tal era la casa de los Pilares, abierta sobre la plaza de Greve, de que ya hemos procurado dar alguna idea al lector: tal era San Gervasio, chafado despues por una portada de *buen gusto*; San Mery, cuyas viejas ojivas eran casi semicírculos; San Juan, cuya magnífica aguja era proverbial; y tales eran, en fin, otros muchos monumentos que no se desdeñaban de malograr sus maravillas en aquel caos de calles negras, estrechas y profundas. Añádase á esto las cruces de piedra esculpidas, mas frecuentes aun en las encrucijadas que los patíbulos; el cementerio de los Inocentes, cuyo recinto arquitectónico se veia á lo lejos por cima de los techos; la picota de los mercados, cuya cima se divisaba entre dos chimeneas de la calle de la Coffonerie; la escalera de la Croix-du-Trahoir en su encrucijada llena siempre de jente; las casucas circulares del mercado del trigo; las ruinas de la antigua cerca de Felipe Augusto, que se distinguan por acá y por allá, ahogadas entre las casas, torres cargadas de yedra, puertas arruinadas, cortinas de murallas derruidas é informes; el muelle con sus mil tiendas y ensangrentados mataderos; el Sena cubierto de barcos, desde el Port-au-Foín hasta el Fort-l'-Eveque, y podrá formase el lector una imájen confusa de lo que era en 1482 el trapecio central de la Ciudad.

Juntamente con estos dos barrios, uno de palacios, otro de casas, el tercer elemento del aspecto que

PARIS A VISTA DE PAJARO.

237

presentaba la Villa, era una larga zona de abadías que la ceñía en casi todo su circuito, del levante al poniente, y que por detras de la línea de fortificación que cerraba á París, encerrábale en una segunda cerca interior de conventos y de capillas. Así que, inmediatamente junto al parque de Tournelles, entre la calle de San Antonio y la llamada *calle vieja del Templo*, estaba el convento de Santa Catalina con sus inmensos plantíos, limitados por las murallas de París. Entre las dos calles del Templo, la vieja y la nueva, estaba el templo, siniestro manojó de torres, alto, derecho y aislado en medio de un vasto recinto almenado. Entre la calle nueva del Templo y la de San Martín, estaba la abadía de San Martín, en medio de sus jardines, soberbia iglesia fortificada, cuyo ceñidor de torres, cuya tiara de campanarios no cedían la palma en fuerza y en esplendor mas que á Saint-Germain de los Prados. Entre las calles de San Martín y San Dionisio se estendía el recinto de la Trinidad; y entre la de San Dionisio y la de Montorgueil, el de Filles-Dieu. Junto á este, distinguíanse los techos podridos del ámbito desempedrado de la Corte de los Milagros, único eslabon profano que se mezclaba á aquella devota cadena de conventos.

En fin, el cuarto compartimiento que se dibujaba por sí mismo en la aglomeración de los techos de la orilla derecha, lo que ocupaba el ángulo accidental de la cerca y la orilla del agua en la dirección de la corriente, era un nuevo nudo de palacios y caserones apiñados al pie del Louvre. El

antiguo Louvre de Felipe Augusto, aquel descomunal edificio cuya torre mayor tenia en torno de sí veintitres torres maestras, sin contar las torrecillas, parecia desde lejos encajonado en los techos góticos del palacio de Alencón y del pequeño Borbon. Aquella hidra de torres, gigante protectora de París con sus veinticuatro cabezas siempre erguidas, con sus monstruosas grupas de plomo ó de pizarra, rielantes de metálicos reflejos, terminaba de un modo singular la configuración de la Villa al occidente.

Así que, un inmenso monton, lo que los romanos llamaban *insula*, de casas plebeyas, flanqueado á derecha é izquierda de dos montones de palacios, coronados, uno por el Louvre, el otro por las Tournelles, circundado al norte de un largo ceñidor de abadías y de cercas cultivadas, el todo amalgamado y fundido á primera vista; sobre estos mil edificios cuyos techos de tejas y de pizarras recortaban unos sobre otros tantas cadenas singulares, los campanarios labrados, transparentes, iluminados de las cuarenta y cuatro iglesias de la orilla derecha; por en medio, millares de calles; por límites, á un lado, una cerca de altas murallas de torres cuadradas, (la de la Universidad las tenia redondas) y al otro el Sena cortado con puentes y cubierto de barcos; tal era la Villa en el siglo XV.

Mas allá de las murallas, apiñábanse junto á las puertas algunos arrabales, si bien menos numerosos y mas esparramados que los de la Universidad. Detras de la Bastilla, habia veinte paredones amon-

PARIS A VISTA DE PAJARO.

239

tonados alrededor de las curiosas esculturas de la Cruz-Faubin y de los botareles de la abadía de San Antonio de los Campos; detras, estaba Popincourt, perdido entre los trigos; luego la Courtille, alegre pueblecillo de tabernas y figones; la aldea de S. Lorenzo con su iglesia, cuyo campanario, visto de lejos, parecia agregarse á las agudas torres de la puerta de San Martin; el arrabal de San Dionisio con la vasta cerca de San Ladre; fuera de la puerta de Montmartre, la Granje-Bateliere, ceñida de blancas murallas; detras de ella, con sus colinas de yeso, Montmartre, que tenia entonces casi tantas iglesias como molinos, y que ya no conserva mas que los molinos, porque la sociedad en el dia no pide mas que el pan del cuerpo. Y en fin, mas allá del Louvre, veíase estenderse por los prados el arrabal de San Honorato, ya muy considerable entonces, y verdear la Pequeña Bretaña, y desplegarse el Mercado de los Puercos, en cuyo centro se arqueaba el terrible horno destinado á quemar á los monederos falsos. Entre la Courtille y San Lorenzo, ya habia observado la vista del espectador en la cima de una colina acurrucada sobre llanuras desiertas, una especie de edificio, que se parecia de lejos á una columnata derruida, en piesobre un basamento despeado. No era aquello ni un Partenon, ni un templo de Júpiter olímpico, sino el horrible Montfaucon (1).

(1) Sitio inmediato á París donde se ejecutaban muchas sentencias de muerte, y que servia tambien de cementerio para los reos.

(Nota del traductor).

Si la enumeracion de tantos edificios, por mas sumaria que hayamos querido hacerla, no ha pulverizado á medida que la construimos, en la mente del lector, la imagen general del antiguo París, reasumiremos en pocas palabras lo que hemos dicho. En el centro, la isla de la Ciudad, semejante en su forma á una enorme tortuga, y sacando sus puentes cubiertos de tejas, como otras tantas patas por debajo de su parda concha de techos. A la izquierda, el trapecio monolito (1) fuerte, denso, herizado de la Universidad; á la derecha el vasto semicírculo de la Villa, mucho mas abundante que la Ciudad y la Universidad en jardines y monumentos; y las tres partes, Ciudad, Universidad y Villa listadas de infinito número de calles. Por en medio el Sena, "el Sena nutridor", como dice el P. Du Breul, obstruido de islas, de puentes y de barcos; y todo en derredor, una inmensa llanura con mil especies de cultivos, sembrada de primorosas aldeas; á la izquierda, Yssy, Vanvres, Vaugirard, Montrouge, Gentilly con su torre redonda y su torre cuadrada &c.; á la derecha, otros veinte, desde Conflans hasta la Ville-l'Éveque; al horizonte una cenefa de colinas colocadas en círculo como el realce de un estanque. Y en fin, á lo lejos, en el oriente, Vincennes y sus siete torres cuadrangulares; al sur, Bicetre y sus puntiagudas torrecillas; al norte, san Dionisio y su aguja; al occidente, san Cloud

(1) Hecho de una sola piedra. (Nota del traductor.)

PARIS A VISTA DE PAJARO.

241

y su castillo. He aquí el París que veían desde lo alto de las torres de Nuestra Señora los cuervos que vivían en 1482.

De esta ciudad sin embargo dijo Voltaire *que antes de Luis XIV no poscia mas que cuatro buenos monumentos*; el cimborrio de la Sorbona, el Val-de-Grace, el Louvre moderno y no sé que otro... el Luxemburgo tal vez. Esto por fortuna no impide que Voltaire sea el autor del *Cándido*, y entre todos los hombres que se han sucedido en la larga série de la humanidad, el que mas ha descollado en lo que se llama risa diabólica. Esto prueba ademas que se puede tener mucho talento y no entender una palotada en un arte que no se ha estudiado. ¿No creía Moliere hacer mucho favor á Rafael y á Miguel Angel, llamándolos los *Mignards* (1) *de su siglo*?

Pero volvamos á París y al siglo XV.

No era entonces París una hermosa ciudad solamente sino una ciudad homogénea, un producto arquitectural é histórico de la edad media, una crónica de piedra. Era una ciudad formada solo de dos capas, la bizantina y la gótica, porque la romana habia desaparecido hacia mucho tiempo, escepto en

(1) Dos hermanos, ambos pintores (Nicolás y Pedro) de este nombre florecieron en tiempo de Luis XIV: pero Moliere aludia evidentemente al segundo, llamado el *Romano*, porque vivió mucho tiempo en Roma. Nació en 1610 y murió en 1695. En nuestro museo hay una virgen muy mediana de este pintor.

(N. del Trad.)

242 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

las Termas de Juliano, donde aun rompía la ancha corteza de la edad media. En cuanto á la capa céltica no se hallaban ya muestras de ella, ni aun siquiera en las escavaciones hechas abrir para los pozos.

Cincuenta años despues, cuando el renacimiento mezcló á esta unidad tan severa y sin embargo tan variada el lujo deslumbrador de sus caprichos y de sus sistemas, sus delirios de semicírculos romanos, de columnas griegas, y de basamentos góticos, su escultura tan suave y tan ideal, y su gusto particular de arabescos y de acantos, su paganismo arquitectónico contemporáneo de Lutero, París fue mas bello todavía, si bien menos armonioso á la vista y al pensamiento. Pero aquel espléndido momento duró poco, porque el renacimiento no fue imparcial; no se contentó con edificar, quiso demoler; verdad es que necesitaba espacio. Por eso el París gótico no estuvo completo mas que un minuto; estaba acabándose *Santiago de la Boucherie*, cuando ya se empezaba la demolición del antiguo Louvre.

En lo sucesivo, la gran capital ha ido perdiendo su forma por dias. El París gótico bajo el cual desaparecia el París bizantino, ha desaparecido á su vez, pero ¿se sabe qué París le ha reemplazado?

Existe el París de Catalina de Medicis, en las Tullerías (1); el París de Enrique II en la casa de la ciudad; el París de Enrique IV, en la plaza

(1) Hemos visto con un pesar mezclado de indignacion . que se

PARIS A VISTA DE PAJARO.

243

real; fachadas de ladrillos con ángulos de piedra y techos de pizarra; casas tricolores; el París de Luis XIII, en el Val-de-Grace; una arquitectura aplastada y rechoncha, bóvedas por el estilo de las asas de los cestos, y no sé qué de panzudo en las columnas, y de jorobado en la media naranja; el París de Luis XIV en los Inválidos; grande, rico, dorado y frío; el París de Luis XV en san Sulpicio; volutas, lazos, cintas, nubes, fideos y escarolas, todo de piedra; el París de Luis XVI en el panteon, san Pedro de Roma mal copiado; el París de la República, en la escuela de medicina; pobre gusto griego y romano que se parece al coliseo y al partenon, como la constitucion del año III á las leyes de Minos; llámase en arquitectura el gusto *messidor*; (1) el París de Napoleón, en la plaza *Vendome*; este

pensaba ensanchar, refundir, arreglar, esto es, destruir este admirable palacio. Los arquitectos del día tienen manos demasiado pesadas para tocar estas obras delicadas del renacimiento; y esperamos que no se atreverán á hacerlo. Además en la actualidad, esta demolicion de las Tullerías sería no solo una brutalidad de que se avergonzaria un vándalo borracho, sino un acto de traicion. Las Tullerías no son ya solamente un dechado del arte, mas tambien una página de la historia del siglo XIX; este palacio no pertenece ya al rey, sino al pueblo. Nuestra revolucion ha marcado ya su frente dos veces: sobre una de sus dos fachadas, tiene los balazos del 10 de agosto; sobre la otra, los balazos del 29 de julio. Ya es santo.

Paris 7 de abril 1831.

(N. del Autor añadida á la quinta edición).

(1) Décimo mes del Kalendarío republicano de Francia, que comenzaba en 19 de junio y concluía en 19 de julio. *(N. del T.)*

París es sublime; una columna de bronce hecha con cañones; y el París de la Restauracion en la Bolsa; una columnata muy blanca que sostiene un friso muy cuco: todo ello es cuadrado, y ha costado veinte millones de francos, (80.000,000 de rs).

A cada uno de estos monumentos característicos van anejas, por cierta simpatía de forma y manera, una cierta cantidad de casas esparcidas en varios cuarteles, y que fácilmente distingue y clasifica por fechas la vista del inteligente. El que sabe ver las cosas, adivina el espíritu de un siglo y el carácter de un rey con solo ver una aldaba de una puerta.

El París actual no tiene por consiguiente ninguna fisonomía general, y redúcese á una coleccion de muestras de muchos siglos, y las mejores han desaparecido. La capital no aumenta mas que en casas y ¡qué casas! Al paso que va París, es posible que se renueve de cincuenta en cincuenta años; y por eso la significacion histórica de su arquitectura va desapareciendo por dias. A cada paso son menos frecuentes en él los monumentos y no parece sino que se los ve irse poco á poco ahogando entre las casas. Nuestros padres tenian un París de piedra; nuestros hijos tendrán un París de yeso.

En cuanto á los monumentos modernos del nuevo París, escusamos hablar de ellos, y no seguramente porque no les tributemos la condigna admiracion. La Santa Genoveva de Mr. Soufflot es á punto fijo el mas elegante pastel de Saboya que

PARIS A VISTA DE PAJARO.

245

han construido en piedra los humanos: el palacio de la Legion de Honor es tambien un bocado de pastelería muy esquisito. El cimborrio del Mercado del trigo es una gorra de Jockey inglés sobre una escalera muy larga. Las torres de San Sulpicio son dos enormes clarinetes, lo que constituye una forma como otra cualquiera; el telégrafo, estevado y gesticulador, forma un amable accidente en su techumbre. San Roque tiene una portada que solo es comparable, en punto á magnificencia, á Santo Tomas de Aquino; tiene tambien un calvario corcovado en un sótano, y un sol de madera dorada: cosas todas en alto grado maravillosas. La linterna del laberinto del Jardin de Plantas es muy ingeniosa. En cuanto al palacio de la Bolsa, que es griego por su columnata, romano por sus arcos semicirculares, del renacimiento por su gran bóveda rebajada, no se puede negar que es un monumento muy correcto y muy puro; y la prueba es que le corona un ático como no los habia en Atenas, bella línea recta graciosamente interrumpida aqui y allá con cañones de estufas. Añadamos que si es de ley que la arquitectura de un edificio esté tan bien adaptada á su destino que este se revele inmediatamente á la simple inspeccion del edificio, no hay admiracion que baste para contemplar un monumento que puede ser indiferentemente un palacio de rey, una cámara de Diputados, una Casa de la Ciudad, un colegio, un picadero, una academia, una aduana, un tribunal, un museo, un cuartel, un sepulcro, un

templo, un teatro. Por el pronto es una lonja. Un monumento además debe ser correspondiente al clima, y este evidentemente ha sido construido expresamente para nuestro cielo frío y lluvioso, pues tiene un techo casi plano, como en Oriente, por lo cual en invierno, cuando nieva, hay que barrer el techo: nadie ignora que los techos se hacen para ser barridos. En cuanto al uso que antes dijimos, no puede desempeñarle mejor; es lonja en Francia como hubiera sido templo en Grecia. Verdad es que no le ha costado poco trabajo al arquitecto esconder el reloj que hubiera destruido la pureza de las bellas líneas de la fachada; pero tenemos en cambio aquella columnata que circula en torno del monumento, y bajo la cual, en los grandes días de solemnidad religiosa, puede desarrollarse majestuosamente la procesion de los agentes de cambio y de los corredores de comercio.

No hay duda que son estos que decimos unos soberbios monumentos. Agréguese á ellos una multitud de calles entretenidas y variadas, como la calle de Rivoli, y no perdamos la esperanza de que París, á vista de pájaro, llegue á presentar algun día aquella riqueza de líneas, aquella opulencia de detalles, aquella diversidad de aspectos, y aquel no sé qué sello de grandioso en su sencillez y de sorprendente en su belleza que caracterizan á un tablero de damas.

Sin embargo, por admirable que nos parezca el París del día, construyamos en nuestro pensa-

PARIS A VISTA DE PAJARO.

247

miento el París del siglo XV; miremos el cielo al trasluz de aquel laberinto singular de agujas, de torres y de campanarios; derramemos en medio de la inmensa ciudad, quebrems en la punta de las islas, dobleguemos en los ojos de los puentes del Sena con sus anchos charcos verdes y amarillos, mas mudables que la piel de una serpiente; destaquemos con limpieza sobre un horizonte azul el perfil gótico del viejo París; hagamos flotar su contorno en una bruma de invierno que se engancha en sus infinitas chimeneas; empapémosle en una noche profunda, y consideremos el juego singular de las tinieblas y de las luces en aquel sombrío laberinto de edificios; derramemos sobre él un rayo de la luna que le dibuje confusamente, y hagamos resaltar de entre la niebla las grandes cabezas de sus torres; ó consideremos esta negra silueta (1), bañemos en sombra los mil ángulos agudos de las agujas y de las paredes fronteras, y veámosla destacarse mas festoneada que la mandíbula de un tiburón, sobre el cielo dorado de Occidente.—Y en seguida, comparemos.

Y si queremos recibir de la antigua ciudad una impresion que en vano buscaríamos en la moderna, subamos una mañana de gran festividad al salir el Sol de Pascua ó de Pentecostes, subamos á algun

(1) Es voz que ademas de usarla Capmani, hace falta en nuestra lengua: por eso la hemos adoptado. Es voz alemana.

(Nota del traductor.)

punto elevado desde donde dominemos la capital entera, y oigamos el primer repiqueteo de las campanas. Veamos á una señal que viene del cielo, porque el sol es el que la dá, estremecerse á la vez aquellas mil iglesias. Oyense primero campanadas sueltas, que van de una iglesia á otra, como cuando prueban los músicos sus instrumentos para empezar: y luego repentinamente, veamos, porque parece que en ciertos momentos tambien el oido tiene su vista particular, veamos alzarse en el mismo instante de cada campanario, como una columna de ruido, como un humo de armonía. Al principio, la vibracion de cada campana sube recta, pura y por decirlo así, aislada de las otras, al espléndido cielo de la mañana; luego, poco á poco, ahuecándose se confunden, se borran unas con otras, se amalgaman en un magnífico concierto. Y ya no se oye mas que una masa de vibraciones sonoras que se desprende sin cesar de los innumerables campanarios, que flota, ondea, rebota, hierve sobre la ciudad y prolonga muy mas allá del horizonte el círculo atornador de sus oscilaciones. Pero aquel mar de armonía no es un caos; por mas tempestuoso y profundo que sea, no ha perdido su transparencia; vése en él serpentear aparte cada grupo de notas que se exhala de los campanarios. En él se puede seguir el diálogo, ya grave, ya chillon, de la carraca y del órgano; se ven saltar las octavas de un campanario á otro; se las vé lanzarse aladas, ligeras y agudas de la campanilla de plata, caer quebrantadas y cojas

PARIS A VISTA DE PAJARO.

249

del esquilon de madera; admírase en medio de ellas el rico diapason que baja y sube sin cesar de las siete campanas de San Eustaquio; véñese circular por en medio las notas claras y rápidas que hacen tres ó cuatro eses luminosas, y se desvanecen como relámpagos. Allí está la abadía de San Martín, cantora agria y cascada; allí la voz siniestra y tétrica de la Bastilla; mas allá, la ancha torre del Louvre, con su voz de bajo. La régia campana del palacio arroja de continuo á todos lados sus brillantes trinos sobre los cuales caen en uniforme cadencia los pesados golpes de la campana de Nuestra Señora que los hacen retumbar como el yunque bajo el martillo. Véñese pasar de tiempo en tiempo sonidos de todas formas que vienen del triple repiqueteo de San German de los Prados, y luego además, de cuando en cuando, esta masa de voces sublimes se entreabre y dá paso á la *stretta* (1) del Ave-Maria, que estalla y chispea como un penacho de estrellas. Debajo, en lo mas profundo del concierto, distingue el oído confusamente el canto interior de las iglesias que transpira por los vibrantes poros de sus bóvedas.—Cierto que es esta una ópera que merece la pena de escucharse. Por lo general, el rumor que se exhala de París durante el dia, es que la ciudad habla; de noche, es que la ciudad respira; ahora, es que al

(1) Dícese en italiano la *stretta finale*, el último tiempo de cualquier composicion musical.

(N. del trad.)

250

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

ciudad canta. Prestemos el oído á este *tutti* de campanarios; derramemos sobre el conjunto el eco de medio millon de hombres, el eterno murmullo del río, los soplos infinitos del viento, el cuarteto grave y lejano de los cuatro bosques colocados en las colinas como inmensos cañones de órganos; suprimamos en él, como en una media tinta, los sonidos demasiado ríncos ó demasiado agudos del repique-teo central, y digan todos si conocen en el mundo algo mas rico, mas jubiloso, mas dorado, mas deslumbrador que este tumulto de torres y de campanas; que este horno de música; que estas diez mil voces de bronce cantando á la vez en flautas de piedra de trescientos pies de altura; que esta ciudad convertida en una inmensa orquesta; que esta sinfonía tonante como una tempestad.

Libro cuarto.

1.

LAS BUENAS ALMAS.

Dieciseis años hacia en la época en que pasan estos sucesos, que en una hermosa mañana del Domingo de Quasimodo, fué depositada una criatura viva, despues de la misa, en la iglesia de Ntra. Señora, sobre la tabla clavada en el átrio, á mano izquierda, frente por frente de aquella *grande imagen* de San Cristobal, que la estatua esculpida en piedra del señor Antonio de Essarts, caballero, contemplaba de rodillas desde el año 1413, hasta que el santo y el fiel han sido juntamente derribados de los sitios que ocupaban. Sobre aquella especie de tablado era costumbre ofrecer á la caridad pública los niños espósitos; cargaba alli con ellos el primero á quien se le antojaba hacerlo (1). -- Delante del tablado habia una bandeja de cobre para las limosnas.

La especie de ser viviente que yacia en aquel sitio en la mañana de Quasimodo, en el año del

(1) Lo mismo exactamente sucede hoy dia en la catedral de Toledo. (N. del Trad.)

Señor 1467, parecía escitar en muy alto grado la curiosidad del grupo no poco considerable que se había aglomerado alrededor del tablado. Formaban el grupo casi exclusivamente personas del sexo hermoso, y casi todas, á decir verdad, bastante ancianas.

En la primera fila y entre las mas inclinadas sobre el tablado, veíanse cuatro, cuyos monjiles grises claramente anunciaban que pertenecian á alguna devota cofradía. No veo por que razon no ha de transmitir la historia á la posteridad los nombres de aquellas cuatro discretas y venerables señoritas. Eran, pues, las tales, Inés la Herme, Juana de la Tarme, Enriqueta la Gaultiere, Gauchère la Violette, las cuatro viudas, buenas mujeres las cuatro de la capilla Ettiene-Haudry, que salieron de la casa con permiso de su superiora, y conforme á los estatutos de Pedro de Ailly, para ir á oír el sermon.

Cierto que si aquellas dignas ancianas observaban á la sazón los estatutos de Pedro de Ailly, violaban en cambio de cabo á rabo los de Miguel de Brache y del cardenal de Pisa que tan inhumanamente las prescribían el silencio.

—Qué quiere decir esto, hermana? decia Inés á Gauchere, considerando la criatura espósita que berreaba y se retorcia sobre el tablado, asustada de tantas miradas fijas en ella.

—Qué va á ser de nosotras, decia Juana, si hacen así los muchachos en el día?

—Yo por mí entiendo poco de criaturas, aña-

LAS BUENAS ALMAS.

255

dia Inés, pero debe ser un pecado mirar á esta.

—Esto no es una criatura, Inés.

—Es un mono contrahecho, observaba Gaultiere.

—Es un milagro, repuso Henriqueta la Gaultiere.

—En ese caso, observó Inés, este es el tercero desde el domingo de Lœtare; porque aun no hace ocho dias que tuvimos el del que hacia burla de los peregrinos, castigado por Ntra. Señora de Auberouillers, y ya era el segundo milagro del mes.

—Esta especie de niño espósito es un verdadero mónstruo de abominacion, añadió Juana.

—Es capaz de dejar sordo á un chantre con sus berridos, prosiguió Gaultiere.—Calla chillon!

—Y pensar que el señor obispo de Reims es quien envia esta enormidad al señor obispo de París! añadía la Gaultiere, cruzando las manos.

—Yo sospecho, decia Inés la Herme, que será un avechucho, un animal, el producto de un judío y de una marrana; algo en fin que no es cristiano, y que es menester echar al agua ó al fuego.

—Estoy segura, dijo la Gaultiere, que nadie vendrá á recojerle.

—Jesus, Dios mio! exclamó Inés, y esas pobres nodrizas que estan en la inclusa al fin de la callejuela, bajando al rio, allí juntito al palacio del señor obispo! si las llevasen para criar este mónstruo! mejor daría yo de mamar á un vampiro.

— Qué inocente es esta pobre la Herme! repuso Juana; pues no veis, hermana, que este monstruo tiene por lo menos cuatro años, y que de mejor gana cojeria él un cabrito asado que una teta.

No era en efecto un recién nacido "aquel monstruo." (Mal pudiéramos nosotros calificarle con otro nombre). Era el tal ni mas ni menos que una pequeña masa muy angulosa y movediza, zambullida en un saco de lienzo con un rótulo impreso al nombre del señor Guillermo Chartier, obispo de París á la sazón, con una cabeza que salia. Esta cabeza era cosa bastantemente disforme; solo se veian en ella un bosque de pelos rojos, un ojo, una boca y dientes; el ojo lloraba, la boca berreaba, y los dientes hubieran mordido de buena gana; y el conjunto se revolvía en el talego, con notable estupefaccion del gentío que aumentaba y se renovaba sin cesar en derredor.

La señora Aloisa de Gondelaurier, dama noble y rica que llevaba de la mano á una preciosa niña de como hasta seis años, y arrastraba un largo velo pendiente de la aurea aguja de su peinado, detúvose al paso delante del tablado, y consideró por un momento á la desventurada criatura, mientras su linda hija Flor de Lis deletreaba con ayuda de su diminuto dedo el rótulo permanente enganchado en aquel lugar: NIÑOS ESPOSITOS.

— Vaya, dijo la señora volviendo la cara con repugnancia, yo pensaba que no se esponian aquí mas que criaturas.

PARIS A VISTA DE PAJARO.

257

Volvió entonces la espalda, echando en la bandeja un florin de plata que resonó entre los ocha-vos, é hizo abrir los ojos como el puño á las pobres viejas de la capilla Etienne-Haudry.

Pasó un momento despues el grave y erudito Roberto Masticolle, protonotario del rey, con un enorme misal en un brazo, y su muger en el otro (la señorita Guillemete la Mairesse), colocado de este modo entre sus dos cánones, el espiritual y el temporal.

-- Niño espósito! dijo despues de haber examinado el objeto, espósito seguramente en la orilla del rio Flageton (1).

-- No se le vé mas que un ojo, observó la señorita Guillemette; tiene encima del otro una verruga.

-- No es una verruga, respondió maese Roberto Misticolle; es un huevo que contiene otro demonio en un todo semejante al que estamos viendo, el cual contiene otro huevecillo que contiene otro diablo, y asi sucesivamente.

-- ¿Cómo lo sabeis? preguntó Guillemette le Mairesse.

-- Lo sé pertinentemente, respondió el protonotario.

-- Señor protonotario, preguntó Gauchere ¿qué

(1) *Niño espósito* se dice en francés *niño hallado* (trouvé); el retruécano del protonotario no puede conservar su chiste en la traducción. (Nota del traductor.)

pronostica vuestra merced de esta especie de niño espósito?

— Las mas inminentes desgracias, respondió Mistricolle.

— Ay, Dios mio! dijo una vieja en el auditorio; y añádase á eso que ha habido una terrible pestilencia el año pasado, y que se suena que muchísimos ingleses van á desembarcar en Harefleu.

— Y puede que eso impida que venga la reina á París en el mes de setiembre. El comercio va ya tan mal!...

— Pienso, exclamó Juana de la Tarme, que mas valdria para los vecinos de París que este pequeño nigromántico estuviese tendido sobre una hoguera que sobre un tablado.

— Una buena hoguera flamante! añadió la vieja.

— Eso sería lo mas prudente, dijo Mistricolle.

Pocos momentos hacia que estaba escuchando los racionios de las viejas y las sentencias del protonotario un jóven sacerdote, de semblante severo, ancha frente, y mirada profunda. Separó sin decir palabra á la gente; examinó al *pequeño nigromántico*, y estendió la mano sobre él, muy á tiempo en efecto, porque ya todas las devotas se relamian el hocico de gusto pensando en la *buena hoguera flamante*.

— Yo adopto este niño, dijo el sacerdote.

Tomóle bajo su sotana, y se lo llevó, seguido de las atónitas miradas del concurso. Un momento

PARIS A VISTA DE PAJARO. 259

después ya había desaparecido por la Puerta-Colorada que conducía entonces de la iglesia al claustro.

Pasada la primera sorpresa, acercóse Juana de la Tarme al oído de la Gaultiere.

— Bien decía yo, hermana, que ese clérigo Don Claudio Frollo, tan jovencito, tiene sus puntas de hechicero.

2.

CLAUDIO FROLLO.

En efecto, **Claudio Frollo** no era un personaje vulgar.

Pertenecía á una de aquellas familias de la clase media que el impertinente lenguaje del siglo pasado llama indiferentemente alta plebe ó pequeña nobleza. Esta familia habia heredado de los hermanos Paclet el feudo de Tirechape, que dependia del obispo de París y cuyas veintiuna casas habian sido en el siglo XIII objeto de tantos pleitos y desavenencias. Como poseedor de aquel feudo, Claudio Frollo era uno de los veintiocho señores aspirantes á censual en París y sus arrabales; y por mucho tiempo ha podido verse su nombre inscripto como tal entre el palacio de Taucauville, perteneciente á maese Francisco Le Rez, y el colegio de Tours, en el cartulario depositado en San Martin de los Campos.

Desde su primera infancia fué destinado Claudio Frollo por sus padres al estado eclesiástico. Ha-

CLAUDIO FROLLO.

261

bíanle enseñado á leer cosas escritas en latín; habíanle acostumbrado á bajar los ojos y hablar con mesura. Siendo niño, encerróle su padre en el colegio de Torchi, en la Universidad, donde se crió devotamente sobre el misal y el lejicon.

Era en verdad un muchacho triste, grave, serio que estudiaba con ardor y aprendía pronto; no ponía el grito en el cielo en las horas de asueto, se mezclaba poco á las bacanales de la calle del Fouarre, no sabía lo que era *dare alapas et capillos laniare*, y en nada habia figurado en aquella sarrazina de 1463 que los analistas califican gravemente de: "Sesto alboroto de la Universidad". Rara vez le sucedia burlarse de los pobres estudiantes de Montaigu por las *monteras* de donde tomaban su nombre (1) ó á los colegiales de beca por su tonsura lisa y manteos de tres colores, verde, azul y morado, *azurini coloris et bruni*, como dicen los reglamentos del cardenal de las Cuatro Coronas.

Pero en cambio asistia perenne á las grandes y pequeñas aulas de la calle San Juan de Beauvais. El primer estudiante que veia, pegado en frente de su cátedra á un pilar de la escuela de San Vendregesilo, el abad de San Pedro de Val, en el momento de empezar su lectura de derecho canon, era Claudio Fróllo, armado de su tintero de cuerno, escribiendo sobre su lustrosa rodilla y soplán-

(1) *Montaigu* significa *monte-agudo*.

(Nota del traductor.)

dose los dedos en invierno, El primer espectador que el señor Miles de Isley doctor en derecho, veía llegar todos los lunes por la mañana desalentado al abrirse las puertas de la escuela del Chef-Saint-Denis, era Claudio Frollo. De modo que á los diez y seis años hubiera podido el jóven estudiante tenerse las tiasas en teología mística con un padre de la Iglesia ; en teología canónica , con un padre de los concilios ; en teología escolástica , con un doctor de la Sorbona.

Pasada la teología, precipitóse en el decreto : del *Maestro de las Sentencias* cayó en las *Capitulares de-Carlo-Magno*; y en su apetito de ciencia , devoró sucesivamente decretales sobre decretales, las de Teodoro , obispo de Hispalis , las de Bouchard obispo de Wornes, las de Ievs , obispo de Chartres, luego el decreto de Graciano que sucedió á las capitulares de Carlo-Magno; luego la recopilacion de Gregorio IX ; luego la epístola *Super spècula* de Honorio III. Hízose claro y familiar aquel vasto y tumultuoso período del derecho civil y del derecho cánon en lucha y trabajo en el caos de la edad media, período que abre el obispo Teodoro en 618, y que cierra en 1227 el papa Gregorio.

Dijerido el decreto, engolfóse en la medicina, en las artes liberales: estudió la ciencia de las yerbas , la ciencia de los unguentos; llegó á ser esper-to en las calenturas y en las contusiones, en las heridas y en los tumores. Santiago de Espars le hubiera recibido médico físico , Ricardo Hellain , médi-

CLAUDIO FROLLO.

263

co cirujano. Recorrió igualmente todos los grados de la licencia, majisterio, doctorado: estudió las lenguas, el latín, el griego, el hebreo, triple santuario muy poco frecuentado á la sazón: era aquella una verdadera fiebre de adquirir y atesorar en punto á ciencia. A los diez y ocho años, estaba ya examinado en las cuatro facultades; pensaba el jóven que la vida no tenía mas que un fin: saber.

En esta época con corta diferencia fué cuando el escesivo calor del verano en 1466 produjo aquella gran peste que arrebató mas de cuarenta mil personas en el vizcondado de París, y entre otras, dice Juan de Troyes "á maese Arnoul, astrólogo del rey " que era muy hombre de bien, discreto y agudo". Corrieron voces en la Universidad de que la calle Tirechappe era una de las mas azotadas por la peste, y en ella es donde residian, en medio de su feudo, los padres de Claudio. Acudió temblando el jóven á la casa paterna, y cuando llegó á ella, supo que habian muerto el dia anterior su padre y su madre. Un hermanito suyo, tan niño que aun mambaba, vivia aun y lloraba abandonado en su cuna. Esto es todo lo que quedaba á Claudio de su familia: cojió el jóven al niño entre sus brazos, y salió pensativo de aquel lugar de desolacion. Hasta entonces no habia vivido mas que en la ciencia; ya empezaba á vivir en la vida.

Fué aquella catástrofe una crisis en la existencia de Claudio. Huerfano, hermano mayor, padre de familia

lia á diez y nueve años, tuvo que pasar en violenta transición de las meditaciones de la escuela á las realidades de la vida. Movido entonces á compasión, sintió una ternura profunda hácia aquel niño, su hermano; cosa estraña y dulce! un afecto humano en aquel corazón que nunca habia amado mas que los libros.

Desarrollóse aquel afecto hasta un grado singular; en un alma tan nueva como aquella, fue como un primer amor. Separado desde la infancia de sus padres, á quienes apenas habia conocido, encerrado en un claustro y como emparedado en sus libros, ansioso ante todas cosas de estudiar y de aprender, ocupado esclusivamente hasta entonces en su inteligencia que se dilataba con el estudio, en su imaginación que crecía con las letras, el pobre muchacho no habia tenido tiempo todavía para sentir el lugar de su corazón. Aquel hermanito, sin padre ni madre, aquella tierna criatura que le caía impensadamente del cielo entre los brazos, hizo de él otro hombre; conoció entonces que habia otra cosa en el mundo á mas de las ciencias de la Sorbona, y de los versos de Homero; que el hombre necesita amar; que la vida sin ternura y sin amor no es mas que un mecanismo seco, áspero y destemplado. Solamente se figuró, porque aun estaba en la edad en que á las ilusiones no suceden mas que otras ilusiones, que los afectos de la sangre y de la familia eran todo lo que necesita el alma, y que su amor á un niño bastaba para llenar toda su existencia.

CLAUDIO FROLLO.

265

Precipitóse, pues, en el amor de su tierno Juanito con la pasión de un carácter profundo, ardiente, concentrado. Aquella pobre y débil criatura, linda, rubia, rosada y pura, aquel huérfano, sin mas apoyo que el de otro huérfano, le conmovia hasta el fondo de sus entrañas, y grave pensador, como lo era, empezó á meditar sobre aquel niño con una misericordia infinita. Amóle y cuidó de él como de una cosa muy fragil y delicada, y fue para aquella criatura mas que un hermano, tanto como una madre.

Cuando perdió el niño Juanito á su madre mataba todavía; Claudio le tomó una nodriza. Además del feudo de Tirechape, heredó de su padre el feudo del Molino, dependiente de la torre cuadrada de Chantilly; era aquel un molino situado sobre una colina, junto al castillo de Winchester (hoy Bicetre) La molinera estaba criando á un niño, y aquel sitio no estaba lejos de la Universidad; Claudio la llevó su hermano.

Desde entonces, viéndose ya con obligaciones, tomó la vida como cosa muy seria; el recuerdo de su hermanito, fue no solo el estímulo, sino el objeto de sus estudios. Resolvió consagrarse todo entero á un porvenir de que debía responder delante de Dios, y no tener jamás otra esposa, otro hijo que la felicidad y la suerte de su hermano. Decidióse, pues, mas que nunca por su vocacion eclesiástica; su mérito, su sabiduría, su calidad de vasallo inmediato del obispo, le abrian de par en par las puertas de

la iglesia. A los veinte años, por dispensa especial de la santa sede, ya era sacerdote y decía misa, como el mas jóven de los capellanes de Nuestra Señora, en el altar que se llama, á causa de la misa tardía que en él se dice, *altare pigrorum*.

Y allí, sumerjido mas que nunca en sus amados libros de que no se separaba mas que para ir á pasar una hora en el feudo del Molino, aquella mezcla de saber y de austeridad, tan rara en su edad, no tardó en granjearle el respeto y la admiracion del claustro. Del claustro pasó al pueblo su reputacion de sábio, donde, cosa muy frecuente entonces, habia ido maleándose hasta el punto de convertirse, ó punto menos, en renombre de hechizería.

Un dia, pues, el Domingo de Quasimodo (1), en que volvia de decir su misa de los perezosos en su altar que estaba junto á la puerta del coro, á la derecha, inmediato á la imagen de la Vírjen, llamó su atencion el grupo de que antes hablamos, de las vicjas apiñadas alrededor del tablado de los niños espósitos.

Acercóse entonces á la pobre criatura tan aborrecida y amenazada. Aquella miseria, aquella deformidad, aquel abandono, el recuerdo de su hermano, la idea que de repente agitó su imaginacion de que si él moria, su amado Juanito podria tambien ser arrojado en el atrio de los niños espósitos, to-

(1) Asi llamado á causa de la misa de *Quasimodo geniti infantes etc.*, que en él se dice: llámase mas comunmente domingo de albis. (N. del Trad.)

CLAUDIO FROLLO.

267

das aquellas sensaciones se agolparon á la par en su corazon; sintió una compasion profunda y llevóse la criatura.

Luego que sacó á aquel muchacho del saco, le halló muy disforme en efecto. El pobre diablillo tenia una berruga en el ojo izquierdo, la cabeza metida entre los hombros, arqueada la columna vertebral, el esternon prominente y las piernas torcidas; pero parecia vivaracho, y aunque no era facil saber que lengua era la que berreaba, sus gritos anunciaban fuerza y salud. Aquella fealdad aumentó la compasion de Claudio, é hizo voto en el fondo de su corazon de criar á aquel niño por el amor de su hermano, á fin de que cualesquiera que fuesen en lo succesivo las culpas de Juanito, tuviese en su favor aquella limosna hecha en su nombre y por él. Era aquella una especie de imposicion de buenas obras que efectuaba en nombre de su hermano; una provision de buenas acciones que queria reunirle de antemano, para el caso de que algun dia llegára á hallarse no muy sobrado el picaruelo de aquella moneda, la única que se recibe en el portazgo del cielo.

Bautizó á su hijo adoptivo y llamóle Quasimodo, ya porque quisiese indicar asi el dia en que le habia hallado, ó ya por caracterizar con aquel nombre hasta que punto era la pobre criatura incompleta y apenas bosquejada. En efecto, Quasimodo, tuerto, jorobado y patizambo no era ni mas ni menos que un *con corta diferencia*.

3.

**INMANIS PECORIS CUSTOS,
INMANIOR IPSE.**

En 1482 ya había crecido Quasimodo. Muchos años hacía ya que era campanero de Nuestra Señora, merced á su padre adoptivo Claudio Frollo, el cual había llegado á ser arcediano de Josas, merced á su señor feudal el Señor Luis de Beaumont, el cual había llegado á ser obispo de París en 1472 por muerte de Guillermo Chartier, merced á su Mecenas Oliveros le Gamo (1), barbero del rey Luis XI por la gracia de Dios.

Quasimodo era pues campanero de nuestra Señora.

Había llegado á formarse con el tiempo no sé que union íntima entre la iglesia y el campanero. Separado para siempre del mundo por la doble fatalidad de su nacimiento desconocido, y de su disforme naturaleza, encerrado desde su infancia en

(1) Oliveros el *Malo*. Este célebre cortesano y barbero era conocido también por el nombre que le dió el pueblo de *Oliveos el Diablo*, por lo diabólico que era. (*Nota del trad.*)

INMANIS TECORIS CUSTOS, ETC. 269

aquel doble círculo intraspasable, el pobre infeliz se había acostumbrado á no ver nada en el mundo mas allá de las religiosas paredes que le habían albergado en su sombra. Nuestra Señora había sido sucesivamente para él, á medida que crecía y se desarrollaba, el huevo, el nido, la casa, la patria, el universo.

Y es seguro que había una especie de armonía misteriosa y preexistente entre aquella criatura y aquel edificio. Cuando, pequeñuelo todavía, arrastrábase tortuosamente y á gatas bajo las tinieblas de sus bóvedas, parecía, con su semblante humano y sus miembros bestiales, el reptil natural de aquellas losas húmedas y sombrías sobre las cuales proyectaba tantas formas singulares la sombra de los capiteles bizantinos.

Y despues, la primera vez que se asió maquinalmente á la cuerda de las torres, que se colgó á ella y puso en movimiento la campana, parecióle á Claudio, su padre adoptivo, que el niño empezaba á hablar.

Asi fue como poco á poco, desarrollándose siempre en el sentido de la catedral, viviendo, durmiendo en ella, no saliendo de ella casi nunca, y recibiendo á todas horas su misteriosa presion, llegó á serle semejante, á incrustarse en ella por decirlo asi, á formar parte integrante de su todo. Sus ángulos salientes se amoldaban, (permítasenos esta figura) en los ángulos entrantes del edificio, y tanto que parecia no solo su habitante, sino hasta su

contenido natural: casi pudiera decirse que había tomado su forma como toma el caracol la de su concha. Aquella era su mansión, su agujero, su molde. Existían entre él y la vieja catedral una simpatía instintiva tan profunda, tantas afinidades magnéticas, tantas afinidades materiales, que estaba en ella como la tortuga en su concha. La rugosa catedral era su corteza.

Inútil será advertir á nuestros lectores que no tomen al pie de la letra las figuras que tenemos que emplear aquí para espresar aquel ayuntamiento singular, simétrico, inmediato, casi consubstancial, de un hombre y de un edificio: inútil será también decir hasta que punto se había hecho familiar toda la catedral en una tan larga é íntima cohabitación. Aquella morada le era propia, era de él; no había en ella profundidad en que no hubiese penetrado Quasimodo, ni altura que no hubiese escalado; muchas veces le acontecía trepar por toda la fachada hasta inmensas elevaciones, sin mas ayuda que las asperezas de la escultura. Las torres sobre las cuales se le veía con frecuencia rastrear como un sapo que se desliza por una pared perpendicular, aquellas dos gigantes, gemelas, tan altas, tan inminentes, tan peligrosas, no tenían para él ni vértigos, ni terrores, ni sacudidas de atolondramiento. Al verlas tan suaves bajo sus manos, tan fáciles de escalar, parecía que las había domesticado: y era que á fuerza de saltar, de trepar, de retozar en medio de los abismos de la gigantesca cate-

INMANIS PECORIS CUSTOS, ETC. 271

dral, habia adquirido algo de mico y cabra juntamente, como los niños de Calabria, que nadan antes de andar, y juegan de pequeñuelos con las olas.

Ademas, no solo se habia su suerdo amoldado á la forma de la catedral, sino su alma tambien. ¿En qué estado se hallaba aquella alma? ¿qué pliegue habia contraido, qué forma habia tomado en aquella corteza nudosa, en aquella vida silvestre? Difícil seria determinarlo. Quasimodo habia nacido tuerto, jorobado, cojo, y solo á fuerza de mucho trabajo y paciencia habia logrado Claudio Frollo enseñarle á hablar. Pero una fatalidad perseguia al pobre niño espósito. Campanero de Nuestra Señora á los catorce años, una nueva dolencia habia venido á completar su infortunio; las campanas le habian roto el tímpano, y el infeliz quedó sordo. La única puerta que la naturaleza le habia dejado abierta en este mundo, habíase cerrado para siempre.

Cerrándose, interceptó el único rayo de alegría y de luz que penetraba aun en el alma de Quasimodo: aquella alma cayó en una noche profunda: la melancolía del miserable se hizo incurable y completa como su deformidad. Añádase á esto que su sordera le hizo mudo en cierto modo; porque, para no ser el hazme reir de los demas, desde el momento en que se vió sordo, determinóse á un silencio obstinado que solo rompía cuando estaba solo: ató voluntariamente aquella lengua que con tanto trabajo habia desatado Claudio Frollo. Y de aqui

272 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

provenía que cuando la necesidad le precisaba á hablar, su lengua estaba embotada, torpe, como una puerta, cuyos goznes están cubiertos de mohó.

Si intentáramos ahora penetrar hasta el alma de Quasimodo por entre aquella corteza dura y espesa; si pudiéramos sondar las profundidades de aquella organizacion contrahecha; si nos fuera dado mirar con una antorcha detras de aquellos órganos sin transparencia, explorar el interior tenebroso de aquella criatura opaca, iluminar sus oscuros rincones, absurdas cavidades y echar de repente una luz viva sobre la sursiquis encadenada en el fondo de aquella caverna, seguramente halláramos á la desdichada en alguna actitud pobre, acurrucada y raquítica como aquellos prisioneros de los calabozos de plomo venecianos que envejecian doblegados en una caja de piedra demasiado baja y estrecha.

Es indudable que el alma se marchita en un cuerpo informe: Quasimodo sentia apenas moverse ciegamente dentro de él un alma hecha á su imagen. Las impresiones de los objetos padecian una refraccion considerable antes de llegar á su pensamiento: su cerebro era un centro particular; las ideas que le cruzaban salian de todo punto tortuosas: la reflexion que provenia de aquella refraccion era necesariamente diverjente y torcida.

Provenian de aquí mil ilusiones de óptica, mil aberraciones del entendimiento, mil errores en que divagaba su mente, ya loca, ya idiota.

INMANIS PECORIS CUSTOS, ETC. 273

El primer efecto de aquella fatal organizacion era enturbiar la mirada que echaba sobre las cosas, de las cuales casi no recibia ninguna percepcion inmediata. El mundo exterior le parecia mucho mas lejano que á nosotros.

El segundo efecto de su desgracia, era hacerle malo.

Era malo en efecto, porque era salvaje; y era salvaje porque era contrahecho. Habia en su naturaleza cierta lójica como en la nuestra.

Su fuerza tan extraordinariamente desarrollada, era un motivo de mas para que fuera malo. *Malus puer robustus*, dice Hobbes.

Pero es menester decir en honor de la verdad que la maldad no era innata en él: desde sus primeros pasos entre los hombres, habiase sentido, luego se habia visto ajado, rechazado, escarnecido. La palabra humana para él era siempre un insulto, una burla ó una maldicion. Cuando fue creciendo, no vió mas que odio en torno de sí, y le recojió: él reasumió toda la maldad general; asíó el arma con que le habian herido.

Ademas, no gustaba de volver la cara hácia el mundo: bastábale su catedral poblada de figuras de mármol; reyes, santos, obispos que á lo menos no se le reian en los hocicos, y le miraban con serena afabilidad. Las otras estátuas, las de los mónstruos y los demonios no le aborrecian á él; mas bien hacian burla de los otros hombres. Los santos eran sus amigos y le bendecian; los mónstruos eran sus

amigos, y le protegían. Por eso tenía grandes confianzas con ellos; por eso pasaba á veces horas enteras, acurrucado delante de una de aquellas estatuas, conversando solitariamente con ella; y si llegaba alguno, huía como un amante sorprendido en una serenata.

Y no era la catedral para él la sociedad solamente, sino también el Universo, sino también toda la naturaleza. No había para él más espalderas que las pintadas vidrieras siempre floridas, mas sombra que la de aquellos follajes de piedra que se estienen cargados de pájaros en la copa de los capiteles sajones, mas montañas que las colosales torres de las iglesias, mas océano que la capital que bullía á sus pies.

Lo que amaba sobre todas las cosas en el edificio maternal, lo que despertaba su alma y la hacía abrir sus pobres alas que tenía tan miserablemente replegadas en su caverna, lo que á veces le hacía feliz, eran las campanas: Quasimodo las amaba, las acariciaba, las hablaba, las comprendía. Desde el esquilón del crucero hasta la gran campana mayor, á todas las amaba con ternura: el campanario del crucero, las dos torres eran para él como tres grandes jaulas, cuyos pájaros criados por él, no cantaban mas que para él. Aquellas campanas sin embargo eran las que le habían vuelto sordo; pero muchas veces las madres quieren mas que á los otros al hijo que más les ha hecho sufrir.

Verdad es que su voz era la única que podía oír,

INMANIS PECORIS CUSTOS, ETC. 275

y por este título la campana mayor era su querida, era la que él prefería en aquella familia de muchachas alborotadoras, que se bamboleaba en torno suyo los días festivos. Aquella campana se llamaba María, y estaba sola en la torre meridional con su hermana Jacobilla, campana algo menor, encerrada en un cuarto mas pequeño al lado del suyo. Esta Jacobilla, llamábase así, del nombre de la mujer de Juan Montagu, el cual se la dió á la iglesia; lo que no le impidió ir á figurar decapitado en Montfaucon. Había en la segunda torre otras seis campanas, y las seis mas pequeñas, en fin, habitaban el campanario sobre el crucero con la campana de madera que no se tocaba mas que desde despues del medio dia del Jueves Santo hasta la mañana de la víspera de Pascua. Tenía, pues, Quasimodo quince campanas en su serrallo; pero María era su favorita.

Imposible sería formarse idea de cual era su alegría en los días de gran campaneó. Apenas le soltaba el arcediano y le decía:--Vé! cuando subía la rosca del campanario en menos tiempo del que hubiera tardado otro en bajarla. Entraba jadeando en la estancia aérea de la gran campana; considerábala un momento con devoción, con amor; luego la dirigía la palabra con dulzura y la acariciaba con la mano como á un buen caballo que va á emprender una larga carrera, — y la compadecía por el trabajo que iba á pasar. Despues de estas primeras caricias, gritaba á los monaguillos, colocados en el

;

piso inferior de la torre, diciéndoles que empezaran: colgábanse estos á los cables, rechinaba el cable brestante, y la enorme capsula de metal se ponía lentamente en movimiento. Quasimodo, palpitante, la seguía con los ojos; el primer choque del hadajo contra la pared de bronce hacia temblar la armazón de madera en que se sostenía. Quasimodo vibraba con la campana; -- Vuela! gritaba soltando una carcajada insensata. Acelerábase el movimiento de la campana y á medida que recorría un ángulo mas abierto, el ojo único de Quasimodo se abría tambien cada vez mas fosfórico y resplandeciente. Empezaba por fin el repiqueteo; temblaba toda la torre; madera, plomo, piedra de sillería todo retumbaba á la par, desde las estacas de los cimientos hasta los ornatos de la techumbre. La campana desenfrenada y furiosa presentaba alternativamente á las dos paredes de la torre su garganta de bronce, de donde salía aquel aliento de tempestad que se oye á cuatro leguas. Colocábase Quasimodo delante de aquella boca abierta; se agachaba, se levantaba con las vueltas de la campana, aspiraba aquel aliento impetuoso, y ya miraba la profunda plaza que hormigueaba á doscientos pies debajo de él, ya la enorme lengua de cobre que venía á zumbar en sus oídos. Era aquella la única palabra que oía, el único sonido que interrumpía para él el silencio universal: en él se dilataba como un pájaro al sol. Repentinamente, apoderábase de él el frenesí de la campana; su mirada parecia deli-

INMANIS PECORIS CUSTOS, ETC. 277

rante; esperaba la campana al paso, como espera la araña á la mosca, y se precipitaba sobre ella á brazo partido. Entonces suspendido sobre el abismo, lanzado en el formidable impulso de la campana, asia por sus dosaletas al mónstruo de bronce, le golpeaba con sus dos talones, y aumentaba con todo el choque y el peso de su cuerpo la furia del campaneó. Y la torre vacilaba, y Quasimodo gritaba y rechinaba los dientes, y sus cabellos rojos se herizaban, su pecho bramaba como el fuelle de un fragua, su ojo brotaba llamas, la enorme campana relinchaba jadeando debajo de él; y entonces, ya no era aquello la campana de Nuestra Señora ni Quasimodo; era un sueño, un torbellino, una tempestad; el vértigo cabalgando sobre el ruido; un espíritu asido á una grupa volante; un monstruoso centauro medio hombre, medio campana; una especie de Astolfo horrible, arrebatado sobre un prodijioso hipógrifo de bronce vivo.

La presencia de aquel ser extraordinario hacia circular en toda la catedral no sé que aliento de vida, como si exhalára de él, así lo aseguraban al menos las supersticiosas creencias del pueblo, una misteriosa emanacion que animaban todas las piedras de Nuestra Señora, y hacia palpitar las profundas entrañas de la vieja catedral. Bastaba saber que estaba él allí para que se creyese ver con vida y movimiento las mil estátuas de los pórticos y de las galerías. Y en efecto, la catedral parecia una criatura dócil y obediente bajo su mano; esperaba su vo-

luntad para alzar su inmensa voz; estaba ocupada y poseida por Quasimodo como por un genio familiar. Parecía que por él respiraba el inmenso edificio, y en él se hallaba realmente por dó quiera y se multiplicaba en todos los puntos del monumento. Ya veía el pueblo con terror en la punta de una de sus altas torres á un enano singular que trepaba, rastreaba, serpeaba á cuatro patas, pendía por fuera sobre el abismo, brincaba de ángulo en ángulo, y se metía y acurrucaba en el vientre de alguna gorgona esculpida, —y era Quasimodo buscando nidos de cuervos. Ya tropezaban los pies en un oscuro rincón de la iglesia con una especie de quimera viva, agachada é informe, —y era Quasimodo meditando; ya se veía en la cima de un campanario una cabeza enorme y un manojó de miembros disparatados meciéndose con furor en la punta de una cuerda, —y era Quasimodo tocando á vísperas ó al Ave-María. A veces, por la noche, veíase vagar una forma horrible sobre la aérea balaustrada de encaje que corona las torres y el contorno de la ápside, y era también el jorobado de Nuestra Señora. Entonces, decían las vecinas, tomaba toda la iglesia algo de fantástico, de sobrenatural, de espantoso; abriáanse por dó quiera ojos y bocas, oíanse ladrar los perros, las sierpes, las tarascas de piedra que velan día y noche, alargando el pescuezo y abriendo las fauces en torno de la monstruosa catedral. Y si era en una noche de Navidad, mientras la campana mayor que sonaba como el hipo de un mori-

INMANIS PECORIS CUSTOS, ETC. 279

bundo, llamaba á los fieles á la ardiente misa del gallo, presentaba un aspecto tan singular la sombría fachada que no parecía sino que el porton devoraba el jentío, y que el roseton lo miraba. Y de todos aquellos efectos, era Quasimodo la causa. El Egipto le hubiera tomado por el Dios de aquel templo; la edad media le creía su demonio — y era su alma.

Y á tal punto es así, que para los que saben que ha existido Quasimodo, Nuestra Señora está hoy desierta, inanimada, muerta: se conoce que algo ha desaparecido de ella. Aquel cuerpo inmenso está vacío, es un esqueleto; el alma le ha abandonado, y ya no queda mas que el sitio donde debiera estar. Es como un cráneo donde quedan todavía los agujeros para los ojos, pero donde ya no hay vista.

EL PERRO Y SU AMO.

Habia sin embargo una criatura humana á quien esceptuaba Quasimodo de su malicia y de su odio á las demas, y á quien amaba tanto y acaso mas que á su catedral. Esta era Claudio Frollo.

Y era esto muy natural: Claudio Frollo le habia recojido, le habia adoptado, le habia criado, le habia educado. Siendo muy niño, acostumbraba refugiarse entre las piernas de Claudio Frollo cuando le acosaban los perros y los muchachos. Claudio Frollo le habia enseñado á hablar, á leer, á escribir; Claudio Frollo en fin, le habia hecho campanero; y dar por esposa á Quasimodo la gran campana María, era dar á Romeo su Julieta.

Por eso la gratitud de Quasimodo era profunda, apasionada, sin límites; y aunque el rostro de su padre adoptivo casi siempre era nebuloso y severo, aunque era su voz por lo comun breve, dura, imperiosa, jamás se desmintió un solo momento aquella gratitud. Tenia el arcediano en Quasimodo el

EL PERRO Y SU AMO.

281

esclavo mas sumiso, el criado mas dócil, el perro mas vijilante que imajinarse puede. Cuando se quedó sordo el pobre campanero, establecióse entre él y Claudio Frollo un idioma de signos misteriosos y en que ellos solos se entendian; y de este modo, el arcediano fué el único ser humano con quien conservó Quasimodo alguna comunicacion. No tenia relaciones en este mundo mas que con dos cosas; con Nuestra Señora y con Claudio Frollo.

Nada es comparable al imperio que ejercía el arcediano sobre el campanero, al cariño que tenía el campanero al arcediano: hubiera bastado una simple indicacion de Claudio y la idea de agradarle, para que se precipitára Quasimodo desde lo alto de las torres de Nuestra Señora. Era en efecto cosa singular ver toda aquella fuerza física, desarrollada en Quasimodo hasta un grado tan extraordinario, y puesta por él tan ciegamente á disposicion de otro. Habia allí seguramente amor filial y leatad doméstica; habia tambien fascinacion de un alma producida por otra alma; una organizacion pobre, infeliz é imperfecta que se humillaba suplicante y sumisa delante de una inteligencia alta y profunda, poderosa y superior: y en fin, ante todas cosas, era gratitud, gratitud llevada á tal extremo que no sabemos á que compararla. No es esta virtud de aquellas cuyos mas brillantes ejemplos se encuentran entre los hombres; y asi diremos que Quasimodo amaba al arcediano como nunca amó á su amo ningun perro, ningun caballo, ningun elefante.

CONTINUACION DE CLAUDIO FROLLO.

En 1482, tenía Quasimodo como hasta veinte años, Frolo como hasta treinta y seis. El uno había crecido, el otro había envejecido.

No era ya Claudio Frolo el niño estudiante del colejio de Torchi; el tierno protector de una criatura; el jóven y caviloso filósofo que sabia muchas cosas é ignoraba muchas. Era un sacerdote austero, grave, pensativo; un director de almas; el señor arcediano de Josas, el segundo acólito del obispo, encargado de los dos deanatos de Montlhery, y de Chateaufort, y de ciento setenta y cuatro curatos rurales. Era un personaje imponente y sombrío, delante de quien temblaban los niños de coro con sus albas y chaquetillas, los cantores de Iglesia, los cofrades de San Agustin, los clérigos matutinos de Nuestra Señora, cuando pasaba lentamente bajo las altas ojivas del coro, majestuoso, meditabundo, con los brazos cruzados y tan inclinada la cabeza sobre el pecho que no se veía de su rostro mas que su ancha frente calva.

CONTINUACION DE CLAUDIO FROLLO. 283

Pero Don Claudio Frollo no había abandonado por eso ni la ciencia, ni la educación de su hermano menor, aquellas dos ocupaciones de su vida; pero el tiempo mezcló alguna amargura á estas cosas tan dulces. A la larga, dice Pablo Diacre, el mejor tocino se vuelve rancio. El tal Juanito Frollo, apellidado *del Molino* á causa del sitio en que se había criado, no creció en la dirección que quiso imprimirle Claudio: el hermano mayor contaba con sacar un discípulo dócil, piadoso, docto, digno como su maestro; pero el bueno del hermanito, como aquellos tiernos árboles que burlan los esfuerzos del jardinero, y se vuelven con tenacidad hácia el sitio de donde les viene el aire y el sol, no estendía anchos ramos pomposos y floridos mas que por el lado de la pereza, de la ignorancia y de la crápula. Era un verdadero barrabás, muy desordenado, lo que hacia fruncir las cejas á don Claudio, pero muy agudo y muy sutil, lo que hacia sonreír al hermano mayor. Confióle Claudio al mismo colegio de Torchi donde había pasado sus primeros años en el estudio y la meditación; y fué un dolor para él que aquel santuario se viese actualmente escandalizado por el nombre de Frollo que fué algún día su edificación. Echaba por ello algunas veces á Juan largos y severos sermones que escuchaba este con intrepidez, porque en resumidas cuentas tenía buen corazón el picarillo, como es uso y costumbre que suceda en todas las comedias. Pero, pasado el sermón, no dejaba por eso de proseguir impávido el

curso de sus sediciones y enormidades. Ya llegaba á don Claudio la noticia de que habia zurrado á un *novato* (llamábanse así los recién entrados en la Universidad) á guisa de agasajo y salutacion; tradicion preciosa que se ha perpetuado vijente hasta nuestros dias. Ya la de que habia dado caza á una tropa de estudiantes, los cuales se habian clásicamente refugiado en una tabernilla, *quasi clasico excitati*, y habian apaleado al tabernero "con estacas ofensivas" y saqueado alegremente la casa hasta el punto de destripar los barriles en la bodega. — Ya le llegaba un erudito parte en latin que presentaba el vice-director de Torchi todo mohino á don Claudio con esta dolorosa apostilla: *Rixa; prima causa vinum optimum potatum*. Decíase en fin, horror en un muchacho de dieciseis años, que sus demasias se estendian tal vez hasta la calle de Slatigny (1).

Con estas amargas noticias, aflijido y desanimado Claudio en sus afectos humanos, se echó con mas teson que nunca en los brazos de la ciencia, hermana cariñosa que al menos no se rie de quien la ama y que le paga siempre, aunque en moneda tal vez sobrado hueca, del culto que se la consagra.—Fué, pues, llegando á ser cada vez mas sabio y al mismo tiempo, por una consecuencia natural, cada vez mas ríjido como sacerdote, cada vez mas adusto como hombre. Hay, para cada uno de noso-

(1) Calle habitada en lo general por rameras y jente de mala vida.

(N. del Trad.)

CONTINUACION DE CLAUDIO FROLLO. 285

tros, ciertos paralelismos entre nuestra inteligencia, nuestras costumbres y nuestro carácter, que se desarrollan sin discontinuidad, y no se rompen mas que en los grandes trastornos de la vida.

Como Claudio Frollo habia recorrido en su juventud el círculo casi entero de los conocimientos humanos, positivos, exteriores y lícitos, preciso le fué, á menos de pararse *ubi defuit orbis*, preciso le fué, repetimos, ir mas allá y buscar otros alimentos á la insaciable actividad de su inteligencia. El antiguo símbolo de la serpiente que se muerde la cola, á nada es mas aplicable que al saber, y parece que Claudio Frollo lo conoció. Personas muy graves aseguraban que despues de haber agotado el *fas* del saber humano, habia osado penetrar en el *nefas*; decíase que habia probado sucesivamente todas las manzanas del árbol de la inteligencia y, que, por hambre ó por hastío, habia acabado por hincar el diente en el fruto vedado. Ya han visto nuestros lectores que habia ido tomando parte en las conferencias de los teólogos de la Sorbona, en las asambleas de los filósofos en la imágen de San Hilarión, en las disputas de los decretistas en la imágen de San Martín, en las congregaciones de los médicos en la pila de Nuestra Señora, *ad cupam Nostræ Dominæ*. Todos los manjares lícitos y aprobados que podian condimentar y servir á la inteligencia aquellas cuatro grandes cocinas, llamadas las cuatro facultades, los habia devorado él, y antes de saciar su hambre le llegó el hastío. Ahondó entonces mas

y mas aquella ciencia no infinita , material, limitada ; aventuró acaso su alma y se sentó en la caverna á aquella mesa misteriosa de los alquimistas, de los astrólogos, de los herméticos, una de cuyas estremidades ocupan Averroes, Guillermo de París y Nicolás Flamel en la edad media , y que se prolonga en el oriente al resplandor del candelabro de siete brazos, hasta Salomon, Pitágoras y Zoroastres.

Esto es á lo menos lo que suponía el vulgo, con razon ó sin ella.

Es seguro que el arcediano visitaba con frecuencia el cementerio de los Santos Inocentes, donde habian sido enterrados sus padres, es cierto, con las otras víctimas de la peste de 1466; pero tambien lo es que mostraba menos devocion á la Cruz de su hoyo, que á las estrañas figuras que cubrian el sepulcro de Nicolás Flamel (1) y de Claudio Pernelle, construido junto á él!

Es seguro que muchas veces se le habia visto pasar por la calle de los Lombardos, y entrar furtivamente en una casita que hacia esquina á la calle de los Escritores y á la de Marivaulx; aquella

(1) Nació en Pontoise; ejercia en París la profesion de escritor, cuando adquirió de repente una opulencia inmensa, sin que nadie supiese de donde procedia, por lo que se creyó generalmente que habia encontrado la piedra filosofal. Todavía se ignora el orijen de su riqueza, de la cual hizo muy buen uso, fundando varios hospitales. Se han publicado bajo su nombre muchas obras sobre la *Alquimia*. Floreció por los años de 1599.

(Nota del traductor.)

CONTINUACION DE CLAUDIO FROLLO. 287

era la casa que construyó Nicolás Flamel, y donde murió en 1417, y que, siempre desierta desde entonces, empezaba á arruinarse; tanto habian desgastado sus paredes con solo grabar en ellas sus nombres los herméticos y los alquimistas de todos los paises! Aseguraban ademas algunos vecinos que habian visto varias veces por cierta ventanilla al arcediano socavando y removiendo la tierra en aquellos dos sótanos, cuyas jambas estriberas estaban llenas de versos y geroglíficos infinitos, escritos por el mismo Nicolás Flamel, y donde se suponía que habia enterrado este la piedra filosofal, y cuyo suelo no han cesado de remover los alquimistas, durante dos siglos desde Majistri hasta el Padre *Pacifique*, hasta que al fin la casa, tan cruelmente atarazada, ha acabado por reducirse á polvo debajo de sus pies.

Es seguro tambien que el arcediano miraba con una especie de veneracion singular la portada simbólica de Nuestra Señora, aquella página cabalística escrita en piedra por el obispo Guillermo de París, el cual sin duda murió condenado por haber puesto un frontispicio tan infernal en el santo poema que eternamente canta el resto del edificio. El arcediano Claudio pasaba por haber profundizado el coloso de san Cristobal, y aquella larga estatua enigmática que se alzaba entonces á la entrada del atrio y que llamaba el pueblo por mofa en su lenguaje *Monsieur Legris* (1). Pero lo que todos ha-

(1) El Señor Gris, sin duda llamado así por el color de la piedra de su estatua. (*N. del Trad.*)

bian podido observar era las interminables horas que pasaba muchas veces sentado en los pedestales del atrio, contemplando las esculturas de la portada, examinando ya las doncellas locas con sus lámparas boca abajo, ya las doncellas virtuosas con sus lámparas derechas; calculando otras veces el ángulo de la mirada de aquel cuervo que está en la compuerta de la izquierda, y que mira en la iglesia un punto misterioso donde seguramente está escondida la piedra filosofal, si no lo está en el sótano de Nicolás Flamel. Era por cierto, y sea dicho de paso, un destino singular para la iglesia de Nuestra Señora en aquella época, el ser de aquel modo amada, por tan distintos títulos y con tanta devoción por dos seres tan diferentes entre sí como Claudio y Quasimodo. Amada por el uno, especie de semi-hombre instintivo y salvaje, por su belleza, por su estatura, por las armonías que se desprenden de su magnífico conjunto; amada por el otro, sábia imaginación y apasionada, por su significación, por su poesía, por el sentido que encierra, por los símbolos esparcidos sobre las esculturas de su fachada, como el primer texto bajo el segundo en un palindromo (1), en una palabra, por el enigma que eternamente propone á la inteligencia.

Es seguro en fin, que el arcediano se habia apropiado en aquella de las dos torres que mira á la Greve, inmediata al campanario, una celdita

(1) Verso ó discurso que leído de izquierda á derecha ó de derecha á izquierda, dice lo mismo. (*Nota del traductor.*)

CONTINUACION DE CLAUDIO FROLLO. 289

muy secreta, donde era voz general, que nadie entraba sin su licencia, ni aun el obispo. Aquella celda habia sido hecha en otro tiempo, casi en la cúspide de la torre, entre los nidos de los cuervos, por el obispo Hugo de Besanzon (1) que en ella solia hacer sus maleficios y hechicerías. Lo que contenia aquella celda, nadie lo sabia; pero muchas veces se habia visto desde las orillas del Terreno, durante la noche, en una ventanilla que tenia la celda á espaldas de la torre, brillar, apagarse y volver á lucir en intervalos breves é iguales un resplandor rójizo, intermitente, singular, que parecia seguir las aspiraciones continuas de un fuelle, y proceder mas bien de una llama que de una luz. En la sombra, á tanta altura hacia aquello un efecto extraordinario; y las viejas decian: --Ahí está so-
plando el arcediano! allá arriba brilla el infierno.

Bien se vé que no habia en todo esto al fin y al cabo grandes pruebas de brujería, pero no faltaba bastante humo para suponer que hubiese fuego; y el arcediano tenia una reputacion formidable. Debemos decir sin embargo que las ciencias de Egipto, que la nigromancia, la májia, hasta la mas blanca é inocente, no tenian enemigo mas encarnizado, acusador mas desapiadado que él; y ya fuese sincero horror ó astucia de ladron que grita *ladrones!* no impedia esto que fuese considerado el arcediano por las doctas cabezas del cabildo como un al-

(1) Hugo II de Bisuncio, 1326 - 1332.

ma aventurada en el vestíbulo del infierno, perdida en las cavernas de la cábola, que andaba á tientas en las tinieblas de las ciencias ocultas. El pueblo era de la misma opinion: para todo hombre algo sagaz, Quasimodo pasaba por el demonio, Claudio Frollo por el hechizero; y era cosa evidente que el campanero debía servir al arcediano durante un tiempo dado, al cabo del cual se llevaria su alma á guisa de pagamento. Por eso el arcediano, á pesar de la escesiva austeridad de su vida, estaba en mal olor entre las buenas almas, y no habia nariz de devota asaz inesperta que no le hallase cierto olor de brujería.

Y si, envejeciendo, se habian formado abismos en su saber, habíanse tambien formado en su corazon; asi era de presumir á lo menos viendo aquel rostro por el cual transpiraba su alma al través de una nube sombría. ¿De dónde le venian aquella ancha frente calva, aquella cabeza siempre inclinada, aquel pecho siempre agitado por los suspiros? ¿Qué secreto pensamiento hacia sonreir su boca con tanta amargura en el momento mismo en que sus cejas fruncidas se juntaban como dos toros que van á pelear? ¿Por qué sus ralos cabellos eran ya grises? ¿Qué fuego interior era aquel que brillaba á veces en su mirada, de modo que sus dos ojos parecian dos agujeros abiertos en la pared de un horno?

Estos síntomas de una violenta preocupacion moral habian adquirido sobre todo un alto grado de intensidad en la época á que se refieren estos

CONTINUACION DE CLAUDIO FROLLO. 291

sucesos. Mas de una vez habian huido los niños de coro, aterrados de hallarle solo en la iglesia, al ver sus estrañas y centelleantes miradas; mas de una vez, en el coro, en la hora de los oficios, su vecino de silla le habia oido mezclar al canto llano *ad omnem tonum* paréntesis ininteligibles: mas de una vez la curadora de lienzos del *Terreno*, encargada de "lavar el cabildo" habia observado, no sin espanto, señales de uñas y de dedos crispados en las sobrepellices del señor arcediano de Josas.

Aumentaba no obstante la severidad de su vida, y nunca habia sido mas ejemplar en su conducta. Por estado, como por carácter, habia vivido siempre lejos de las mujeres, y á la sazón parecia aborrecerlas mas que nunca: el simple crujir de una falda de seda hacia caer sobre sus ojos la capucha de sus hábitos. Era sobre este punto tan riguroso en su austeridad, que cuando la Señora de Beaujeu, hija del rey, fue en diciembre de 1481 á visitar el claustro de nuestra Señora, se opuso muy sériamente á su entrada, recordando al obispo el estatuto del Libro-Negro, fecho en la víspera de San Bartolomé en 1334, que veda el acceso del claustro á toda mujer "cualquiera que sea, vieja ó joven, señora ó camarera." Con cuyo motivo tuvo el obispo que citarle el canon del legado Odo, que exceptua á ciertas grandes Señoras, *aliquæ magnates mulieres quæ sine scandalo evitari non possunt*. Y á pesar de todo protestó el arcediano, objetando que el cánón del legado, que ascendia al 1207, era an-

terior en ciento veintisiete años al Libro-Negro, y que estaba por lo tanto anulado de hecho por él; y se negó á presentarse ante la princesa.

Observábase ademas que su horror á las jitanas y á los jitanos parecia haber aumentado infinito en aquellos últimos tiempos. Habia solicitado del obispo un edicto que prohibiera espresamente á las jitanas el ir á bailar y cantar en la plaza del átrio; y hacia algun tiempo que se ocupaba en registrar los empolvados archivos de la oficialidad de justicia, á fin de reunir los casos de hechiceros y de hechiceras condenados al fuego ó á la cuerda por complicidad de maleficios con machos cabrios, marranas y cabras.

4.

IMPOPULARIDAD.

El arcediano y el campanero, ya lo hemos dicho, no eran de todo punto bien quistos entre el populacho de los alrededores de la catedral. Cuando Claudio y Quasimodo salían juntos, lo que sucedía con frecuencia, y se los veía atravesar juntos, el criado detrás del amo, las calles estrechas y sombrías de aquellos contornos, más de una palabra mala, más de un saludo irónico, más de un insultante equivoquillo los perseguían al paso, á menos que Claudio Frollo, lo que rara vez acontecía, llevase la cabeza derecha y erguida, mostrando su frente severa y casi augusta á los zumbones confundidos.

Ambos estaban en su barrio como los "poetas" de que habla Regnier.

Toda especie de personas
A los poetas azuzan,
Como detrás de los buhos
Van chillando las currucas.

294 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Ya un travieso arrapiezo arriesgaba sus huesos y su carne por tener el incalculable placer de hincar una aguja en la joroba de Quasimodo; ya una muchachuela descarada y desenvuelta más de lo que hubiera sido menester, rozaba al paso la negra sotana del sacerdote, cantándole debajo de las narices el cantar sardónico:

Niche, niche, le diable est pris (1).

A veces un grupo escuálido de viejas acurrucadas y esparcidas á la sombra sobre los escalones de un portal, refunfuñaba al pasar el arcediano y el campanero, y les echaba renegando este amable saludo: "¡Hum! el alma de ese se parece al cuerpo de esotro!" ó una bandada de estudiantes y de pillos que estaban jugando á la coscojilla, se levantaba en masa, y los saludaba clásicamente con alguna zumba en latín: *Eja! eja! Claudius cum claudio!*

Pero las más de las veces pasaba la injuria inútil: para oír todas aquellas lindezas, Quasimodo era demasiado sordo, y Claudio demasiado mustio y pensador.

(1) El sentido de estas palabras intraducibles viene á ser: *Rabia, rabia, el diablo cayó*, lo que, como ven nuestros lectores, tiene poquísima gracia en castellano.

Niche, en sentido figurado, quiere decir: *burla, chanceta*.
(Nota del traductor.)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

OBRAS
DE
VICTOR HUGO.

OBRAS

DE

VICTOR HUGO.

NOVELAS.

III.

N.^{TRA} SEÑORA DE PARÍS.

TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA OCTAVA EDICION FRANCESA

YOA

D. Eugenio de Ochoa.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE D. TOMAS JOSEPH
1856.



Estas obras se hallarán de venta en la librería
y almacén de papel de *D. Tomás Jordán*, Puerta
del sol, arera de la Soledad, número 8, frente
á la fuente, donde está abierta la suscripción.

Libro quinto.

1.

ABBAS BEATI MARTINI.

Mucho se extendió la fama de don Claudio Frolo, fama que hacía la época, poco mas ó menos, en que se negó á presentarse á la Señora de Beaujeu le granjeó una visita que por largo tiempo quedó grabada en su memoria.

Era una tarde en que acababa de retirarse despues del oficio á su celda canonical del claustro de nuestra Señora, la cual, á escepcion sin embargo de algunas redomas de vidrio, apiñadas en un rincón y llenas de unos polvos asaz equívocos que se parecian no poco á la pólvora, nada presentaba de singular ni misterioso. Verdad es que habia por una parte y por otra algunas inscripciones en las paredes, pero todas ellas se reducian á puras sentencias de filosofía ó de devocion, sacadas de algunos buenos autores. Acababa el arcediano de sentarse á la luz de un velon de cobre, delante de un in-

8

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

menso baúl cargado de manuscritos; tenía el codo apoyado en el libro abierto de Honorio de Autun, *de Prædestinatione et libero Arbitrio*, y hojeaba con profunda reflexion un infolio impreso que acababa de traer, el único producto de la prensa que contenía la celda.—En medio de sus meditaciones, oyó llamar á la puerta.—Quién es? preguntó el sábio con el tono amable de un perro hambriento á quien le quitan su hueso. Respondió una voz desde afuera: —Vuestro amigo Santiago Coictier. Abrió Claudio inmediatamente.

Entró en efecto el médico del rey, personaje como hasta de cincuenta años, de cuya fisonomía solo templaba la habitual dureza su mirada penetrante y sagaz. Acompañábale otro personaje; ambos llevaban sendos ropones de color de pizarra, forrados de chinchilla, ceñidos y bien cerrados, con gorros de la misma estofa y del mismo color. Desaparecían sus manos bajo sus mangas, sus pies bajo sus ropones, y sus ojos bajo sus gorros.

—Así Dios me ayude, señores, dijo introduciéndolos el arcediano, como no esperaba tan apreciable visita á semejante hora. Y mientras hablaba con esta cortesía, pasaba del médico á su compañero una mirada inquieta y esorudñadora.

—Nunca es tarde para venir á visitar á un sábio tan considerable como don Claudio Frollo de Tirechappe, respondió el doctor Coictier en cuyo acento del Franco-Condado, arrastraban las frases con la majestad de una falda caudal.

ABBAS BEATI MARTINI.

9

Comenzó entonces entre el médico y el arcediano uno de aquellos prólogos congratulatorios que precedían en aquella época, según las reglas de la buena crianza, á toda conversacion entre sabios, y que no les impedían en lo mas mínimo aborrecerse mutuamente con toda cordialidad, costumbre que tambien se conserva en el dia. Toda boca de sabio que dirige cumplimientos á otro sabio es un vaso de hiel enmelada.

Las felicitaciones de Claudio Frollo á Santiago Coictier aludian sobre todo á las pingües ventajas temporales que el digno médico habia sabido sacar en el curso de su carrera tan envidiada, de todas las enfermedades del rey; operacion de una alquimia mejor y mas segura que la investigacion de la piedra filosofal.

— A fé mia, señor doctor Coictier, que he tenido gran satisfaccion al saber que ha ascendido á obispo vuestro sobrino, mi reverendo señor Pedro Versé. ¿No es obispo de Amiens?

— Sí, señor arcediano, por la gracia y misericordia de Dios.

— Sabeis que daba gozo veros el dia de nochebuena al frente de vuestra compañía del tribunal de cuentas, señor presidente!

— Vice-presidente, don Claudio, vice-presidente y nada mas.

— ¿Cómo va vuestra soberbia casa de la calle de San Andrés de los Arcos? Es todo un palacio. Mucho me gusta el albericoque esculpido so-

10 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

bre la puerta con este equivoquillo que tiene gracia: *A l'abri-cotier* (1).

-- Ah! maese Claudio, y si viérais como me cuesta un ojo de la cara esa obra. A medida que se edifica la casa, me arruino yo.

-- Bah! pues no teneis vuestras rentas de la cárcel y de la alcaldía del palacio y los réditos de todas las casas, tornos, chozas y puestos de la cerca? -- Eso se llama ordeñar una buena vaca.

-- Mi capellania de Poissy no me ha producido nada este año.

-- Pero vuestros portazgos de Triel, de San James, de San German-en-Laya siempre son buenos.

-- Ciento veinte libras y ni siquiera parisies.

-- Teneis vuestro empleo de consejero del rey, y eso es seguro.

-- Sí, amigo Claudio; pero esa maldita señoría de Poligny que algunos creen tan pingüe, no me produce sesenta escudos de oro un año con otro.

Habia en los cumplidos que dirigia Don Claudio á Santiago Coictier aquel acento sardónico, ágrío y sordamente burlesco, aquella sonrisa triste y cruel de un hombre superior y desgraciado que

(1) Equívoco realmente muy poco chistoso. -- A l'abri-cotier significa al albericoque, y A l'abri-Cotier que se pronuncia lo mismo, quiere decir Al abrigo-Cotier ó de Cotier. En la semejanza que hay entre esta palabra y el nombre de Coictier, está toda la gracia del cuento que, como bien vé el lector, no es excesiva.

(Nota del traductor.)

ABBAS DEATI MARTINI.

11

se entretiene un rato distraído con la prosáica prosperidad de un hombre vulgar. El otro no lo advertía.

-- A fé mia, dijo en fin Claudio, apretándole la mano, que me alegro de veros tan bueno.

-- Gracias, amigo Claudio.

-- Entre paréntesis, exclamó el sacerdote, ¿cómo va vuestro augusto enfermo?

-- No paga á su médico como debiera, respondió el doctor echando una mirada al soslayo sobre su compañero.

-- De veras, compadre Coictier? dijo este.

Estas palabras pronunciadas en tono de sorpresa y de reconvencion, llamaron sobre aquel incógnito personaje la atención del arcediano que, á decir verdad, no le habia perdido de vista un solo instante desde que habia penetrado en su celda aquel extranjero. Necesarias habian sido las mil razones que tenia para no indisponerse con el doctor Santiago Coictier, omnipotente médico del rey Luis XI, para que le hubiese recibido acompañado; así es que no puso muy buena cara cuando le dijo Coictier:

-- Aquí os traigo, don Claudio, á un compadre que viene atraído por vuestra fama.

-- ¿El señor es de la ciencia? preguntó el arcediano, fijando en el compañero de Coictier su penetrante mirada, y entre cuyas fruncidas cejas halló unos ojos no menos penetrantes y desconfiados que los suyos. Era el tal, en cuanto se podía juz-

gar á la débil claridad de la lámpara, un anciano de como hasta sesenta años, de mediana estatura, y que parecia asaz enfermo y cascado. Su perfil, aunque bastante vulgar, tenia un no sé qué de poderoso y severo; sus ojos brillaban en honda cavidad bajo los arcos de sus cejas, como una luz en el fondo de una caverna; y bajo la gorra que le caía sobre las narices, traslucíanse los anchos planos de una frente de jenio. El mismo se encargó de responder á la pregunta del arcediano.

—Reverendo sacerdote, le dijo en tono grave, vuestra fama ha llegado á mis oídos, y he querido consultaros. Yo no soy mas que un pobre hidalgo de provincia que se quita los zapatos antes de entrar en casa de un sabio. Quiero deciros mi nombre; yo me llamo el compadre Tourangeau.

—Estraño nombre para un hidalgo, dijo entre sí el arcediano, el cual conoció sin embargo que se hallaba delante de un ser fuerte y serio; el instinto de su alta inteligencia haciale adivinar otra no menos alta bajo la gorra de pieles del compadre Tourangeau, y al considerar aquel grave continente, fuése desvaneciendo poco á poco la espresion irónica que habia hecho nacer en su rostro adusto la presencia de Santiago Coictier, como se desvanece el crepúsculo ante un horizonte nocturno. Volvió á sentarse triste y silencioso en su poltrona; su codo ocupó el lugar acostumbrado sobre su mesa, y su frente sobre su mano. Despues de algunos momentos de meditacion, hizo señal á los dos recién llegados de

ABBAS BEATI MARTINI.

13

que se sentaran, y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—Venís á consultarme, caballero? y sobre qué ciencia?

—Señor reverendo, respondió el compadre, estoy enfermo, muy enfermo. Dicen que sois un grande Esculapio, y vengo á pedir os un consejo de medicina.

—Medicina! dijo el arcediano levantando la cabeza. Quedó pensativo un breve rato, y luego añadió: —Compadre Tourangeau, pues este es vuestro nombre, volved la cabeza y hallareis mi respuesta escrita sobre la pared.

Obedeció el compadre Tourangeau, y leyó encima de su cabeza esta inscripcion grabada sobre la pared: *La medicina es hija de los sueños.*-YAMBLIQUE.

Oyó el doctor Santiago Coictier la demanda de su compañero con un despecho que subió de punto al oír la respuesta de don Claudio.—Acercóse al oído del compadre Tourangeau y le dijo en voz tan baja que no pudo oírlo el arcediano:—Bien os dije yo que era un loco.—Os habeis empeñado en verle!

—Es que no sería imposible que tuviese razon este loco, doctor Santiago! respondió el compadre en el mismo tono y con amarga sonrisa.

—Como vos gusteis, respondió Coictier con sequedad. Y luego, dirigiéndose al arcediano:—Muy de lijero partís, don Claudio, y así tratáis vos á Hipócrates como un mico á una avellana. Que la medicina es un sueño! Dudo que los farmacópolas y

maestros-mirras pudiesen resistir á la tentacion de lapidaros si estuvieran presentes. Con que negais la influencia de los filtros sobre la sangre, de los ungüentos sobre la carne! Con que negais la eterna farmacia de las flores y de los metales que se llama *mundo*, hecha de intento para el eterno enfermo que se llama *hombre*.

—Yo no niego, dijo con frialdad don Claudio, ni la farmacia, ni el enfermo; pero niego el médico.

—Luego no es cierto, repuso acalorado Coictier, que la gota es una herpes interna, que se cura una llaga de artillería con la aplicación de un raton asado, y que una sangre joven debidamente infusa, comunica al doliente anciano la perdida juventud; ¿no es cierto que dos y dos son cuatro, y que el emprostotonos sucede al opistotonos? (1).

El arcediano respondió impasible.

—Hay ciertas cosas sobre las cuales pienso yo de cierta manera.

Coictier se puso encendido de cólera.

—Vamos, vamos, amigo Coictier, haya paz, dijo el compadre Tourangeau. El señor arcediano es nuestro amigo.

(1) Términos de medicina compuestos ambos de dos palabras griegas; la primera de ἔμπροσθεν (hacia adelante) y de τέντω (tendiendo), y significa cierta contracción espasmódica, en que el cuerpo se encorba hacia adelante. — La segunda representa la idea contraria, como lo indica su etimología; compónese de las voces griegas ὀπίσθεν (hacia atrás) y τένσις (tensión).—
(N. del Trad.)

ABBAS BEATI MARTINI.

15

Serenóse Coictier refunfuñando entre dientes: --
Al fin y al cabo es un loco!

-- Par diez, mace Claudio, repuso el compadre Tourangeau despues de un breve silencio, que me fastidiáis á fé mia; tenia que haceros dos consultas, una relativa á mi salud, y la otra á mi estrella.

--En ese caso, respondió el arcediano, si es tal vuestra idea, mejor hubierais hecho en no sofocaros subiendo los tramos de mi escalera. Yo no creo en la medicina; yo no creo en la astrología.

-- ¡De veras! dijo el compadre asombrado.

Coictier reía con una risita falsa y violenta.-- Bien veis que está loco, dijo en voz baja al compadre Tourangeau; no cree en la astrología!

-- Para que vaya á imaginarse un hombre de juicio, prosiguió don Claudio, que cada rayo de una estrella es un hilo que llega hasta la cabeza de un hombre!

--Pues ¿en qué creéis vos? preguntó el compadre Tourangeau.

Permaneció indeciso un momento el arcediano, y luego dejó escapar una sonrisa sombría que parecia desmentir su respuesta: -- *Credo in Deum.*

-- *Dominum nostrum*, añadió el compadre Tourangeau, haciendo la señal de la cruz.

-- *Amen*, dijo Coictier.

-- Reverendo maestro, repuso el compadre, me alegro en el alma de vosros tan religioso. Pero sa-

pietísimo señor, ¿lo sois hasta el punto de no creer en la ciencia?

—No, dijo el arcediano cogiendo del brazo al compadre Tourangeau, y un relámpago de entusiasmo brilló en sus ojos empañados; no, yo no niego la ciencia. No he rastreado por tantos años boca abajo, y las uñas en la tierra por los innumerables recodos de la caverna, sin ver á lo lejos, delante de mí, al fin de la oscura galería, una luz, una llama, una cosa, el reflejo sin duda del brillante laboratorio central en que los pacientes y los sabios descubrieron á Dios.

— En fin, interrumpió Tourangeau, ¿qué cosa tenéis por verdadera y segura?

— La alquimia.

Coictier exclamó:— Pardiez, don Claudio, la alquimia tiene su razón sin duda, seguramente, pero ¿á qué fin blasfemar de la medicina y la astrología?

— Miseria, toda la ciencia del hombre! miseria toda la ciencia del cielo! dijo el arcediano con energía.

— Eso es hablar muy de ligero de Epidauro y de la Caldea, replicó el médico con su risita falsa.

— Escuchad, señor Santiago, y hablemos de buena fé. Yo no soy médico del rey, y su majestad no me ha dado el jardín Dédalo para observar desde él las constelaciones.—No os enfadéis, y escuchadme.—¿Qué verdad habeis sacado, no diré de la medicina, que es cosa sobradamente ridícula, pero de la astrología? ¿Citadme las virtudes del bustro-

ABBAS BEATI MARTINI.

17

fedon (1) vertical, los hallazgos del número Ziruf y del número Zefirod? (2).

--Negareis, dijo Coictier, la fuerza simpática de la clavícula (3), y que de ella se deriva la cabalística?

-- ¡Error, señor Coictier! ninguna de vuestras fórmulas conduce á la realidad, al paso que la alquimia tiene sus descubrimientos. ¿Pondreis en duda resultados como estos? El yelo encerrado debajo de tierra durante mil años se transforma en cristal de roca. -- El plomo es el abuelo de todos los metales. -- Porque el oro no es un metal, el oro es la luz. -- Bástanle al plomo cuatro periodos de doscientos años cada uno, para pasar sucesivamente del estado de plomo al de arsénico rojo, del arsénico rojo al estaño, del estaño á la plata. -- Estos son he-

(1) Voz tomada del griego, usada por los anticuarios para expresar un modo de escribir peculiar á los griegos, sobre todo en las inscripciones, que consistía en que el primer renglon estaba escrito de derecha á izquierda, el segundo de izquierda á derecha, y así sucesivamente. (Nota del traductor).

(2) Palabras cabalísticas sin duda, pero cuya verdadera significacion no me ha sido posible averiguar; tal vez en una nota al fin de la obra aclare estas y otras dudas, que he consultado por escrito con el mismo autor. Iguro si llegará ó no su respuesta á tiempo, atendido el estado fatal de los caminos. (Id.)

(3) Esta supersticion ha existido tambien en España. Refiere en su obra Frai Nicolás Eimeric, que siendo inquisidor, á mediados del siglo XIV, quemó por su propia mano, despues de haberlos leído, dos libros titulados, uno la *Clavícula de Salomon*, y otro *Tesoro de Necromancia*. Ciertos herejes juraban sobre las palabras del primero, como nosotros sobre los Santos Evangelios. (Id.)

18

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

chos; pero creer en la clavícula, en la luna llena y en las estrellas, es tan ridículo como creer, con los habitantes del Gran Catay, que la oropéndola se convierte en topo, y los granos de trigo en pescados del género ciprino.

-- Yo he estudiado la hermética, exclamó Coictier, y aseguro...

El fogoso arcediano no le dejó acabar.-- Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética! Solo aquí se encierra la verdad (y esto diciendo tomó sobre el baul una redoma llena de aquellos polvos de que antes hablamos), solo aquí se halla la luz! Hipócrates es un sueño, Urania es un sueño, Hermes es un pensamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. He aquí la única ciencia. Os digo que he sondado la medicina y la astrología! -- Miseria! --miseria!-- el cuerpo humano, tinieblas! los astros, tinieblas!

Y volvió á sentarse en su sillón en una actitud poderosa é inspirada. Observábale el compadre Tourangeau sin hablar palabra; Coictier se esforzaba por sonreír, se encojía imperceptiblemente de hombros, y repetía en voz baja: -- Un loco!

--Y, dijo de pronto el compadre Tourangeau, habeis llegado á ese fin sublime? Habeis hecho oro?

--Si lo hubiera hecho, respondió el arcediano articulando lentamente sus palabras como un hombre que medita lo que dice, el rey de Francia se llamaría Claudio y no Luis.

El compadre frunció las cejas.

ABBAS BEATI MARTINI.

19

—Qué digo? repuso don Claudio con una sonrisa desdeñosa. Qué me importa el trono de Francia, á mí que podría reedificar el imperio de Oriente?

—Bien; lo que es eso, bien! dijo el compadre.

—Oh! pobre loco! murmuró Coictier.

El arcediano prosiguió como si hablara consigo mismo.—Pero no, yo todavía tengo que rastrear; todavía tengo que desollarme la cara y las rodillas contra los guijarros de la senda subterránea.—Yo entreveo, pero no contemplo! delecto, pero no puedo leer!....

—Y cuando sepais leer, preguntó el compadre, hareis oro.

—Quién lo duda! dijo el arcediano.

—En ese caso, bien sabe Nuestra Señora que tengo grave necesidad de dinero, y que me conveniria leer en vuestros libros. Decidme, reverendo sacerdote, es vuestra ciencia desagradable á Nuestra Señora?

A esta pregunta del compadre, contentóse don Claudio con responder con serena altivez: --De quien soy arcediano?

—Así es la verdad.—Pero decidme—quereis iniciarme? quereis enseñarme á delectar?

Tomó Claudio la actitud majestuosa y pontifical de un Samuel.

—Anciano, mas años se necesitan de los que os quedan de vida para emprender ese viaje que decis por el campo de las cosas misteriosas. Vues-

tra cabeza ya es de color gris! no se sale de la caverna mas que con cabellos blancos, pero no se entra en ella mas que con cabellos negros. La ciencia sola basta para sulcar, ajar y desecar los rostros humanos, y no necesita que la ancianidad la traiga semblantes ya cubiertos de arrugas. Sin embargo, si deseais iniciaros en la disciplina á vuestra edad y descifrar el terrible alfabeto de los sábios, bien; venid á mi y probaremos. No os diré a vos, pobre anciano, que vayais á visitar las estancias sepulcrales de las pirámides de que habla el antiguo Herodo, ni la torre de ladrillo de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indio de Eklinga. Tampoco he visto yo los edificios de la Caldea, contruidos segun la forma sagrada de Sikra, ni el templo de Salomon, que está destruido, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están ya rotas; tendremos que contentarnos con los fragmentos del libro de Hermes que tenemos aquí. Os explicaré la estatua de San Cristobal, los símbolos del sembrador, y el de los ángeles que están en la portada de la santa capilla, uno de los cuales tiene puesta la mano en un vaso y el otro en una nube.

Al llegar á este punto, Santiago Coictier, á quien habian puesto fuera de combate las fogosas réplicas del arcediano, volvió á cobrar aliento y le interrumpió con el tono triunfante de un sábio que corrige á otro sábio: - *Erras, amico Claudi*. El símbolo no es el número; tomais á Orfeo por Hermes.

ABBAS DEATI MARTINI.

21

—Vos sois el que errais, replicó gravemente el decaicano. Dédalo es el basamento, Orfeo es la pared, Hermes es el edificio, el todo.—Venid, cuando gustéis, prosiguió volviéndose á Tourangeau, y os enseñaré los residuos del oro que se ven en el fondo del crisol de Nicolas Flamel y los comparareis al oro de Guillermo de París. Os enseñaré las virtudes secretas de la palabra griega *peristera* (1). Pero ante todas cosas, os haré leer una despues de otra las letras de mármol del alfabeto, las letras de granito del libro. Irémos desde la portada del obispo Guillermo y de Saint Jean-le Rond á la capilla Santa, luego á la casa de Nicolas Flamel, calle Marivaux, á su sepulcro que está en el cementerio de los santos inocentes y á sus dos hospitales, calle de Montmorency. Os haré leer los geroglíficos que cubren los cuatro grandes morillos de hierro de la puerta del hospital de San Gervasio y de la calle de la Ferronnerie: también delectaremos juntos las fachadas de san Cosme; de santa Genoveva-des-Ardenx, de san Martin, de Santiago-de-la-Boucherie...

Largo rato hacia ya que el Tourangeau, por mas inteligente que fuese la espresion de su mirada, parecia no comprender á don Claudio; al fin le interrumpió: —Pascua de Dios! que diablos de libros son los vuestros?

—Ese es uno, dijo el arcediano.

Y abriendo la ventana de la celda, designó con

(1) Su verdadera significacion es *alrededor de la superficie.*
(N. del Trad.)

22 **NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.**

el dedo la inmensa iglesia de nuestra Señora que, destacando sobre un cielo estrellado la negra silueta de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su monstruosa grupa, parecía un enorme esfinje de dos cabezas, sentado en medio de la ciudad.

Consideró el arcediano en silencio por un buen rato el gigantesco edificio, y alargando luego con un suspiro su mano derecha hacia el libro impreso que estaba abierto sobre la mesa, y la izquierda hacia Nuestra Señora, y llevando una mirada triste del libro hasta la iglesia.— Ah! dijo: esto matará á aquello!

Coictier que se había acercado al libro apresuradamente, no pudo menos de exclamar:— ¿Pues qué libro es ese para inspirar tales temores?— *Glosa in Epistolas D. Pauli. Nurembergæ, Antonius Koburger. 1474.* Esto no es nuevo; ni es mas ni menos que un libro de Pedro Lombard (1), el maestro de las sentencias. ¿Lo decís porque está impreso?

— Habeislo acertado, respondió Claudio, que parecía sumergido en profunda meditacion, y permanecía en pié apoyando su índice en un infolio estampado en las famosas prensas de Nuremberg. Luego añadió estas palabras misteriosas:— Ah! las

(1) Nació en Navarra en Lombardia, y se educó en París. El rey Luis el Gordo le encomendó la educacion de su hijo Felipe, y le dió el arzobispado de París.—Escribió algunas obras y comentó los salmos y epistolas de san Pablo.

(Nota del traductor.)

ABBAS BEATI MARTINI.

23

pequeñas cosas acaban con las grandes ; un diente triunfa de una mole. El raton del Nilo mata al cocodrilo, el espadarte mata á la ballena, el libro matará al edificio!

Dieron las oraciones del claustro en el momento en que el doctor Coictier repetia en voz baja á su compañero su eterno éstrivillo :— *Es un loco!*

Á lo que entonces respondió el compañero — :

— Creo que sí.

Era aquella la hora en que ningun forastero podia quedarse en el claustro, por lo que al punto se retiraron los dos intrusos. — Señor sacerdote, dijo el compadre Tourangeau despidiéndose del arcediano, mucho me gustan los sabios y las grandes inteligencias, y os miro con aprecio singular. Id mañana al palacio de las Tournelles, y preguntad por el abad de san Martin des-Tours.

Volvió á su estancia el arcediano estupefacto, conociendo por fin quien era el compadre Tourangeau, y recordando aquel pasaje del cartulario de San-Martin-des-Tours : *Abbas beati Martini, SCILICET REX FRANCLÆ, est canonicus de consuetudine, et habet parvam præbendam quam habet Sanctus Venantius, et debet sedere in Sede thesaurarii.*

Asegurábase que desde aquella época tuvo el arcediano frecuentes entrevistas con Luis XI cuando iba su majestad á París, y que la privanza de Don Claudio hacia sombra á Oliveros-el-Samo y á Santiago Coictier, el cual segun su costumbre echaba por ello al rey muy severas reprimendas.

2.

ESTO MATARÁ Á AQUELLO.

Nuestros lectores nos perdonarán si nos detenemos un momento á examinar cual podía ser el pensamiento oculto en estas palabras enigmáticas del arcediano: — *Esto matará á aquello. El libro matará al edificio.*

A nuestro modo de ver, dos son las faces de este pensamiento; en primer lugar era un pensamiento de sacerdote; era el terror del sacerdocio delante de un agente nuevo, la imprenta; era el espanto y el deslumbramiento del hombre del santuario delante de la luminosa prensa de Guttemberg: la cátedra y el manuscrito, la palabra hablada y la palabra escrita, temerosas de la palabra impresa; algo parecido al asombro de un gorrion que viera al ángel Lejion abrir sus seis millones de alas. Era el grito del profeta que oye ya resonar y moverse la humanidad emancipada, que vé en el porvenir á la inteligencia mirando la fé, á la opinion destronando á la creencia, al mundo sacu-

ESTO MATARÁ A AQUELLO.

25

diendo el yugo de Roma; pronóstico de filósofo que ve al pensamiento humano volatilizado por la prensa, evaporarse del recipiente teocrático; terror de soldado que examina el ariete de bronce, y dice: La torre caerá. Aquello significaba que un poder iba á suceder á otro poder; aquello queria decir: la prensa matará á la iglesia.

Pero debajo de este pensamiento, el primero y el mas natural sin duda, otro habia á nuestro parecer mas nuevo, corolario del primero, menos facil de entrever, y mas facil de discutir; una mira no menos filosófica, no ya de sacerdote solamente, sino de sabio y de artista. Era un presentimiento de que el pensamiento humano, mudando de forma, iba tambien á mudar de fórmula de expresion; de que la idea capital de cada generacion no se escribiría ya con la misma materia y del mismo modo; de que al libro de piedra tan sólido y tan duradero iba á suceder el libro de papel, mas sólido y mas duradero todavía. Bajo este aspecto, la vaga fórmula del arcediano tenia un segundo sentido; significaba que un arte iba á destronar á otro arte. Querria decir: la imprenta matará á la arquitectura.

En efecto, desde el orijen de las casas hasta el siglo XV de la era cristiana inclusive, la arquitectura es el gran libro de la humanidad, la expresion principal del hombre en sus diferentes estados de desarrollo, sea como fuerza, sea como inteligencia.

Cuando se sintió abrumada la memoria de las primeras razas, cuando el bagaje de los recuerdos

del género humano llegó á ser tan pesado y tan confuso que la palabra lisa y volátil, corrió peligro de ir perdiendo algunos en el camino, fue preciso escribirlos en la tierra del modo mas visible, mas durable y mas natural juntamente; fue preciso sellar cada tradicion bajo un monumento.

Los primeros monumentos no fueron mas que unos meros fragmentos de rocas, *que aun no habia tocado el hierro*, dice Moises. La arquitectura empezó como las escrituras, por ser alfabeto: poníase una piedra en pie y era una letra, y cada letra era un geroglífico, y sobre cada geroglífico descansaba un grupo de ideas, como el capitel sobre la columna: así lo hicieron las primeras razas en todas partes, en el mismo momento, en la superficie del mundo entero. La *pedra levantada* de los Celtas se halla en la Siberia de Asia, en las pampas de América.

Luego se hicieron palabras; púsose piedra sobre piedra, reuniéronse aquellas sílabas de granito, y el talento arriesgó algunas combinaciones. El *dolmen* (1) y el *cromlech* celtas, el túmulo etrusco,

(1) La esplicacion de cada una de estas palabras esijiria argas notas y distraeria la atencion de nuestros lectores del asunto principal: por eso nos limitaremos á aconsejar á los que quieren enterarse á fondo del sentido de estas palabras, que consulten el curioso *Diccionario Infernal* de Mr. Collin de Planci. El *Dolmen*, y el *Cromlech* no eran mas que altares druidicos de una forma particular, consagrados á los sangrientos misterios de la religion de aquellas tribus bárbaras: la primera de estas voces en lengua bretona significa *mesa de piedra*. (Nota del traductor.)

ESTO MATARA A AQUELLO. 27

el galgal hebreo son palabras; algunas, en particular el túmulo, son nombres propios. A veces también, cuando tenían los hombres mucha piedra y una ancha playa escribían una frase: el inmenso amontonamiento de Karnac es ya una fórmula entera.

En fin, hicieron libros. Las tradiciones habían producido los símbolos bajo los cuales desaparecían aquellas como el tronco bajo las ramas; todos estos símbolos en que tenía fé la humanidad, iban creciendo, multiplicándose, cruzándose, complicándose más y más; los primeros monumentos no bastaban para contenerlas, rebosaban en ellos por todas partes; y además, apenas espesaban todavía estos monumentos la tradición primitiva, sencilla, desnuda y postrada aun como ellas en el suelo. El símbolo necesitaba esplayarse en el edificio. Entonces la arquitectura se desarrolló con el pensamiento humano; llegó á ser gigante de mil cabezas y de mil brazos, y fijó bajo una forma eterna, visible, palpable todo aquel flotante simbolismo. Mientras Dédalo, que es la fuerza, mientras Orfeo, que es la inteligencia, cantaba, el pilar, que es una letra, el arco, que es una sílaba, la pirámide, que es una palabra, puestos en movimiento juntamente por una ley de geometría y por una ley de poesía, se agrupaban, se combinaban, se amalgamaban, bajaban, subían, se reunían en el suelo, se formaban en pisos en el cielo hasta que hubiesen escrito bajo las influencias de la idea general de una época, aque-

28 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

llos libros maravillosos que eran también maravillosos edificios; la pagoda de Eklinga, el Rhamseoin de Egipto, el templo de Salomón.

La idea madre, el verbo, estaba no solo en el fondo de todos aquellos edificios, mas también en la forma; el templo de Salomón, por ejemplo, era no solo la encuadernación del libro santo, mas también el mismo libro santo. Sobre cada uno de sus recintos concéntricos podían leer los sacerdotes el verbo traducido y manifestado á la vista; y seguían de este modo sus transformaciones de santuario en santuario hasta que le hallasen en su último tabernáculo bajo su forma mas concreta, que era también arquitectónica: el arca. El verbo, pues, estaba encerrado en el edificio, pero su imagen estaba sobre su cubierta; como la figura humana sobre el atahud de una momia.

Y no solo la forma de los edificios, mas también el recinto que elegían, revelaba el pensamiento que representaban. Según era alegre ó sombrío el símbolo que tenían que expresar, coronaba la Grecia sus montañas de un templo armonioso á la vista, abría la India el seno de las suyas para cincelar en él sus disformes pagodas subterráneas sostenidas por gigantescas hileras de elefantes de granito.

Así que, durante los seis mil primeros años del mundo, desde la mas inmemorial pagoda del Indostan hasta la catedral de Colonia, ha sido la arquitectura el gran libro del género humano. Y es

ESTO MATARA A AQUELLO. 29

esto tan cierto que no solo todo símbolo religioso, mas tambien todo pensamiento humano tiene su página en aquel libro inmenso y su monumento tambien.

Toda civilizacion empieza por la teocracia y acaba por la democracia ; esta ley^a de la libertad sucediendo á la unidad está escrita en la arquitectura, porque, insistamos en este punto, no se crea que la construccion no es capaz mas que de edificar el templo, de espresar el mito y el simbolismo sacerdotal, de transcribir en geroglíficos sobre sus páginas de piedra las misteriosas tablas de la ley. Si fuera asi, como llega un momento en toda sociedad humana, en que el símbolo sagrado se desgasta y consume bajo el libre pensamiento, en que el hombre se oculta al sacerdote, en que la escrescencia de los filósofos y de los sistemas corroe la faz de la religion ; la arquitectura no podria reproducir este nuevo estado de la intelijencia humana, sus hojas, escritas por una cara, estarian blancas por la vuelta, su obra quedaria truncada, su libro seria incompleto. Pero no.

Tomemos por ejemplo la edad media, que es la que conocemos mejor, porque está mas cerca de nosotros. Durante su primer periodo, mientras que la teocracia organiza la Europa, mientras el Vaticano reune y clasifica en torno de sí los elementos de una Roma hecha con la Roma que yace derruida alrededor del capitolio; mientras va buscando el cristianismo en los escombros de la civilizacion anterior

30 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

todos los pisos de la sociedad y reconstruye con estas ruinas un nuevo universo gerárquico, cuya clave es el sacerdocio, se oye primeramente germinar en aquel caos, luego se vé poco á poco bajo el aliento del cristianismo, bajo las manos de los bárbaros, brotar de las ruinas de las arquitecturas muertas, la griega, la romana, aquella misteriosa arquitectura bizantina, hermana de las construcciones teocráticas del Egipto y de la India, emblema inalterable del catolicismo puro, eterno geroglífico de la unidad papal. Todos los pensamientos de entonces están, en efecto, escritos en aquel sombrío estilo bizantino, en el cual se vé do quiera la unidad, la impenetrabilidad, el absolutismo, Gregorio VII; do quiera el sacerdote, el hombre jamás, do quiera las razas, el pueblo nunca. Pero llegan las cruzadas; sigue un gran movimiento popular, y todo gran movimiento popular, sea cual se fuere su causa y su objeto, desprende siempre de su último precipitado (1) el espíritu de la libertad. Grandes novedades van á nacer, y entonces, en efecto, se abre el borrascoso período de las Jacqueries (2),

(1) Llámase así el último residuo de una descomposición química.

(N. del trad.)

(2) Ligas ó asociaciones designadas bajo distintas denominaciones, ya religiosas como la *liga* en Francia contra los protestantes de fines del siglo XVI, ya políticas como nuestras famosas *comunidades*.

(Idem.)

ESTO MATARA A AQUELLO.

31

de las Pragerias y de las ligas. La autoridad flaquea, la unidad se hiende, el feudalismo quiere entrar á partes en el poder con la teocracia, mientras llega el pueblo, que inevitablemente llegará, y que, como el leon, tomará para sí la mejor parte: *Quia nominor leo*. El señorío ya se entreve bajo el sacerdocio, el concejo bajo el señorío: ya ha mudado la faz de la Europa y.... no podia menos de ser así, la faz de la arquitectura ha mudado tambien. Lo mismo que la civilizacion, ha vuelto la hoja, y el nuevo espíritu de los tiempos la halla dispuesta á escribir sus pensamientos. La arquitectura vuelve de las cruzadas con la ojiva, como las naciones con la libertad; entonces, al paso que Roma se desmembra poco á poco, muere la arquitectura sajona. El geroglífico abandona la catedral, y va á blasonar la fortaleza para dar un prestigio al feudalismo; la misma catedral, edificio en otro tiempo tan dogmático, invadida sucesivamente por el pueblo, por el poder, por la libertad, huuye del sacerdote y cae en manos del artista. El artista la construye á su modo, y al misterio, al mito, á la ley, suceden las combinaciones del capricho. Con tal que el sacerdote tenga su basilica y su altar, nada mas puede exigir; las cuatro paredes pertenecen al artista. El libro arquitectónico no pertenece ya al sacerdocio, á la religion, á Roma, sino á la imajinacion, á la poesía, al pueblo; y de aquí provienen las rápidas é innumerables transformaciones de aquella arquitectura que no tiene mas

32 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

que tres siglos, tan singulares despues de la profunda inmovilidad de la arquitectura bizantina que tiene seis ó siete. El arte, entre tanto, anda á pasos de gigante; el genio y la orijinalidad populares, hacen lo que hacian antes los obispos. Cada raza escribe al pasar su línea en el libro, tacha los antiguos geroglíficos lombardos sobre el frontispicio de las catedrales, y apenas se vé de cuando en cuando al dogma sacar la cabeza bajo el nuevo símbolo que le cubre: el ropaje popular deja apenas adivinar la armazon relijiosa. Imposible es formarse una idea de las licencias que se toman entonces los arquitectos aun con la iglesia; ya le ponen capiteles atestados de frailes y de monjas ignominiosamente ayuntados, como en la sala de las Chimeneas del palacio de justicia en París; ya la aventura de Noé esculpida *con todas sus letras* como en la gran portada de Bourges: ya un fraile borracho con orejas de burro y con la copa en la mano, riéndose en los hocicos de toda una comunidad, como sobre el altar de la abadía de Bocheville. Existió en aquella época para el pensamiento escrito en piedra, un privilejio comparable en un todo á nuestra actual libertad de imprenta; la libertad de la arquitectura.

Aquella libertad abusa; á veces una portada, una fachada, una iglesia entera presenta un sentido simbólico, de todo punto ajeno del culto, y aun acaso hostil á la iglesia: Guillermo de París en el siglo XIII, Nicolás Flamel en el XV es-

ESTO MATARA A AQUELLO. 33

cribieron algunas de aquellas páginas sediciosas. Santiago de Boucherie era una iglesia de la oposición.

Solo bajo esta forma era libre entonces el pensamiento, y por eso no se escribía completo mas que en aquellos libros que se llamaban edificios: bajo la forma manuscrita se hubiera visto quemada en público la idea por mano del verdugo si hubiera sido bastante imprudente para osar presentarse en ella. No teniendo pues mas que aquella forma para ver la luz, asiase á ella con ansia, y de aquí provino la inmensa cantidad de catedrales que cubrieron la Europa, número tan prodijioso que apenas parece creíble aun despues de haberlas contado. Todas las fuerzas materiales, todas las fuerzas intelectuales de la sociedad converjian en el mismo punto, la arquitectura. De este modo, so pretesto de edificar iglesias para Dios, el arte y el pensamiento se desarrollaban en magníficas proporciones.

Entonces todo el que nacia poeta, se hacia arquitecto. El jenio esparcido en las masas, comprimido por todas partes bajo el feudalismo como bajo una *testudo* de broqueles de bronce, no hallando salida mas que por el lado de la arquitectura, desembocaba por este arte, y sus ilidades tomaban la forma de catedrales: todas las demas artes obedecian y se sujetaban á la disciplina bajo la arquitectura; eran las jornaleras de la grande obra. El arquitecto!, el poeta, el maestro totalizaba en su persona la escultura que le cinclaba sus fachadas,

TOMO II.

3

34

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

la pintura que les iluminaba sus vidrios, la música que daba movimiento á su campana y soplabá en sus órganos: hasta la pobre poesía, propiamente hablando, la que se obstinaba en vejetar en los manuscritos, se veía obligada para ser algo á amoldarse en el edificio bajo la forma de himno ó de *prosa*, es decir, á hacer el mismísimo papel que habían hecho las tragedias de Esquilo en las fiestas sacerdotales de la Grecia y el Génesis en el templo de Salomon.

La arquitectura pues fue hasta Guttemberg la primera lengua escrita, la lengua escrita universal: en este libro granítico, empezado por el oriente, continuado por la antigüedad griega y romana, la edad media ha escrito la última página. Y este fenómeno de una arquitectura de pueblo sucediendo á una arquitectura de raza que acabamos de observar en la edad media, se reproduce con todo movimiento análogo en la inteligencia humana en las otras grandes épocas de la historia. Así, para no enunciar aquí mas que sumariamente una ley que necesitaría volúmenes enteros para desarrollarse, en el alto Oriente, cuna de los tiempos primitivos, despues de la arquitectura india, la arquitectura fenicia, madre opulenta de la arquitectura árabe; en la antigüedad, despues de la arquitectura egipcia, de la cual no son mas que una variedad el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos, la arquitectura griega, de la cual es un mero prolongamiento abreviado con el cimborio cartaginés el

ESTO MATARA A AQUELLO. 35

estilo romano (1); en los tiempos modernos, después de la arquitectura bizantina, la arquitectura gótica. Y desdoblando estas tres series, se ballarán sobre las tres hermanas primogénitas, la arquitectura india, la arquitectura egiptea, la arquitectura bizantina el mismo símbolo, es decir, la teocracia, la raza, la unidad, el dogma, el mito, Dios; y en las tres hermanas segundas la arquitectura fenicia, la arquitectura griega, la arquitectura gótica, cualquiera que sea por lo demás la diversidad de forma inherente á su naturaleza, siempre se hallará la misma significacion, es decir, la libertad, el pueblo, el hombre.

Llámesese bramín, mago ó papa, en las construcciones indias, egiptias ó sajonas siempre se vé el sacerdote, y nada mas que el sacerdote. No sucede así con las arquitecturas del pueblo, mas ricas y menos santas; en la fenicia se vé el espíritu de mercader, en la griega el de republicano, en la gótica el de ciudadano.

Los caracteres generales de toda arquitectura teocrática son la inmutabilidad, el odio al progreso, la conservacion de las líneas tradicionales, la consagracion de los tipos primitivos, la sumision

(1) O hay aqui error de imprenta en el orijinal, ó el autor ha padecido una equivocacion. Entre las arquitecturas griega y romana existe una diferencia fundamental; la segunda tiene por generador el arco semicircular, desconocido á la arquitectura griega. (N. del trad.)

constante de todas las formas del hombre y de la naturaleza á los incomprensibles caprichos del siglo: libros tenebrosos que solo los iniciados saben descifrar; mas téngase presente que en ellos toda forma, mas diremos, toda deformidad, tiene un sentido que la hace inviolable. No pidamos á las construcciones india, egiptia y bizantina que reformen su dibujo ó mejoren su gusto; todo paso á la perfeccion les está vedado. En aquellas arquitecturas parece que la severidad del dogma se comunica á la piedra como una segunda petrificacion.—Los caracteres generales de las construcciones populares, son por el contrario la variedad, el progreso, la originalidad, la opulencia, el movimiento perpétuo, como que están ya bastante separadas de la religion para pensar en su hermosura, para esmerarla, para corregir perpétuamente su tocado de estatuas ó de arabescos. Pertenecen al siglo; tienen algo de humano que mezclan siempre al símbolo divino bajo el cual se reproduce todavía; y de aqui los edificios penetrables á toda alma, á toda inteligencia, á toda imaginacion, simbólicos aun, pero fáciles de comprender como la naturaleza. Entre la arquitectura teocrática y ésta hay la diferencia de una lengua sagrada á una lengua vulgar, del geroglífico al arte, de Salomon á Fidias.

Reasumiendo todo lo que hemos indicado hasta aqui muy por encima, dejando aparte mil pruebas y tambien mil objeciones de detalle, sacaremos en limpio; que la arquitectura fue, hasta el siglo xv, el registro principal de la humanidad; que en este

ESTO MATARA A AQUELLO. 37

intervalo no ha aparecido en el mundo un pensamiento algo complicado que no se haya hecho edificio; que toda idea popular como toda idea religiosa, ha tenido sus monumentos; que el género humano, en fin, no ha pensado cosa alguna importante que no la haya escrito en piedra. Y ¿por qué? porque todo pensamiento, sea religioso, sea filosófico, está interesado en perpetuarse, porque la idea que ha agitado á una generacion quiere agitar á otras, y dejar huellas de su existencia en el mundo. Pero ¡qué inmortalidad tan precaria la del manuscrito! ¡cuánto mas durable, sólido y resistente libro es un edificio! Para destruir la palabra escrita basta una tea ó un turco; para demoler la palabra construída, se necesita una revolucion social, una revolucion terrestre. Los bárbaros han pasado sobre el coliseo, el diluvio ha pasado tal vez sobre las pirámides.

En el siglo XV todo cambió de aspecto.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse, no solo mas durable y mas resistente que la arquitectura, sino tambien mas sencillo y mas fácil. La arquitectura queda destronada; á las letras de piedra de Orfeo van á suceder las letras de plomo de Guttenbèrg.

El libro vá á matar al edificio.

La invencion de la imprenta es el mayor lucero de la historia; es la revolucion madre; es el símbolo de la espresion de la humanidad que se renueva totalmente; es el pensamiento humano que se despo-

ja de una forma y adopta otra; es el cambio de piel completo y definitivo de aquella serpiente simbólica que, desde Adán, representa la inteligencia.

Bajo la forma impresa, el pensamiento es más eterno que nunca, porque es volátil, impalpable, indestructible; porque se mezcla al aire. En tiempo de la arquitectura, se hacía montaña y se apoderaba poderosamente de un siglo ó de un país: ahora se hace bandada de pájaros, se esparce por los vientos, y ocupa á la par todos los puntos del aire y del espacio.

Lo repetimos, ¿quién no ve que de este modo el pensamiento es mucho más indeleble? De sólido que era se ha convertido en vívido, ha pasado de la duración á la inmortalidad. Se puede demoler una mole; ¿pero como estirpar la idea? Venga un diluvio, y si la montaña desaparece debajo de las aguas, los pájaros volarán por los aires; y si un solo fragmento flota en la superficie del cateclismo, se posarán en ella, nadarán con ella, asistirán con ella á la baja de las aguas, y el nuevo mundo que salga de este caos verá al renacer mecerse encima de él, alado y vivo, el pensamiento del mundo sumergido.

Y cuando se observa que este sistema de expresión es no solo el más duradero, sino también el más sencillo, el más cómodo, el más practicable para todos, cuando se piensa que no trae colosal bagaje ni ocupa grande espacio, cuando se compara el pensamiento precisado para traducirse en un

ESTO MATARA A AQUELLO. 39

edificio á poner en movimiento cuatro ó cinco artes y montones de oro, toda una montaña de piedras, todo un bosque de madera, todo un pueblo de trabajadores, al pensamiento que se hace libro, y á quien le basta un poco de papel, un poco de tinta y una pluma, ¿quién se ha de admirar de que la inteligencia humana haya abandonado la arquitectura por la imprenta? Cortemos de repente el cauce primitivo de un río ó de un canal abierto debajo de su nivel, y el río desertará su cauce.

Obsérvese en efecto como desde el descubrimiento de la imprenta la arquitectura se deseca poco á poco, se achica, se degenera: como se siente que el agua merma, que el jermen desaparece, que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se retira de ella! La degeneracion es casi insensible en el siglo XV; la prensa es demasiado débil todavía, y ebupa á lo mas de la poderosa arquitectura una superabundancia de vida. Pero desde el siglo XVI la enfermedad de la arquitectura es visible; no espresa ya esencialmente la sociedad, antes se vé miserablemente reducida á hacerse arte clásico; de gala, de europea, de indijena se convierte en griega y romana; de verdadera y moderna, en pseudo-antigua. Y esta decadencia es lo que se llama el renacimiento; decadencia magnífica, sin embargo, porque el antiguo jenio gótico, aquel sol que se pone detras de la gigantesca prensa de Maguncia, penetra aun por algun tiempo con sus últimos ra-

40 **NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.**

yos, todo aquel hacinamiento híbrido de arcos latinos y de columnatas corintias.

Este sol en su ocaso es el que tomamos nosotros por una aurora.

Desde el momento en que la arquitectura no es mas que un arte como otro cualquiera, desde que deja de ser el arte total, el arte soberano, el arte tirano, pierde la fuerza con que sujetaba á las otras artes: emancípanse, pues, estas; rompen el yugo del arquitecto, y se van cada una por su lado, y todas ganan en este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo; la escultura se hace estatuaría, la iluminación se hace pintura, el cánón se hace música, como un imperio que se divide á la muerte de su Alejandro, y cuyas provincias se hacen reinos.

De aquí Rafael, Miguel Anjel, Juan Goujon, Palestrina, sublimes resplandores del gran siglo XVI.

Y al mismo tiempo que las artes, por todas partes se emancipa el pensamiento. Los heresiarcas de la edad media habian hecho ya anchas mellas al catolicismo; el siglo XVI rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta, la reforma no hubiera sido mas que un cisma, la imprenta la hace revolucion: sin la imprenta, la herejía queda enervada; funesto ó providencial, Guttemberg es el precursor de Lutero.

Y cuando se eclipsa del todo el sol de la edad media, á medida que el jénio gótico se va estinguendo para siempre en el horizonte del arte, la arquitectura va marchitándose, perdiendo su color, consumiéndose poco á poco. El libro impreso, este

ESTO MATARA A AQUELLO. 41

gusano roedor del edificio, la chupa y la devora: la arquitectura se despoja, se desflora, se enerva continuamente; es mezquina, pobre, nula; ya no espesa nada, ni tan siquiera el recuerdo del arte de otros tiempos. Reducida á sí misma, abandonada por las otras artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre á jornaleros á falta de artistas: el vidrio blanco sucede al vidrio pintado; el picapedrero al escultor, y así desaparece el jermen, la orijinalidad, la vida, la intelijencia. Miserable mendiga del arte, se arrastra de copia en copia; Miguel Angel, que desde el siglo XVI la veía sin duda morir, tuvo una idea postrimera, una idea de desesperacion; aquel Titan del arte hacinó el Panteon sobre el Partenon, é hizo San Pedro de Roma; obra inmensa que merecia ser única, última orijinalidad de la arquitectura, firma de un artista jigante al pie del colosal registro de piedra que se cerraba. Muerto Miguel Angel, ¿qué hace esa miserable arquitectura que se sobrevive á sí misma en el estado de espectro y de sombra? Coje el San Pedro de Roma, y le calca, y hace su parodia; verdadera manía que causa risa y compasion. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma; en el siglo XVII el Val de Grace, en el siglo XVIII Santa Genoveva. Cada pais tiene su San Pedro de Roma: Londres tiene el suyo, San Petersburgo tiene el suyo, París tiene dos ó tres. Testamento insignificante, última chochez de un gran arte decrépito, que se vuelve niño antes de morir.

Si en vez de los monumentos característicos, como los que acabamos de mencionar, examinamos el aspecto general del arte del siglo XVI al XVIII, observaremos los mismos fenómenos de achicamiento y tisis. Desde Francisco II se va desnaturalizando mas y mas la forma arquitectónica del edificio, y dejando entrever la forma geométrica, como la caja huesosa de un enfermo enflaquecido. A las bellas líneas del arte, suceden las frías é inexorables líneas del geómetra: un edificio no es ya un edificio, sino un poliedro. La arquitectura, sin embargo, se empeña inútilmente en ocultar esta desnudez; el frontis griego se inscribe en el romano y recíprocamente; todo se reduce á lo mismo, al Panteon en el Partenon, á san Pedro de Roma. Luego las casas de ladrillos de Enrique IV con esquinas de piedra; la plaza real, la plaza del Delfin: luego las iglesias de Luis XIII, pesadas, rechonchas, rebajadas, gordas, cargadas de un cimborrio como de una joroba: luego la arquitectura Mazarina (1), el ridículo pastucho italiano de las cuatro-naciones (2); luego los palacios de Luis XIV, largos cuarteles para artesanos, serios, glaciales, fastidiosos; y en fin, los edificios de Luis XV, con las escarolas y los fideos,

(1) Del nombre del célebre cardenal Julio Mazarino, ministro de estado de Luis XIII: nació en Piscina en 1602 y murió en 1661.

(N. del Trad.)

(2) Donde se halla actualmente el instituto ó academia francés.

(Id.)

ESTO MATABA A AQUELLO.

45

y todas las verrugas y lacras que desfiguran aquella vieja arquitectura, caduca, sin dientes, ridícula, coqueta y presumida. Desde Francisco II hasta Luis XV ha crecido el mal en progresión geométrica; el arte no es ya más que el pellejo sobre los huesos; el arte agoniza miserablemente.

¿Qué es entre tanto de la imprenta? toda esa vida que abandona á la arquitectura se acumula en ella; á medida que la arquitectura baja, la imprenta se hincha y crece. Aquel capital de fuerzas que gastaba el pensamiento humano en edificios, lo gasta ahora en libros, y ya desde el siglo XVI la imprenta, puesta al nivel de la arquitectura que va degenerando, lucha con ella y la mata; en el siglo XVII, ya es bastante soberana, bastante triunfante, ya está bastante segura de su victoria, para dar al mundo el espectáculo de un gran siglo literario. En el siglo XVIII, habiendo descansado largo tiempo en la corte de Luis XIV, empuña la antigua espada de Lutero, arma con ella á Voltaire, y corre intrépida á atacar á la Europa, cuya expresión arquitectónica ha destruido ya. Al acabarse el siglo XVIII ya lo ha destruido todo; el XIX lo empleará en reedificar.

Preguntaremos nosotros ahora, ¿cuál de las dos artes representa realmente de tres siglos á esta parte el pensamiento humano? ¿Cuál le traduce? ¿cuál expresa no solo sus manías literarias y escolásticas sino su vasto, profundo y universal movimiento? ¿Cuál se coloca constantemente, sin interrupción ni

descanso sobre el género humano que progresa, monstruo de mil pies? La arquitectura ó la imprenta?

La imprenta. No nos alucinemos; la arquitectura murió, murió para siempre, asesinada por el libro impreso, asesinada porque dura menos, asesinada porque cuesta mas. Toda catedral es un millar; imagínese ahora que depósito de fondos se necesitaria para escribir de nuevo el libro arquitectural; para hacer brotar en el suelo millares de edificios; para volver á aquellas épocas en que era tal la muchedumbre de los monumentos, que, segun dice un testigo ocular, «parecia que el mundo, removiéndose habia sacudido sus antiguas vestimentas para cubrirse con un blanco ropaje de iglesias." *Erat enim ut si mundus, ipse excutiendo semet rejecta vetustate, candidam ecclesiarum vestem indueret.* (Glaber Radulphus).

¡Un libro se hace tan pronto, cuesta tan poco, y puede andar tanto! ¿qué mucho que todo el pensamiento humano se exhale por esta puerta? No es esto decir que dejará de tener la arquitectura de vez en cuando algun buen monumento, alguna gran creacion aislada; es muy posible que tengamos de cuando en cuando bajo el reinado de la imprenta, alguna columna hecha, verbi gracia, por todo un ejercito, con cañones amalgamados (1), como hubo

(1) Alude el autor á la magnífica columna *Vendome*, erijida por Napoleón, y hecha toda de cañones arrebataos al enemigo.

(Nota del traductor.)

ESTO MATARA A AQUELLO. 45

Bajo el reinado de la arquitectura, iliadas y romances, Mahabahratas y Nibelungens, hechos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fundidas. Podrá acaecer en el siglo XX el fenómeno de un arquitecto de genio, como vino el Dante en el siglo XIII; pero la arquitectura no será jamás el arte social, el arte colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la grande obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Y si la arquitectura levantase accidentalmente la cabeza, no será ya soberana, tendrá que recibir leyes de la literatura que las recibía de ella en otro tiempo. Las posiciones respectivas de ambas artes se han trastocado. Es seguro que en la época arquitectónica, los poemas, raros en verdad, se parecen á los monumentos. En la India, Vyasa es pomposo, singular, impenetrable como una pagoda: en el oriente egipcio, la poesía tiene como los edificios, la grandeza y la majestad de las líneas; en la Grecia antigua, la belleza, la serenidad, la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la fé popular, rica y lujosa vejetacion de una época de renovacion. La Biblia se parece á las Pirámides, la Iliada al Partenon, Homero á Fidias. Dante, en el siglo XIII, es la última iglesia bizantina; Shakespeare en el XVI, la última catedral gótica.

En fin, para resumir lo que hemos dicho hasta aquí de un modo necesariamente incompleto y truncado, el género humano ha tenido dos libros, dos registros, dos testamentos, la arquitectura y la

imprensa, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cierto que cuando se contempla estas dos Biblias, tan abiertas de par en par en los siglos, permitido es echar de menos con dolor la majestad visible de la escritura de granito, aquellos gigantescos alfabets formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos; aquellas especies de montañas humanas que cubren el mundo y lo pasado desde la pirámide hasta el campanario de Cheops en Strasburgo. En aquellas páginas de mármol debe leerse lo pasado; es preciso admirar y hojear de continuo el libro escrito por la arquitectura; pero no se debe negar la grandeza del edificio erijido por la imprenta.

Este edificio es colosal. No sé qué especulador estadístico ha calculado que poniendo unos sobre otros todos los volúmenes que ha producido la prensa de Guttemberg, se llenaría el espacio que media entre la luna y la tierra; pero no es esta la especie de grandeza de que hablamos. Mas cuando queremos formarnos en nuestra mente una imájen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros días, ¿no nos parece este conjunto semejante a una inmensa construcción, apoyada sobre el mundo entero, en la cual trabaja incesantemente la humanidad, y cuya monstruosa cabeza se pierde en las profundas brumas del porvenir? La imprenta es el hormiguero de las inteligencias; es la colmena adonde todas las imaginaciones, doradas abejas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Por una parte y otra se ven desembocar en sus cos-

ESTO MATABA A AQUELLO. 47

tados las tenebrosas cavernas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas; dó quiera en su superficie, ofrece el arte bellísimos á la vista, sus arabescos, sus rosetones, sus encajes: allí cada obra individual, por mas caprichosa, por mas aislada que parezca, tiene su sitio y su evidencia. Del conjunto resulta la armonía. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil torreones se apiñan en tropel sobre aquella metrópoli de la inteligencia universal. En su base han escrito los hombres algunos antiguos títulos de la humanidad que no habia apuntado la arquitectura; á la izquierda de la entrada, han sellado el antiguo bajo-relieve de mármol blanco de Homero; á la derecha, alza sus siete cabezas la Biblia poliglota: la hidra del romancero se heriza, mas allá con algunas otras formas híbridas, los Vedas y los Nibelungens. Pero el prodijioso edificio permanece siempre incompleto; la prensa, máquina gigante que aspira sin cesar todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita continuamente nuevos materiales para su obra. Todo el género humano coopera á la obra; cada talento es albañil, el mas humilde tapa un agujero ó pone una piedra. Retif de la Bretonne lleva su canasta de argamazon; cada dia se levanta una nueva hilada de ladrillos. Independientemente del escote original é individual de cada escritor hay continjentes colectivos; el siglo XVIII dá la Enciclopedia, la revolucion dá el Monitor. Seguramente que esta es tambien una construccion que crece y se amontona en

48`

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

espirales infinitas; en ella también hay confusión de lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, concurrencia tenaz de la humanidad entera, refugio prometido á la inteligencia contra un nuevo diluvio, contra una sumersión de bárbaros. Es la segunda torre de Babel del linaje humano.

Libro Sexto.

TOMO I.

4

1.

OJEADA IMPARCIAL**SOBRE LA ANTIGUA LEGISLACION.**

Era un bienaventurado personaje, en el año de gracia 1482, el noble Roberto de Estouteville, caballero, señor de Beyne, baron de Ivry y San-Andry en la Marca, consejero y gentilhombre del rey, y guardia del prebostazgo de París. Cerca hacia ya de diez y siete años que recibió del rey, en 7 de noviembre de 1465, el año del cometa (1), el escelente destino de preboste de París, que mas bien era reputado señoría que destino, *dignitas*, dice Joannes Lœmnæus, *quæ cum non exigua potestate politiam concernante, atque prærogativis multis et juribus conjuncta est*. Era cosa maravillosa en 82

(1) Este cometa, contra el cual decretó públicas rogativas el papa Calisto, tío de Borja, es el mismo que apareció en 1835.
(N. del Autor.)

que tuviese empleo del rey un gentilhomme, cuyos títulos de nobleza ascendían á la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el señor bastardo de Borbon. El mismo día en que Roberto de Estouteville reemplazó á Santiago de Villiers en el prebostazgo de París, maese Juan Dauvet reemplazaba al señor Elias de Thorettes, en la primera presidencia de la sala del parlamento, Juan Juvenal des Ursins sucedía á Pedro de Morvillier en el empleo de canceller de Francia, Regnault des Dormans quitaba á Pedro Puy su empleo de relator ordinario del consejo de la casa real. ¡Sobre cuántas cabezas habian pasado la presidencia, la cancellería, el maestrazgo, desde que era Roberto de Estouteville preboste de París! Habíale sido el prebostazgo *encomendado á su guarda* decían las credenciales, y cierto que le guardaba bien. Habíase asido á él, en él se habia incorporado, identificado y tanto, que logró sustraerse á aquella furia de destituciones que poseía á Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y activo que gustaba probar con frecuentes insituciones, y revocaciones la elasticidad de su poder. Y no era esto todo; el digno caballero habia obtenido para su hijo la futura de su empleo, y dos años hacia ya que el nombre de Santiago de Estouteville, caballero, figuraba junto al suyo al frente del registro del ordinario del prebostazgo de París. Raro é insigne favor, seguramente! Verdad es que Roberto de Estouteville era un buen soldado, que habia como leal caballero levantado el pendon contra *la li-*

OJEADA IMPARCIAL, ETC. 53

ga del bien público, y que había ofrecido á la reina un maravilloso ciervo de conites el día de su entrada en París en 14 Era además grande amigo del señor Tristan l' Hermite, preboste de los mariscales de la casa real. La existencia, pues, del señor Roberto era en efecto bastante apetecible; en primer lugar, tenía muy buenos emolumentos á los cuales se agregaban, y de los cuales pendían como los racimos de una parra, las rentas de las escribanías civil y criminal del prebostazgo, amén de las rentas civiles y criminales de las audiencias de Embas del Chatelet, sin contar algunos piquillos procedentes del portazgo del puente de Mante y de Corbeil y varios otros pequeños beneficios. Añádase á esto el placer de ostentar en las cabalgadas de la ciudad y hacer resaltar entre los trajes, la mitad colorados y la mitad curtidos de los rejidores y alcaldes de barrio, su brillante armadura de guerra que aun podemos admirar esculpida sobre su sepulcro en la abadía de Valmont en Normandía, y su morrión todo abollado en Montlhery. Y luego, ¿no debe contarse por algo el tener plena supremacía sobre los alabarderos de la docena, el conserje y alcaide del Chatelet, sobre los dos oidores del Chatelet, *auditores Castelleti*, los dieziseis comisarios de los dieziseis barrios, el carcelero del Chatelet, los cuatro maceros enfeudados, los ciento veinte maceros á caballo, los ciento veinte maceros de vara, el caballero de la ronda con su ronda, su

sub-ronda, su contra-ronda y su retro-ronda? ¿Era cosa de poco momento, alta y baja justicia, derecho de dar tormento, ahorcar y decapitar, sin contar la jurisdicción menuda en primera instancia (*in prima instantia*, como dicen los diplomas) sobre el vizcondado de París, tan gloriosamente dotado, de siete nobles alcaldías? ¿Qué cosa más suave que pronunciar juicios y sentencias, como lo hacía cuotidianamente el señor Roberto de Estouteville, en el Gran Chatelet, bajo las anchas y macizas ojivas de Felipe-Augusto, é ir, como tenía costumbre de hacerlo todas las noches, á aquella preciosa casa, sita calle de Galilea, en el recinto del palacio real, que había recibido en el dote de su mujer la señora Ambrosia de Loré, á descansar de la fatiga de haber enviado á algun pobre diablo á pasar la noche "á aquel pequeño tugurio de la calle de la Es-» corcherie, en que solian hacer sus prisiones los pre-» bostes y rejidores de París, y que contenia once » pies de largo, y once pies de alto (1)?"

Y no solo tenía el señor Roberto de Estouteville su justicia privada de preboste y vizconde de París, mas también una parte y una pequeña en la gran justicia del rey. No había cabeza algo encofetada que no le hubiese pasado por las manos antes de caer en las del verdugo: él había ido á sacar de la Bastilla de San Antonio, para llevarle al cadalso de los Mercados, á Mr. de Nemours, para

(1) Cuentas del dominio - 1583. (Nota del Autor).

OJEADA IMPARCIAL, ETC. 55

llevarle á la Greve, á Mr. Saint Pol que se enojaba y resistía con gran satisfacción del señor preboste que no era amigo del señor condestable.

Bastante es lo dicho para constituir una existencia ilustre y feliz, y para merecer algun dia una página notable en aquella interesante historia de los prebostes de París, donde se lee que Oudard de Villeueuve tenia una casa en la calle de Bouche-ries, que Guillermo de Hangest compró la grande y pequeña Saboya, que Guillermo Thiboust dió á las religiosas de Santa Genoveva sus casas de la calle Clopin, que Hugo Aubriot vivía en el palacio del Puerco-Espin, y otros sucesos domésticos.

Peró á pesar de tantos y tan graves motivos para llevar la vida con paciencia y aun con alegría, el señor Roberto de Estouteville se despertó en la mañana del 7 de enero de 1482, sumamente molino y de detestable humor. ¿De donde provenia aquel mal humor? él mismo lo ignoraba. ¿Por qué estaba el cielo anublado? ¿Por qué la hebilla de su cinturón de Montlbery estaba muy apretada, y ceñía demasiado militarmente su *corpachon de preboste*? ¿Por qué habia visto pasar por la calle debajo de su ventana una pandilla de pillos haciéndole burla, formados de cuatro en cuatro, sin camisa, con el sombrero sin copa, con la alforja en los hombros y la botella en la mano? ¿Era un vago presentimiento de que el futuro rey Carlos VIII debia sustraer de las rentas del prebostazgo trescientas setenta libras, diez y seis sueldos y ocho dineros? El lector puede elegir entre

56 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

todas estas esplicaciones; nosotros por nuestra parte nos inclinamos á creer lisa y llanamente que estaba de mal humor, porque estaba de mal humor.

Ademas, era el día siguiente de una fiesta, día de fastidio para todos, y con especialidad para el magistrado encargado de limpiar las inmundicias, en sentido propio y en sentido figurado, que acarrea una fiesta en París: ademas, debía celebrar sesion en el Gran Chatelet. Ya hemos hecho observar que los jueces se arreglan por lo general de modo que su día de audiencia sea tambien su día de mal humor, á fin de tener siempre alguno sobre quien desfogar su ira cómodamente en nombre del rey, de la ley y de la justicia.

La audiencia entre tanto habia empezado sin él: sus tenientes, en lo civil, en lo criminal y en lo particular, suplían su ausencia como es uso y costumbre; y ya desde las ocho de la mañana algunos grupos de hombres y de mujeres, apiñados y apretujados en un oscuro rincon del tribunal de Embas del Chatelet, entre una maciza barrera de encina y la pared, asistian jubilosos al variado y entretenido espectáculo de la justicia civil y criminal, hecha por maese Florian Barbedienne, oidor en el Chatelet, teniente del señor preboste, algo confusamente y de todo punto á la casualidad.

La sala era pequeña, baja y embovedada. Había en el fondo una mesa flordelisada junto á un gran sillón de madera de encina esculpida que correspondia al preboste y estaba vacía á la sazón, y un

OJEADA IMPARCIAL, ETC. 57

banquillo á la izquierda para el oidor, maese Florian. Allí inmediato estaba el escribano, escribiendo: enfrente estaba el pueblo; y delante de la mesa y delante de la puerta numerosos alabarderos del prebostazgo, con sobrevestas de camelote morado y cruces blancas en el pecho. Dos maceros del Parloir aux Bourgeois, vestidos con sus chaquetillas de todos los santos, la mitad coloradas y la mitad azules, hacian centinela delante de una puerta baja cerrada que se veia en el fondo detras de la mesa. Una sola ventana ojiva, estrechamente embutida en la ancha pared, iluminaba con una pálida luz de enero dos figuras grotescas; el caprichoso demonio de piedra esculpido en la clave de la bóveda, y el juez sentado en el fondo de la sala sobre flores de lis.

En efecto, figúrese el lector en la mesa prebostal, acurrucado sobre sus codos, los pies en la cola de su toga de paño pardo, el rostro entre su forro de piel de cordero blanco á la que parecian pertenecer tambien sus cejas, colorado, arisco, guiñando el ojo, sosteniendo con majestad la grasa de sus carrillos que se reunian debajo de su barba, á maese Florian Barbedienne, oidor en el Chatelet.

Es de advertir que el oidor era sordo, insignificante defecto en un oidor; mas no por eso dejaba maese Florian de juzgar sin apelacion y muy congruentemente. Es seguro que basta el que parezca que un juez oye; y tanto mejor desempeñaba el venerable oidor esta condicion, la única esencial en

buena justicia, cuanto ningún ruido podía distraer su atención.

Tenia el buen Florian en el auditorio un implacable remedador de todas sus acciones y jestos en la persona de nuestro amigo Juan Frolo del Molino, aquel estudiantillo de que hablamos ayer, aquel vagamundo con quien estaba uno seguro de encontrarse por dó quiera, excepto delante de la cátedra de los profesores.

—Calla! dijo en voz baja á su compañero Robin Poussepain que reia junto á él, mientras comentaba Juan las escenas que se ofrecian á su vista; aqui viene Juanita del Buisson, la buena moza del Cagnard-au-Marché-Neuf!—Por mi vida que la condena el pícaro viejo! tan ciego debe ser como sordo. ¿Quince sueldos y cuatro dineros parisies por haber echado dos padre nuestros! Es muy caro: *lex duri carminis!*—Quién es ese? Robin Cief-de-Ville, posadero!—Por haber sido examinado y recibido maestro en el susodicho oficio? Paga el derecho de entrada.—Ola! dos caballeros entre una cáfila de villanos! Aiglet de Soins, Hutin de Mailly; dos caballeros, *Corpus Cristi!* Ah! han jugado á los dados! Cuando vendrá por aqui nuestro rector? Cien libras parisies de multa! El Barbedienne pega como un sordo (1) — qué es! —Consiento en ser mi herma-

(1) La frase francesa *trapper comme un sourd* pegar como un sordo, corresponde á nuestro *dar palo de ciego*; por eso el equívoco pierde toda su gracia en la traducción. (N. del trad.)

OJEADA IMPARCIAL, ETC.

59

no el arcediano si eso me impide jugar, jugar de día, jugar de noche, vivir en el juego, y jugar el alma después de la camisa!—Virgen santa! qué de muchachas unas detras de otras, mis ovejas! Ambrosia Lecuyer! Isabel la Paynette! Berarda Gironin!— A todas las conozco, voto á tal! Multa! multa! Bien! Eso os enseñará á usar cinturones dorados! (1) diez sueldos parisies! coquetas! —Oh pícaro viejo, sordo y pollino! Oh! Florian el bárbaro! Oh! Bardienne el rozin! ahí está en su mesa! come con las causas, come con los procesos, come, masca, se atraganta, se infla! Multas, socialiñas, propios y arbitrios, costas, sisas, perjuicios é intereses, infiernos, carcel y calabozos y cepos, son para él puches de noche buena y bizcochos de san Juan! Mírale! qué marrano! Ea, bravo! aqui viene otra enamorada! Thibaude la Thibaude, ni mas ni menos!—Por haber salido de la calle de Glatigny! —Quién es ese hermano? Gieffroy Mabonne, soldado balletero, por haber blasfemado del nombre de Dios Padre! —Multa á la Thibaude! multa á Gieffroy! multa á los dos! Viejo sordo! apuesto á que ha embrollado las causas! *Diez centos á la que hace pague el juramento á la muchacha y el amor al soldado!*—Atencion; Robin Pou sepain! A quién van á introducir? Cuántos alabarderos por vida de Júpiter! aqui estan todos los lebreles de la jauria!—buena pieza debe ser la caza.

(1) Estos cinturones eran el signo distintivo de las mujeres públicas.
(Nota del traductor).

60 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Un jabalí, lo es, Robin, -lo es, y magnífico! - Jesús! es nuestro príncipe de ayer, nuestro papa de los locos, nuestro campanero, nuestro tuerto, nuestro jorobado, nuestro mohín! Quasimodo.

Ni mas ni menos.

Entró Quasimodo cinchado, aferrado, encadenado y á buen recaudo. La cuadrilla de alabarderos que le rodeaba iba asistida del caballero de la ronda en persona, con las armas de Francia bordadas sobre el pecho y las armas de la ciudad en la espalda. Nada habia sin embargo en Quasimodo, salvo su deformidad, que pudiera justificar aquel aparato de alabarderos y de arcabuces; estaba sombrío, silencioso y sereno: apenas echaba de cuando en cuando sobre sus cadenas una mirada azurra y colérica.

Echó otra mirada como esta en torno de sí pero tan apagada y adormecida que las mujeres no le apuntaban con el dedo mas que para reirse de él.

En tanto maese Florian el oidor ojeó con atencion el índice de la demanda entablada contra Quasimodo, que le presentó el escribano, y echada esta primera ojeada, quedó por un momento en profunda meditacion. Gracias á esta precaucion que siempre cuidaba de no olvidar en el momento de proceder á un interrogatorio, sabia de antemano los nombres, cualidades, delitos del acusado, daba respuestas previstas á preguntas previstas, y lograba salir airoso de todas las sinuosidades del interrogatorio, sin hacer demasiado patente su sor-

OJEADA IMPARCIAL, ETC. 61

dera. El índice del proceso era para él el perro del ciego. Si sucedía por casualidad que se descubriese su achaque de vez en cuando por algun apóstrofe incoherente ó alguna pregunta ininteligible, pasaba aquello por profundidad entre algunos y por imbecilidad entre otros. En ambos casos el honor de la magistratura quedaba ileso, porque al fin y al cabo mas vale que un juez pase por imbecil ó por profundo que por sordo. Tenia pues singular empeño en disimular su sordera á los ojos de todos, y generalmente lo lograba con tal perfeccion que llegó á hacerse ilusion á sí mismo; cosa mucho mas fácil de lo que se cree generalmente. Todos los jorobados van con la cabeza erguida, todos los tartamudos peroran, todos los sordos hablan bajo. En cuanto á él, creíase á lo mas el oido algo rebelde; esta es la única concesion que hacia sobre este punto á la opinion pública en sus momentos de franqueza y de examen de conciencia.

Rumiada pues muy bien la causa de Quasimodo, echó la cabeza atras, y casi cerró los ojos para mayor majestad é imparcialidad, tanto que era juntamente en aquel instante sordo y ciego; doble condicion sin la cual no hay juez perfecto. En esta actitud majistral empezó el interrogatorio.

—Vuestro nombre?

He aquí un caso que no habia sido "previsto por la ley," el caso en que un sordo tuviese que interrogar á otro sordo.

Quasimodo á quien nadie advertia la pregunta

que le estaba dirigida, continuó mirando al juez de hito en hito, y no respondió palabra. El juez, sordo, á quien nadie advertía tampoco de la sordera del acusado, creyó que había respondido como lo hacían en general todos los acusados, y prosiguió con su mecánica y estúpida modorra.

—Bien está: Vuestra edad?

Tampoco respondió Quasimodo á esta pregunta: creyóla el juez satisfecha y continuó:

—Ahora, vuestro estado?

Continúa el mismo silencio: el auditorio entre tanto empezaba á cuchuchear y todos á mirarse unos á otros.

—Basta, repuso el imperturbable oidor cuando supuso que había consumado el acusado su tercera respuesta. Estais acusado en este tribunal: *primo*, de alboroto nocturno; *secundo*, de atentado deshonesto contra la persona de una mujer loca, *in præjudicium meretricis*; *tertio*, de rebelion é insolencia contra los arqueros del rey nuestro señor. Esplícaos sobre todos estos puntos.—Escribano ¿habéis escrito todo lo que ha dicho hasta ahora el acusado?

Al oír esta malandante pregunta, alzóse un estruendo de carcajadas en toda la sala, tan violentas, tan locas, tan contagiosas, tan universales que no pudieron menos de advertirlo entrambos sordos. Volvióse Quasimodo alzando desdeñosamente su joroba, mientras que nasee Florian, asombrado como él, y suponiendo que había provocado la risa de los espectadores alguna réplica irreverente del acusado,

OJEADA IMPARCIAL, ETC.

63

lo que hacia visible para él aquel encojimiento de hombros, le dirigió estas palabras con indignación.

—Respuesta es esa, señor bellaco, que merecia la horca! sabeis á quien hablais?

No era muy propia esta salida para contener la esplosion del júbilo general, antes bien les pareció á todos tan heteroclitica y cornuda que la gana de reir se apoderó hasta de los mazeros del Parloir-aux-Bourgeois, especie de lacayos armados en quienes la estupidez era de ordenanza. Solo Quasimodo conservó su serenidad, por la simple razon de que no oia una palabra de lo que estaba pasando; pero el juez, cada vez mas irritado, creyó deber continuar sobre el mismo tono esperando de este modo inspirar al acusado un saludable terror cuya reaccion infundiese el debido respeto al auditorio.

—Con que es decir, perverso ladron villano, que os permitis insultar al oidor del Chatelet, al magistrado responsable de la policia popular de París, encargado de entender en los crímenes, delitos y demasias; de vijilar todos los oficios y prohibir el monopolio; de cuidar del empedrado; de perseguir á los revendedores de aves y todo linaje de volátiles; de hacer pesar todas las medidas de leña; de purgar la ciudad de los lodos y el aire de las enfermedades contagiosas; de velar continuamente por la salud del público, en una palabra, sin emolumentos ni esperanzas de emolumentos! Sabeis que yo me llamo Florian Barbedienne, teniente del señor preboste y ademas comisario, inspector y examinador con igual

poder en prebostazgo alcaldía, conservacion y jurisdiccion de reales Senecalias.

No hay razon para que se detenga un sordo que habla á otro sordo. Dios sabe donde y cuando hubiera echado el aucla maese Florian, lanzando así á toda vela en la alta elocuencia, si la puertecilla baja del fondo no se hubiera abierto de pronto y dado paso al señor preboste en persona.—No se cortó al verle entrar maese Florian, antes bien dando media vuelta sobre sus talones y flechando impávido sobre el preboste la arenga que lanzaba á Quasimodo el momento antes: —Monseñor, dijo, reclamo cualquier pena que tengais á bien imponer al acusado aquí presente por grave y mirífico desacato contra la justicia.

Y volvió á sentarse jadeando y enjugando anchas gotas de sudor que caian de su frente, y empapaban como lágrimas los pergaminos estendidos delante de él. Frunció las cejas el caballero Roberto de Estouteville, é hizo á Quasimodo una indicacion con el jesto tan imperiosa y significativa que el sordo empezó á comprender el asunto de que se trataba.

El preboste le dirijió la palabra con severidad:—Que has hecho, bellaco, para estar aquí!

El pobre diablo, suponiendo que el preboste le preguntaba su nombre, rompió el silencio que guardaba habitualmente, y respondió con voz ronca y gutural: —Quasimodo.

Tan poco coincidía la respuesta con la pregunta, que de nuevo empezaron á circular las carcajadas y

OJEADA IMPARCIAL, ETC. 65

que el caballero Roberto exclamó montado en cólera: —Te burlas también de mí, pícaro redomado?

—Campanero de Nuestra Señora, respondió Quasimodo, creyendo que se trataba de explicar al juez quien era.

—Campanero! repitió el preboste que se había despertado aquella mañana de bastante mal humor, como ya hemos dicho, para que no necesitase su furor ser atizado por respuestas tan incongruentes. Campanero! yo te haré descargar sobre las costillas un repiqueteo de latigazos por las calles de París, ¿lo oyes, canalla?

—Si quereis saber mi edad, dijo Quasimodo, creo que cumpliré veinte años por San Martín.

Realmente era ya demasiada insolencia; el preboste no lo pudo sufrir.

—Ah! la echas de guapo con el prebostazgo, miserable! Señores maceros de vara, me llevaréis á este pillo á la picota de la Greve, y me lo azotaréis de firme, y le daréis vuelta en la rueda por una hora. Me la ha de pagar, vive Dios! y quiero que se haga pregón de la presente sentencia, con asistencia de cuatro trompetas jurados, en las siete castellanías del vizcondado de París.

Púsose incontinentemente el escribano á redactar la sentencia.

—Vientre de Dios! eso se llama juzgar bien! exclamó desde su rincón el estudiante Juan Frollo del Molino.

Volvió la cara el preboste, y fijó de nuevo en

Quasimodo su mirada fulminante. — Me parece que el bellaco ha dicho *vientre de Dios!* Escribano, añadió, doce dineros parisies de multa por juramento, y que se destine la mitad á la fábrica de San Eustaquio: tengo devocion especial á San Eustaquio.

Al cabo de pocos momentos, quedó sustanciada la sentencia, cuyo tenor era breve y sencillo. — La jurisdiccion del prebostazgo y vizcondado de París *no habia sido aun trabajada por el presidente Thibaut Baillet* ó por Roger Barmne, el abogado del rey, ni estaba obstruida todavía por aquella alta valla de litijios y pleiteamientos que plantaron en ella los dos espresados jurisconsultos á principios del siglo dieziseis. Todo en ella era claro, esplicito, espeditivo, y siempre se veia al fin de cada sendero, sin matorrales ni rodeos, la rueda, el patibulo ó la picota. Sabíase á lo menos adonde se iba.

Presentó el escribano la sentencia al preboste, quien puso en ella su sello, y salió para continuar su ronda por los tribunales con una disposicion de ánimo, tal, que hubo de poblar aquel dia todas las cárceles de París. Juan Frollo y Robin Poussepain reian por lo bajo: Quasimodo lo miraba todo con aire indiferente y atónito.

En tanto, el escribano, mientras leía maese Florian Barbedienne la sentencia para firmarla, sintióse movido á compasion hácia el pobre diablo sentenciado, y esperando obtener alguna disminucion en la pena, se acercó lo mas que pudo al

OJEADA IMPARCIAL, ETC.

67

oído del juez, y le dijo indicando con el dedo á Quasimodo: — Ese hombre es sordo.

Esperaba el escribano que esta semejanza de achaque despertaría el interés de maese Florian en favor del pobre reo; pero en primer lugar, ya hemos observado que maese Florian no se tenía por sordo, ni quería que nadie le tuviese por tal; y además es el caso que lo era en tan alto grado que no oyó una palabra de lo que le dijo el escribano; mas como quiso aparentar que lo había oído, respondió: — Ah! ah! eso es diferente; yo no lo sabía. — Una hora más de picota en ese caso.

Y firmó la sentencia con esta pequeña modificación.

— Bien hecho, dijo Robin Poussepain, que guardaba tirria á Quasimodo; eso le enseñará á ser más atento con las jentes.

2.

EL TROU-AUX-RATS (1).

Permítanos ahora el lector transportarle á la plaza de Greve que dejamos ayer con Gringoire para seguir á la Esmeralda.

Son las diez de la mañana; todo anuncia la festividad de la víspera. El suelo está cubierto de despojos; cintas, trapos, plumas de penachos, gotas de cera de los hachones, migajas de la pública francachela. Gran número de transcuntes *vagan* (2) como decimos nosotros, removiendo con el pie los tizones apagados de la hoguera, estasiándose delante de la casa de los Pilares con el recuerdo de las hermosas colgaduras del día antes, y mirando á la

(1) Significa el agujero de las ratas; mas adelante verá el lector la razón que hemos tenido para no traducir esta frase. Debe pronunciarse el Trú-o-rá. (N. del Trad.)

(2) Esta palabra corresponde, aunque no con toda exactitud, al verbo francés *flâner*, cuyo verdadero significado es *perder el tiempo callejeando*. (Id.)

EL TROU-AUX-RATS.

69

En sazón los clavos, último placer. Los vendedores de cidra y de cerveza jiran con sus cacharros por en medio de los grupos: algunos transeuntes ocupados van y vienen con premura; los revendedores hablan y se llaman desde sus puestos. La fiesta, los embajadores, Coppéuole, el papa de los locos, estan en todas las bocas; todos bromean y rien. Y sin embargo, cuatro soldados á caballo, que acaban de colocarse en los cuatro ángulos de la picota, han concentrado ya en torno de sí una gran porción del *popular* esparramado por la plaza, que se condena á la inmovilidad y al fastidio con la esperanza de una divertida ejecución.

Y si ahora el lector, despues de haber contemplado la escena viva y tumultuosa que se representa en todos los puntos de la plaza, dirige la vista hácia aquella antigua casa medio gótica, medio bizantina, de la torre Roland que hace la esquina del muelle al poniente, podrá observar en el ángulo de la fachada un inmenso breviario público con ricas estampas iluminadas, á cubierto de la lluvia por un pequeño tejadillo, y de los ladrones por una baranda que solo permite hojearle. Al lado de este breviario hay una ventanilla ojiva muy estrecha, cruzada por dos barras de hierro, que da sobre la plaza; única abertura que deja entrar un poco de aire y de luz en una celdilla sin puerta hecha en el entresuelo en el espesor de la pared maestra de la antigua casa, y llena de una paz tanto mas profunda, de un silencio tanto mas sombrío, cuanto

hormiguea y alborota en su derredor la plaza mas pasajera y tumultuosa de la capital.

Era célebre aquella celda en París hacia mas de tres siglos, desde que madama Rolande de la Tour-Roland, estando de luto por su padre, muerto en las cruzadas, habíala hecho abrir en la pared de su propia casa para condenarse en ella á eterna reclusion, conservando solo de su palacio aquel tugurio cuya puerta estaba jalbegada asi en invierno como en verano, y dando todo lo demas á los pobres del Señor. Veinte años en efecto habia esperado la muerte en aquella tumba anticipada la desolada doncella, rezando dia y noche por el alma de su padre, durmiendo en la ceniza sin tener siquiera una piedra por almohada, vestida de un saco negro, y sin mas alimento que el pan y el agua que ponía la compasion de los transeuntes en el realce de su ventana, recibiendo limosna de este modo despues de haberla dado. En la época de su muerte, al ir á pasar á otro sepulcro, legó para siempre aquel á las mujeres aflijidas, madres viudas ó hijas que tuviesen mucho que rezar por otros ó por ellas, y que quisiesen enterrarse vivas en un gran dolor ó en una gran penitencia. Los pobres de su tiempo la hicieron brillantes exequias de lágrimas y bendiciones; pero con gran sentimiento de todos ellos, no pudo la piadosa doncella ser canonizada por falta de proteccion. Aquellos que eran de suyo algo impíos, esperaron que la cosa se lograria mas fácilmente en el cielo que en Roma, y se contentaron

EL TROU-AUX-RATS. 71

con pedir á Dios por la difunta, ya que no podían obtener del papa lo que anhelaban; casi todos se decidieron á mirar como sagrada la memoria de Rolande, y á hacer reliquias de sus guñapos. La ciudad por su parte fundó, cumpliendo la voluntad de la doncella, un breviario público que se clavó junto á la ventana de la celda, á fin de que en él se detuviesen alguna vez los transeuntes, aunque no fuera mas que á rezar, para que la oracion recordase la limosna, y para que las pobres reclusas, herederas de la cueva de madama Rolande, no peciesen de hambre olvidadas en ella.

Cosa frecuente eran estas especies de sepulcros en las ciudades de la edad media. Veíase muchas veces, aun en las calles mas pasajeras, aun en el mercado mas abundante y ruidoso, en la mitad de ella ó de él, debajo de los pies de los caballos ó bajo las ruedas de los carros, un sótano, un pozo, alguna sima murada y enrejada, en cuyo fondo rezaba dia y noche un ser humano, consagrado voluntariamente á algun eterno lamento, á alguna grande expiacion. Y todas las reflexiones que nos inspiraría este espectáculo singular, aquella horrible celda, eslabon intermedio entre la casa y el sepulcro, entre el cementerio y la ciudad; aquel vivo arrancado de la comunidad humana, y contado ya entre los muertos; aquella lámpara consumiendo su última gota de aceite en la sombra; aquel resto de vida vacilante en una sima; aquel aliento, aquella voz, aquella oracion eterna en una caja de piedra; aquel rostro vuelto para

siempre hacía el otro mundo; aquellos ojos iluminados ya por otro sol; aquellos oídos pegados á las paredes de la tumba; aquella alma prisionera en aquel cuerpo; aquel cuerpo prisionero en aquel calabozo y bajo aquella doble cubierta de carne y de granito; el murmullo de aquella alma en pena, nada de todo esto lo advertía la muchedumbre. La piedad poco meditada y sutil de aquellos tiempos no daba tanta importancia á un acto religioso; tomaba la cosa á bulto, y honraba, veneraba, santificaba en caso de necesidad el sacrificio; pero ni le compadecía ni analizaba sus inmensos sufrimientos. Llevaba de cuando en cuando alguna pitanza al miserable penitente, miraba por el agujero si vivía todavía, ignoraba su nombre, sabía apenas cuantos años hacía que había empezado á morir, y al extranjero que les dirigía alguna pregunta sobre el esqueleto vivo que se podría en aquella cueva, respondían lisa y llanamente los vecinos, si era un hombre:

—“Es el recluso;” y si era una mujer:

—“Es la reclusa.”

Porque todo se veía entonces así, sin metafísica, sin exajeración, sin cristal de aumento, á la simple vista. Aun no se había inventado el microscopio, ni para las cosas de la materia, ni para las cosas del alma.

Pero aunque asombraban muy poco los ejemplos de estas reclusiones voluntarias en el seno de las ciudades, eran en verdad, frecuentes, como poco antes dijimos. Había en París gran número de aquellas celdas para rezar y hacer penitencia, y casi todas estaban

EL TROU-AUX-RATS.

73

ocupadas. Verdad es que el clero cuidaba de no dejarlas vacías, lo que implicaba frialdad en los fieles, y por eso metía en ellas leprosos, cuando no tenía á la mano penitentes. Además del chiribitil de la Greve, había uno en Montfaucon, uno en el cementerio de los Inocentes, otro no sé dónde, en el palacio Clichou, si mal no me acuerdo, y otros muchos en otros puntos, cuyos vestigios se hallan aun en las tradiciones, á falta de monumentos. La Universidad tenía también los suyos: sobre la montaña de santa Genoveva, una especie de Job de la edad media cantó durante treinta años los siete salmos de la penitencia, volviendo á empezar cuando había acabado, salmodiando mas alto durante la noche, *magna voce per umbras*, y hoy crece oír su voz el anticuario, cuando entra en la calle del *Pozo que habla*.

Limitándonos ahora á la cobacha de la torre Roland, debemos decir que nunca habían escaseado en ella las reclusas: desde la muerte de madama Rolande, rara vez había estado vacante un año ó dos. Muchas mujeres habían ido á llorar en ella hasta la muerte, sus padres, sus amantes, sus culpas; la malicia parisiense que en todo se mete, aun en las cosas que menos la interesan, aseguraba que se habían visto pocas viudas en aquel asilo de dolor ó de penitencia.

Segun la moda de la época, una inscripción latina escrita sobre la pared, indicaba al transcunte letrado el piadoso destino de aquella celdilla. Hasta mediados del siglo XVI se ha conservado la costum-

bre de explicar un edificio por medio de una breve divisa escrita sobre su puerta: todavía se lee en Francia sobre la puerta de la prision de la casa señorial de Tourville: *Silero et spera*; en Irlanda, bajo el escudo que corona la puerta principal del castillo de Fortescue: *Forte scutum, salus ducum*; en Inglaterra, sobre la entrada principal del castillo hospitalario de los condes Cowper: *tuum est*. Porque entonces todo edificio era una idea.

Como no habia puerta en la celda murada de la Torre-Roland, veíanse grabadas en grandes caracteres sajones, encima de la ventana, estas dos palabras:

TU, ORÁ.

Por lo que el pueblo, cuyo buen criterio no ve tanta sutileza en las cosas, y suele traducir *Ludovico Magno* por *Puerta de san Dionisio* (1), habia dado á aquella cavidad negra, húmeda, y sombría, el nombre de *Trou-aux-Rats*. Explicacion menos sublime tal vez que la otra, pero en cambio mucho mas pintoresca.

(1) En una larga inscripción en latín que llena el frontis de esta clásica puerta, erijida para una entrada triunfal de Luis IV, se lee al principio *Ludovico magno*. Esto explica la estraña equivocacion popular de que habla el autor.

(Nota del traductor).

HISTORIA DE UNA GALLETA**AMASADA CON MAIZ.**

En la época en que pasa esta historia, estaba ocupada la Torre-Roland. Si el lector desea saber por quien, tómese el trabajo de escuchar la conversación de tres buenas mujeres que, en el momento en que hemos fijado su atención en el Trou-aux-Rats, se dirijian precisamente por el mismo lado, subiendo hácia el Chatelet por la Greve á lo largo de la orilla del rio. El traje de dos de estas mujeres era el ordinario de las vecinas de París: sus finas golas blancas, sus sayas de tiritaña listada de encarnado y azul, sus medias sin un pliegue, de hilo blanco con cuadrados de color, sus zapatos de cuero y de ancha punta con suelas negras, y sobre todo sus gorros, aquella especie de cuernos de relumbron recargados de cintas y de encajes que las

champañesas usan todavía, émulas de los granaderos de la guardia imperial rusa, anunciaban que pertenecían á aquella clase de comerciantas ricas, que son un justo medio entre lo que los lacayos llaman *una mujer*, y lo que llaman *una señora*. No llevaban sortijas ni cruces en el pecho; pero fácil era conocer que no lo hacían por pobreza, sino lisa y llanamente por temor de la multa. Su compañera estaba ataviada poco mas ó menos del mismo modo, pero había en su tocado y sobre todo en su porte, un no sé qué que olía á mujer de notario de provincia. Conociáse por el modo con que la subía prendida el cinturón por uno de los costados, que era forastera en París; añádase á esto que llevaba una gola rizada, lazos en los zapatos, que las rayas de su saya eran horizontales y no verticales, y otras mil enormidades de que se indignaba el buen gusto.

Caminaban las dos primeras con aquel paso peculiar á las parisienses que enseñan su París á las forasteras. La provincial llevaba de la mano un chucuelo muy gordo, que llevaba en la suya una galleta muy gorda.

Sentimos tener que añadir, que, atendido el rigor de la estación, la lengua le servía de pañuelo.

Hacíase arrastrar el muchacho *non passibus æquis* como dice Virgilio, y tropezaba á cada instante con notable enojo de su madre. Verdad es que miraba mas á la galleta que al suelo; y sin duda algun grave motivo le impedía hincarla el diente (á la ga-

HISTORIA DE UNA GALLETA ETC. 77

leta) por lo que se limitaba á examinarla con ternura. Pero la madre hubiera debido encargarse de la galleta; era una crueldad convertir en Tántalo al pobre chiquitín.

Entre tanto las tres señoritas (porque el nombre de *Señoras* estaba entonces reservado solo para las mujeres nobles) hablaban á la vez.

--Despachemos, señorita Mahiette, decía la mas jóven de las tres que era tambien la mas gruesa, á la provincial. Mucho me temo que vamos á llegar tarde; nos dijeron en el Chatelet que al instante le iban á llevar á la picota.

--Ah, bah! qué estais diciendo, Señorita Oudarde Musnier? repuso la otra parisiense. Tiene que estar dos horas en la picota, con que nos queda tiempo. Habis visto alguna vez sacar á la vergüenza, amiga Mahiette?

--Sí, dijo la provincial, en Reims.

--Ah, bah! y qué es eso, vuestra picota de Reims? Una miserable jaula donde no se dá tormento mas que á patanes. Vaya una cosa!

--Mas que á patanes? dijo Mahiette, ¿en el mercado de los paños? Pues habeis de saber que hemos visto muy grandes criminales, y que habian matado padre y madre! Patanes! por quién nos tomáis, Gervasia?

Es seguro que la provincial estaba á punto de amostazarse seriamente por el honor de su picota. Por fortuna la discreta Oudarde Musnier mudó á tiempo de conversacion.

--A propósito, señorita Mahiette, qué decís de nuestros embajadores flamencos? Habéis visto otros tan majos en Reims?

--Confieso, respondió Mahiette, que no hay otro París para ver flamencos como aquellos.

--Habéis visto en la embajada aquel embajador tan alto que es calcetero? preguntó Oudarde.

--Sí, dijo Mahiette. Parece un Saturno.

--Y aquel gordo que tenía la cara como una barriga desnuda? repuso Gervasia. Y aquel retaquillo que tenía unos ojitos rodados de un redondo colorado, festoneado y andrajoso como un cogollo de cardo?

--Los caballos sí que eran de ver, dijo Oudarde, vestidos como iban á la moda de su país!

--Ay amiga! interrumpió la provincial Mahiette, tomando á su vez cierto ayre de superioridad; pues que diriais si hubierais visto, en 61, en la consagración de Reims, hace dieziocho años, los caballos de los príncipes y del acompañamiento del rey? Jaeces y caparazones de toda especie; unos de paño de damasco, de paño fino de oro, forrados de martas cebelinas; otros de terciopelo, forrados de cuchillos de armiño; otros recamados de rica argentería y de campanillas de oro y de plata! Y el dinero que costó todo aquello! y los pajecitos tan bonitos que iban encima!

--Eso no impide, respondió secamente la señorita Oudarde, que los flamencos tienen unos caballos muy hermosos, y que han tenido una cena opí-

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 79

para en casa del señor preboste de los mercaderes, en la casa de la ciudad, en que les han servido confites, hipocrás, especias y otras singularidades.

--Qué estas diciendo, vecina! exclamó Gervasia: en el palacio del señor cardenal, en el pequeño Borbon es donde han cenado los flamencos.

--No: en la casa de la Ciudad.

--Sí: en el pequeño Borbon.

--Tan ha sido en la casa de la Ciudad, repuso Oudarde con acrimonia, que el doctor Scourable les ha hecho una arenga en latin, de que han quedado muy satisfechos. Mi marido, que es librero jurado, es quien me lo ha dicho.

--Tan ha sido en el pequeño Borbon, respondió Gervasia no menos acalorada, que voy á decir lo que les ha presentado el procurador del señor Cardenal: doce dobles cuartillos de hipocrás blanco, clarete y tinto: veinticuatro canastillas de mazapan doble de Leon, dorado; otras tantas cajas de dos libras por pieza; y seis medias pipas de vino de Beaune, blanco y clarete, del mejor que se ha podido hallar. Supongo que no habrá duda en esto; losé por mi marido que es cincuentenero en el Parloir aux Bourgeois y comparaba esta mañana á los embajadores flamencos con los del Preste Juan y el emperador de Trebisonda, que vinieron de Mesopotamia á París en tiempo del último rey, y que tenian pendientes en las orejas.

--Tan cierto es que cenaron en la casa de la

Ciudad, replicó Oudarde mal convencida por aquella facundia, cuanto no se ha visto jamás una abundancia tal de viandas y de confites.

—Pues yo digo que fueron servidos por le Sec, alabardero de la Ciudad, en el palacio del pequeño Borbon, y que estais equivocada.

--Repito que fue en la casa de la Ciudad!

--En el pequeño Borbon, por amor de Dios! en el pequeño Borbon! Como que estaba iluminada con candilejas mágicas la palabra *Esperanza* que está escrita sobre la fachada principal.

--En la casa de la Ciudad! En la casa de la Ciudad! Como que Husson--le--Vair tocaba la flauta.

—No.

—Sí.

—No.

Preparábase ya á replicar la corpulenta Oudarde, y acaso se hubieran resentido los gorros de la disputa, si no hubiera exclamado Mabiette repentinamente: —*Mirad aquel gentío que se reúne allá abajo en la cabeza del puente!* Estan mirando algo.

—Sí, dijo Gervasia, oigo un tamboril: será la Esmeralda que hace sus juegos con su cabrita. Ea, ea, apretemos el paso, Mabiette, y tirad de ese chiquillo: habeis venido para ver todas las curiosidades de París. Ayer visteis los flamencos; es menester que veais hoy la gitana.

—La gitana, exclamó Mabiette, retrocediendo involuntariamente, y apretando con fuerza el bra-

HISTORIA DE UNA GALLETA ETC. 81

zo de su hijo. -- Dios me libre! me robaria mi niño! -- vamos, Eustaquio!

Y echó á correr sobre el muelle hácia la Greve, hasta que dejó el puente muy detras de sí. Pero el muchacho de quien iba tirando cayó sobre sus rodillas, por lo que tuvo que detenerse su madre; Oudarde y Gervasia se reunieron á ella.

-- La gitana os robaria vuestro lijo! dijo Gervasia. Vaya un capricho singular!..

Mahiette la miraba con aire pensativo.

-- Lo mas singular, observó Oudarde, es que la reclusa tiene la misma idea de las jitanas.

-- Quién es la reclusa? dijo Mahiette.

-- Toma! dijo Oudarde, la hermana Gudula.

-- Quién es, repuso Mahiette, la hermana Gudula?

-- Con que no lo sabcis! respondió Oudarde: ya se vé, como que venis de Reims... Es la reclusa del Trou-aux-Rats.

-- Cómo! respondió Mahiette, esa pobre mujer á quien llevamos esta galleta!

Hizo Oudarde con la cabeza una señal afirmativa.

-- Precisamente; ahora mismo vais á verla en su covacha que da sobre la Greve, y tiene la misma opinion de esos vagamundos de Egipto que bailan y dicen la buena ventura: nadie sabe por qué mira con ese horror á los jitanos. Pero vos, Mahiette, por qué echais á correr así solo de verlos?

-- Oh! dijo Mahiette, cojiendo entre sus manos

la cabeza redonda de su chico, porque no quiero que me suceda lo que la sucedió á Paquita la Chantefleuri.

— Ah! vais á contarnos esa historia, querida Mahiette, dijo Gervasia cojiéndola de bracero.

— Consiento, respondió Mahiette; pero es menester ser muy de París para no saber eso! Habcis pues de saber -- pero no es preciso pararnos para contarlo -- que Paquita la Chantefleuri era una mocita de diez y ocho años cuando yo lo era tambien, es decir, hace diez y ocho años, y que ella se tiene la culpa si no es hoy como yo una buena matrona de treinta y seis años, con un marido y un hijo. Por lo demas, desde la edad de catorce años, ya no era tiempo! Era pues la Paquita hija de Guybertaut, barquero en Reims, el mismo que se presentó delante de Carlos VII cuando su consagracion, cuando bajó nuestro rio de Vesle desde Sillery hasta Muison, por mas señas que la señora doncella iba (1) en el barco. Murió el anciano padre cuando Paquita era todavía muy niña, con que ya no la quedaba mas que su madre, hermana del señor Mateo Pradon, azofarero y calderero en París, calle Parin-Garlin, el cual murió el año pasado. Ya veis que era de buena familia. La madre era una buena mujer, por desgracia, y no enseñó cosa alguna á Pa-

(1) La célebre Juana d'Arc, llamada la *doncella de Orleans*, ó *poncella*, como dice nuestro Mariana. (Nota del traductor.)

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 83

quita mas que un poco de bordar y de hacer chucherías; lo que no impidió que la muchacha creciese y se fuese quedando muy pobre. Vivian las dos en Reims, á lo largo del rio, calle de *Folle-Peine* (Loca-Pena); obsérvese bien; yo tengo para mí que esto fue lo que hizo á Paquita desgraciada.-- En 61, año de la consagracion de nuestro rey Luis XI, que Dios guarde; Paquita era tan linda y tan alegre de cascos, que nadie la llamaba mas que la Chantefleuri (1). -- Pobre muchacha! -- Tenia bonitos dientes, y gustaba de reirse para enseñarlos, y es sabido que muchacha que rie está muy espuesta á llorar; los buenos dientes echan á perder los buenos ojos. Llamábanla pues la Chantefleuri; ella y su madre ganaban su vida á duras penas, como que vinieron muy á menos desde la muerte del trovador; su comercio no las producía mas de seis dineros por semana.-- ¿Qué se hizo el tiempo en que el buen Guybertaut ganaba doce sueldos parisies en una sola consagracion con una trova? -- Un invierno -- el mismo año de 61 -- en que las dos mujeres no tenian ni leña ni fuego, y en que hacia mucho frío, tenia tan buenos odiores la Chantefleuri que los hombres la llamaban: Paquita! Paquita! y que la pobre se perdió.-- Eustaquio! cuida como te vea yo morder la galleta! -- Al instante conocimos todos que estaba perdida cuando la vimos un domingo ir á misa con una cruz de oro

(1) *Canta florido.* (Nota del traductor.)

al pecho. -- A catorce años! para que se vea! Su primer novio fue el jóven vizconde de Cormontreuil que tiene su palacio á tres cuartos de legua de Reims; luego el caballero Enrique de Triancourt, caballero del rey; luego, menos que eso, Chiart de Beaulion, sarjento de armas; luego siempre bajando, Guery Aubergeon, trinchant del rey; luego Macé de Frepus, barbero del señor Delfin; luego Thevenin-le-Moine, cocinero del rey; luego, bajando así de menos jóven á menos noble, cayó en manos de Guillermo Racine, juglar, y de Thierry de Mer, farolero. Entonces, pobre Chantefleuri! fue de todo el mundo; la pobrecilla había llegado al último ochavo de su moneda de oro. ¿Qué mas diré? En la consagracion, en el mismo año 61, ella fue quien hizo la cama al rey de los bellicos (1). En el mismo año!..

Suspiró Mahiette y enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos.

—Pues, dígoos que no hallo nada de extraordinario en esa historia, dijo Gervasia, y no veo hasta ahora en todo eso gitanos ni chiquillos.

—Paciencia! repuso Mahiette; ahora vais á ver un chiquillo.—En 66,—en este mes hará dieziséis años por San Pablo, Paquieta dió á luz una niña.—Pobrecilla! tuvo una alegría increíble porque había mucho tiempo que descaba un hijo. Su madre,

(1) Frase proverbial entonces que queria decir hacerse famosa. (Nota del Trad.)

HISTORIA DE UNA GALLETA , ETC. 85

pobre vieja que nunca habia sabido mas que cerrar los ojos, habia muerto, y Paquita no tenia ya en este mundo nadie á quien amar, nadie que la amara.—Desde que tuvo el primer desliz, hacia ya cinco años, era una pobre criatura la Chantefleuri; estaba sola, sola en esta vida, señalada con el dedo por las calles, azuzada cuando salia, zurrada por los soldados, escarnecida por los pillos desarrapados. Y luego, ya tenia veinte años; y veinte años es la vejez para las mujeres de mala vida. La prostitucion empezó á producirla tan poco como su antiguo comercio; cada arruga que venia, la quitaba un escudo;—de modo que el invierno era terrible para ella con poca leña en su hogar, con poco pan en su alacena. Y no podia trabajar, porque haciéndose voluptuosa se hizo holgazana, y sufría mucho mas porque haciéndose holgazana se habia hecho voluptuosa.—Así es, á lo menos como esplica el cura de S. Reims, porque esas mujeres tienen mas frio y mas hambre cuando son viejas.

—Así es, observó Gervasia;—pero ¿y las jitanas?

—Cachaza, Gervasia! dijo Oudarde, cuya atencion era menos impaciente. Qué quedaria para el fin si se dijera todo al principio? Adiante, Mahiette.—Pobre Chantefleuri!

Mahiette prosiguió.

—Estaba, pues como digo, muy triste, muy miserable, y ahondaba sus mejillas con las lágrimas. Pero en su miseria, en su locura y en su abandono, la parecia que seria menos miserable, menos

loca y menos abandonada si hubiera algo en el mundo que ella pudiera amar ó que pudiera amarla á ella; -- y era preciso que este objeto fuera un niño, porque solo un niño podia ser bastante inocente para eso. -- Ella lo conoció despues de haber probado á amar á un ladron, el único hombre que pudiera hacerla caso; pero al cabo de algun tiempo conoció que el ladron la despreciaba. -- Esas mujeres así necesitan un amante ó un niño para que las llene el corazon; si no, son muy desgraciadas. -- No pudiendo tener un amante, dióse á desear un hijo, y como no habia cesado de ser buena cristiana, se lo pidió continuamente á Dios: Dios tuvo compasion de ella y la dió una niña. No os hablaré de su alegría; fué aquella una furia de lágrimas, de caricias y de besos. Ella misma criaba á su niña, la hacia mantillas con su manta, la única que tenia en su cama, y ya no sintió ni hambre ni frio. Tanto, que volvió á ponerse hermosa; vieja soltera es madre jóven. Volvió á empezar el tráfico; los hombres volvieron á la Chantefleuri, ella encontró chalanes para su mercancia, y de todos aquellos horrores: *es-hior, opnias; capillas; y, haberes; mantillas. Aca-*caje y gorritos de raso, sin pensar siquiera en comprarse otra manta. -- Eustaquio, ya te he dicho que no tienes que comerte la galleta. -- Es seguro que la Inesita, -- este era el nombre de la criatura; su nombre y nada mas, pues por lo que hace á apellido, ya hacia tiempo que la Chantefleuri no le tenia. -- Es seguro que aquella niña estaba mas fajada

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 87

con cintas y eucajes que una delfina del Delfinado!--Tenia entre otros un par de zapatitos! que seguramente no ha tenido otros tales el rey Luis XI! Su madre se los habia cosido y bordado ella misma, y habia empleado para ellos todos los primores de su habilidad, y tantas lantejuelas como para una falda de la Santa Virgen.--Vaya que eran los dos zapatitos de color de rosa mas cucos que se puede imaginar! Eran largos á todo lo mas como mi dedo gordo, y era preciso ver salir de ellos los piececitos del niño para creer que habian podido entrar.--Verdad es que aquellos piececitos eran tan pequeños, tan bonitos, tan rosados! mas rosados que el raso de los zapatos!--Cuando tengais, hijos, Oudarde, vereis que no hay nada tan bonito como aquellos piececitos y aquellas manitas.

—Yo por mi buenas ganas tengo, dijo Oudarde suspirando, pero espero que le dé la gana al señor Andres Musnier.

—Ademas, prosiguió Mahiette, no eran solo los pies lo que tenia bonito la hija de Paquita. Yo la ví cuando no tenia mas que cuatro meses, y era un ángel! Tenia los ojos mas grandes que la boca, y un pelito negro tan finito y que se rizaba ya!--Hubiera sido á los diez y seis una morenita de mi flor! Su madre estaba cada dia mas loca con ella; la acariciaba, la besaba, la hacia cosquillas, la lavaba, la engalanaba, se la comia! Perdia el juicio con ella y no se cansaba de dar gracias á Dios. Sus piececillos rosados sobre todo; erau para ella un entusias-

mo sin fin, un delirio de alegría; siempre tenía los labios pegados á ellos, y no podía comprender que fueran tan chiquititos. Los ponía en los zapatitos, los sacaba, los admiraba, se estasiaba con ellos, los miraba al trasluz, se enternecía de verlos andar sobre la cama, y de buena gana hubiera pasado su vida de rodillas, calzandó y descalzando aquellos pies como los de un Niño Jesus.

—El cuento no es malo, dijo á media voz Gervasia; pero ¿qué tienen que ver con eso los gitanos?

—Ahora lo vereis, replicó Mabiette. Llegaron un día á Reims una especie de caballeros muy particulares, todos ellos mendigos y tunos que recorrían el país, conducidos por sus duques y por sus condes. Eran sumamente morenos, tenían el pelo ensortijado y llevaban anillos en las orejas: las mujeres eran todavía mas feas que los hombres: tenían la cara mas negra que ellos y siempre descubierta, sin mas ropa que un miserable zagalco sobre el cuerpo, una manta de cuerda sobre los hombros, y el pelo tendido como cola de caballo: los chiquillos, que iban á rastra, hubieran metido miedo á un mico: una partida de escomulgados. Todo aquello venía en línea recta del Bajo-Egipto á Reims por Polonia: el papa los habia confesado, segun decia la jente, y les habia impuesto la penitencia de ir siete años seguidos corriendo mundo sin dormir en cama; por eso se llamaban penitenciaríos, y corrompian. Es seguro que antes habian sido sarracenos, por lo cual creían en Júpiter, y reclamaban diez libras

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 89

torneas de todos los arzobispos, obispos y abades de báculo y mitra, pues tenían para ello una bula del papa. Venían á Reims á decir la buena ventura en nombre del rey de Arjel y del emperador de Alemania; bien conoceréis que no fue necesario mas para que se les prohibiese entrar en la ciudad. Entonces toda la cuadrilla se acampó sin resistencia junto á la puerta de Braine, sobre aquel cerro donde hay un molino al lado de los agujeros de las antiguas canteras, todo Reims fue á verlos: miraban las manos á la jente y decían profecías maravillosas; eran hombres para anunciar á Judas que seria papa. Corrian sin embargo tristes rumores sobre ellos, de niños robados, de otros latrocinios, y de carne humana comida. Los prudentes decían á los que no lo eran: "No vayais", y luego iban ellos de escondite. Todito el mundo iba á verlos; verdad es que decían cosas que hubieran asombrado á un cardenal. Las madres estaban todas huecas con sus hijos desde que las jitanas les habian leído en la mano toda especie de milagros escritos en pagano ó en turco: una tenia un emperador, otra un papa, aquella un capitan. La pobre Chantelleuri tuvo tambien su poquito de curiosidad; quiso saber lo que tenia, y si su preciosa Inesita seria acaso algun dia emperatriz de Armenia ó de otra cosa. Llevóla, pues, adonde estaban los jitanos, y fue mucho lo que la admiraron las jitanas, y la acariciaron, y la besaron con sus bocas negras, y lo que se estasiaron al ver su manita; todo con grande alegría de la pobre madre. Lo

que mas elojieron sobre todo fue los piccecitos y los zapatitos de raso: la niña no tenia un año todavía, y ya empezaba á hablar, y reia á su madre como una loquilla; y estaba tan gordita y tan redonda, y tenia mil monadas como los ánjeles del cielo. Los jitanos la asustaron mucho y lloró; pero la madre la dió muchos besos, y se fue hechizada de la buena ventura que las profetisas habian dicho á su Inesita; la niña debía ser una hermosura, un ánjel, una reina. Volvió pues á su zaquizamí de la calle de Loca-Pena, toda orgullosa de tener una reina en su casa. Al dia siguiente aprovechó un momento en que la niña dormia en su cama (porque siempre la acostaba consigo), dejó la puerta entreabierta con mucho tiento, y fue á contar á una vecina de la calle de la Sechesserie que habia de llegar un dia en que su hija Ines seria servida á la mesa por el rey de Inglaterra y el archiduque de Etiopia, y otras mil sorpresas. Luego que volvió, no oyendo gritos al subir la escalera, dijo para sí: — ¡Bueno! todavía está durmiendo; pero halló la puerta mas abierta de lo que la habia dejado, y entró — ¡pobre madre! — y fue corriendo á la cama. — Ya no estaba allí la criatura — la cama estaba vacía — nada quedaba allí de la niña mas que uno de sus zapatitos. Salió del cuarto corriendo, tiróse por la escalera abajo, y empezó á golpear las paredes con su cabeza, gritando: — ¡Mi hija! ¡quién tiene mi hija! ¡quién me ha cojido mi hija! — La calle estaba desierta, la casa aislada; nadie pudo responderla. Fue

HISTORIA DE UNA GALLETA ; ETC. 51

por toda la ciudad, registró todas las calles, corrió de aquí para allí todo aquel día, loca, delirante, terrible, pescudando en las puertas y en las ventanas como una fiera que ha perdido sus hijos: estaba desencajada, furiosa, horrible de ver, y tenía en los ojos un fuego que secaba sus lágrimas. Detenia á los que pasaban, y gritaba: — ¡Mi hija! ¡mi hija! ¡mi preciosa niña! si alguno me vuelve mi hija, yo seré su criada, la criada de su perro, y me comerá el corazón, si quiere. — Encontró al señor cura de San Remy, y le dijo: — Señor cura, yo cabaré la tierra con mis uñas, pero dadme mi hija! — Partía el corazón, Oudarde; yo ví á un hombre muy duro, á maese Ponce Lacabre, el procurador, que lloraba. — ¡Ah! ¡pobre, pobre madre! A la noche, volvió á su casa; durante su ausencia, una vecina habia visto entrar allí á dos jitanas en secreto con un paquete debajo del brazo, y luego volver á bajar despues de haber cerrado la puerta y huir precipitadamente: desde que ellas huyeron, se oían en casa de Paquita gritos de chiquillo. Echóse la madre á reir á carcajadas, subió la escalera como si tuviera alas, echó la puerta abajo como de un cañonazo, y entró. — ¡Qué cosa tan horrible, Oudarde! en vez de su preciosa Inesita, tan colorada, tan linda, que era una bendicion de Dios, una especie de mónstruo horrible, cojo, jorobado, tuerto, contrahecho se arrastraba chillando por el suelo. La pobrecilla se tapó los ojos horrorizada. — ¡Oh, dijo, si habrán convertido á mi hija en este espantoso ani-

mal! — Sacaron al instante aquel avechuelo que la hubiera vuelto loca; debía ser un monstruoso aborto de alguna gitana que se había dado al diablo. Parecía tener como hasta cuatro años, y hablaba una lengua que no era una lengua humana, con palabras que no son posibles. — La Chantefleuri se precipitó sobre el zapatito, lo único que la quedaba de todo lo que había amado en este mundo; y tanto tiempo permaneció allí inmóvil, muda, sin respirar, que todos la creyeron muerta. Repentinamente empezó á temblar de pies á cabeza, cubrió su reliquia de besos furiosos, y se desahogó en sollozos como si acabara de reventarse su corazón. ¡A buen seguro que todas llorábamos también! La pobrecilla decía: ¡Oh! ¡hija mía! ¡hija mía! ¿dónde estás?— y aquellas palabras nos desgarraban las entrañas. — Porque nuestros hijos — ¡pobrecillos! son la médula de nuestros huesos. — ¡Eustaquio mío! tú si que eres guapo: — ¡ya! ¡si vierais que listo es! Ayer me decía: — Yo quiero ser soldado. ¡Pobre Eustaquio! ¡si fuera á quedarme sin tí! — Púsose en pie de repente la Chantefleuri, y echó á correr por el pueblo, gritando: — ¡Al campamento de los gitanos! ¡Vengan soldados para quemar brujas! ¡vengan! ¡vengan! — Ya se habían ido los gitanos. — La noche estaba muy oscura, y no fue posible perseguirlos. Al día siguiente, á dos leguas de Reims, en un soto entre Gueux y Tilloy, se hallaron los restos de una grande hoguera, algunas cintas que habían pertenecido á la hija de Paquita, algunas gotas de

HISTORIA DE UNA GALLETA ETC. 93

sangre y porquerías de macho cabrío. La noche que acababa de pasar era precisamente la de un sábado; por eso nadie dudó que las jitanas habrían celebrado su *sábado* en aquella pradera, y devorado á la criatura en compañía de Belzebú, como es uso y costumbre entre los musulmanes. Cuando supo la Chantefleuri estas cosas tan horribles, no lloró; meneó los labios como si quisiera hablar, pero no pudo: al día siguiente tenía el pelo blanco; al otro, ya había desaparecido.

-- ¡ Historia es esa muy terrible en efecto, dijo Oudarde, y que haría llorar á un Borgoñon !

-- Ya no me admira, añadió Gervasia, que tengáis tanto miedo de los gitanos.

-- Y habeis tenido tanta mas razon, repuso Oudarde, en huir hace poco con Eustaquio, cuando estos tambien son jitanos de Polonia.

-- No tal, dijo Gervasia; se suena que vienen de España y de Cataluña.

-- Cataluña ! puede ser, respondió Oudarde. Polonia, Cataluña, Valonia (1), siempre confundo esas tres provincias. Lo que no tiene duda es que son gitanos.

-- Y que á buen seguro tienen los dientes bastante largos, añadió Gervasia, para comer criaturas. Y no me admiraría que la tal Esmeraldita se los comiera tambien de cuando en cuando, con su bo-

(1) Estas tres palabras tienen la misma terminación en francés lo que motiva suficientemente la confusión de la buena Oudarde.
(N. del T.)

94

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

quita de perlas: su cabra blanca sabe demasiadas malicias para que no haya en eso algún libertinaje.

Caminaba Mahiette sin decir palabra; iba absor-ta en aquella vaga distracción que es en cierto mo-do la prolongación de un cuento doloroso, y que no se termina hasta haber prolongado su sacudimiento, de vibración en vibración, hasta las últimas fibras del corazón. Poco después la dirigió Gervasia la pa-labra.—Y ha podido averiguarse qué fué de la Chantefleuri?—Mahiette no respondió, pero repi-tijo Gervasia su pregunta sacudiéndola el brazo, y llamándola por su nombre, hasta que al fin salió Mahiette de su melancólico abatimiento.

—Qué ha sido de la Chantefleuri? dijo repi-tiendo maquinalmente las palabras cuya impresión estaba aun reciente en sus oídos; y luego haciendo un esfuerzo para fijar su atención en el sentido de estas palabras:— Ah! repuso al punto, nunca se ha podido saber.

Luego añadió después de una breve pausa:

—Unos dicen haberla visto salir de Reims al caer la noche por la puerta Flechembault; otros, al rayar el día, por la antigua Puerta Bassée. Un pa-dre se encontró su cruz de oro enganchada en la cruz de piedra, en la era donde se reúne la feria. Aquella joya fue la que la perdió en 61; era un regalo del joven vizconde de Cormontreuil, su primer amante, y nunca quiso Paquita deshacerse de ella, ni aun en sus mayores miserias. Amaba aque-la joya como la vida; por eso, cuando vimos aban-

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 95

donada aquella cruz, todos creimos que había muerto. Sin embargo, unos hombres de la taberna-les-Vautes dijeron que la habían visto pasar por el camino de París, descalza sobre los guijarros, pero para eso sería menester que hubiera salido por la puerta de Vesle, y eso no se entiende bien; ó por mejor decir, yo creo que salió en efecto por la puerta de Vesle, pero que salió de este mundo.

--No os entiendo, dijo Gervasia.

--El Vesle, respondió Mahiette con una sonrisa melancólica, es el río.

--Pobre Chantefleuri! dijo Oudarde estremeciéndose,--ahogada!

--Ahogada, repuso Mahiette. ¿Quién le hubiera dicho al buen viejo Guybertaut cuando pasaba por debajo del puente de Tinquieux á flor de agua, cantando en su barca, que algun día pasaria tambien su hermosa Paquita por debajo de aquel puente, pero sin cancion y sin barca?

--Y el zapatito? preguntó Gervasia.

--Desapareció con la madre, respondió Mahiette.

--Pobre zapatito! dijo Oudarde.

Oudarde, obesa y sensible mujer, se hubiera contentado con suspirar en coro con Mahiette; pero Gervasia, mas curiosa, no habia agotado aun sus preguntas.

--Y el monstruo? dijo de repente.

--Qué monstruo? preguntó Mahiette.

--El monstruo que dejaron las brujas en casa

de la Chantefleuri en cambio de Inesita. Qué hicierais de él? Supongo que le echarian al río.

--No tal, respondió Mahiette.

--Cómo! pues le quemarian? En efecto, así debía ser.--Un niño brujo!

--Ni uno ni otro, Gervasia. El señor arzobispo se interesó por el gitanillo, le exorcizó, lo bendijo, le sacó muy bien el diablo del cuerpo, y le envió á París para que lo espusieran en el átrio de Nuestra Señora, como niño espósito.

--Vaya con los obispos! dijo Gervasia; porque son sabios no hacen cosa alguna como los demas. Pues está bueno, ir á poner al diablo en la inclusa! porque es seguro que aquel mónstruo era el diablo.--Y sabeis, Mahiette, qué han hecho de él en París? Supongo que ninguna persona caritativa habrá querido recojerle.

t --No sé, respondió la provincial; justamente por aquella época compró mi marido la escribanía de Berú, á dos leguas de la ciudad, y no hemos vuelto á ocuparnos en ese asunto; además, delante de Beru estan las dos colinas de Cernay que hacen perder de vista las torres de la catedral de Reims.

Esto diciendo, habian llegado las tres dignas interlocutoras á la plaza de Greve. Habian en su distracción pasado sin detenerse por delante del brevario público de la Torre-Roland, y se dirijian maquinalmente hácia la picota en torno de la cual crecía sin cesar la muchedumbre. Es probable que el espectáculo que atraía á ella todas las miradas en



LA ENFERMALADA Y BESOUERE

Esmeralda y Besouere

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 97

aquel momento, las hubiera hecho de todo punto olvidar el Trou-aux-Rats y el alto que se proponían hacer en él, si el tragon Eustaquio, mozo de seis años, que llevaba Mahiette de la mano, no se lo hubiera recordado de repente: -- Madre, dijo, como si algún instinto le advirtiera que ya habían dejado detras el Trou-aux-Rats, puedo ahora comerme el bizcocho?

Si Eustaquio hubiera sido mas diestro, es decir, menos hambro, hubiera esperado un poco, y solo cuando hubieran estado de vuelta en la Universidad, en casa de maese Andres Musnier, calle de Madame-la-Valence; cuando hubieran mediado los dos brazos del Sena y los cinco puentes de la Ciudad entre el Trou-aux-Rats y la galleta, solo entonces hubiera aventurado esta tímida pregunta: -- Madre, puedo ahora comerme el bizcocho?

Esta misma pregunta, imprudente en el momento en que la hizo Eustaquio, llamó la atención de Mahiette.

--Ahora que me acuerdo, dijo, olvidamos á la reclusa! Vamos á ver el Trou-aux-Rats, que quierro llevarla su galleta.

--Al instante, dijo Oudarde, es una obra de caridad.

No eran estos los deseos de Eustaquio.

--Pues! mi galleta! dijo levantando sucesivamente entrambos hombros y entrambas orejas, lo que es en semejante caso el signo supremo del descontento.

TOMO II.

Deshicieron lo andado las tres mujeres, y cuando llegaron junto á la casa de la Torre Roland, dijo Oudarde á las otras dos:—No hay que mirar las tres á un tiempo por el agujero, no sea que se asuste la reclusa. Haced vosotras dos como que leéis *dominus* en el breviario, mientras yo me asomo; la reclusa me conoce unas miajas. Yo os avisaré cuando podéis mirar.

Fue sola á la ventanilla: en el momento en que penetró por ella su vista, la mas profunda compasion se pintó en su semblante, y su alegre y franca fisonomia cambió tan repentinamente de espresion y de color como si hubiera pasado de un rayo del sol á un rayo de la luna: sus ojos se humedecieron, su boca se contractó como cuando se va á llorar. Un momento despues púsose un dedo sobre los labios, é hizo señal á Mahiette de que se acercára.

Llegó Mahiette conmovida, en silencio, y de puntillas como cuando nos acercamos al lecho de un moribundo.

Triste espectáculo era en efecto, el que se presentó á la vista de las dos mugeres, mientras miraban inmóviles, y casi sin respirar, por la ventanilla enrejada del Trou-aux-Rats.

La celdilla era estrecha, mas ancha que profunda, embovedada en forma de ojiva, y vista por el interior se parecia no poco á una gran mitra de obispo. Sobre las peladas losas que formaban su suelo, en un ángulo, estaba una mujer sentada, ó mas

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 99

bien acurrucada : tenia la barba apoyada sobre sus rodillas que sus dos brazos cruzados apretaban fuertemente contra su pecho. Replegada así sobre sí misma, vestida de un saco de color oscuro, que la envolvía de pies á cabeza entre sus anchos pliegues, caídos hácia adelante sus largos cabellos grises que la cubrían el rostro y las piernas hasta los pies, no presentaba á primera vista mas que una forma extraña, destacada sobre el fondo tenebroso de la celda; una especie de triángulo negruzco que el rayo de luz que entraba por la ventana dividía en cruda transición en dos matices, uno sombrío, otro iluminado. Era uno de aquellos espectros, la mitad en sombra y la mitad en luz, como se ven en los delirios y en la obra extraordinaria de Goya (1), pálidas, inmóviles, siniestras, acurrucadas sobre un sepulcro, ó agarradas á la reja de un calabozo. No era ni una mujer, ni un hombre, ni un ser viviente, ni una forma definida; era una figura, una especie de vision sobre la cual se unían lo real y lo fantástico como la sombra y la luz. Distinguíase á duras penas debajo de sus cabellos tendidos hasta el suelo un perfil macilento y severo; apenas su falda daba paso á la estremidad de un pie desnudo que se crispaba sobre el pavimento rígido y helado. Lo poco

(1) Alude sin duda á las célebres *brujas* de este grande artista español, que forman un volumen ó una obra completa como dice Victor Hugo.

(N. del trad.)

100 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

de forma humana que se entreveía bajo aquel ropaje funeral, horrorizaba.

Aquella figura que cualquiera hubiera creído clavada en las losas, parecía no tener movimiento, ideas, ni vida. Bajo aquel sutil saco de lienzo, en enero, sentada sobre un suelo de granito, sin fuego, en la sombra de un calabozo cuyo respiradero oblicuo no dejaba penetrar de fuera más que el frío y jamás el sol, no parecía sufrir ni tan siquiera sentir: era de creer parecía que se había convertido en piedra con el calabozo, en hielo con la estación; sus manos estaban cruzadas, sus ojos fijos; á la primera ojeada parecía un espectro, á la segunda una estatua.

Sin embargo, de cuando en cuando se entreabrían para respirar sus labios azules y temblaban; pero tan muertos y tan maquinales como dos hojas secas que se separan á impulso del viento.

Sin embargo, de sus ojos apagados salía una mirada, una mirada inefable, profunda, lúgubre, imperturbable, siempre clavada en un ángulo de la celda que no podía verse desde fuera; una mirada que parecía aglomerar todas las sombrías ideas de aquella alma desesperada en no sé qué objeto misterioso.

Tal era la criatura que recibía por su morada el nombre de *reclusa*, y por su vestido el de *religiosa*.

Las tres mujeres, porque Gervasia se había agregado á Mahiette y á Oudarde, miraban por la ventanilla. Sus cabezas interceptaban la escasa luz del calabozo, sin que la miserable á quien privaban de

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 101

ella pareciese tan siquiera advertirlo.—No la interrumpamos, dijo Oudarde en voz baja, está en su éxtasis; está rezando.

En tanto Mahiette consideraba con amarga ansiedad aquella cabeza macilenta, ajada, despeluzada, y sus ojos se llenaban de lágrimas.—Cierto que sería muy singular! dijo.

Metió la cabeza por entre las rejas de la ventana, y logró internar su mirada hasta el ángulo en que estaba invariablemente fija la mirada de la infeliz.

Cuando sacó la cabeza de la ventana, estaba su rostro inundado de lágrimas.

—Cómo llamáis á esa mujer? preguntó á Oudarde.

Oudarde respondió: —La llamamos la hermana Gudula.

—Y yo, repuso Mahiette; yo la llamo Paquita la Chantefleuri.

Entonces, poniéndose un dedo en la boca, hizo señal á Oudarde estupefacta de que metiese la cabeza por la ventana y mirase.

Miró Oudarde, y vió en el ángulo en que estaba clavada la vista de la reclusa en un sombrío éxtasis, un zapatito de raso color de rosa, bordado con mil lentejuelas de oro y plata.

Miró en seguida Gervasia, y entonces las tres mujeres, considerando á la desdichada madre, se echaron á llorar.

Pero ni sus miradas, ni sus lágrimas distrajeran

á la reclusa: sus manos quedaron cruzadas, sus labios mudos, sus ojos fijos, y para quien sabia su historia, aquel zapatito mirado de aquella manera desgarraba el corazón.

Aun no habian proferido una palabra las tres mujeres, porque no se atrevian á hablar ni aun en voz baja. Aquel gran silencio, aquel gran dolor, aquel grande olvido en que todo habia desaparecido menos una cosa, agitaban sus almas como un altar mayor de Pascua ó de Nochebuena!—Callaban, meditaban, sentian impulsos de hincarse de rodillas; parecían que acababan de entrar en una iglesia en la noche de tinieblas.

En fin Gervasia, la mas curiosa de las tres, y por consiguiente la menos sensible, trató de hacer hablar á la reclusa: — Hermana! hermana Gudula!

Tres veces repitió esta interpelacion alzando la voz cada vez mas; pero no se movió la reclusa, ni habló una palabra, ni dió una mirada, ni un suspiro, ni una señal de vida.

Oudarde á su vez, con una voz mas dulce y cariñosa: — Hermana! dijo, hermana Gudula!

Continúa el mismo silencio, la misma inmovilidad.

—Qué mujer tan particular! exclamó Gervasia; —no la despertarán ni con una bombardá.

—Puede que esté sorda, dijo Oudarde suspirando.

—O ciega, añadió Gervasia.

—O muerta, repuso Mahiette.

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 103

Es seguro que si aun no habia abandonado el *alma* aquel cuerpo inerte, adormilado, letárgico, se habia retirado por lo menos y escondido en profundidades tales que no podian llegar á ellas las percepciones de los órganos esteriore.

—Será preciso, dijo Oudarde, dejar la galleta en la ventana... pero la cojerá algun pillastre.—
Cómo haremos para avisarla?

Eustaquio que habia estado distraido hasta entonces con un carreton tirado por un perrazo, el cual acababa de pasar junto á él, advirtió en esto que sus tres conductoras miraban alguna cosa por la ventana, y escitada en el acto su curiosidad, trepó hasta un poyo, se empinó lo mas que pudo, y aplicó su redonda cara rosada á la ventana, diciendo:—Madre yo tambien queria ver!

Al oír aquella voz infantil, clara, pura, sonora, estremeciése la reclusa. Volvió la cara con el movimiento seco y brusco de un resorte de acero, sus dos largas manos descarnadas apretaron sus cabellos sobre su frente, y fijó sobre el niño su mirada atónita, amarga, desesperada. Aquella mirada no fúe mas que un relámpago:—Dios mio! Dios mio! exclamó repentinamente, metiendo la cabeza entre sus rodillas, y parecia que su ronca voz desgarraba su pecho al pasar—á lo menos, no me hagais ver los de los demas!—

—Buenos dias, señora, dijo el chiquillo con gravedad.

Y entre tanto, aquella impresion habia, por de-

104 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

cirlo así, despertado á la reclusa. Un largo temblor corrió por todo su cuerpo, desde los pies hasta la cabeza; rechinaron sus dientes, y medio alzó el rostro apretando los codos contra sus caderas y cojiéndose los pies con las manos como para calentarlos:— Oh! que frio!

—Pobre mujer, dijo Oudarde profundamente conmovida, queréis un poco de lumbre?

Meneó ella la cabeza haciendo una señal negativa.

—Pues entonces, repuso Oudarde presentándole un frasco, aquí tenéis hipocrás que os abrigará el estómago: bebed.

Meneó de nuevo la cabeza, miró á Oudarde de hito en hito, y respondió: — Agua.

Oudarde insistió:—No, hermana, esa bebida no es buena para enero. Es menester que bebais un poco de hipocrás, y comais esta galleta de maiz que hemos cocido para dárosla.

Rechazó la reclusa el bollo que la presentaba Mahiette, y dijo: — Pan negro.

—Vamos, dijo Gervasia movida tambien á compasion, y quitándose su pañolon de lana, aquí tenéis un vestido mas abrigado que ese. — Cubrios con él.

Rehusó la pobre madre el vestido, como habia rehusado el frasco y la galleta, y respondió: — Un saco.

—Pero es justo, repuso la digna Oudarde, que advertiais en algo que ayer fue dia de fiesta.

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 105

—Lo advierto, dijo la reclusa. Ya hace dos días que no tengo agua en mi cántaro.

Y luego añadió después de un breve silencio: — Es día de fiesta y me olvidan: hacen bien. Por qué se ha de acordar el mundo de mí, si yo no me acuerdo de él? A carbon apagado, ceniza fría.

Y como cansada de haber hablado tanto, dejó caer la cabeza sobre sus rodillas. La sencilla y caritativa Oudardo, que creyó advertir en estas últimas palabras que volvía á quejarse del frío, la respondió candorosamente: —Pues entonces, quereis un poco de lumbre?

—Lumbre? dijo la reclusa con acento singular; y dareis también un poco de lumbre á la pobre criatura que está debajo de tierra hace quince años?

Temblaron todos sus miembros, sus palabras vibraban, sus ojos echaban chispas, y se incorporó sobre sus rodillas; de repente alargó su mano blanca y transparente hácia el niño que la miraba asombrado.—Llevaos ese niño! exclamó.—Va á venir la jítana!!—

Cayó entonces de bruces en el suelo, y chocó su frente sobre las losas estallando como una piedra sobre otra piedra. Las tres mujeres la creyeron muerta; pero un momento después hizo algunos movimientos, y la vieron arrastrarse sobre las rodillas y los codos, hasta el ángulo en que estaba el zapatito. Entonces no se atrevieron á mirar, ni la vieron mas; pero oyeron mil besos y mil suspiros mezclados con gritos de amargura, con ecos sor-

dos como los de una cabeza que se golpea contra una pared; y luego, después de un golpe tan violento que á las tres las hizo estremecerse, no oyeron nada más.

—Si se habrá matado? dijo Gervasia aventurándose á meter la cabeza por la ventana: — ¡Hermana, hermana Gudula!

—Hermana Gudula! repitió Oudarde.

—Jesus, Dios mio! está inmóvil! repitió Gervasia —si se habrá matado? Gudula! Gudula!

Mahiette, sofocada hasta entonces por las otras dos hasta el punto de no poder hablar, hizo un esfuerzo: — Esperad, dijo, y luego acercándose á la ventana: — Paquita! dijo—Paquita la Chantefleur!

Un niño que sopla inadvertido en la mecha mal encendida de un cohete, y le hace estallar en sus ojos, no queda más aterrado que Mahiette con el efecto que produjo aquel nombre lanzado de súbito en la celda de la hermana Gudula.

Estremeciéndose la reclusa convulsivamente, alzóse sobre sus pies descalzos, y saltó á la ventana con ojos tan centellantes que Mahiette y Oudarde, y la otra mujer y el niño retrocedieron hasta el pretel del muelle.

El rostro terrible de la reclusa apareció pegado á las rejas de la ventana.— Oh! oh! ¡esclamó dando una carcajada espantosa—la gitana que me llama!..

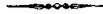
Fijó en aquel momento sus miradas una escena que pasaba en la picota: rugóse de horror su frente,

HISTORIA DE UNA GALLETA, ETC. 107

sacó fuera del calabozo sus dos brazos de esqueleto, y exclamó con una voz que parecía el estertor de un moribundo: — Eres tú, hija de Egipto! — eres tú la que me llamas; — ladrona de criaturas! Pues bien! maldita seas! maldita! maldita! maldita!....

4.

UNA LAGRIMA POR UNA GOTA DE AGUA.



Eran estas palabras, por decirlo así, el punto de unión entre dos escenas que habían pasado paralelamente en el mismo instante; una, la que acabamos de leer, en el Trou—aux—Rats, y otra, la que vamos á presenciar en la escalera de la picota. —La primera no había tenido por testigos mas que las tres mujeres con quienes acaba de hacer conocimiento el lector; la segunda tenía por espectadores á todo el público que vimos poco antes aglomerarse en la plaza de Greve, alrededor de la picota y del patíbulo.

Aquella muchedumbre, á quien los cuatro soldados que desde las nueve de la mañana estaban de centinela en los cuatro ángulos de la picota, habían hecho esperar una ejecución medianeja, no seguramente la de un ahorcado, pero sí unos buenos azo-

UNA LAGRIMA, ETC. 109

tes, una podadura de orejas, alguna diversioncilla en fin, aquella muchedumbre pues se habia aumentado tan rápidamente que los cuatro soldados, muy de cerca acosados, tuvieron necesidad mas de una vez de *apretarla*, como se decía entonces, á latigazos y cargas de caballería.

Aquel populacho, disciplinado en la práctica de las ejecuciones de muerte, no manifestaba sobrada impaciencia; divertíase en mirar la picota, especie de monumento muy sencillo, compuesto de un cubo de madera de como hasta diez pies de alto y hueco en el interior. Unas gradas muy empinadas de piedra en bruto que se llamaban por escelencia *la escala*, conducian á la plataforma superior, sobre la cual se veía una rueda horizontal de madera de encina: sobre aquella rueda ataban al paciente de rodillas y con los brazos detras de la espalda. Un palo que ponía en movimiento una maroma oculta en el interior del pequeño edificio, imprimía una rotacion á la rueda que permanecía en el plano horizontal y presentaba de este modo la cara del reo sucesivamente á todos los puntos de la plaza. Esto es lo que se llamaba dar vueltas á un criminal.

La picota de la Greve estaba pues muy lejos de ofrecer todos los primores de la picota de los mercados. Nada en ella de arquitectural, nada de monumental; nada de techo con su cruz de hierro, ni de linterna octógona, ni sùtiles columnas terminadas en el realce del techo en capiteles de acantos y de flores, nada de quiméricos y monstruosos canelones,

110 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

ni de maderamen cincelado, ni de fina escultura profundamente hendida en la piedra.

Fuerza era contentarse con aquellos cuatro paredones de cascote y con una miserable horca de piedra, flaca y desnuda al lado.

El espectáculo hubiera sido mezquino para los amantes de la arquitectura gótica; pero verdad es que nadie era menos curioso en punto á monumentos que los dignos villanos de la edad media, y que estimaban estos muy en poco la belleza de una picota.

Llegó por fin el paciente atado en un carretón, y cuando subió á la plataforma, cuando todos pudieron verle desde todos los puntos de la plaza, sujeto con mil cuerdas y correas á la rueda de la picota, una prodijiosa rechifla, mezclada de carcajadas y aclamaciones, estalló en toda la plaza. El pueblo habia reconocido á Quasimodo.

El era en efecto. Cosa estraña! sacado á la vergüenza en aquella misma plaza en que habia sido saludado el dia antes, aclamado y proclamado papa y príncipe de los locos, rodeado del duque de Egipto, del rey de Tunia y del emperador de Galilea. Lo que es indudable es que no habia uno solo en toda aquella muchedumbre, ni aun él mismo, antes triunfante y ora paciente, que hiciese esta reflexion: faltaban en aquel espectáculo Gringoire y su filosofía.

Pronto Miguel Noiret, trompeta jurado del rey nuestro señor, impuso silencio al pueblo, y pregónó la sentencia, segun la ordenanza y disposicion

UNA LAGRIMA , ETC.

119

del señor preboste. Luego se replegó detras del carrion acompañado de su comitiva con sobrevestas de librea.

Quasímodo, impassible, no pestañeaba tan siquiera; hacian inútil para él toda resistencia lo que se llamaba entonces *la vehemencia y firmeza de los ligamentos*, lo que quiere decir que las correas y las cadenas le entraban probablemente en las carnes: tradicion de presidio y de galera que no se ha perdido todavía, y que aun conservan los grillos entre nosotros, pueblo civilizado, apacible, humano (el presidio y la guillotina entre paréntesis).

Habiase dejado el reo llevar y empujar, atar, encadenar y sujetar; nada podia adivinarse en su fisonomía mas que un asombro de salvaje y de idiota: los que sabian que era sordo le hubieran creído ciego también.

Pusieronle de rodillas sobre la rueda sin hallar la menor resistencia; del mismo modo le despojaron de la camisa y de la ropilla hasta la cintura. Enredáronle en un nuevo sistema de correas y de hebillas, y el reo se dejó enredar y manosear; solo de vez en cuando aspiraba con estruendo, como un ternero cuya cabeza pende y se bambolea fuera de una carreta de carnicero.

— Animal! dijo Juan Frollo del Molino á su amigo Robin Poussepain (porque los dos estudiantes habian seguido al paciente como es justo, y Dios manda); tanto entendimiento tiene como un abejorro metido en una caja!!

112 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Rióse el jentío á careajada tendida cuando vió desnuda la joroba de Quasimodo, su pecho de camello, sus hombros callosos y velludos; y en medio de toda aquella algazara, un hombre de mediana estatura y de robusto continente, vestido con la librea de la ciudad, subió á la plataforma, y fue á colocarse junto al paciente. Pronto circuló su nombre por todo el concurso; aquel hombre era maese Pierrat Torterue, atormentador jurado del Chatelet.

Empezó por colocar en un ángulo de la picota un reloj de arena negra, cuya cápsula superior estaba llena de arena colorada que iba cayendo en el recipiente inferior; quitóse luego su ropilla de dos colores, y cojió con la diestra un látigo delgado, sutil, de largas correas blancas, brillantes, nudosas, trenzadas, armadas de garfios de metal, mientras con la mano izquierda se remangaba sereno la manga de la camisa alrededor del brazo derecho hasta el sobaco.

Gritaba en tanto Juan Frollo, alzando por cima del jentío su cabeza rubia y rizada (habíase encaramado para ello sobre los hombros de su amigo Robin Poussepain).—Vengan á ver, señoras y caballeros; vengan á ver azotar perentoriamente á maese Quasimodo, el campanero de mi hermano el señor arcediano de Josas, un compadre de arquitectura oriental, que tiene la espalda en forma de cimborrio y las piernas como columnas salomónicas.

Y la jente se reía, sobre todo los niños y las muchachas.

UNA LAGRIMA, ETC.

113

Dió en fin una patada el atormentador, y empezó á jirar la rueda. Quasimodo se bamboleó en sus correas; el asombro que se pintó de súbito en su disforme rostro dió nuevo pábulo á la alegría universal.

Repentinamente, cuando la rueda en su revolución presentó á maese Pierrat la espalda breñosa de Quasimodo, maese Pierrat levantó el brazo; las finas correas silbaron agriamente en el aire como un puñado de culebras, y cayeron con furia sobre las costillas del miserable.

Saltó Quasimodo sobre sí mismo como despertado de súbito; el infeliz empezaba á comprender. Retorcióse violentamente en sus cadenas; una terrible contracción de sorpresa y de dolor descompuso los músculos de su rostro, pero no exhaló un suspiro. Solamente volvió la cabeza atrás, á derecha y á izquierda, meciéndola como un toro picado por un tábano.

Un segundo golpe siguió al primero, y luego otro, y luego otro, y así sucesivamente; la rueda no dejaba de girar, ni los golpes de llover. Pronto brotó la sangre y se la vió manar en mil filamentos sobre las negras espaldas del jorobado; y las flexibles disciplinas, cortando el aire en su rotación, la esparramaban á gotas sobre el gentío.

Había ya recobrado Quasimodo, al menos en apariencia, su primitiva impasibilidad. Procuró al principio sordamente y sin gran sacudida exterior, romper sus lazos; vió la gente irse encendiendo su

TOMO II.

8

114 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

ojo único, contractarse sus músculos, recogerse sus miembros, y tenderse las correas y las cadenas. El esfuerzo era prodigioso, inmenso, desesperado, pero las viejas cadenas del prebostazgo resistieron; rechinaron y nada más. Quasimodo quedó sin fuerzas; sucedió en sus facciones al estupor un sentimiento de amargo y profundo desaliento. Cerró su ojo único, dejó caer la cabeza sobre el pecho, é hizo la mortecina.

Desde entonces no volvió á dar señal de vida; nada pudo arrancarle un movimiento, ni su sangre, que no cesaba de correr, ni los latigazos cuya furia era cada vez mayor, ni la cólera del sayon que se entusiasmaba á sí mismo y se cebaba en la ejecución, ni el ruido de las horribles disciplinas acera-
das y sonoras.

En fin, un hujier del Chatelet, vestido de negro, ginete sobre un caballo del mismo color que había estado de centinela al lado de la escala desde el principio de la ejecución, alargó hácia el reloj de arena su barita de ébano. Hizo alto el atormentador, paróse la rueda, y el ojo de Quasimodo fue abriéndose lentamente.

Ya había acabado la flagelación: dos criados de atormentador jurado lavaron las espaldas ensangrentadas del paciente, frotáronlas con no sé qué unguento que cerró al punto todas las llagas, y le echaron sobre los hombros una especie de manta amarilla en forma de casulla: en tanto Pierrat Torterna retorcia haciéndolas gotear sobre el suel-

UNA LAGRIMA, ETC. 115

las disciplinas encarnadas y empapadas en sangre.

Pero aun no había acabado todo para Quasimodo; restábase aun sufrir aquella hora de picota que maese Florian Barbedienne había añadido con tanta sensatez á la sentencia del caballero Roberto de Estouteville, en comprobacion del antiguo retruécano filosófico y psicológico de Juan de Cumene; *Surdus absurdus*.

Volvieron, pues, á llenar el reloj de arena, y dejaron al pobre jorobado atado sobre la rueda para que siguiese sus trámites la justicia.

El pueblo, sobre todo en la edad media, es en la sociedad lo que el niño en la familia; mientras permanece en este estado de ignorancia primitiva, de menor edad, moral ó intelectual, puede decirse de él como de los niños:

¡Edad sin compasion!

Ya hemos hecho ver que Quasimodo era generalmente aborrecido, por muchas y justas causas, seguramente. Apenas habia en aquella muchedumbre un solo espectador que no tuviese ó creyese tener algun motivo de queja contra el pícaro jorobado de Nuestra Señora. Universal fue la alegría al verle aparecer en la picota, y el cruel castigo que acababa de sufrir, y la triste postura en que le habían dejado, lejos de enternecer al populacho, habían hecho mas encarnizado su odio, armándole de una punta de alegría.

Por eso, una vez satisfecha la *vindicta pública*, como dicen todavía las sabandijas judiciales, les lle-

116 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

gó su turno á mil venganzas individuales; aquí, como en la sala grande, las mujeres fueron las mas crueles; todas le aborrecian, unas por su malicia, otras por su fealdad. Estas últimas eran las mas furiosas.

—Oh! máscara del ante—Cristo! decía una.

—Ginete de palo de escoba! gritaba otra.

—Vaya un gesto trájico! ahullaba aquella, y que le haria papa de los locos, si hoy fuera ayer!

—Bien, añadía una vieja.-- Hoy es el gesto de la picota, ¿cuando llegará el de la horca?

—Cuándo te veremos con tu gran campana en la cabeza á cien pies debajo de tierra, campanero maldito?

—Pues ese diablo es el que toca á Ave—María!

—Oh! pícaro sordo, jorobado, tuerto, mónstruo!

--Capaz de hacer abortar á una preñada, mejor que todas las medicinas y boticas del mundo!--

Y los dos estudiantes Juan del Molino y Robin Poussepain cantaban á grito pelado el antiguo estrivillo popular:

Un cuchillo
Para el pillo,
Un tizon
Para el bribon.

Y sobre el reo llovian otras mil injurias, y los silbidos, y las imprecaciones, y las risas, y las pedradas.

Quasimodo era sordo, pero tenia buena vista, y la pública indignacion no menos enérgicamente estaba pintada en los rostros que en las palabras:

UNA LAGRIMA, ETC. 117

ademas las pedradas esplicaban las carcajadas.

Al principio permaneció sereno; pero poco á poco aquella paciencia que no se habia desmentido bajo el látigo del atormentador, rindióse á todas aquellas picaduras de insectos. El toro de Jarama, impasible á los ataques del picador, se irrita de los perros y de las banderillas.

Paseó al principio lentamente su mirada amenazante por todo el jentío; pero como estaba encadenado, no pudo su mirada ahuyentar aquel millar de moscas que mordian su llaga; luego se ajitó en sus correas, y sus furiosos arranques hicieron rechinar sobre sus cimientos la antigua rueda de la picota, con lo cual aumentaron la grita y las rechillas.

Entonces el miserable, no pudiendo romper su collar de fiera ahrojada, volvió á quedar inmóble; solo de vez en cuando hinchaba un suspiro de rabia todas las cavidades de su pecho. No se veía en su rostro ni vergüenza ni rubor; estaba demasiado lejos del estado de sociedad, y demasiado cerca del estado de naturaleza para saber qué cosa es vergüenza; ademas, en aquel punto de deformidad, ¿es acaso sensible la infamia? Pero la cólera, el rencor, la desesperacion cubrian lentamente aquel horrible semblante de una nube cada vez mas sombría, cada vez mas cargada de una electricidad que estallaba en relámpagos mil en el ojo del ciclope.

Aquella nube, no obstante, se despejó un momento al pasar una mula en que iba caballero un

118 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

sacerdote, cruzando el jentío. Desde que vió á lo lejos aquella mula y aquel sacerdote, suavizóse el rostro del pobre paciente; al furor que le contractaba, sucedió una sonrisa singular, llena de una dulzura, de una mansedumbre, de una ternura inefables. A medida que se acercaba el eclesiástico, era aquella sonrisa mas marcada, mas evidente, mas radiante; parecia que saludaba el desdichado la venida de un salvador. Y con todo, cuando se acercó bastante la mula á la picota para que pudiese su jinete reconocer al paciente, bajó el sacerdote los ojos, volvió de pronto las riendas, y metió espuelas á su cabalgadura, como si le faltára tiempo para desembarazarse de reclamaciones humillantes, y no tuviera los mayores deseos de ser reconocido y saludado por un pobre diablo en tamaño apuro.

Aquel sacerdote era el arcediano don Claudio Frollo.

Volvió á caer la nube aun mas sombría sobre la frente de Quasimodo; á ella se mezcló aun por algun tiempo la sonrisa, pero amarga, desmayada, profundamente triste.

El tiempo corria. Hora y media por lo menos hacia que estaba allí el miserable escarnecido, maltratado, injuriado de continuo y casi lapidado.

De nuevo se ajitó repentinamente en sus cadenas con tal desesperacion, que hizo temblar todo el maderamen que le sostenia, y rompiendo el silencio que habia guardado obstinadamente, gritó con una voz ronca y furiosa, que mas parecia un ladrido

UNA LAGRIMA, ETC.

119

que un grito humano, y que cubrió todo el estruendo popular: ¡Agua!

Esta exclamación de amargura, lejos de escitar alguna simpatía, fue un aumento de diversion para el buen *popular* parisiense que rodeaba la picota, y que, justo será decirlo, considerado en masa y como muchedumbre, no era entonces menos cruel y embrutecido que aquella horrible tribu de hampones que ya hemos hecho conocer al lector, y que no era ni mas ni menos que la capa mas inferior del pueblo. Ni una sola voz se alzó en torno del pobre paciente mas que para hacerle burla por su sed. Verdad es que en aquel momento estaba aun mas grotesco y hediondo que lastimero, con su rostro purpurino y sudoroso, sus ojos desencajados, su boca espumante de cólera y de dolor, y su lengua sacada; justo será decir tambien que si hubiera habido entre aquella canalla algun alma caritativa de hombre ó de mujer que hubiera querido llevar un vaso de agua á aquella miserable criatura desolada, reinaba en torno de las gradas infames de la picota una preocupacion tal de vergüenza é ignominia, que hubiera bastado para tener á raya la piedad del buen Samaritano.

Al cabo de algunos minutos, echó Quasimodo una mirada de desesperacion al concurso, y repitió con voz aun mas amarga: ¡Agua!

Y de nuevo todos se echaron á reir.

—Bebe! gritaba Robin Poussepain tirándole á la cara una esponja empapada en el arroyo.—

Tome, pícaro sordo! Ya sabes que soy tu deudor.

Una mujer le tiraba una piedra á la cabeza:
—Para que aprendas á despertarnos por la noche con tu maldito campaneo.

—Con que, compadre, ahullaba un tullido procurando atizarle con su muleta, piensas todavía echarnos sortilejos desde lo alto de las torres de Nuestra Señora.

—Ahí tienes una taza para beber! repuso un hombre disparándole al pecho un cántaro roto. Tú has sido el que, con solo pasar delante de ella, has hecho abortar á mi mujer un chico con dos cabezas!

—Y á mi gata un gatito con seis patas! refunfuñaba una vieja tirándole una teja.

—Agua! repitió por tercera vez Quasimodo jadeando.

Vió en aquel momento abrirse el jentío para dar paso á una muchacha vestida de un modo singular: acompañábala una cabrita blanca con cuernos dorados y llevaba en la mano una pandereta.

Centelló el ojo único de Quasimodo! aquella mujer era la jitana á quien habia intentado robar la noche anterior, travesura por la cual conocia confusamente que le castigaban en aquel momento; en lo cual se equivocaba de medio á medio, pues solo le castigaban por tener la desgracia de ser sordo y de haber sido juzgado por otro sordo. Parecióle indudable que la jitana iba á vengarse tambien y á darle su correspondiente pedrada como los demas.

UNA LÁGRIMA, ETC. 121

Vióla en efecto subir con rápidos pasos la escalera. La cólera y el despecho le sofocaban; hubiera querido poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido abrasar, es seguro que la gitana hubiera sido hecha ceniza antes de llegar al tablado.

Acercóse sin hablar palabra al paciente que forcejeaba por evitar su venganza, y desatando de su cinto una calabaza, la acercó con dulcura á los labios del miserable.

Y entonces, en aquel ojo hasta entonces tan seco y tan abrasado, vióse rodar una ancha lágrima que cayó lentamente á lo largo de aquel rostro disforme y tanto tiempo contractado por la desesperacion. Acaso aquella lágrima era la primera que vertió en su vida el miserable.

Y en tanto se olvidaba de beber, pero la gitana hizo su gracioso mohín con impaciencia, y apoyó sonriendo el cuello de la calabaza en la dentada boca de Quasimodo. Bebió este á toda prisa; su sed era ardiente.

Luego que hubo acabado, alargó el infeliz sus negros labios sin duda para besar la hermosa mano que acababa de socorrerle: pero la niña que sin duda no las tenía todas consigo, y que se acordaba de la violenta tentativa de la noche anterior, retiró su mano con espanto como un niño que teme ser mordido por una víbora.

Entonces el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, llena de una ternura indecible.

Do quiera hubiera sido un espectáculo patético el que presentaba aquella hermosa criatura, fresca, lozana, pura y tan débil al mismo tiempo, piadosamente acudiendo en auxilio de tanta miseria, malicia y deformidad: en una picota, aquel espectáculo era sublime.

El mismo populacho se sintió conmovido y empezó á dar palmadas, gritando: —Noel!... Noel!...

Entonces fué cuando la reclusa divisó desde la ventana de su cobacha á la hermosa gitana sobre la picota y la arrojó su siniestra imprecación: — Maldita seas, hija de Egipto! maldita! maldita! maldita!

5.

FIN DE LA HISTORIA DE LA GALLETA.

Palideció la Esmeralda, y bajó temblando de la picota; pero todavía la persiguió la voz de la reclusa, gritando: —Baja, baja ladrona de Egipto, que tú volverás á subir!

— Ya la dan sus arrechuchos, dijo el pueblo murmurando; y no pasó la cosa de aquí, porque aquellas mujeres eran temidas, lo que las constituía en sagradas. No era entonces cosa de juego habérselas con quien rezaba día y noche.—

Ya había llegado la hora de llevarse á Quasimodo.— Desatáronle de la picota y se dispersó el gentío.

Al llegar al Puente Grande, Mahiette, que se volvía con sus dos amigas, se paró de repente.—Ahora que me acuerdo, Eustaquio, qué has hecho de la galleta?

—Madre, dijo el niño, mientras estabas hablando con aquella mujer que estaba en el agujero, vi-

124 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

no un perrazo que me dió un bocado en la galleta. Entonces yo también comí.—

—Cómo es eso, señorito? —Con que os la habéis comido toda?

—Madre, si fue el perro: —yo se lo dije y no me escuchó: entonces yo también mordí, toma!—

—Es un muchacho terrible, dijo la madre sonriendo y regañando á la vez. — Sabéis, amiga Ouardarde, que ya sé como él solo todito el cerezo de nuestra huerta de Charlerange? — Por eso dice su abuelo que ha de ser capitán. — Cuidado con que vuelva á suceder, señor Eustaquio? estamos? — Anda — tragon!

Libro Séptimo.

1.**DE LO PELIGROSO QUE ES CONFIAR SUS SECRETOS****A UNA CABRA.**

Habían pasado muchas semanas.

Era en los primeros días de marzo. El sol á quien Dubartas, el clásico decano de la perifrasis, no había llamado aun el *gran duque de las velas*, no por eso estaba menos brillante y lozano. Era uno de aquellos días de primavera tan templados y hermosos, que todo París, esparramado en las calles y paseos, los celebra como días festivos. En aquellos días de claridad, de calor, y de serenidad, hay una cierta hora sobre todo, en que se debe ir á admirar la portada de Nuestra Señora, cuando el sol, ya inclinado al occidente, mira casi de frente á la catedral. Sus rayos, cada vez mas horizontales, se retiran lentamente del pavimento de la plaza, y suben á lo largo de la fachada perpendicular, cuyas mil redondas esculturas se destacan sobre la som-

bra, mientras que el gran roseton central chispea como un ojo de ciclope, inflamado con las reverberaciones del sol.

Era en aquella hora.

Frente por frente á la alta catedral, colorada por el sol en occidente, sobre el balcon de piedra labrado encima de la puerta de una soberbia casa gótica que formaba el ángulo de la plaza y de la calle del Atrio, reian y conversaban algunas lindas señoritas con toda algazara y primor. En la longitud de su velo que caía desde lo alto de su gorra puntiaguda, recamada de perlas, hasta sus talones, en la finura de la gorguera bordada que cubria sus hombros, en la opulencia de sus zagalejos de debajo, mas ricos aun que los de encima, (maravilloso refinamiento!) en la gasa, en la seda, en el terciopelo que las cubrian, y sobre todo en la blancura de sus manos que revelaba su condicion descansada y regalona, facil era adivinar que eran unas nobles y ricas herederas. Eran en efecto aquellas niñas, la señorita Flor de Lis de Gondclaurier y sus amigas, Diana de Christeuil, Amelota de Montmichel, Paloma de Gaillefontaine, y la niña Champchevrier, doncellas todas de ilustre rango, reunidas á la sazón en casa de la señora viuda de Gondclaurier, á causa de monseñor de Beaujeu y de su señora esposa que debian llegar en abril á París, y elegir en la capital algunas damas de honor para la señora Delfina Margarita, cuando fueran á Picardía á recibirla de manos de los Flamencos. Y es el caso que

DE LO PELIGROSO, ETC.

129

todos los hidalgos de treinta leguas á la redonda solicitaban este favor para sus hijas y ya muchos de ellos las habian llevado ó enviado á París. Estas habian sido confiadas por sus padres á la discreta y venerable vigilancia de la señora Aloisa de Gondelaurier, viuda de un antiguo maestre de los ballesteros del rey, retirada con su hija única en su casa de la plaza del Atrio de Nuestra Señora en París.

El balcon en que se hallaban estas señoritas se abria sobre una estancia ricamente estapizada de un cuero de Flandes, de color flavo, estampado con follages de oro. Las vigas que listaban el techo paralelamente, entretenian la vista con mil caprichosas esculturas pintadas y doradas. Sobre aquellos cofres cincelados se veían espléndidos esmaltes; un hocico de javalí de loza coronaba un magnífico aparador, cuyas dos gradas anunciaban que la señora de la casa era esposa ó viuda de un caballero de mesnada. En el fondo, al lado de una alta chimenea con armas y blasones de arriba abajo, estaba sentada en un rico sillón de terciopelo encarnado la señora de Gondelaurier, cuyos cincuenta y cinco años no menos estaban escritos en su rostro que en su vestimenta. En pie al lado de ella estaba un joven de bizarra presencia, aunque algo vana y fanfarrona, uno de aquellos buenos mozos que pasan sin oposicion por tales entre las mujeres todas, aunque al verlos se encojan de hombros con desden los hombres graves y fisonomistas. Llevaba aquel galan el brillante uniforme de capitán de los arqueros del

TOMO II.

9

130 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

rey, el cual se parecía demasiado al traje de Júpiter que ya pudo admirar el lector en el libro primero de esta historia, para que nos cansemos en describirle de nuevo.

Las señoritas estaban sentadas, unas en la estancia, otras en el balcon, unas sobre almohadones de terciopelo de Utrech con rapacejos de oro, otras sobre taburetes de madera de encina esculpidos con flores y con figuras. Sostenia cada cual en sus rodillas una punta de un gran tapiz hecho á aguja, en el cual trabajaban todas, y del cual caía un gran pedazo sobre la estera que cubria el suelo.

Hablaban entre sí con aquellos cuclucheos y risitas disimuladas de un conciliábulo de doncellas, entre las cuales hállase un doncel... El jóven, cuya presencia bastaba para dar pábulo á todas aquellas presuncioncillas femeninas, parecia por su parte darles poquísima importancia; y mientras las bellas procuraban á porfía llamar su atencion, parecia él de todo punto ocupado en sacar lustre con su guante de piel de gamo á la hebilla de su cinturón.

Hablábale de vez en cuando en voz muy baja la venerable dueña, y él la respondia haciendo de tripas corazon con una especie de cortesía torpe y forzada. En las sonrisas, en los signos de inteligencia de la señora Aloisa, en los guiños que flechaba á su hija Flor de Lis, hablando al oído del capitán, fácil era ver que se trataba de algun proyecto matrimonial, de alguna boda, próxima sin duda entre

DE LO PELIGROSO, ETC.

131

el jóven y Flor de Lis. Y en la apatía y confusion del oficial, fácil era tambien conocer que al menos por su parte no era negocio aquel en que entraba por mucho el corazon. Todo su porte indicaba una incomodidad y un fastidio que nuestros oficiales de guarnicion traducirian hoy admirablemente por...-- Vaya un servicio de...!

La buena matrona muy encaprichada con su hija como una pobre madre que era, no advertia el poco entusiasmo del oficial, y se esforzaba en hacerle observar por lo bajo las perfecciones infinitas con que Flor de Lis manejaba la aguja y devanaba su ovillo.

--Mirad, primito, le decia, tirándole por la manga para hablarle al oido! miradla por vuestra vida! ahora se baja.

--En efecto, respondia el jóven, y volvía á caer en su silencio distraido y glacial.

Un momento despues, era preciso agacharse de nuevo, y la señora viuda le decia.--¿Habeis visto en vuestra vida doncella mas amable y cumplida que vuestra novia?--Mas blanca ó mas rubia? No son divinas esas manos? No parece ese cuello en lo puro y flexible un cuello de cisne? Ah! y como os envidio á veces! y qué dichoso sois de haber nacido hombre, libertino, picaruelo! No es verdad que mi Flor de Lis es hermosa, que hechiza, y que estais prendado de ella?

--Seguro, respondia el jóven pensando en cualquiera otra cosa.

132 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

— Pero habladla, dijo de pronto la señora Aloisa empujándole por detras; decidla algo. — Vaya que os habeis hecho muy tímido!

Podemos asegurar á nuestros lectores que la timidez no era la virtud ni el defecto del capitán.

Procuró pues hacer lo que le era maudado.

— Amable prima, dijo acercándose á Flor de Lis, ¿cuál es el asunto de esa obra de tapicería que estais bordando?

— Amable primo, respondió Flor de Lis con acento de despecho, ya os lo he dicho tres veces es la gruta de Neptuno.

Es evidente que Flor de Lis interpretaba con mas sagacidad que su madre la indiferencia y distraccion del capitán, el cual por su parte conoció la necesidad que habia de entablar de un modo u otro la conversacion.

— Y á qué fin toda esa neptunería?

— Para la abadía de san Antonio de los Campos, dijo Flor de Lis sin levantar los ojos.

Cojó el capitán una punta del tapiz.

— ¿Y quién es, hermosa prima, ese soldadito tan gordo que está soplando á dos carrillos en una trompeta?

— Triton.

Siempre habia una entonacion algo enfurruñada en las breves palabras de Flor de Lis. Conoció el jóven que era ya indispensable decirle algo de oído, algun cumplimiento, alguna necedad, alguna galantería, cualquiera cosa en fin. Inclínose pues

DE LO PELIGROSO, ETC. 133

pero no pudo hallar en su imaginación cosa más tierna é íntima que esta. — Por qué lleva siempre vuestra madre un corpiño blasonado como nuestras abuelas del tiempo de Carlos VII? Es menester que la digais, hermosa prima, que ya no es esa la elegancia del día, y que su gozne y su laurel (1) bordados en forma de escudo sobre su falda la hacen parecerse á una chimenea andando. — Os juro á fé mía que ya nadie se sienta sobre sus armas.

Fijó en él Flor de Lis sus ojos con una expresión de amargura. — Y es eso todo lo que me jurais? dijo en voz baja.

En tanto la buena señora Aloisa, hechizada de verlos juntitos y cuchucheando, decía entreteniéndose con las manecillas de su *ejercicio cotidiano*.

— Patético cuadro de amor!

El capitán cada vez más confuso, se inclinó de nuevo sobre el tapiz: — Cierito que es un trabajo admirable! exclamó.

Con este motivo, paloma de Gaillefontaine, graciosa rubia de nevado cutis, ricamente vestida de damasco azul, aventuró con timidez una pregunta que dirigió á Flor de Lis, esperando que respondiera á ella el gallardo capitán.

(1) El apellido de la noble viuda (Gondelaucier) se compone de las dos palabras *Gozne* y *Laurel*, cuyos dos objetos se hallaban también en sus armas como es natural.

(Nota del traductor).

134 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

—Has visto, querida Gondelaurier, las tapicerías del palacio de la Roche—Guyon?

—No está dentro de ese palacio el jardín de la lencera del Louvre? preguntó riendo Diana de Christeuil, que tenía bonita dentadura y se reía por consiguiente á cada instante. —Y donde está aquel torreón tan grande de la antigua muralla de París? añadió Amelota de Montmichel, graciosa morenita que tenía costumbre de suspirar como la otra de reir, sin saberse por qué.

—Querida Paloma, repuso la señora Aloisa, queréis decir el palacio que pertenecía al señor de Bacqueville, en tiempo del rey Carlos VI? Hay en él efectivamente magníficas tapicerías muy antiguas y de mucha cuenta.

—Carlos VI! El rey Carlos VI! refunfuñó el capitán atusándose los bigotes.—Vaya, vaya, que la buena señora se acuerda de unas antiguallas!...

La señora de Gondelaurier prosiguió:— Hermosas tapicerías en efecto y de un trabajo tan estimado que pasa por singular.

En aquel momento, Berenguela de Champchevrier, esvelta niña de siete años que miraba la plaza por entre las celosías del balcón, exclamó: —Oh! mira, mira, madrina Flor de Lis! aquella bailarina tan bonita que baila allá abajo y toca la pandereta en medio de los plebeyos villanos!

En efecto se oía el eco lejano de una pandereta.

—Alguna gitana de Bohemia, dijo Flor de Lis volviendo la cara con desden hacia la plaza.

DE LO PELIGROSO, ETC.

135

—Veamos! veamos! gritaron sus lindas compañeras, y todas se asomaron al balcon, mientras Flor de Lis, á quien daba mucho en que entender la tibieza de su amante, las seguia lentamente, dejando á este muy aliviado con aquel incidente que cortaba una conversacion enojosa, y volviéndose hacia el fondo de la estancia con el aire satisfecho de un militar relevado del servicio. Cosa dulce y halagüeña era sin embargo servir á Flor de Lis, y bien lo conoció él algun dia; pero el capitan se habia ido cansando poco á poco; la perspectiva de un próximo matrimonio le entibiaba sobre manera; ademas, era hombre de condicion muy inconstante, y si hemos de decir verdad, de gustos algo vulgares. Aunque de muy noble cuna, habia contraido debajo de sus arreos militares mas de una costumbre soldadesca; la taberna le placía y sus consecuencias tambien, y no se hallaba á sus anchas mas que entre las palabrotas, la galanterias militares, las fáciles hermosuras y las fáciles victorias. Habíale dado no obstante su familia alguna educacion y ciertos modales; pero habia empezado demasiado jóven á correr mundo y á cursar los cuarteles, de modo que á los ibs días el barniz del caballero se desgastaba al áspero roce de su tahali de gendarme. Sin dejar por eso de visitarla de vez en cuando, por un resto de humano respeto, sentíase el buen capitan doblemente incomodado en casa de Flor de Lis; en primer lugar, porque á fuerza de dispersar su amor en toda especie de sitios, habia

reservado muy poco para ella; y además porque en medio de tantas pulidas señoras severas, decentes y prendidas con cien alfileres, temblaba á cada momento de que su boca acostumbrada á los juramentos y á las malas palabras, no se desbocase á lo mejor é hiciese oír al concurso el lenguaje de las tabernas, lo que no hubiera dejado de tener chiste.

Y en fin, todo esto se mezclaba en él á muy considerables pretensiones de elegancia, de lujo y de buena figura. Acomode el lector estos datos como mejor le parezca: yo no soy más que historiador.

Hacia ya pues algunos momentos que estaba, pensando ó no pensando, apoyado sin chistar palabra en el mármol esculpido de la chimenea, cuando Flor de Lis, volviéndose de repente, le dirigió la palabra; porque es el caso que la pobre niña aunque le ponía su hociquillo lo hacía bien contra su voluntad.

—No nos habeis hablado, primo, de una gitana á quien libertasteis hace dos noches yendo de ronda por las calles, de manos de una docena de salteadores?

—Creo que sí, hermosa prima, dijo el capitán.

—Pues puede que sea, repuso, esa gitana que está bailando en la plaza.—Venid á ver si la conocéis, primo Febo.

Traslucíase un secreto deseo de reconciliación en aquella amable invitación que le dirija de acercarse á ella y en aquel cuidado de llamarle por su nombre. El capitán Febo de Chateaupers, (porque

DE LO PELIGROSO, ETC. 137

el es el que tiene delante de sí el lector desde el principio de este capítulo) se acercó con lentos pasos al balcón.—Mirad, le dijo Flor de Lis, posando cariñosamente su mano sobre el brazo de Febo, aquella mozita que baila allí en aquel círculo. Es esa vuestra gitana?

Miró Febo y dijo:

—Sí, la conozo por la cabra.

—Oh! en efecto! que cabrita tan bonita! dijo Amelota juntando las manos de admiración.

—Y son de oro esos cuernos de verdad? preguntó Berenguela.

Sin menearse de su poltrona, tomó la palabra la señora Aloisa: — No es esa una de aquellas gitanas que entraron el año pasado por la puerta Gibaud?

—Señora madre, dijo con dulzura Flor de Lis, esa puerta se llama actualmente Puerta del Infierno.

La señorita Gondelaurier sabia hasta qué punto desagradaban al capitán las palabras anticuadas de su madre;— y en efecto, ya empezaba á refunfuñar entre dientes: — Puerta Gibaud! puerta Gibaud! Será para hacer pasar el rey Carlos VI!

—Madrina, exclamó Berenguela, cuyos ojos siempre en movimiento se habian fijado de pronto en la cima de las torres de Nuestra Señora, ¿quién es aquel hombre negro que está allá arriba?

Todas las niñas levantaron los ojos; en efecto, un hombre estaba apoyado de codos en la baranda culminante de la torre septentrional que mira há-

cia la Greve. Era aquel hombre un sacerdote; claramente se distinguía su traje y su rostro apoyado sobre sus manos; pero según estaba inmóvil, más que otra cosa parecía una estatua. Sus ojos fijos miraban la plaza;—su inmovilidad era la de un milano que acaba de descubrir un nido de gorriones y le está mirando.

—Es el señor arcediano de Josas, dijo Flor de Lis.

—Buenos ojos tienes si le distingues desde aquí, observó la Gaillefontaine.

—Cómo mira á la bailarina! repuso Diana de Christeuil.

—Cuidado con ella! dijo Flor de Lis, porque no es amigo de los gitanos.

—Es lástima que ese hombre la mire así, añadió Amelota de Montmichel, porque baila que es un primor.

—Primo Febo, dijo de pronto Flor de Lis, una vez que conoceis á esa gitana, decidla que suba, así nos divertiremos un poco.

—Oh! sí, sí, exclamaron todas las niñas dando palmadas de alegría.

—Vaya que es capricho singular! respondió Febo; seguramente se habrá olvidado de mí y yo ni tan siquiera sé como se llama.—Sin embargo, una vez que lo desean estas amables señoritas, procuraré complacerlas, — *é inclinándose sobre la baranda del balcon* empezó á gritar: —Eh! mocita!!—

La bailarina no tamborileaba en aquel momen-

DE LO PELIGROSO, ETC.

139

to; volvió la cabeza hácia el punto de donde la llamaban, su brillante mirada se fijó en el capitán, y permaneció inmóvil.

—Mocita! repitió Febo, llamándola con el dedo.

Miróle de nuevo la bailarina, encendiéndose como si hubiera pasado una llama por sus mejillas y cogiendo su pandereta debajo del brazo, se dirigió por en medio de los atónitos espectadores hácia la puerta de la casa desde donde la llamaba el capitán, con lentos pasos, trémula y con la mirada turbia de un pájaro que cede á la fascinación de una serpiente.

Un momento despues abrióse la mampara, y se presentó la gitana en el dintel de la puerta, encendida, confusa, ruborosa, con los ojos bajos y sin atreverse á dar un paso mas.

Berenguela aplaudió con entusiasmo.

En tanto la bailarina permanecía inmóvil en el dintel de la puerta. Había producido su aparición un efecto muy singular en aquel grupo de nobles doncellas. Es seguro que un vago é involuntario deseo las animaba á todas juntamente de agradar al gallardo oficial, que el espléndido uniforme era el blanco de todas sus pretensiones, y que desde que él entró existía entre ellas una cierta rivalidad secreta, sorda, de que apenas se daban cuenta á sí mismas, pero que no por eso dejaba de revelarse á cada instante en sus palabras y en sus acciones; mas como todas ellas eran con corta diferencia de igual belleza, luchaban con armas iguales, y cada cual

podía esperar con fundamento la victoria. La llegada de la gitana rompió bruscamente el equilibrio, por que era tan extraordinaria su hermosura que en el momento en que se presentó en la puerta de la estancia, inundó en una especie de luz que de solo ella provenía. En aquella estancia cerrada, bajo el sombrío ceñidor de colgaduras y artesonados, estaba incomparablemente mas bella y mas radiante que en la plaza pública, como una antorcha que pasa de la claridad del día á la sombra de la noche. Las nobles señoritas quedaron, mal su grado, deslumbradas; todas se sintieron en cierto modo humilladas á vista de tanta hermosura: por eso su frente de batalla (permitasenos esta espresion), mudó repentinamente, y sin embargo no se dijeron una palabra, pero se entendían á las mil maravillas; los instintos de las mujeres se comprenden y se responden mejor que las inteligencias de los hombres. Acababa de llegar una enemiga comun; todas lo conocían y todas se unieron. Basta una gota de vino para colorar un vaso de agua; para tener en cierto humor, toda una asamblea de buenas mozas, basta la llegada de otra mas buena moza todavía, — sobre todo cuando no hay mas que un hombre.

Recibieron pues á la gitana con una frialdad inaudita. Miraron la de arriba abajo, echáronse luego una ojeada al soslayo, y no fué menester mas; ya se habían comprendido. En tanto la gitana esperaba á que la dijiesen algo, tan confusa que no osaba levantar los párpados.

DE LO PELIGROSO, ETC. 141

El capitán fué el primero que rompió el silencio.

—Afé mia, dijo con su tono de intrépida fatuidad, que es una admirable criatura! qué os parece, prima mia?

Esta observacion que un admirador mas delicado hubiera hecho á lo menos en voz baja, no era muy propia para disipar las rivalidades femeninas que miraban como enemiga á la gitana.

Respondió Flor de Lis al capitán con una melosa afectacion de desden: — No es fea.

Las otras cuchucheaban.

En fin, la señora Aloisa que no era la menos envidiosa de todas, porque lo era por su hija, dirigió la palabra á la gitana: — Acercaos, chiquilla.

—Acercaos, chiquilla! respondió con cómica dignidad Berenguela, que la llegaría todo lo mas á la cadera.

Adelantóse la gitana hácia la noble viuda.

—Hermosa niña, dijo Febo con énfasis dando algunos pasos hácia ella, no sé si tengo la suprema felicidad de ser reconocido por vos....

Interrumpióle ella con una sonrisa y una mirada llenas de una dulzura infinita: — Oh, sí! dijo.

—No tiene mala memoria, observó Flor de Lis.

—Ahora que me acuerdo, repuso Febo, por cierto que os escapásteis bien pronto la otra noche. —Os meto yo miedo por ventura?

—Oh no! dijo la gitana.

Habia en el acento con que fué pronunciado este

142 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

oh no! despues de aquel *oh sí!* un no sé qué de inefable que ofendió á Flor de Lis.

—Por mas señas que me dejásteis en vuestro lugar, prenda mía, prosiguió el capitán cuya lengua se desataba hablando á una mozuela cualquiera, un compadre bastante chusco, tuerto y jorobado, el campanero del obispo, si no me engaño: me han dicho que es bastardo de un arcediano y diablo de nacimiento, y que tiene un nombre muy particular; llámase Cuatro-Témporas, Pascua, Martes de Carnaval, que sé yo! un nombre de día de fiesta, por vida mía! Con que se atrevia á robaros, como si fuérais manjar para boca de plebeyos! bueno es eso. Qué diablos queria aquel mochiuelo? hé, sepamos.

—No sé, respondió la hermosa.

—Insolencia como ella! atreverse un campanero á robar á una doncella como un vizconde! atreverse un villano á cazar en tierra de caballeros! me gusta la especie! Al fin y al cabo, cara le ha costado la broma. Maese Pierrat Torterue es el mas terrible palafrenero que sentó jamás la mano á un pecador, y puedo aseguraros, para vuestro consuelo, que la pelleja del tal campanero ha catado de lo lindo el sabor de sus correas.

—Pobre hombre! dijo la gitana, á quien recordaron estas palabras la escena de la picota.

El capitán soltó una buena carcajada: —Cuerno de buey! vaya una compasión bien empleada como una pluma en el C... de un puerco! Consiento en ser barrigudo como un papa, si...

DE LO PELIGROSO, ECT. 143

Hizo alto de repente: — Perdon, señoritas! creo que iba á decir una majadería.

— Jesus, caballero! dijo la Gaillefontaine.

— Habla en su lengua á esa mozuela! añadió á *Sotto-voce* Flor de Lis, cuyo despecho iba creciendo por momentos. Y no disminuyó seguramente aquel despecho, cuando vió al capitán, prendado de la gitana, y sobre todo de sí mismo, hacer una pirueta sobre sus talones, repitiendo con una galantería tabernaria y soldadesca: — Arrogante moza, por vida mía!

— Bien raramente equipada! dijo Diana de Christeuil, con su risita de buena dentadura.

Esta reflexion fue un rayo de luz para las otras, que las hizo ver el lado atacable de la gitana; no pudiendo hincar el diente en su hermosura la tomaron con su vestido.

— Pues no hay mas sino que es verdad, mocita, dijo la Montmichel; ¿quién te ha enseñado á correr por las calles sin griñon ni palatina?

— Vaya un zagalejo que hace temblar de puro corto! añadió la Gaillefontaine.

— ¡Fija mía, prosiguió con sobrada acrimonia Flor de Lis, cuidado no os echen el gancho los soldados de la docena por vuestro cinturón dorado.

— Mocita, mocita, repuso la Christeuil con su implacable sonrisa, si te pusieras como es debido una manga sobre el brazo, no estaria tan tostado por el sol.

Era en verdad un espectáculo digno de un espectador más inteligente que Febo el ver como aquellas hermosas niñas con sus lenguas venenosas é irritadas, serpeaban, mordían y se ensañaban en derredor de la pobre bailarina ambulante; eran graciosas y crueles; examinaban, destrozaban malignamente su pobre y loco tocado de oropeles y lentejuelas, todo con risas é ironías y humillaciones sin fin. Llovían los sarcasmos sobre la gitana y la compasión altanera y las miradas torcidas; semejantes á aquellas jóvenes damas romanas que se divertían en clavar agujas de oro en el seno de una hermosa esclava; semejantes á una jauría de elegantes galgas cazadoras, jirando, la nariz hinchada, los ojos ardientes, en torno de una pobre corza de las selvas, que la mirada del amo les impide devorar.

Y qué era en efecto para aquellas doncellas de noble alcurnia, una miserable bailarina de las calles? Parecía que ni siquiera hacían alto en su presencia; hablaban de ella, delante de ella, con ella misma, en alta voz, como de cosa algo indecente, no poco abyecta y bastante bonita.

No era insensible la gitana á aquellas punzadas. De vez en cuando una púrpura de vergüenza, un chispazo de cólera inflamaban sus ojos ó sus mejillas; una palabra desdeñosa parecía estar á punto de salir de sus labios; hacía con desprecio el gracioso mohín que ya conoce el lector; pero permanecía inmóvil, fijando en el joven capitán una mirada triste, dulce y resignada; había en aquella

DE LO PELIGROSO, ETC.

145

mirada, ternura y felicidad: parecía que se contenía temerosa de que la echaran.

Febo por su parte reía á carcajada tendida, y abrazaba el partido de la gitana con una mezcla de impertinencia y de compasión. -- Dejadlas hablar -- que hablen! -- repetía haciendo sonar sus espuelas de oro; seguramente vuestro traje es algo extravagante y terrible; pero en una real moza como vos, qué importa?

-- Jesus, Dios mio, exclamó la blonda Gaillefontaine, enderezando su hermoso cuello de cisne con una sonrisa amarga, parece que los señores arqueros del rey pronto se inflaman con los buenos ojos de Egipto.

-- Por qué no? dijo Febo.

Al oír esta respuesta, dada con indiferencia por el capitán como una piedra perdida que ni siquiera se mira caer, echóse á reír Paloma y también Diana y Amelota y Flor de Lis, á cuyos ojos se asomó una lágrima en aquel momento.

La gitana que había bajado al suelo su mirada al oír las palabras de Paloma de Gaillefontaine, se alzó radiante de alegría y de orgullo, y los fijó de nuevo en el capitán. -- Oh! muy hermosa estaba en aquel momento.

La venerable viuda que observaba aquella escena, se sentía ofendida y no entendía palabra.

-- Virgen Santa! exclamó de repente, qué es esto que me rebulle en las piernas? Ay! que avechucho!

Era el tal avechicho ni mas ni menos que la cabrita que acababa de llegar en busca de su ama, y que, precipitándose hácia ella, habia empezado por enredar sus cuernos en el monton de damasco que dejaban caer sobre sus pies los vestidos de la noble scñora, cuando estaba sentada.

Nuevo motivo de jarana: la gitana, sin hablar palabra, desenredó la cabrita.

--¡ Ah! ¡ aquí está la cabrita tan bonita, que tiene patitas de oro! exclamó Berenguela brincando de gusto.

Púsose de rodillas la gitana, y apoyó contra su mejilla la cariñosa cabeza del animalito, como si la pidiera perdon de haberla olvidado.

En tanto, Diana, acercándose al oido de Paloma: -- ¡ Vaya, vaya! dijo, ¿ cómo pude olvidarlo? Es la gitana de la cabra; dicen que es bruja, y que su cabra hace momerías singularmente milagrosas.

-- ¡ Pues bien! dijo Paloma, es preciso que la cabra nos divierta tambien y nos haga un milagro.

Diana y Paloma se dirigieron de pronto á la gitana: -- A ver, had que nos haga un milagro tu cabra.

-- No sé que quereis decir, respondió la bailarina.

-- Un milagro, una májia, una brujería en fin.

-- No sé. Y volvió á acariciar á su cabrita, repitiendo: Djali! Djali!

Vió en aquel momento Flor de Lis un saquito

DE LO PELIGROSO, ETC. 147

de cuero bordado, pendiente del cuello de la cabra:

-- ¿Qué es eso? preguntó á la gitana.

Fijó en ella la gitana sus rasgados ojos, y respondió gravemente: -- Es mi secreto.

-- Ya quisiera saber cuál es tu secreto, dijo para sí Flor de Lis.

Levantóse en esto la respetable viuda algo molinista: -- Ea, ea, la gitana, si ni tú ni tu cabra tencis algo que bailarnos, ¿qué haceis aquí?

La gitana, sin responderla, se dirigió lentamente hácia la puerta; pero á medida que iba acercándose á ella, iba acortando el paso. Un iman invencible la detenia; de pronto volvió hácia Febo sus ojos húmedos de lágrimas, y se paró.

-- Vive Dios, exclamó el capitán, que no hay motivo para irse así. -- Venid acá, y bailadnos alguna cosa. -- Ahora que me acuerdo, hermosa mía, ¿cómo os llamais?

-- La Esmeralda, dijo la bailarina sin apartar los ojos del capitán.

Al oír este nombre extraño, echáronse de pronto á reír las cuatro amigas, sin poderlo remediar.

-- ¡Terrible nombre para una doncella! dijo Diana.

-- Bien veis, dijo Amelota, que es una encantadora.

-- Hija mía, dijo en voz solemne la noble señora Aloisa, no os han pescado ese nombre vuestros padres en la pila del bautismo.

Mientras esto pasaba, hacia ya algunos minutos

que Berenguela, sin que nadie lo advirtiera, había atraído á la cabra á un rincon de la estancia, con ayuda de un bizcocho: al cabo de un momento, hicieronse las dos íntimas amigas. La curiosa niña desató el saquito del pescuezo de la cabra; abrióle, y derramó en el suelo lo que contenía, que no era otra cosa mas que un alfabeto cuyas letras estaban escritas cada cual separadamente en una tablita de box. Apenas cayeron en el suelo aquellos cachibaches, cuando vió la niña con admiracion á la cabra, que hacia sin duda entre otros aquel milagro, cojer ciertas letras con su patita de oro y disponerlas, empujándolas suavemente, en un orden particular: al cabo de un momento, resultó de aquel manejo una palabra que sin duda el animal estaba muy acostumbrado á escribir, segun tardó poco en formarla, y Berenguela exclamó alzando las manos en su estupefaccion:

— Madrina Flor de Lis, ven á ver lo que acaba de hacer la cabrita.

Audió Flor de Lis, y se estremació profundamente. Las letras colocadas sobre la estera, formaban esta palabra:

Libra.

— ¿Esto ha escrito la cabra? preguntó con voz balbuciente.

— Si, madrina, respondió Berenguela. Y en efecto, era imposible dudarle; la niña no sabia escribir.

— ¡Este es el secreto! dijo para sí Flor de Lis.

DE LO FELIGNOSO, ETC. 149

Al grito de la niña acudieron todos, la madre, las señoritas, la gitana y el oficial.

Vió la gitana lo que acababa de hacer la cabra; púsose encendida, luego pálida, y empezó á temblar como una criminal delante del mancebo, que la miraba con una sonrisa de satisfacción y de asombro.

—*Febo!* cuchucheaban las jóvenes estupefactas; ese es el nombre del capitán!

—Teneis una memoria prodigiosa! dijo Flor de Lis á la gitana petrificada. Y luego prorumpiendo en sollozos: —Oh! exclamó dolorosamente cubriéndose el rostro con ambas manos, es una hechicera! Y en tanto oía una voz mas amarga todavía, que repetía en el fondo de su corazón: —Es una rival!—
Y cayó desmayada.

—Hija mia! hija mia! exclamó la madre aterrada —vete, gitana del infierno!!—

Recojó la Esmeralda en un abrir y cerrar de ojos las malandantes letras, hizo señal á Djali y salió por una puerta, mientras sus amigas se llevaban por otra á Flor de Lis.

El capitán Febo, que quedó solo, vaciló un momento entre las dos puertas;— luego siguió á la gitana.--

2.

QUE UN SACERDOTE Y UN FILOSOFO SOY DOS.

El sacerdote que habían visto las cuatro hermosas amigas en lo alto de la torre septentrional, inclinado sobre la plaza y tan atento al baile de la gitana, era en efecto el arcediano Claudio Frollo.

Nuestros lectores no habrán olvidado la misteriosa celda que se había reservado en aquella torre. (Ignoro, y sea dicho de paso, si era ó no la misma cuyo interior puede verse aun hoy por una ventanilla cuadrada, abierta al levante á la altura de un hombre, sobre la plataforma de donde se alzan las torres; un chiribitil, hoy desnudo, vacío y descascarado, cuyas paredes mal enyesadas están *adornadas* por una y otra parte en el momento en que escribimos, con algunos malos grabados amarillos que representan fachadas de catedrales. Supongo que habitan aquel agujero juntamente murciélagos y arañas, y que en él por consiguiente se hace á las moscas una doble guerra de esterminio).

QUE UN SACERDOTE, ETC. 151

Todos los días, una hora antes de ponerse el sol, subía el arcediano la escalera de la torre, y se encerraba en aquella celda donde pasaba á veces noches enteras. Aquel día, en el momento en que despues de haber llegado á la puerta baja del tugurio, metía en la cerradura la llavecita complicada que llevaba siempre consigo en la escarcela pendiente de su cintura, llegó á sus oídos un rumor de pandereta y castañuelas: aquel rumor venía de la plaza del Atrio. La celda, como ya hemos dicho, no tenía mas que una ventana que caía sobre el tejado de la iglesia; guardóse Claudio Frollo la llave precipitadamente, y un momento despues ya estaba en la cúspide de la torre, en la actitud meditabunda y sombría en que le habían visto las señoritas.

Permanecía allí, grave, inmóvil, absorto en una mirada y en un pensamiento; todo París estaba bajo sus pies con las mil agujas de sus edificios y su horizonte circular de blandas colinas, con su río que serpea bajo sus puentes, y su pueblo que ondea en sus calles, con la nube de su humo, con la montuosa cadena de sus techos que ciñe á la catedral con sus multiplicados eslabones; pero en toda aquella ciudad no miraba el arcediano mas que un punto del suelo, la plaza del atrio; en toda aquella muchedumbre, mas que una sola criatura, la gitana.

Difícil hubiera sido decir de qué naturaleza era aquella mirada y de donde procedía la llama que de ella brotaba; era una mirada fija, y llena sin

152 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

embargo de turbación y de tumulto. Y en la profunda inmovilidad de todo su cuerpo apenas ajitado por intervalos de un estremecimiento, como una hoja sacudida por el viento, en la tirantez de sus brazos, mas de mármol que la baranda en que se apoyaban, en la sonrisa petrificada que contractaba su rostro, parecía que Claudio Frollo no tenía de vivo mas que los ojos.

La gitana bailaba; hacia girar su pandera en la punta de su dedo, y la arrojaba al aire bailando zarabandas provenzales; ágil, ligera, festiva y sin sentir el peso de la terrible mirada que caía á plomo sobre su cabeza.

Aumentaba el jentío en torno de ella; de vez en cuando, un hombre ataviado con una especie de casaca amarilla y colorada ensanchaba el círculo, y luego volvía á sentarse en una silla á algunos pasos de la bailarina, y cojía entre sus rodillas la cabeza de la cabra. Aquel hombre parecía ser el compañero de la gitana; pero Claudio Frollo desde el punto elevado en que se hallaba, no podía distinguir sus facciones.

Desde el instante en que vió el arcediano á aquel desconocido, pareció dividirse entre ambos su atención, y su rostro empezó de nuevo á anublarse mas y mas. Levantó la cabeza de repente y un estremecimiento universal corrió por todos sus miembros: — Quién puede ser ese hombre? dijo entre dientes: siempre la habia visto sola!

Internóse entonces en la tortuosa bóveda en for-

QUE UN SACERDOTE, ECT. 153

ma de espiral y bajó la escalera; pero al pasar por delante de la puerta del campanario, vió una cosa que le sorprendió sobre manera. Vió á Quasimodo que, asomado á una abertura de aquellos aleros de pizarra que parecen enormes celosías, fijaba también su vista en la plaza, y estaba absorto en una contemplacion tan profunda que ni siquiera advirtió que pasaba su padre adoptivo. Su ojo salvaje tenía una espresion singular; su mirada era dulce y parecia como fascinada.—Cosa estraña! murmuró Claudio.— ¿Si estará mirando de ese modo á la gitana? Y continuó bajando. Al cabo de algunos minutos salió á la plaza el receloso arcediano por la puerta que está al pie de la torre.

—Qué ha sido de la gitana? dijo mezclándose en el grupo de espectadores atraídos por el son de la pandera.

—No sé, respondió uno de los circunstantes, acaba de desaparecer, y si no me engaño habrá ido á bailar algun fandango á la casa de enfrente, de donde la han llamado.

En lugar de la gitana, en aquel mismo tapiz cuyos arabescos desaparecian un momento antes bajo el caprichoso dibujo de sus danzares, solo vió el arcediano al hombre de lo colorado y amarillo que, para ganar tambien algunos testones (1), pascábase paralelamente á la circunferencia de los es-

(1) Moneda antigua en Francia de poco valor.

(N. del Trad.)

pectadores, los codos sobre los costados, la cabeza echada atrás, la cara purpurante, el pescuezo de media vara, y con una silla entre los dientes: sobre esta silla llevaba atado á un gato que le prestaba una vecina, y que renegaba y mahullaba sumamente aterrado.

—Virjen María! exclamó el arcediano en el momento en que el saltibanco, sudando á mares, pasó por delante de él con su pirámide de silla y de gato, ¿qué hace ahí maese Pedro Gringoire?

Tal consternacion imprimió en el pobre diablo la voz severa del arcediano, que hubo de perder el equilibrio con todo su edificio, con lo que la silla y el gato cayeron de sopetón sobre la cabeza de los circunstantes, en medio de una inextinguible rechilla.

Es probable que maese Pedro Gringoire (porque él era en efecto) hubiera salido mal librado en sus cuentas con la vecina dueña del gato y con todas las caras contusas y arañadas que le rodeaban, si no se hubiera aprovechado con presteza del tumulto para refugiarse en la iglesia adonde le hizo Claudio Frollo señal de que le siguiera.

La catedral estaba ya obscura y desierta, las naves estaban llenas de tinieblas y las lámparas de las capillas empezaban á parecer estrellas sobre el fondo negro de las bóvedas. Solo el gran rosetón de la fachada, cuyos mil colores estaban empapados en un rayo del sol horizontal, relucía en la sombra como una sarta de diamantes, y repercutaba al otro extremo de la nave su espectro deslumbrador.

QUE UN SACERDOTE, ETC. 155

Luego que hubieron andado algunos pasos, apoyóse don Claudio en un pilar y miró á Gringoire de hito en hito; mas no era aquella mirada la que temia Gringoire, verdaderamente corrido de haber sido atrapado por un personaje grave y docto en aquel traje de titiritero. La mirada del sacerdote nada tenia de burlona ni de irónica; estaba serio, sereno y penetrante. El arcediano fué el primero que rompió el silencio.

—Venid acá, maese Pedro, que teneis que explicarme muchas cosas.—Y antes de pasar adelante, de dónde viene que no se os ha visto hace ya cerca de dos meses y que os vemos ahora por esas calles, lindamente equipado, por vida mia! la mitad colorado y la mitad amarillo como una manzana de Caudébec?

—Señor, dijo Gringoire rabo entre piernas, llevo en verdad una vestimenta prodigiosa, y aquí me veis todo mohino como un gato con una calabaza en la cabeza. Bien conozco que es cosa muy indigna esponer á los señores partesaneros de la ronda á apalear bajo esta casaca el húmero de un filósofo pitagórico. Pero qué queréis que os diga, mi reverendo maestro? La culpa es toda de mi antigua ropilla que me ha abandonado cobardemente al principio del invierno, so pretexto de que se caía á guñapos y de que necesitaba ir á descansar en la cesta del trapero. *Quid faciendum?* Aun no ha llegado la civilizacion á punto de que se pueda ir en cuevecitos vivos, como queria el antiguo Diógenes;

añadeso á esto que soplabá un viento muy frío, y que no es el mes de enero el mas idóneo para hacer dar este nuevo paso á la humanidad. Hase presentado esta casaca y echádola he la garra, abandonando mi antigua ropilla negra que, para un hermético como yo, estaba muy poco herméticamente cerrada: Catadme pues en traje de histrion, como San Genest.—Qué quereis, señor? es un eclipse: tambien Apolo pastoreó marranos en el pais de Admeto.

—Digno oficio seguramente el que ejerceis! ropuso el arcediano.

—Convengo, señor maestro, en que mas vale filosofar y poetizar, soplar la llama en el horno ó recibirla del cielo, que llevar gatos sobre el pavés; y por eso, cuando me apostrofasteis, quedé estupefacto cual otro asno delante de un asador. Pero qué quereis, señor? Preciso es vivir todos los dias, y los mejores versos alejandrinos no valen tanto para comidos como un pedazo de queso de Brie. Yo hice para la señora Margarita de Flandes aquel famoso epitalamio que sabéis, y la ciudad no me le quiere pagar, só pretesto de que no es excelente, como si se pudiera dar por cuatro escudos una tragedia de Sofocles. Iba púes á morirme de hambre pero halléme por fortuna algo robusto por parte de las mandíbulas, y dije á estas mandíbulas:—Haced prodijios de fuerza y de equilibrio; mantente á tí misma. *Ale te ispan*. Una cáfila de bribones, que se han hecho grandes amigos míos, me han enseñado

QUE UN SACERDOTE, ECT.

157

do mil especies de habilidades hercúleas, y ahora doy todas las noches á mi dentadura el pan que ha ganado durante el día con el sudor de mi frente. Convento seguramente, *concedo*, que es este un triste empleo de mis facultades intelectuales, y que el hombre no fué creado para tamborilear y morder sillas; pero, reverendo maestro, no basta pasar la vida, es preciso ganarla.

Don Claudio escuchaba en silencio; de repente tomaron sus ojos hundidos una espresion tan sagaz y penetrante, que Gringoire se sintió, por decirlo así, escudriñado hasta el fondo del alma por aquella mirada.

—Bien está, maese Pedro; pero en qué consiste que os hallo ahora en compañía de esa bailarina de Egipto?

—Toma! dijo Gringoire, en que es mi mujer y yo soy su marido.

Inflaméronse de súbito los tenebrosos ojos del sacerdote.

—Y cómo te has atrevido, miserable?... exclamó asiendo con furor el brazo de Gringoire; estás bastante abandonado de Dios para poner la mano en esa mujer?

—Por el cielo y la tierra, señor, respondió Gringoire, temblando como un azogado, es juro que no la he tocado el pelo, si es eso lo que os inquieta.

—Pues qué estas hablando de marido y mujer? dijo el eclesiástico.

Contóle entonces Gringoire lo mas sucintamente que pudo todo lo que ya sabe el lector; su aventura de la corte de los Milagros y su casamiento del cántaro roto. Pero es el caso que aquel matrimonio no habia tenido aun resultado alguno, y que todas las noches le escamotaba la gitana su noche de bodas como la primera vez:—Es un fastidio, dijo al acabar su relacion;—pero eso consiste en que he tenido la desgracia de casarme con una vírgen.

—Qué quereis decir? preguntó el arcediano que se habia ido serenando por grados al oír aquellas palabras.

—Es algo difícil de esplicar, respondió el poeta: todo ello no pasa de ser una supersticion. Mi esposa es, segun me ha dicho un viejarron muy asqueroso á quien nosotros llamamos el duque de Egipto, una criatura hallada ó perdida, lo que viene á ser lo mismo;—lleva en el cuello un amuleto que, segun me han asegurado, la hará un día encontrar á sus padres, pero que perdería su virtud si la niña perdiese la suya; de donde resulta que uno y otro somos muy virtuosos.

—Luego, repuso Claudio cuya frente se iba despejando poco á poco, creéis que esa criatura no ha sido tocada por hombre alguno?

—Y qué quereis, Don Claudio, que haga el hombre cuando hay de por medio una supersticion? Se la ha metido en la cabeza, y cierto que es cosa muy singular esa severa virtud que se conserva intacta en medio de aquellas hijas de Bohemia, tan

QUE UN SACERDOTE, ETC. 159

fáciles de domesticar. Pero tiene para protegerse tres cosas; el duque de Egipto que la ha tomado bajo su salva-guardia, esperando sin duda venderla á algun abad rico y libertino; toda su tribu, que la profesa singular veneracion como á una Nuestra Señora; y un cierto cuchillito muy mono que la picaruela lleva siempre metido no se donde, y que le sale á las manos apretándola la cintura. Es una balsa terrible, vive Dios!

Acosó el arcediano con sus preguntas á Gringoire.

Era la Esmeralda, en el dictámen de Gringoire, una criatura inofensiva y primorosa; bonita, á escepcion de cierto mohin que le era peculiar, una muchacha inocente y apasionada, ignorante de todo y entusiasta de todo; no sabiendo ni aun en sueños, la diferencia que existe entre un hombre y una mujer; natural y sencilla; aficionada ante todas cosas, al baile, al ruido, al aire libre; una especie de mujer-abeja, con alas invisibles en los pies y aclimatada en un perpétuo torbellino; seguramente debia esta naturaleza á la vida errante que habia pasado. Logró Gringoire averiguar que, siendo niña, habia recorrido la España y la Cataluña hasta la Sicilia; creia tambien que habia sido llevada por la caravana de gitanos de que hacia parte, al reino de Arjel, pais situado en Acaya, la cual Acaya linda por un lado con la Albania menor y la Grecia, y por el otro con el mar de las dos Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemos,

decía Gringoire, eran vasallos del rey de Arjel, en su calidad de jefe de la nación de los moros blancos: mas lo que era maldad, es que la Esmeralda había llegado á Francia por la Hungría, siendo muy niña. De todos estos países había traído la muchacha gran copia de palabras chapurradas, captares é ideas extranjeras, que hacían de su lenguaje un cierto batiburrillo como el de su traje, medio parisiense, medio africano. La jente de los barrios que frecuentaba, la tenía mucho cariño por su alegría, por su hermosura, por su gentil donaire, por sus danzas y sus decires. En toda la ciudad no se creía aborrecida mas que por dos personas de quienes siempre hablaba con terror; por la reclusa de la Torre-Roland, que no sé porque aborrece de muerte á las jitanas y la echa una maldición siempre que pasa por delante de su cobacha; y por un sacerdote, que siempre que la encuentra lanza miradas y palabras que la meten miedo. Mucho turbó esta última circunstancia al sacerdote, sin que dijese á Gringoire en aquella ocasión, tanto había bastado el transcurso de dos meses para hacer olvidar al filósofo poeta los singulares detalles de aquella noche en que encontró á la gitana, y la presencia del arcediano en todo aquello. Pero esto no obstante, nada temía la hermosa bailarina; y como no decía la buena ventura, estaba á cubierto de aquellos procesos de májia entablados tan frecuentemente contra las gitanas: además, Gringoire la servía de hermano, si bien no de ma-

QUE UN SACERDOTE, ETC. 161

rido; y es el caso que el digno poeta llevaba muy en paciencia aquella especie de matrimonio platónico, que le proporcionaba seguros pan y techo. Salía todas las mañanas de la corte de los Milagros, casi siempre con la gitana; ayudábala á hacer en las plazas y sitios públicos su cosecha de ochavos y de testones, volvía todas las noches con ella bajo el mismo techado, dejábala encerrarse con cerrojo en su tugurio, y se dormía con el sueño del justo; existencia muy dulce al fin y al cabo, decía, y muy apta para la meditación. Y luego, en el fondo de su conciencia, no estaba muy seguro el poeta de estar loco de enamorado de la gitana; casi tanto amaba como á ella á la cabrita, que era un animalito increíble, amable, listo, inteligente, una cabra erudita. Cosa eran frecuente en la edad media estos animales doctos que mucho asombraban, y que solían llevar nada menos que á la hoguera á sus instructores; pero las brujerías de la cabrita de las patas doradas, no pasaban de ser unas inocentes travesurillas. Esplicóselas Gringoire al arcediano, á quien parecían interesar en sumo grado aquellos detalles: bastaba casi siempre presentar la paudereta á la cabrita, pero de un modo particular, para obtener de ella la deseada monería. Habíala enseñado así la gitana, que tenía para estas habilidades un talento tan especial, que no había necesitado arriba de dos meses para enseñar á la cabra á escribir con letras movedizas la palabra *Fabo*.

TOMO II.

11

—*Febo!* dijo el sacerdote; y por qué *Febo*?

—Qué se yo? respondió Gringoire; puede que sea alguna palabra que cree dotada de alguna virtud mágica y secreta. Muchas veces le repite á media voz cuando se cree sola.

—Estais seguro, repuso Claudio con su mirada penetrante, de que eso es una palabra y no un nombre?

—Nombre de quién? dijo el poeta.

—Qué sé yo? dijo el sacerdote.

He aqui lo que yo imagino, mi reverendo maestro. Esos gitanos tienen sus puntas de güebros y adoran al sol: de aqui, *Febo*.

—No me parece eso tan claro como á vos, maestro Pedro.

—Al fin y al cabo, maldito lo que se me importa: repita su *Febo* cuanto le dé la gana.—Lo que es seguro es que Djali me quiere ya casi tanto como á ella.

—Quién es Djali?

—La cabrita.

Apoyóse el arcediano la barba sobre la mano y quedó meditabundo por un buen rato. De repente volvióse bruscamente hácia Gringoire.

—Con que me juras que no la has tocado?

—A quién? dijo Gringoire, á la cabra?

—No, á esa mujer.

—A mi mujer? os juro que no.

—Estás á menudo solo con ella?

—Todas las noches, una hora.

QUE UN SACERDOTE, ETC. 163

Don Claudio frunció las cejas.

—Oh! oh! *Solus cum solá non cojitabuntur orare Pater noster.*

—Por mi vida que pudiera rezar el *Padre nuestro* y el *Ave María* y el *Creo en Dios Padre*, sin que ella reparára en mí mas que una gallina en una iglesia.

—Júrame por el vientre de tu madre, repitió el arcediano con energía, que no has tocado á esa criatura.

—Y aun por la cabeza de mi padre pudiera jurarlo, porque las dos cosas tienen mas de una relación entre sí. Pero, reverendo maestro, permitidme que yo también os haga una pregunta.

—Hablad.

—Qué os importa todo eso?

Encendióse el pálido rostro del arcediano como las mejillas de una virgen: quedó un momento sin responder, y luego dijo con evidente desazon.

—Escuchad, maese Pedro Gringoire: aun no estais condenado... al menos que yo sepa. Me interesais y deseo vuestro bien; habeis de saber que el *meur santastre, son se gitano del demonio, se haria vasallo de Satanás*. Bien sabeis que siempre es el cuerpo el que pierde al alma.—¡Ay de tí si te llegas á esa mujer! Tenedlo presente.

—Una vez lo intenté, dijo Gringoire, rascándose la oreja, y fue el primer día; pero me pinché...

—Habeis tenido esa desvergüenza, maese Pedro? Y de nuevo se anubló la frente del sacerdote

164 **NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.**

--Y luego otra vez!-- continuó el poeta sonriendo-- miré por el agujero de la cerradura antes de acostarme y ví la mas delicada hembra en camisa que hizo jamás rechinar las tarimas de una cama bajo su pie desnudo!

--Llévete el diablo! exclamó el sacerdote con un acento terrible y dando un fuerte empujón al atónito Griegoire, internóse á pasos ajigantados en las mas oscuras galerías de la catedral.

3.

LAS CAMPANAS.


Desde la mañana de la picota, habían creído advertir los vecinos de Nuestra Señora que el entusiasmo campaneador de Quasimodo se había entibiado sobremanera. Antes todo se volvía repiqueteos, largas alboradas que duraban de primas á completas, toques á vuelo por una misa mayor, ricos diapasones en las campanas menores por una boda, por un bautismo, entretejiéndose en el aire como una bordadura de mil brillantes sonidos: la antigua iglesia, tan brillante y sonora estaba en una perpétua algazara de campanas; revelábase siempre en ella la presencia de un espíritu de bulla y de capricho que cantaba por todas aquellas bocas de cobre. Ahora parecía que aquel espíritu había desaparecido; la catedral se mostraba adusta y silenciosa las fiestas y los entierros tenían su campaneo sencillo pobre, y seco, lo que exigía el ritual y na-

da mas: del doble rumor que produce una iglesia, el órgano dentro, la campana fuera, no quedaba ya mas que el órgano: parecia que habia desaparecido el músico de los campanarios. Y sin embargo allí estaba Quasimodo! Qué le habia pasado? Duraban todavía acaso en el fondo de su alma la vergüenza y la desesperacion de la picota? acaso se repercutaban sin fin en su alma los latigazos del atormentador, y la pena de tan crudo tratamiento lo habia estinguido todo en él, hasta su pasión por las campanas? ó tal vez María tenia una rival en el corazon del campanero de Nuestra Señora, y la gran campana y sus catorce hermanas se veian abandonadas por algo mas bello y mas amable?

Sucedió que en el año de gracia 1482, cayó la Anunciacion en un martes 25 de marzo. Estaba aquel dia la atmósfera tan pura y tan leve, que Quasimodo sintió renacer en su alma el amor á sus campanas. Subió pues á la torre septentrional, mientras abria el bedel de par en par las puertas de la iglesia, que eran á la sazón dos enormes cuarterones de madera forrada de cuero, recamados de clavos de hierro dorados y llenos de esculturas muy artificialmente elaboradas."

Cuando llegó á la aérea estancia de las campanas, considerólas Quasimodo por un buen rato meneando la cabeza tristemente, como si se lamentára de que un cuerpo extraño se habia interpuesto en su corazon entre ellas y él. Pero luego que las hubo echado á vuelo; cuando sintió aquel

LAS CAMPANAS.

167

manejo de campanas moverse bajo sus manos, cuando vió, porque no la oía, subir y bajar la octava palpitante sobre aquella escala sonora como un pájaro que revolotea de rama en rama; cuando el diablo-Música, verdadero demonio que bambolea un manajo de *estrettas*, *trilos* y arpejos, se hubo apoderado del pobre sordo, entonces volvió este á ser feliz, y el júbilo de su corazón brilló en su rostro.

Iba y venía de una parte á otra, dando palmas de alegría, corriendo de cuerda á cuerda, animando á los seis cantores con la voz y con el gesto como un director de orquesta que estimula á excelentes músicos.

—Vuela, decía, vuela, Gabriela, y derrama todo tu estruendo en la plaza, que hoy es día de fiesta. —Animo, Thibauld, y fuera pereza que te quedas atrás: ea, ea —te has enmohecido, haragan?— Eso es, aprisa, aprisa! que no se vea el badajo. —Vuélvelos á todos sordos como á mí—Bien, Thibauld, bien—eso es portarse! Guillermo! Guillermo! tú eres el mayor, y Pasquier es el menor, y Pasquier va mas aprisa que tú.— Apuesto á que los que oyen le oyen á él mejor que á tí.—Bien, Gabriela, bien, fuerte! mas fuerte! —Ola! qué haceis vosotros allí, Gorriones? no os veo meter el mas pequeño ruido. —Qué quieren decir esos picos de cobre que parece que hostezan cuando debieran cantar?—Ea, ea, á trabajar! hoy es la Anunciacion:—hace un hermoso día, y es preciso que haya un buen repiqueteo.—

Pobre Guillermo! ya estás todo desalentado, barrigon!—

Ocupado estaba exclusivamente en aguijonear sus seis esquilones que revoloteaban á mas no poder, y sacudían sus lustrosas grupas como un excelente jiro de mulas castellanas azuzado de continuo por los apóstrofes del zagal.

En esto, dejando caer su mirada por entre las anchas escamas de pizarra que cubren hasta una cierta altura la pared perpendicular del campanario, vió en la plaza una muchacha estrañamente ataviada que se detenía, desplegaba en el suelo un tapiz sobre el cual fue á sentarse una cabrita, y un grupo de espectadores que se formaba en círculo alrededor. Aquel espectáculo trastornó de súbito el orden de sus ideas, y cuajó su entusiasmo musical como cuaja una bocanada de aire la resina en fusión: paróse, volvió la espalda á las campanas, y se acurrucó detras del alero de pizarra, fijando en la bailarina aquella mirada mediatibunda, tierna y melancólica que ya en otra ocasion habia admirado al arcediano. Entonces las campanas olvidadas se apagaron bruscamente todas juntas á la par, con gran disgusto de los aficionados á repiqueos, que de buena fé escuchaban aquella música aérea desde encima del Puente-au-Change, y que se fueron entonces estupefactos como un perro á quien despues de haberle enseñado un hueso, le dan un guijarro.

4.

A N A T K H.

Acació pues que en una hermosa mañana de aquel mismo mes de marzo, el sábado 29, si no me engaño, día de san Eustaquio, advirtió al vestirse nuestro amiguito el estudiante Juan Frolo del Molino que sus calzas que contenian su bolsa, no espedian sonido alguno metálico. -- Pobre bolsa! exclamó sacándola de la faltriquera -- y qué? ni siquiera el mas mínimo parisic! Oh, y como los dados, los jarros, la cerbeza y Venus te han destripado desapiadadamente! oh, y cuanto estás ahora flaca, floja y arrugada! oh, y cual te pareces á la garganta de una furia! Decidmelo por vuestra vida, señores Ciceron y Séneca, cuyos rugosos ejemplares yacen esparramados por el suelo, decidme de qué me vale saber mejor que un general de las monedas ó un judío del Puente-aux-Changeurs, que un

escudo de oro con corona vale treinta y cinco oncenos de á veinticinco sueldos, ocho dineros parisies cada uno, y que un escudo con la media luna vale treinta y seis oncenos de á veintiseis sueldos, y seis dineros torneses por pieza, si no tengo un miserable maravedí negro que arriesgar á los dados! oh, consul Ciceron! no es calamidad esta de que puede salir un hombre con perifrasis, con *quemadmodum* y *verum enim vero*!!

Vistióse tristemente. Ocurrióle una idea mientras estaba atacándose los botines, pero al momento la desechó, volvió ella sin embargo á la carga, y el estudiante se puso el chalco al revés, señal evidente de un violento combate interior. En fin, tiró al suelo con impetu su gorra, exclamando:—Tanto peor Salga por donde saliere! me voy á ver á mi hermano: cojeré un sermón, pero cojeré también un esudol!

Vistióse precipitadamente su ropilla de mangas entreteladas, encasquetóse su gorra, y salió como hombre desesperado.

Bajó la calle de la Harpe hácia la Ciudad; al pasar delante de la calle de la Huchette, el olor de aquellos admirables asadores que giraban continuamente en ella á la lumbre, vino á regalar su olfato, y no pudo menos el jóven de echar una mirada de amor á la ciclópea pastelería que arrancó en cierta ocasion al franciscano Calatagirone esta patética exclamacion: *Veramente, queste rotisserie sono cosa stupenda!* Pero Juan no tenia para almorzar, y se interró lanzando un profundo suspiro por la puerta

'AN'ATH.

171

del pequeño Chatelet, aquel enorme manojó de macizas torres que defendía la entrada de la Ciudad.

Ni siquiera se tomó el trabajo de tirar una pedrada al pasar, como era uso y costumbre á la miserable estatua de aquel Perinet Leclere que entregó á los ingleses el París de Cárlos VI, crimen que durante tres siglos espíó su efigie magullada á pedradas y cubierta de lodo, en la esquina de las calles de la Harpe y de Bussy, como en una eterna picota.

Después de haber atravesado el pequeño Puente, y la calle nueva de Santa Genoveva, hallóse Juan de Molendino enfrente de Nuestra Señora. Volvió entonces á su pasada indecision, y se paseó por algunos instantes alrededor de la estatua de Mr. Legris repitiendo con agonía: — El sermón es seguro, el escudo es problemático!

Salió á la sazón un bedel del claustro.

—Donde está el señor arcediano de Josas? le preguntó.

—Creo que está en su escondrijo de la torre, dijo el bedel; y no os aconsejo que vayais á interrumpirle, á menos que vengaís de parte de alguna persona de cuenta como el papa ó el señor rey.

Dió Juan una palmada.—Diablo! exclamó, cántate una magnífica ocasion de ver la famosa cabaña de las bruñerías!

Determinado por esta reflexion, entró valerosamente por la puertecilla negra, y empezó á subir la roca llamada de San Gil que conduce á los pi-

—Ahora lo veré! decía andando. Por los brinquiños de la Santa Virgen que debe ser cosa curiosa la celdilla que mi reverendo hermano oculta como su pudendum! Se dice que enciende en ella las cocinas del infierno, que está cociendo á fuego vivo la piedra filosofal! Cuerpo de Dios! así me curo yo de la piedra filosofal como de un guijarro, y mas quisiera hallarme sobre su horno una tortilla con magras que la mayor piedra filosofal del mundo!

Luego que llegó á la galería de las columnillas, respiró un buen rato, y empezó á echar pestes contra la interminable escalera enviándola á que se yo cuantos millares de carretadas de demonios; y luego prosiguió su ascension por la estrecha puerta de la torre septentrional, actualmente cerrada al público. Despues de haber dejado atras la estancia aérea de las campanas, halló una pequeña meseta abierta en una hendidura lateral, y debajo de la bóveda una pequeña puerta ojiva cuya enorme cerradura y robusta armazon de hierro pudo observar á la luz de una trouera abierta frente por frente en la pared circular de la escalera. Las personas que tuviesen curiosidad de visitar hoy aquella puerta, podrán reconocerla por esta inscripcion grabada en letras blancas sobre la pared negra; AÑO 1823, FIRMADO, EUGENIO.—*Firmado* está en el testo.

—Uf! dijo el estudiante, aquí debe ser! La llave estaba en la cerradura y la puerta entornada;

УЛ'АТКП.

173

empujóla con mucho tiento, y ascó por ella la cabeza.

Seguramente habrá recorrido el lector las admirables estampas de Rembrant, el Shakespeare de la pintura. Entre tantos maravillosos grabados, hay uno en particular al agua fuerte que representa, según la opinión general, el doctor Fausto, y que es imposible contemplar sin terror. Es una celda sombría; en medio está una mesa cubierta de objetos hediondos, calaveras, esteras, alambiques, compases, pergaminos y geroglíficos. Delante de esta mesa está el doctor, cubierto con su grosera sopalanda y con su gorro de pieles metido hasta las cejas. No se le vé mas que hasta la mitad del cuerpo; está medio levantado de su inmensa poltrona; sus puños crispados se apoyan sobre la mesa y está considerando, con curiosidad y terror, un gran círculo luminoso, formado de letras mágicas que brilla sobre la pared del fondo como el espectro solar en la cámara oscura. Aquel sol cabalístico parece que tiembla á la vista y llena la triste celda con su misterioso esplendor: es horrible y bello.

Una cosa muy semejante á la celda de Fausto se presentó á los ojos de Juan, cuando metió la cabeza por la rendija de la puerta entreabierta. Vió un recinto sombrío y apenas iluminado; vió también una ancha poltrona y una gran mesa, compases, alambiques, esqueletos de animales pendientes del techo, una esfera rodando por el suelo, hipocéfalos interpolados con almireces donde brillaban

pequeñas láminas de oro, cabezas de muertos sobre vitelas pintorreadas con figuras y caracteres, largos manuscritos abiertos de par en par, sin compasión á los frágiles ángulos del pergamino; en fin, todas las inmundicias de la ciencia, y por dó quiera, sobre aquellos mamotretos, polvo y telarañas; pero no había círculos de letras luminosas, ni doctor en éxtasis contemplando la esplendente vision como el Águila mira al sol.

La celda, sin embargo, no estaba vacía; un hombre encorvado sobre la mesa ocupaba el sillón. Juan, hácia quien estaba vuelto de espaldas, no podía ver mas que sus hombros y la parte posterior de su cráneo; pero fácilmente reconoció aquella cabeza calva, en que había hecho naturaleza una eterna tonsura, como si hubiera querido revelar por aquel símbolo exterior, la irresistible vocación clerical del arcediano.

Reconoció, pues, Juan á su hermano; pero habíase abierto la puerta con tanto pulso, que no oyó Claudio su llegada, de lo cual se aprovechó el curioso estudiante para examinar por algunos momentos la celda muy á su sabor. Un ancho horno en que no había reparado á primera vista, estaba á la izquierda del sillón, debajo de la ventanilla. El rayo de luz que penetraba por aquella abertura atravesaba una redonda telaraña que inscribía con primor su delicado tejido en la ojiva de la ventanilla, y en cuyo centro estaba el insecto tejedor inmóvil como el cubo de aquella rueda de encaje. Acu-

'ΑΝ'ΑΡΧΗ.

175

mulados estaban en desórden sobre el horno, toda especie de vasos, redomas de barro, retortas de vidrio, alambiques de carbon: Juan observó, suspirando, que no había un solo cazo. -- ¡Famosa batería de cocina! dijo para su capote.

Es el caso además, que no había fuego en el horno, y que parecía que no se había encendido en él hacía mucho tiempo. Una careta de vidrio que advirtió Juan entre los utensilios de alquimia, y que servía sin duda para preservar el rostro del arcediano cuando elaboraba alguna substancia terrible, estaba en un rincón cubierta de polvo y como olvidada. Yacía á su lado un fuelle no menos empolvado, y en cuya hoja superior se veía esta leyenda, incrustada en letras de cobre: SPIRA, SPERA.

Otras leyendas se veían escritas, según la práctica de los herméticos, en gran número sobre las paredes; unas señaladas con tinta, otras grabadas con una punta de metal, letras góticas, hebreas, griegas, romanas, todas revueltas entre sí; por todas partes esparramadas las inscripciones, unas sobre otras, las mas recientes cubriendo á las mas antiguas, y enredándose todas unas en otras como las ramas de un matorral, como las picas en una escaramuza; era aquello en efecto un confuso batiburrillo de todas las filosofías, de todos los sueños, de todas las sabidurías humanas. Veíase de cuando en cuando alguna que brillaba sobre las demas como un estandarte entre las puntas de las lanzas; estas eran, por lo comun, una breve divisa griega ó

latina, como sabia formularlas tan bien la edad media: *Unde? inde?* — *Homo homini monstrum.* — *Astra, castra, nomen, numen.* — *Μύρα βιβλίον, μύρα κεισόν* (1). — *Sapere aude.* — *Flat ubi vult.* — etc.; á veces una palabra desnuda al parecer de todo sentido aparente: — *Ἀργυροφασία*; lo que encerraba tal vez alguna amarga alusion al réjimen del claustro; á veces, en fin, una simple máxima de disciplina clerical formulada en un hexámetro reglamental: *Cælestem dominum, terrestrem dico dominum.* Habia tambien *passim* algunas divisas hebreas, de que Juan, ya muy poco erudito en el griego, no entendia palabra; y en medio de todo veíanse á cada momento estrellas, figuras de hombres ó de animales, y triángulos que se intersecaban, lo que contribuía no poco á hacer que se asemejase la emborronada pared de la celda á una hoja de papel sobre la cual hubiera paseado un mono una pluma llena de tinta.

El conjunto de la celda presentaba ademas un aspecto de ruina y abandono; y el triste estado de los utensilios dejaba suponer que hacia ya mucho tiempo distraian de sus trabajos al dueño otros cuidados.

Aquel dueño entre tanto, inclinada la cabeza, sobre un inmenso manuscrito ornado de extrañas pinturas, parecia trabajado por una idea que se mezclaba de continuo á sus meditaciones; tal creyó

(1) Significa un mal libro es un gran mal. (Nota del trad.)

ANATKH.

177

al menos Juan al oírle esclamar, con las intermitencias pensativas de un delirante que sueña en alta voz.

—Sí, Manou lo dice, y Zoroastres lo enseña! el sol nace del fuego, la luna del sol; el fuego es el alma del gran todo; sus átomos elementales se estenden y gotean sin cesar sobre el mundo en corrientes infinitas! En los puntos en que se cortan estas corrientes en el cielo producen la luz; en los puntos de su intersección en la tierra, producen el oro. —La luz, el oro! todo es lo mismo! —El oro no es mas que fuego en el estado concreto. — La diferencia de lo visible á lo palpable, de lo fluido á lo sólido en la misma sustancia, del vapor de agua al hielo y nada mas. — Estos no son delirios — esta es la ley general de la naturaleza. — Pero qué hacer para arrancar á la ciencia el secreto de esta ley general? Y qué! esa luz que inunda mi mano, es oro! esos mismos átomos dilatados conforme á cierta ley, bastaría condensarlos conforme á otra cierta ley, para convertirlos en oro! — Qué he de hacer? — Algunos han tenido la idea de sepultar un rayo del sol — Averroes — (1) — sí, Averroes fue — Averroes en-

(1) Averroes ó Aven-Rosch filósofo árabe del siglo XII. Aunque hijo de un magistrado muy principal de Córdoba, pasó sus primeros años en Marruecos cuyo trono ocupaba Almanzor á la sazón, y donde hizo grandes progresos en la medicina y en la filosofía. Sucedió á su padre en la magistratura y fue encerrado en una prisión por sospechas de herejía; pero es seguro que mas bien propendia al deísmo, pues se burlaba igualmente de las religiones judía, cristiana y musulmana. Era partidario acérrimo de Aristóteles, y se le llamó el *Comentador* á causa de sus

terró uno debajo del primer pilar á la izquierda del santuario del Alcoran, en la gran mezquita de Córdoba; pero no se podrá socavar el suelo para ver si ha salido bien la operacion hasta de aquí á ocho mil años.

—Cáspita, dijo Juan entre sí, no es poco esperar un escudo!

—Otros han creído, prosiguió el caviloso arcediano, que seria mejor hacer la operacion sobre un rayo de Sirio; pero no es fácil obtenerle puro á causa de la presencia simultánea de otras estrellas que mezclan sus rayos con los de él. Flamel opina que lo mas sencillo es trabajar sobre el fuego terrestre. —Flamel! oh nombre de predestinado! *Flamma!* —Si, el fuego. — Aquí está el secreto. — El diamante está en el carbon, el oro está en el fuego. — Pero cómo extraerle? — Magistri asegura que hay ciertos nombres de mujer de un encanto tan dulce y tan misterioso, que hasta pronunciarlos durante la operacion... — Leamos lo que dice Manou: «Donde las mujeres son atendidas, las divinidades estan contentas; donde son despreciadas, es inútil rezar. — La boca de una mujer es siempre pura, es un agua corriente, es un rayo del sol. — El nombre de una mujer debe ser agra-

trabajos sobre aquel filósofo. Escribió sobre la medicina, amén de las obras de *Natura orbis*, *de re medica de Theriaca* &c., y dejó á luz un compendio del *Almagesto* de Ptolomeo. La mejor edición de sus obras es la de Venecia — 1608. — Murió en 1206. .
(Nota del traductor.)

ANATHE.

179

edable, dulce, imaginario; acabar con vocales largas y parecerse á palabras de bendicion!... Sí, el sabio tiene razon: en efecto, la María, la Sofia, la Esmeral... Maldicion! siempre este pensamiento.

Y cerró el libro con violencia.

Pasóse la mano por la frente, como para alu- yentar la idea que le perseguia; luego cogió sobre la mesa un clavo y un martillito en cuyo mango se veian primorosamente pintadas algunas letras cabalísticas.

--De algun tiempo á esta parte, dijo con amarga sourisa, me salen mal todos mis experimentos; la idea fija se ha apoderado de mí y consume mi cerebro como una manga de fuego; ni siquiera he podido dar con el secreto de Cassiodoro, cuya lámpara ardia sin mecha y sin aceite-- Cosa fácil, sin embargo!

--Cuerno! dijo Juan para sus adentros.

---Con que basta, continuó el sacerdote un solo miserable pensamiento para hacer á un hombre débil y loco! Oh! y cómo se reiria de mí Claudia Pernelle, aquella mujer que no pudo apartar un punto á Nicolás Flamel de la investigacion de la grande obra! Y qué! tengo en mi mano el martillo májico de Zequielé! á cada golpe que el formidable rabino, desde el fondo de su zequizami, daba sobre este clavo sobre este martillo, aquel de sus enemigos á quien él nombraba, aunque estuviera á dos mil leguas, se hundia media vara en la tierra que le devoraba; al mismo rey de Francia,

180 . NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

por haber una noche tropezado inconsideradamente en la puerta del Taumaturgo, entró en su pavimento de París hasta las rodillas. - Es cosa que sucedió aun no hace tres siglos. - Y sin embargo, yo tengo el martillo y el clavo, y no son en mis manos, herramientas mas formidables que un escoplo en manos de un tallador. - Y eso que todo se reduce á dar con la palabra mágica que pronunciaba Ze-quiélé martillando su clavo. -

--Friolera! dijo Juan mentalmente.

--Ea, ensayemos, repuso al punto el arcediano: si lo logro, verá brotar la chispa azul de la cabeza del clavo. - Emen-Hetan! Emen-Hetan! - No es esto. - Sigeani! Sigeani! - Abra este clavo la tumba á quien quiera que se llame Febo...! - Condenacion! siempre y eternamente la misma idea!

Y arrojó colérico el martillo; luego se hundió tan profundamente en su poltrona y sobre la mesa, que Juan le perdió de vista detras del enorme respaldo; durante algunos minutos, no vió mas que su *pecho convulsivo crispado sobre los pergaminos*. De pronto levantóse don Claudio, cojió un compas y grabó sin decir palabra sobre la pared en letras mayúsculas esta palabra griega:

'AN'ATKH.

--Mi hermano ha perdido la chaveta, dijo Juan para su colete; mas sencillo hubiera sido escribir *Fatum*: no todos tienen obligacion de saber el griego.

Volvió el arcediano á sentarse en su poltrona,

ANATHE.

181

apoyó la cabeza sobre sus manos como un enfermo cuya frente abrasada pesa como un plomo.

Con mucha sorpresa observaba el estudiante á su hermano. Ignoraba el alegre muchacho, acostumbrado como suele decirse á llevar el corazón en la mano, á no observar otra ley en el mundo mas que la ley lisa y llana de la naturaleza, á dejar correr sus pasiones por sus declives naturales, y en cuya alma siempre estaba seco el lago de las grandes pasiones, tantas y tan anchas atarjeas abria en él todos los dias, ignoraba, decimos, con cuanta furia hierve y fermenta el mar de las pasiones humanas cuando se le cierra toda salida; como se amontona, se incha y rebiente; como corre el corazón, como estalla en sollozos interiores y sordas convulsiones, hasta que rompe sus diques y deshace su fondo. La austera y glacial corteza exterior de Claudio, aquella fría superficie de virtud escarpada é inaccesible, siempre habian engañado á Juan: el festivo estudiante nunca habia pensado cuanta lava ardiente, furiosa y profunda hierve bajo la nevada frente del Etna.

No podremos decir si se dió cuenta á sí mismo el estudiante en aquel punto de todas estas ideas; pero calavera y todo como lo era bien conoció que habia visto lo que no debia ver, que acababa de sorprender el alma de su hermano mayor en uno de sus mas íntimos secretos, y que era menester que Claudio no losupiera jamás. Viendo pues que el arcediano habia vuelto á caer en su primera inmovi-

182 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

lidad, retiró con mucho tiento la cabeza y metió algún ruido de pasos detrás de la puerta como persona que llega y advierte que se va acercando.

--Adelante! gritó el arcediano desde el interior de su celda; os esperaba, y dejé espresos la llave en la puerta. Adelante, maese Jaime.

--Entró impávido el estudiante: el arcediano á quien no daba mucho gusto semejante visita y en semejante sitio, se estremeció en su sillón.--Cómo sois vos, Juan.

--Siempre es una J, dijo el estudiante con su cara de púrpura, descarada y jovial.

Volvió el rostro de don Claudio á su espresión severa.--Qué se ocurre?

--Hermano mio, respondió el estudiante, procurando tomar una fachita decente, sentimental y modesta, y dando vueltas á su gorra entre las manos con aire de inocencia, venia á pedirlos...

--Qué?

--Un poco de moral de que tengo gran necesidad. Juan no se atrevió á añadir en alta voz; y un poco de pecunia de que tengo aun mayor necesidad todavía. Este último miembro de la frase quedó inédito.

--Señorito, dijo el arcediano con frialdad, *ne tenéis muy descontento.*

--Ah! suspiró el estudiante.

Describió don Claudio con su sillón un cuarto de círculo y miró á Juan de hito en hito.--Mucho me alegro de veros por acá.

ANATKH

183

Exordio terrible que hizo á Juan prepararse á una violenta arremetida.

--Juan, todos los días me traen quejas de vos. Qué calaverada es esa en que habeis molido á pa- los á un cierto vizconde Alberto de Ramouchamp?...

--Pues! dijo Juan, vaya un delito! un títere de pajecillo que se divertia en salpicar á los estu- dantes haciendo galopar su caballo por el lodo.

--Quién es, repuso el arcediano un tal Mabiet Fargel á quien habeis desgarrado la sotana, *Tunicam desgarraverunt*, como dice la queja?

--Ah, bah! gran cosa! una miserable caperuza de Montigu!

--La queja dice *tunicam* y no *Caperuzam*. Sa- beis latin?

Juan no respondió

--Si, prosiguió el sacerdote meneando la cabe- za; he aquí el estado de los estudios y de las letras en el día; La lengua latina apenas se entiende, la siríaca no se conoce, y la griega es á tal punto odio- sa que no es prueba de ignorancia en los mas doc- tos saltar por cima de una palabra griega sin leer- la y decir: *Græcum est, non legitur*.

Alzó los ojos intrépido el estudiante.--Quereis, señor hermano mio, que os explique en buen fran- cés esa palabra griega que está escrita sobre la pared?

--Qué palabra?

--ANATKH.

Estendióse un ligero carmin por las redondas me-

184 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

jillas del arcediano, como la bocanada de humo que revela las secretas conmociones del volcan. Apenas hizo alto en ello el estudiante.

—Vamos, Juan, dijo en voz balbuciente el hermano mayor, ¿qué quiere decir esa palabra?

—FATALIDAD.

Palideció don Claudio, y el estudiante prosiguió con su habitual desenfado. Y aquella otra palabra que está debajo grabada por la misma mano, *Ακαθαρσία* significa *impureza*. Ya veis que no falta quien entiende el griego.

El arcediano continuaba en su silencio: aquella lección de griego le había dejado pensativo; y el travieso Juan que tenía todas las picardiguélas de un niño mimado, juzgó aquel momento favorable para aventurar su solicitud. Tomó pues una voz sumamente dulce, y comenzó.

—Hermano mío, ¿me has de guardar rencor hasta el punto de ponerme mala cara, por algunos tristes latigazos y trompicones distribuidos en buena guerra á no sé qué mozalvetes y chuchumecos *quibusdam chuchumeguis*?—Ya ves, querido hermano Claudio, que sé el latín.

Pero toda aquella zalamera hipocresía no produjo sobre el severo hermano su afecto acostumbrado: Cerbero no mordió la torta de miel. La frente del arcediano no perdió un solo pliegue. —A dónde vais á parar? dijo con tono seco.

—Pues señor, vamos al grano! en una palabra, se trata, dijo Juan, de que necesito dinero.

A esta descarada declaración, tomó enteramente la fisonomía del arcediano una expresión pedagógica y paternal.

—Ya sabes, Juan, que nuestro feudo de Tirchappe no renta, incluso el censo y los réditos de las veintiuna casas, mas que treinta y nueve libras, once sueldos y seis dineros parisies; una mitad mas que en tiempo de los hermanos Paquet, pero en fin no es mucho.

—Necesito dinero, dijo Juan, estoicamente.

—Sabes que el Provisor ha decidido que veintinueve casas son pertenencia feudal del obispado, y que no podríamos rescatar este homenaje sino pagando al reverendo obispo dos marcos de plata dorada del valor de seis libras parisies; pero es el caso que no he podido reunir estos dos marcos. Bien lo sabes.

—Sé que necesito dinero, repitió Juan, por tercera vez.

—Y para qué lo queréis?

Esta pregunta hizo brillar un rayo de esperanza á los ojos de Juan, por lo que volvió á su *monite hypocrisite y melosa*.

—La verdad, querido hermano Claudio, no me dirijiria á vos con malos propósitos: no se trata de echarla de guapo en las tabernas con vuestro dinero, ni de correr las calles de París en caparazon de brocado, con mi lacayo, *cum me lacayo*. No, hermano mio, lo pido para hacer una obra de caridad.

—Qué obra de caridad? preguntó Claudio algo asombrado.

—Hay dos amigos míos que quisieran comprar una envoltura al niño de una pobre viuda de la capilla de Estéban Haudry; es una obra de caridad: la envoltura costará tres florines, y yo también quiero poner el mío.

—Cómo se llaman esos dos amigos?

—Pedro el Apaleador y Bautista Croque-Oison (1).

—Hum! dijo el arcediano; nombres son esos que asientan á una obra de caridad, como una bombarda á un altar mayor.

Es seguro que Juan había elegido muy mal los nombres de sus amigos; pero cuando lo conoció, ya era tarde.

—Y además, prosiguió el discreto Claudio, qué envoltura es esa que debe costar tres florines, y para el niño de una pobre á mayor abundamiento? De cuando acá tienen las haudricetas (2) niños de pecho?

Por tercera vez rompió Juan la valla.—Pues

(1) Su verdadera significacion es *zampa-gansos*; pero equivale mas bien á nuestro *traga-aldabas*, ó *mata-moros*, nombre, en fin, ominoso, como si dijéramos, de persona que se come los niños crudos. (N. del Trad.)

(2) Tomaban este título del nombre del fundador de su capilla, Estéban Haudry.

(Id.)

ANATOL

187

bien, sí! necesito dinero para ir á ver esta noche á Isabel la Thierye, en el valle de Amor! (1).

--Miserable impuro! exclamó el arcediano.

--'Ανεργία, dijo Juan.

Esta cita que sacaba el estudiante, acaso con malicia, de una de las paredes de la celda, produjo en el sacerdote un efecto singular: mordióse los labios, y su cólera se apagó en la confusión.

--Vete, dijo entonces á Juan: espero á un sugeto.

Probó aun el estudiante un esfuerzo mas.-- Hermano Claudio, dame siquiera un triste parisie para comer.

--En qué te andas de las decretales de Graciano? preguntó Claudio.

--Se me han perdido los cuadernos.

--En qué te andas de humanidades latinas?

--Me han robado mi ejemplar de Horacio.

--En qué te andas de Aristóteles?

--A fe mía, hermano, que no me acuerdo ya cual es aquel padre de la iglesia que dice que en todos tiempos han tenido por guarida los errores de los herejes los matorrales de la metafísica de Aristóteles.--Nada de Aristóteles! no quiero desgarrar mi religión en su metafísica.

--Jóven, repuso el arcediano, habia en la entrada del rey un gentilhombre llamado Felipe de

(1) Lugar público de desorden y prostitucion.

(Nota del traductor).

Comines (1), que llevaba bordada en la mantilla de su caballo su divisa, que os aconsejo mediteis bien: *Qui non laborat, non manducat*.

Quedó un momento el estudiante sin hablar palabra, el dedo en la oreja, los ojos clavados en el suelo y con aire enojado; de pronto volvióse hacia Claudio con la viva celeridad de una nevatilla.

--Segun eso, hermano, me rehusais un triste sueldo parisie para comprar un mendrugo en casa de un paadero?

--*Qui non laborat, non manducat*.

A esta respuesta del inflexible arcediano, tapóse Juan el rostro con ambas manos, como una mujer que solloza, y exclamó con acento de desesperacion: --O 757575757575!

--Qué quiere decir eso, señorito? preguntó Claudio sorprendido de aquella salida.

--Pues y qué! dijo el estudiante, fijando en Claudio sus ojos descarados en que se había metido los puños para ponerlos encendidos, como si acabara de llorar, hablo en griego; esto es un anapesto (2) de Esquilo que espresa perfectamente el dolor.

Y entonces soltó una carcajada tan estrepitosa y alegre que hizo sonreír al arcediano. Claudio se tenía la culpa en efecto; por qué había mimado tanto á aquel muchacho?

(1) Célebre erónista francés. (Nota del trad.)

(2) Pie de verso compuesto de dos sílabas breves y una larga. (Id.)

ΑΝΑΤΗΛ.

189

— Oh! hermano mio, querido Claudio, repuso Juan *alentado por aquella sonrisa*, mirad mis botines agujereados. — ¿Dónde hay coturno mas trágico que unos botines cuyas suelas sacan la lengua?

Pronto volvió el arcediano á su serenidad primera. — Te enviaré botines nuevos, pero dinero, no.

— Un triste sueldo parisie, hermano, prosiguió el suplicante Juan, y aprenderé á Graciano de memoria, y creeré en Dios y seré un verdadero Pitágoras de ciencia y de virtud. — Pero siquiera un parisie por amor del cielo! ¿Quieres que me muerda el hambre con sus fauces que estan ahí, abiertas, delante de mí, mas negras, mas pestíferas, mas profundas que un tártaro ó que la nariz de un fraile?

Meneó don Claudio su rugosa cabeza: — *Qui non laborat...*

Juan no le dejó acabar.

— Pues señor, exclamó, al diablo con todo! Me entabernaré, me pelearé, romperé los jarros, y me iré á mozas.

Y esto diciendo, tiró al techo su gorra é hizo sonar sus dedos como castañuelas.

Miróle el arcediano con ojos sombríos.

— Juan, tú no tienes alma.

— En ese caso, según Epicuro, me falta un no sé qué, compuesto de no sé qué cosa que no tiene nombre.

-- Juan, es menester pensar seriamente en correjiros.

-- Ola, ola, dijo el estudiante pasando la vista de su hermano á los alambiques del horno, parece que aqui todo es cornudo, las ideas y las botellas!

-- Juan, estás sobre un terreno muy resvaladizo. ¿Sabes á dónde vas?

-- A la taberna, dijo Juan.

-- La taberna conduce á la picota.

-- Que es una linterna como otra cualquiera; puede que con esa hubiera hallado Diógenes el hombre que buscaba.

-- La picota lleva á la horca.

-- La horca es una balanza que tiene un hombre á un extremo y á toda la tierra en el otro. Es cosa dulce ser hombre.

-- La horca conduce al infierno.

-- Donde hay mucho fuego.

-- Juan, Juan, el fin será malo.

-- El principio habrá sido bueno.

Oyóse entonces en la escalera un ruido de pasos.

-- Silencio! dijo el arcediano poniéndose un dedo sobre los labios, aqui viene maese Jaime. Escucha, Juan, añadió en voz baja; guárdate muy bien de hablar jamas de lo que has visto y oído aquí. Escóndete debajo de ese horno, y no chistes siquiera.

Acurrucóse el estudiante debajo del horno donde le ocurrió una idea luminosa.

ANATKH.

198

-- Ahora que me acuerdo, Claudio, un florin porque no chiste.

-- Silencio ! te lo prometo.

-- Venga en el acto.

-- Toma ! dijo el arcediano tirándole con fuerza su bolsa. De nuevo se metió Juan en el horno, y abrióse la puerta.

LOS DOS HOMBRES VESTIDOS DE NEGRO.

Tenia el recién entrado un ropón negro y un aspecto sombrío; pero lo que más chocó á primera vista á nuestro amigo Juan (que como ya sospechará el lector, se había acomodado en su rincón de modo que todo podía verlo y oírlo á su sabor) fue la suma tristeza del traje y aun del rostro de aquel *personaje*. *Había no obstante cierta dulzura sobre aquel semblante; pero una dulzura de gato ó de juez, una dulzura acaramelada.* Tenía el cabello gris, la cara rugosa, y debía frisar en los sesenta años; *siempre estaba guiñando los ojos, tenía las cejas blancas, los labios pendientes y las manos muy grandes.* Cuando vió Juan que no era más que aquello, es decir, un médico ó un magistrado, y que *aquel hombre tenía mucha distancia entre la nariz y la boca, señal de tontuna, acurrucóse en su agujero, desesperado de tener que pasar un tiempo indefinido en tan molesta postura y en tan mala compañía.*

LOS DOS HOMBRÉS, ETC. 193

Ni siquiera se había levantado el arcediano para saludar á aquel personaje; hizole señal de que se sentara en un banquillo inmediato á la puerta, y al cabo de algunos momentos de un silencio que parecia continuar una meditacion anterior, díjole con cierto tono de proteccion: — Buenos dias, maese Jaime.

— Salve, señor maestro, respondió el hombre negro.

Habia en los dos acentos con que fueron pronunciados aquel *maese Jaime* por una parte, y por la otra aquel *señor maestro* por escelencia, la diferencia del *monseñor* al *señor*, del *domine* al *domne*. Eran aquellos dos hombres evidentemente el doctor y el discípulo.

— Y en fin, repuso el arcediano despues de un nuevo silencio que maese Jaime se guardó muy bien de romper, ¿ se os cumple el desco?

— ¡ Ah! caro maestro, dijo el otro con triste sonrisa, soplo y soplo, pero nada; ceniza cuanta quiero, mas ni siquiera una chispa de oro.

Hizo don Claudio un gesto de impaciencia.— No os hablo de eso, maese Jaime Charnolue, sino del proceso de nuestro májico... ¿ No se llama Marco Certaine? ¿ el sumiller del tribunal de cuentas? ¿ Confiesa su májia? ¿ Ha servido de algo el tormento?

— No, por desgracia, respondió maese Jaime con su eterna y triste sonrisa, no tenemos ese consuelo. Ese hombre es un guijarro; antes le quemaremos vivo en el Mercado de los Lechones, que declare el

194 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

ni una palabra. Sin embargo, no descuidamos medio alguno para obtener la verdad; ya está todo dislocado; hemos recurrido para él á todas las yerbas de San Juan, como dice el antiguo cómico Plauto: *Adversum stimulos, laminas, crucesque, compedesque, Nervos, catenas, carceres, numellas, pedicás, boías.*

Todo es inútil—y no sé ya que hacer.

—¿No habeis hallado nada nuevo en su casa?

—Sí tal, dijo maese Jaime metiendo la mano en su escarcela; hemos hallado este pergamino, en que hay algunas palabras que no entendemos; y eso que el señor abogado criminal, Felipe Lheulier, sabe algo de hebreo que aprendió cuando la causa de los judíos de la calle Kantersteen, en Bruselas.

Esto diciendo, desarrolló maese Jaimo un pergamino.—Venga, dijo el arcediano, y recorriéndole con la vista: —¡Pura májia, maese Jaime! exclamó. *¡Emen-Hetan!* este es el grito de los vampiros cuando llegan al *sábado*. *¡Per ipsum, et cum ipso, et in ipso!* es el conjuro que aprisiona al diablo en el infierno. *Hax, pax, max!* esto es cosa de medicina; una fórmula contra las mordeduras de los perros rabiosos. ¡Maese Jaime! sois procurador del rey en el tribunal eclesiástico; este pergamino es abominable.

—Volveremos á darle tormento; esto tambien, añadió maese Jaime metiendo de nuevo la mano en su faltriquera, nos hemos hallado en casa de Marco Cenaine.

Era aquello una vasija prima hermana de las que

LOS DOS HOMBRES, ETC. 195

cubrían el horno de don Claudio.-- ¡ Ah! dijo el arcediano, un crisol de alquimia!

-- He de confesaros, repuso maese Jaime con una sonrisa torcida y tímida, que le he probado en el horno, y que me ha sido tan inútil como el mio.

Púsose el arcediano á examinar el vaso.-- ¿ Qué es lo que hay grabado sobre este crisol? ¡ Och! ¡ Och! ¡ la palabra que ahuyenta á las pulgas! ¡ Habráse visto hombre mas iguorante que el tal Marco Cenaine! ¡ Ya lo creo que no hareis oro con este crisol, útil todo lo mas para que le pongais en vuestra alcoba en verano!

-- Ahora que hablamos de errores, dijo el procurador del rey, acabo de estudiar la portada de abajo antes de subir. ¡ Está bien seguro vuestra reverencia de que la abertura de la obra de física está representada en ella hácia el lado del hospital, y que de las siete figuras desnudas que estan á los pies de Nuestra Señora, la que tiene alas en los talones es Mercurio?

-- Sí, respondió el sacerdote; Agustin Nifo (1)

(1) *Agustin Nifo*, apellidado *Enstiquio* y *Filoteo*, era de Lessa, ciudad del reino de Nápoles.--El papa Leon X, que mucho le amaba, le permitió tomar el nombre y las armas de los Médicis, y el emperador Carlos V le dió despacho real de consejero de estado.--Dicesse que habiendo este emperador preguntado á Nifo cómo podrían los príncipes gobernar bien sus estados, respondió él: *Echando mano de hombres como yo*. Es de advertir que Nifo era profesor de filosofía, y que pasaba por muy profundo en esta ciencia. Esto no obstante, á los setenta años aun tenia públi-

lo escribe, aquel doctor italiano que tenía un demonio barbudo que le enseñaba todas las cosas. Además, vamos á bajar, y os lo explicaré sobre el testo.

—Mil gracias, señor maestro, dijo Charmolue inclinándose hasta el suelo.—A propósito, ya se me olvidaba; ¿cuándo quereis que hagamos prender á aquella nigromántica?...

—¿ A cuál?

—A aquella gitana—ya sabeis de quien hablo—que viene todos los dias á alborotar el atrio, á pesar de la prohibicion del provisor. Tiene una cabra enérgica con cuernos de diablo, que lee, escribe, sabe las matemáticas como Picatrix, y que bastaría para hacer abortar á toda la Bohemia. Ya está preparado el proceso, y pronto lo despacharemos, no hay cuidado.—¡Vive Dios que es una real moza la tal bailarina! ¡ unos ojos negros que ya ya! ¡ dos carbunclos de Egipto! ¿ cuándo empezamos?

El arcediano estaba sumamente pálido.

—Ya hablaremos de eso, murmuró con voz apenas articulada; luego prosiguió haciendo un esfuerzo: —Ocupaos ahora en Marco Cenaine.

amente barraganas, y eso que estaba casado con una tal *Angelina*, bella, virtuosa, de quien tuvo muchos hijos.—A una ramera llamada *Fausina*, de quien estuvo enamorado, dedicó su libro titulado *De aulico viro*.—Murió en 1537, en el mismo año en que fue asesinado Alejandro de Medicis. Sus obras son la ya citada; *Comentarios a Aristoteles*; varios *Opusculos sobre Moral y Política* impresos en París (1615), y multitud de *Epistolas filosoficas*.

(N. del Trad.)

LOS DOS HOMBRES, ETC. 197

—No tengáis cuidado, dijo sonriendo Charmolue; apenas vuelva, he de hacerle atar de nuevo en la cama de cuero.—Pero es un hombre diabólico, y que rinde al mismo Pierrat Torterue, que tiene las manos mas grandes que yo. Como dice el buen Plauto:

Nudus vincitus, centum pondo, es quando pendes per pedes.

Lo mejor será darle el tormento de la garrucha, y se lo daremos.

Parecía sumergido don Claudio en una sombría distracción; volvióse de pronto á Charmolue.

—Maese Pierrat... maese Jaime, quise decir, ocupaos en Marco Cernaïpe!

—Sí, sí, don Claudio; pobre hombre! ha de sufrir como Mummol (1). Pero quiéu le manda también ir al *sábado*? un sumiller del tribunal de cuentas que debiera conocer el testó de Carlo Magno, *stryga vel masca!*—En cuanto á la mozueta, —la Esmeralda, como la llaman por ahí, esperaré vuestras órdenes.— Ah! cuando pasemos por la portada, me explicareis también lo que quiere decir aquel

(1) Mummol (Patricio) que se supone fue conde de Auxerre, se hizo célebre por sus victorias y recobró las provincias de Touraine y del Poitou, conquistadas por Chloperico en 576. Sitiada la ciudad de Cominges por el Rey Gontran con quien estaba mal avenido Mummol, murió este en los humbraces de su propia casa peleando valerosamente por los años de 585.—

(Nota del traductor.)

jardinero pintado que se ve al entrar en la iglesia.— Yo creo que ha de ser el sembrador.— Hé?— en qué estáis pensando, señor maestro?

Don Claudio, de todo punto ensimismado, ya no escuchaba; Charmolue, siguiendo la dirección de su mirada, vió que estaba clavada maquinalmente en la gran telaraña que cubría la ventana. En aquel momento, una aturdida mosca que buscaba el sol de mayo fue á atravesar aquel tejido, y quedó presa en él; al ver la conmoción de su tela, salió con un movimiento brusco la enorme araña de su celda central, y luego de un brinco se precipitó sobre la mosca que dobló en dos con sus patas delanteras, mientras su horrible trompa la chupaba la cabeza.— Pobre mosca! dijo el procurador del rey en el tribunal eclesiástico, y levantó la mano para salvarla; pero el arcediano, como despertado de súbito, le detuvo el brazo con una violencia convulsiva.

— Maese Jaime, exclamó, no os opongais á la fatalidad!—

Volvióse algo asustado el procurador; parecía que unas tenazas de hierro le oprimían el brazo. Los ojos del sacerdote estaban fijos, desencajados, centelleantes y permanecían clavados en el pequeño y horrible grupo de la mosca y de la araña.

— Oh! sí, continuó el sacerdote con una voz que parecía salir del fondo de sus entrañas; ese es un símbolo de todo. Desdichada! vuela, es feliz, acaba de nacer, busca la primavera, el aire libre, la libertad.— Oh! sí; pero si tropieza en el fatal rose-

LOS DOS HOMBRES, ETC. 199

ton, la araña sale de él, la araña horrible! Pobre bailarina! pobre mosca predestinada! Maese Jaime, dejadla! dejadla! esa es la fatalidad!— Claudio— sí! tú eres la araña! tú eres la mosca también!— Volabas á la ciencia, á la luz, al sol, sin mas deseo que el de llegar al aire libre, á la gran luz de la verdad eterna; pero al precipitarte á la deslumbradora ventana que da sobre el otro mundo, sobre el mundo de la claridad, de la inteligencia y del saber, mosca ciega, doctor insensato, no viste la sutil telaraña tendida por el destino entre la luz y tú, y te arrojaste en ella á cierra ojos, miserable loco, y ahora forcejeas, rota la cabeza y arrancadas las alas, entre los ferreos brazos de la fatalidad!— Maese Jaime, maese Jaime! dejad, dejad á la araña!

-- Os juro, dijo Charmolue que le miraba sin entenderle, os juro que no la tocaré; pero soltadme el brazo, señor maestro, por amor de Dios, que tenéis una mano como una tenaza.

Pero el arcediano no le oía: — Oh! insensato! prosiguió sin apartar los ojos de la ventana. Y aun cuando hubieras podido romper ese formidable tejido con tus alas de insecto, crees por ventura que hubieras podido llegar á la luz? Insensato! ese vidrio que está mas allá, ese obstáculo trasparente, esa pared de cristal mas duro que el bronce, que separa á todos los filósofos de la verdad, cómo hubieras podido salvarle? Oh vanidad del saber humano! cuántos sábios vienen de muy lejos á estrellarse revoloteando contra ese obstáculo transparen-

200 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

te! cuántos sistemas se estrellan zumbando contra ese vidrio eternal!—

Calló el arcediano: estas últimas ideas que le habían hecho pasar insensiblemente de la ciencia á sí mismo, parecían haberle calmado, y luego Jaime Charmolue le hizo volver enteramente al sentimiento de la realidad, dirigiéndole esta pregunta:— Con que, señor maestro, cuándo vendreis á ayudarme á hacer oro? Ya estoy impaciente por lograrlo.

Meneó la cabeza el arcediano, dando un amargo suspiro.—Maese Jaime, leed á Miguel Psello (1), *Dialogus de enerjia et operatione demonum*. Lo que estamos haciendo no es de todo punto inocente.

—Psit, señor maestro! ya yo tenía mis barruntos de que en efecto era así, dijo Charmolue. Pero fuerza es ocuparse algo en hermética cuando no es uno más que procurador del rey en el tribunal eclesiástico, con treinta escudos torneses por año.

Llegó entonces á los inquietos oídos de Charmolue un ruido de mandíbulas y de masticación que salía de debajo del horno.

—Qué es eso? preguntó.

Y era el estudiante que muy incómodo y aburrido en su rincón, había llegado á descubrir en él un mendrugo asaz duro y un triángulo de queso

(1) Miguel Constantino Psello, filósofo griego y médico del siglo XII, pasa por uno de los primeros escoliadores de su tiempo. (N. del Trad.).

LOS DOS HOMBRES, ETC. 201

enmohecido; todo lo cual se puso á comer sin cumplimiento, á guisa de almuerzo y de consolacion. Como tenia mucha hambre, metia mucha bulla y acentuaba con fuerza cada bocado, lo que habia dado sobresalto y alarma al procurador.

--Es un gato que tengo yo, dijo con presteza el arcedianio, y que se regala ahí abajo con algun ratoncillo.

Esta esplicacion satisfizo á Charmolue.

--En efecto, señor maestro, respondió con respetuosa sonrisa, todos los grandes filósofos han tenido su animalito familiar. Bien¿sabeis lo que dice Servio (1): *Nullus enim locus sine genio est.*

En tanto don Claudio, temeroso de alguna nueva travesura de su hermano, recordó á su triste discípulo que tenian que examinar juntos algunas figuras de la portada, y ambos salieron de la celda, con gran consuelo del estudiante que empezaba á temer seriamente que quedase para siempre en su rodilla el molde de su barba.--

(1) M. Horacio Servio, célebre gramático latino del IV siglo, escribió admirables *Comentarios á Virgilio*, impresos en 1532 en una edición del célebre escritor é impresor parisiense Roberto Estienne, hijo de Enrique del mismo nombre, padre de aquella larga familia de famosos impresores que tan señalados servicios hicieron á la literatura, desde el 1500 en que floreció el citado Enrique, hasta 1627 en que falleció el último descendiente impresor Pablo Estienne, de aquella extraordinaria prole.

(N. del trad.)

6.

EFECTO QUE PUEDEN PRODUCIR SIETE TERNOS
EN MITAD DE LA CALLE.

Te Deum laudamus! exclamó maese Juan saliendo de su escondrijo, gracias á Dios que ya se fueron los dos buhos! Och! och! pax! max! las pulgas! los perros rabiosos! el diablo! maldita conversacion! la cabeza me bulle como una campana! Y queso emolhecido á mayor abundamiento! Sus! bajemos, cojamos la bolsa de mi señor hermano, y convirtamos toda aquella moneda en botellas!--

Echó una ojeada de ternura y de admiracion en el interior de la preciosa escarcela, admiróse algun tanto, frotó sus borceguíes, sacudió sus mangas forradas cubiertas de ceniza, silbó un cantar, dió cuatro bríncos, examinó si quedaba algo que robar en la celda, rejistró por todas partes sobre el horno por si hallaba algun amuleto de vidrio, para regalárselo á guisa de agasajo á Isabeau la Thierrye, y abrió en fin la puerta que habia dejado entornada su hermano por induljencia, y que

EFFECTO QUE, ETC. 203

él dejó abierta de par en par por malicia, y bajó la escalera circular saltando como un pajarillo.

Entre las tinieblas de la espiral, tropezó con un bulto que le hizo paso gruñendo; presumió que aquel bulto sería Quasimodo, cosa que le pareció tan chusca, que bajó el resto de la escalera no pudiendo tenerse de risa. Al desembocar en la plaza iba riendo aun.

Dió una gran patada en el suelo apenas se halló en tierra firme.—Oh! exclamó, digno y excelente empedrado de París! maldita escalera capaz de rendir á los ángeles de la escala de Jacob! Quién diablos me mandaba ir á aquella barrena de piedra que agujerea el cielo ¿y para qué? para comer un poco de queso barbudo, y para ver las torres de París por una ventanilla!

Dió algunos pasos y vió á los dos bulos, es decir, á don Claudio y á maese Jaime Charmolue, en contemplacion delante de una escultura de la portada. Acercóse hácia ellos de puntillas, y oyó al arcediano que decía en voz baja á Charmolue: —Guillermo de París es quien hizo grabar un Job sobre esta piedra color de lapislazuli, dorada por los remates. Job figura la piedra filosofal que debe ser elaborada y martirizada para llegar á la perfeccion, como dice Raimundo Lulio (1): *Sub conservatione formæ specificæ salva anima.*

(1) Natural de Mallorca; llamábasele comunmente el *Doctor iluminado*. Consagróse al penoso estado de misionero, y

204 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

—Poco se me importa, dijo Juan; la bolsa es mía.

Oyó en aquel momento una voz fuerte y sonora que articulaba detras de él una formidable série de juramentos;—Sangre de Dios! Vientre de Dios! Alma de Dios! Cuerpo de Dios! Ombbligo de Belzebú! Nombre de un papa! Cuerda y trueno!—

—Por mi vida, exclamó Juan, que no puede ser otro sino mi amigo el capitan Febo!

Llegó este nombre de Febo á los oidos del arcediano en el momento mismo en que estaba esplicando al procurador del rey el dragon que mete la cola en un baño de donde sale entre humo una cabeza de rey. Estremecióse don Claudio, interrumpió su discurso con notable asombro de Charmolue, volvióse y vió á su hermano Juan que se llegaba á un jóven oficial junto á la puerta de la casa Gondelaurier.

Era en efecto el recién llegado el capitan Febo de Chateaupers: apoyábase en la esquina de la casa de su novia, y juraba como un pagano.

—A fé mía, capitan Febo, dijo Juan, cogiéndole de la mano, que renegáis con admirable verbosidad!

—Cuernos y trueno! respondió el capitan.

—Cuernos y trueno en hora buena! respondió el

fue lapidado en 1315 á los 80 años de edad. Escribió algunos *trabajos* sobre la teología, la moral, la química, la física, el derecho, etc.

(Nota del traductor).

EFECTO QUE , ETC. 205

estudiante. Pero de dónde viene , amable guerrero, era profusion de buenas palabras?

—Dispensadme, compañero Juan, respondió Febo apretándole la mano; caballo desbocado no entiende razones, y es el caso que yo juraba á escape tendido. Acabo de ver á esas muñecas, y cuando salgo, de su casa, tengo la boca llena de juramentos y es menester que los provoque ó reventaría, vientre y trueno!!

—Queréis venir á beber? preguntó el estudiante.

Esta proposición aplacó al capitán.

—Consiento, pero no tengo un ochavo.

—Pues yo si tengo!

—Bah! veamos.

Ostentó Juan la escarcela á los ojos del capitán, con majestad y magnanimidad: en tanto el arcadiano, que sin mas ni mas se habia separado de Charmoluc, llegóse á ellos deteniéndose á algunos pasos de distancia, observándolos á ambos sin que ellos lo advirtiesen, tanto absorbía todas sus potencias la contemplación de la escarcela.

Febo exclamó:—Una bolsa en vuestras manos, Juan! es de lavar en un cubo de agua: se de ve, pero no está allí; no hay mas que su sombra. Por mi vida! apuesto á que son guijarros.

Juan respondió con desden:—Estos son los guijarros con que suelo empedrar mi faltriguera.

Y sin añadir una palabra, vació la escarcela sobre un poste vecino, cual otro ciudadano romano salvando á la patria.

206 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

-- Vive Dios! exclamó Febo, reales, blancas, blanquillas, meajas de un tornés las dos, dineros parisies, verdaderos octavos de águila! Qué magnificencia!

Juan permanecía digno é impasible. Algunos maravedises se habían caído en el fango, y el capitán en su entusiasmo se bajó para recogerlos, cuando le detuvo Juan: --Qué vais á hacer, capitán Febo de Chateaupers!!

Contó Febo la moneda, y volviéndose á Juan con aire solemne: --Sabeis, amigo Juan, que hay veintitres sueldos parisies! A quién diablos habéis desvalijado esta noche en la calle Coupe-Gueule?

Echó Juan hácia atrás su cabeza rubia y ensortijada, y dijo medio cerrando los ojos con un jesto desdeñoso: --Hay quien tiene un hermano arcediano é imbecil.

--Cuerno de Dios! exclamó Febo, santo varón!

--Vamos á beber, dijo Juan.

--A dónde iremos? dijo Febo; á la *manzana de Eva*?

--No, capitán, vamos á la *ciencia* de antaño. Una vieja que sierra una asa, es una alegoría. Eso me gusta.

--Nada de alegorías, Juan! mejor es el vino en la *manzana de Eva*; y luego, al lado de la puerta, hay una viña al sol que me alegra cuando bebo.

--Corriente, pase por Eva y su manzano, dijo el estudiante; y cojiendo el brazo de Febo: --Ahora que me acuerdo, capitán, dijisteis ha un momento

EFECTO QUE, ETC. 207

la calle Coupe-Gueule; en el día no somos tan bárbaros, y se dice calle de Coupe-Gorge (1).

Pusieron en camino los dos amigos hacia la manzana de *Eva*; inútil será decir que empezaron por recojer el dinero, y que el arcediano los seguía.

El arcediano los seguía, sombrío y frenético. ¿Era aquel el Febo cuyo nombre maldito, desde su entrevista con Gringoire, se mezclaba á todos sus pensamientos? lo ignoraba, pero en fin, aquel hombre se llamaba Febo, y este nombre mágico bastaba para que el arcediano siguiese á paso de lobo á los dos alegres troneras, escuchando sus palabras y observando sus menores movimientos con profunda ansiedad; pero es el caso que no era nada difícil oír todo lo que decían, según hablaban alto, sin curarse de informar de sus secretos á todo oyente y viiente. Hablaban de desafíos, de mozas, de viuos y de locuras.

Al revolver una esquina, salió de una plaza inmediata el eco de una pandereta. Don Claudio oyó al oficial que decía al estudiante.

-- Trueno! apretemos el paso.

-- Por qué?

-- Temo que me vea la gitana.

-- Qué gitana?

-- Esa chiclea que tiene un cabra.

(1) *Gorge*, es la garganta humana y *gueule* es la boca de las bestias.-- *Coupe* significa *corta*, del verbo *cortar*; forme el lector la frase como mejor le parezca, pues yo por mi parte la creo intraducible. (N. del T.)

208 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

-- La Esmeralda?

-- Precisamente, Juan: siempre se me olvida ese demouche de nombre. Despachemos porque me puede conocer, y no quiero que venga á hablarme en la calle.

-- La conoceis, Febo?

Vió entonces el arcediano que Febo sonreía maliciosamente, se acercaba al oído de Juan y le decía algunas palabras en voz muy baja; luego Febo soltó una sonora carejada, y meneó la cabeza con aire triunfante.

-- De veras? dijo Juan.

-- A fé mia, dijo Febo.

-- Esta noche?

-- Esta noche.

-- Y estais seguro de que irá?

-- Pobre hombre! ¿pues quién duda de esas cosas?

-- Capitan Febo, sois un gendarma feliz!

Oyó el arcediano toda esta conversacion; rechinaron sus dientes, y un estremecimiento profundo recorrió todo su cuerpo. Detúvose un momento, apoyóse á un poste como un hombre borracho, y luego siguió la pista de los dos joviales amigos.

Cuando volvió á alcanzarlos, ya habian mudado de conversacion; iban á la sazón entonando á grito pelado un antiguo cantar (1).

(1) Hemos suprimido en la traduccion los dos versos que

7.

EL MONJE EN PENA.

La ilustre taberna de la *manzana de Eva* estaba situada en la universidad, en la esquina de la calle de la Rondelle y de la calle Batonnier. Era una sala en el entresuelo, bastante capaz y muy baja, con una bóveda cuya recaída central se apoyaba sobre un ancho pilar de madera rebocada de amarillo, y toda llena de mesas y de lucientes jarros de estaño colgados de la pared; multitud de bebedores, mozuelas á pote, una vidriera sobre la calle y encima de esta puerta trasparente un gran palastro de hierro, iluminadas en él una manzana y una mujer, tomado por la lluvia y girando al viento sobre una

pone el autor en boca de ambos calaveras porque nada quieren decir en castellano. Helos aquí:

Les enfants des Petits Carreaux

Se font pendre como des veaux.

que quiere decir

Los mozos de los Petits Carreaux

Se hacen ahorcar como terneros.

TOMO II.

14

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

vara de hierro. Esta especie de vela que daba luz á la calle, era la muestra.

Era el anochecer, la plaza estaba oscura; la taberna llena de luces centelleaba á lo lejos como una fragua en la sombra; oíase el eco de los vasos, de las francachelas, de los juramentos, de las camorras que salía por los vidrios rotos. Por entre la espesa bruma que estendía el calor de la sala sobre la puerta vidriera, veíanse rebullir cien vagas figuras de entre las cuales se desprendía de vez en cuando una sonora carcajada. Los transeúntes que iban á sus negocios, pasaban sin echar los ojos sobre él, junto á aquel tumultuoso recinto; solo por intervalos, algun pillejo desarrapado se empinaba sobre la punta de sus pies hasta llegar á los vidrios, y echaba en la taberna el antiguo sarcasmo con que acosaban entonces á los borrachos: *Aux houl's, saoul's saoul's, saoul's* (1) !

Paseábase un hombre entre tanto imperturbablemente por delante de la estrepitosa taberna, mirándola continuamente y no separándose mas de ella que un centinela de su garita. Iba embozado hasta las cejas en una capa que acababa de comprar en casa de un ropero cuya tienda estaba inmediata á la *Manzana de Eva*, tal vez para guarecerse del frío de las noches de marzo, tal vez para ocultar su

(1) *Aux*, significa á los; *Houl's* nada quiere decir y es solo una aspiracion imitativa de la palabra *saoul's*, que significa borracho. (Nota del traductor.)

EL MONJE EN PENA.

211

traje. De cuando en cuando se paraba delante de la vidriera listada de tiras de plomo, escuchaba, miraba, y daba señales nada equívocas de impaciencia.

Abrióse en fin la puerta de la taberna que era sin duda lo que él esperaba, y salieron por ella dos bebedores; el rayo de luz que brotó de la puerta tiñó de púrpura momentánea sus joviales fisonomías. El hombre de la capa fue á ponerse en observacion debajo de un portal en el opuesto lado de la calle.

—Cuervos y trueno! dijo uno de los bebedores: van á dar las siete, y esta es la hora de mi cita.

—Digoos, repuso su compañero con lengua estropajosa, que no vivo en la calle de las Malas Palabras, *indignus qui inter mala verba habitat*. Vivo en la calle de Juan—Panecillo—Blando, *inico Joanís—Panecilli Blandi*.—Digo que sois mas cornudo que un unicornio si decís lo contrario.—Nadie ignora que quien monta una vez en un oso, nunca tiene miedo; pero vos propendeis á la golosina, como Santiago del Hospital.

—Juan, amigo mío, estáis borracho.

El otro respondió dando un paspié:—Cosas vuestras, Febo, cosas vuestras; pero está probado que Platon tenia el perfil de un perro de caza.

Sin duda ha reconocido ya el lector á nuestros dos dignos amigos, el capitán y el estudiante; y es de creer que el hombre que los acechaba los habia reconocido tambien; porque seguía á pasos lentos

212 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

todas las eses que hacia describir el estudiante al militar, el cual, bebedor mas aguerrido, habia conservado toda su sangre fria. Escuchándolos atentamente, pudo el hombre de la capa cojer en su totalidad la siguiente interesante conversacion.

--Cuerno de buey! haced por andar derecho, señor bachiller; sabeis que es menester que nos separemos. Ya son las siete, y tengo una cita con una mujer.

--No hay que meterse conmigo: yo veo estrellas y mangas de fuego, y vos os pareceis al castillo de Dampmartin que se está cayendo de risa.

--Por las verrugas de mi abuela, Juan, que esos disparates no vienen á cuento. Entre paréntesis, Juan, os queda todavía algun dinerillo?

--Señor rector, está muy bien dicho, la pequeña carnicería, *parva carnicería*.

--Juan, amigo Juan, ya sabeis que estoy citado con esa muchacha en la punta del puente san Miguel; que no puedo llevarla mas que á casa de la Falourdel, y que tendré que pagar el cuarto por que la vieja picara de vigotes blancos no me le dará de fiado. Juan, por amor de Dios! nos hemos debido acudir de buscar al cura? no os queda ya siquiera un triste parisic?

--La conciencia de haber empleado bien las otras horas es un justo y sabroso condimento de mesa.

--Ventre y entrañas! basta de pamplinas! Dácidme, Juan del diablo! os queda alguna moneda. Dádmela, boto á cribas, ó voy á registraros aun-

EL MONJE EN PENA. 213

que seas leproso como Job y sarnoso como César.

—Caballero, la calle Galiache es una calle que remata por un extremo en la calle de la Verrerie y por otro en la de la Tixeranderie.

—Sí, amigo mío, compañero Juan, ya lo sé, la calle Galiache, santo y bueno. Pero en nombre del cielo, volved en vos; no me hace falta mas que un sueldo parisie, y lo necesito para las siete.

—Callen todos, y escuchen la trova.

Quando el rato
coma al gato
rey, serás
señor de Arras.

Quando la mar esté helada
por San Juan
los de Arras su plaza amada
dejarán.

—Pues bien! estudiante del Ante-Cristo, así te veas ahorcado con las tripas de tu madre! exclamó Febo, dando un terrible empujón al estudiante borracho, que se escurrió contra la pared, y cayó suavemente sobre el pavimento de Felipe Augusto; mas por un resto de aquella fraterna simpatía que nunca abandona el corazón de un bebedor, colocó Febo á su amigo Juan con el pie sobre una de aquellas almohadas del pobre que dispone la providencia en todas las esquinas de París, y que los ricos afrentan desdeñosamente con el nombre de *basureros*. Acomodó el capitán la cabeza de su amigo sobre un plano inclinado de tronchos de berzas, y en el punto mismo empezó el estudiante á roncar

214 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

con una voz admirable de bajo. Pero aun duraba algún rencor en el pecho del capitán.—Tanto peor para tí si te coje al paso la carreta del diablo! dijo al pobre estudiante dormido, y se alejó apresuradamente de aquel sitio.

El hombre de la capa, que no había cesado de seguirle, detúvose un momento delante del tendido muchacho, como ajitado por una cruel indecisión; luego, exhalando un profundo suspiro, se alejó también siguiendo los pasos del capitán.—

Dejámosle, como ellos, dormir bajo la benévola mirada de las estrellas, y los seguiremos también, si no lo lleva á mal el lector.

Al desembocar en la calle de san Andrés de los Arcos, advirtió el capitán Febo que le seguían, pues vió, al volver casualmente la vista, una especie de sombra que rastreaba detrás de él á lo largo de las paredes. Paróse él, y paróse también la sombra; volvió á andar, é hizo ella lo propio, cosa que le inquietó realmente muy poco.—Ah, bah! dijo para su colete, no tengo un ochavo.—

Hizo alto poco despues delante de la fachada del colegio de Autun; en aquel colegio era donde había bosquejado lo que él llamaba sus estudios, y por efecto de una mala maña de estudiante travieso, que le duraba aun, nunca pasaba por delante de la fachada sin hacer á la estatua del cardenal Pedro Bertrand, esculpida á la derecha del porton, la especie de afrenta de que tan amargamente se queja Priapo en la sátira de Horacio: *Olin trum-*

EL MONJE EN PENA. 215

cus eram ficulnus, y tal era su encarnizamiento en esta materia, que casi había llegado á borrar la inscripción: *Eduensis episcopus*. Paróse, pues, delante de la estatua, según su costumbre: la calle estaba enteramente desierta. Mientras se atacaba las presillas con desenfado, mirando á todas partes, sin fijarse en ninguna, vió la sombra que se acercaba á él con lentos pasos, y tan lentos, que tuvo tiempo para observar que aquella sombra llevaba una capa y un sombrero. Cuando llegó junto á él, hizo alto, y quedó mas inmóvil que la estatua del cardenal Bertrand, fijando en él sus ojos llenos de aquella luz vaga que espiden de noche los ojos de un gato.

El capitán era valiente, y no hubiera vuelto la espalda á un ladrón con el chafarote en la mano: pero aquella estatua que andaba, aquel hombre petrificado, le helaron de espanto. Corrían entonces ciertos rumores relativos á un monje en pena, duende nocturno de las calles de París, que se agolparon confusamente en su memoria: quedó por algunos minutos estupefacto, y rompió en fin el silencio, violentándose para decir:—Caballero, si sois *un d'admir, comme surproux, os parlez á une gorge real* que arremete á una cáscara de nuez. Soy un hijo de familia arruinado, amigo mío, con que así llamad á otra puerta: hay en la capilla de este colegio palo de la verdadera cruz, guardado en urnas de plata.

Sacó la sombra la mano por debajo de la capa, y cayó sobre el brazo de Febo como la garra de un

216 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

águila : al mismo tiempo habló la sombra :—Capitan Febo de Chateaupers!—

—Cómo diablos! dijo Febo.—¿con que sabéis mi nombre?—

—No solo sé tu nombre, repuso el de la capa, con su voz sepulcral, sino también que tienes una cita para esta noche.—

—Sí, respondió Febo estupefacto.

—A las siete.

—Dentro de un cuarto de hora.

—En casa de la Falourdel.

—Precisamente.

—La del Puente san Miguel.

—De san Miguel Arcángel, como dice el Padre nuestro.—

—Impío! murmuró el espectro.—Con una mujer?

—Confiteor...

—Que se llama...

—La Esmeralda, dijo alegremente Febo que por grados había ido recuperando toda su habitual insustancialidad.

Al oír este nombre, las garras de la sombra sacudieron con furor el brazo de Febo:—Capitan Febo de Chateaupers —mientes!

Quien hubiera podido ver en aquel momento el semblante inflamado del capitán, el brinco que dió hácia atrás, tan violento que se desasó de la tenaza que le oprimía, el altivo continente con que echó mano á la empuñadura de su espada, y delante de aquella cólera, la adusta inmovilidad del

EL MONJE EN PENA. 217

hombre de la capa, quien hubiera visto todo aquello, decimos, se hubiera estremecido. Era aquello algo parecido al combate entre don Juan (1) y la estatua del comendador.

--Cristo y Satanás! exclamó el capitán; palabra es esa que rara vez se arrima á los oídos de un Chateaupers! no serás capaz de repetirla!

--Mientes! dijo la sombra con frialdad.

Rechinaron los dientes del capitán: monje en pena, fantasma, supersticiones, todo lo olvidó en aquel momento; no veía delante de sí mas que un hombre y un insulto. --Ah! bueno es eso! dijo con voz sofocada por la rabia. Desembainó la espada y luego con voz palpitante, porque el despecho le hacía temblar como el miedo: --Aquí inmediatamente, aquí! las espadas! las espadas! sangre y muerte!

El otro no se movía; cuando vió á su adversario ponerse en guardia y pronto á atacarle: --Capitán Febo, dijo, y su acento vibraba con amargura, olvidais vuestra cita.

Los arrebatos de los hombres como Febo, son sopas de leche, cuyo hervor apaga una gota de agua fría. Estas pocas palabras hicieron bajar la espada que relucía en la diestra del capitán.

--Capitán, prosiguió el hombre, mañana, pasado mañana, dentro de un mes, de aquí á diez

(1) Inútil será decir que este es el célebre Don Juan Tenorio del Convidado de Piedra y del admirable poema de Byron.

(N. del Trad.)

218 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

años me hallareis pronto á atravesaros de una es-
tocada; pero ahora, id á vuestra cita.

--En efecto, dijo Febo como procurando capi-
tular consigo mismo, cosa deliciosa es hallar en una
cita, una espada y una mujer; pero no veo la razon
por que he de perder la una por la otra, cuando
puedo tener las dos.

Y al punto envainó su espada.

--Id á vuestra cita, repuso el incógnito.

--Caballero, respondió Febo con alguna con-
fusion, mil gracias por vuestra cortesía; ello en
fin, siempre tendremos tiempo para descosernos á
tajos y mandables la ropilla del padre Adan. Os
agradezco que me dejeis pasar todavía un cuarto
de hora agradable; porque aunque yo contaba con
dejaros tendido en el arroyo y llegar aun á tiempo
para mi cita, tanto mas cuanto es buen tono hacer
esperar un poco á las mujeres en casos semejan-
tes, me pareceis hombre de pro, y es mas seguro dejar
el lance para mañana. Voy pues, á mi cita, que es
á las siete como sabeis.-- Al llegar á este punto, ras-
cóse Febo la mollera.

--¡Ah! ya se me olvidaba; no tengo un óctavo pe-
ra pagar el alquiler del cuarto, y la pícara bruja
querrá que la pague de antemano porque no se fia
de mí.

--Aquí teneis con que pagar.

Sintió Febo que deslizaba en la suya la mano
fria del incógnito una ancha moneda; y no pudo me-
nos de tomar aquel dinero y de apretar aquella mano.

EL MONJE EN PENA. 219

--Vive Dios, exclamó, que sois un hombre de bien!

--Una condicion, dijo el hombre: probadme que yo miento y que vos decís verdad. Escondedme en algun rincón desde donde pueda ver si esa mujer es en efecto la misma cuyo nombre me dijisteis poco ha.

--Oh! respondió Febo, lo que es por eso, sea muy en hora buena. Yo no sé si sois el señor diablo en persona; pero seamos buenos amigos por esta noche, y mañana os pagaré todas mis deudas de la bolsa y de la espada.

Echaron entonces á andar á toda prisa, y al cabo de algunos minutos, el murmullo del río les anunció que se hallaban sobre el puente San Miguel, cargado entonces de casas.—Empezaré por introducirlos, dijo Febo á su compañero, é iré luego á buscar á la niña que debe esperarme junto al Pequeño Chatelet. El compañero no respondió palabra; desde que andaban juntos no habia desplegado los labios. Paróse Febo delante de una puerta baja, y llamó con terribles porrazos, despues de lo cual brilló una luz por las rendijas de la puerta.—Quién es? preguntó una voz sin dientes.—Cuerpo de Dios! Cabeza de Dios! Vientre de Dios! respondió el capitán. Abrióse la puerta inmediatamente, y dejó ver á los recién llegados una vieja viejísima y una viejísima lámpara que temblaban á dúo. La vieja estaba doblada como un arco, vestida de guñapos, con la cabeza tembleque, con los ojitos abier-

tos á punzon, con una rodilla de fregar en la cabeza, toda arrugada en las manos, en la cara, en el pescuezo; entrábanla los labios dentro de las orejas, y tenía alrededor de la boca numerosos púccles de pelos blancos que la hacían parecerse á un respetable micifuz. El interior del chiribitil no estaba menos derrotado que la vieja; todo se reducía á cuatro paredes de yeso, con vigas negras en el techo, una chimenea desmantelada, telarañas en todos los rincones; en el centro, un rebaño cojo de mesas y banquillos, un chiquillo hediondo entre la ceniza, y en el fondo una escalera ó mas bien una escala de madera que desembocaba en una trampa abierta en el techo. Al penetrar en aquel sitio, cubrióse con la capa hasta las cejas el misterioso compañero de Febo, y en tanto el capitán votando y renegando como un sarraceno, se apresuró á *hacer en un escudo reducir el sol*, como dice nuestro admirable Regnier (1).

— El cuarto de Santa Marta, dijo.

Tratóle la vieja de monseñor, y metió el escudo en un cajón; aquella *moorra* era la que el hombre de la capa negra había dado á Febo. Mientras estaba la vieja vuelta de espaldas, el chiquillo sucio y zarrapastroso que jugaba entre la ceniza, acercóse

(1) Mathurin Regnier, célebre poeta francés, y el primero que maneja la sátira en su lengua con buen éxito: nació en Chartres en 1573; murió consumido por el abuso de los placeres sensuales en 1613. (N. del Trad.)

EL MONJE EN PENA. 22 ■

homicidamente al cajón, cojió el escudo, y puso en su lugar una hoja seca que acababa de arrancar de una rama.

Hizo señal la vieja á los dos gentiles hombres, como ella decia, de que la siguieran, y subió la escalera delante de ellos: luego que llegó al piso superior, puso la lámpara sobre un cofre, y Febo, como práctico en aquellos lances, abrió una puerta que comunicaba con un oscuro zaquizami. --Entrad, compadre, dijo á su compañero. Obedeció el hombre de la capa sin decir palabra; cerróse la puerta detras de él; oyó á Febo que echaba el cerrojo, y un momento despues que bajaba la escalera con la vieja. La luz habia desaparecido.

8.

**UTILIDAD DE LAS VENTANAS
QUE DAN SOBRE EL RIO.**

Claudio Frolo (porque presumimos que el lector, mas inteligente que Febo, no ha visto en toda esta aventura mas monje en pena que el arcediano) Claudio Frolo anduvo á tientas por un buen rato en el tenebroso zaquizami en que le habia encerrado el capitan. Era el tal uno de aquellos escondrijos que reservan á veces los arquitectos en el punto de union del techo con una pared maestra. Del corte vertical de aquel chiribitil, como con tanta propiedad le habia llamada Febo, hubiera resultado un triángulo; no tenia ventana ni respiradero, y el plano inclinado del suelo impedia estar en él de pie. *Acurrucóse* pues Claudio en el polvo y argamazon que se aplastaban debajo de él; su cabeza ardía, y registraudo con las manos en torno suyo, halló un vidrio roto que apoyó sobre su frente, y cuyo frescor le alivió algun tanto.

UTILIDAD, ETC.

223

¿Qué pasaba en aquel momento en el alma tenebrosa del arcediano? Solo él y Dios han podido saberlo.

¿En qué orden fatal disponía él en su mente la Esmeralda, Febo, Jaime Charmolue, su hermano tan querido, abandonado por él en el fango, su sobrina de arcediano, su reputación tal vez prostituida en casa de Falourdel, todas estas imágenes, todas estas aventuras? Yo no lo sé; pero es seguro que estas ideas formaban en su cabeza un grupo horrible.

Un cuarto de hora hacia que estaba esperando, y parecía que un siglo entero había pasado sobre él. Al fin oyó rechinar las tablas de la escalera; alguno subía. Abrióse la trampa, y volvió á ver luz. Había en la derrotada puerta de su cuartucho una rendija bastante ancha, á la que arrimó con ansia su rostro, de modo que podía ver cuanto pasaba en la estancia inmediata. La vieja de la cara gatuna salió de la trampa la primera con su lámpara en la mano; luego Febo atusándose el bigote, y luego otra persona, esbelta y graciosa figura, la Esmeralda. Vióla el sacerdote salir de la tierra como una deslumbradora vision. Estremecióse Claudio; cayó una espesa nube sobre sus ojos, latieron con terrible fuerza sus arterias, y parecióle que todo rujía y giraba en torno de él; luego ni vió ni oyó nada.

Cuando volvió en sí, Febo y la Esmeralda estaban solos, sentados sobre el cofre de madera al lado de la lámpara que destacaba á los ojos del ar-

cediano aquellas dos jóvenes criaturas y un miserable jergon en el fondo de la estancia.

Había al lado del jergon una ventana cuyos vidrios desencajados de su bastidor, como una telaraña sobre la cual ha caído la lluvia, dejaban ver por entre sus agujeros una parte del cielo y la luna reclinada á lo lejos sobre una almohada de blandas nubes.

La joven estaba encendida, confusa, palpitante; sus largas pestañas inclinadas sombreaban sus mejillas de púrpura. El oficial, sobre el cual no se atrevía á levantar los ojos, estaba en sus glorias; maquinalmente y con una expresion divina de sencillez, dibujaba la niña con la punta del dedo sobre el cofre líneas incolherentes y se miraba el dedo. No se la veían los pies sobre los cuales estaba echada la cabrita.

El capitán estaba vestido con suma elegancia; llevaba en el cuello y en las muñecas sendas sargas de lentejuelas, gran moda en aquella época.

Mucho trabajo le costó á don Claudio oír lo que se decían entre el bullir de su sangre que hervía *aguijada en sus sienes*.

(Cosa bastante insípida es por cierto una conversacion de enamorados; todo se reduce á un perpetuo *te amo*, frase musical muy rancia y fastidiosa para los indiferentes que escuchan, cuando no la adornan algunas *floriture*; pero Claudio no escuchaba como un indiferente).

--Oh! decía la hermosa sin alzar los ojos, no

UTILIDAD, ETC.

225

me desprecieis, señor Febo. Conozco que lo que hago está mal hecho.

--Despreciaros, vida mia! respondió el militar con aire de galantería protectora y esquisita; despreciaros! y por qué?

--Porque os he seguido.

--Es el caso, hija mia, que no estamos de acuerdo sobre este punto. Yo no debería despreciaros, sino aborreceros.

La niña le miró con espanto: -- Aborrecerme! pues qué he hecho yo?

--Por haberos hecho tanto de rogar.

--Ah, exclamó... si supierais que quebranto un voto!... Ya nunca mas encontraré á mis padres... el amuleto perderá su virtud... Pero qué importa? que necesidad tengo ahora de padre ni de madre?

Y esto diciendo, fijaba en el capitán sus rasgados ojos negros, húmedos de alegría y de ternura.

--Lléveme el diablo si os entiendo, exclamó Febo.

Calló por un momento la Esmeralda; luego salió una lágrima de sus ojos, un suspiro de sus labios, y dijo: --Oh señor! yo os amo.

Había en derredor de aquella criatura tal perfume de castidad, tal prestigio de virtud, que Febo no se hallaba enteramente á sus anchas junto á ella; sin embargo, estas palabras le dieron algun valor: -- Me amais! exclamó arrebatado, y echó un brazo al rededor de la cintura de la gitana.

ТОМО II.

15

226 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Viólo el sacerdote, y probó con el dedo la punta de un puñal que llevaba escondido en el pecho.

—Febo, prosiguió la gitana desprendiendo suavemente de su cintura las tenaces manos del capitán, sois bueno, sois generoso, sois gallardo; me habeis salvado la vida, á mi que no soy mas que una pobre criatura perdida en Bohemia. Mucho tiempo hace que sueño con un oficial que me salva la vida, y con vos es con quien soñaba antes de conoceros. Febo, vida mia; mi sueño tenia un brillante uniforme como ese, un porte bizarro, una espada; os llamas Febo, nombre hermoso; amo vuestro nombre, amo vuestra espada. Desenvainad vuestra espada, Febo, que quiero verla.

—Chiquilla! dijo el capitán y sacó á relucir sonriendo su tizona. Miró la gitana su empuñadura, su hoja, examinó con angélica curiosidad la cifra del acero, y besó la espada diciéndola:—Eres la espada de un valiente; yo amo á mi capitán.

Aprovechóse Febo de tan favorable ocasion para dar en aquel blanco cuello doblegado un beso que hizo á la niña levantar su rostro escarlata como una escarlata. El escarlata volvió á ser blanco en las tinieblas.

—Febo, repuso la gitana, dejadme hablar con vos. Andad un poco que quiero veros andar con vuestro porte gallardo y oír sonar vuestras espuelas de oro. Qué hermoso es!

Levantóse el capitán para complacerla, riéndola con una sonrisa de satisfacción. — Que niña

UTILIDAD, ETC.

227

eres!—Dime, mi alma, me has visto alguna vez con sobrevesta de gala?

--No! respondió.

--Aquello si que tiene que ver.

Fue Febo á sentarse junto á ella, pero mucho mas cerca que antes.

--Escucha, prenda de mi...

Dióle la gitana algunos golpecitos sobre la boca con su linda mano, con una monada llena de locura, de gracia y de alegría. —No, no, no quiero escucharos. —Me amais? quiero que me digais si me amais.

—Sí te amo, angel de mi vida! exclamó el capitán hincando una rodilla en tierra. —Mi cuerpo, mi sangre, mi alma, todo es tuyo, todo es para tí. Te amo, y nunca he amado á nadie mas que á tí.

Tantas veces habia repetido el capitán esta frase en mil ocasiones semejantes, que la echó toda de sopetón sin equivocarse en una letra. Al oír esta apasionada declaracion, alzó la gitana al inmundo techo que hacia las veces de cielo, una mirada llena de una felicidad celestial.—Oh! dijo con voz desfallecida, hé aqui el momento en que se deberia morir! Febo halló el "momento" escelente para darla un segundo beso, que fué á martirizar en su escondrijo al miserable arcediano.

--Morir! exclamó el fogoso capitán. Qué estás diciendo, angel mio! este es el momento de vivir, ó Júpiter no es mas que picaruelo..! morir! y ahora! Cuerno de buey! vaya que me gusta la idea! —Ahora no

se trata de morir.--Escúchame, querida Similar.-- Esmeralda.--Perdona,--pero tienes un nombre tan prodijiosamente sarraceno que nunca puedo atinar con él. Es una barrera que no me deja pasar adelante.

--Dios mio , dijo la pobre niña , y yo que le creia tan bonito por su singularidad! Pero una vez que no os agrada, quisiera llamarme Goton.

--Bah! no hemos de regañar por tan poca cosa, vida mia! es un nombre á que es preciso acostumbrarse, ni mas ni menos: en llegando á aprenderle de memoria, lo sabré que no habrá mas que pedir.--Escúchame, amada Similar; te adoro con pasion; vaya que te amo que es un milagro.--Yo sé quien rabia por ello que se las pela.

La celosa gitana no le dejó acabar:--Quién?

--Qué se nos importa á nosotros? dijo Febo.-- Me amas?

--Oh! respondió ella.

--Pues entonces! ya verás cómo te amo yo tambien: consiento en que me atraviere con su asador el gran diablo Neptuno, si no te hago la criatura mas feliz de la tierra. Tendrémos una casita muy cuca para los dos; pasará revista á mis arqueros delante de tus ventanas:--todos son de á caballo, y se rien de los del capitán Mignon; tengo maceros, ballesteros y culebrineros de mano. Te enseñaré los grandes mónstruos de París, en la granja de Rully; son magníficos. Hay ochenta mil cabezas armadas; treinta mil arneses blancos, entre jubo-

UTLIDAD, ETC.

229

nes y cotas: las sesenta y siete banderas de los oficios; los estandartes del parlamento, del tribunal de cuentas, del tesoro de los generales, de los de la casa de la moneda; un arreo de sataná en fin. -- Te llevaré á ver los leones del palacio del Rey, que son unas fieras terribles: á todas las mujeres les gustan.

Algunos instantes hacia ya que la hermosa niña absorta en sus deliciosos pensamientos, oía el eco de su voz sin escuchar el sentido de sus palabras.

--Oh! serás feliz! prosiguió el capitán, y al mismo tiempo desató suavemente el cinturón de la gitana.

--Qué estais haciendo? dijo ella de pronto. Aquella *hostilidad* la sacó de su honda distracción.

--Nada, respondió Febo; solo decia que debes abandonar ese traje loquillo y callejero cuando estés conmigo.

--Cuando esté contigo, Febo mio! dijo la niña con ternura.

Y de nuevo quedó pensativa y silenciosa.

El capitán, alentado por tanta amabilidad, la cojió la cintura sin hallar resistencia, y luego empezó á desatar muy pianito el corpiño de la pobre muchacha; y tanto trastornó su gorguera, que el infeliz sacerdote vió salir entre la gasa la hermosa espalda desnuda de la gitana, redonda y morena como la luna que se levanta entre bruma en el horizonte.

La niña se estaba quieta, como si no advirtiera

230 **NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.**

lo que hacia Febo: los ojos del temerario capitán brillaban como linternas.

Repentinamente se volvió la Esmeralda hácia él: --Febo, dijo con una espresion de amor infinito, quiero que me instruyas en tu relijion.

--Mi relijion! exclamó el capitán soltando una carcajada.--Yo instruiros en mi relijion! Cuernos y trueno! qué quereis hacer de mi relijion?

--Lo digo para que nos casemos, respondió ella.

El rostro del capitán tomó una espresion de sorpresa, de desden, de incuria y de pasion libertina.--Ah bah! dijo, --pues quién se casa?

Palideció la gitana y dejó caer tristemente su cabeza sobre el pecho.--Prenda mia, dijo Febo con ternura, qué locuras son esas? Esto diciendo con la mayor dulzura que le era dado alcanzar á su voz, acercóse infinitamente á la gitana; sus manos cariñosas habian vuelto á ocupar su puesto sobre aquella cintura tan delicada y sutil, sus ojos se animaban cada vez mas, y si el señor Febo hubiera sido Júpiter, el digno Homero hubiera tenido que traer una nube en su ayuda (1).

Don Claudio entre tanto, todo lo veía: la puerta estaba hecha con duelas de cubas ya enteramente podridas, que dejaban entre una y otra ancha cavida á sus miradas de ave de rapiña. Aquel robus-

(1) Este y otros pasajes no los cuenta así V. Hugo; no soy bastante necio para corregirle la plana, luego... al buen entendedor pocas palabras. (N. del Trad.)

UTILIDAD, ETC.

231

to sacerdote de anchas espaldas y tez morena, condenado hasta entonces á la austera virginidad del claustro, palpitaba y hervía delante de aquella escena de amor, de noche y de deleite. Aquella joven y hermosa criatura entregada á merced de aquel ardiente mancebo, hacia circular por sus venas plomo derretido. Sentía en su corazón movimientos extraordinarios: sus ojos penetraban con lascivia por todas aquellas ropas descompuestas. Quien hubiera podido ver en aquel momento el rostro del miserable pegado á las tablas hendidas, hubiera creído ver una cara de tigre mirando desde el fondo de su jaula á un hambriento chacal devorando á una gacela. Sus ojos llameaban como dos velas encendidas por entre las rendijas de la puerta.

Arrancó Febo con un movimiento repentino la gorguera de la gitana, y la pobre niña que había estado hasta entonces pálida y pensativa, salió des-pavorida de su hondo letargo; alejose bruscamente del temerario oficial, y echando una mirada sobre su garganta y sus hombros desnudos, encendida y confusa, y muda de vergüenza cruzó sus dos hermosos brazos sobre su seno para aparecer á su vez por la llama que encendía sus mejillas, quien la hubiera visto así, silenciosa é inmóvil, la hubiera tomado por una estatua del pudor. Sus ojos estaban fijos en el suelo.

La osadía del capitán había dejado en descubierta el misterioso amuleto que llevaba al cuello la gitana.— Qué es eso? dijo aprovechándose de este

pretexto para acercarse á la dulce criatura á quien acababa de hacer huir.

—No lo toqueis! respondió ella al punto, es mi única salva-guardia, lo que me bará encontrar á mi familia, si continuo siendo digna de ello. Oh! dejadme, señor capitán! mi madre! mi pobre madre! madre mia! dónde estás? Ven, ven! Por amor de Dios, señor Febo! volvedme mi gorguera!—

Retrocedió Febo y dijo con estudiada frialdad:— Oh! señorita! y que bien veo ahora que no me amais!

—Que no le amo! exclamó la pobre niña, y al mismo tiempo se colgó al cuello del capitán, á quien hizo sentarse junto á ella. — Que no te amo. Febo mio! — Qué estás diciendo, cruel — solo para desgarrarme el corazón!—Oh! haz lo que quieras!... soy tuya. Qué me importa el amuleto? qué me importa mi madre? tú eres mi madre, pues que yo te amo.—Febo, Febo querido, me ves? yo soy, mírame! soy esa infeliz á quien te dignas no desdeñar; que viene ella misma á buscarte! Mi alma, mi vida, mi cuerpo, mi persona, todo es tuyo, mi capitán! Si no quieres; no nos casaremos — porque en fin, qué soy yo? una miserable mujer, una cualquiera, mientras que tú, Febo mio, tú eres un noble caballero. Vaya que estaria bueno! una bailarina casarse con un capitán! qué locura! — No, Febo, no; yo seré tu querida, tu juguete, tu pasatiempo, una mujer que será tuya. Yo no merezco mas que eso, mancillada, despreciada, deshonrada — pero qué importa? amada! y seré la mas feliz y la mas altiva

UTILIDAD, ETC.

233

de las mujeres. Y cuando llegue á ser vieja, ó fea, amado mío, cuando ya no sirva para amaros, señor de mi vida, me tendreis entonces para serviros de esclava. Otras os bordarán baudas; yo, la criada, yo tendré cuidado de ellas: me dejareis limpiar vuestras espuelas, cepillar vuestro uniforme, sacar lustre á vuestras botas de montar. -- No es verdad, Febo mío, que hareis esta obra de caridad? Entre tanto, Febo.. tuya soy! pero ámame, yo te lo pido.- Nosotras las gitanas somos así; no necesitamos mas que esto- aire y amor!

Y así diciendo, echaba sus brazos al cuello del oficial, y le miraba de pies á cabeza, suplicante y sonriendo entre sus lágrimas: su delicado seno se rozaba contra el uniforme de paño y los ricos bordados. Retortijaba la hermosa su flexible cuerpo sobre sus rodillas, y el capitán delirante clavó sus labios de fuego en aquellos hermosos hombros africanos: la gitana, perdidos los ojos en el techo, temblaba palpitante bajo aquel beso...

De pronto, encima de la cabeza de Febo, vió otra cabeza, una cara lívida, verde, convulsiva, con una mirada de condenado; junto á aquella cara había una mano que tenia un puñal. Eran aquellas la cara y la mano del sacerdote, que habia roto la puerta, y llegádose allí. Febo no podía verle. Quedó la gitana inmóvil, helada, muda, bajo la horrible aparición, como una paloma que levantára la cabeza en el momento en que la zumaya mira su *vido con sus redondos ojos.*-

Ni siquiera pudo lanzar un grito: vió bajar el puñal sobre Febo y volver á subir humeante.- Maldición ! exclamó el capitán , y cayó.

Desmayóse la gitana.-

En el momento en que se cerraban sus ojos, en que todo sentimiento se disipaba en ella, creyó sentir imprimirse en sus labios un contacto de fuego, un beso mas ardiente que el hierro encendido del verdugo.-

Cuando volvió en sí, hallóse rodeada de soldados, y vió que se llevaban al capitán que yacía bañado en su sangre: el sacerdote había desaparecido. La ventana del fondo de la estancia que daba sobre el río, estaba abierta de par en par; vió que recojian los soldados una capa que se suponía debía pertenecer al oficial, y oyó decir en derredor: - Es una gitana que ha asesinado á un capitán.-

Libro octavo.

1.

EL ESCUDO CONVERTIDO EN HOJA SECA.

Gringoire y toda la corte de los Milagros estaban en una inquietud mortal. Un mes hacia ya que no recibían noticia alguna de la Esmeralda, lo que tenía en notable aflicción al duque de Egipto y á los hampones; ni tampoco de la cabrita, lo que tenía no menos aflijido al digno Gringoire. Desapareció una tarde la gitana, y no había vuelto desde entonces á dar señal de vida; todas las pesquisas habían sido inútiles. Algunos bromistas hampones decían á Gringoire que la habían visto aquella misma noche en que desapareció hácia los alrededores del puente de San Miguel con un capitán; pero aquel marido al uso de Bohemia era un filósofo incrédulo, y sabía además mejor que nadie cuanto era virgen su mujer: había podido juzgar del inexpugnable pudor que resultaba de la dos virtudes combinadas del amuleto y de la gitana, y había calculado matemáticamente la resistencia de aquella castidad elevada á la segunda potencia. No tenía, pues, el menor cuidado por este punto.

Pero tampoco podía explicarse aquella desapa-

ricion, por lo que, su dolor era tan profundo que le hubiera hecho enflaquecer, á no haber sido aquello cosa materialmente imposible. La afliccion le habia hecho olvidarlo todo, hasta sus recreos literarios, hasta su grande obra de *Figuris regularibus et irregularibus*, que se proponia hacer imprimir con el primer dinero que hubiese á la mano. (Porque no soñaba mas que con la imprenta desde que habia visto el Didascalon de Hugo de Saint Victor, impreso con los célebres caracteres de Vinlelin de Spira).

Un día en que pasaba tristemente por delante de la Tournelle criminal, vió un gran jentío en una de las puertas del Palacio de Justicia. — ¿Qué es eso? preguntó á un jóven que salia del Palacio.

— No lo sé, caballero, respondió el jóven; dicen que estan juzgando á una mujer que ha asesinado á un capitán. Como parece que hay algo de hechicería en todo eso, el obispo y el provisor han intervenido en la causa, y mi hermano, que es el arcediano de Josas, no se separa del tribunal. Y es el caso que tenia que hablarle, pero no he podido llegar hasta él á causa del jentío, lo que me fastidia muy de veras, porque necesito dinero.

— De buena gana os lo prestaria, caballero, respondió Gringoire; pero os aseguro que si mis calzas están agujereadas, no las han agujereado los escudos.

No se atrevió á decir al jóven que conocia á su hermano el arcediano, á quien no habia vuelto á

EL ESCUDO, ETC.

239

visitar desde la escena de la iglesia, negligencia que le tenia confuso.

Prosiguió su camino el estudiante, y Gringoire empezó á seguir á la muchedumbre que subía la escalera mayor del tribunal: iba él calculando en sus adentros que no hay espectáculo mas propio para disipar la melancolía que un proceso criminal, tanto presta á la risa la habitual estupidez de los jueces. La gente á que se habia mezclado andaba y se codeaba en silencio; despues de un largo é insípido pisoteo por un largo corredor sombrío, que serpeaba por el palacio como el canal intestinal del viejo edificio, llegó á una puertecilla baja que desembocaba en una sala, que su alta estatura le permitió explorar de una ojeada por cima de las ondeantes cabezas de la multitud.

Era la sala grande y sombría, lo que la hacia parecer mayor todavía. Era la tarde; no dejaban ya penetrar las largas ventanas ojivas mas que un pálido crepúsculo que se apagaba antes de llegar á la bóveda, enorme enrejado de vigas esculpidas, cuyas mil figuras parecian moverse confusamente en la sombra. Había muchas velas encendidas por una parte y por otra sobre las mesas, que derramaban su luz sobre las cabezas de los escribanos inclinadas sobre inmensos mamotretos. La parte delantera de la sala estaba ocupada por el jentío; á derecha y á izquierda habia hombres con togas y mesas; en el fondo sobre un tablado, numerosos jueces cuyas últimas filas se perdian en las tinieblas; caras inmó-

240 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

biles y siniestras. Cubiertas estaban las paredes de infinitas flores de lis; distinguíase confusamente una imájen de Cristo crucificado encima de los jueces, y por do quiera picas y alabardas á cuyas puntas daba la luz de las velas remates de fuego.

—Caballero, preguntó Gringoire á uno de sus vecinos ¿quiénes son todos esos personajes formados allá abajo como prelados en concilio?

—Caballero, dijo el vecino, los que están á la derecha son los consejeros de la sala del crimen, y los que están á la izquierda son los consejeros de la sala de información.

—Y aquel que está encima de todos, repuso Gringoire, aquel tomate que suda, quién es?

—Es el señor presidente?

—Y aquellos borregos que están detras? prosiguió Gringoire, el cual como ya hemos dicho, era poco amigo de la magistratura, lo que provenia acaso del rencor que guardaba al palacio de Justicia desde su malandanza dramática.

—Son los señores procuradores del palacio del Rey.

—Y aquel jabalí que está delante?

—Es el señor escribano de la sala del parlamento.

—¿Y á la derecha aquel cocodrilo?

—Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey.

—Y á la izquierda, aquel gatazo negro?

—Maese Jaime Charmolue, procurador del rey

EL ESCUDO, ETC.

341

en el tribunal eclesiástico, con los señores de la curia eclesiástica.

—Y podeis decirme, caballero, añadió Gringoire, qué hace ahí toda esa buena jente?

—Están juzgando.

—Y á quién juzgan? no veo ningun acusado.

—Juzgan á una mujer; pero no podeis verla, porque nos vuelve la espalda y la oculta el jentío. Allí está, mirad, entre aquel grupo de parteros.

—Quién es aquella mujer? preguntó Gringoire. ¿Sabeis cómo se llama?

—No señor; en este instante acabo de llegar; pero presumo que ha de haber algo de brujería en todo esto, pues asiste al proceso el provisor.

—Adelante! dijo nuestro filósofo, vamos á ver á esos togados comer un poco de carne humana. Vaya con Dios.

—Caballero, observó el vecino, no os parece que Maese Jaime Charmolue tiene traza de hombre compasivo?

—Aun! respondió Gringoire; no me fio de una compasion que tiene las narices remangadas y los labios súpiles.

Impusó entonces silencio el auditorio á los interlocutores, porque iba en aquel momento á oirse una importante atestiguacion.

—Señores, decia en mitad de la sala una vieja cuyo rostro tanto desaparecia bajo sus vestidos, que cualquiera la hubiera tomado por un monton de guñapos andando; señores, tan cierto es ello

TOMO II.

16

como es cierto que yo soy la Falourdel, establecida hace cuarenta años en el Puente de San Miguel, sin dejar nunca de pagar exactamente rentas, laudemios y censuales, frente por frente á la casa de Tassin-Caillart, el tintorero, que vive junto al río, contra la corriente.—; Una pobre vieja en el día, una buena moza en otros tiempos, señores jueces! De algunos días á esta parte, me decian: la Falourdel, no hay que hilar mucho de noche; el diablo peina con sus cuernos la rueca de las viejas. Es seguro que el monje en pena que andaba el año pasado por el lado del *Temple*, ronda ahora por la ciudad. La Falourdel, cuidado no llame á vuestra puerta! Una noche estaba yo hilando; llaman á mi puerta; pregunto ¿quién? Oigo unos juramentos; abro, entran dos hombres, uno muy negro con un capitan buen mozo: al primero no se le veían mas que dos ojos negros, dos armas; todo lo demás era capa y sombrero.— Luego me dicen: — El cuarto de Santa Marta, que es mi cuarto de arriba, señores, el mas decente.— Me dan un escudo, le meto en un cajon, y digo: para comprar tripas mañana en la carnicería de la Glorietta.— Subimos.— Cuando llegamos al cuarto de arriba, mientras estaba yo vuelto de espaldas, zas, desaparece el hombre negro, lo que me sorprendió un poco. El capitan que era hermoso como un gran señor, baja conmigo; se va y tarda como... asi... en cuanto se hila un copo... y vuelve con una chica preciosa, una muñeca que hubiera brillado como un sol si hu-

biera llevado algo en la cabeza; con ella venía un macho cabrío, un gran macho cabrío, blanco ó negro, ya no me acuerdo. Esto me dió mucho en que entender; la muchacha, santo y bueno; pero el macho cabrío!! no me gustan ésos vichos porque tienen barbas y cuernos, y luego se parecen á los hombres: además huelen á *sábado*. Sin embargo, callé, ya tenía yo mi escudo, hice bien ¿no es verdad, señor juez? Acompaño pues arriba á la chica y al capitán y los dejo solos, es decir, con el macho cabrío: bajo y me pongo á hilar.--Es de advertir que mi casa tiene un entrestuelo y un piso principal que da por detras sobre el río como las otras casas del puente, y que la ventana del entrestuelo y la del cuarto principal se abren sobre el río.-- Estaba yo, pues, como iba diciendo, hilando mi lino; no sé por qué pensaba entonces en el monje en pena que me trajeron á la memoria el macho cabrío, y la muchacha que estaba por cierto ataviada de un poco algo particular.--A lo mejor oigo un grido arriba, siento que cae algo de peso en el suelo, y que se abre la ventana; voy corriendo á la mía que estaba debajo, y veo pasar delante de mis ojos una cosa negra que cae en el agua; era una fantasma vestida de sacerdote. La luna estaba muy clara, y repito que lo ví como si fuera de día; iba nadando hácia la ciudad. Eutonces toda temblando, llamo á la ronda; entran los señores de la docena, y por mas señas que en el primer momento, no sabiendo de qué se trataba, como estaban algo achispados me pe-

garon una soba. Esplíquéles todo; subimos, y ¿qué es lo que hallamos? Mi pobre cuarto todo lleno de sangre; el capitán tendido en el suelo cuan largo era con un puñal en el cogote; la muchacha haciendo la mortecina, y el macho cabrío todo atolondrado.— Bueno, dije, ya tengo para quince días de faena con lavar el suelo: — habrá que raspar, y eso es terrible.— Se llevan al capitán ¡pobre mancebo! y á la muchacha toda despechugada.— Pero no es eso todo; lo peor fue que al día siguiente, cuando fui á buscar el escudo para comprar las tripas, hallé en su lugar, qué?... una hoja seca!

Calló la vieja: un murmullo de horror circuló por el auditorio.— Ese fantasma, ese macho cabrío, todo eso me huele á májia, dijo uno junto á Gringoire.— Pues y la hoja seca! añadió otro.— Es evidente, repuso un tercero, que es una bruja que tiene pacto con el mouje en pena para desbalijar á los oficiales.— El mismo Gringoire estaba á punto de hallar espantosa y verosímil aquella aventura.

— Mujer Falourdel, dijo el señor presidente con majestad, nada más tenéis que decir á la justicia?

— No señor, respondió la vieja, sino que en el informe se trata á mi casa de tugurio asqueroso y hediondo, lo que es hablar ignominiosamente. Las casas del puente no tienen grande apariencia, porque hay muchísimos inquilinos en ellas; pero no por eso dejan de habitarlas los carniceros que son personas ricas y casados con mujeres muy limpias.

El majistrado que le pareció á Gringoire un co-

EL ESCUDO, ETC.

245

codrilo, se puso en pie: --Silencio! dijo. Pido á estos señores que no pierdan de vista que se ha hallado un puñal sobre el acusado. -- Mujer Falourdel, habeis traído la hoja en que se transformó el escudo que os dió el demonio?

-- Sí señor, respondió, aquí la tencis.

Entregó un hujier la hoja seca al cocodrilo que hizo un lúgubre movimiento de cabeza, y la pasó al presidente, quien se la dió al procurador del rey, de modo que dió vuelta á toda la sala. -- Es una hoja de abedul, dijo maese Jáime Charmolue; nueva prueba de májia.

Un consejero tomó la palabra. -- Testigo, dos hombres entraron al mismo tiempo en vuestra casa; el hombre negro, á quien primero visteis desaparecer, y luego nadar por el Sena vestido de sacerdote, y el capitán. -- Cuál de los dos os entregó el escudo?

Reflexionó un momento la vieja, y dijo: -- El capitán.

Un vago rumor circuló por el auditorio.

-- Ah! dijo para sí Gringoire, esto me pone en duda.--

De nuevo intervino maese Felipe Lheuloir, el abogado extraordinario del rey. -- Hago presente á estos señores que en su declaración escrita junto á la cabecera de su lecho de muerte, el oficial asesinado, confesando que se le habia venido á las mientes, cuando se le acercó el hombre negro, que aquel podia ser muy bien el monje en pena, aña-

dió que la fantasua le habia escitado con empeño singular á que fuese á verse con la acusada; y habiéudole el capitán hecho presente que no tenia dinero, dióle el escudo con que el susodicho capitán pagó á la Falourdel. De donde resulta que el escudo es una moneda del infierno.

Esta observacion decisiva hubo de disipar todas las dudas de Gringoire y demas esceptivos que se hallaban presentes.

—Estos señores tienen los documentos, añadió sentándose el abogado del rey, y pueden consultar la declaracion del capitán Febo de Chateaupers.

Al oír este nombre púsose en pie la acusada, alzando la cabeza por cima del gentío: Aterrado Gringoire reconoció á la Esmeralda.

La pobre gitana estaba pálida; sus cabellos antes tan preciosamente trenzados y ornados de zequies, caian en desórden; sus labios estaban azules, sus ojos hundidos asustaban. Infeliz!

—Febo! dijo con delirio—dónde está? Oh, señores! antes de matarme decidme por amor de Dios si vive todavía—!

—Callad, mujer, respondió el presidente; eso no os importa á vos.

—Oh! por compasion! decidme si vive! repuso cruzando sus hermosas manos enflaquecidas; y se oian resonar sus cadenas á lo largo de su falda.

—Pues bien! dijo con sequedad el abogado del rey, se está muriendo. Estais contenta?

La desdichada volvió á caer en su asiento; sin

EL ESCUDO, ETC.

247

voz, sin lágrimas, blanca como una estatua de cera.

Inclinóse el presidente á un hombre colocado á sus pies que tenía un gorro de oro y un ropón negro, una cadena al cuello y una vara en la mano. —Hujier, introducid á la segunda acusada.

Volviéron todos la vista hácia una puertecilla que se abrió y, con gran palpitation de Griangoire, dió paso á una linda cabrita con cuernos y patitas de oro. Paróse un momento en el dintel el animalito, alargando el pescuezo, como si encaramada en la punta de una roca hubiese tenido á la vista un inmenso horizonte. Vió de repente á la gitana, y brincando por cima de la mesa y de la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre sus rodillas; luego se revolcó graciosamente á los pies de su ama, solicitando una palabra ó una caricia; pero la acusada permaneció inmóvil, y ni aun la pobre Djali pudo obtener una mirada.

—Calla!... esta es aquel vicho tan feo, dijo la vieja Falourdel; y bien que las reconozco á las dos.

Tomó la palabra Jaime Charmolue:—Si les acomoda á estos señores, procederemos al interrogatorio de la cabra.

Esta era en efecto la segunda acusada, y no era cosa nada estraña á la sazón un proceso de brujería entablado contra un animal. Hállase entre otros en las cuentas del Prebostazgo de 1466, un curioso detalle de las costas del proceso de Gillet-Soulart y su gorrina, *ajusticiado por sus deméritos en Cor-*

beil. Nada falta en aquel documento, ni el costo de los fosos para meter á la gorrina, ni los quinientos haces de leña menuda tomados en el puerto de Morsant, ni las tres azumbres de vino y el pan, último banquete dividido fraternalmente con el verdugo, ni aun los once días de cuidado y manutención de la gorrina, á ocho dineros parisies cada uno. Y no siempre se contentaba con los animales la justicia de entonces; los capitulares de Carlo Magno y de Luis el Benigno imponen graves castigos á las fantasmas inflamadas que tengan la osadía de presentarse en los aires.

El procurador del rey en el tribunal eclesiástico exclamó: — Si el demonio que posee á esta cabra, y que ha resistido á todos los exorcismos persiste en sus maleficios y aterra con ellos al tribunal, le prevenimos que tendremos que reunir contra él al patíbulo y á la hoguera.

Un sudor frío corrió por los miembros de Gringoire. Cojió Charmolue sobre la mesa la pandereta de la gitana, y presentándosela de cierto modo á la cabra, le preguntó: — Qué hora es?

Miróle la cabra con ojos inteligentes, alzó su patita dorada y dió siete golpes, eran en efecto las siete. Un movimiento de terror circuló por la muchedumbre: Gringoire no pudo contenerse.

—Se pierde miserablemente! exclamó en alta voz, bien veis que no sabe lo que se hace.

—Silencio, villanos de ese rincon de la sala! dijo con voz agria el hujier.

EL ESCUDO, ETC.

249

Jaime Charmolue con ayuda de los mismos manojos de paudereta, hizo hacer á la cabra otras mil travesuras sobre la fecha del día, el mes del año &c. &c., - de que ya ha sido testigo el lector. Y por una ilusión de óptica natural en los debates judiciales, aquellos mismos espectadores que acaso mas de una vez habian aplaudido en las calles las inocentes malicias de Djali, se sintieron despavoridos al verlas bajo las bóvedas del palacio de Justicia. La cabrita era decididamente el diablo.

Y fué aun mucho peor cuando, habiendo vaciado sobre el suelo el procurador del rey un cierto saquito de cuero lleno de letras movelizas, que llevaba al cuello Djali, vieron á la cabra formar con su patita con aquel alfabeto el nombre fatal de *Felo*. Aparecieron entonces irresistiblemente demostrados los sortilejos de que habia sido víctima el capitán; y á los ojos de todos, la gitana, aquella preciosa bailarina que tantas veces habia hechizado al pueblo con sus primores, no fué ya mas que un horrible vampiro.

Entretanto, la infeliz no daba ninguna señal de vida; ni las graciosas evoluciones de Djali, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada hacia en ella la menor impresion.

Fue preciso para sacarla de su letargo que la empujase un alabardero sin compasion, y que en tono solemne alzase la voz el presidente. -- Mujer, sois de raza gitana, dedicada á los maleficios; ha-

beis, en complicidad con la cabra hechizada, implicada en el proceso, en la noche del 29 de marzo último, magullado y dado de puñaladas, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con ayuda de prácticas y sortilejos, á un capitán de los arcaberos del rey, Febo de Chateaupers.--Insistís en la negativa?

--Horror! exclamó la joven cubriéndose el rostro con ambas manos.--Febo mío! oh! este es el infierno!!

--Insistís en negar? preguntó con frialdad el presidente.

--Sí lo niego! dijo la gitana con acento terrible, poniéndose en pie y echando llamas por los ojos.

El presidente continuó impertérrito:--Pues entonces ¿cómo explicais los hechos de que se os acusa?

La infeliz respondió con voz doliente y cortada por los sollozos:--Ya lo he dicho; no lo sé.--Ha sido un sacerdote, un sacerdote á quien no conozco, un sacerdote infernal que me persigue!...

--Eso es, repuso el juez; el monje en pena.

--Oh, señores! tened compasión de mí!!--yo no soy mas que una pobre mujer....

--De Egipto, dijo el juez.

Maese Jaime Charmolue tomó la palabra con dulzura:--Atendida la dolorosa obstinacion de la acusada, pido la aplicacion del tormento.

--Concedido, dijo el presidente.

EL ESCUDO, ETC.

251

Estremeci6se la desdichada de pies á cabeza; levant6se no obstante á intimacion de los partesanos, y ech6 á andar con paso bastante firme, precedida de Charmolue y de los sacerdotes de la curia, entre dos filas de alabarderos, hácia una puerta secreta que se abrió de pronto, y volvió á cerrarse al punto detras de ella, lo que hizo el mismo efecto al triste Gringoire que si acabaran de devorarla unas horribles fauces.

Apenas desapareci6, oy6se un lastimero balido; era que la cabrita lloraba.

Suspendi6se la audiencia, y como un consejero liciese presente que aquellos señores estaban cansados, y que seria cosa larga esperar hasta el fin del tormento, respondi6 el presidente que un majistrado debe saber sacrificarse á su deber.

--Vaya una muñeca apestante y ridícula, dijo un juez ya entrado en años, que se hace dar tormento cuando no hemos cenado!!....

251

2.

CONTINUACION DEL ESCUDO

CONVERTIDO EN HOJA SECA.

Después de haber subido y bajado algunos escalones en corredores tan oscuros que había que iluminarlos con lámparas en mitad del día, la Esmeralda, rodeada siempre de su lúgubre comitiva, fué metida por los alabarderos en una estancia de muy siniestra apariencia. Aquella estancia, de forma redonda, ocupaba el entresuelo de una de aquellas macizas torres que atraviesan, aun en nuestro siglo, la capa de edificios modernos con que cubre el nuevo París al antiguo. Ninguna ventana había en aquel sótano, ni mas abertura que la entrada, sumamente baja y cubierta con una enorme puerta de hierro. No faltaba sin embargo gran claridad en aquel sitio; en el grueso de la pared veíase un horuo en que estaba encendida una abundante lumbrada que llenaba la estancia con sus calientes reverberaciones, y despojaba de todo reflejo á una miserable vela que yacía en-

CONTINUACION DEL ESCUDO ETC. 153

endida en un rincón. El rastrillo de hierro que servía para cerrar el horno, y que estaba levantado á la sazón, no dejaba ver en el orificio del respiradero que llameaba sobre la tenebrosa pared, mas que la estremidad inferior de sus barras, como una hilera de dientes negros, agudos y separados, lo que daba alguna semejanza á aquella hornaza con una de aquellas bocas de dragones que brotan llamas en las leyendas antiguas. A favor de la luz que de ella salía, vió la prisionera en todo el circuito de la estancia mil espantosos instrumentos, cuyo uso no conocia. Veíase en medio un colchon de cuero casi en contacto al suelo, sobre el cual pendía una correa con su ancha hebilla á la punta, atada por la otra á una argolla de cobre que mordía un mónstruo chato, esculpido en la clave de la bóveda; tenazas, pinzas, anchas rejas de arado, atestaban el interior del horno, y se encendían en confuso desórden entre las áscuas: el sangriento resplandor de la hornaza no iluminaba en toda la estancia mas que un conjunto de cosas horribles.

Aquel tártaro se llamaba lisa y llanamente el cuarto del tormento.

Sentado estaba con flojedad sobre el colchon, mase Pierrat Torterne, el atormentador-jurado: sus criados, dos gromos de cara cuadrada, mandil de cuero, y calzones de lienzo, daban vueltas á aquellos hierros sobre las brasas.

En vano la pobre niña había recurrido á to-

do su valor; al penetrar en aquella estancia, se horrorizó.

Formáronse á un lado los maceros del alcaide del Palacio y al otro los sacerdotes de la curia; un escribano, un tintero y una mesa estaban en un rincón. Acercóse á la gitana con su dulcísima sonrisa maese Jaime Charmolue:—Hija mía, dijo, con que insistis en la negativa?

—Sí, respondió ella con voz moribunda.

—En ese caso, repuso Charmolue, será muy doloroso para nosotros el repetir nuestras preguntas con mas instancia de lo que quisiéramos.—Tened la bondad de sentáos sobre esa cama.—Maese Pierrat, dejad sitio á esta señorita y cerrad la puerta.

Levantóse gruñendo Pierrat:—Si cierro la puerta, murmuró, se me apagará el fuego.

—Pues bien, amigo mio, respondió Charmolue, dejadla abierta.

La pobre Esmeralda continuaba en pie; aquel lecho de cuero, en que habian agonizado tantos miserables, la llenaba de espanto. Helábala el terror hasta la médula de sus huesos; la infeliz estaba allí, atónita y estúpida. A una señal de Charmolue, agarráronla los dos criados y la hicieron sentarse en la cama: no la hicieron ningun daño, pero cuando la tocaron aquellos hombres, cuando la tocó aquel cuero, sintió que toda su sangre se agolpaba á su corazón. Echó una mirada frenética por toda la estancia, y parecióla ver moverse y andar de todas partes hácia ella, para serpearla por el cuerpo y mor-

CONTINUACION DEL ESCUDO ETC. 255

derla y pincharla, todos aquellos disformes instrumentos de tortura que eran entre los objetos de toda especie que habia visto hasta entonces lo que los murciélagos y las arañas entre los insectos y las aves.

--Dónde está el médico? preguntó Charmolue.

--Aquí, respondió un bulto cubierto de negro á quien aun no habia visto la gitana.

La infeliz se estremeció profundamente.

--Señorita, repuso la alhagüeña voz del procurador en el tribunal eclesiástico, por tercera vez insistís en negar los hechos de que se os acusa?

Entonces, no pudo hacer mas que una señal con la cabeza: la voz la faltó.

--Insistís! dijo Jaime Charmolue; entonces, me aflije sobremanera, pero tendré que cumplir con los deberes de mi oficio.

--Señor procurador del rey, dijo Pierrat en tono brusco, por donde empezaremos?

--Dudó un momento Charmolue con el ambiguo ademán de un poeta que busca su consonante: --Por el borceguí, dijo en fin.

Sintióse la infeliz tan profundamente abandonada de Dios y de los hombres que dejó caer la cabeza sobre su pecho como una cosa inerte que no tiene fuerza casi.

Acercáronse á ella juntamente el atormentador y el médico; y al mismo tiempo los dos criados, pusieron á registrar su horrible arsenal. Al oír el retintín de aquellos espantosos hierros, tembló la po-

bre niña como una rana muerta en una operación galvánica.—Oh; murmuró en voz tan baja que nadie la oyó.—Oh! Febo mio!—Y luego volvió á caer en su profunda inmovilidad y en su silencio de mármol; aquel espectáculo hubiera desgarrado cualquier corazón que no fuera el de un juez: parecía la Esmeralda una pobre alma pecadora interrogada por Satanás en la puerta escarlata del infierno. El miserable cuerpo á que iba á agarrarse aquel horrible hormiguero de sierras, de ruedas y de caballetes, el ser que iban á asir aquellas ásperas manos de verdugos y de tenazas, era sin embargo una dulce, blanca y frágil criatura, pobre grano de trigo que la justicia humana hacía pulverizar en los atroces molinos del tormento.

En tanto las callosas manos de los criados de Pierrat Torterne desnudaron brutalmente aquella hermosa pierna, aquel pie menudo que tantas veces había hechizado á los transeuntes con su gracia y lindeza en las plazas de París.—Es lástima! refunfuñó el atormentador considerando aquellas formas tan graciosas y delicadas. Si el arcediano hubiera estado presente, cierto que se hubiera acordado en aquel momento de su símbolo de la araña y de la mosca. Pronto vió la desgraciada, al trasluz de la espesa nube que cubrió sus ojos, acercarse el *borcegui*; pronto vió amoldado su pie entre las ferradas tablas, desaparecer bajo el espantoso instrumento. Entonces el terror la volvió sus fuerzas:—*Que me quiteu esto!* exclamó arrebatada; y ponían-

CONTINUACION DEL ESCUDO, ETC. 257

dose en pie con la melena tendida:--Perdon!!

Precipitóse fuera del lecho para arrojarse á los pies del procurador del rey, pero su pierna estaba cojida en el macizo muelle de encina y de hierro, y cayó sobre el borceguí mas quebrantada que una abeja con una pesa de plomo en un ala.

A una señal de Charmolue, volvieron á sentarla en el lecho, y dos manos bestiales ataron á su fragil cintura la correa que pendia de la bóveda.

--Por última vez, ¿confesais los hechos del proceso? preguntó Charmolue con su imperturbable benignidad.

--Soy inocente.

--Entonces, señorita, ¿cómo esplicais los cargos que se os imputan?

--Y yo, ¿qué sé?

--¿Con que negais?

--¡Todo!

--¡Adelante! dijo Charmolue á Pierrat.

Dió vuelta Pierrat al puño del carnicuquí, cerróse el borceguí, y la infeliz lanzó uno de aquellos horribles gritos que no tienen ortografía en ninguna lengua humana.

--Teneos, dijo Charmolue á Pierrat.--¿Confesais? dijo á la gitana.

--¡Todo! exclamó la miserable; ¡todo lo confieso, todo! ¡Perdon!

La desdichada no habia calculado sus fuerzas, arrojando el tormento. ¡Pobre criatura! Su vida

había sido hasta entonces tan alegre, tan suave, tan dulce que sucumbió al primer dolor.

— La humanidad me obliga á decirlo, observó el procurador del rey, que esa declaración os acarreará la pena de muerte.

— Así lo espero, dijo la infeliz, y volvió á caer sobre el lecho de cuero, moribunda, doblegada, dejándose cojer por la correa prendida á su cintura.

— Eh, buena moza, sosteneos un poco, dijo Pierrat levantándola; vaya que os pareceis al borrego de oro que lleva al cuello el señor de Borgoña.

Jaime Charmolue tomó la palabra: — Joven jitaná, ¿confesais vuestra participacion en las agapas (1), sábados y maleficios del infierno, con las larvas (2), duendes y vampiros? Responded.

— Sí, dijo en voz tan baja, que sus palabras se confundieron con su aliento.

— ¿Confesais haber visto el morueco que Belcebú hace aparecer entre las nubes para congregar el sábado, lo que solo pueden ver los hechiceros?

— Sí.

— ¿Confesais haber adorado las cabezas de Bo-

(1) Llamábanse así las comidas que tenían los primeros cristianos en las iglesias. Es voz de que usa Capmaón, aunque no la trae el diccionario de la academia. (Nota del traductor).

(2) Las almas de los malos que vagaban bajo formas espantosas. (Id.)

CONTINUACION DEL ESCUDO, ETC.³ 259
fomet, los abominables dolos de los templarios?

— Sí.

— Haber tenido comercio habitual con el diablo bajo la forma de una cabra familiar, aneja al proceso?

— Sí.

— En fin, ¿declarais y confesais haber, con ayuda del demonio y del fantasma vulgarmente llamado el Mouje en pena, en la noche del 29 de marzo último, herido y asesinado á un capitán llamado l'ebou de Chateaupers?

Alzó la gitana sobre el magistrado sus grandes ojos mates, y respondió como maquinalmente, sin convulsion ni violencia: — Sí.

Es evidente que estaba quebrantada el alma de la infeliz.

— Escribid, notario, dijo Charmolue, y dirigiéndose á los atormentadores: — Que suelten á la prisionera, y se la lleven á la audiencia. Luego que *descalzaron* á la prisionera, examinó su pie lincchado aun por el dolor, el procurador del rey en el tribunal eclesiástico: — ¡Vamos! dijo; no ha sufrido mucho; gritásteis á tiempo. ¡Todavía podriais bailar, hija mía! — Y luego, volviéndose á sus acólitos de la curia: — ¡Ya aclaró en fin sus dudas la justicia! ¡siempre es un consuelo, señores! esta señorita será testigo de que la hemos tratado con la mayor dulzura posible. —

**FIN DEL ESCUDO
CONVERTIDO EN HOJA SECA.**

Cuando entró la Esmeralda, pálida y cojeando, en la sala de audiencia, acojió su llegada un murmullo de satisfacción general, que era de parte del auditorio, aquel sentimiento de impaciencia satisfecha que sentimos en el teatro cuando, acabado el último entreacto, se levanta el telón, y va á empezar el fin; y de parte de los jueces, esperanza de cenar en breve. La cabrita también baló de alegría; *quiso correr hácia su ama, pero la habían atado al banco.*

Era ya enteramente de noche; las velas, cuyo número no había aumentado, daban tan poca luz, que no se veían las paredes de la sala, en que las tinieblas envolvían todos los objetos en una especie de bruma. Apenas se destacaban de entre la sombra algunas apáticas fisonomías de jueces. En frente de ellos, en la estremidad de la larga sala, podían ver resaltar sobre el fondo oscuro un punto de *vagancura, que era la acusada.*

FIN DEL ESCUDO, ETC. 261

Llegó la desdichada arrastrando hácia su asiento, y luego que Charmolue se hubo instalado majestralmente en el suyo, sentóse, volviéndose á levantar, y dijo sin mostrar excesiva vanidad por su victoria: — La acusada lo ha confesado todo.

—Gitana, repuso el presidente, habeis^{is} confesado todos vuestros cargos de mágia, de prostitucion y de asesinato sobre la persona de Febo de Chateaupers?

Oprimiósela el corazon; todos la oyeron sollozar en la sombra.— Todo lo que querais, respondió con voz desfallecida; pero^{is} matadme pronto!!—

—Señor procurador del rey en el tribunal eclesiástico, dijo el presidente, el tribunal está pronto á oír vuestras demandas.

Exhibió maese Charmolue un formidable cartapacio y púsose á leer haciendo muchísimos aspavientos con la acentuacion exagerada de la goliilla, una oracion en latin en que se confundian todas las pruebas del proceso, entre mil perifrasis ciceronianas, flanqueadas de citas sacadas de Plauto, su cómico predilecto. Mucho sentimos no poder ofrecer al lector aquel notable documento; íéiate el orador con maravillosa gesticulacion; aun no habia acabado el exordio, y ya le saltaban el sudor de la frente, y los ojos de la cabeza. De pronto, precisamente en la mitad de un período, interrumpióse el procurador, y su mirada, por lo general bastante amable y aun algo necia, brotaba llamas: — Señores, exclamó en francés, porque lo que iba á decir no estaba en el testo, tan metido está Satanás

en este asunto, que ahí lo veis, señores, asistiéndolo á nuestros debates y haciendo mofa de su majestad. Mirad! Y esto diciendo, señalaba con el dedo á la cabrita, que viendo gesticular á Charmolue, había creído en efecto que no sería fuera de propósito hacer otro tanto, y asentóse sobre ambas posaderas, reproduciendo como Dios la daba á entender, con sus patitas delanteras y su cabeza barbuda la patética pantomima del procurador del rey en el tribunal eclesiástico, lo que constituía si no lo ha olvidado el lector, una de sus inocentes habilidades. Este incidente, esta última prueba, hizo grande efecto: ataron las patas á la cabra, y el procurador del rey añadió el roto hilo de su elocuencia. Largo era el discurso, pero la peroración fue admirable; he aquí su última frase, á la cual debe añadir el lector la voz enronquecida y desalentada acción de maese Charmolue: - *Ideo, Domni, coram stryga demonstrata, crimine patente, intentione criminis existente, in nomine sanctæ Ecclesiæ Nostræ Dominæ parisiensis quæ est in suisina habendi omnimodam altam et bassam justitiam in illa hac intemerata Civitatis insula, tenore presentium declaramus nos requirere, primo, aliquamdam pecuniariam indemnitatem, secundo, amendationem honorabilem ante portaliu maximum Notræ-Dominæ, ecclesiæ cathedralis; tertio, sententiam in virtute cujus ista stryga cum sua capella, seu in trivio vulgariter dicto la Greve, seu in insula exeunte in fluvio Secanæ, justá pointam jardini regalis executatæ sint.*

FIN DEL ESCUDO, ETC.

263

Y se puso su bonete y se sentó.

—Eheu! suspiró Gringoire dolorido, *bassa latinitas!*

Otro hombre vestido de negro se puso en pie junto á la acusada; aquel era su abogado. Los jueces, como no habian cenado empezaron á murmurar.

—Abogado, sed breve, dijo el presidente.

—Señor presidente, respondió el abogado, puesto que la demandada ha confesado el crimen, solo me falta añadir una palabra: Señores: Hé aqui un texto de la ley sálica: —“Si una vampira se come á un hombre, de cuyo delito queda convicta y confesa, pagará una multa de ocho mil dineros, que hacen doscientos sueldos de oro.”— Pido al tribunal que condene á mi clienta á la multa.

—Texto abrogado, dijo el abogado extraordinario del rey.

—*Nego*, replicó el defensor.

—Que se ponga á votacion! dijo un consejero el crimen está probado y ya es tarde.

Procedióse á la votacion en el acto; los jueces opinaron con sus bonetes, porque tenian prisa. Veíanse sus cabezas encapilladas, irse descubriendo una á una en la sombra, al oír la lúgubre pregunta que les dirigía en voz baja el presidente. Parecía que la pobre acusada los miraba, pero sus ojos turbios no veían.

Púsose luego á escribir el notario, y entregó en mano propia al presidente un largo pergamino: oyó

264 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

entonces la infeliz cierto movimiento en el pueblo, un confuso choque de alabardas y una voz glacial que decía :

— Jitana, el día en que lo mande el rey nuestro señor, á la hora de medio día, sereis llevada en un carreton, en camisa, descalza, y con la cuerda al cuello, delante de la portada principal de Nuestra Señora, para hacer pública retractacion con una vela de cera del peso de dos libras en la mano, y desde allí sereis conducida á la plaza de Greve, donde sereis ahorcada en el cadalso de la villa, é igualmente esa vuestra cabra, y pagareis al provisor tres leones de oro en reparacion de los crímenes por vos cometidos y confesados de hechicería, májia, lujuria y asesinato sobre la persona del señor Febo de Chateaupers. Dios perdone á vuestra alma!—

—Oh! estoy soñando! murmuró la infeliz, y sintió unas manos ásperas que se la llevaban.—

4.

LASCIATE OGNI SPERANZA.

En la edad media, un edificio completo, estaba la mitad fuera y la mitad dentro de la tierra. A menos que estuvieran contruidos sobre un terraplen, como Nuestra Señora de París, un palacio, una fortaleza, una iglesia estaban divididos en dos cuerpos por el nivel del suelo. En las catedrales, había en cierto modo otra catedral subterránea, baja, oscura, misteriosa, ciega y muda, debajo de la nave superior en que rebosaba la luz y resonaban día y noche los órganos y las campanas; á veces, había un sepulcro. En los palacios, en las fortalezas, era una prisión, á veces un sepulcro, á veces las dos cosas juntas. Aquellas poderosas construcciones, cuyo sistema de formación y *vegetacion* hemos explicado ya, tenían, no digamos cimientos, sino, por decirlo así, raíces que iban ramificándose en el suelo en estancias, en galerías, en escaleras, como la construcción superior, de modo que á las iglesias, los palacios y las fortalezas, les llegaba la tierra hasta la cintura. Los sótanos de un edificio

eran otro edificio, á que se bajaba en vez de subir, y que aplicaba sus pisos subterráneos á la mole de los pisos exteriores del monumento, como aquellos bosques y aquellas montañas que se reflejan, boca á bajo en el agua transparente de un lago debajo de los bosques y de las montañas de la orilla.

En la bastilla de San Antonio, en el palacio de justicia de París, en el Louvre, aquellos edificios subterráneos eran prisiones; los pisos de aquellas prisiones, á medida que se hundían en el suelo, iban adelgazándose y oscureciendo como otras tantas zonas en que se eslabonaban los matices del horror. Dante no pudo imaginar cosa mejor para su infierno. Aquellos embudos de calabozos desembocaban por lo general en un foso bajo como el fondo de una cuba en que Dante colocó á Satanás, en que la sociedad colocaba á sus reos. Encerrada una vez en aquel sitio una miserable existencia, adios la luz, el aire, la vida, *ogni speranza*; ya no salía de allí mas que para ir al patíbulo ó á la hoguera: á veces se podría allí; la justicia humana llamaba á aquello *olvidar*. Entre los hombres y él, sentía el reo pesar sobre su cabeza una inmensa mole de piedras y de carceleros; y la prision entera, y toda la maciza fortaleza, no eran mas que una enorme cerradura complicada que le sepultaba fuera del mundo vivo.

En uno de estos profundos calabozos, en uno de los escondrijos abiertos pos San Luis, en la parte de la Tournelle es donde habian, sin duda, por mis-

LASCIATE OGNI SPERANZA. 267

do de que se escapara, encerrado á la Esmeralda condenada á muerte, con el colosal palacio de Justicia sobre su cabeza. ¡Pobre mosca que no hubiera podido remover la menor de sus piedras!

Cierto que la providencia y la sociedad habían sido con ella igualmente injustas; no era necesario semejante lujo de infortunio y de tormento para quebrantar á tan frágil criatura.

Allí estaba la infeliz, perdida en las tinieblas, sepultada, soterrada, emparedada; quien hubiera podido verla en aquel estado, despues de haberla visto reir y danzar al sol, se hubiera estremecido. Fria como la noche, fria como la muerte, sin un soplo de aire en sus cabellos, sin un eco humano en sus oídos, sin un rayo de luz en sus ojos; doblada, cargada de cadenas, acurrucada junto á un cántaro y un pan sobre un poco de paja en el charco que formaban debajo de ella los rezumos del calabozo, sin movimiento, casi sin vida, ni tan siquiera sufría. Febo, el sol, la luz del día, el aire, las calles de París, las danzas y los aplausos, las dulces pláticas de amor con el capitán; luego el sacerdote, la vieja, el puñal, la sangre, el tormento, la horca, todas estas cosas pasaban por su mente, ya como una vision sonora y dorada, ya como una disforme pesadilla; pero no era aquello mas que una lucha horrible y vaga que se perdía en las tinieblas, ó una música lejana que sonaba allá arriba, sobre la tierra y que no se oía en la profundidad á que habia caído la desdichada. Desde que

estaba allí, ni velaba, ni dormía; en aquel infortunio, en aquel calabozo, así la era dado distinguir la vigilia del sueño, la ilusión de la realidad, como el día de la noche: todo estaba mezclado, confundido, flotante, confusamente revuelto en su mente. Ya no sentía, ya no sabía, ya no pensaba; lo más que podía hacer, era acordarse. Jamás criatura viva había penetrado tan profundamente en la nada.

Y por eso embotada, helada, petrificada, apenas había advertido dos ó tres veces el ruido de una trampa que se había abierto por allí sobre ella, sin dejar siquiera entrar un poco de luz, y por la cual la había arrojado una mano un pedazo de pan negro: aquella era sin embargo la única comunicación que la quedaba con los hombres, la visita periódica del carcelero. Solo una cosa ocupaba aun maquinalmente sus oídos; encima de su cabeza filtraba la humedad por entre las piedras enmohecidas de la bóveda, y de ella se desprendía á iguales intervalos una gota de agua. La pobre Esmeralda escuchaba estúpidamente el ruido que hacía aquella gota de agua cayendo en el charco, junto á ella.

Aquella gota de agua cayendo en aquel charco era el único movimiento que existía en torno suyo, el único reloj que indicaba el curso de las horas, el único ruido que llegaba hasta ella de todo el ruido que cubre la superficie de la tierra.

Para decirlo todo, sentía también de cuando en

LASCIA TE OGNI SPERANZA. 169

cuando, en aquella cloaca de fango y de tinieblas, una cosa fría que se deslizaba á veces sobre sus pies y sus brazos, haciéndola estremecerse.

¿Cuánto tiempo hacia que estaba allí? lo ignoraba. Acordábase de una sentencia de muerte pronunciada en algun sitio contra alguno, y de que luego se la habian llevado, y que al fin se despertó de noche, en medio del silencio y tiritando de frío. Habíase arrastrado sobre las manos, y entonces unas argollas de hierro la desgarraron los tobillos y oyó un crujido de cadenas: habia reconocido que todo era paredes á su alrededor y que debajo de su cuerpo habia una losa cubierta de agua y un monton de paja; pero ni tenia luz, ni ventana. Entonces, sentóse sobre aquella paja, y á veces, para cambiar de postura, sobre el último escalon de unas gradas de piedra que habia en su calabozo. Una vez, procuró contar los negros minutos que media por ella la gota de agua, pero pronto se rompió por sí mismo en su cabeza aquel triste trabajo de un cerebro enfermo dejándola en su hondo estupor.

Llegó en fin un día ó una noche (porque la noche y el día tenian el mismo color en aquel sepulcro) en que oyó encima de ella un ruido mas fuerte que el que metia por lo general el carcelero cuando la llevaba su pan y su cántaro de agua. Levantó la cabeza, y vió un resplandor rojizo que entraba por las rendijas de la especie de puerta ó trampa abierta en la bóveda del *in pace*. Rechina-

170 **NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.**

ron al mismo tiempo los macizos cerrojos, giró la trampa sobre sus herrumbrosos goznes, y vió la prisionera una linterna, una mano y la parte inferior del cuerpo de dos hombres, pues era la puerta demasiado baja para que pudieran verse sus cabezas. Tanto la hirió la luz en el primer momento que cerró los ojos.

Cuando volvió á abrirlos, estaba ya cerrada la puerta, veíase el farol sobre un escalon de las gradas, y un hombre, solo, estaba en pié delante de ella. Caíale hasta los pies una sotana negra, y un antifaz del mismo color le cubria el rostro; nada se veía de su persona, ni su cara, ni sus manos. Parecía un largo sudario negro que se sostenía en pié, y bajo el cual se sentía moverse alguna cosa. Miró la gitana por algunos minutos de hito en hito á aquella especie de espectro, pero ni uno ni otro hablaban; parecían dos estatuas, una delante de otra. Solo dos cosas parecían vivir en aquel calabozo; la mecha de la linterna que chirriaba á causa de la humedad de la atmósfera y la gota de agua de la bóveda que cortaba aquel chisporroteo irregular con su monotonó caer, y hacia temblar la luz de la linterna en círculos concéntricos sobre el agua espesa del charco.

La prisionera en fin rompió el silencio: —quién sois?

—Un sacerdote.

La palabra, el acento, el sonido de aquella voz, la hicieron estremecerse.

LASCIASTE OGNI SPERANZA. 271

Prosiguió el sacerdote articulando sordamente.

—Estais preparada?

—A qué!

A morir.

—Oh! dijo, y será pronto?

—Mañana.

Su cabeza que se había levantado con alegría, volvió á caer sobre su pecho.—Oh! mucho falta todavía! murmuró; ¿qué mas les daba que fuera hoy?

—Con que sois muy desgraciada? preguntó el sacerdote despues de un breve silencio.

—Tengo mucho frio, dijo la niña.

Cojóse los pies con las manos, movimiento habitual en los desgraciados que tienen frio, y que ya hemos visto hacer á la reclusa de la torre Roland; sus dientes rechinaban.

Por bajo de su capucha recorrió el sacerdote con los ojos el interior del calabazo: —Sin luz! sin fuego! en el agua! que horror!

—Sí, respondió la niña con el ademan atónico que la había comunicado el infortunio; la luz es para todo el mundo; por qué no me dan á mí mas que la noche?

—Sabeis, repuso el sacerdote despues de un nuevo silencio, por qué estais aqui?

—Creo que lo he sabido, dijo pasando sus dedos enjutos sobre sus cejas como para ayudar á su memoria, pero ya no lo sé.

De pronto, púsose á llorar como un niño.—Yo quisiera salir de aqui, tengo frio, tengo miedo y

hay aquí unos bichos que me cosquillean á lo largo del cuerpo.

--Pues bien , seguidme!

Esto diciendo , cojióla el sacerdote por el brazo; la infeliz estaba helada hasta el fondo de sus entrañas, y sin embargo aquella mano , la produjo una sensacion de frio.

--Oh! murmuró en voz doliente , es la mano helada de la muerte! -- Quién sois?

Levantó el sacerdote su capucha y ella le miró. Vió entonces aquel siniestro semblante que hace tanto tiempo la perseguia , aquella cabeza de demonio que se la apareció en casa de la Falourd del encima de la cabeza adorada de su Febo, aquellos ojos que habia visto brillar por última vez junto á un puñal.

Aquella aparicion , siempre tan fatal para ella, y que la habia impelido de infortunio en infortunio hasta el suplicio , la sacó de su profundo letargo. Parecióla que se desgarraba entonces la especie de velo que habia cubierto su memoria. Todos los detalles de su lúgubre aventura desde la escena nocturna en casa de la Falourd hasta su condenacion en la Tournelle, se agolparon de tropel en su mente, no ya vagos y confusos como hasta entonces, sino evidentes, crudos, enérgicos, palpitantes, terribles. Aquellos recuerdos medio borrados y casi contenidos por el exceso del sufrimiento, se reavivaron á vista de aquel rostro sombrío, como el influjo del fuego hace resaltar limpias y puras sobre el papel blanco las letras invisibles escritas en él con tinta

LASCIAVE OGNI SPERANZA. 273

simpática. Parecióla que todas las llagas de su corazón se abrían de nuevo y brotaban sangre á la vez.

—Ah! exclamó, las manos sobre los ojos y con un temblor convulsivo, es el sacerdote!

Luego dejó caer sus brazos desfallecidos, y quedó sentada, con la cabeza baja, fijos los ojos en el suelo, muda y sin dejar un punto de temblar.

Mirábala el sacerdote con ojos de milano que se ha mecido por largo tiempo en el alto cielo en torno de una pobre alondra acurrucada entre los trigos, que ha ido estrechando en silencio los formidables círculos de su vuelo, y desplomándose en fin de repente sobre su presa como la flecha del relámpago y la tiena jadeando entre sus garras.

Empezó ella á murmurar en voz baja:—Acabad! acabad! el último golpe! y metia aterrada la cabeza entre los hombros como la oveja que espera el hachazo del carnicero.

—Con que os inspiro horror! dijo en fin el sacerdote.

Ella no repitió.

—Decidme si os inspiro horror? repitió.

Contractáronse los labios de la desdichada como si fuera á sonreír;—sí, dijo, el verdugo se moja del reo; ya hace una porcion de meses que me persigue, que me amenaza, que me aterra! Sin él, Dios mio, que feliz era yo! El es quien me ha precipitado en este abismo! Dios mio! él es quien le ha asesinado!... á mi Febo!! y entonces, rompien-

toro II.

do en sollozos y fijando sus ojos en el sacerdote:—
Oh! miserable! quiéu sois! qué os he hecho yo—
por qué me aborrecéis? qué teneis contra mí?

—Te amo! dijo el sacerdote.

Cortáronse sus lágrimas de repente y fijó en él una mirada odiosa; el arcediano cayó de rodillas delante de ella y la miraba con ojos de fuego.

—Lo oyes? te amo! repitió.

—Qué amor! dijo la infeliz estremeciéndose. El prosiguió:—El amor de un condenado.

Permanecieron ambos en silencio por algunos minutos abismados bajo el peso de sus sensaciones, él, insensato, ella, estúpida.

—Escucha, dijo en fin el sacerdote, con una serenidad extraordinaria; todo lo voy á decir. Voy á decirte lo que hasta ahora apenas he osado decirme á mí mismo, cuando examinaba furtivamente mi conciencia en aquellas profundas horas de la noche en que hay tantas tinieblas que parece que Dios no nos vé. Escucha; antes de conocerte, oh mujer! yo era feliz.

—Y yo! suspiró la desdichada con voz moribunda.

—No me interrumpas.—Sí, yo era feliz, ó á lo menos creía serio. Yo era puro, tenía mi alma llena de una límpida claridad; no había cabeza que se alzase mas orgullosa y radiante que la mia. Los sacerdotes me consultaban sobre la castidad, los doctores sobre la doctrina. Sí, la ciencia era todo para mí; era un hermano y una hermana me bastaba.

LASCÍATE OGNI SPERANZA. 275

No es esto decir que con la edad no me viniesen otras ideas; mas de una vez palpité mi carne al ver pasar una forma de mujer. Aquella fuerza del sexo y de la sangre del hombre que, joven insensato, había creído yo apagar para siempre jamás, había mas de una vez sucedido convulsivamente la cadena de votos de hierro que me atan, miserable, á las frias piedras del altar: pero el ayuno, la oracion, el estudio, las maceraciones del claustro habian devuelto al alma el dominio del cuerpo. Y ademas yo huia de las mujeres, y sobre todo, bastábame abrir un libro para que todos los impuros vapores de mi cerebro se disipasen ante el resplandor de la ciencia: al cabo de pocos minutos, sentia yo huir á lo lejos las cosas materiales de la tierra, y hallábame feliz, deslumbrado y sereno en presencia del puro foco de la verdad eterna. Mientras el demonio me envió para tentarme mas que formas vagas de mujeres que pasaban en tropel por delante de mis ojos, en la iglesia, en la calle, en los prados, y que apenas se reproducian en mis sueños, facil me fue vencerle.--Escucha, un dia....

Detúvose aquí el sacerdote y la prisionera oyó salir de su pecho suspiros estertorosos que parecian arrancados del fondo de sus entrañas.

Luego prosiguió.

-- ... Estaba yo un dia apoyado en la ventana de mi celda. -- Qué libro estaba leyendo? Oh! todas aquellas cosas forman un caos en mi cabeza. -- Estaba leyendo; la ventana daba sobre una plaza:

oi un ruido de pandera y de música; incomodado de verme así turbado en mis meditaciones, tiendo la vista hácia la plaza... Lo que yo vi, otros lo veían también, y sin embargo no era aquel un espectáculo que debieran ver ojos humanos. Allí - en medio de la plaza - eran las doce del día - hacia un sol hermosísimo - una criatura bailaba. - ¡Una criatura tan bella!... Sus ojos eran negros y espléndidos; en medio de su negra cabellera algunos cabellos heridos por los rayos del sol, relucían como hilos de oro: sus pies desaparecían en su movimiento como los radios de una rueda que gira con rapidez. En torno de su cabeza, en sus negras trenzas veíanse algunas láminas de metal que chispeaban al sol, y ceñían su frente de una corona de estrellas; su falda cubierta de lentejuelas, rielaba azul y tachonada de chispas mil como una noche de verano: sus brazos flexibles y morenos se enlazaban alrededor de su cintura como dos bandas de seda: la forma de su cuerpo era de maravillosa hermosura. Oh! celeste aparición que se destacaba luminosa sobre la misma luz del sol! -- Y aquella mujer, -- oh niña! eras tú. -- Atónito, ciego, hechizado, te seguí mirando, y tanto te miré que me estremecí aterrado, porque sentí que la muerte se apoderaba de mí! --

El sacerdote oprimido se detuvo de nuevo; luego continuó:

-- Ya medio fascinado, procuré asirme á alguna cosa para no acabar de caer; recordé los lazos

LASCIA TE OGNI SPERANZA.

277

que ya me había tendido Satanás; la belleza que estaba delante de mis ojos tenía aquella hermosura sobrehumana que no puede venir mas que del cielo ó del infierno; no era aquella una simple mujer hecha con un poco de nuestra tierra y pobremente iluminada en el interior por la vacilante luz de un alma de fuego. Era un ángel! pero un ángel de las tinieblas; un ángel de llama, no de luz! Mientras estaba yo pensando en esto, ví junto á tí una cabra, un animal del *sábado* que me miraba riendo: el sol de mediodía doraba sus cuernos. Entreví entonces la emboscada del demonio, y no dudé ya que venias del infierno, y que venias para mi perdicion. Lo creí.

Al llegar á este punto, miró el sacerdote de hito en hito á la prisionera, y añadió con frialdad:

— Y lo creo todavía. — El hechizo entre tanto iba poco á poco produciendo sus efectos; tu baile me trastornaba el cerebro, yo sentia irse completando en mí el misterioso maleficio. Todo lo que hubiera debido velar, dormia en mi alma; y como los que mueren entre la nieve, sentia yo cierto placer en dejar venir aquel letargo. De pronto empezaste á cantar... qué podia yo hacer, miserable de mí! Tu canto era aun mas májico que tu baile. — Quise huir, pero fue imposible; me sentí clavado, arraigado en el suelo; parecíame que el mármol del pavimento me había subido hasta la cabeza: mis pies eran de hieló, mi cabeza hervia; en fin, acaso tuviste compasion de mí, dejáste de cau-

tar y desapareciste. El reflejo de aquella mágica visión, el eco de aquella música encantadora se fueron disipando por grados en mis ojos y en mis oídos: caí entonces en el esconce de la ventana mas frío y mas débil que una estatua derrivada. El toque de vísperas me sacó de mi letargo; púseme en pie, y huí. — Pero ah! algo habia caído dentro de mi alma que no podia levantarse ya, algo habia entrado en ella, que ya no podia salir.

Hizo en esto otra pausa, y prosiguió: — Sí, desde aquel día hubo en mí otro hombre que yo no conocia; quise usar de todos mis remedios, el claustro, el altar, el trabajo, los libros.... Delirios! Oh! y cuán hueca resuena la ciencia cuando llama desesperada en ella una cabeza llena de pasiones! — ¿Sabes tú, mujer, lo que yo veía siempre entre el libro y mis ojos? Tú, tu sombra, la imájen de la luminosa aparicion que cruzó un día el espacio delante de mí. Pero aquella imájen no tenia ya el mismo color que antes; era sombría, funeral, tenebrosa, como el círculo negro que persigue por largo tiempo la vista del imprudente que ha mirado al sol cara á cara.

No pudiendo verme libre de aquel fantasma,
oyendo siempre resonar tu cancion en mis oídos,
viendo siempre tus pies bailar sobre mi breviario,
siutiendo siempre de noche, en mis sueños, desli-
zarse tu forma sobre mis carnes, quise volverte á
ver, tocarte, saber quién eras, y ver si te hallaba
en efecto semejante á la imájen ideal que me ha-

LASCIATE OGNI SPERANZA. 279

bia quedado de tí, aniquilar acaso mi ilusión con la realidad; en todo caso, esperé que una nueva impresión borraria la primera, y la primera me era ya insoportable. Te busqué— te volví á ver.— Ah! Cuando te hube visto dos veces, quise verte mil, quise estarte viendo siempre. Entonces — ¿cómo detenerse en aquel declive del infierno? entonces, *deje de ser dueño de mí mismo; la otra punta del hilo que me habia atado á las alas del demonio, atósela él al pié.* Desde entonces me hice vago y errante como tú, te esperé en las puertas, te espíé en las esquinas de las calles, te aceché desde lo alto de mi torre; y á cada noche que pasaba, hallábame yo mas encantado, mas desesperado, mas hechizado, mas perdido!

Yo sabia quien tú eras, egiptea, bohemia, gitana, zingarra —¿cómo dudar de la *májia?* Escucha; esperé que un proceso me libraria del sortilejio; una hechicera encantó á Bruno de Ast; él la hizo quemar y se curó. Yo lo sabia y quise probar el remedio. Hice primero que te prohibieran ir al atrio de nuestra Señora, *esperando olvidarte si no volvias; tú no hicistes caso y volviste.* Luego me ocurrió la idea de robarte y lo intenté una noche; y *2* eras nuestra, cuando llegó ese miserable oficial, y te puso en libertad; así principió tu infortunio, el mio y el suyo. En fin, no habiendo ya que hacer, te delaté á la curia eclesiástica; así esperé curarme, como Bruno de Ast. Tambien pensé confusamente que un proceso te pondria á mi disposición; que en un ca-

280 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

labozo, serias mía; que allí, no podrias escaparte de mis manos; que ya hacia harto tiempo que me poseias tú para que llegara yo tambien á poseerte. Cuando se hace el mal, es preciso hacer todo el mal: ¡locura pararse en la mitad de un crimen! Su estremo tiene tambien delirios de alegría; en él pueden fundirse un sacerdote y una hechicera sobre el monton de paja de un calabozo!

Tu delaté pues; entonces fué cuando te aterré con mis encuentros; el plan que yo tramaba contra tí, la tempestad que yo conjuraba sobre tu cabeza se escapaba de mí en amenazas y en relámpagos.— Sin embargo, dudaba todavía. Tenía mí proyecto lados espantosos que me hacian volverme atrás.

Acaso hubiera renunciado á él; acaso mi atroz pensamiento se hubiera desecado en mi cerebro, sin dar sus frutos. Yo creía que siempre dependería de mí seguir ó cortar el proceso; pero todo mal pensamiento es inexorable y quiere convertirse en hecho; y cuando yo me creía omnipotente, la fatalidad era aun mas poderosa que yo. ¡Infeliz! ¡Infeliz! ella es la que te ha cojido, la que te ha sepultado entre las terribles ruedas de la máquina que yo habia construido tenebrosamente! —Escucha; ya llevo al fin...

Un día—brillaba tambien un sol hermosísimo—veo pasar delante de mí un hombre que pronuncia tu nombre y se rie, y que tiene la lujuria en los ojos.—Maldicion! le seguí y tú sabes lo demas.

Calló; la gitana no pudo hablar mas que una palabra —Oh Febo mio!

LASCIASTE OGNI SEPRANZA 681

—Ese nombre, no! dijo el sacerdote cojiéndola el brazo con violencia. No pronuncies ese nombre! Oh! miserables de nosotros—ese nombre nos ha perdido! —O mas bien todos nos hemos perdido unos á otros, pero el inesplicable capricho de la fatalidad! Sufres, no es verdad? tienes frio, la noche te vuelve ciega, el calabozo te rodea, pero acaso tienes aun alguna luz en el fondo de tu alma, aun cuando no sea mas que tu amor de niña hácia ese hombre nulo que jugaba con tu corazón! mientras que yo! —yo llevo el calabozo dentro de mí; dentro de mí, están el invierno, el hielo, la desesperacion; tengo la noche en mi alma. Sabes tú todo lo que yo he sufrido? Yo asistí á tu proceso; yo estaba sentado en el banco de la curia. —Si—bajo una de aquellas capuchas de sacerdote, palpitaban las contorsiones de un condenado. Cuando te llevaron, estaba yo allí; cuando te interrogaron, tambien.— ¡Caberna de lobos! — Mi crimen, mi patíbulo se alzaban delante de mí sobre tu frente; á cada testigo, á cada prueba, á cada defensa, allí estaba yo; yo he podido contar todos tus pasos en la senda dolorosa; tambien estaba yo allí cuando aquella fiera... oh! yo no habia previsto el tormento! Escucha; te seguí á la estancia de dolor; te vi desnudar y manosear medio desnuda por las manos infames del atormentador.— Ví tu pie, aquel pie al que hubiera querido á trueque de un imperio dar un imperio, dar un beso y morir, aquel pie bajo el cual sentiría yo con delicias hecha pedazos mi

cabeza ; yo le ví metido en el horrible borcequí que hace de los miembros de un ser vivo un lodo sangriento. Oh ! miserable ! mientras veía yo todo aquello, tenía bajo mi sudario un puñal con que desgarraba mi pecho. Al primer grito que diste le sepulté en mis carnes , al segundo , me entró en el corazón ! mira – Creo que todavía brota sangre. –

Abrió entonces la sotana ; su pecho en efecto, estaba desgarrado como por las garras de un tigre, y tenía en el costado una llaga bastante ancha , y mal cerrada.

La prisionera retrocedió horrorizada.

— Oh ! dijo el sacerdote – mujer – ten compasión de mí ! Te crees infeliz – inmensa ! tú no sabes lo que es el infortunio ! Oh ! amar á una mujer ! ser sacerdote ! ser aborrecido ! amarla con todos los furrores de su alma , sentir que daría uno por la menor de sus sonrisas su sangre, sus entrañas, su fama... lamentarse de no ser rey, genio, emperador, arcángel, Dios, para poner una esclavitud mayor bajo sus pies ; pensar en ella, soñar con ella el día y la noche, y verla enamorada de una librea de soldado ! y no poder ofrecerla mas que una sucia sotana de sacerdote que la inspirará asco y miedo. Estar presente , con sus celos y su rabia , mientras prodiga ella á un miserable fanfarrón imbécil , tesoros de amor y de hermosura ! ¡oh, cielo ! amar su pie , su brazo , su espalda , pensar en sus venas azules, en su tez morena , hasta el punto de arrastrarse noches enteras sobre las losas de una celda y ver

LASCIATE OGNI SPERANZA. 283

todas las caricias soñadas para ella convertirse en la *tortura*! no haber logrado mas que acostarla sobre el lecho de cuero!— Oh! estas son las verdaderas tenazas enrojeadas al fuego del infierno! Oh! feliz mil veces aquel á quien sierran entre dos tablas y descuartizan entre cuatro caballos! Sabes tú el suplicio que hacen sufrir al cuerpo, durante las largas noches, las arterias que hierven, el corazon que rebienta, la cabeza que se parte, los dientes que atarazan las carnes; atormentadores encarnizados que martirizan sin cesar como una parrilla ardiente, sobre un pensamiento de amor, de celos, y de desesperacion — mujer, mujer, perdon! tregua por un momento! Un poco de ceniza sobre esta brasa! Enjuga, yo te lo pido, el sudor que cae á arroyos de mi frente! Niña! martirizame con una mano, pero acaríciame con la otra! Ten piedad, oh niña, ten compasion de mí!—

Revolcábase el sacerdote en el agua de la losa, y se golpeaba el cráneo contra los ángulos de las gradas de piedra. La gitana le escuchaba, le miraba, y luego que él calló rendido y jadeando, repitió ella á media voz: — Oh Febo mio!—

El sacerdote se arrastró hácia ella de rodillas.

Yo te lo pido, exclamó, si tienes entrañas, no me rechaces! oh, yo te amo! yo soy un miserable! Cuando pronuncias este nombre, desgraciada, es como si machacases entre tus dientes todas las fibras de mi corazon! Oh compasion! Si vienes del infierno, yo iré á él contigo. Todo lo he hecho para eso,— el

infierno en que estes tú ese será mi cielo; oh, dime! no quieres? — El día en que una mujer despreciase un amor como este, creeria yo que se mueven las montañas! Oh, si tú quisieras! qué felices podríamos ser! — Huiríamos — yo te haria huir — iríamos á algun retiro, buscaríamos el sitio de la tierra donde hay mas sal, mas árboles, un cielo mas azul: nos amariamos, confundiríamos nuestras dos almas la una con la otra, y tendríamos una sed inextinguible de nosotros mismos, que ambos abreviaríamos sin cesar en aquella copa de inacabable amor! —

Interrumpióle la gitana con una carcajada sonora y terrible. — Mirad, padre, mirad! — teneis sangre junto á las uñas!

Quedó el sacerdote por algunos instantes como petrificado, fijos los ojos en su mano.

— Pues bien, — si! repuso en fin con una dulzura singular, ultrájame, búrlate de mí! — mátame, pero ven, ven! Apresurémonos; — te digo que es para mañana. — El cadalso de la Greve — lo sabes? siempre está pronto — Qué horror! verte en aquel espantoso carreton! — Oh! piedad! — piedad! Nunca había yo conocido hasta ahora hasta qué punto te amo. — Oh! Sigueme! Luego que te haya salvado la vida, tendrás tiempo — todo el que quieras — para llegar á amarme! — me aborrecerás tambien todo el tiempo que quieras — Pero ven... mañana! mañana! el cadalso! tu suplicio! Oh, sálvate! ten compasion de mí!

LASCIA TE OGNI SPERANZA. 285

Y la cogió por el brazo, porque estaba loco, y quería llevársela por fuerza.

Clavó en él la jítana su mirada fija: -Qué ha sido de mi Febo?

--Ah! dijo el sacerdote soltándola el brazo -- tienes un corazón de hierro.--

--Qué ha sido de mi Febo? repitió ella con frialdad.

--Ha muerto! exclamó el sacerdote.

--Muerto! repitió la infeliz helada é inmóvil; entonces, qué estais hablando de vivir?

Pero él no la escuchaba.- Oh, sí! decia como hablando consigo mismo, debe haber muerto. La hoja penetró hasta el fondo y creo haber tocado el corazón con ella.- Oh! yo vivía hasta la punta del puñal!

Precipitose sobre él la jítana como un tigre furioso, y le derribó sobre las gradas de la escalera con una fuerza sobrenatural.- Vete, monstruo! vete, asesino! déjame morir! Oh, que la sangre de nosotros dos te haga en la frente un eterno borron! Ser tuya, sacerdote! Jamás! Jamás! Nada nos reunirá- ni aun en el infierno!- Vete, maldito!- jamás! --

El sacerdote habia tropezado en la escalera: descendió sin decir palabra sus pies de entre los pliegues de su sotana, cogió su linterna, y empezó á subir lentamente las escaleras que conducian á la puerta; abrióla y salió.- Luego de repente volvió la jítana á ver su cabeza en que brillaba una expresión horrible, y oyó que la decia con un estertor

286

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

de rabia y de desesperación: -- Te digo que ha muerto!--

Cayó la infeliz al suelo boca abajo, y no se oyó ya más en el calabozo otro ruido que el suspiro de la gota de agua que hacía palpar el charco en las tinieblas.

5.

LA MADRE.

No creo que haya cosa mas halagüeña en el mundo que las ideas que se despiertan en el corazón de una madre á la vista del zapatito de su hijo; sobre todo si es el zapatito de los dias de fiesta, de los domingos, del bautismo; el zapato bordado hasta debajo de las suelas; un zapato con el cual no ha andado ni siquiera un paso la criatura. Aquel zapatito tiene tanta gracia, y es tan pequeño, le es tan imposible andar, que para la madre es como si viera su hijo. La madre le sonrie, le besa, le habla, se pregunta si es posible en efecto, que un pic sea tan pequeñito; y aunque el niño esté ausente, basta aquel lindo zapato para hacerla ver presente la dulce y frágil criatura: cree verle, le ve todo entero, vivo, alegre, con sus manos delicadas. Su cabeza redonda, sus labios puros, sus ojos serenos, cuyo blanco es azul. Si es en invierno, allí está arrastrándose sobre la alfombra, escalando laboriosamente un taburete, y la madre tiembla de que se acerque al fuego: si es en verano, rastrea por el

patio, por el jardín, arranca la yerba de entre las piedras, mira con inocencia los perros grandes, los caballos grandes, sin miedo, juega con las chinitas, con las flores, y hace gruñir al jardinero que halla la arena en los acirates y la tierra en los paseos. Todo ríe, todo brilla, todo juega en torno de él como él, hasta el aliento del aire y el rayo del sol que se confunden en los sutiles rizos de sus cabellos. El zapatito hace ver todo esto á la madre, y la derrite el corazón como el fuego á la cera.

Pero cuando el niño se ha perdido, estas mil imágenes de alegría, de hechizo y de ternura, que se agolpan á vista del zapatito, se convierten en otras tantas cosas horribles; el lindo zapatito bordado no es ya mas que instrumento de tortura que ataraza el corazón de la madre. Siempre hace vibrar la misma fibra, la fibra mas profunda y mas sensible; pero en vez de un ángel que la acaricie tiene un demonio que la desgarre.

Una mañana, mientras se alzaba el sol de mayo en uno de aquellos cielos de azul sombrío en que solia colocar el Garofalo (1) sus descendimientos de la cruz, oyó la reclusa de la Torre Roland un ruido de ruedas, de caballos y de herraje en la plaza de Greve. Poco llamó aquello su atención;

(1) Benvenuto Garofalo, pintor, natural de Ferrara, y célebre principalmente por su exactitud en copiar los cuadros de Rafael. -Murió en 1695. (Nota del traductor).

LA MADRE.

289

anudóse los cabellos sobre las orejas para no oír, y volvióse á contemplar el objeto inanimado que estaba adorando hacia quince años. Aquel zapatito, ya lo hemos dicho, era para ella el universo; sus pensamientos estaban todos encerrados en él, y no debían salir de allí hasta la muerte. Las amargas imprecaciones, las quejas lastimeras, las súplicas y los sollozos con que había importunado al cielo por aquel primoroso juguete de raso color de rosa, solo ha podido saberlo el sombrío calabozo de la Torre Roland: jamás cayó tanta desesperación sobre un objeto más lindo y más gracioso. Aquella mañana parecía que su dolor se exhalaba más violento aun que otras veces, y oíase desde fuera lamentarse en voz alta y monótona que partía el corazón.

— ¡Oh! ¡mi hija! decía, ¡mi hija! ¡mi pobre y querida hija! — ¡ya nunca te veré más! ¡nunca! ¡Oh! ¡siempre me parece que sucedió ayer! ¡Dios mío, Dios mío, para quitármela tan pronto, mas valiera no habérmela dado! — ¡Ah, miserable de mí, que salí aquel día! — ¡Señor! ¡Señor! para quitármela así, ¿nunca me habíais visto con mi hija, cuando yo la calentaba, tan contenta ella, á mi hogar, cuando reía mamando mis pezones, cuando hacia yo subir sus piesscitos sobre mi pecho hasta mis labios? — ¡Oh! si hubierais visto aquello, Dios mío, hubierais tenido compasión de mi alegría; no me hubierais arrancado el único amor que me quedaba en el corazón! ¡Tan miserable criatura era yo, Señor, que no podíais echarme una mirada antes de condenar-

TOMO II.

19

290 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

me!— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ahí está el zapato, pero el pie, ¿dónde está? ¿dónde está lo demás? ¿dónde está la criatura? ¡Hija mia! ¡hija mia! ¿qué han hecho de tí? ¡Señor — volvédmela! ¡Por quince años se han desollado mis rodillas rezando, Dios mio! y no os parece bastante? Volvédmela, un día, una hora, un minuto; un minuto, Señor, y arrojadme luego al demonio por toda la eternidad! Oh! si yo supiera dónde hallar una punta de vuestra falda, á ella me asiría con ambas manos, y no tendríais mas remedio que volverme mi hija! Y no teneis piedad, Señor, de su primoroso zapatito? Podeis condenar á una pobre madre á este suplicio de quince años? Santa Virgen! Santa Virgen del cielo! mi pobre niño Jesus, me le han quitado, me le han robado, me le han devorado en una pradera, me han bebido su sangre, me han masticado sus huesos! Santa Virgen, tened compasión de mí! mi hija! yo quiero mi hija! Qué me importa que esté en el cielo? yo quiero mi hija! Yo soy una leona y quiero mi cachorro.— Oh! me arrastraré por el suelo, y romperé las piedras con mi frente y me condenaré y os maldeciré, Señor! si no me volveis mi hija!— Ya veis que tengo los brazos martirizados y morlidos, Señor! no tiene piedad el Dios del cielo!— Oh! no me deis mas que sal y pan negro con tal que me deis mi hija y que me caliente ella como un sol! Dios, Señor, yo no soy mas que una vil pecadora; pero mi hija me hacia ser buena. Ah! yo tenia tanta religion por

LA MADRE.

191

amor de ella! yo os veía al trasluz de su sonrisa como por una abertura del cielo.--Oh! pueda yo una vez, sola una vez, calzar con este zapato su rosado piccetto, y moriré, Virgen santa, bendiciéndos! Quince años! ya habría crecido tanto!--Pobre criatura! y qué? será cierto?--ya no la veré mas, ni aun en el cielo!--porque yo... yo no iré á él.--Oh!--miseria! ahí tengo su zapato y... nada mas!

Arrojose la desdichada sobre aquel zapato, su consuelo y su desesperacion hacia ya tantos años, y sus entrañas se desgarraban en sollozos como el primer día; porque para una madre que ha perdido su hijo, todos los días son el primero en que le perdió. Este dolor no envejece; en vano se desgastan y blanquean las ropas de luto; el corazón queda negro.

Pasaron en aquel momento delante de la celda multitud de alegres y frescas voces de muchachos. Siempre que veía ú oía criaturas, la pobre madre se precipitaba al ángulo mas sombrío de su sepulcro, y parecía que procuraba hundir su cabeza en la piedra para no oírlos. Aquella vez, sin embargo, se puso en pié frenética y escuchó con ansia; uno de los chiquillos acababa de decir:--Hoy ahorcan á una gitana.

Con el brusco arranque de aquella araña que vimos precipitarse sobre una mosca al ver el estremeamiento de su tela, corrió ella á su ventana que caía, como ya hemos dicho, sobre la plaza de Gre-

ve. En efecto, estaba arrimada una escalera de mano al patíbulo permanente, y el maestro de las bajas obras (1) se ocupaba en arreglar las cadenas tomadas por la lluvia. Veíanse algunos grupos en derredor.

Lejos estaba ya el tumultuoso tropel de los muchachos, por lo que la pobre reclusa empezó á buscar con los ojos alguno de quien poder informarse de lo que pasaba. -- Vió entonces al lado de su covacha un sacerdote que hacia como que leía en el breviario público, pero que atendía mucho menos á sus letras que al cadalso, hácia el cual echaba de vez en cuando una mirada sombría y feroz: la reclusa reconoció al señor arcediano de Josas, un santo hombre en toda la estension de la palabra.

--Padre mio, preguntó, á quién van á aborcar?

Miróla el sacerdote y no respondió; repitió ella su pregunta, y dijo en fin el sacerdote:

--No lo sé.

--Antes decían ahí unos muchachos que era á un a gitana.

--Creo que sí.

Soltó entonces Paquita la Chantefleuri una carajada de hiena.

--Hermana, dijo el arcediano, aborreceis mucho á las gitanas?

(1) Carpintero de los patibulos.

(N. del Trad.)

LA MADRE.

293

--Sí las aborrezco! exclamó la reclusa; no he de aborrecerlas si son vampiras, ladronas de criaturas? me han devorado mi hija, mi hija única! Ya no tengo yo corazón, ellas se lo han comido!

Espantosa estaba aquella mujer: el sacerdote la miró con indiferencia.

--Una hay sobre todo á quien aborrezco, prosiguió, y á quien mil veces he maldecido; es una jóven, que tiene la misma edad que tendria mi hija, si su madre no me la hubiera devorado. Cada vez que esa víbora pasa por delante de mi celda, me revuelve toda la sangre.

--Pues bien! hermana, regocijáos, dijo el sacerdote, glacial como la estatua de un sepulcro; esa es la que vais á ver morir.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se alejó lentamente.

Hizo la despiadada reclusa estremos de alegría.--Yo se lo había profetizado, que subiria al patíbulo! Gracias, sacerdote! exclamó.

Y empezó á pasearse á pasos jigantescos delante de las rejas de su ventana, espeluzada, echando llamas por los ojos, golpeando las paredes con sus hombros, con el porte feroz de una loba enjaulada que tiene hambre hace ya mucho tiempo, y siente acercarse la hora de recibir su racion.

6.

TRES CORAZONES DE HOMBRE,

MUY DISTINTOS ENTRE SÍ.

Febo sin embargo no había muerto; hombres de este temple tienen la vida dura. Cuando maese Felipe Lbeulier, abogado extraordinario del rey, dijo á la pobre Esmeralda, *se está muriendo*, fue por error ó por chiste; cuando repitió el arcediano á la prisionera *ha muerto*, es el caso que él no lo sabía, pero lo suponía, contaba con ello, lo creía indudable, lo deseaba: le hubiera sido har- to duro dar á la mujer que amaba buenas nuevas de su rival. Cualquiera en su lugar hubiera hecho otro tanto.

No es esto decir que fuese poco grave la herida de Febo; pero no lo fue tanto como hubiera deseado el arcediano. El físico á cuya casa le llevaron en el primer momento los soldados de la ronda, temió durante ocho días por su vida y aun se lo dijo en latín. Sin embargo, la fuerza de la juventud

TRES CORAZONES, ETC.

295

fue superior á todo; y cosa que con frecuencia acontecete, magüer pronósticos y diagnósticos, empeñóse naturaleza en salvar al enfermo á los hocicos del médico. Hallándose aun en la cama del físico sufrió los primeros interrogatorios de Felipe Lheulier y de los jueces pesquisidores de la curia, cosa que le aburrió sobremanera. Y como el día menos pensado se hallase sano y bueno el enfermo, dejó al farmacópola en pago sus espuelas de oro y esquivóse sin despedirse de nadie; esto sin embargo en nada interrumpió el curso del proceso. La justicia de entonces era poco escrupulosa en punto á la limpieza y claridad de una causa criminal; con tal que el acusado fuera á la horca, no era menester mas. Los jueces tenían ya bastantes pruebas contra la Esmeralda; habían creído muerto á Febo, y no había mas que pedir.

Febo por su parte no se condenó á muy remoto destierro; contentóse lisa y llanamente con ir á reunirse á su compañía, que estaba de guarnicion en Queu-en Brie, en la Isla de Francia—á pocas postas de Paris.

Porque es el caso que no le acomodaba en manera alguna comparecer en persona en el tal proceso, conociendo allá en sus adentros que debía hacer en él por fuerza una figura algo ridícula. Indevoto y supersticioso como todo soldado que no es mas que soldado, cuando examinaba esta aventura en su conciencia, no las tenía todas consigo acordándose de la cabra, del modo extraño como había he-

cho conocimiento con la Esmeralda, del modo no menos extraño como le había hecho ella adivinar su amor, de su calidad de gitana, y en fin del monje en pena. Entreveía él en toda esta historia mucho más de magia que de amor, probablemente una hechicera, tal vez el mismo diablo; una comedia en fin, ó por hablar en el lenguaje de entonces, un misterio muy desagradable en que hacía un triste papel, el de los porrazos y las rechiflas. Estaba el capitán todo mohino, y sentía aquella especie de vergüenza que tan admirablemente define nuestro Lafontaine:

Corrido como una zorra

Cautiva de una gallina.

Esperaba no obstante que no se hablaría más del asunto, que estando él ausente, apenas se mentaría su nombre para nada, y, en todo caso, no pasaría de las puertas de la Tournelle. En esto no se equivocaba; no existía entonces la *Gazeta de los Tribunales*, y como no pasaba semana á la sazón que no tuviese su monedero falso cocido, su bruja ahorcada, ó su hereje quemado en una de las innumerables justicias de París, tanto se había acostumbrado la jente á ver en todas las calles á la decrepita Temis, remangada hasta los codos, hacer su negocio en las hogueras, paríbulos y picotas, que ya casi no hacía alto en ello. La buena sociedad de aquellos tiempos sabía apenas el nombre del paciente que pasaba por la esquina, y solo el populacho se regalaba con aquel grosero manjar. Una ejecución

TRES CORAZONES, ETC.

297

de muerte era un incidente habitual en las calles públicas, como la tahona del panadero, ó la carnicería del carnicero. El verdugo no era mas que una especie de carnicero algo mas encopetado que los demas.

No tardó pues Febo en tranquilizarse acerca de la hechicera Esmeralda ó Similar, como él decia, de la puñalada de la jitana ó del monje en pena (tanto se le daba por lo uno como por lo otro) y del resultado del proceso; pero apenas se vió vacante por este lado su corazon, cuando volvió á ocuparle la imágen de Flor de Lis. El corazon del capitan Febo, como la fisica de entonces, miraba con horror al vacío.

Era á mayor abundamiento Queue-en Brie una morada muy insípida, un pueblacho de herradores y de vaqueras, de desquebrajadas manos; un largo cordon de casucas y de cabañas que ceñía el camino real por uno y otro lado por espacio de media legua; una *cola* (r) en fin.

Flor de Lis era su penúltima pasión, una buena moza, un dote esquisito; por lo que una mañana, ya enteramente restablecido, y no pudiendo dudar que al cabo de dos meses debía estar del todo pasado en cuenta ú olvidado el pleito de la jitana, llegó caracoleando el amante caballero á la puerta de la casa Gondelaurier.

(r) *Queue* significa cola. (N. del trad.)

No hizo alto en un gentío bastante numeroso que se apiñaba en la plaza del Atrio, delante de la Portada de Nuestra Señora; acordóse que estaba en el mes de mayo, por lo que suponiendo que sería alguna procesion, alguna Pentecostés, alguna festividad, ató las riendas de su caballo á la argolla del portal, y subió en cuatro brincos á casa de su gallarda futura.

Estaba sola con su madre á la sazón.

Muy á pecho habia tomado Flor de Lis la escena de la hechicera, su cabra, su maldito alfabeto y las largas ausencias de Febo; mas con todo, cuando vió entrar á su capitán, hallóle un tan gallardo continente, un uniforme tan nuevo, una bandolera tan reluciente, y un aire tan apasionado, que se ruborizó de placer. La noble doncella estaba en aquel momento mas hermosa que nunca; sus magníficos cabellos rubios estaban trenzados que era un primor; iba vestida de aquel azul celeste que tan bien dice á las blancas, refinamiento que la habia enseñado su amiga Paloma, y tenia los ojos empapados en aquella dulce languidez de amor que les dice mejor todavía.

Febo que nada habia visto en punto á hermosura desde los maricones de Queue-en Brie, quedó hechizado de Flor de Lis, lo que dió á nuestro oficial una soltura tan galante y obsequiosa que al punto quedó hecha la paz; la misma viuda Gondelaurier, maternalmente sentada en su ancha poltrona, no tuvo valor para ponerle hocico. En cuanto

TRES CORAZONES, ETC.

299

á las reconvenciones de Flor de Lis, todas ellas espiraron en tiernos arrullos.

Estaba la doncella sentada junto á la ventana, bordando su eterna gruta de Neptuno; y el capitán apoyado en el respaldo de su silla, la miraba bordar mientras ella le dirijia á *sotto voce* sus cariñosas reprimendas.

-- Puede saberse que ha sido de vuestra merced durante dos meses cumplidos, mala pieza?

-- Os juro, respondió Febo algo confuso con la tal pregunta, que estais de puro hermosa capaz de trastornar el seso á un arzobispo.

No pudo menos la niña de sonreír.

-- Sí, sí, bueno está. -- Dejad á un lado mi hermosura, y respondedme. -- Buena hermosura por cierto!

-- Pues bien, amada prima, he tenido que ir destacado con mi regimiento.

-- Y á dónde? y por qué no habeis venido á decirme á Dios?

-- A Quee-en Brie.

Estaba Febo en sus glorias porque la primera pregunta le ayudaba á equivocar la segunda.

-- Pues si está un paso. -- Por qué no haber venido á verme siquiera una vez?

Hallóse Febo en este momento verdaderamente *apurado*.

-- Es qué... el servicio... y luego, hermosa prima, he estado malo.

-- Malo! repuso asustada la prima.

300

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

-- Sí... herido.

-- Herido!

La pobre niña estaba en brasas.

-- Oh! no hay que asustarse por eso, dijo con indiferencia el capitán -- no es nada -- una disputa, una estocada -- ¿ qué os importa eso?

-- Qué se me importa? exclamó Flor de Lis, levantando sus hermosos ojos anegados en llanto. Oh no decís lo que pensáis hablando así. -- Y por qué ha sido esa estocada? Quiero saberlo todo.

-- Nada -- sino que tuve unas palabras con Mahé Fedy -- ya sabéis quién? -- el teniente de San German en Laya, y nos hemos hecho unos puntos en el pellejo. -- Esto es todo...

El embustero capitán sabía muy bien que un lance de honor da siempre cierta importancia á un hombre á los ojos de una mujer. En efecto, Flor de Lis le contemplaba estática, llena de miedo, de alegría y de admiración: sin embargo no estaba de todo tranquilizada.

-- Con tal que estéis ya enteramente restablecido, Febo mio! dijo. No conozco á ese Mahé Fedy, pero es un picarón. Y de qué provino esa disputa?

Al llegar á este punto, Febo, cuya imaginación no era de las más fecundas, empezó á no saber cómo salir adelante con su proeza.

-- Bah! qué sé yo? -- por nada -- por un caballo -- por una palabra! -- Hermosa prima, dijo para mudar de conversación -- qué quiere decir toda esa bulla en el ático?

TRES CORAZONES, ETC.

301

Acercóse entonces al balcon.--Oh! oh! prima
mia, válgame Dios y cuánta gente que se amonto-
na en la plaza!

--No sé lo que es, dijo Flor de Lis; dicen que
hay una hechizera que va á retractarse públicamente
hoy por la mañana delante de la iglesia para ser
ahorcada en seguida.

Tan completamente olvidado creía ya el capitán
el negocio de la Esmeralda, que apenas hizo alto
en las palabras de Flor de Lis; sin embargo, diri-
gióle una ó dos preguntas:--

--Cómo se llama esa hechicera?

--No lo sé.

--Se dice qué es lo que ha hecho?

De nuevo encojió la niña sus blancos hombros.

--No sé.

--Jesus! Jesus! dijo la madre, tantos hechice-
ros hay en estos tiempos que creo que los queman
sin saber siquiera sus nombres: tanto valdria que-
rer saber como se llama cada nube del cielo. Con
todo, no hay que tener cuidado; Dios lleva su cuen-
ta.-- Levantóse en esto la venerable señora, y fué á
la ventana -- Señor! exclamó, pues teneis razon, Fe-
bo, sobre que hay una gran muchedumbre de *po-
pular!* no falta, loado sea Dios! ni aun encima de
los techos.-- Sabéis, Febo, que eso me recuerda mis
floridos años? la entrada del rey Carlos VII en que
habia tambien tantísima gente... ya no me acuerdo
en qué año. Verdad que cuando hablo de estas co-
sas, os parecen muy viejas? pues á mi me parecen

muy nuevas.— Oh, otra gente era aquella algo mejor que la del día! como que había popular hasta sobre los matacanes de la puerta San Antonio. El rey llevaba á la reina á la grupa y detras de sus altezas venian las damas á la grupa de los señores: por mas señas, que me acuerdo de que se reian tanto porque al lado de Amayon de Garlande, que era muy breve de estatura, iba el caballero Matelefon, de talla gigantesca, que mató ingleses á porrillo. Cuidado que era magnífico! una procesion de todos los gentiles hombres de Francia con sus pendones que sondeaban á la vista! los había de pendon y de bandera. Qué sé yo? el señor de Calais, con pendon; Juan de Chateaurmorant, con bandera; el señor de Coucy con bandera, y mas pomposo que todos los demas, escepto el duque de Borbon— Ah! y cuán triste cosa es pensar que todo eso ha existido, y que no existe ya!—

Los dos amantes no escuchaban á la respetable viuda. Febo había vuelto á apoyarse en el respaldo de la silla de su querida, punto delicioso desde donde sus miradas libertinas penetraban en todas las aberturas de la gorguera de Flor de Lis. Aquella gorguera bostezaba tan á tiempo y permitiale ver tantas cosas esquisitas dejándole juntamente adivinar otras tantas, que Febo, prendado de aquel cutis de raso, decia para su coletto:— Cómo se puede amar á una mujer que no sea blanca y rubia? Ambos callaban; la niña alzaba hácia él de vez en cuando sus ojos apasionados y dulces, y sus cabe-

TRES CORAZONES, ETC.

203

llos se mezclaban en un rayo del sol de primavera.

--Febo, dijo de pronto Flor de Lis en voz baja, dentro de tres meses vamos á casarnos: juradme que nunca habeis amado á nadie mas que á mí.

--Lo juro, angel mio! respondió Febo; y su mirada delirante se unia para convencer á Flor de Lis, al acento sincero de su voz. Acaso en aquel momento se creia él á sí mismo.

En tanto la buena madre, hechizada de ver á los novios en tan perfecta armonía, acababa de salir de la estancia, sin duda para arreglar algun detalle doméstico. Advirtiólo Febo, y tanto alentó aquella soledad al temerario capitán, que de pronto se le vinieron á la cabeza ideas sumamente heteróclitas. Flor de Lis le amaba; iba á ser su esposa; estaba sola con él, su antiguo amor á ella habia renacido, no en toda su frescura, pero sí en todo su ardor; al fin y al cabo no es un gran crimen comerse cada cual su trigo en flor, y... Yo no sé si se le ocurrieron estas ideas; pero lo que es seguro es que Flor de Lis se sintió de pronto aterrada al ver la expresion de sus ojos. Tendió su vista en derredor y no vió á su madre.

--Dios mio! dijo encendida é inquieta, qué calor tengo!

--Creo en efecto, respondió Febo, que son cerca de las doce... el sol pica que rabia, -- no hay mas que cerrar las cortinas.

--No, no! exclamó la pobre niña, tengo necesidad de aire por el contrario.

Y como una corza que siente el aliento de los perros que la persiguen, púsose en pie y corrió á la ventana; abrióla y se agarró á la baranda del balcon.

Febo, algo mohino, la siguió.

La plaza del atrio de Nuestra Señora, sobre la cual caía el balcon, como ya hemos dicho, presentaba á la sazón un espectáculo siniestro y singular, que hizo cambiar bruscamente de naturaleza al terror de la tímida Flor de Lis.

Un inmenso gentío que reflujía en todas las calles adyacentes, llenaba la plaza propiamente dicho. La pequeña pared de medio cuerpo de alta que rodeaba el Atrio no hubiera bastado para mantenerle espedito á no hallarse guarnecida por una ancha hilera de alabarderos y arcabuceros, todos con sendas culebrinas en las manos.—Merced á aquella selva de piczas y de arcabuces, estaba el Atrio vacío; defendían además su entrada un puñado de partesaneros todos con las armas del obispo. Cerradas estaban las anchas puertas de la iglesia, lo que contrastaba con las innumerables ventanas de la plaza, las cuales abiertas hasta en las bohardillas, dejaban ver millares de cabezas apiñadas con corta diferencia como los montones de balas en un parque de artillería.

La superficie de aquel gentío era gris, sucia y terrosa; el espectáculo que esperaba era evidentemente uno de aquellos que tienen el privilegio de extraer y atraer la parte mas inmundada de la población. Na-

TRES CORAZONES, ETC. 365

da mas asqueroso que el rumor que se exhalaba de aquel hacinamiento de gorros amarillos, y sórdidas caballeras; en aquella muchedumbre habia mas carcajadas que gritos, mas mujeres que hombres.

De vez en cuando, una voz ágría y vibrante dominaba el rumor general.

—Ohé! Mahiet Baliffre! á quién van á ahorcar?

—Majadero! aquí no es mas que la pública retractacion en camisa!... Eso se hace siempre aquí á las doce.— Si quieres ver ahorcar, vete á la Greve.

—Luego iré.

—Eh! decid, la Boucambry! es verdad que no se ha querido confesar?

—Parece que sí, la Bechaïque.

—Habrás visto pagana como ella!!

—Caballero, esa es la costumbre. El alcaide del palacio tiene obligacion de entregar la persona del malhechor, ya juzgado, para la ejecucion, si es lego, al preboste de París, si es eclesiástico, á la curia del obispado.

—Mil gracias, caballero.

— Oh! Dios mio! decia Flor de Lis—pobre criatura!

Este pensamiento llenaba de dolor la mirada

306 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

que tendía de una parte á otra sobre el populacho: y el capitán entre tanto, mucho más ocupado en ella que en toda aquella pillería, manoseaba cariñosamente su cintura por detrás. Volvióse ella al fin suplicante y sonriendo: -- Por amor de Dios, dejadme, Febo! si entra ahora mi madre, verá vuestra mano.

Vibró en aquel momento lentamente el toque de las doce en el reloj de Nuestra Señora, y circuló al mismo tiempo por toda la muchedumbre un murmullo de satisfacción. Estinguíase apenas la última vibración de la docena campanada, cuando empezaron ya á agitarse las cabezas como las olas bajo un huracán, y se alzó un inmenso clamor del suelo, de las ventanas y de los techos: -- Ahí está!

Tapóse la cara con las manos Flor de Lis para no ver.

-- Hermosa, la dijo Febo, queréis que entremos?

-- No, respondió, y abrió por curiosidad los ojos que acababa de cerrar por miedo.

Un carreton tirado por un robusto rocín normando y escoltado por numerosa caballería de uniforme morado con cruces blancas, acababa de entrar en la plaza por la calle de san Pedro-aux-Bœufs: abríañle paso á latigazos entre el jentío algunas patrullas de ronda. Caracoleaban al lado del carreton algunos oficiales de justicia y de policía, fáciles de reconocer por su traje negro y poco garboso á manera de sostenerse en la silla: iba á su frente caballe-

TRES CORAZONES, ETC. 307

ro en un rocín maese Jaime Charmolue. Iba sentada en el fatal carruaje una mujer, atados los brazos detrás de la espalda, y sin sacerdote que la acompañara; estaba la infeliz en camisa; sus largos cabellos negros (era costumbre entonces no cortárselos á los reos hasta llegar al pie del patíbulo) caían destrenzados sobre su garganta y sus hombros medio desnudos.

Al trasluz de aquella ondulosa melena mas brillante que el plumaje de un cuerbo, veise girar y anudarse una *maroma gris y rugosa que desollaba* aquellas frágiles clavículas y se arrollaba en derredor del lindo cuello de aquella criatura como un gusano sobre una flor. Brillaba bajo aquella cueida un pequeño amuleto recamado de cuentas de vidrio verde que sin duda la habían dejado llevar consigo, porque nada se niega á los que van á morir. Los espectadores colocados en las ventanas podían ver en el fondo del carreton sus piernas desnudas que la desdichada procuraba ocultar con su cuerpo, como por un pester instincto de mujer. Veíase á sus pies una cabrita agarrutada; sostenía la víctima con los dientes su camisa mal prendida como si aun en su profunda miseria sufriese al verse así espuesta medio desnuda á las miradas de todos. Ah! no se hizo el pudor para tan crueles sobresaltos!

—Jesus! dijo de pronto Flor de Lis al capitán: mirad, mirad, primo, es aquella maldita gitana de la cabra.

Esto diciendo, fijó los ojos en Febo, que te-

308 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

nia los suyos clavados en el carretón, pálido y confuso.

—Qué gitana... qué cabra? dijo en voz balbuciente.

—Cómo! repuso Flor de Lis, con que ya no os acordáis?....

Febo la interrumpió.— No sé lo que quereis decir.

Dió en esto un paso para meterse adentro; pero Flor de Lis, tan celosa en otra ocasion de aquella misma gitana, sintió de pronto despertarse sus sospechas, y le echó una mirada de desconfianza y penetracion: en aquel momento se acordó confusamente de haber oido hablar de su capitán implicado en el proceso de la hechicera.

—Qué tenéis? dijo á Febo; parece que os ha turbado la vista de esa mujer.

Hizo Febo un violento esfuerzo para reir:—Á mí! qué disparate!— Vaya, pues está bueno!

—Ya! pues quedáos aquí, repuso imperiosamente, y veamos hasta el fin.

Forzoso le fué al mal' andante capitán quedarse en la ventana; pero lo que algun tanto le tranquilizaba es que la prisionera no apartaba sus ojos del suelo.— Aquella mujer era seguramente la pobre Esmeralda. En aquel último escalón del oprobio y del infortunio estaba hermosísima como siempre; sus grandes ojos negros parecían aun mas grandes á causa de la flacura de sus mejillas; su lívido perfil se destacaba puro y sublime. Pareciase en aquel momento á lo que habia sido como una virgen de

TRES CORAZONES, ETC.

309

Masaccio (1), á una vírgen de Rafael; mas débil, mas aérea, mas delgada.

Por lo demas, todo en ella, todo, menos el pudor, parecia abandonado á la casualidad; tanto habian marchitado su alma el delirio y la desesperacion. Bamboleábase su cuerpo con todos los vaivenes del carroton como una cosa muerta ó hecha pedazos; su mirada era vaga y sombría; veíase aun una lágrima en sus ojos mates, pero inmóvil, y por decirlo así, helada.

Atravesó la lúgubre cabalgada por el jentío entre gritos de alegría y curiosas actitudes. Debemos decir sin embargo, para ser fieles historiadores, que al verla tan hermosa y tan desdichada, muchos corazones, aun de los mas duros, se movieron á compasion. Ya habia entrado en el átrio la carreta.

Hizo alto delante de la portada central, y á uno y otro lado se formó la escolta en batalla. Calló la innumerable multitud, y en medio de aquel silencio lleno de angustia y solemnidad, jiraron las dos compuertas de la gran portada espontáneamente sobre sus goznes que rechinaron como un pífono. Vióse entonces en larga perspectiva la profunda iglesia, sombría, enlutada con paños funerales, iluminada apenas por algunos cirios que brillaban á

(1) Tomas Masaccio, Florentino, nació en 1417, y pasa por el primer artista de la segunda edad de la pintura moderna desde que la resució el gran Cimabue; - murió muy joven.

(N. del Trad.)

lo lejos sobre el altar mayor, abierta como la boca de una caberna en medio de la plaza inundada en claridad. Y en lo más hondo de ella, en la sombra de la ápside, entreveíase una gigantesca cruz de plata, destacándose sobre un paño negro que caía de la bóveda hasta el pavimento. Toda la nave estaba desierta: veíanse, sin embargo, moverse confusamente algunas cabezas de sacerdotes en las lejanas sillas del coro, y en el momento en que se abrió la puerta principal, salió de la iglesia un canto grave, monótono y sonoro que arrojaba como á bocanadas sobre la cabeza de la víctima fragmentos de salmos lúgubres.

«... *Non timebo millia populi circumdantis me: exsurge, Domine; salvum me fac, Deus!*
 »... *Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt atque usque ad animam ipeam.*
 »... *Infixus sum in lino profundi; et non est substantia.*»

Al mismo tiempo otra voz, aislada del coro, entonaba sobre las gradas del altar mayor este melancólico ofertorio:

«*Qui verbum meum audivit, et credidit ei qui misit me, habet vitam eternam et in iudicium non venit; sed transit à morte in vitam.*

Este canto que entonaban algunos ancianos perdidos en sus tinieblas sobre aquella hermosa criatura, llena de juventud y de vida, acariciada por el aura líbia de primavera, inundada de sol, era la misa de los difuntos.

TRES CORAZONES, ETC.

311

El pueblo escuchaba con devoción.

La desdichada, llena de terror, parecía perder su vista y sus pensamientos en las sombrías entrañas de la iglesia. Movíanse sus blancos labios como si rezáran, y cuando se acercó á ella el criado del verdugo para ayudarla á apearse del carreton, oyó-la que repetía en voz baja esta palabra: *Felo!*

Desatáronla las manos, hicieronla bajar acompañada de su cabra, puesta también en libertad, y que balaba de alegría al verse libre; hicieronla andar descalza sobre las duras piedras hasta el pie de las gradas del frontispicio; la cuerda que la pendía del cuello iba arrastrando detrás de ella como una culobra que la seguía.

Cesó entonces el canto en la iglesia; una gran cruz de oro y una hilera de cirios se pusieron en movimiento allá en la sombra. Oyéronse resonar las alabardas de los pintorreados pertigueros; y pocos momentos después, desplegóse á sus ojos y á los de la inmensa muchedumbre, una larga procesion de sacerdotes con sus casullas y de diáconos con sus dalmáticas que se acercaba gravemente y salmodiaban hacia la víctima; pero los ojos de la Esmeralda se fijaron en el que iba delante, inmediatamente después del que llevaba la cruz: -- Oh! dijo en voz baja estremeciéndose profundamente, -- él es! el sacerdote!!

Era en efecto el arcediano; iba á su izquierda el sochantre y el chantre á la derecha armado del baston de su oficio. Adelantábase, echada la cabe-

312 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

za hácia atrás, los ojos inmóviles y abiertos, cantando con voz sonora:

«*De ventre inferi clamavi et exaudisti vocem meam.*»

«*Et projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumdedit me.*»

Cuando se presentó á la luz bajo la alta portada ojiva, cubierto con una enorme capa pluvial de plata listada de una cruz negra, estaba tan pálido el sacerdote, que mas de cuatro creyeron en la muchedumbre, que era uno de los obispos de mármol arrodillados sobre las losas sepulcrales del coro que se habia puesto en pie, y venia á recibir en el borde de la tumba á la que iba á morir.

Ella, no menos pálida, no menos estátua que él, apenas advirtió que la habian puesto en la mano un enorme cirio amarillo encendido; no oyó la voz chillona del notario leyendo el fatal tenor de la pública retractacion; cuando la dijeron que respondiese *Amen*, respondió *Amen*. Fue necesario, para desenvolverla un poco de vida y de fuerza, que viese al sacerdote hacer señal á los que la custodiaban de que se alejasen y adelantarse solo hácia ella.

Sintió entonces hervir su sangre en su cabeza, y en aquella alma embotada y fría encendióse de súbito un resto de indignacion.

Acercóse á ella lentamente el arcediano; y aun en aquel estremo de miseria, viole tender sobre su desnudez sus ojos centelleantes de lujuria, de celos y de deseo. Luego dijo en alta voz:—Mujer, ha-

TRES CORAZONES, ETC.

313

¿beis pedido perdon á Dios de vuestras culpas y delitos? Acercósele entonces al oído y añadió (lo; es-pectadores creían que estaba recibiendo su última confesion): -- Quieres ser mía? Aun puedo salvarte!

Miróle ella de hito en hito: -- Vete, demonio! ó te delato!

Empezó él á sonreír con una sonrisa horrible: -- No te creerán.-- No harás mas que añadir un escándalo á un crimen. --- Responde! quieres ser mía?

--Qué has hecho de mí Febo?

--Ha muerto! dijo el sacerdote.

Levantó entonces maquinalmente la cabeza el miserable arcediano, y vió en el extremo opuesto de la plaza, en el balcon de la casa Gondelaunier, al cajitan en pie junto á Flor de Lis. Vaciló el infeliz sobre sus rodillas, pasóse la mano por los ojos, volvió á mirar, murmuró una maldicion, y todas sus facciones se contrajeron violentamente.

--Pues bien! muere! dijo entre dientes.--Nadie te poseerá!... -- Y entonces, levantando la mano sobre la cabeza de la gitana, exclamó con fúnebre acento: -- *I nunc, anima auceps et sit tibi Deus misericors!*

Tal era la terrible fórmula con que era costumbre entonces terminar estas sombrías ceremonias: esta era la señal del sacerdote al verdugo.

El pueblo se arrodilló.

Kirie Eleyson, dijeron los sacerdotes inmóviles bajo la ojiva de la portada.

314 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Kirie Eleyson, repitió la muchedumbre con aquel rumor que corre sobre todas las cabezas como el sordo murmullo de un mar tempestuoso.

—*Amen*, dijo el arcediano.

Volvió la espalda á la víctima, dejó caer la cabeza sobre su pecho, cruzó las manos, y se unió á su comitiva de sacerdotes; un momento despues, viósele desaparecer con la cruz, los cirios y las capas pluviales, bajo las nebulosas galerías de la catedral; y su voz sonora se fué apagando por grados en el coro, cantando este versículo de desesperación:

"Omnes gur gites tui et fluctus tui super me transierunt".

Al mismo tiempo el choque intermitente de las ferradas astas de las alabardas de los pertigueros, estinguiéndose lentamente bajo los intercolumnios de la nave, parecía la campana de un reloj vibrando el toque de la última hora para la infeliz condenada á muerte.

Las puertas de Nuestra Señora habian quedado abiertas, dejando ver la iglesia vacía, triste, enlutada, sin cirios, sin voces.

La víctima permanecía inmóvil en su sitio esperando á que dispusieran de ella; y fué preciso que uno de los maceros avisase á maese Charmolue, que durante toda esta escena, habíase puesto á estudiar el bajo relieve de la portada principal que representa, segun unos, el sacrificio de Abraham, y segun otros, la operación filosófal, figurando el

TRES CORAZONES ETC.

315

sol por el ángel, el fuego por el haz de leña y el artesano por Abraham.

Fué asaz difícil arrancarle á aquella comtemplacion, pero volvióse en fin, y á una señal suya, dos hombres vestidos de amarillo, los criados del verdugo, se acercaron á la gitana para atarla las manos.

La desdichada, en el momento de subir al fatal carreton y de encaminarse hácia su última parada, sintió tal vez un amargo dolor de perder la vida: alzó sus ojos encendidos y secos al cielo, al sol, á las nubes de plata recortadas aquí y allá de trapeacios y triángulos azules; luego los tendió en torno de sí, sobre la tierra, sobre el jentío, sobre las casas... Y de repente, mientras que el hombre amarillo le ataba los codos, lanzó la infeliz un grito terrible, un grito de alegría.—En un balcon... á lo lejos, en un ángulo de la plaza, acababa de verle, á él, á su amado, á su señor, á Febo—aquella otra aparición de su vida! El juez había mentido! el sacerdote había mentido! él era—sí—no podía dudarlo, allí estaba, lozano, en vida, cubierto con su brillante uniforme, el penacho en la cabeza y la espada en la cintura.

—Febo! exclamó! — Febo mio!

Y quiso estender hácia él sus brazos trémulos de amor y de delirio; pero estaban atados.

Vió entonces al capitán fruncir las cejas, y á una hermosa jóven, que se apoyaba sobre él, mirarle con irritados ojos y desdenosos labios; luego Febo pronunció algunas palabras que no llegaron á

316 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

sus oídos, y ambos se eclipsaron precipitadamente detrás de las vidrieras del balcón que al punto se cerró.

—¿Febo!... exclamó la desdichada ¿es posible que lo creas?

Acababa entonces de ocurrírsele una idea monstruosa; acordóse de que había sido condenada á muerte por asesinato sobre la persona de Febo de Chateaupers.

Hasta entonces todo lo había sobrellevado; pero este último golpe era demasiado violento. La desdichada cayó exánime sobre las piedras.

—Ea! dijo Charmolue, metedla en el carreton y despachemos.

Nadie había reparado aun en la galería de las estatuas de los reyes, esculpida inmediatamente encima de las ojivas de la portada, un espectador singular que todo lo había examinado hasta entonces con tal impasibilidad, con un pesceuzo tan largo, con un rostro tan disforme, que á no ser por su *vestimenta la mitad colorada*, y la otra *mitad morada*, cualquiera hubiera podido tomarle por uno de aquellos monstruos de piedra, por cuyas abiertas fauces se desaguan hace seiscientos años las largas canales de la catedral. Nada había perdido aquel espectador de cuanto había pasado desde las doce delante de la portada de Nuestra Señora; y desde los primeros instantes, sin que nadie pensase en observarle, ató á una de las columnillas de la galería una recia maroma con nudos, cuya punta llegaba

TRES CORAZONES, ETC.

317

hasta la escalinata exterior del edificio. Acabada esta operación, púsose á mirar impassible lo que sucedía, y á silbar de vez en cuando siempre que pasaba algún mirlo delante de él; pero en el instante mismo en que los dos criados del maestro de obras se preparaban á ejecutar la flemática orden de Charmolue, saltó por cima de la barandilla de la galería, asióse á la cuerda con los pies. con las rodillas y con las manos, viósele luego deslizarse por la fachada como una gota de lluvia que cae á lo largo de un vidrio, correr hácia los dos sayones con la celeridad de un gato caído de un techo, derribarlos bajo dos enormes puños, levantar del suelo á la gitana, como un niño á su muñeca, y de un solo arranque precipitarse en la iglesia, alzando á la virjen encima de su cabeza, y gritando con voz formidable: —¡ Asilo!

Pasó aquello con tal rapidez, que si hubiera sido de noche, todo se hubiera visto á la luz de un solo relámpago.

—¡ Asilo! ¡ asilo! gritó el jentío, y diez mil palmadas de entusiasmo hicieron brillar de orgullo y de alegría el ojo único de Quasimodo.

Aquella sacudida sacó de su letargo á la Esmeralda: abrió sus párpados y miró á Quasimodo, y volvió luego á cerrarlos de repente, como asustada de su libertador.

Estupefacto quedó Charmolue, y lo mismo los verdugos y la escolta: en efecto, en el recinto de Nuestra Señora, los reos eran inviolables. La cate-

318 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

dral era un asilo de refugio; toda justicia humana espiraba en sus umbrales.

Paróse Quasimodo bajo la portada principal, sus anchos pies se apoyaban con tanta solidez sobre el pavimento de la iglesia como los fuertes pilares bizantinos: su cuorme cabeza crespa se hundía entre sus hombros como la de los leones que también tienen melena, pero cuello no. Sostenía á la niña palpitante, suspendida á sus callosas manos como un blanco ropaje; pero la llevaba con tanta precaución como si temiera romperla ó marchitarla; parecía que bien se le alcanzaba que era aquello una cosa delicada, esquisita, preciosa, hecha para otras manos que para las suyas: á veces se conocía que no osaba tocarla, ni aun con el aliento. Y luego, de repente, estrechábale con delirio entre sus brazos, sobre su pecho anguloso, como su bien, su tesoro, como una madre á su hijo. Su ojo de gnomo, inclinado hácia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de misericordia, y se levantaba de súbito lleno de relámpagos al cielo: entonces las mujeres reían y lloraban, y la muchedumbre hervía en entusiasmo, porque en aquel momento tenía realmente Quasimodo su hermosura. Hermoso estaba en aquel momento aquel pobre huérfano, aquel bastardo, aquella miserable escoria de los hombres; sentíase él augusto y fuerte; miraba de frente á aquella sociedad de que se veía proscrito, y en la cual intervenía tan poderosamente; aquella justicia humana á la cual hab.a arrancado su presa, todos aquellos tigres obli-

TRES CORAZONES, ETC. 319

gados á mascar en vano, aquellos esbirros, aquellos jueces, aquellos verdugos, toda aquella fuerza del rey que él acababa de confundir, él miserable, con la fuerza de Dios.

Y además, era cosa verdaderamente patética, aquella protección cayendo de un ser tan disforme sobre un ser tan desgraciado, una mujer condenada á muerte salvada por Quasimodo! Ofrecía aquel sublime espectáculo las dos miserias estremas de la naturaleza y de la sociedad que se tocaban y se sostenían una á otra.

Después de algunos minutos de triunfo, inter-nóse bruscamente Quasimodo en la iglesia con su preciosa carga. El pueblo, entusiasta de toda proeza, le buscaba con los ojos bajo la oscura nave, lamentando que tan pronto se hubiese sustraído á sus aclamaciones, cuando de repente le vió aparecer en una de las estremidades de la galería de los reyes de Francia que él atravesó corriendo como un insensato, alzando con los brazos su conquista, y gritando: ¡Asilo! De nuevo prorrumpió en aplausos el jenío. Después de haber recorrido la galería, volvió á meterse en el interior de la iglesia; y un momento después apareció de nuevo sobre la plataforma superior, siempre con la gitana entre los brazos, siempre corriendo con delirio, siempre gritando: ¡Asilo! Hizo, en fin, una tercera aparición sobre la cima de la torre de la campana mayor; desde allí pareció que enseñaba con orgullo á toda la ciudad la que había salvado, y su voz tonante,

320. NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

aquella vez que se oía tan rara vez, y que él no oía jamás, repitió tres veces con frenesí hasta la bóveda del cielo: ¡Asilo! ¡asilo! ¡asilo!

— ¡Noel! ¡Noel! gritaba el pueblo por su parte, y aquella inmensa aclamación fue á asombrar en la otra orilla á la muchedumbre de la Greve y á la reclusa que esperaba, fijos los ojos en el patíbulo.

NOTA.

En la página 279 de la entrega XV, tomo 2.º, se suprimió involuntariamente la siguiente nota relativa á Bruno de Ast, personaje de quien se habla en la línea 19 de dicha página.

San Bruno, ó Brunon de Segni, conocido bajo el nombre de Bruno Astensis ó Signensis, natural de Soleria en el Piamonte, en el territorio de la diócesis de Ast, nació á fines del siglo XI y murió en 31 de agosto de 1125. El papa Lucio III le canonizó. Algunos autores dicen que fue cardenal, pero este hecho no está probado. Escribió muchas obras de teología que en 1651 se imprimieron en Venecia. — 2 volúmenes.

(Nota del Traductor.)



FIN DEL TOMO II.

OBRAS
DE
VICTOR HUGO.

OBRAS

DE

VICTOR HUGO.

NOVELAS.

III.

N.^{TRA} SEÑORA DE PARÍS.

TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA OCTAVA EDICION FRANCESA

POR

D. Eugenio de Ochoa.

TOMO III.

MADRID:
IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN,
1856.

Estas obras se hallarán de venta en la librería
y almacén de papel de *D. Tomás Jordán*, Puerta
del sol, acera de la Soledad, número 8, frente
a la fuente, donde está abierta la suscripción.

Libro noveno.

1.

FIEBRE.

No se hallaba Claudio Frollo en Nuestra Señora mientras su hijo adoptivo cortaba tan brusca-mente la fatal red en que el malhadado arcediano había cogido á la gitana y se había cogido á sí mismo. De vuelta en la sacristía, arrancóse el alba, la capa de coro y la estola; púsole todo en manos del bedel estupefacto, salióse por la puertecilla secreta del claustro, mandó á un barquero del *Terreno* que le transportase á la orilla izquierda del Sena, y se internó en las montuosas calles de la universidad, sin saber adónde iba, encontrando á cada paso tropeles de hombres y de mujeres que se apiñaban alegremente hácia el puente de San Miguel con la esperanza de llegar á tiempo para ver ajusticiar á la hechicera, pálido, desencajado, mas atolondrado, mas ciego y mas sombrío que un ave nocturna perseguida en mitad del día por una alegre tropa de muchachos. No sabía dónde estaba, si velaba, si soñaba; iba, andaba, corría, dejándose llevar por

8

NUESTRA SEÑORADE PARIS.

la casualidad, sin elegir las calles; pero siempre impelido hácia adelante por la Greve que sentía confusamente detras de sí.

Salvó así la montaña de Santa Genoveva, y salió en fin de la ciudad por la puerta de San Victor: continuó huyendo, mientras pudo ver, volviendo la cara, el recinto de las torres de la Universidad y los escasos edificios del arrabal; pero cuando en fin una montuosidad del terreno le ocultó enteramente aquel odioso París, cuando pudo en fin creerse á cien leguas de él, en los campos, en un desierto, hizo alto, y entonces le pareció que empezaba á respirar.

Entonces tambien se agolparon á su mente mil horribles ideás: vió entonces con claridad el fondo de su alma y se estremeció; pensó en aquella infeliz mujer que le habia perdido y á quien habia perdido él; recorrió con una mirada delirante la doble senda tortuosa que habia hecho seguir la fatalidad á sus dos destinos hasta el punto de interseccion en que los habia estrellado desapiadadamente uno contra otro. Sumerjióse con alma y vida en los malos pensamientos, y á medida que penetraba en ellos á mayor profundidad, sentía estallar dentro de sí una carcajada de Satanás.

Y examinando así los secretos de su alma, cuando vió cuán ancho espacio habia preparado en ella la naturaleza á las pasiones, se estremeció aun mas profundamente que antes. Removió en el fondo de su corazon todo su ódio, toda su maldad, y reco-

FIENNE.

9

noció con la fría ojeada de un médico que examina á un enfermo que aquel ódio, que aquella maldad no eran mas que amor viciado; que el amor, fuente de todas las virtudes en el corazon del hombre, se convertia en una cosa horrible en un corazon de sacerdote, y que un hombre constituido como él, haciéndose sacerdote, se hacia demonio. Rióse entonces de una manera horrible, y palideció de repente, considerando el lado mas siniestro de su fatal pasion, de aquel amor corrosivo, emponzoñado, rencoroso, implacable, que no habia terminado mas que en el patibulo para la una, en el infierno para el otro: ella sentenciada á muerte, él condenado.

Y luego volvió á su amarga risa pensando en que Febo no habia muerto; que al fin y al cabo el capitan vivia, estaba alegre y ufano, tenia mas brillantes uniformes que nunca, y una nueva quezada que llevaba á ver ahorcar á la antigua. Aun fue mayor su delirio cuando reflexionó que de los seres vivos, cuya muerte habia deseado, la gitana, la única criatura á quien no aborrecia, era la única que habia logrado hacer morir.

Entonces, del capitan pasó su pensamiento al pueblo, y ardió el miserable en celos de una especie inaudita: pensó que el pueblo tambien, el pueblo todo entero, habia tenido delante de sus ojos la mujer á quien él amaba, en camisa, casi desnuda; atarazóse los brazos pensando que aquella mujer, cuya forma columbrada en la sombra por él solo,

Hubiera sido para él la felicidad suprema, había sido entregada en público, en mitad del día, á todo un pueblo, vestida como para una noche de delcôte: Lloró de rabia sobre todos aquellos misterios de amor profanados, marehitos, desflorados, envilecidos para siempre; Horó de rabia figurándose cuantas miradas inmundas se habían saciado en aquella camisa mal prendida; y que aquella dulce criatura, aquel lirio virgen, aquella copa de pudor y de delicias á que él no hubiera osado acercar sus labios sino temblando, acababa de ser transformada en una especie de gamella pública, adonde el mas vil populacho de París, los ladrones, los mendigos, los rufianes iban á beber todos juntos un placer impuro, estragado, infame.

Y cuando procuraba formarse idea de la felicidad que hubiera podido hallar sobre la tierra si ella no hubiera sido gitana, si él no hubiera sido sacerdote, si Febo no hubiera existido, si ella le hubiera amado; cuando se imaginaba que tambien le hubiera sido posible á él una vida de serenidad y de amor, que en aquel mismo instante, había sobre la tierra seres afortunados, perdidos en largas pláticas bajo la sombra de los azabares, en la orilla de los arroyos, en presencia de un sol de Occidente, ó de una noche estrellada; y que si Dios hubiera querido; hubieran podido ser él y ella dos de aquellos seres de bendicion, su alma se derretía en ternura y desesperacion.

Oí! ella! ser de ella! Esta idea fija que se re-

FIERRE.

11

novaba sin cesar, le despedazaba, le mordía los sesos, le desgarraba las entrañas. Y no se lamentaba, no se arrepentía; todo lo que había hecho, estaba pronto á hacerlo de nuevo; prefería verla en manos del verdugo á verla en los brazos del capitán; pero sufría, sufría tanto que se arrancaba á veces puñados de cabellos para ver si blanqueaban.

Hubo un momento entre otros en que se le ocurrió que acaso era aquel el minuto en que la horrible cadena que había visto por la mañana, apretaba su nudo de hierro al rededor de aquel cuello tan frágil y tan gracioso. Este pensamiento hizo brotar el sudor de todos sus poros.

Otro momento hubo en que, mientras se reía diabólicamente de sí mismo, se representó juntamente á la Esmeralda como la vió el primer día, viva, indiferente, feliz, bien prendida, bailando, alada, armoniosa, y á la Esmeralda de aquel último día, en camisa, con la cuerda al cuello, subiéndolo lentamente, con sus pies descalzos, la angulosa escalera del patíbulo; de tal modo se figuró este doble cuadro que lanzó un grito terrible.

Mientras este huracán de desesperación trastornaba, rompía, arrancaba, encorbaba, sacaba de quicio toda su alma, miró la naturaleza en torno de sí. A sus pies, algunas gallinas picoteaban la yerba, los escarabajos de esmalte corrían al sol; encima de su cabeza, algunos grupos de nubes de un color gris aborregado corrían en un cielo azul;

en el horizonte, la aguja de San Víctor hendía la curba de la montaña con su obelisco de pizarra; y el molinero de la colina Coppeaux miraba silbando cómo giraban las laboriosas aspas de su molino. Toda aquella vida activa, organizada, serena, reproducida en torno de él bajo mil formas, le hizo daño. Tuvo que volver á huir.

Corrió así por los campos hasta la caída de la tarde; aquella fuga de la naturaleza, de la vida, de su ser, del hombre, de Dios, de todo, duró todo el día. A veces se tiraba al suelo boca abajo y arrancaba los verdes trigos con sus uñas; parábase á veces en una calle de aldea desierta, y sus pensamientos eran tan insoportables que se agarraba la cabeza con las dos manos, y quería arrancársela de los hombros para hacerla pedazos contra las piedras.

Hácia la hora de ponerse el sol, examinóse de nuevo y se halló casi loco. La tempestad que duraba en él desde el instante en que perdió la esperanza y el deseo de salvar á la gitana, aquella tempestad no habia dejado en su conciencia una sola idea recta, un solo pensamiento sano. En ella yacía su razon, casi enteramente destruida. No quedaban ya en su mente mas que dos imágenes evidentes, la Esmeralda y el patíbulo; todo lo demas estaba en profunda obscuridad. Aquellas dos imágenes reunidas le presentaban un grupo espantoso; y cuando mas fijaba en él la poca atencion de que ya era capaz, mas les veía crecer en una progresion fantasmagóri-

FIEBRE.

13

ca, una en gracia, en hechizo, en hermosura, en luz, la otra en horror; de modo que al fin, le apareció la Esmeralda como una estrella, el patíbulo como un enorme brazo descarnado.

Cosa singular; durante todo aquel horrible tormento, no pensó seriamente en morir. El miserable era así, — amaba la vida; acaso detrás de ella veía realmente el infierno.

Caían en tanto las sombras de la noche; el ser vivo que duraba aun en él, pensó confusamente en volver á la catedral. Creíase lejos de París; pero habiéndose orientado, advirtió que no había hecho mas que dar vuelta al recinto de la Universidad. La torre de san Sulpicio y las tres altas agujas de san German de los Prados se alzaban sobre el horizonte á su derecha; dirigióse hácia aquel lado. Cuando oyó el *quién vive* de los hombres de armas del abad en la almenada circunvalacion exterior de san German, torció su camino, tomó un sendero que se le presentó entre el molino de la abadía y el hospital del villorrio, y al cabo de algunos instantes, hallóse á la vera del Pré-aux-Clercs. Célebre era aquel prado por los desórdenes que en él se prolongaban día y noche, lo que le constituía en verdadera hidra de los monjes de san German: *Quod monachis sancti Germani pratensis hydra fuit, clericis nova semper dissidiorum capita suscitantibus*. Temió el arcediano encontrarse allí á alguien, porque tenía miedo de todo semblante humano; acababa de evitar la Universidad, la aldea de san German, y no quería

entrar por las calles sino lo mas tarde posible. Siguió, pues el *Pre-aux-Cleres*, tomó el sendero desierto que le separaba del Dieu-Neuf, y llegó en fin á la orilla del rio donde halló don Claudio un batquero que, por algunos dineros parisies, le hizo subir la corriente del Sena hasta la punta de la Ciudad, y le dejó en aquella lengua de tierra abandonada, donde el lector ha visto ya cavilar á Gringoire, y que se prolongaba hasta mas allá de los jardines del rey paralelamente á la isla del Vaquero.

El monótono mecer del barco y el arrullo de las olas, habian en cierto modo embotado al desgraciado don Claudio. Luego que se alejó el batquero, quedó estúpidamente en pie sobre la playa, mirando en frente de sí, y no viendo ya los objetos mas que al trasluz de estrañas oscilaciones que le hacian de todo una especie de fantasmagoria. El cansancio de un gran dolor suele producir este efecto en el ánimo.

Habiase ya puesto el sol detrás de la alta torre de Nesle. Era la hora del crepúsculo; el cielo estaba blanco, el agua del rio estaba blanca. Entre aquellas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena, sobre la cual tenia fijos los ojos, proyectaba su mole sombría, y cada vez mas adelgazada por la perspectiva, hundíase en las brumas del horizonte como una negra torre. Toda ella estaba llena de casas de que solo se distinguia la oscura superficie, fuertemente destacada en tinieblas sobre el fondo claro

FIEBRE.

15

del cielo y del agua. Por una parte y otra empezaban á brillar en ellas las ventanas como agujeros de brasa. Aquel inmenso obelisco negro, aislado así entre las dos masas blancas del cielo y del río, muy ancho en aquel sitio, produjo en don Claudio un efecto singular, comparable á lo que sentiria un hombre que tendido de espaldas al pie del campanario de Strasburgo, mirase la enorme aguja hundirse sobre su cabeza en las penumbras del crepúsculo; solamente que en este caso don Claudio estaba en pie, y el obelisco volcado; pero como el río, reflejando el cielo, prolongaba el abismo debajo de él, el inmenso promontorio parecia tan audazmente lanzado en el vacío, como cualquier aguja de catedral, y la impresion era la misma. Y aun aquella impresion tenia de singular, que lo que se veia era sí el campanario de Strasburgo, pero el campanario de Strasburgo de dos leguas de altura, una cosa inaudita, gigantesca, inmensurable, un edificio como ningun ojo humano lo vió jamás; una torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de los muros, las talladas puntas de los techos, la aguja de los Agustinos, la torre de Nesle, todos aquellos ángulos salientes que imitaban el perfil del colosal obelisco, aumentaban la ilusion representando caprichosamente á la vista las líneas de una escultura rica y fantástica. Claudio, en el estado de alucinacion en que se hallaba, creyó yet con sus propios ojos el campanario del infierno; las mil luces derramadas sobre toda la altura de la

16 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

espantable torre le parecieron otras tantas puertas del inmenso horno interior; las voces y los rumores que se exhalaban de ella, otros tantos gritos de júbilo ó de agonía. Y entonces tuvo miedo, y se tapó con las manos los oídos para no oír, volvió la espalda para no ver, y se alejó á grandes pasos de la espantosa vision.

Pero la vision estaba en él.

Cuando volvió á entrar en las calles, los transeuntes que se codeaban á la luz de las tiendas, le parecian un eterno vaiven de espectros que iban y venian en torno de él: extraños sonidos retumbaban en sus oídos; singulares vértigos turbaban su mente: no veía ni las casas, ni el suelo, ni los carros que pasaban, ni los hombres, ni las mujeres, sino un caos de objetos indeterminados que se fundian por los bordes unos en otros. En la esquina de la calle de la Barillerie habia una tienda de aceite y vinagre cuyo cobertizo estaba, segun costumbre inmemorial, ornado en su circunferencia de aquellos aros de hojalata de que pende un círculo de velas de madera, que se chocan al impulso del viento sonando como castañuelas. Creyó don Claudio oír entre chocarse en la sombra el manajo de esqueletos de Montfaucon.

—Oh! murmuró, el viento de la noche los impele unos contra otros y mezcla el choque de sus cadenas al choque de sus huesos! Acaso está ella ahí-entre ellos!

Desesperado, no supo adonde iba; al cabo de al-

PIEDRE.

17

gunos pasos, hallóse en el puente de san Miguel. Vió una luz en la ventana de un entresuelo y se acercó á ella; al trasluz de una vidriera rajada, vió una sórdida estancia que despertó en su ánimo un confuso recuerdo. En aquella sala, mal alumbrada por una lámpara súa, había un jóven rubio y bien carado, de jovial fisonomía, que abrazaba con grandes carcajadas á una muchacha algo indecentemente equipada; y junto á la lámpara había una vieja que hilaba y cantaba al mismo tiempo con voz cascada. Como no siempre reía el muchacho, el canto de la vieja llegaba á pedazos hasta el sacerdote; era un canto ininteligible y atroz (1).

Grève, ladra, Grève, bulle!
 Hila, hila, rueca mía,
 Hila su cuerda al verdugo
 Que silba en el patio.
 Grève, ladra, Grève, bulle!

(1) Nosotros pudiéramos añadir, "é intraducible al castellano, sobre todo en verso." Traducimosle sin embargo al pie de la letra para que se forme una idea el lector del diabólico conjunto que deben formar en la lengua á que pertenecen y con cierta combinación métrica, muy extraña también, aquellas extrañas ideas. Esta manera de traducir pasajes de poetas extranjeros es acaso preferible á traducirlos en verso; así lo ha hecho el mismo Victor Hugo con algunos trozos de Shakespeare.

Ponemos aquí los versos en francés para satisfacción de los que conocen esta lengua.

Grève, aboie, Grève, grouille!
 File, file, ma quenouille,
 File sa corde au bourreau
 Qui siffle dans le préau.
 Grève, aboje, Grève, grouille!

18

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Hermosa cuerda de cáñamo!
 Sembrad de Issy hasta Vanvre (1)
 Cáñamo y no trigo.
 El ladrón no ha robado
 La hermosa cuerda de cáñamo.

Grève, bulle, Grève, ladra!
 Para ver á la ramera
 Pendiente del patíbulo pitarroso,
 Las ventanas son ojos.
 Grève, bulle, Grève, ladra!

Y en tanto el jóven reía y acariciaba á la moza. La vieja era la Falourdel; la moza una prostituta, y el jóven era su hermano Juan.

Don Claudio siguió mirando; tanto valia aquel espectáculo como cualquiera otro.

Vió luego á Juan acercarse á la ventana que estaba en el fondo de la estancia, abrirla, echar una ojeada sobre el muelle, donde brillaban á lo lejos mil ventanas iluminadas, y oyóle decir volviéndo-

La belle corde de chanvre!
 Semez d'Issy jusqu'à Vanvre
 Du chanvre et non pas de blé.
 Le voleur n'a pas volé
 La belle corde de chanvre.

Grève, grouille, Grève, abois!
 Pour voir la file de joie
 Pendre au gibet chassieux,
 Les fenêtres sont des yeux.
 Grève, grouille, Grève, abois!

(Nota del traductor.)

(1) Dos pueblitos inmediatos á París. (Id.)

FIEBRE.

19

la á cerrar. -- Por mi vida que ya se acerca la noche! La gente enciende sus velas y Dios sus estrellas.

Volvió luego Juan á la ramera, y rompió una botella que estaba sobre la mesa, exclamando: -- Vacía ya, cuerno de buey! y ya no tengo dinero! Isabel, amiga mía, no he de estar contento de Júpiter, voto á tal, hasta que convierta esos dedos blancos en negras botellas donde mame yo vino de Beaune día y noche!

Esta ingeniosa chanzoneta hizo reir á la mozuela, y Juan salió á la calle.

No tuvo tiempo don Claudio mas que para echarse al suelo á fin de no ser hallado, mirado de cara y reconocido por su hermano. Por fortuna la calle estaba oscura, y el estudiante estaba borracho; sin embargo, vió al sacerdote tendido por tierra en el lodo.

--Oh! oh! dijo: este sí que la ha corrido buena hoy!

Meneó con el pie á don Claudio que retenia el aliento.

--*Borracho perdido! repira bien, vamos, está llenito; verdadera sanguijuela desprendida de un tonel. Y es calvo, añadió agachándose; es un anciano! fortunate senex!*

Luego le oyó don Claudio alejarse diciendo: -- Sin embargo; gran cosa es la sensatez, y mi hermano el arcediano hace muy bien en tener juicio... y dinero.

20 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Levantóse entonces el arcediano y corrió sin detenerse hácia Nuestra Señora, cuyas enormes torres veía alzarse entre la sombra por cima de las casas.

Cuando llegó jadeando á la plaza del Atrio, retrocedió el sacerdote y no osó levantar los ojos sobre el funesto edificio.—Oh! exclamó en voz baja, y es posible que haya pasado tal cosa aquí... hoy.... esta misma mañana!!

Decidióse por fin, y miró la iglesia; la fachada se destacaba sombría sobre un cielo tachonado de estrellas mil. La blanca luna que acababa de alzarse del horizonte, estaba prendida en aquel momento en la punta de la torre derecha, y parecía haberse posado, como un ave luminosa, en el borde de la balaustrada recortada en oscuros tréboles.

La puerta del claustro estaba cerrada, pero siempre llevaba consigo el arcediano la llave de la torre donde estaba su laboratorio, y de ella se sirvió en aquella ocasión para penetrar en la iglesia.

Halló en ella el arcediano una oscuridad y un silencio cavernosos. Al ver las grandes sombras que caían de todas partes en anchos pliegues, reconoció que aun no habían quitado los paños negros de la ceremonia de por la mañana. Brillaba en el fondo de las tinieblas la gran cruz de plata, salpicada de algunos puntos brillantes, como la vía láctea de aquella noche sepulcral. Las largas ventanas del coro mostraban por cima de la negra tapicería la estremidad superior de sus ojivas, cuyos pintados vidrios, atravesados por un rayo de la luna, no te-

PIEDRA.

21

nian mas que los dudosos colores de la noche, una especie de violado, blanco y azul, matiz que no se encuentra mas que en el rostro de los muertos. El arcediano, viendo enderredor del coro aquellas tristes puntas de ojivas, creyó ver otras tantas mitras de obispos condenados. Cerró los ojos, y cuando volvió á abrirlos, creyó ver delante de sí un círculo de rostros pálidos que le miraban.

Empezó entonces á huir por en medio de la iglesia, y parecióle que la iglesia tambien se mecía, se ajitaba, se animaba, vivía; que cada macizo pilar se convertía en una pata enorme que golpeaba el pavimento con su ancha base de piedra, y que la gigantesca catedral no era mas que una especie de elefante prodijioso que respiraba y andaba con sus pilares por pies, sus dos torres por trompas, y la inmensa colgadura negra por caparazon.

De modo que la fiebre ó la locura habian llegado á tal grado de intensidad, que el mundo exterior no era ya para el infeliz mas que una especie de Apocalipsis (1), visible, palpable, espantoso.

(1) Revelaciones que despues de haber pasado por obra del hereje Cerinto y de haber estado proscritas como tales durante los cuatro primeros siglos, fueron recibidas en fin entre los libros canónicos, y atribuidas generalmente á San Juan Evangelista, que tuvo estas visiones en Patmos, donde era obispo. El gran Newton comentó esta obra, cosa que contribuyó muy poco á ensanchar su inmensa celebridad.

Grocio decía que el monstruo de siete cabezas de que se habla en el apocalipsis, es Trajano; Bossuet, que es Diocleciano;

32 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Sintióse un momento aliviado: al internarse en los claustros laterales, vió detras de un grupo de pilares un esplendor rojizo; voló hácia él el arcediano como hácia una estrella. Producia aquel claror la pobre lámpara que iluminaba dia y noche el breviario público de Nuestra Señora bajo su enrejado de hierro. Precipitóse con ansia hácia el libro santo, esperando hallar en él algun consuelo ó alguna confortacion: el libro estaba abierto en este pasaje de Job, sobre el cual vagó su mirada fija:—
 "Y pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los cabellos!! (2).

Con esta lúgubre lectura, sintió lo que siente el ciego que se desgarrá las manos en la caña sobre que va á apoyarse: flaquearon sus rodillas, y

otros, que es Luis XIV; no ha faltado quien diga que es Napoleón.

Véanse el Dic. Fil. de Voltaire en la palabra *Apocalypse*, y la carta escrita en 1819 á la academia de bellas artes de París, por Mr. Soubira. (Nota del Traductor.)

(2) Hemos puesto aquí la traducción del P. Amat, que á decir verdad no es muy exacta. El versículo 15 del libro de Job á que alude el autor, dice en el original:

"Et cum spiritus me præsentè transiret, inhorruerunt pilí carnis meæ."

16. Stetit quidam, enjus &c. &c.

El traductor hubiera debido decir: "Se erizaron los pelos de mi carne", ó lo que es lo mismo, "el vello de mi carne?" expresión que tal vez hubiera sido menos noble, pero seguramente mucho mas enérgica, y sobre todo mas exacta.

(Idem.)

PEDRE.

23

se inclinó hácia el suelo pensando en la que había muerto aquel mismo día. Sentía pasar y dilatarse en su cerebro tantos monstruosos vapores, que le pareció que su cabeza se había convertido en uno de los respiraderos del infierno.

Largo rato quedó en esta actitud, sin pensar en nada, abismado y rendido bajo la mano del demonio. Pero en fin, recobró alguna fuerza, pensando en que iba á refugiarse en la torre, junto á su leal Quasimodo. Púsose en pie, y como tenía miedo, tomó para alumbrarse la lámpara del breviario. Hacerlo era un sacrilegio; pero no estaba el miserable para reparar en tan poca cosa.

Subió lentamente la escalera de la torre lleno de un secreto espanto que debía propagar hasta á los escasos pasajeros del átrio, la misteriosa luz de su lámpara deslizándose tan tarde de tronera en tronera hasta lo alto del campanario.

De pronto sintió en su rostro alguna frescura, y hallóse bajo la puerta de la mas alta galería. El aire era frio; el cielo arrastraba inmensas nubes, cuyas anchas masas pasaban unas por cima de otras aplastándose por los ángulos y sigarando el deshielo de un rio en invierno. El arco de la luna, cojido entre las nubes, parecía una nave celeste encallada en aquellos carámbanos del aire.

Bajó los ojos y contempló un momento entre la reja de columnillas que une las dos torres, á lo lejos, al traluz de una gasa de nieblas y de humo, la silenciosa muchedumbre de los techos de París, agu-

dos, innumerables, apiñados y pequeños como las olas de un mar sereno en una noche de verano.

La luna despedía un rayo moribundo, que daba al cielo y á la tierra un matiz ceniciento.

Alzó en aquel momento el reloj su voz aguda y cascada; dieron las doce de la noche, y el sacerdote pensó en las doce del día, en aquella hora terrible que tornaba.—Oh! murmuró en voz imperceptible, ahora ya estará fría!—

Una bocanada de viento apagó su lámpara en aquel instante, y casi al mismo tiempo vió el sacerdote aparecer en el ángulo opuesto de la torre una sombra, una cosa blanca, una forma, una mujer. Estremeciósse el infeliz: al lado de aquella mujer iba una cabrita que mezclaba su balido á los últimos toques del reloj.

Tuvo fuerza para mirar.—Ella era!

Estaba pálida y sombría; caían sus cabellos sobre su espalda, como por la mañana, pero no llevaba una cuerda al cuello, ni tenía las manos atadas; estaba libre, estaba muerta.

Iba vestida de blanco, y llevaba un velo blanco en la cabeza.

Dirijáse hácia él lentamente y mirando al cielo; la cabra sobrenatural la seguía. Sentíase el miserable como si fuera de piedra y no podía huir; á cada paso que daba ella hácia adelante, daba él uno hácia atrás: y esto es todo lo que podía hacer: de este modo penetró en la oscura bóveda de la escalera. Horrorizábale la idea de que ella acaso iba á

PIEBRE.**25**

entrar allí también; si lo hubiera hecho, el infeliz hubiera muerto de terror.

Llegó en efecto la fantasma á la puerta de la escalera, paróse en ella algunos instantes, miró la sombra con ojos fijos, pero sin ver en ella al sacerdote y pasó adelante. Parecióle al arcediano mas alta que cuando vivía; vió la luna al trasluz de su blanco velo, y oyó su respiracion...

Y luego que hubo pasado, empezó á bajar la escalera con la lentitud que habia visto en el espectro, creyéndose espectro él mismo también, delirante, los cabellos erizados, con la lámpara apagada en la mano; y mientras bajaba las gradas en forma de espiral, oía claramente una voz que reía y repetía en sus oídos:... "Y pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los cabellos!"

JOROBADO, TUERTO, COJO.

Toda ciudad en la edad media y, hasta el reinado de Luis XII, toda ciudad en Francia tenía sus lugares de asilo. Eran estos, en medio del diluvio de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban la ciudad, unas especies de islas que se alzaban sobre el nivel de la justicia humana: el criminal que abordaba á ellas, quedaba salvo. Había en cada distrito casi tantos lugares de asilo como lugares patibularios, lo que constituía el abuso de la impunidad junto al abuso de los suplicios, dos cosas malas que querían neutralizarse una por otra. Los palacios del rey, los de los príncipes, las iglesias sobre todo, tenían derecho de asilo; á veces, cuando había necesidad de volver á poblar una ciudad entera, hacíasela temporalmente lugar de refugio: Luis XI hizo *asilo* á París en 1467.

Puesto un pie en el asilo, el criminal era sagrado; pero era preciso que se guardase muy bien de salir de él; si daba un paso fuera del santuario, á Dios impunidad. La rueda, el patíbulo, la tortura,

JOBABADO, ETC.

27

hacían centinela en derredor del lugar de refugio, y espían sin cesar su presa como los tiburones en torno de un buque. Muchos reos se han visto encanecer de este modo en un claustro, en la escalera de un palacio, en el jardín de una abadía, en el pórtico de una iglesia; de este modo el asilo era una prisión como otra cualquiera. Acontecía á veces que una determinación solemne del parlamento violaba el refugio y restituía el reo al verdugo; pero esto rara vez acontecía. Los parlamentos se desavenían con los obispos, y cuando esto sucedía, no salía bien librada la toga de su refriega con la sotana. A veces, sin embargo, como en el negocio de los asesinos de Petit-Jean, verdugo de París, y en el de Emery Rousseau, asesino de Juan Valleret, saltaba la justicia por cima de la iglesia, y no se paraba en la ejecución de sus sentencias; pero á menos de un decreto del parlamento, ¡ay del que violase á mano armada un lugar de asilo! Muy conocidas son las muertes de Roberto de Clermont, mariscal de Francia, y de Juan de Chalons, mariscal de Champaña; y eso que no se trataba mas que de un cierto Perrin Marc, mozo de un cambista, un miserable asesino: pero los dos mariscales habían echado abajo las puertas de san Mery, y he aquí la enormidad.

Tal respeto inspiraban los refugios, que según cuenta la tradición, no eran insensibles á él ni aun los mismos animales. Refiere Aymon que habiéndose refugiado junto al sepulcro un ciervo aco-

sado por Dagobert de San Dionisio paróse de pronto ladrando toda la jauría.

Tenian las iglesias por lo general una estancia preparada para recibir á los suplicantes. En 1407 les hizo edificar Nicolás Flamel, sobre las bóvedas de Santiago de la Boucherie, un cuarto que le costó cuatro libras, seis sueldos diez y seis dineros parisies.

Era el lugar de asilo en Nuestra Señora una celdilla establecida sobre los techos de las galerías bajo los botareles, enfrente del claustro, precisamente en el sitio donde se ha preparado para su recreo la mujer del actual conserje de las torres un jardinillo, que es á los pensiles de Babilonia lo que una lechuga á una palmera, lo que una portera á Semíramis.

Allí fué donde despues de su marcha desenfrenada y triunfante sobre las torres y las galerías, depositó Quasimodo á la Esmeralda. Mientras duró aquella carrera, no habia podido la hermosa volver en sí; estaba medio aletargada, medio despierta, no sintiendo ya nada sino que subía por el aire, que flotaba, que volaba en él, que alguna cosa la levantaba por cima de la tierra: de cuando en cuando oía las sonoras carcajadas, la voz tonante de Quasimodo; entreabría los ojos, y entonces, debajo de ella, veía confusamente á París listado de sus mil techos de tejas y de pizarra como un mosaico colorado y azul, y encima de su cabeza, el rostro horrible y alegre de Quasimodo. Entonces cerraba sus

JERONIMO, ETC.

29

párpados; creía que todo había acabado ya, que durante su desmayo la habían matado, y que el disforme espíritu que había presidido á su destino se había apoderado de ella y se la llevaba. No se atrevía á mirarle y se dejaba llevar.

Pero cuando el campanero rendido y jadeando la hubo depositado en la celda del refugio, cuando sintió sus ásperas manos que desataban suavemente la cuerda que la desollaba los brazos, recibió la Esmeralda aquella especie de sacudida que despierta sobresaltados á los pasajeros de un buque que se encalla en medio de una noche oscura: sus pensamientos se despertaron también y volvieron uno á uno á su memoria. Vió que estaba en Nuestra Señora; acordóse de haber sido arrancada de manos del verdugo; de que Febo vivía, de que Febo ya no la amaba, y estas dos ideas, una de las cuales derramaba sobre la otra tanta amargura, presentándose juntas á la pobre gitana, hicieronla volverse hácia Quasimodo que estaba en pié delante de ella y que la metía miedo, y decirle con energía:— ¿Por qué me habeis salvado?

Miróla él con angustia, como procurando adivinar lo que le decía: repitió ella su pregunta, y entonces la echó él una mirada profundamente triste y desapareció.

Atónita quedó la Esmeralda.

Volvió Quasimodo al cabo de algunos momentos trayendo un lío que puso á los pies de la gitana en que venían algunos vestidos que habían de-

30 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

jado para ella en los umbrales de la iglesia unas mujeres caritativas. Miróse ella entonces, vióse casi desnuda, y se puso encendida; la vida volvía á aquel cuerpo.

Pareció que algo de aquel pudor se comunicaba á Quasimodo; cubrióse los ojos con su ancha mano, y se alejó por segunda vez, pero con lentos pasos.

Vistióse ella precipitadamente aquellas ropas que se reducían á un hábito blanco y un velo del mismo color; un traje de novicia del hospital de la caridad.

Acababa apenas de vestirse cuando vió volver á Quasimodo que traía una cesta bajo un brazo y un colchon debajo del otro: había en la cesta una botella, pan y algunas provisiones. Puso la cesta en el suelo, y dijo: —Comed. Estendió el colchon sobre las losas, y dijo: —Dormid. El campanero la traía su propia cama.

Alzó los ojos hácia él la gitana para darle las gracias, pero no pudo articular una palabra; el pobre diablo era realmente horrible. Bajó la cabeza estremeciéndose profundamente.

Entonces la dijo: —Os meto miedo. Soy muy feo ¿no es verdad? pero no me mireis, escuchadme solamente.— Durante el día, os quedareis aquí; de noche podreis pasearos por toda la iglesia. Pero no salgais de la iglesia ni de día ni de noche, porque seriais perdida; os matarian, y yo moriría.

Conmovida, levantó la cabeza para responder, pero ya había él desaparecido. Volvió á encontrar-

JOROBADO, ETC.

31

se sola, pensando en las singulares palabras de aquel ser casi monstruoso, y asombrada del sonido de su voz, que era tan ronca y sin embargo tan dulce.

Luego examinó su celda, que era una estancia como hasta de seis pies cuadrados, con una pequeña ventanilla y una puerta sobre el plano ligeramente inclinado del techo de piedra: muchas canales que representaban figuras de animales, parecían inclinarse en torno de ella y alargar el pescuezo para verla por la ventana. En el borde de su techo, veía las cimas de mil chimeneas coronadas de humo; triste espectáculo para la pobre gitana, sola en el mundo, condenada á muerte, desdichada criatura, sin patria, sin familia, sin hogar.

En el momento en que se la apareció así mas aciaga que nunca la idea de su aislamiento, sintió una cabeza vellosa y barbuda deslizarse entre sus manos sobre sus rodillas; estremeciöse (ya todo la asustaba) y miró; era la pobre cabrita, la ágil Djali que se había escapado detras de ella cuando Quasimodo dispersó la comitiva de Charmolue, y que se desahacía en caricias á sus pies. ~~hacia y se carar de~~ media hora, sin poder obtener ni siquiera una mirada. La gitana la cubrió de besos: -- Oh! Djali, decía, cómo he podido olvidarte! con que siempre te acuerdas de mí! Oh! tú no eres ingrata, no! Al mismo tiempo, como si una mano invisible hubiese removido el peso que comprimía sus lágrimas hacia tanto tiempo en su corazón, se echó á

32 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

llorar, y á medida que corria su llanto, sentía que se iba con él lo mas ácre y amargo de su dolor.

Cuando llegó la noche, parecióle esta tan bella, la luna tan suave, que salió á dar una vuelta por la alta galería que rodea á la iglesia, con lo que sintió algun alivio. Tan serena le pareció la tierra, vista desde aquella altura!...

3.

SORDO.

Al día siguiente por la mañana, despertó al despertar que había dormido; cosa singular que la asombró ¡tanto tiempo hacia que ignoraba lo que es dormir! Un bello rayo del sol naciente entraba por la ventanilla y la daba en el rostro; al mismo tiempo que vió el sol, vió en aquella ventana un objeto que la aterró, la triste figura de Quasimodo. Cerró los ojos involuntariamente, pero en vano, porque siempre creía ver al trasluz de sus rosados párpados aquella cara de gnomo, tuerto y mellado: entonces, mientras tenía los ojos cerrados, oyó una voz áspera, voz que decía con mucha dulzura: -- No tengais miedo, soy vuestro amigo. Había venido á veros dormir; verdad que no os hace daño el que venga yo á veros dormir? Qué os importa que esté yo ahí cuando tenéis los ojos cerrados? Ahora voy á irme; ya estoy detras de la pared; -- ahora ya podeis abrir los ojos.

Mas triste era aun el acento con que fueron
TOMO III. 3

pronunciadas estas palabras que las palabras mismas. Conmovida la jitana abrió los ojos; en efecto, ya no estaba en la ventanilla. Asomóse á ella y vió al pobre jorobado acurrucado en un ángulo de la pared en una actitud dolorosa y resignada. Hizo la jitana un esfuerzo para vencer la repugnancia que la inspiraba.--Venid, le dijo con dulzura; pero en el movimiento de sus lábios, creyó Quasimodo que le echaba, y entonces se púso en pie y se retinó cojeando lentamente, con la cabeza baja, sin atreverse siquiera á levantar sobre la hermosa su mirada llena de desesperacion.-- Venid, venid! repitió, pero él continuaba alejándose. Salió entonces la Esmeralda de su celda, corrió hácia él y le cojió del brazo; al sentirse tocado por ella, tembló Quasimodo de pies á cabeza; levantó sus ojos suplicantes, y viendo que ella le atraía hácia sí, brilló su rostro radiante de alegría y de ternura. Quiso hacerle entrar en su celda, pero él se obstinó en quedarse á la puerta.--No, no, dijo; el buzo no entra en el nido de la alondra.

Sentóse ella entonces graciosamente en su colchon con la cabrita dormida á sus pies: ambos quedaron inmóviles por algunos instantes considerando en silencio, él tanta hermosura, ella tanta fealdad: á cada momento descubría la jitana en Quasimodo alguna nueva deformidad. Su mirada pasaba de aquellas rodillas ñudosas á aquella espalda jorobada, de aquella espalda jorobada á aquel ojo único, y no podía comprender como existía un

SORDO.

33

er tan estrañamente bosquejado. Había sin embargo en todo aquello tanta tristeza y tanta dulzura que ya empezaba á acostumbrarse á ello.

El fué el primero que rompió el silencio.--Con que me deciais que volviera?

Hizo ella con la cabeza una señal afirmativa, diciendo: -- Sí.

Comprendió él la señal afirmativa: -- Ah! dijo, como si no se atreviera á proseguir, es que... soy sordo.

-- Pobre hombre! exclamó la gitana con una espresion de sincero dolor.

Empezó él á sonreir tristemente.--Verdad que eso solo me faltaba? Sí, soy sordo; esa es mi naturaleza.--Soy horrible, no es verdad? Vos sois tan hermosa, tanto!!

Revelaba el acento del miserable un sentimiento de su miseria tan profundo, que no tuvo fuerzas ella para decir una sola palabra; además él no la hubiera oido. Luego prosiguió.

-- Nunca habia conocido mi fealdad como ahora; cuando me comparo á vos, oh! mucho me compadezco á mi -- pobre y desventurado monstruo! Debo pareceros una fiera seguramente.--Y vos!.. vos sois un rayo del sol, una gota de rocío, el canto de una ave! -Yo, yo soy una cosa horrible, ni hombre, ni animal, un no sé qué, mas duro, mas ajado, mas disforme que un guijarro!

Entonces se echó á reir, y aquella risa desgarraba el corazon; luego continuó:

--Sí, soy sordo; pero me hablaréis por gestos, por señas: yo tengo un amo que habla conmigo de ese modo. Además, pronto conoceré vuestra voluntad por el movimiento de vuestros labios, por vuestras miradas.

--Pues bien! repuso ella sonriendo, por qué me habéis salvado?

Miróla él atentamente mientras le hablaba.

--He comprendido, respondió: me preguntáis por qué os he salvado? ya os olvidásteis de un miserable que intentó robaros una noche, de un miserable á quien al día siguiente disteis auxilio en su infame picota. Una gota de agua y un poco de compasión, mas es eso de lo que podré yo pagar con toda mi vida. Vos os habéis olvidado de este miserable; él se ha acordado.

Escuchábale ella profundamente enternecida; giró una lágrima en el ojo del campanero, pero no cayó; parecía que ponía una especie de pundonor en devorarla.

--Escuchad, repuso cuando ya no temió que se escapase aquella lágrima: allí hay unas torres muy altas, el baulce que cayera desde ellas, caería antes de llegar al suelo. Cuando queráis que yo caiga desde su altura, ni aun siquiera tendreis que pronunciar una palabra,—una mirada bastará.

Entonces se puso en pie; aquel ser extraordinario, aun en el profundo infortunio en que se hallaba la gitana, escitaba en ella alguna compasión. Hizole señal de que se quedara.

sordo.

37

—No, no, dijo, no debo quedarme demasiado tiempo; aquí no estoy bien. Solo por compasión no apartais los ojos de mí; me voy á mi sitio desde donde pueda veros sin que vos me veais á mí; eso será mejor.

Sacó entonces de su faltriquera un silbato de metal.

—Tomad, dijo; cuando me necesiteis para algo, cuando queráis que yo venga, cuando no os inspire demasiado horror el verme, silbad con esto: yo oigo este sonido.

Dejó el silbato en el suelo y huyó.

ARCIELLA Y CRISTAL.

Sucedieronse muchos días.

Iba poco á poco volviendo la serenidad al alma de la Esmeralda; el exceso del dolor como el exceso de la alegría es una cosa violenta que dura poco; el corazón del hombre no puede durar mucho tiempo en un extremo. Tanto había sufrido la gitana que ya no le quedaba más que el asombro de lo que había padecido.

Con la seguridad había recuperado la esperanza. Estaba fuera de la sociedad, fuera de la vida; pero sentía confusamente que acaso no le sería imposible volver á una y á otra. Estaba como una muerta que tuviera en reserva una llave de su sepulcro.

Sentía irse alejando de ella poco á poco las terribles imágenes que por tanto tiempo la habían perseguido. Todos los fantasmas espantosos, Pierrat, Torterue, Jáime Charmolue, se borraban de su mente; todos, hasta el mismo sacerdote.

ARCILLA Y CRISTAL.

39

Y además, Febo vivía; de ello estaba segura, pues que le había visto: la vida de Febo era todo para ella. Después de la serie de fatales sacudidas que todo lo habían derroído en ella, solo encontró la infeliz existente en su alma una cosa, un sentimiento, su amor al capitán. Porque el amor es como un árbol; crece por sí solo, hunde profundamente sus raíces en todo nuestro ser, y muchas veces sobrevive verde y lozano en un corazón hecho ruinas.

Y es lo más inexplicable que la pasión es tanto más tenaz, cuanto es más ciega: nunca es más sólida que cuando no tiene razón en sí.

Es seguro que la Esmeralda no pensaba en el capitán sin amargura. Seguramente era cosa horrible que también él hubiera sido engañado, que también él hubiera creído posible todo aquello, que hubiese podido comprender una puñalada mortal dada por la mujer que hubiese sacrificado mil vidas por él. Pero en fin, alguna disculpa tenía; no había ella confesado su crimen? no había cedido, débil mujer, al martirio de la tortura? Toda la culpa era de ella; antes hubiera debido dejarse arrancar las uñas, que una palabra como aquella. Pero en fin, si lograba ver á Febo una sola vez, un solo minuto, una sola mirada bastaría para desengañarle, para volverse á ella. No lo dudaba; aturdiase además sobre muchas cosas singulares, sobre la casualidad de la presencia de Febo el día de la pública retractación, sobre la joven que estaba con

él. Aquella joven era sin duda su hermana: esplicacion infundada, pero que le bastaba á ella, porque tenia necesidad de creer que Febo la amaba, que no amaba á nadie mas que á ella. No se lo habia él jurado? Qué mas necesitaba la infeliz, cándida y crédula como lo era? Y luego en todo aquel asunto ¿no la culpaban mas las apariencias á ella que á él? La pobre niña conservaba alguna esperanza.

Añádase á esto que la iglesia, aquella vasta iglesia que la ceñia por todas partes, que la protegia, que la salvaba, era un soberano calmante. Las líneas solemnes de aquella arquitectura, la actitud religiosa de todos los objetos que rodeaban á la Esmeralda, los pensamientos piadosos y serenos que se desprendian, por decirlo así, de todos los poros de aquellas piedras, ejercian sobre ella su poderoso influjo. El edificio tenia tambien ecos tan llenos de bendicion y de majestad, que aplacaban como un bálsamo los dolores de aquella alma doliente. El canto monótono de los vicarios de coro, las respuestas del pueblo á los sacerdotes, ora inarticuladas, ora tonantes; el armonioso temblor de las pintadas vidrieras, el órgano sonoro como cien trompetas, los tres campanarios recoando como tres colmenas de enormes abejas, toda aquella orquesta sobre la cual zumbaba un gigantesco diapason, subiendo y bajando sin cesar de un gentío á un campanario atronaba y ensordecia su memoria, su imaginacion, su dolor: las campanas sobre todo la halagaban. Era á quello como un magnetismo poderoso que der-

ARCILLA Y CRISTAL.

41

ramaba sobre ella á manos llenas aquella inmensa máquina.

Y cada nuevo sol que nacia la hallaba mas serena, respirando mejor, menos pálida. A medida que se cerraban sus llagas interiores, florecian de nuevo su gracia y su hermosura sobre su rostro, pero mas sérias, pero mas reposadas. Iba volviendo tambien su antiguo caracter un poco de su alegría, su gracioso mohin, su cariño á la cabrita, su aficion á cantar, su pudor. Cuidaba de vestirse por las mañanas en el ángulo del chiribitil, de miedo de que la viese por la ventana algun habitante de las vecinas buhardillas.

Cuando el recuerdo de su Febo la dejaba tiempo para ello, la jitana pensaba algunas veces en Quasimodo: él era el único vínculo, la única relacion, la única comunicacion que la quedaba ya con los hombres, con los vivos. Desdichada! mas deserrada estaba aun del mundo que Quasimodo. No sabia qué pensar del extraño amigo que la habia deparado la casualidad. Muchas veces se acusaba de que no bastase su gratitud á hacerla cerrar los ojos, pero decididamente no podia acostumbrarse al pobre campanero: era demasiado feo.

Dejó ella en el suelo el silbato que la dió Quasimodo; pero esto no impidió que el pobre sordo se presentase algunas veces en su celda los primeros dias. Hacia ella los mayores esfuerzos para no apartar los ojos con demasiada repugnancia, cuando venia á traerla su cesta de provisiones, ó el cántaro

de agua; pero siempre advertía él cualquier movimiento de aquella especie, y entonces se iba tristemente.

Una vez llegó mientras estaba la jitana acariciando á Djali. Permaneció algunos momentos pensativo delante de aquel gracioso grupo de la cabra y de la Esmeralda, y dijo en fin meneando su pesada y monstruosa cabeza:—Mi desgracia es que me parezco demasiado al hombre: yo quisiera ser enteramente un animal como esa cabra.

Fijó la jitana en él su mirada atónita, á la que respondió Quasimodo: — Oh! bien se yo por qué! — Y se fué.

En otra ocasion, presentóse á la puerta de la celda (donde nunca entraba) mientras estaba cantando la Esmeralda un antiguo romance español cuyas palabras no comprendía, pero que se la habían quedado en la memoria, porque con ellas la adormecían de niña las jitanas. Al ver aquel feo rostro, que sobrevenia de súbito en medio de su cancion, interrumpióse la niña haciendo un ademán involuntario de terror. El pobre campanero cayó de rodillas sobre el dintel de la puerta, y cruzó con aire suplicante sus anchas manos deformes. — Oh! dijo dolorosamente, yo os lo pido, continuad y no me echeis! — No quiso ella aflijirle y, toda trémula, prosiguió su cancion; pero fue disipándose su espanto por momentos, y cedió en fin de todo punto á la impresion del tono melancólico y suave que cantaba. El en tanto, permanecía da

ARCHILLA Y CRISTAL.

43

rodillas, con las manos cruzadas, como en extasis, atento, respirando apenas, fija la vista en los brillantes ojos de la jitana. Parecía que oía su cantar en sus ojos.

Y en otra ocasión, llegóse á ella con aire indeciso y tímido. -- Escuchadme, dijo haciendo un esfuerzo; tengo que deciros una cosa. Hizole ella señal de que le escuchaba; entonces, Quasimodo, empezó á suspirar, entreabrió los labios, pareció por un momento pronto á hablar, hizo con la cabeza un movimiento negativo, y se retiró lentamente, apoyada la frente en la mano, dejando á la jitana estupefacta.

Entre los grotescos personajes esculpidos en la pared, habia uno á quien profesaba un afecto especial, y con el cual muchas veces parecia canjear miradas fraternales. Una vez, oyóle la jitana que le decia: -- Oh! si fuera yo de piedra como tú!

Un día, en fin, una mañana, habíase adelantado la Esmeralda hasta el borde del techo, y miraba la plaza por cima de la aguda techumbre de San Juan-le-Roud. Quasimodo estaba allí, detras de ella; colocábase así él por su propia voluntad á fin de evitar en lo posible á la doncella el disgusto de verle. De pronto, estremeciósela jitana, una lágrima y un rayo de alegría brillaron juntamente en sus ojos, arrodillósela en el borde del techo, y estendió los brazos con agonía hácia la plaza, exclamando: -- Febo! ven! ven! una palabra, una sola palabra por amor de Dios! Febo! Febo! -- Su voz, su rostro, su ade-

man, toda su persona tenían la amarga expresión de un pobre náufrago que hace una llamada de desesperación al hermoso buque que pasa á lo lejos al horizonte en un rayo del sol.

Abalanzóse Quasimodo hácia la plaza, y vió que el objeto de aquella tierna y delirante súplica era un jóven, un capitán, un gallardo jinete todo brillante de armas y de joyeles que pasaba caracoleando por el fondo de la plaza, y saludaba con su penacho á una hermosa dama que sonreía en su balcón. Pero el oficial no oía á la infeliz que le llamaba; estaba demasiado lejos.

Y sin embargo, el pobre sordo la oía. Un profundo suspiro ajitó su pecho y tuvo que volver la cara; su corazón estaba preñado de todas las lágrimas que devoraba; sus dos puños convulsivos se chocaron sobre su cabeza, y cuando los retiró, tenía en cada mano un puñado de cabellos rojos.

La jítana no lo advirtió; él decía en voz baja rechinando los dientes: --Condenación! He ahí como hay que ser! basta ser hermoso por encima!!

En tanto la jítana continuaba de rodillas, y repetía con extraordinaria ajitación: -- Oh! ahora se apea del caballo! -- Y va á entrar en esa casa!-- Febo!-- No me oye!-- Febo!-- Por qué le hablará esa mujer al mismo tiempo que yo? -- Febo! Febo!

El sordo la miraba, y comprendía muy bien *aquella pantomima*. El ojo del pobre campanero se llenaba de lágrimas, pero no dejaba caer ninguna;

ARCILLA Y CRISTAL.

45

luego de pronto, la tiró suavemente por la manga. Volvióse la Esmeralda; él la dijo con serenidad. --*Queréis que vaya á buscarle?*

Lanzó ella un grito de alegría: -- Oh! vé, id! corre, corre! pronto! ese capitán! -- traédmele! -- yo te amaré! sí... -- Y en tanto abrazaba sus rodillas. No pudo él menos de menear la cabeza dolorosamente. -- Voi á traerle, dijo con voz apagada. Luego volvió la cara y se precipitó corriendo por la escalera, ahogado por los sollozos.

Cuando llegó á la plaza, no vió mas que el hermoso caballo atado á la puerta de la casa Gondelaurier; el capitán acababa de entrar en ella.

Alzó los ojos hácia el techo de la iglesia, donde vió á la Esmeralda que continuaba en el mismo sitio y en la misma actitud. Hizola con la cabeza una señal muy triste; luego se apoyó en uno de los apoyos del portal, resuelto á esperar á que saliese el capitán.

Era á la sazón en la casa Gondelaurier uno de aquellos días de gala que preceden á las bodas: Quasimodo vió entrar mucha jente, pero no vió salir á nadie. *De vez en cuando, miraba hácia el techo; la jítana continuaba inmóvil como él.* Vino entonces un palafrenero á desatar el caballo, é hizole entrar en la cuadra de la casa.

Pasóse así todo aquel día, Quasimodo apoyado en la esquina, la Esmeralda sobre el techo, y Febo sin duda á los pies de Flor de Lis.

Llegó por fin la noche, una noche sin luna, una

noche oscura. En vano fijaba ya su ojo Quasimodo en la Esmeralda; pronto no vió mas que un punto blanco en el crepúsculo, y luego no vió nada. Todo desapareció; todo era negro.

Vió Quasimodo iluminarse en toda la fachada las ventanas de la casa Gondelaurier; vió iluminarse, una despues de otra, todas las ventanas de la plaza; viólas tambien irse apagando todas hasta la última, porque permaneció entera la noche en su puesto. El capitán no salía. Cuando ya hubieron vuelto á sus casas los últimos transeuntes, cuando todas las ventanas de las otras casas se apagaron, quedó Quasimodo enteramente solo, enteramente sepultado en sombra. No habia entonces luminaria en el átrio de Nuestra Señora.

En tanto las ventanas de la casa Gondelaurier habian quedado iluminadas aún despues de las doce de la noche. Quasimodo, inmóvil y atento, veia pasar detras de los vidrios de mil colores una multitud de sombras vivas que se movian y bailaban. Si no hubiera sido sordo, á medida que se iba apagando el rumor de París dormido, hubiera oido cada vez mas claramente en el interior de aquella casa, un ruido de fiesta, de carcajadas y de música.

Hacia la una, empezaron á retirarse los convidados. Quasimodo embozado en tinieblas los miraba pasar á todos bajo el portal iluminado por antorchas; ninguno de ellos era el capitán.

Llena estaba el alma de Quasimodo de tristes pensamientos; miraba á veces al cielo como los que

ARCILLA Y CRISTAL.

47

se aburren. Enormes nubes negras, pesadas, hendidas, agujereadas, pendían como hamacas de crepón de la estrellada cúpula de la noche. Parecían las telarañas de la bóveda del cielo.

En uno de aquellos momentos, vió abrirse de pronto misteriosamente la vidriera del balcón cuya balaustrada de piedra se recortaba encima de su cabeza. La frágil puerta de vidrio dió paso á dos personas detrás de las cuales se cerró pausadamente: aquellas dos personas eran un hombre y una mujer. No sin dificultad reconoció Quasimodo en el hombre al gallardo capitán, y en la mujer á la hermosa dama á quien había visto por la mañana dar la bienvenida al oficial, desde lo alto de aquel mismo balcón. Aquel sitio estaba enteramente obscuro, y una doble colgadura carmesí que cayó detrás de la puerta en el momento mismo en que se cerró, no dejaba penetrar en el balcón la luz del sarao.

El jóven y la doncella, en cuanto podía juzgar nuestro sordo, que no oía ni una palabra de lo que hablaban, parecían entregados á la mas amorosa conferencia.

Asistía Quasimodo desde abajo á aquella escena, tanto mas graciosa de ver, cuanto no pasaba para ser vista: contemplaba el desdichado aquella felicidad, aquella belleza con profunda amargura. Al fin y al cabo, no era muda en el pobre diablo la voz de la naturaleza, y su columna vertebral, torcida y todo de tan mala manera como lo estaba, no era me-

nos sensible que otra cualquiera. Pensaba el pobre sordo en la miserable parte de dicha que le habia dado la providencia; en que la mujer, el amor, el deleite le pasarian eternamente por delante de los ojos, y que no haria mas que ver la felicidad de los demas. Pero lo que mas le despedazaba en aquel espectáculo, lo que mezclaba alguna indignacion á su despecho, era el pensar en lo que debia sufrir la jitana si le veia. — Verdad es que la noche era muy oscura; que la Esmeralda, si se habia quedado en su sitio (y lo creia indudable) estaba muy lejos, y que apenas podia él á todo lo mas divisar á los enamorados del balcon. Esto le consolaba.

En tanto su conversacion era cada vez mas animada; parecia que la dama suplicaba al oficial que no la pidiese nada.... De todo aquello, no distinguia Quasimodo mas que las lindas manos cruzadas, los ojos de la niña levantados á las estrellas, los ojos del capitán ardientemente clavados en ella.

Por fortuna....abrióse de pronto la puerta del balcon, y sobrevino una señora anciana; la bella quedó confusa, el oficial todo mohino, y los tres volvieron al estrado.

Un momento despues resonaron en el portal las herraduras de un caballo y el brillante oficial, embozado en su capa de noche, pasó rápidamente delante de Quasimodo.

Dejóle el campanero doblar el ángulo de la calle, y luego echó á correr detras de él con su aji-

ARCILLA Y CRISTAL.

49

fidad de mono, gritando: -- Hé! -- Capitan!

Paróse el capitan.

--Qué me quiere ese pillo? dijo columbrando en la sombra aquella especie de figura desvencijada que corría hacia el cojando.

Llegóse á él entonces Quasimodo y cojió impávido las riendas de su caballo: --Seguidme, capitan; hay aquí cerca una persona que quiere hablaros.

--Cuerno Mahoma! refunfuñó Febo, me parece haber visto no sé donde á este ridículo pajarraco. --A ver, compadre--quieres soltar las riendas de mi caballo?

--Capitan, repuso el sordo, ¿no me preguntais de quién?

--Te digo que sueltas mi caballo! repuso Febo con impaciencia. --Qué me quiere este bellaco que se cuelga á la testera de mi rocín? Tomas á mi caballo por una horca?

Quasimodo, lejos de soltar las riendas, se dispónia á hacerle dar la vuelta. No pudiendo explicarse la resistencia del capitan, apresuróse á decirle: --Venid, capitan, os espera una mujer. Y luego añadió haciendo un esfuerzo: --Una mujer que os ama.

--Tuno de playa! dijo el capitan, que me cree obligado á ir á casa de todas las mujeres que me aman ó que lo dicen! --Y si por ventura se parece á tí, cara de mochuelo? --Dí á la que te envía que me voy á casar, y que se vaya al infierno!

TOMO III.

4

50 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

— Escuchad, dijo Quasimodo creyendo vencer con una sola palabra toda su resistencia, venid, señor capitán! Es la gitana que ya sabeis!

Estas palabras produjeron en Febo grande impresión; pero no la que esperaba el sordo. El lector se acordará de que nuestro galán se retiró con Flor de Lis algunos momentos antes de que Quasimodo salvase á la gitana de manos de Charmolue; desde entonces en todas sus visitas á la casa Gonde-laurier, habiase guardado muy bien de mentar á aquella mujer cuyo recuerdo no le era muy grato seguramente; y Flor de Lis por su parte no habia juzgado prudente decirle que vivia la gitana. Creia pues muerta el capitán á la pobre *Similar*, y que hacia ya de esto uno ó dos meses. Añádase á lo dicho que el capitán discurría hacia algunos instantes en la profunda oscuridad de la noche, en la hediondez sobrenatural, en la voz sepulcral de aquel extraño mensajero; que ya habian pasado las doce de la noche, que la calle estaba desierta como cuando se le acercó el monje en pena, y que su caballo resoplaba mirando á Quasimodo.

— La gitana! exclamó casi asustado; ¿vienes acaso del otro mundo?

Y echó la mano á la empuñadura de su daga.

— Vamos, vamos! dijo el sordo forcejeando por llevarse el caballo; vamos por aquí!

Aseutóle Febo sobre el pecho un vigoroso puntapié.

Brotó llamas el ojo de Quasimodo, quien hizo

ARCILLA Y CRISLAL. 51

un movimiento para precipitarse sobre el capitán. Luego dijo conteniéndose violentamente: —Oh! buena dicha tenéis de que haya alguno que os ame!

Recalcó el sordo sobre la palabra *alguno*, y soltando las riendas del caballo: — Vete! le dijo.

Metió Febo espuelas á su rocín y se fue echando mil juramentos: vió Quasimodo perderse entre la niebla de la calle. — Oh! decía en voz doliente el pobre sordo, rehusar eso!!

Volvió á Nuestra Señora, encendió su lámpara y subió á la torre; como él imaginaba, aun estaba la gitana en el mismo sitio. Apenas pudo divisarle á á lo lejos, echó á correr hácia él: —Solo! exclamó cruzando dolorosamente sus blancas manos.

—No he podido dar con él, dijo con frialdad Quasimodo.

— Debisteis haber esperado toda la noche, rehusó ella enfurecida.

Vió él su ademán de cólera, y comprendió su reconvencion. — Otra vez le espiaré mejor, dijo bajando la cabeza.

— Vete! exclamó la gitana.

Hízolo así porque vió que estaba descontenta de él; el infeliz prefería ser maltratado por ella á afligirla; todo el dolor lo había guardado para sí.

Desde aquel día en adelante no le volvió á ver la gitana ni él volvió á su celda: á todo lo mas, entreveía á veces en la cima de una torre el rostro del campanero melancólicamente clavado en ella; pero apenas le divisaba, desaparecía.

Debemos decir en honor de la verdad que muy poco la afligía la ausencia voluntaria del pobre joyero robado. En el fondo de su corazón se lo agradecía, y sobre este particular no se hacía ilusión el desdichado Quasimodo.

Pero si ya no le veía, sentía no obstante la presencia de un genio protector en torno de sí; una mano invisible renovaba sus provisiones durante su sueño. Una mañana, halló sobre su ventana una jaula de pájaros. Había encima de su celda una escultura que le metía miedo, y varias veces lo había dicho así delante de Quasimodo; una mañana (porque todas estas cosas se efectuaban durante la noche, ya no la vio: la escultura estaba hecha pedazos. El que había trepado hasta aquel punto, mucho debió esponer su vida.

A veces durante la noche oía una voz oculta bajo el alero del campanario, cantar como para adormecerla una canción triste y extraña, unos versos sin medida, como puede hacerlos un sordo.

No mires el rostro niña,
Niña, mira el corazón.

El corazón de un joven gallardo es muchas veces disforme;
Hay corazones en que no se conserva el amor.

Niña, el pino no es hermoso,
No es hermoso como el álamo,
Pero conserva su ramaje en invierno.
Pero ¡ha! para qué te lo digo?
Lo que no es bello hace mal en existir;
La belleza no ama más que a la belleza,
abril vuelve la espalda á enero.

ARCILLA Y CRISTAL.

53

La hermosura es perfecta,
La hermosura lo puede todo,
La hermosura es la única cosa que no existe á medias.

El cuervo no vuela mas que de día,
El buho no vuela mas que de noche,
El cisne vuela de noche y de día.

Una mañana, vió al despertarse dos vasos llenos de flores en su ventana; uno era un vaso de cristal, *hermoso y brillante, pero rajado; habíasele salido el agua que contenía, y sus flores estaban marchitas.* El otro era un jarro de arcilla, *basto y ordinario, pero que habia conservado toda su agua, y cuyas flores estaban frescas y lozanas.*

No sé si lo hizo con intencion, pero la Esmeralda *cojió el ramillete marchito y lo llevó todo el día al pecho.*

Aquel día no oyó cantar la voz de la torre.

Poco caso hizo de ello: pasaba los días la Esmeralda *acariciando á Djali, espiondo la puerta de la casa Gondelaurier, pensando en Febo, y desmigajando pan para las golondrinas.*

Con el tiempo dejó enteramente de ver y de oír á Quasimodo; el pobre campanero parecía haber desaparecido de la iglesia. Una noche sin embargo, como no dormía y pensaba continuamente en su gallardo capitán, oyó suspirar junto á su celda; levantóse sobresaltada, y vió á la luz de la luna una masa informe tendida de través delante de su puerta. Era Quasimodo que dormía sobre las piedras.

LA LLAVE DE LA PUERTA COLORADA

La fama entre tanto habia hecho saber al arcediano de qué modo milagroso se habia salvado la jítana, y cuando recibió esta noticia, no supo lo que sentia. Habíase ya acostumbrado á la muerte de la Esmeralda; de este modo hallábase ya en paz, porque habia tocado el fondo del dolor posible. El corazon humano (don Claudio habia meditado sobre estas cosas) no puede contener mas que una cierta cantidad de desesperacion : una vez bien empapada la esponja, el mar puede pasar por encima de ella sin añadirla una gota de agua.

Y una vez muerta la Esmeralda, la esponja estaba empapada, todo estaba acabado para don Claudio sobre la tierra. Pero saber que vivia ella y Febo tambien, era volver á empezar los tormentos, las sacudidas violentas, las alteruativas, la vida. Y Claudio estaba harto de todo esto.

LA LLAVE, ETC.

55

Cuando supo esta nueva, encerróse en su celda del claustro, y no volvió á presentarse ni en las conferencias capitulares, ni en los oficios: cerró su puerta á todos, aun al obispo. De esta suerte estuvo encerrado muchas semanas; todos le creyeron enfermo. -- lo estaba en efecto.

¿Qué hacia así encerrado? bajo qué amargos pensamientos consumía su existencia el infeliz! Luchaba por última vez contra su funesta pasión? Combinaba un último plan de muerte para ella, y de perdición para él?

Su Juan, su hermano querido, su niño mimado fue una vez á su puerta, llamó, juró, dijo su nombre diez veces, -- Claudio no abrió.

Pasaba días enteros pegado el rostro á los vidrios de su ventana. Desde esta ventana, situada en el claustro, veía la celdilla de la Esmeralda, y tal vez á ella también con su cabra y á veces con Quasimodo. Observaba las atenciones del horrible sordo, sus obediencias, sus modales delicados y sumisos con la jitana. Acordábase, porque tenía buena memoria, y la memoria es el tormento de los celosos, acordábase de la mirada extraña del campanero sobre la bailarina en cierta tarde. Preguntábase por qué motivo podía haberla salvado Quasimodo. Fue testigo de mil escenas entre la jitana y el sordo, cuya pantomima vista de lejos, y comentada por su pasión, le pareció muy tierna; desconfiaba de la singularidad de las mujeres y... entonces sintió despertarse en él confusamente unos celos á que nunca se

había esperad^o, unos celos que le hacían morir de vergüenza y de indignación.— Pase por el capitán, decía, pero ese!... Esta idea le volvía loco.

Sus noches eran horribles. Desde que supo que vivía la gitana, las frías ideas de espectro y de tumba que le habían perseguido un día entero se fueron desvaneciendo, y de nuevo volvió á punzarle la carne. Revolcábase el miserable en su cama pensando en que estaba tan cerca de él la morena virgen.

Todas las noches, presentábase su imaginación delirante á la Esmeralda en aquellas actitudes que mas habían hecho hervir sus venas. Veíala desnuda por las ásperas manos de los sayones, dejando poner á descubierto y encajonar en el borceguí con tornillos de hierro, su pic pequeño, su pierna fina y redonda, su ajil y blanca rodilla: veía aun aquella rodilla de marfil que era lo único que quedaba fuera de la horrible máquina de Torterue. Figurábase en fin á la niña, en camisa, con la cuerda al cuello, con la espalda desnuda, los pies desnudos, casi desnuda, como la vió el último día. Estas imágenes de delito hacían crispase sus manos y correr un profundo estremecimiento por todas sus vértebras....

Una noche entre otras, tan cruelmente encendieron en su arterias estas imágenes su sangre de virgen y de sacerdote, que mordió su almohada, echóse fuera de la cama, púsose una sobrepelliz sobre la camisa, y salió de su celda, con la lámpara

LA LLAVE , ETC.

57

en la mano, medio desnudo, delirante, echando
fuego por los ojos.

Sabia muy bien donde hallar la llave de la puerta
colorada que comunicaba del claustro á la iglesia, y
siempre llevaba consigo, como y ahemos dicho, una
llave de las escalera de las torres.

CONTINUACION**DE LA LLAVE DE LA PUERTA COLORADA.**

Aquella noche se habia dormido la Esmeralda en su celda llena de olvido, de esperanza y de dulces pensamientos. Dormia hacia ya largo rato, soñando como siempre con Febo, cuando la pareció oír ruido cerca de ella: tenia un sueño ligero é inquieto, un sueño de pájaro: cualquier cosa la despertaba. Abrió los ojos; la noche estaba obscura, pero vio en la ventana un rostro que la miraba; una lámpara iluminaba aquella aparicion. En el momento en que advirtió que le miraba la Esmeralda, aquel rostro dió un soplo á la luz; pero tuvo tiempo la jitana para entreverla, y sus párpados se cerraron de terror.—Oh! dijo con voz apenas articulada—¡ el sacerdote!

Todo su infortunio penetró entonces en ella co-

CONTINUACION , ETC. 59

mo un relámpago: la infeliz cayó sobre su lecho, helada.

Un momento despues sintió que la tocaban, lo cual la hizo estremecerse tanto que se incorporó del todo vuelta en sí, y furiosa....

El sacerdote acababa de deslizarse junto á ella, y la ceñía con ambos brazos.

Quiso gritar y no pudo.

—Vete, monstruo! vete, asesino! dijo con voz trémula y sorda á fuerza de cólera y de espanto.

—Compasion! piedad! murmuró el sacerdote.

Cojióle ella su cabeza calva con ambas manos por los pocos cabellos que le quedaban y forcejeó para alejarle de sí.

—Compasion! repetia el desdichado. Si supieras lo que es mi amor! es fuego, plomo derretido, mil cuchillos en mi corazon!

Y la sujetó los dos brazos con una fuerza sobrehumana. Y entonces ella desesperada: Suéltame, le dijo, ó te escupo en la cara.

El la soltó.—Enviléceme, pégame, sé cruel! haz lo que quieras!—Pero ten compasion de mí!—ámame!

Pególe ella entonces con un furor de niño, y crispaba sus hermosos dedos para desgarrarle la cara.—Vete, demonio!

—Amame, ámame! piedad, gritaba el pobre sacerdote, respondiendole á sus golpes con caricias.

60 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

De pronto, sintióle mas fuerte que ella: -- Es menester acabar de una vez! dijo el arcediano rechinando los dientes.

Estaba ya la jitana rendida del causancio. Hizo entonces un postrer esfuerzo y empezó á gritar: -- Socorro! á mí! un vampiro! un vampiro!

Nadie venia: solo Djali que se habia despertado, balaba con angustia.

--Calla! dijo el sacerdote.

Entonces, forcejeando la jitana por alejarle de sí, halló en el suelo una cosa fria y metálica; aquello era el silbato de Quasimodo. Cójole con una convulsion de esperanza, llególe á sus lábios y silbó en él con toda la fuerza que la quedaba; el silbato espidió un sonido claro, agudo, penetrante.

--Qué es eso? dijo el sacerdote.

Casi en el mismo instante, sintióse levantar en alto por un brazo vigoroso; la celda estaba oscurísima, de modo que no pudo distinguir quién era el recién venido; pero oyó dos hileras de dientes que se entrechocaban con rabia, y habia precisamente bastante luz esparcida entre la sombra para que viese brillar sobre su cabeza la ancha boja de un cuchillo.

Creó el sacerdote entrever la forma de Quasimodo, y supuso que en efecto no podia ser otra mas que él: acordóse ademas haber tropezado al entrar en una masa que estaba tendida al través de la puerta por fuera. Sin embargo, como el recién lle-

CONTINUACION, ETC.

61

gado no profería una sola palabra, no sabía qué imaginar. Arrojóse el arcediano sobre el brazo que levantaba el cuchillo, gritando: -- *Quasimodo!* En aquel momento de amargura, olvidaba que Quasimodo era sordo.

En un abrir y cerrar de ojos, cayó á tierra el sacerdote, y sintió apoyarse sobre su pecho una rodilla de plomo. En la presión angulosa de aquella rodilla, reconoció á Quasimodo; pero ¿qué podía hacer? cómo había de conocerle? la noche hacia ciego al sordo.

Estaba perdido. La jitana, desapiadada como una pantera furiosa, no intervenía para salvarle. El puñal se acercaba á su cabeza; el momento era crítico, -- pero de pronto se paró su adversario como indeciso. -- No caiga sangre sobre ella! dijo con sordo acento.

Aquella voz, en efecto, era la de Quasimodo.

Sintió entonces el sacerdote una ancha mano, que le sacaba de la celda arrastrándole por el pie; allí debía morir. Afortunadamente para él, pocos minutos antes había salido la luna.

Luego que pasaron la puerta de la celda, cayó su pálido rayo sobre el rostro del arcediano. Quasimodo le miró de hito en hito, empezó á temblar, soltó al sacerdote y retrocedió.

La jitana que se había asomado á la puerta, vió con sorpresa aquella mudanza de situaciones. Ahora el sacerdote era el que amenazaba, Quasimodo el que suplicaba.

El sacerdote mientras descargaba sobre el sordo toda su cólera en furiosas reconvenciones, le hizo señal de que se retirara.

Bajó Quasimodo la cabeza, y fué á ponerse de rodillas delante de la puerta de la jítana.—Señor, dijo con voz grave y resignada: haced despues lo que querais; pero matadme antes.

Esto diciendo, presentaba su puñal al sacerdote, y éste, fuera de sí, se adelantó sobre aquella arma. Pero la jítana fue mas lijera que él; arrancó el puñal de manos de Quasimodo y soltó una carcajada con furor.—Acércate! dijo al sacerdote.

Y tenia el puñal levantado en alto. Don Claudio quedó indeciso; seguramente le hubiera herido.—Ya no osarás acercarte, cobarde! le gritó. Luego añadió con una espresion implacable, y segura de que iba á clavar mil puñales ardiendo en el corazón del sacerdote:—Ah! ya sé que Febo no ha muerto!

Derribó el arcediano á Quasimodo de una patada, y se internó bramando de rabia bajo la bóveda de la escalera.

Luego que se fué, recojió Quasimodo el síbato que acababa de salvar á la jítana.—Ya empezaba á enmohecerse, dijo devolviéndosele; luego la dejó sola.

La jítana, trastornada por aquella violenta escena, cayó desalentada sobre su lecho, y se echó á llorar sollozando amargamente. Su horizonte volvía á cargarse de siniestras nubes.

CONTINUACION, ETC.

63

El sacerdote por su parte, volvió andando á
tintas á su celda.

Ya no habia duda: don Claudio tenia celos de
Quasimodo!

Y repitió con aire pensativo estas fatales pala-
bras: -- Nadie la poseerá!

Libro décimo.

TOMO III.

5

6.

GRINGOIRE**TIENE MUCHAS BUENAS IDEAS SEGUIDAS
EN LA CALLE DE LOS BERNARDINOS.**

Desde que Pedro Gringoire había visto el jiro que iba tomando aquel negocio, y que decididamente habría cuerda, borca y otros percances para los personajes principales de aquella comedia, guardóse muy bien de meter en ella su cucharada. Los hampones entre los cuales se había quedado, considerando que en último resultado eran la mejor gente de París, los hampones habían continuado interesándose por la jiuana, cosa que le pareció muy natural en personas que no tenían, como ella, mas perspectiva que Charmolue y Torterue, y que no cabalgaban como él en las regiones imaginarias entre las dos alas de Pegaso. Supo por ellos que su esposa del cántaro roto se había refugiado en Nuestra Señora, de lo que se alegró sobremanera; pero no le dieron tentaciones de ir á verla; acordábase á veces de la cabra y punto concluido. Por lo demas

hacia durante el día habilidades hercúleas para vivir, y trabajaba de noche en un folleto contra el obispo de París, porque se acordaba de haber sido inundado por las ruedas de sus molinos, y le guardaba rencor. Ocupábase también en comentar la grande obra de Baudry-le-Rouge, obispo de Noyon y de Tournay, *de Cupá Petrarum*, lo que le había inspirado una violenta afición á la arquitectura; afición que había reemplazado en su pecho á su pasión por el hermetismo, de la cual no era en resumidas cuentas más que un corolario natural, pues existe una relación íntima entre la herméutica y el arte de construir. Gringoire había pasado del amor de una idea al amor de la forma de esta idea.

Habiase parado un día junto á San German-l'Auxerrois en el ángulo de una casa que se llamaba el *Castillo del Obispo*, el cual hacia frente á otro llamado el *Castillo del Rey*: había en este castillo del Obispo una bellísima capilla del siglo XIV, cuya ápside daba sobre la calle. Examinaba Gringoire devotamente sus esculturas exteriores; hallábase en uno de aquellos momentos de fruición egoísta, exclusiva, suprema, en que el artista no vé en el mundo más que el arte, y vé el mundo en el arte, cuando sintió de pronto una mano que se posaba gravemente sobre su hombro. Volvió la cara y vió á su antiguo amigo, á su antiguo maestro, al señor Arcediano.

Estupefacto quedó el buen Gringoire. Mucho

GRINGOIRE, ETC.

69

tiempo hacia que no había visto al arcediano, y don Claudio era uno de aquellos hombres solemnes y apasionados, cuyo encuentro desbarata siempre el equilibrio de un filósofo escéptico.

Guardó por algunos instantes el arcediano un silencio durante el cual tuvo tiempo Gringoire para examinarle muy á su sabor. Sobradamente mudado encontró á don Claudio; pálido como una mañana de invierno, los ojos hundidos, los cabellos casi blancos. El sacerdote, en fin, rompió aquel silencio, diciendo con tono sereno, pero glacial. -- Cómo va de salud, maese Pedro?

--Mi salud? respondió Gringoire. Eh! eh! nada mas que así, así; pero el conjunto no es del todo malo. De nada me atraco; bien lo sabeis, señor maestro; el secreto de disfrutar de buena salud, segun Hipócrates, *id est; cibi, potus, somni, ventis, omnia moderata sint.*

--Con que no teneis ningun cuidado, maese Pedro? repuso el arcediano mirando de hito en hito á Gringoire.

--A fé mia que no!

--Y qué haceis ahora?

--Viéndolo estais, señor maestro; examino el corte de estas piedras, y el modo como está ejecutado este bajo relieve.

Empezó el sacerdote á sonreir, con aquella sonrisa amarga que no levanta mas que una de las estremidades de la boca. -- Y eso os divierte?

--Esto es la gloria! exclamó Gringoire. E in-

70 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

clinándose sobre las esculturas con la profunda satisfacción de un demostrador de fenómenos vivos. — No hallais, verbi gracia, esta metamorfosis de relieve ejecutada con singular destreza, paciencia y primor? Mirad esta columnailla..... En torno de qué capitel habeis visto hojas mas tiernas y mejor acariciadas por el cincel? Aquí teneis tres figuras esculpidas por Juan Maillevin, que no son por cierto las mejores de aquel genio extraordinario: sin embargo, la sencillez, la dulzura de los rostros, la elegancia de las actitudes y de los pliegues, y esa gracia inesplicable que se mezcla á todos sus defectos, hacen á esas figuras muy bellas por cierto, muy delicadas, acaso demasiado. — No os parece esta contemplacion cosa muy divertida?

—Seguramente! dijo el sacerdote.

—Pues si viérais el interior de la capilla! repuso el poeta en su lenguaraz entusiasmo. No se ve mas que esculturas por todas partes; todo en él es pomposo como el cogollo de una col! La apside es de una forma en extremo devota y tan particular que en ninguna parte he visto cosa igual.

Don Claudio le interrumpió: — Luego sois feliz?

Gringoire respondió con entusiasmo:

—El cielo sabe que sí! Primero amé mujeres, luego animales; ahora amo piedras que son tan entretenidas como las mujeres y los animales, y mucho menos pérfidas.

Pasóse el sacerdote la mano por la frente, lo que era en él un movimiento habitual. — De veras!

GRINGOIRE, ETC.

71

--Mirad! dijo Gringoire; cada cual goza á su modo! Cojió entonces del brazo al sacerdote que se dejaba llevar sin resistencia, é hizole entrar bajo el torreón de la escalera del castillo del Obispo.--Ved aquí una escalera! cada vez que la veo, soy feliz; es en su especie la combinacion mas sencilla y mas rara que hay en París: todos los pendaños van por abajo en disminucion. Su belleza y su sencillez consisten en las mesetas de unos y otros, que vienen á ser como de un pie, y que estan entrelazadas, enclavijadas, encajadas, encadenadas, prendidas, entretalladas una en otra, y se entretrejen de un modo verdaderamente sólido y primoroso.

--Y no deseais nada?

--No.

--Y no os arrepentis de nada?

--Ni arrepentimiento ni deseo.--Ho arreglado mi vida.

--Lo que los hombres arreglan, dijo Claudio, las cosas lo desarreglan.

--Soy filósofo pirroniano, respondió Gringoire, y todo lo tengo en equilibrio.

--Y cómo ganais vuestra vida?

--Aun suelo hacer de vez en cuando epopeyas y tragedias; pero lo que mas me produce, es la industria de que ya tenéis noticia, señor maestro; la de llevar pirámides de sillas entre los dientes.

--Grosero oficio para un filósofo.

--Pero es cosa de equilibrio, dijo Gringoire; el que tiene una idea fija, en todo la encuentra.

--Lo sé, respondió el arcediano.

Después de un breve silencio, prosiguió el sacerdote: --Estais no obstante algo miserable.

--Miserable, sí; desgraciado, no.

Dejóse oír en aquel momento un ruido de caballos y vieron nuestros dos interlocutores desfilar en la estremidad de la calle una compañía de arqueros del rey, armados de sendas lanzas y su capitán al frente. Brillante era la cabalgada, y resonaba sobre las piedras.

--Cómo mirais á ese capitán! dijo Gringoire al arcediano.

--Creo conocerle.

--Cómo le llamais?

--Creo, dijo Claudio, que se llama el capitán Febo de Chateaupers.

--Febo! nombre histórico! otro Febo hay, conde de Foix. Acuérdomé de haber conocido una prójima que no juraba mas que por Febo.

--Venid conmigo, dijo el sacerdote; tengo que hablaros.

Desde que pasó aquella tropa, traslucíase alguna agitacion bajo el glacial exterior del arcediano. Echó éste á andar y Gringoire le seguía, acostumbrado á obedecerle como todos los que una vez habían tratado á aquel hombre dotado de un prestigio singular. De este modo llegaron á la calle de los Bernardinos que estaba bastante desierta; allí se paró don Claudio.

GRINGOIRE, ETC.

73

--Qué tenéis que decirme, señor maestro? le preguntó Gringoire.

--No os parece, respondió el arcediano con un aire de profunda reflexión, que el traje de esos ginetes que acabamos de ver, es mas hermoso que el vuestro y el mio?

Gringoire meneó la cabeza. -- Por mi vida que prefiero mi gaban amarillo y colorado á esas escamas de hierro y de acero. Vaya un gusto el ir metiendo tanto ruido al andar como el muelle de la Ferraille (1) en un temblor de tierra!

--Segun eso, Gringoire, nunca habeis tenido envidia á esos brillantes soldados en sobrevesta de guerra?

--Envidia de qué, señor arcediano? de su fuerza, de su armadura, de su disciplina? mas valen la filosofia y la independencia desarrapadas: mas quiero ser cabeza de mosca, que cola de leon.

--Cosa estraña! dijo el sacerdote pensativo. Un traje de guerra es, sin embargo, muy magnífico.

Gringoire, viéndole sepultado en sus hondas cavilaciones, le dejó para irse á admirar el pórtico de una casa inmediata, de donde volvió al cabo de pocos momentos dando palmadas de alegría. -- Si estuvierais menos ocupado en esas vestimentas marciales, señor arcediano, habiaos de suplicar que vinie-

(1) Del *herraïe*. -- En él en efecto hay muchísimos puentes de hierro viejo.

(N. del Trad.)

74

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

seis á ver esta puerta. Siempre lo dije, la casa del señor Aubry tiene la mas soberbia entrada que imaginarse puede.

--Pedro Gringoire, dijo el arcediano, qué habeis hecho de aquella bailarina gitana?...

--La Esmeralda?... Vaya que mudais de conversacion de un modo particular.

--No era esposa vuestra?

--Sí, por la gracia de un cántaro roto, estábamos casados por cuatro años.—A propósito, añadió Gringoire mirando al arcediano con aire casi irónico, cou que siempre pensais en ella?

--Y vos, la olvidasteis ya?

--Casi, casi. Tengo tantas cosas en que pensarle, Jesus, Jesus, y que mona que es la cabrita!...

--No os salvó la vida esa gitana?

--Cierto que sí.

--Pues bien! qué es de ella? qué habeis hecho de esa mujer?

--Eso es lo que yo no sé; se me figura que la han de haber ahorcado.

--Lo creéis?

--No estoy seguro. Cuando ví que se trataba de ahorcar á la jente, echéme fuera al momento.

--Y es eso todo lo que sabeis?

--No—no—ahora que me acuerdo; me han dicho que se ha refugiado en Nuestra Señora, que se halla en completa seguridad, y de ello me alegro en el alma—; y no he podido averiguar si tambien se ha salvado la cañra con ella, y esto es todo lo que sé.

GRINGOIRE, ETC.

75

--Pues yo voy á deciros algo mas, exclamó don Claudio, y su voz hasta entonces baja, lenta y casi sorda resonó como un trueno. Hase refugiado en efecto en Nuestra Señora, pero dentro de tres dias se apoderará de ella la justicia, y será ahorcada en la Greve. Asi lo ha decretado el Parlamento.

--Diablura como ella! dijo Gringoire.

El sacerdote en un abrir y cerrar de ojos recuperó toda su fria serenidad.

--Y quién diablos, repuso el poeta, se ha entretenido en solicitar un decreto de reintegracion? No podia dejar en paz al parlamento? Qué les importa que una pobre muchacha se albergue bajo los botareles de Nuestra Señora, entre nidos de gollondrinas?

--Hay demonios en el mundo, respondió el arcediano.

--No está eso bien dispuesto, observó Gringoire.

Despues de un breve silencio, repuso el arcediano: Decis que os ha salvado la vida?

--Allá entre mis amigos los hampones: á poco mas, á poco menos, muero ahorcado... Hoy lo sentirian.

--Y nada quereis hacer por ella?

--Yo bien quisiera, don Claudio, pero eso de ir á enredarme en un mal negocio!...

--¿Qué importa!

--Bah! qué importa! pues me gusta la especie! Tengo empezadas dos obras muy voluminosas!...

76

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

El sacerdote se dió una palmada en la frente; á pesar de la calma que afectaba, un ademán violento revelaba de vez en cuando sus convulsiones interiores.—Cómo haremos para salvarla?

Gringoire le dijo:—Yo os responderé, señor maestro: *Il padelt*, lo que quiere decir en turco: *Dios es nuestra esperanza*.

—Cómo haremos para salvarla? respondió Claudio meditabundo.

Dióse también Gringoire una palmada en la frente.

—Escuchad, señor maestro, yo soy hombre de alguna imaginación, y voy á echarme á buscar expedientes. Si se pidiera su perdón al rey Luis XI?

—A Luis XI! un perdón!

—Por qué no?

—Vé á pedirle al tigre su ración!

Púsose Gringoire á buscar nuevas soluciones.

—Pues bien! oid!—Queréis que dirija á las matronas un memorial declarando que la jóven está embarazada?

Estas palabras hicieron llamear los hundidos ojos del sacerdote.

—Embarazada?... Tienes tú algún motivo para saberlo?

Aterrado Gringoire de verle en aquella agitación, apresuróse á responder: —Oh! lo que es yo por mí, maldito si lo sé! nuestro matrimonio era un verdadero *foris maritágium*; nada he tenido que ver en él. Pero así se obtendría una moratoria

GRINGOIRE, ETC.

77

--Locura! infamia! calla! calla!

--Mal hacéis en enojaros, añadió Gringoire. Se obtiene un plazo, no se ofende á nadie, y se hace ganar cuarenta dineros parisies á las matronas que son unas pobres mujeres.

El sacerdote no le escuchaba.—Pues es preciso que salga de allí! murmuró entre dientes. El decreto ha de ejecutarse en el preciso término de tres dias! Además, aun cuando no hubiera tal decreto,--ese Quasimodo! Oh! las mujeres tienen unos gustos tan depravados!!—Luego añadió alzando la voz: -- Maese Pedro, lo he pensado bien; no hay mas que un medio de salvacion para ella.

--Cuál? yo por mi parte no veo ninguno.

--Escuchad, maese Pedro, y acordáos de que la debeis la vida. Voy á deciros francamente lo que piénsó: hay quien espía la iglesia dia y noche, y no dejan salir mas que á los que han visto entrar. Vos podeis entrar por consiguiente, y yo os introduciré en su estancia: mudaréis de vestidos con la jítana, ella tomará vuestra ropilla y vos su saya.

--Hasta ahora no va mal, observó el filósofo. Y luego?

--Ella saldrá con vuestros vestidos y vos os quedaréis con los suyos. Tal vez sereis ahorcado, pero ella se salvará.

Gringoire se rascó la oreja derecha con mucha formalidad.

--Sí, -- ch? -- qué damonio! dijo, idea es esa que jamás se me hubiera ocurrido á mí solo.

Al oír la inesperada proposición de don Claudio, oscurecióse de súbito el semblante franco y benigno del poeta, como un risueño campo de Italia cuando sobreviene de pronto un bocanada de viento que esparrama una nube sobre el sol.

--Con que, Gringoire, ¿qué decís de mi espediente?

--Digo, señor maestro, que no me aborcarán tal vez, sino que me aborcarán indubitavelmente.

--Y qué?

--Vaya! dijo Gringoire.

--Os ha salvado la vida; no haceis mas que pagarla una deuda.

--Otras muchas hay que no pago!

--Maese Pedro, es preciso absolutamente que lo hagais.

El arcediano hablaba con imperio.

--Escuchad, don Claudio, respondió el poeta todo consternado: Os habeis encaprichado con esa idea y haceis mal. No veo por qué razon he de dejarme ahorcar en lugar de otro.

--Pues qué teneis que os haga amar tanto la vida?

--Qué? mil razones.

--Y cuáles? sepamos.

--Cuáles? el aire, el cielo, la mañana, la tarde, la luz de la luna, mis amigos los hampones, las hermosas arquitecturas de París que estudiar, tres libretos que componer uno de los cuales entra el obispo y sus molinos, -- y ¿qué sé yo cuál es?

GRINGOIRE, ETC.

79

tas otras cosas mas? Anaxágoras decía que estaba en el mundo para admirar el sol. Y además tengo la satisfacción de pasar todo el día desde por la mañana hasta por la noche con un hombre de genio que soy yo, lo que es sumamente agradable.

—Cabeza para hacer con ella un cascabel! murmuró el arcediano. —Pues dí! esa vida que tan dulce te parece quién te la ha conservado? A quién debes el respirar ese aire, el ver ese cielo y el poder aun divertir tu entendimiento de alondra, de musaraña en musaraña? Sin ella dónde estarías á estas horas? Quieres tú que muera ella, ella por quien vives tú, que muera esa criatura, hermosa, dulce, adorable, necesaria á la luz del mundo; mientras que tú, medio cuerdo, medio loco, vano bosquejo de cualquiera cosa, especie de vegetal que crees andar y pensar, continuarás viviendo con la vida que has robado, con esa vida tan inútil como una antorcha á mediodía? Ea! un poco de caridad, Gringoire, sé tú tambien generoso.... ella te ha dado el ejemplo.

Hablaba el sacerdote con vehemencia; al principio eschálalo *Gringoire con aire indeterminado*, luego se fue enterneciendo, y acabó por hacer un jesto trájico que hizo parecerse su macilento rostro al de un recién nacido que tiene cólico.

—Patético estás, dijo enjugándose una lágrima. —Pues señor, lo pensaré! —Vaya que es una idea muy particular es que se os ha ocurrido. —Ella al fin, prosiguió despues de un breve silencio

80 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

quién sabe? puede que no me ahorquen; no todos los novios se casan. Cuando me encuentren en aquel zaquizamí tan grotescamente equipado en traje de mujer, acaso, acaso se echarán á reír sin poderlo remediar.—Y luego si me ahorcan — y qué? la horca es una muerte como otra cualquiera, ó por mejor decir, no es una muerte como otra cualquiera: es una muerte digna del que ha oscilado toda su vida; es una muerte á que acaso estaba predestinado; cosa es magnífica morir como se ha vivido.

El sacerdote le interrumpió: — ¿Quedamos en eso?

— Qué viene á ser la muerte al fin y al cabo? prosiguió Gringoire con exaltación. Un momento desagradable, un portazgo, el tránsito de este mundo al otro. Habiendo preguntado un hombre á Cercidas, megalopolitano, si moriría de buena gana:— Por qué no? respondió: despues de mi muerte veré á aquellos grandes hombres, Pitágoras entre los filósofos, Hécateo entre los historiadores, Homero entre los poetas, Olimpio entre los músicos!...

El arcediano le presentó la mano:— Con que ya está dicho: veniréis mañana!

Aquel movimiento volvió á colocar á Gringoire en el terreno de lo positivo.

— No, no, nada de eso! dijo en tono de hombre que se despierta — ser ahorcado! vaya un absurdo! no me acomoda.—

— Pues entonces, á Dios! Y el arcediano añadió entre dientes: — Ya nos volveremos á ver!

GRINGOIR, ETC.

81

--No quiero que este diablo de hombre me vuelva á ver, dijo Gringoire para su capote, y echó á correr detras de don Claudio.

--Escuchad, señor arcediano, no haya rencillas entre antiguos amigos! Vos os interesáis por esa jóven, por mi mujer, quise decir, y nada es mas justo: habeis imaginado una estratagema para hacerla salir buena y sana de Nuestra Señora; pero esa estratagema es sumamente desagradable para mí, Gringoire. Pues y si á mí me hubiese ocurrido otra! Adviertoos que acaba de ocurrirseme en el instante mismo una inspiracion muy luminosa. Si tuviese yo una idea feliz para sacarla de ese mal trance sin comprometer mi cogote con el menor nudo corredizo, qué diria el señor arcediano? no le bastaria esto por ventura? O es absolutamente necesario que yo sea aborcado para que quede contento su merced?

Arrancaba de impaciencia el sacerdote los botones de su sotana. -- Arroyo de palabras! Cuál es ese medio?

--Sí, repuso Gringoire hablando consigo mismo, y tocándose con el índice la punta de la nariz en señal de meditacion, eso es! Los hampones son gente muy de bien-valerosa! La tribu de Egipto la ama! A la primera palabra se levantarán en masa! Nada es mas fácil! Un golpe de mano, inesperado, atrevido! -- A favor del desorden fácil será sacarla! -- Mañana mismo -- por la noche... Ellos no desean otra cosa.

TOMO III.

6

-- El medio! veamos! dijo el sacerdote sacudiéndole el brazo.

Volvióse hácia él Gringoire majestuosamente:-- Dejádme digo! no veis que estoy componiendo? Reflexionó aun algunos instantes, y luego empezó á dar palmadas, exclamando: -- Admirable! se logra seguramente!

-- El medio! repuso Claudio encolerizado. Gringoire estaba radiante.

-- Venid, venid, y os lo diré al oído:-- es una contramina verdaderamente ingeniosa, y que á todos nos saca adelante. Vive Dios! fuerza es confesar que no soy un majadero.

Entonces se interrumpió: -- Entre paréntesis.-- Está la cabrita con la jítana?

-- Sí! y que el diablo te lleve.

-- Toma! es que puede que la hubieran ahorcado tambien, no es así?

-- Qué se me importa eso á mí?

-- Sí señor, la hubieran ahorcado como ahorcaron á una gorrina el mes pasado. -- Eso le gusta al verdugo; luego se come el animal. -- Ahorcar á mi hermosa Djali! Pobre corderito mio!

-- Maldiciou! exclamó don Claudio; el verdugo eres tú.-- Qué medio de salvacion es ese que has hablado, tunante? Habrá que sacarte la idea con tenazas.

-- Nada de eso-- ;vedla aqui.

Acercóse Gringoire al oído del arcediano y hablóle en voz muy baja, echando una mirada in-

GRINGOIRE, ETC.

83

quieta de un extremo al otro de la calle, por la cual sin embargo no pasaba un alma. Luego que hubo acabado, cojió don Claudio la mano y dijo con frialdad: --Bien está; hasta mañana.

--Hasta mañana, repitió Gringoire. Y mientras el arcediano se alejaba por un lado, fuese él por otro diciendo á media voz: --Negocio es este muy serio, señor Pedro Gringoire..... pero no importa; no ha de decirse que porque uno es pequeño, se asusta de una grande empresa. Biton llevó un toro enorme sobre los hombros; las nevatillas, las currucas y las collalbas atravesen el Océano.

HAGEOS HAMPTON.

De vuelta en el claustro halló el arcediano en la puerta de su celda á su hermano Juan del Molino que le aguardaba, y entretenía el fastidio de un largo planton dibujando con un carbon sobre la pared el perfil de su hermano mayor, enriquecido con una nariz desmesurada.

Apenas miró don Claudio á su hermano; tenía otras cosas que le ocupaban mas. Aquel rostro jovial de calavera, cuyo reflejo habia tantas veces serenado la frente sombría del sacerdote, no podía ya disipar la bruma que se amontonaba mas y mas cada dia, sobre aquella alma corrompida, mefítica y estancada.

--Hermano, dijo tímido Juan, vengo á veros. Ni siquiera alzó sobre él los ojos el arcediano.-- Y qué?

--Hermano, repuso el hipócrita, sois tan buc-

HACEOS HAMFON.

85

no para mí y me dais tan buenos consejos que siempre recorro á vos en mis tribulaciones.

--Qué mas?

--Ah! hermano mio y cuanta razon teniais cuando me deciais:--Juan! Juan! *cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina.* Juan, sed cuerdo, Juan, sed docto, Juan no pernoctéis fuera del colegio sin ocasion legitima y licencia del maestro.--No pegueis á los Picardos; *noli, Ioanes verberare Picardos*; no vivais como un asno iletrado, *quasi asinus illiteratus*, bajo el yugo de la escuela. Juan, dejaos castigar á discrecion del maestro; Juan, id todas las tardes á la capilla y cantad una antífona con versículo y oracion á la gloriosa Señora Virgen María. Ah! esos sí que eran excelentes consejos!

--Y luego?

--Hermano, viendo estais un culpable, un criminal, un miserable, un libertino, un hombre enorme! Querido hermano, Juan ha hecho de vuestros admirables consejos paja y heño y los ha hollado.... pero bien castigado he sido, y el Dios del cielo es extraordinariamente justo. Mientras he tenido dinero, no ha faltado broma y jarana y vida alegre y locura.... Oh! y cuán fea y horrible vista por detrás es la crápula que tan hermosa parece por delante! Ya no me queda una blanca; he vendido mi mantel, mi camisa y mi tohalla; acabose la vida alegre! apagose la hermosa vela, y ya no tengo mas que la asquerosa mecha de sebo que me llena de tufo las narices. Las muchachas se bur

lan de mí; bebo agua, me veo atestado de remordimientos y de acreedores,

--Y en fin? dijo el arcediano.

--Ah! querido hermano, yo quisiera arreglarme: adoptar una vida mejor.--Vengo á vos, lleno de arrepentimiento; soy penitente, me confieso, me doy inmensos golpes de pecho; mucha razon tenéis en querer que llegue á ser un día licenciado é inspector del colegio de Torchi. Es el caso que ahora me siento una vocacion magnífica hácia ese estado;--pero ya no tengo tinta y me es preciso comprarla; no tengo plumas y he de comprarlas; no tengo papel, no tengo libros, y necesito comprar uno y otro. He menester para eso un poco de metálico, y vengo á vos, hermano mío, llena el alma de contrición.

--Y eso es todo?

--Sí, dijo el estudiante. Un poco de dinero.

--No le tengo.

Entonces el estudiante dijo con aire grave y decidido al mismo tiempo:--Pues bien! hermano mío, siento tener que deciros que me hacen por otra parte brillantes ofertas y proposiciones.--No queréis darme dinero?

--No,

--En ese caso, voy á hacerme hampon.

Y para pronunciar esta palabra monstruosa, tomó un continente digno de Ajax, esperándose á ver caer el rayo sobre su cabeza.

El arcediano le dijo con indiferencia: --Haceos hampon.

HACKOS HAMFON.

87

Juan le saludó profundamente y bajó silbando la escalera del claustro.

Al atravesar el patio del claustro por debajo de la ventana de la celda de su hermano, oyó abrirse aquella ventana; alzó la cara y vió pasar por la abertura la severa cabeza del arcediano.—Vete con *mil demonios!* decía don Claudio; *este es el último dinero mio que verán tus ojos!*—

Y al mismo tiempo tiróle el sacerdote una bolsa que hizo al estudiante un gran chichón en la frente, y con que se fue enojado y contento á la vez como un perro á quien lapidáran con huesos algo carnosos.—

5.

VIVA LA PEPA! (1).

Tal vez no ha olvidado el lector que una parte de la corte de los milagros estaba ceñida por una antigua muralla de París, de la cual empezaban ya muchas torres á arruinarse desde aquella época. Habían los hampones convertido una de aquellas torres en asilo de placer; taberna en el entresuelo y lo demas en los pisos superiores. Era aquella torre el punto mas animado y por consiguiente el mas in-mundo de la hampa; parecia que en él zumbaba dia y noche una especie de monstruosa colmena. De noche, cuando dormia todo el resto de la tuneria, cuando no quedaba ya una sola ventana iluminada sobre las terrosas fachadas de la plaza, cuando no se oia ya salir un grito de aquellas innumerables casucas, de aquellos hormigueros de ladrones, de mu-
jerzuelas y de niños robados ó bastardos, fácil era

(1) Esta alegre exclamacion equivale exáctamente á la francesa de *Vive la Joie*, Viva la alegría! que no tiene uso en nuestra lengua.
(Nota del traductor.)

VIVA LA PÉPA.

89

siempre reconocer la alegre torre por el ruido que metía, por la luz escarlata que brillando al mismo tiempo por las chimeneas, las ventanas y rendijas de las rajadas paredes, se exhalaba por decirlo así de todos sus poros.

La cueva era pues la taberna: bajábase á ella por una puerta baja y por una escalera tan áspera, como un alejandrino (1) clásico. Sobre la puerta, veíase á guisa de muestra un maravilloso pintorroto que representaba algunos sueldos nuevos y unos cuantos pollos muertos, con este equivoquillo debajo: *- A los que tocan por los difuntos.*

Una noche, en el mismo instante en que daba el toque de ánimas en todas las campanas de París, si hubieran podido entrar los gendarmes de la ronda en la terrible corte de los milagros, hubieran podido observar que resonaba en la taberna de los hampones mas tumulto de lo acostumbrado, que se bebía y se renegaba mas que nunca. En el exterior, veíanse en la plaza numerosos grupos que departían en voz baja, como cuando se urde una gran conspiración, y por aquí y por allá veíase también acurrucado alguno que otro pecador que afilaba sobre las piedras una mala hoja de hierro.

Pero en la taberna misma, hacían el juego y el vino tan poderosa diversion á las ideas que ocupaban aquella noche á los hampones, que difícil hu-

(1) Cierta metro francés que se compone alternativamente de doce y trece sílabas. (Nota del traductor).

hubiera sido adivinar por las palabras de los bebedores el asunto de que se trataba. Solamente parecían estar algo más alegres de lo acostumbrado, y á todos se les veía relucir alguna arma entre las piernas, una podadera, una hacha, un espadon ó el cañon de un antiguo arcabuz.

La sala, de forma redonda, era muy espaciosa; pero estaban las mesas tan apiñadas y eran tan numerosos los bebedores, que todo lo que contenía la taberna, hombres, mujeres, bancos, cántaros de cerbeza, lo que bebía, lo que dormía, lo que jugaba, los sanos y los lisiados parecían hacinados en confusion con tanto orden y armonía como un monton de conchas de ostras. Había algunas velas de sebo encendidas sobre las mesas; pero la verdadera luminaria de la taberna, lo que hacía en el fondo el papel de la araña en un salon de ópera, era la hoguera del fogon. Era tan húmedo aquel sótano que nunca se dejaba apagar en él la chimenea ni aun en mitad del verano; una inmensa chimenea toda esculpida y erizada de enormes morillos de hierro con una de aquellas grandes llamardas de leña y de turba que, durante la noche, en las calles de las aldeas hacen destacarse tan encarnado, sobre las paredes fronteras, el reflejo de las ventanas de una fragua. Un perrazo, sentado gravemente en la ceniza, daba vueltas en las áscuas á un asador cargado de viandas.

Pero por grande que fuese la confusion, despues de la primera ojeada podíanse distinguir en

VIVA LA PEPA.

91

aquella muchedumbre tres grupos principales que se apiñaban en torno de tres personajes que ya conoce el lector. Uno de aquellos personajes, estrañamente equipado con un sin fin de oropeles orientales, era Matias Hungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia. Estaba el bellaco sentado en una mesa, con las piernas cruzadas, levantado en alto un dedo, y haciendo en sonora voz distribución de su ciencia en májia blanca y negra á multitud de caras boquiabiertas que le rodeaban. Agrupábase otro jentío en deredor de nuestro antiguo amigo el valiente rey de Tunia, armado hasta las uñas. Clopin Troulléfou, con mucha seriedad y en voz baja, presidía al pillaje de una enorme cuba llena de armas, de donde desembocaban en confuso tropel hachas, espadas, capacetes, cotas de malla, morriones, puntas de lanzas y de partesanas, flechas y ballestas como manzanas y uvas de un cuerno de la abundancia. Cada cual tomaba lo primero que veía; quien el morrion, quien el chafarote, este una daga, aquel una ballesta: hasta los muchachos se armaban y aun los miserables lisiados que andaban á rastras, cubiertos de covaras y espadalares, rasaban entre las piernas de los bebedores como enormes escarabajos.

En fin un tercer auditorio, el mas alborotador, el mas jovial y el mas numeroso, llenaba los bancos y las mesas, en medio de los cuales peroraba y juraba una voz en tono de flauta que salía de debajo de una pesada armadura completa desde el casco

92 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

hasta las espuelas. El individuo que de aquella manera se había echado una manopla sobre el cuerpo, á tal punto desaparecía bajo la vestimenta guerrera, que no se veía de toda su persona mas que una nariz rubicunda insolente y remangada, un rizo de cabello; rubios, una boca rosada y un par de ojos atrevidos. Llena tenía la cintura de dagas y de puñales; llevaba al lado una gigantesca espada, una ballesta tomada de orín á su izquierda, y tenía además un enorme jarro de vino delante de sí, sin contar á su derecha una robusta moza despechugada. Todas las bocas á su alrededor reían, renegaban y bebían.

Añádanse á esto veinte grupos secundarios, las mozas y los criados de servicio corriendo de una parte á otra con sendos jarros sobre la cabeza, los jugadores acurrucados sobre los bolos, los cinciacos, los dados, y las cartas, disputas acá, besos acullá, y podremos formarnos alguna idea de aquel conjunto sobre el cual vacilaba la claridad de una ancha hoguera llameante que hacía danzar sobre las paredes de la taberna mil sombras desmesuradas y grotescas.

En cuanto al ruido, era el interior de una gran campana tocando á vuelo.

La grasea donde rechinaba una lluvia de grasa, llenaba con su continuo chisporroteo los intervalos de aquellos mil diálogos que se cruzaban de un extremo al otro de la sala.

Había en aquella barahunda, en el fondo de

VIVA LA PEPA.

93

la taberna, sobre el banco interior de la chimenea, un filósofo que meditaba, los pies entre la ceniza y los ojos en los tizones. Aquel filósofo era Pedro Gringoire.

--Ea, listos, despachemos, ármese todo el mundo! dentro de una hora nos pondremos en marcha! decía Clopin Trouillefou á sus hampones.

Una muchacha cantaba:

Buenas noches, padre y madre
(que ya tocan á acostar.

Dos jugadores de cartas disputaban.-- Sota! gritaba el mas furibundo de los dos, enseñando los puños al otro, á bastos echo.--

--Ouf! ahullaba un Normando, fácil de conocer por su acento gangoso; estamos aqui apiñados como los santos de Caillonville!

--Hijos, decía á su auditorio el duque de Egipto hablando en falsete, las brujas de Francia van al sábado sin escoba, ni grasa, ni palafren, y solo con algunas palabras mágicas. Las brujas de Italia tienen siempre un macho cabrío que las espera á la puerta.

La voz del mozalvete armado de punta en blanco dominaba el estruendo universal:-- Noel! Noel! gritaba.-- Hoy mis priúneras armas! hampon! yo soy hampon, vientre de Cristo! venga aqui de beber!-- Amigos míos, yo me llamo Juan Frollo del Molino y soy noble de sangre; opino que basta un santo, si fuera gendarme, se haría ladrón. Herma-

nos, vamos á emprender una expedicion brillante, como valientes que somos. Sitiar la iglesia, derribar las puertas, sacar á la muchacha, salvarla de los jueces, salvarla de los curas, dismantelar el claustro, quemar al obispo en el obispado, todo esto haremos en menos de lo que tarda un burgo-maestre en zamparse una cucharada de sopas. Justa es nuestra causa; saquearemos la catedral y no habrá mas que decir: ahorcaremos á Quasimodo. — Conocéis á Quasimodo, hermosas doncellas? le habeis visto desgañitarse sobre la campana un día de gran Pentecostes? Cuerno del padre! es cosa que tiene que ver! parece un diablo caballero sobre una boca de lobo. — Amigos míos, escuchadme! yo soy hampon en el fondo del alma, tuno de corazon, yo he nacido bergaute. He sido muy rico y me he comido mi hacienda; mi madre queria hacerme oficial, mi padre subdiácono, mi tia consejero, mi abuelo prototario del rey, mi bisabuela tesorero; y yo — yo me he hecho hampon. Así se lo he dicho á mi padre que me ha echado su maldicion, á mi madre que se ha echado la pobre vieja á llorar y babea como ese leño sobre ese morillo. Viva la Pepa! soy un verdadero Bicetre (1)! tabernera, amiga mía, venga otro vino! aun tengo con qué pagar. — Ya no quiero mas vino de Surene que me apesta el garli-

(1) Prision inmediata á París donde se encierran los condenados á presidio y á muerte.

VIVA LA PEPA.

95

10.-Tanto valdria, cuerno del bucy! gargarizarme con un canasto!

Aplaudia en tanto la caterva con grandes carcajadas; y viendo que aumentaba el tumulto en torno de él, añadió en voz de trueno el estudiante:— Oh! estruendo delicioso! *Populi debachantis populosa debachatio!* Púsose entonces á entonar, empapados en extásis los ojos, en voz de canónigo que canta á vísperas:— *Quæ cantica! quæ organa! quæ cantivele! quæ melodix hic sine fine decantantur! sonant melliflua hymnorum organa, suavissima angelorum melodía, cantica canticorum mira!..*

Luego se interrumpió:— Taberna de los diablos, venga que cenar.

Hubo un momento de semi-silencio, durante el cual alzó á su vez el duque de Egipto su agría voz instruyendo á sus jitanos:— La guarda se llama Aduine; el zorro, Pie azul ó el Corredor de Bosques; el lobo, Pie-gris ó Pie-dorado; el oso, el Viejo ó el abuelo.—El gorro de un gnomo hace invisible al que se lo pone y con él se ven las cosas invisibles.— Todo sapo bautizado debe estar vestido de terciopelo negro ó encarnado, con una campanilla al cuello y otra en los pies: el padrino sostiene la cabeza, la madrina el posterior.— El demonio Sidragasum puede hacer bailar á las muchachas en cueros.

—Por mi vida! interrumpió Juan, yo quisiera ser el demonio Sidragasum.

Continuaban en tanto los llampones armándose

con estruendo en el extremo opuesto de la taberna.

--Pobre Esmeralda! decía un gitano:--es nuestra hermana.--Es preciso sacarla de allí.

--Con que aun está en Nuestra Señora? preguntó un ropero que tenía facha de judío.

--Sí.

--Pues no hay mas, compañeros, sino que es preciso ir á Nuestra Señora! Tanto mas cuanto hay en la capilla de los santos Fereol y Ferrution, dos estatuas, una de san Juan Bautista, otra de san Antonio, ambas de oro que pesan juntas diecisiete marcos de oro y quince adarques, y los pedestales de plata dorada diecisiete marcos y cinco onzas. Yo puedo saberlo-- como que soy platero.

Sirvieron en esto su cena á Juan, el cual exclamó estirándose... Por san Voult de Luca á quien llama el vulgo San Goguelu, soy de todo punto feliz. Ahí tengo delante de mí un majagranzas que me mira con ojos de archiduque; cádate otro aquí á mi izquierda que tiene los dientes tan largos que le tapan la barba. Y luego estoy como el mariscal de Gié en el sitio de Pontoise.-- Vientre Mahoma! compañero! tienes facha de un revendedor de huevos y vienes á sentarte junto á mí! Yo soy noble, voto á tal! el comercio es incompatible con la nobleza! Largo de ahí! --Ola--bé! vosotros! no hay que pegarse! Como es eso, Bautista Croque--Oison, tú que tienes una nariz tan bella, vas á arriesgarla contra los puños de ese animal! Majadero! *Non cuiquam datum est habere nasum!* -- Vive dios que

VIVA LA PAPA.

97

eres divina, Jacobilla Ronge -- Oreille ! Lástima es que no tengas pelo ! -- Ota ! Yo me llamo Juan Frollo, y mi hermano es arcediano. -- El diablo cargue con él ! Todo cuanto digo es la verdad. -- Haciéndome hampon he renunciado de grado á la mitad de una casa situada en el cielo que me habia prometido mi hermano : *dimidiam domum in celo*. Testo al canto. Tengo un fendo en la calle de Tirechape, y todas las mujeres se pirran por mí, tan cierto como que San Elias era un escelente platero, y que los cinco oficios de la ciudad de París son los curtidores, los mangujteros, los talabarteros, los bolseros y los zapateros y que San Lorenzo fué quemado con cáscaras de huevos. Os lo juro, compañeros.

Y no beberé pimienta
en todo un año, si miento !

—Vida mia, hace hermosa luna; mira allá hácia lo lejos, por la ventana, como achucha el viento las nubes ! así bago yo con tu gorguera ! -- Muchachas ! despabilad las velas y las narices de los chiquillos ! -- Cristo y Mahoma ! qué estoy comiendo aquí, Júpiter poderoso ! Ohe ! vieja maldita, los pelos que no se hallan en las cabezas de tus bellacas, se encuentran en tus tortillas ! Vieja gorguina ! yo quiero tortillas calvas ! El diablo te arranque las narices ! maldito figon de Belcebú en que las puercas se peinan con los tenedores !

Esto diciendo rompió su plato en el suelo y empezó á cantar á grito pelado :

TOMO III.

Y yo no tengo,
no, voto à tal,
patria ni amigos,
casa ni hogar,
ni fé ni ley
ni Dios ni Rey!

Acabó entre tanto Clopin Trouillefou su distribución de armas. Acercóse en seguida á Gringoire que parecia sumerjido en profundas meditaciones, apoyados los pies sobre un morillo.—Amigo Pedro, dijo el rey de Tunia, en qué diablos estás pensando?

Volvióse Gringoire hácia él con melancólica sonrisa: —Gústame el fuego, carísimo señor, no por la razon trivial de que el fuego calienta nuestros pies ó cuece nuestra sopa, sino porque produce chispas. Pásome á veces horas enteras mirando chispas y descubro mil cosas en esas estrellitas que tachonan el fondo negro del hogar. Esas estrellas son otros tantos mundos,

—Lléveme el diablo si te entiendo!, dijo el hampon; sabes qué hora és?

—No sé, respondió Gringoire.

Acercóse entonces Clopin al duque de Ejipto,

—Compañero Matias, la ocasión no es buena, dicen que el rey Luis XI está en París.

—Nuevo motivo para arrancarle nuestra hermana de entre las uñas,

—Hablas como hombre de pró, Matias, dijo el rey de Tunia; además, no perderemos tiempo. No hay que temer resistencia en la iglesia; los canó-

VIVA LA PEPA,

99

nigos son unas liebres y nosotros somos muchos. Con medio palmo de lengua fuera se quedarán mañana los esbirros del parlamento cuando vayan á echarla el guante! Tripas del papa! no quiero que aborrecen á mi perlia!

Salió en esto Clopin de la taberna.

Durante este tiempo, gritaba Juan con ronca

: -- Como, bebo, estoy borracho, soy Júpiter!

Eh! Pedro el Apaleador, si vuelves á mirarme así, te aplasto las narices á capones.

Gringoire por su parte, arraucado á sus meditaciones, habíase puesto á examinar la tumultuosa y atronadora escena que le rodeaba, murmurando entre dientes: *Luxuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas*; Ah! y que bien hago en no beber, y con cuánta razon dice San Benito: *Vinum apostatate facit etiam sapientes*.

Volvió en aquel momento Clopin y gritó con voz de trueno: -- Las doce!

Al oír esta palabra que hizo el mismo efecto que el toque de llamada en un rejimiento que está descansando, todos los hampones, hombres, mujeres, niños se precipitaron en tropel fuera de la taberna con gran estruendo de armas y de herraje.

La luna estaba cubierta de nubes.

Estaba la corte de los milagros enteramente oscura, pero no en manera alguna desierta: en ella se divisaban multitud de hombres y de mujeres que departían entre sí en voz baja. Oíase su murmullo y veíase relucir todo linaje de armas en las tinie-

100 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

blas. Subióse Clopin sobre un alto poyo.—A vuestras filas, la Germania! A vuestras filas, el Egipto! A vuestras filas, Galilea!—Hízose un gran movimiento en la sombra; la inmensa multitud pareció formarse en columna. Al cabo de algunos minutos alzó de nuevo la voz el rey de Tunia: — Ahora, silencio para atravesar á París! el santo será *Llamita por bandera!* No se encenderán las hachas hasta que lleguemos á Nuestra Señora! Marchen!

Diez minutos despues huían despavoridos los soldados de la ronda delante de una larga procesion de hombres negros y silenciosos que bajaba hácia el Pont-au-Chauge, atravesando las tortuosas calles que cruzan en todas direcciones la maziza mola de los mercados.

101

6.

UN AMIGO TORPE

Aquella misma noche, Quasimodo no dormía. Acababa de hacer su última ronda en la iglesia, y no advirtió que mientras estaba cerrando las puertas, pasó el arcediano junto á él, y mostró cierto enojo al verle echar cerrojos y candados en la enorme puerta de hierro, cuyas dos anchas hojas tenían la solidez de una muralla. Parecía don Claudio aun mas meditabundo de lo acostumbrado; verdad es que desde la aventura nocturna de la celda, continuamente maltrataba á Quasimodo; pero en vano le escarnecía y aun le pegaba algunas veces; nada podía alterar la sumision, la paciencia, la resignacion filial del fiel campanero: de parte del arcediano todo lo sufría, injurias, amenazas, golpes, sin un murmullo, sin una queja. Todo lo mas que hacia era seguirle á veces inquieto con los ojos cuando subía don Claudio la escalera de la torre; pero el arcediano se habia abstenido por sí mismo de volver á presentarse á los ojos de la jitana.

Aquella noche, pues, despues de haber echado

102 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

una ojeada á sus pobres campanas tan abandonadas, á Jacobilla, á María, á Thibaude, subió Quasimodo á la cima de la torre septentrional, y allí, dejando sobre los plomos su linterna sorda bien cerrada, púsose á mirar á París. Ya hemos dicho que la noche era muy oscura; París que por decirlo así, no estaba alumbrado en aquella época, presentaba á la vista un confuso monton de masas negras, cortado aquí y allá por la curba blanquecina del Senna. No vió luz Quasimodo en todo él mas que en una ventana de un edificio lejano cuyo vago y sombrío perfil se dibujaba muy encima de los techos, del lado de la puerta de san Antonio. Allí tambien velaba alguno.

Y mientras dejaba flotar en aquel horizonte de bruma y de noche su mirada única, sentía el campanero dentro de sí una indecible inquietud. Muchos dias hacia ya que estaba sobre la defensiva, porque continuamente veía rondar en derredor de la iglesia hombres de mala traza que no apartaban los ojos del asilo de la jitana. Pensó que tal vez urdian alguna trama contra la infeliz refugiada; figurábase que el vilis papulna la perseguía á ella lo mismo que á él, y que era muy posible que sucediese pronto alguna grande aventura; por eso permanecía en su campanario, acechando, *cavilando en su caviladero*, como dice Rabelais, ya mirando la celda, ya á París, haciendo fiel centinela como un buen perro, y lleno el ánimo de desconfianza.

De repente, mientras eserutaba la gran ciudad

UN AMIGO TORPE.

103

con aquel ojo que la naturaleza por una especie de compensacion, habia hecho tan penetrante que casi podia suplir los otros órganos que faltaban á Quasimodo, parecióle que la silueta del muelle de la Vielle-Pelle-terie, tenia algo de singular, que habia cierto movimiento en aquel punto, que la línea del pretil destacada en sombra sobre la blancura del agua, no aparecia recta é inmóvil como las de los otros muelles, sino que ondulaba á la vista como las olas de un rio ó como las cabezas de una multitud en marcha.

Parecióle aquello muy extraño, y redobló de atencion: el movimiento parecia venir hácia la Ciudad, pero no venia con él ninguna luz. Duró algun tiempo en el muelle; fuese luego deslizando poco á poco, como si lo que pasaba entrara en el interior de la isla; luego cesó de todo punto, y la línea del muelle volvió á quedar recta é inmóvil.

Mientras se devanaba los sesos Quasimodo á fuerza de conjeturas, parecióle que volvia á ver el mismo movimiento en la calle del Atrio que se prolonga en la Ciudad perpendicularmente á la fachada de Nuestra Señora. En fin, por mas densa que fuese la oscuridad, pudo ver Quasimodo desembarcar por aquella calle el frente de una columna, y derramarse en un momento por toda la plaza una muchedumbre, de la cual nada podia distinguirse en las tinieblas, sino que era una muchedumbre.

Aquel espectáculo inspiraba cierto terror. Es probable que aquella singular procesion que tan

204 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

empeñada parecía en ocultarse bajo una profunda oscuridad, guardaba por su parte un silencio no menos profundo; sin embargo, debía exhalarse de ella algún rumor, aun cuando no fuera más que el ruido de los pies al andar. Pero aquel ruido no llegaba hasta nuestro sordo, y aquella gran mucedumbre, de la cual apenas veía algo, y de que nada oía, aunque se agitaba y andaba tan cerca de él, parecía una procesion de muertos, muda, impalpable, perdida entre humo. Creía ver adelantarse hácia él una niebla llena de hombres, moverse una multitud de sombras en la sombra.

Empezaron entonces á despertarse todos sus temores, y la idea de una tentativa contra la gitana se presentó á su imaginacion: conoció confusamente que se acercaba á una situación violenta. En aquel crítico momento discurrió allá entre sí con un raciocinio mejor y más rápido de lo que hubiera sido de esperar en una cabeza tan mal organizada. Debía despertar á la Esmeralda? hacerla escaparse? Pero por dónde? -- Las calles estaban ocupadas, y la iglesia contigua al río. No había lancha! no había salida! -- Solo quedaba un recurso, hacerse matar en los umbrales de Nuestra Señora; resistir á lo menos hasta que llegase algún socorro en caso de que llegára, y no turbar el sueño de la gitana: al fin y al cabo siempre se despertaría á tiempo la desdichada para morir. Una vez tomada esta resolución, púsose á examinar al enemigo con más serenidad.

UN AMIGO TORPE. 105

Parecía aumentar á cada instante en el átrio la muchedumbre; pero sospechó que no debía meter mucha bulla, pues las ventanas de la plaza quedaron cerradas. Brilló de pronto una luz, y en un momento circularon sobre las cabezas siete ú ocho hachas encendidas, sacudiendo en la sombra su cabellera de llamas. Vió entonces Quasimodo claramente moverse en el átrio un horrible rebaño de hombres y de mujeres desarrapados, armados de mazas, de picas, de segures y partesanas cuyas mil puntas relucian: por una y otra parte negras horquillas parecian cuernos sobre aquellos inmundos semblantes. Acordóse entonces confusamente de aquel populacho, y creyó reconocer todas las cabezas que le habian pocos meses antes saludado papa de los locos. Un hombre que llevaba una tea en una mano y un látigo en la otra, subióse sobre un poyo inmediato, y pareció que arengaba á su gente. Hizo al mismo tiempo aquel extraño ejército algunas evoluciones, como si se fuera acampando alrededor de la iglesia. Recojó entonces Quasimodo su linterna y bajó á la plataforma que se hace entre las dos torres para ver mas de cerca y discurrir en los medios de defensa.

Clopin Trouillefou, luego que llegó enfrente de la alta portada de Nuestra Señora, formó efectivamente su ejército en batalla. Aunque no contaba con la menor resistencia, queria como prudente general conservar un orden que le permitiese hacer frente, en caso de necesidad, á un ataque súbito de

la ronda. Formó pues su gente de tal modo que visto desde alto y desde lejos, parecía el triángulo romano de la batalla de Ecnoma, la cabeza de pterco de Alejandro ó la famosa cuña de Gustavo Adolfo. Apoyábase la base de aquel triángulo en el fondo de la plaza, de modo que atajaba la calle del Atrio; una de las álas miraba hácia el Hospital, y la otra á la calle de Saint Pierre-aux-Bœufs. Clopin Trouillefou se colocó en el vértice, con el duque de Egipto, nuestro amigo Juan y los mas temerarios jitanos.

Cosa muy frecuente eran en las ciudades de la edad media empresas como la que iban á llevar á cabo los hampones contra Nuestra Señora; lo que actualmente llamamos *policía* no existía entonces. En las ciudades populosas, en las capitales sobre todo, no existía poder central, único, regulador; el feudalismo habia organizado aquellos grandes partidos de un modo singular. Una ciudad era un conjunto de mil señoríos que la dividían en compartimientos de todas formas y tamaños, de donde se originaban mil policías contradictorias, por lo que realmente no existía ninguna. En París, por ejemplo independientemente de los ciento cuarenta y un señores aspirantes á censual, habia veinticinco que aspiraban á justicia y censual, desde el obispo de París que tenia ciento y cinco calles, hasta el prior de Nuestra Señora de los Campos que tenia cuatro. Todos estos señores feudales no conocían mas que de nombre la autoridad soberana del rey. Todos te-

UN AMIGO TORPE.

107

nian derecho de vida y muerte, todos estaban en sus estados. Luis XI, aquel infatigable albañil que tan poderosamente comenzó la demolición del edificio feudal, continuada por Richelieu y Luis XIV en beneficio de la corona y acabada por Mirabeau (1) en beneficio del pueblo; Luis XI había hecho todo lo posible para romper aquella red de señorios que cubría á todo París, metiendo á viva fuerza por medio de ella dos ó tres disposiciones de policía general: así, en 1465, orden á los habitantes, apenas llegara la noche, de iluminar con velas sus ventanas, y encerrar sus perros, so pena de la horca; en el mismo año, orden de cerrar de noche las calles con cadenas de hierro, y prohibición de llevar dagas ú otras armas ofensivas de noche por las calles; pero al cabo de poco tiempo todos estos ensayos de legislación general cayeron en desuso. Los vecinos dejaron al viento que apagara sus velas y á sus perros que vagaran cuanto les diera la gana; las cadenas de hierro no se pusieron mas que en estado de sitio; la prohibición de usar dagas no produjo otro resultado que la mudanza del nombre

(1) Honorato Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau, nació en Arles en 1759 y murió en 2 de abril de 1791. Los sucesos que agitaron la vida de este grande hombre son demasiado conocidos para que nos detengamos á referirlos. Sus principales obras son: *Historia secreta de la corte de Bertin*; *Cartas á Sofía Ruffey*, su querida; *Monarquía prusiana*; un libro sobre *la Bastilla* &c. &c. (N. del Trad.)

de la calle *Coupe-Gucule* en calle *Coupe-Gorg* (1), lo que es un progreso evidente. El añejo edificio de las jurisdicciones feudales quedó en pie, inmenso hacinamiento de alcaidías y de señorías, cruzándose sobre la ciudad, molestándose, enredándose, enganchándose unos en otros; inútil enrejado de rondas, de subrondas y de contra-rondas por en medio del cual pasaban á mano armada el latrocinio, la rapiña y la sedición. No eran, pues, en tal desorden, acontecimientos inauditos aquellos golpes de mano de una parte del populacho, sobre un alcazar, sobre un palacio, sobre una casa, aun en los barrios mas populosos. En la mayor parte de estos lances, no tomaban parte los vecinos en el negocio, sino cuando llegaba el pillaje hasta sus casas. Tapábanse los oídos al tiroteo, cerraban sus ventanas, barreaban sus puertas y dejaban á los contendientes avenirse como pudieran, con ó sin la ronda, y al dia siguiente se decia en París: -- *Avoche fue saqueado*. Estaban Barbette; -- el mariscal de Clermont ha sido cojido &c., &c. -- Así que, no solo los alcázares reales, el Louvre, el Palacio, la Bastilla, las Tourneilles, mas tambien los palacios meramente señoriales, el Pequeño-Borbon, el palacio de Sens, el de Angulema &c. -- Tenian sus almenas en las murallas y sus ladroneras encima de las puertas. A las iglesias las defendia su santidad; algunas, sin em-

(1) Véase la nota de la pag. 207, tom. 2.º
(N. del Trad.)

UN AMIGO TORRE.

109

hargo, aunque no era de estas Nuestra Señora, **es-**
taban fortificadas. El abad de San German de los
Prados estaba almenado como un baron, y habia
en su abadía mas cobre empleado en bombardas
que en campanas. Véase aun su fortaleza en 1610;
en el dia, apenas queda su iglesia.

Pero volvamos á Nuestra Señora.

Terminadas las primeras disposiciones (y debe-
mos decir en honor de la disciplina hampona que
las órdenes de Clopin Trouillefou fueron ejecuta-
das en silencio y con admirable exactitud) subió el
digno jefe de la tropa sobre el parapeto del átrio y
alzó su voz ronca y severa, vuelta la cara hácia la
catedral y ajitando su tea, cuya luz batida por el
viento, y velada á cada instante por su propio hu-
mo, hacia aparecer y desaparecer á la vista la roji-
za fachada de la iglesia!

—Á tí, Luis de Beaumont, obispo de París, con-
sejero en el tribunal del parlamento, yo Clopin
Trouillefou, *rey de Tunia*, gran Coésre, príncipe
de la Germania, obispo de los locos, digo: --Nues-
tra hermana, falsamente acusada de májia, se ha
refugiado en tu iglesia; débesla pues asilo y salva-
guardia. Sabemos que quiere apoderarse de ella el
tribunal del parlamento y que tú lo consientes, tan-
to que mañana la ahorcarían en la Greve, si no lo
remediaran Dios y los hampones. Venimos pues á
ti, obispo; si tu iglesia es sagrada, ésto nuestra her-
mana también; si nuestra hermana no es sagrada,
tampoco tu iglesia lo es. Por tanto, te intimamos

110 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

que nos devuelvas la doncella si quieres salvar tu iglesia, ó recuperaremos nosotros la doncella y sacaremos la iglesia, en lo que haremos bien. En el pó de lo cual planto aquí mi bandera, y Dios sea en tu ayuda, obispo de París!

Quasimodo por desgracia no pudo oír estas palabras pronunciadas con una especie de áspera y sombría majestad. Presentó un hampon su bandera á Clopin quien la clavó solemnemente entre dos piedras del suelo; era la tal bandera una horquilla de que pendía sangriento un cuarto de carreta.

Despachada esta operacion, volvióse el rey de Tunia y tendió la vista sobre su ejército, feroz muchedumbre en que brillaban los ojos tanto como las picas. Después de una pausa de un instante: Adelante, hijos míos!., gritó. Animo y á ellos!

Treinta hombres robustos, cuadrados de espaldas, con caras de cerrajeros, salieron de las filas con martillos, tenazas y barras de hierro sobre los hombros. Dirijéronse hácia la puerta principal de la iglesia, subieron las gradas y pronto se volvió á todos agachados bajo la ojiva, trabajando en la puerta con tenazas y palancas: un sin número de hampones los siguió para ayudarlos ó mirarlos. Los once escalones de la portada estaban atestado de jente.

La puerta sin embargo resistía.—Diablo! daban es y testaruda! decía uno.—Es vieja y tiene las ternillas endurecidas, añadía otro. Animo, compañero! gritaba Clopin: apuesto mi cabeza contra una ch

UN AMIGO TORPE.

111

nela á que abriéis la puerta, sacareis la muchacha y limpiareis el altar mayor antes de que se haya despertado un solo bedel.—Firme! creo que ya flaquea la cerradura.

Interrumpió en esto á Clopin un estrépito espantoso, que retumbó en aquel momento detras de él. Volvió la cabeza: una enorme viga acababa de caer del cielo, aplastando á una docena de lampones sobre la escalinata de la iglesia, y botaba sobre las piedras resonando como un cañouazo y rompiendo multitud de piernas en la caterva de los sitiadores que retrocedieron lanzando agudos gritos de terror: en un santi—amen quedó vacío el estrecho recinto del atrio. Los primeros, aunque protegidos por los profundos arcos de la portada, abandonaron el puesto, y el mismo Clopin se replegó á una distancia respetuosa de la iglesia.

--De buena me he escapado! exclamó Juan. Tan cerca me pasó el madevo que me hizo aire como un abanico, cabeza de bucy! pero Pedro--el Apaleador quedó aplastado!... (1).

Imposible sería decir el asombro lleno de espanto que cayó con la viga sobre los banditos.

(1) Esta última frase contiene en francés un retruécano intraducible: *Pierre l'Assomeur est assomé, Assomer, quiere decir matar de porrazo, y Assomeur el que mata así.*—Pedro el Assomeur (que hemos traducido el Apaleador) es el nombre del estudiante á quien alude Juan Frolo.

(N. del T.)

112 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Quedaron por algunos momentos fijos los ojos en el aire, mas conternados á vista del madero que con la presencia de veinte mil arqueros del rey. — Saturan! refunfuñó el duque de Ejipto, esto me huele á májia! — La luna nos envia este regalo, dijo Andres el Rojo. — Como que dicen, repuso Francisco Chanteprune, que la luna es amiga de la Virgen! — Mil papas! exclamó Clopin, todos sois unos majaderos! Pero no sabia como esplicarse la caída del madero.

Nada se distinguia sin embargo sobre la fachada á cuya cima no llegaba la claridad de las antorchas. El mazo madero yacia en medio del atrio, y oíanse los jemitos de los miserables que recibieron su primer choque y á quienes dividió por mitad del vientre en el ángulo de los escalones de piedra.

Pasado el primer asonibro, halló el rey de Turia por su una esplicacion que pareció plausible á todos sus compañeros. — Vive Dios! si se estarán defendiendo los canónigos? Saqueo y á ellos!

— Saqueo! repitió la caterva con furiosa aclamacion y una descarga de flechas y de ballestas cayó sobre la fachada de la iglesia.

A aquella tremenda detonacion, despertáronse los pacíficos habitantes de las casas circunvecinas; viéronse abrir muchas ventanas y en ellas aparecieron gran número de gorros de dormir y de manos que sostenian sendas velas. — Disparad á las ventanas! gritó Clopin. — Cerráronse todas en un punto, y los pobres curiosos que

UN AMIGO TORPE. 113

apenas habían tenido tiempo para echar una mirada de terror sobre aquella escena de luces y de tumulto, volviéronse á trasudar de miedo junto á sus mujeres, preguntándose si se celebraba el *sábado* en el atrio de Nuestra Señora, ó si habia asalto de borgeñones como en 64. Entouces los maridos pensaron en el robo, las mujeres en la violacion y todos temblaron.

—A saco! repetian los hampones, pero no se atrevian á acercarse: miraban la iglesia, miraban el madero; este no se movia; el edificio conservaba su apariencia desierta y serena; pero un secreto terror helaba á los hampones.

—Adelante! adelante! gritó Trouillefou: echar abajo la puerta!

Nadie dió un paso.

—Barba y barriga! dijo Clopin; es posible que haya hombres que tienen miedo de una viga?

Un viejo hampon le dirigió la palabra.

—Capitan, no es la viga lo malo, sino la puerta que está cosida de barras de hierro. De maldita la cosa sirven las tenazas.

—Pues qué necesitais para echarla abajo? preguntó Clopin.

—Ah! necesitaríamos un ariete.

Dirijióse intrépido el rey de Tunia al formidable madero, y puso un pie sobre él.—Aquí hay uno, exclamó; los canónigos os le envían.—Y haciendo á la iglesia un saludo irónico: —Mil gracias, cauónigos.

114 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Esta baladronada produjo su efecto, disipando el prestigio del madero. Animáronse los hampones y pronto la enorme viga, levantada en alto como una pluma por doscientos brazos vigorosos, fue á arremeter con furia la ancha puerta en que en vano habian forcejeado hasta entonces. Visto así en la media luz que las escasas teas de los hampones deramaban sobre la plaza, aquel largo madero sostenido por aquella muchedumbre de hombres que le precipitaban corriendo sobre la iglesia, parecía un monstruoso animal de mil pies, atacando con la cabeza baja á la gigante de piedra.

Al choque de la viga retumbó la puerta semi-metálica como un inmenso tambor; no se partió, pero se estremeció la catedral toda entera, y se oyeron resonar las profundas cavidades del edificio. En el mismo instante empezó á caer desde lo alto de la fachada una lluvia de grandes piedras sobre los sitiadores.—Diablo! exclamó Juan, si nos estarán sacudiendo las torres sus balastradas sobre la cabeza?—Pero el impulso estaba dado, y el rey de Tunia daba el ejemplo. No habia duda; el obispo se defendia, y con eso aumentó la rabia, á pesar de las piedras que hacian estallar los cráneos á derecha é izquierda.

Es de observar que todas aquellas piedras caian una á una, pero se seguian de cerca. Los hampones recibian siempre dos á la par, una en las piernas y otra en la cabeza; y rara era la que no iba bien disparada, tanto que ya un ancho monton de

UN AMIGO TORPE.

115

muertos y de heridos jemia y palpitaba bajo los pies de los sitiadores que, ora furibundos se renovaban sin cesar. La larga viga continuaba batiendo la puerta á intervalos regulares, como el badajo de una campana, y las piedras llovían y la puerta rechinaba.

No ignorará el lector que aquella inesperada resistencia que tanto exasperaba á los hampones, venía de Quasimodo.

La casualidad por desgracia, había favorecido al valiente sordo.

Luego que hubo bajado á la plataforma que se hace entre las dos torres, hallóse en la mayor confusión que imaginarse puede. Corrió por algunos minutos á lo largo de la galería, yendo y viniendo como un loco, viendo desde arriba la masa compacta de los hampones, pronta á precipitarse sobre la iglesia, y pidiendo á Dios ó al diablo que salvarse á la jitana. Ocurrióle la idea de subir al campanario meridional y tocar á vuelo; pero antes de que hubiera podido poner en movimiento la campana, antes de que la ronca voz de María hubiera podido exhalar un solo clamor, no había tiempo para destruir diez veces la portada? Precisamente en aquel momento se adelantaban á ella los hampones con sus instrumentos de cerrajería.—Qué podía hacer?

Entonces acordóse de que habían estado unos albañiles trabajando todo el día en reparar la pared, el maderamen y el techo de la torre meridional. Esta idea fue un rayo de luz: la pared era de piedra, la techumbre de plomo, y la armazón de

116 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

madera, (aquella prodijiosa armazon tan pomposa que la llamaban *el bosque*).

Voló Quasimodo á aquella torre: las habitaciones inferiores estaban en efecto llenas de materiales. Habia montones de cascote, láminas de plomo arrolladas, haces de latas, gruesas vigas melladas por la sierra y muchedumbre de escombros. Un arsenal completo.

El tiempo urjia, las pinzas y los martillos trabajaban abajo. Con una fuerza que hacia diez veces mayor el sentimiento del peligro, levantó una de las vigas, la mas pesada, la mas larga; sacóla por la ventanilla, y cojiéndola luego por fuera de la torre, hizola deslizarse sobre el ángulo de la balastrada que rodea la plataforma, y la dejó caer en el abismo. El enorme madero en aquella caída de cienos veinte pies, raspando la pared, rompiendo las esculturas, jiró muchas veces sobre sí mismo como el aspa de un molino, que volára por sí sola en el espacio: tocó por fin el suelo, alzóse un grito horrible, y la negra viga, botando sobre el suelo, parecia una serpiente que brinca.

Vió Quasimodo á los hampones esparramarse al caer el madero, como la ceniza al soplo de un niño: aprovechóse de su terror, y mientras fijaba una supersticiosa mirada sobre la masa derrumbada del cielo y acribillaban los santos de piedra de la portada con una descarga de saetas y de balistas, amontonaba él silenciosamente escombros, piedras, cascotes y hasta sacos de instrumentos de

UN AMIGO TORPE.

117

allanaría sobre el realce de aquella balaustrada de donde se había precipitado la viga.

Y así desde que empezaron á golpear la puerta principal, empezó á llover el granizo de los cascotes, y parecióles que la iglesia se demolia por sí misma sobre sus cabezas.

Quien hubiera visto á Quasimodo en aquel momento, hubiera temblado; además de los proyectiles que había amontonado sobre la balaustrada, reunió una multitud de piedras sobre la misma plataforma. Luego que agotó los cascotes reunidos en el realce exterior, cojió á puñados en el monton, y entonces se agachaba y se volvía á enderezar con increíble actividad. Su enorme cabeza de gnomo se asomaba á la balaustrada y luego caía una piedra, y luego otra y luego otra; de vez en cuando las seguía con los ojos, y cuando mataban á algunos, decía: Bien!

Los hampones, sin embargo, no desmayaban; ya mas de veinte veces había temblado la maciza puerta en que se encarnizaban, bajo el peso de su ariete de encina multiplicado por la fuerza de cien hombres.—Rechinaban las compuertas, volaban en astillas las cinceladuras, los goznes á cada sacudida temblaban en sus ejes, las cerraduras salían de quicio, la madera caía hecha polvo entre las chapas de hierro;—afortunadamente para Quasimodo, había mas hierro que madera.

Conoció, sin embargo, que la enorme puerta vacilaba,—aunque no lo oía, cada golpe del ariete se

repercutaba á la vez en las cavernas de la iglesia y en sus entrañas; veía desde lo alto á los hampones, llenos de triunfo y de rabia, amenazar con los puños á la tenebrosa fachada, y envidiaba para la gitana y para él las alas de los buhos que huían; bandadas por cima de su cabeza.

Su lluvia de cascotes no bastaba á rechazar á los sitiadores.

En aquel momento de angustia, vió un poco mas abajo de la balaustrada desde donde acibillaba á los hampones, dos largas canales de piedra que desembocaban inmediatamente sobre la puente principal; el orificio interior de estas canales daba sobre la plataforma.—Ocurrióle una idea; fue á buscar un leño en su estancia, puso sobre él una porcion de latas y de rollos de plomo, municiones de que aun no habia hecho uso, y despues de bien dispuesto todo aquello junto á la boca de ambos canelones, pególe fuego con su linterna.

Durante este tiempo como ya no caian piedras dejaron los hampones de mirar á lo alto; y todos ellos, jadeando como una turba de perros que acosa á un jabalí en su madriguera, apiñábanse en tumulto alrededor de la gran portada, desfigurada toda ella por el ariete, pero en pie todavia; esperaban con bramidos de impaciencia el golpe que iba á hacerla pedazos. Procuraban todos á porfia acercarse á ella lo mas posible para poder lanzarse los primeros, cuando se abriese, en aquella opulenta catedral vasto receptáculo adonde habian ido á amontonarse.

UN AMIGO TORPE.

119

narse las riquezas de tres siglos. -- Recordábase unos á otros con rugidos de júbilo y de apetito las ricas cruces de plata, las ricas dalmáticas de brocado, las soberbias tumbas de plata sobredorada, las grandes magnificencias del coro, las fiestas deslumbradoras, las navidades brillantes con antorchas, las pascuas esplendentes con el sol, todas aquellas magníficas solemnidades en que urnas, candeleros, copones, tabernáculos, relicarios, cubrían los altares de una corteza de oro y de diamantes. Cierta que en aquel dulce momento, tumbones y desarrapados, archipámpanos y capones, mucho menos pensaban en salvar á la jitana, que en saquear á Nuestra Señora, y aun no estamos muy lejos de creer que para muchos de ellos la Esmeralda, no era mas que un pretexto, si se necesitan pretextos para robar.

Repentinamente, en el momento en que por un postrer esfuerzo se agrupaban en derredor del ariete, conteniendo todos el aliento y recogiendo sus músculos á fin de comunicar toda su fuerza al golpe decisivo, alzóse en medio de ellos un abullido mas espantoso aun que el que habia nacido y espirado bajo el madero. Los que no gritaban, los que vivian aun, miraron.--Dos arroyos de plomo derretido caian desde lo alto del edificio en lo mas espeso de la muchedumbre; aquel mar de hombres acababa de doblarse bajo el metal hirviendo que hizo en los dos puntos donde cayó, dos agujeros negros y humeantes en el gentío, como dos chorros de agua caliente en la nieve. Agitábanse en

ellos multitud de moribundos medio calcinados y bramando de dolor: alrededor de aquellos dos cañones principales, muchas gotas de la horrible lluvia se esparramaban sobre los sitiadores, y penetraban en los cráneos como tijeretas de llama. Era un fuego macizo que acribillaba á aquellos miserables como un espantoso diluvio.

Terrible fué el clamor; todos huyeron de tropel, dejando caer el madero sobre los cadáveres, los valientes como los cobardes, y por segunda vez quedó el atrio vacío.

Todos alzaron los ojos á lo alto de la iglesia y vieron una cosa extraordinaria. En la cumbre de la más alta galería, encima del roseton central, alzabase una grande hoguera entre los dos campanarios con torbellinos de chispas y una llama brillante y furiosa de que á veces se llevaba el viento un pedazo entre el humo. Debajo de esta llama, debajo de la sombría balaustrada de color de fuego, dos canelones en formas de cabezas de monstruos que vomitaban sin interrupción aquella lluvia ardiente que destacaba su argentada catarata sobre las tinieblas de la fachada inferior: á medida que se acercaban al suelo, ensanchábase formando copa los dos chorros de plomo líquido, como el agua que sale por mil agujeros de la regadera. Encima de la llama, las enormes torres de cada una de las cuales se veían dos faces duras y recortadas; una enteramente negra, otra enteramente colorada, parecían engrandecidas con toda la inmensidad de la

UN AMIGO TORPE. 121

sombra que proyectaban hasta en el cielo. Sus innumerables esculturas de diablos y de dragones tomaban un aspecto lúgubre; la inquieta claridad de la llama las hacía moverse á la vista. Había culebras que parecían reírse, gárgolas que parecía oírse las ladrar; salamandras que soplaban en el fuego; tarascas que estornudaban en el humo. Y entre aquellos monstruos, despertados así de su sueño de piedra por aquella llama, por aquel ruido, uno había que andaba y que se veía pasar de vez en cuando sobre la encendida frente de la hoguera como un murciélago delante de una vela.

Sin duda aquel faro singular despertó á lo lejos al leñador de las colinas de Bicetre, aterrado de ver vacilar sobre sus matorrales la gigantesca sombra de las torres de Nuestra Señora.

Siguió un silencio de espanto entre los hampones, durante el cual no se oyeron mas que los gritos de alarma de los canónigos encerrados en su claustro, y mas inquietos que caballos en una cuádra que está ardiendo; el furtivo rumor de las ventanas que se abrían y cerraban con precipitación, el teje-manage interior de las casas y del hospital, el viento en la llama, el postrer lupo de los moribundos, y el continuo chirrido de la lluvia de plomo sobre las piedras.

En tanto los principales gefes de la hampa se retiraron bajo el pórtico de la casa Gondelaurier á celebrar consejo. El duque de Egipto, sentado en un poyo, contemplaba con religioso espan-

122 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

to la fantasmagórica hoguera resplandeciendo á doscientos pies sobre el nivel del suelo; Clopin Trouiflout se mordía sus manazas con furor.—Imposible entrar! murmuraba entre dientes.

—Iglesia tan vieja como bruja refunfuñaba el antiguo gitano Matias Hungadi Spicali.

— Por los bigotes del papa! (1) repuso un valenton ya algo machucho que habia sido soldado, vaya unos cancelones de iglesia que escupen plomo derretido mejor que los matacanes de Lectoure.

— Veis ese demonio que no hace mas que pasar por delante del fuego? preguntó el duque de Egipto.

— Par diez! dijo Clopin, es el maldito campanero Quasimodo.

El gitano meneó la cabeza. — Pues yo digo que es el espíritu Sabnac, el gran marqués, el demonio de las fortificaciones. Su forma es la de un soldado armado, con cabeza de leon; monta á veces un caballo inmundo; convierte á los hombres en piedras de que luego hace torres y manda cincuenta legiones. Estoy seguro de que es él; le conozco. Á veces viste un soberbio ropon de oro á la manera de los turcos.

(1) Es de advertir que en la época á que se refiere esta historia y aun mucho despues, los usaban los soberanos pontífices. El admirable retrato que hizo en Roma nuestro gran Velazquez, que actualmente se halla en la galería Doria, del Papa Inocencio X (Pamphil), tiene no solo un respetable mostacho, mas tambien su correspondiente perilla. (N. del trad.)

UN AMIGO TORPE.

123

--Donde está Bellevigne de-l'Etoile? preguntó Clopin.

--Ha muerto, respondió una hampona.

Andrés el Rojo reía con una risa idiota: --Nuestra Señora da que hacer á la Casa de Dios (1), decía.

--Con que no hay medio de forzar esa puerta? exclamó el rey de Tunia dando una patada en el suelo.

Mostróle tristemente el duque de Egipto los dos arroyos de plomo hirviendo que no cesaban de rayar la negra fachada, como dos largas ruecas de fósforo. -- Iglesias se han visto que se defendían así ellas solas, observó suspirando. Santa Sofía de Constantinopla (cuarenta años hace que sucedió esto) tiró tres veces al suelo la media luna de Mahoma, sacudiendo sus cúpulas que son sus cabezas. Guillermo de París que construyó esta, era un májico.

-- Con que hemos de tener que irnos rabo entre piernas como una pandilla de lacayos? dijo Clopin; -- y dejar ahí á nuestra hermana para que esos lobos encapuzados vengan á ahorcarla mañana!..

-- Y la sacristía donde hay carretadas de oro! añadió un hampon cuyo nombre sentimos no haya llegado á nuestra noticia.

(1) Llámase así en París el hospital general. Le hemos dejado este nombre para conservar el sentido de la frase.

(Nota del Traductor.)

—Barba de Mahoma! gritó Trouillecour.

—Probemos otra vez, repuso el hampon.

Matias Hungadi meneó la cabeza. —Lo que es por la puerta no hay que pensar en que entremos; fuerza será buscar el flaco de la armadura de la vieja hechicera, un agujero, una poterna, una rendija cualquiera.

—Quién me sigue? dijo Clopin; allá vuela yo.—A propósito, ¿dónde anda el estudiante Juan que estaba tan metido en hierro?

—Habrá muerto, respondió una voz; ya no se le oye reir.

—El Rey de Tunia frunció las cejas.

—Tanto peor! bajo aquella armadura latía un corazón de hombre.—Y maese Pedro Gringoire?

—Capitan Clopin, dijo Andres el Rojo, aun no habíamos llegado al Pont-aux-Changeurs cuando ya habia tomado ese pícaro las de villadiego.

Clopin dió una furibunda patada.—Cuerno de Dios! él es quien nos mete en esto, y luego nos planta en mitad de la fiesta! Cobarde hablador!!!

—Capitan Clopin, gritó Andres el Rojo que bajaba la vista hacia la calle del Arco, aquí viene el estudiante.

—Loado sea Pluton! dijo Clopin. Pero de qué diablos viene tirando?

Acudia Juan en efecto corriendo con cuanta velocidad se lo permitian sus pesados arreos de paladín, y una larga escalera de manos que arrastraba impávido sobre las piedras, mas sofocado que una

UN AMIGO TORPE.

125

hormiga cargada con una espiga veinte veces mas larga que ella.

— Victoria! *To Deum!* gritaba el estudiante.— Aquí está la escalera de los descargadores del puerto San Landry.

Acercóse á él Clopin:—Muchacho, qué quieres hacer, cuerno de Dios, de esa escalera?

— Ya es mia, respondió Juan jadeando.— Yo sabia donde estaba:—en casa del teniente:—conozco allí una muchacha que me cree hermoso como un Cupido.—Ella me ha servido para cojer la escalera, y aquí la tengo, cuerno de papa!—La pobre chica ha salido á abrirme en camisa.

—Bueno, dijo Clopin; pero qué quieres hacer de esa escalera?

Miróle Juan con aire penetrante y capaz, é hizo resonar sus dedos como un par de castañuelas. Sublime estaba el muchacho en aquel momento: tenia en la cabeza uno de aquellos cascos recargados del siglo XV que aterraban al enemigo con sus fantásticas quimeras. Estaba el suyo herizado de diez picos de hierro, de modo que Juan hubiera podido disputar el temible epíteto de *δρυμβωρας* al navío homérico de Nestor.

—Qué quiero hacer de ella, augusto rey de Tunia? veis esa hilera de estátuas que parecen ton-tas, allá, encima de los tres portones?

—Si, y qué?

—Esa es la galeria de los reyes de Francia.

—Y qué tengo yo que ver con eso? dijo Clopin.

--Paciencia! al fin de esa galería hay una puer-
tecilla que nunca se cierra mas que con pestillo;
con esta escalera plántome allí, y cágame en la
iglesia.

--Niño, déjame subir el primero.

--No, compadre, no, la escala es mía. Venid
y sereis el segundo.

--Ahóguete Belzebú! dijo el severo Clopin,
yo no quiero ir detrás de nadie.

--Pues entonces, Clopin, busca otra escala.

Echó Juan á correr por la plaza tirando de la
escalera y gritando:-- A mí los valientes!

Al cabo de un momento vióse la escala apo-
yada en la balaustrada de la galería inferior encima
de una de las puertas laterales: la caterva de los
hampones, lanzando grandes aclamaciones, se apiñó
á sus pies para trepar por ella, pero Juan sostuvo
sus derechos y puso el primero la planta en los tra-
vesaños. Algo larga era la travesía; la galería de los
reyes de Francia se alza en la actualidad como has-
ta sesenta pies sobre el nivel del suelo, y entonces
la alaban aun más las once gradas de la escalina-
ta. Subía Juan lentamente algo embarazado con su
pesada armadura, agarrándose con una mano á un
escalón y sosteniendo en la otra su ballesta. Cuan-
do llegó á la mitad de la escala echó una mirada
melancólica sobre los pobres hampones muertos,
que atestaban el atrio.--Ah! dijo, he aquí un mon-
ton de cadáveres digno del quinto canto de la Iliá-
da! Luego continuó subiendo seguido de una gran

UN AMIGO TORPE.

127

multitud; había un hombre en cada escalon. Aquella línea de espaldas cubiertas de corazas que se alzaba ondulando en la sombra, parecía una serpiente de escamas aceradas que se empinaba contra la iglesia. Juan que hacía la cabeza, é iba silbando, completaba la ilusión.

Tocó en fin el estudiante el balcon de la iglesia, y saltó por cima de él con bastante ligereza en medio de los aplausos de toda aquella pillería; dueño ya de la ciudadela, lanzó un grito de alegría, y luego de repente se paró petrificado. Detrás de la estatua de un rey acababa de ver á Quasimodo oculto en las tinieblas, echando llamas por su ojo de ciclope.

Antes de que un segundo sitiador hubiera podido poner los pies en la galería, saltó el formidable jorobado á la punta de la escalera, cojió sin decir palabra el extremo de los dos ejes con sus dos robustas manos, la levantó, la separó de la pared, meneó un momento entre mil amargos clamores de agonía, la larga y flexible escala atestada de hombres de arriba abajo, y luego de pronto con una fuerza sobrehumana, precipitó aquel racimo de hombres en la plaza. Hubo un instante en que los mas intrépidos palpitaron: la escala lanzada hácia atrás, quedó por un momento recta y pareció vacilar; luego osciló algun tanto, y luego de pronto describiendo un espantoso arco de círculo de ochenta pies de radio, se precipitó sobre el suelo con su carga de bandidos, mas rápida que un puente leva-

dizo cuyas cadenas se quiebran de repente. Siguióse una inmensa imprecación, y luego todo calló, y algunos infelices mutilados se retiraron á rastras de debajo del monton de cadáveres.

Un murmullo de dolor y de cólera siguió entre los sitiadores á los primeros gritos de triunfo. Quasimodo impassible, apoyados los codos en la baranda, los miraba; parecia un antiguo rey cabelludo asomado á su balcon.

Juan Frollo por su parte estaba en una situacion muy crítica. Hallábase en la galería con el formidable campanero, solo, separado de sus compañeros por una pared vertical de ochenta pies. Mientras el campanero manejaba la escala, corrió él hacia la poterna que creia abierta, pero no lo estaba; el sordo al entrar en la galería, habíala cerrado detras de sí. Escondióse entonces Juan detras de un rey de piedra, sin atreverse á respirar, y fijando en el monstruoso jorobado sus ojos con terror como aquel hombre que haciendo la corte á la mujer del conserje de una casa de fieras, se equivocó de pared en su nocturno escalamiento, y se halló de súbito cara á cara con un oso blanco.

En los primeros momentos, el sordo no hizo alto en él; pero en fin volvió la cabeza é hizo un ademan de furor. Acababa de divisar al estudiante.

Preparóse Juan á un ataque terrible; pero el sordo permaneció inmóvil; no hacia mas que mirar de frente al estudiante.

UN AMIGO TORPE.

129

—¡Ho! oh! dijo Juan ¿qué tienes que mirarme con ese ojo tuerto y melancólico?

Y esto diciendo, el pícaro hampon preparaba por lo bajo su ballesta.

—Quasimodo! gritó, voy á hacerte mudar de apodo; de aquí en adelante te llamarán el ciego.

Salió el tiro; silbó la aguda flecha y fué á clavar-se en el brazo izquierdo del jorobado: pero tanto se resintió Quasimodo de aquella herida como pudiera haberlo hecho el rey Faramundo. Echó mano á la saeta, la arrancó de su brazo y la quebró sin decir palabra sobre su rodilla; dejó luego caer, mas bien que tiró, los dos fragmentos -- pero Juan no tuvo tiempo para disparar segunda vez. Rota la flecha, dió Quasimodo un fuerte resoplido, saltó como una langosta y se precipitó sobre el estudiante cuya armadura se abolló toda en su choque contra la pared.

Y entonces en aquella penumbra en que flotaba la luz de las antorchas, se divisó una cosa horrible.

Asió Quasimodo con la mano izquierda los dos brazos de Juan que ni siquiera hizo un movimiento, tanto conoció que estaba perdido, y con la derecha fuele el sordo quitando una á una, con siniestra lentitud, todas las piezas de su armadura, la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazaes. Quasimodo dejaba caer á sus pies peda-

zo á pedazo la cáscara de hierro del estudiante,

Cuando este se vió desarmado, despojado de sus vestidos, débil y desnudo entre aquellas terribles manos, no trató de hablar á aquel sordo, pero empezó á revesele en los hocicos y á cavar con su indiferencia de diez y seis años una canción entouces popular.

No pudo acabar. Vióse entonces á Quasimodo, en pié sobre la baranda de la galería, que con una sola mano sostenía por los pies al estudiante haciéndole jirar sobre el abismo como una honda; luego se oyó un ruido como el de una caja huesosa que se revienta contra una pared y se vió caer una cosa que se detuvo á un tercio de la caída en una prominencia de la escultura. Era aquello un cuerpo muerto que quedó enganchado allí, doblado por la mitad, rotos los riñones, el cráneo vacío.

Alzaron los hampones un grito de horror.—Venganza! gritó Clopin.—A saco! respondió la multitud.—Asalto! asalto! —Siguióse entonces un ahullido prodigioso, en que se mezclaban todas las lenguas, todos los dialectos, todos los acentos. La muerte del pobre estudiante produjo un furibundo ardor en aquella muchedumbre, corrida y colérica de haber estado tanto tiempo tenida á raya delante de una iglesia defendida por un jorobado. La rabia encontró escalas, multiplicó las antorchas, y al cabo de algunos minutos, Quasimodo deses-

UN AMIGO TORPE.

131

perado vió aquel espantoso hormiguero subir por todas partes al asalto de Nuestra Señora. Los que no tenían escalas, tenían cuerdas con nudos; los que no tenían cuerdas, trepaban por los relieves de la escultura; colgábanse los unos á los guñapos de los otros. No habia medio de resistir á aquella marca continua de caras horribles; el furor hacia centellear aquellos feroces semblantes; de sus frentes terrosas goteaba el sudor; sus ojos brotaban luz; todos aquellos gestos, todas aquellas fealdades arremetían á Quasimodo. Parecia que alguna otra iglesia habia enviado al asalto de Nuestra Señora sus gorgonas, sus culebras, sus tarascas, sus demonios, sus mas fantásticas esculturas; parecia una capa de mónstruos vivos sobre los mónstruos de piedra de la fachada.

Brillaban en tanto multitud de luces en la plaza; aquella escena tumultuosa, sepultada hasta entonces en la obscuridad, se inundó súbitamente en luz. Resplandecia el atrio y estendía sus reflejos hasta el cielo; la hoguera encendida en la alta plataforma continuaba ardiendo, é iluminaba á lo lejos la ciudad. La enorme silueta de las dos torres, desarrollada á lo lejos sobre los techos de París, formaba en aquella claridad un ancho borron de sombra. La ciudad parecia haberse conmovido: oíase á lo lejos tocar á vuelo; los hampones abullaban, jadeaban, juraban, subían; y Quasimodo, impotente contra tantos enemigos, tem-

132 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

hlando por la jítana , viendo aquellos horri-
bles semblantes acercarse mas y mas á su galera,
ría , pedia un milagro al cielo , y se atarazaba los
brazos con honda desesperacion.

5.

EL RETIRO

**DONDE LEE SU EJERCICIO COTIDIANO EL
SEÑOR REY LUIS DE FRANCIA.**

Tal vez no ha olvidado el lector que un momento antes de divisar la tropa nocturna de los hampones, Quasimodo escudriñando á París desde lo alto de su campanario, no vió en todo él mas que una luz que salía de un vidrio en el piso mas elevado de un alto y sombrío edificio, al lado de la puerta de San Antonio. Aquel edificio era la Bastilla, aquella luz la vela de Luis XI.

El rey Luis XI estaba en efecto en París hacia ya dos días, y dentro de otros dos debía ponerse en camino para su ciudadela de Montilz-les-Tours. Raras y breves apariciones hacia aquel monarca en su *bucna* (1) ciudad de París, porque no halla-

(1) Título que dan los reyes de Francia á su capital, como se da á Madrid el de *heroica villa*. (N. del Trad.)

ba en ella alrededor de su persona bastantes trampas, patibulos y arqueros escoceses.

Habia ido aquel día á pasar la noche en la Bastilla. La grande estancia de seis toesas cuadradas que tenia en el Louvre, con su gran chimenea cargada de doce animalotes y trece grandes profetas, y su gigantesco lecho de once pies sobre doce, le gustaban poco. Perdiase él en todas aquellas grandezas; aquel rey algo plebeyo preferia la Bastilla con un cuartucho y una camita. Además, la Bastilla era mas fuerte que el Louvre.

Aquel *cuartucho* que se habia reservado el rey en la famosa prision de estado, era bastante espacioso, y ocupaba el piso mas alto de un torreón contiguo á la fortaleza. Era un recinto de forma redonda, entapizado de esteras de reluciente esparto con su techo formado de vigas recamadas de flores de lis de estaño dorado, con los huecos de color, artesonado de ricos enmaderamientos de ensambladura, sembrados de rosetas de estaño blanco y pintados de hermoso verdagai, hecho de piñuela y de glasto fino.

No habia mas que una sola ventana, larga ójiva enrejada de alambre y de barras de hierro, y cubierta de magníficos vidrios iluminados con las armas del rey y de la reina; cada vidrio valia veintidos sueldos.

No habia tampoco mas que una entrada, una puerta moderna, de arco abocinado, cubierta con un tapiz por dentro, y por fuera con uno de aque-

EL RETIRO, ETC.

135

Los pórticos de madera de Irlanda, frágiles edificios de ebanistería primorosamente trabajados que se veían aun hace ciento cincuenta años en muchas casas antiguas. "Aunque desfiguran é inmodan en las casas, dice Sauval desesperado, no quieren nuestros señores mayores deshacerse de ellos, y los conservan á despecho de todo el mundo."

Nada se hallaba en aquella estancia de lo que amueblaba á la sazón las habitaciones ordinarias; ni bancos, ni tablados, ni sillería, ni banquillos comunes en forma de caja, ni soberbios escabefes sostenidos por pilares á cuatro sueldos cada uno. Veíase solamente un sillón de tijera con brazos, en extremo magnífico; toda su madera estaba pintada de rosas sobre fondo encarnado, el asiento era de cordobán carmesí, guarnecido de largos rapacejos de seda, y salpicado de mil clavos de oro: la soledad de aquella silla revelaba que una sola persona tenía derecho de sentarse en aquella estancia. Al lado de la poltrona é inmediata á la ventana había una mesa cubierta con un tapiz bordado de figuras de pájaros: sobre aquella mesa un tintero manchado de tinta, algunos pergaminos, varias plumas y un braserillo con lumbre: un reclinatorio de terciopelo carmesí, recamado de bultos de oro, y en fin, en el fondo un simple lecho de damasco amarillo y colorado, sin relumbrón ni pasamanos y con flecos sumamente sencillos. Este lecho, famoso para haber sostenido el sueño ó el insomnio de

Luis XI, es el que podía aun contemplarse hace doscientos años en casa de un consejero de estado, donde fue visto por la anciana madama Pilon, célebre en el *Ciro* (1) bajo el nombre de *Arricydia* y de la *Moral viva*.

Tal era la estancia que se llamaba "el retiro donde leese el ejercicio cotidiano el señor Rey Luis de Francia."

En el momento en que hemos introducido en él al lector, estaba aquel retiro muy oscuro. Una hora hacia que había sonado el toque de ánimas, era ya enteramente de noche, y no había mas que una vacilante vela de cera puesta sobre la mesa, para alumbrar á cinco personajes variamente agrupados en la estancia.

El primero sobre el cual caía la luz era un señor ricamente vestido de un jubon y una ropilla escarlata listada de plata, y de un tabardo forrado de paño de oro con dibujos negros; aquel espléndido traje en que rielaba la luz, parecía ribeteado de llama en todos sus pliegues. El hombre que le llevaba tenía sobre el pecho sus armas bordadas con vivos colores; un cábrío acompañado en parte de un gamo pasante. Contiguos al escudo de armas estaban, á la derecha, un ramo de oliva, á la izquierda un cuerno de gamo. Llevaba aquel hombre á su cintura una rica daga cuya empuñadura

(1) Novela de la *Damoiselle Scudery*. (N. del T.)

EL RETIRO, ETC.

137

de plata sobredorada, estaba cincelada en forma de cimera, y remataba en una corona de conde. Tenía aquel personaje mala catadura, aire altanero y la cabeza erguida; á la primera ojeada veíase en su rostro la arrogancia, á la segunda la astucia.

Estaba con la cabeza descubierta, con un largo cartelón en la mano, en pie, detrás del sillón de brazos en el cual estaba sentado, el cuerpo seamanente doblegado por la cintura, apoyado un codo sobre la mesa, un personaje pésimamente ataviado. Figúrese en efecto el lector en la opulenta poltrona de cuero de Córdoba dos rótulas estevadas, dos muslos flacos pobrememente vestidos de punto de lana negra, un torso envuelto en un balandrán de bombasí con unas pieles en que se veía mas cuero que pelos, y en fin, para coronar el conjunto, un sombrero viejo y mugriento del mas infimo paño negro, ceñido de un cordón circular de figuritas de plomo: he aquí, juntamente con un gorro que apenas dejaba salir un cabello, todo lo que se distinguía del personaje sentado. Tan encorbada tenía la cabeza sobre el pecho que nada se divisaba de su rostro cubierto de sombra, mas que la punta de la nariz, sobre la cual caía un rayo de luz, y que debía ser larga. En la flacura de su rugosa mano se conocía que era un anciano;— era en efecto Luis XI.

A alguna distancia detrás de ellos, hablaban en voz baja dos hombres vestidos á la usanza flamenca, que no estaban bastante perdidos en la sombra para que cualquiera de los que habían asistido á la

representación del misterio de Gringoire no pudiese reconocer en ellos á dos de los principales enviados flamencos, Guillermo Rym, el sagaz pensionado de Gante y Santiago Coppenole, el popular calcetero. El lector se acordará de que estos dos hombres estaban iniciados en la política secreta de Luis XI.

En fin, en lo más hondo de la estancia, junto á la puerta, estaba de pie en la oscuridad, inmóvil como una estatua, un hombre vigoroso, de fornidos miembros, con arveos militares y tabardo blasonado, cuya cara cuadrada y sin frente, con ojos rebentones, inmensa boca y doble alero de cabellos aplastados, bajo los cuales desaparecían las orejas, tenía algo de perro y de tigre juntamente.

Todos estaban descubiertos, menos el rey.

El señor que estaba junto al rey leía una especie de cuenta muy larga, que su majestad parecía escuchar con atención. Los dos flamencos cuchucheaban.

—Cruz de Dios! refunfuñaba Coppenole; ya estoy harto de estar en pie. No hay una silla por allí?

Respondióle Rym con un gesto negativo, acompañado de una discreta sonrisa.

—Cruz de Dios! repuso Coppenole aburrido de tener que bajar la voz, que estoy por sentarme en el suelo con las piernas cruzadas, como lo hago en mi tienda de calcetero.

—Guardaos bien de hacerlo! maese Santiago.

—Vaya! vaya! maese Guillermo! con que no

EL RETIRO, ETC.

139

hay aquí mas remedio que estar sobre las plantas de los pies?

—O sobre las rodillas, dijo Rym.

Alzóse en aquel momento la voz del rey: todos callaron.

—Cincuenta sueldos los vestidos de nuestros lacayos y doce libras las capas de los clérigos de nuestra corona! Eso es! derramad el oro á puñados. *Estais loco, Oliveros?*

Esto diciendo, levantó el anciano la cabeza, veíanse relucir en su cuello las conchas de oro del collar de san Miguel. Iluminaba de lleno la luz de la vela su perfil adusto y descarnado: luego arrancó el papel de manos del que leyéndole estaba.

—Nos arruinais, Oliveros! exclamó recorriendo el mamotreto con sus hundidos ojos—*Qué quiere decir todo esto? Qué necesidad tenemos de una servidumbre tan prodijiosa? Dos capellanes á razon de diez libras por mes cada uno, y un clérigo de capilla á cien sueldos! Un ayuda de cámara á noventa libras por año! Cuatro hujieres de vianda á ciento veinte libras por año cada uno! Un macero, un jardinero, un cocinero, un copero, un sumiffer de armaduras, dos mozos de acémila á razon de diez libras al mes cada uno! Dos pinches de cocina á ocho libras! Un palafrenero y sus dos mozos á veinticuatro libras por mes! Un mozo de escalera, un repostero, un panadero, dos carreteros, cada uno á sesenta libras por año! Pues y el albeitar-herrero con cicnto veinte libras! y nuestro tesorero con mil*

140 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

doscientas libras! Y el contralor con quinientas! Qué sé yo! Es un horror! Los gajes de nuestros criados devoran á la Francia! Tal fuego de gastos derretiría todas las joyas del Louvre! Tendremos que vender vuestras vajillas! Y el año que viene, si Dios y Nuestra Señora (al llegar aquí se quitó el sombrero) nos conceden vida, tendremos que beber nuestras tisanas en un cacharro de estaño!

Esto diciendo, echó una mirada sobre el tazón de plata que brillaba sobre la mesa. Tosió y luego prosiguió:

—Maese Oliveros, los príncipes que reinan en los grandes señoríos, como reyes y emperadores, no deben dejar nacer la suntuosidad en sus palacios; porque desde ellos se estiende el fuego hasta las provincias. — Por tanto, maese Oliveros, no echés en saco roto lo que te voy á decir: nuestros gastos aumentan todos los años, y eso no nos acomoda. — Como, Pascua de Dios! hasta el año 79 no ha pasado mi gasto de treinta y seis mil libras, en 80, llegó á cuarenta y tres mil seiscientos diez y nueve libras, — me acuerdo muy bien, — en 81, ascendió á sesenta mil seiscientos ochenta; y este año, por la fé de mi cuerpo! ha de llegar á ochenta mil libras! Duplicado en cuatro años! es una monstruosidad!

Detúvose por faltarle el aliento y luego prosiguió arrebatado de cólera: — Yo no veo alrededor de mí mas que hombres que engordan con mi flacura! Por todos los poros me chupan dinero!

EL BETIRO. ETC.

141

Todos callaban; la cólera actual del rey era una de aquellas que se dejan pasar: luego prosiguió:

--Lo mismo que ese memorial en latin de los señorios de Francia, para que al punto restablezcamos lo que ellos llaman las grandes cargas de la corona! Cargas en efecto! cargas que derrengan! Ah! señores! decís que no somos un rey para reinar *dapifero nullo, buticulario nullo!* Ya os haremos ver, Pascua de Dios! si somos un rey!

Al llegar á este punto, sonrió en el sentimiento de su poderío con lo que se mitigó algun tanto su mal humor; luego se volvió hácia los flamencos:

--Sabeis, compadre Guillermo, que el panadero mayor, el repostero mayor, el mayordomo mayor, y el alcaide mayor no valen tanto como el último criado?--Tenedlo presente, compadre Coppinole.--De nada sirven; cada vez que los veo tan inútiles alrededor de mí, me parecen los cuatro evangelistas que rodean la esfera del gran reloj del palacio y que acaba de componer Felipe Brille. Son dorados, pero no señalan la hora, y para maldita de Dios la cosa los necesita la mano

Quedó un momento pensativo y añadió meneando su anciana cabeza: --Ho! ho! por mi vida que yo no soy Felipe Brille, y que no doraré de nuevo á los magnates. --Prosigue, Oliveros.

El personaje á quien designaba por este nombre volvió á tomar el mamotreto y empezó á leer en alta voz:

“... A Adam Tenon, oficial en la estampilla del prebostazgo de París; por la plata, hechura y grabado de los susodichos sellos que han sido hechos nuevos porque los otros precedentes, por su antigüedad y caducidad, no podían ya servir buenamente,—doce libras parisies.”

“A Guillermo Frere, la suma de cuatro libras cuatro sueldos parisies, por sus trabajos y emolumentos de haber cebado y nutrido las palomas de los dos palomares del palacio de las Tournelles, durante los meses de enero, febrero y marzo de este año, para lo cual ha dado siete celemines de cebada.”

“A un capuchino, por haber confesado á un criminal, cuatro sueldos parisies.”

El rey escuchaba sin decir palabra: de cuando en cuando tosía; llegaba entonces la taza á sus labios, y bebía un sorbo haciendo un mohín.

—“En este año han sido hechos por disposición de justicia, á son de trompa, por las calles y plazas de París, cincuenta y seis pregones. — Se ajustará la cuenta.”

“Por haber socavado y buscado en ciertos sitios, tanto en París como fuera de él, dinero que se decía estar enterrado, aunque no se ha hallado nada: —cuarenta y cinco libras parisies.”

—“Enterrar un escudo para desenterrar un sueldo! dijo el rey.

—“... Por haber puesto en el palacio de las Tournelles, seis cuarterones de vidrio blanco en el

EL RETIRO, CET.

143

síto donde está la jaula de hierro, trece sueldos.-- Por haber hecho y entregado por orden del rey, el día de los mónstruos, cuatro escudos con las armas del espresado señor rey engastados de cintillos de rosas todo enderredor, seis libras.-- Por dos mangas nuevas en la ropilla vieja del rey, veinte sueldos.-- Por una caja de unto para sacar lustre á las botas del rey, quince dincros. Un establo nuevo para alojar los lechones negros del rey, treinta libras parisics.-- Muchos tabiques, tablas y trampas para encerrar los leones del rey, veintidos libras:"

--Caros animales, dijo Luis XI; pero no importa; esa magnificencia es digna de un rey. Hay entre ellos un enorme leon rojo que me encanta con sus monadas.--Habéisle visto, maese Guillermo?-- Los príncipes deben tener de esas admirables fieras; para nosotros los reyes, nuestros perros deben ser leones, y nuestros gatos tigres. Todo lo grande sienta bien á una corona. En tiempo de los paganos de Júpiter, cuando el pueblo ofrecia á las iglesias cien bueyes y cien ovejas, los emperadores daban cien leones y cien águilas, lo que era hermoso y terrible. Siempre los reyes de Francia han tenido rujidos de esa especie alrededor de su trono; sin embargo, todos me harán la justicia de convenir en que gasto menos dinero en esas cosas que ellos, y que tengo suma modestia de leones, de osos, de elefantes y de leopardos.--Adelante, maese Oliveros.--Queríamos decir esto á nuestros amigos los flamencos.

144 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Inclinóse Guillermo Rym profundamente, mientras que Coppenole con su cara aburrída, parecia uno de aquellos osos de que hablaba su majestad. No lo advirtió el rey, quien acababa de mojar los labios en la taza, y escupia el mejunje diciendo:-- Puah! maldita tisana!-- El que leia, prosiguió:

—«Por el alimento de un villano peon encerrado hace seis meses en el cuartito del desolladero, mientras se decide que se ha de hacer de él. -- Seis libras cuatro sueldos.»

—«Qué es eso? interrumpió el rey, alimentar á quien se va á ahorcar? Pascua de Dios! no vuelvo á dar una blanca para ese hombre. -- Oliveros, entendcos sobre el particular con el señor de Estouville, y háganse hoy mismo los preparativos de las bodas de ese galan con la horca. -- Proseguid.

Hizo Oliveros con la uña una señal en el artículo del *villano peon* y pasó adelante.

—«A Enrique Coussin, maestro ejecutor de altas obras (1) de la justicia de París, la suma de sesenta sueldos parisies que le ha sido señalada por el señor preboste de París por haber comprado de órden del espresado señor preboste, una grande espada cortante destinada á ejecutar y decapitar á las personas que por justicia son condenadas por sus deméritos y encájádola ademas en una vaina con todos sus enseres correspondientes; é igualmente ha-

(1) Verdugo.

(Nota del traductor.)

EL RETIRO, ETC.

145

hecho limpiar y afilar la espada vieja que se había tomado y mellado ejecutando la justicia del caballero Luis de Luxemburgo, como mas estensamente puede verse...”

El rey le interrumpió:—Basta ! decreto la suma con todo mi corazon.—Yo no reparo en esos gastos, ni me duele el dinero que se emplea en ellos.—Adelante.

—“Por haber hecho una gran jaula nueva...”

—Ah! dijo el rey apoyándose con ambas manos en los brazos de su sillón, ya sabia yo que habia venido para algo á esta Bastilla.—Esperad, maese Oliveros; quiero ver por mi mismo esa jaula, y me leeris su coste mientras la examino.—Señores flamencos, venid á verla porque es curiosa.

Púsose entonces en pie, apoyóse en el brazo de su interlocutor, hizo señal á la especie de mudo que permanecía en pie á la puerta, de que le precediera, á los dos flamencos de que le siguieran y salió de la estancia.

Reclutó la régia comitiva en la puerta del retiro varios hombres de armas abrumados de hierro, y algunos esbeltos pajecillos que llevaban sendas lachas en la mano; anduvo algun tiempo por el interior de la sombría fortaleza, cruzada de escaleras y de corredores hasta en el espesor de las paredes. Iba al frente el capitán de la Bastilla, y hacia abrir la puerta delante del caduco rey doliente y enervado, que tosía al andar.

A cada puerta que hallaban tenían que agachar-

TOMO III

10

se todas las cabezas, excepto la del anciano doblado por la edad.—Hum! decía entre sus encías, porque dientes no los tenía, ya estamos pronto del todo para la puerta del sepulcro.—A puerta baja, pasajero *recorrido*.

En fin, después de haber atravesado una última puerta tan atestada de cerraduras que se tardó un cuarto de hora en abrirla, entraron en una alta y espaciosa sala ojival, en cuyo centro se distinguía á la luz de las antorchas un gran cubo mazonado de mazonería, de hierro y de madera, cuyo interior estaba hueco. Era el tal una de aquellas famosas jaulas para los prisioneros de estado, que se llamaban las *hijitas del rey*. Tenía en las paredes dos ó tres ventanillas tan espesamente enrejadas con barras de hierro, que no se veían sus vidrios. La puerta era una gran losa de piedra como las de los sepulcros, una de aquellas puertas que no sirven mas que para entrar.— Solo que allí el muerto, era un vivo.

Empezó el rey á andar con lentitud alrededor del pequeño edificio examinándole con cuidado, mientras maese Oliveros, que iba detrás de él, leía la *escritura en alto voz*:

—“Por haber hecho una gran jaula nueva de madera con gruesas vigas, tablas y listones del tamaño de nueve pies de largo sobre ocho de ancho, y de siete pies de altura, pulimentada y claveteada con gruesos clavos de hierro, la cual se ha colocado en una estancia de una de las torres de la Bastilla de san Antonio, en la cual jaula ha sido meti-

EL RETIRO, ETC.

147

do y encerrado por orden del rey nuestro señor, un prisionero que habitaba antes una antigua jaula cadauca y decrepita. — Se han empleado en la susodicha jaula nueva noventa y seis vigas horizontales, y cincuenta y dos verticales, diez listones de tres toesas de longitud; y se han ocupado diezinueve carpinteros en serrar, trabajar y pulimentar toda la espesada madera en el patio de la Bastilla durante veinte días...”

— Buen corazón de encina, dijo el rey probando la madera con los nudillos.

— ...“Han entrado en esta jaula, prosiguió el otro, doscientas veinte barras de hierro, de nueve y de ocho pies, y las mas de mediana longitud con las tuercas, tornillos y garfios correspondientes á las espesadas barras; y pesa todo el susodicho hierro, tres mil setecientas treinta y cinco libras, amen de los gruesos ganchos de hierro para atar la susodicha jaula, con las abrazaderas y clavos, todo lo cual pesa doscientas dieziocho libras de hierro, sin contar el de los enrejados de las ventanas de la estancia donde se ha colocado la jaula, las barras de hierro de la puerta de la estancia y otras cosas...”

— Mucho hierro es ese, dijo el rey, para contener la volatilidad de un espíritu vital!

— “... El total asciende á trescientas diezisiete libras, cinco sueldos y siete dineros.”

— Pascua de Dios! exclamó el rey.

Después de este juramento, que era la exclamación favorita de Luis XI, pareció como que se des-

pertaba alguno en el interior de la jaula; oyóse un ruido de cadenas que se rozaban contra el suelo y alzóse una débil voz que parecía salir de la tumba: —Señor! Señor! perdon! — No se podía ver al que así hablaba.

—Trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros! repuso Luis XI.

La lamentable voz que acababa de salir de la jaula había helado á todos los presentes y aun al mismo maese Oliveros; solo el rey aparentaba no haberla oído. Por órden suya prosiguió maese Oliveros su lectura y continuó sereno su majestad la inspeccion de la jaula.

—“... Amen de eso, se han pagado á un albañil que ha hecho los agujeros para encajar las rejas de las ventanas y el pavimento de la estancia donde está la jaula, porque el suelo no hubiera podido sostenerla, á causa de su peso, veintisiete libras catorce sueldos parisies...”

La voz comenzó á jemit.

—Perdon! Señor Rey! os juro que el señor cardenal de Angers fué quien hizo la traicion y no yo.

—Carillo es el albañil! dijo el rey. Prosigue, Oliveros.

Oliveros continuó:

—“... Á un ebanista, por ventanas, camas y otras cosas necesarias veinte libras y dos sueldos parisies...”

Tambien la voz continuó:

—Por amor de Dios! Señor...no me escucha-

EL PELIGRO, ETC.

149

reis? os protesto que no fui yo quien se lo escribió á Monseñor de Guyenne, sino al señor Cardenal Balue!

--Tambien es carero el ebanista, observó el rey.

--No hay mas?

--Mas hay, Señor-- «... A un vidriero, por los vidrios de la susodicha estancia, cuarenta y seis sueldos y ocho dineros parisies».

--Perdonadme, Señor! No es bastante que hayan dado todos mis bienes á mis jueces, mi vajilla á Mr. de Torcy, mi librería á maese Pedro Doriole, mis tapicerías al gobernador del Rosellon? Soy inocente, y ya hace catorce años que tiritó de frío en una jaula de hierro.--Perdonadme, Señor! En el cielo lo hallareis!

--Maese Oliveros, dijo el rey, veamos el total.

--Trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros parisies.

--Jesus! exclamó el rey: qué jaula tan atrocemente cara!

Dicho esto, arraucó la cuenta de manos de maese Oliveros, y se puso á ajustar la cuenta por los dedos, examinando ya el papel, ya la jaula. Oíase entre tanto sollozar al prisionero: lúgubre era aquello en la sombra, y todos se miraban unos á otros palideciendo.

--Catorce años, Señor! Ya hace catorce años! desde el mes de abril de 1469. En nombre de la santa madre de Dios, escuchadme, Señor! Durante todo este tiempo, vos habeis gozado del calor del sol, y yo miserable, ¿nunca mas volveré

150 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

¿ver la luz del día? Perdon, Señor; sed misericordioso. La clemencia es una hermosa virtud real que rompe las corrientes de la cólera. ¿Cree por ventura vuestra majestad que sea en la hora de la muerte gran satisfacción para un rey el no haber dejado impune ninguna ofensa? Además, Señor, que yo no he vendido á vuestra majestad; el traidor fué el señor cardenal de Angers; y tengo una cadena muy terrible en los pies con una bola de hierro en la punta mucho mas pesada de lo justo.—Oh! Señor! tened compasion de mí!

—Oliveros, dijo el rey levantando la cabeza, observo que me ponen la carga de yeso á veinte sueldos y sé que no cuesta mas que doce. Es menester corregir esta cuenta.

Volvió entonces las espaldas á la jaula y echó á andar para salir de la estancia: el miserable prisionero, al ver alejarse las hachas y el ruido, conoció que se iba el rey.—Seño! Señor! gritó con el acento de la desesperacion.—Cerróse entonces la puerta y ya nada vió ni oyó mas que la voz ronca del carcelero que entonaba una cancion alusiva á su misma desgracia, y que era popular á la sazón (1).

(1) No la hemos puesto por no interrumpir el curso de la accion con el tal cántico que es por cierto muy poco interesante. Pondrémosla aquí en francés con su traduccion literal al lado.

Maitre Jean Baluc	Maese Juan Baluc
A perdu la vie	Ha perdido la vida
De ses évêchés;	De sus obispados;
Monsieur de Verdun	El Señor de Verdun
N'en a plus que un,	No tiene ya ni uno
Tous son dépêchés.	Todos están despachados.

(N. del Trad.)

EL PELIGRO, ECT.

151

Empezaba el rey á subir en silencio á su retiro, seguido de su comitiva, aterrada con los últimos gemidos del prisionero, cuando se volvió de pronto su majestad hácia el gobernador de la Bastilla.-- Ahora que me acuerdo, dijo, no habia alguno en aquella jaula?

--Pardiez, señor! respondió el gobernador asombrado de la pregunta.

--Y quién?

--El señor obispo de Verdun.

El rey lo sabia mejor que nadie; pero era una manía.

--Ah! dijo aparentando que entonces pensaba en ello por primera vez; Guillermo de Harancourt, el amigo del señor cardenal Balue.-- Un buen diablo de obispo!

Al cabo de algunos instantes abrióse de nuevo la puerta del retiro y se volvió á cerrar sobre los cinco personajes que en él vió el lector al principio de este capítulo, y que volvieron á ocupar sus sitios y anudar en voz baja el hilo de sus conversaciones.

Durante la ausencia del rey, habian puesto sobre su mesa algunos despachos, cuyos sellos rompió por sí mismo; púsose inmediatamente á leerlos uno despues de otro, hizo señal á maese Oliveros, que parecia desempeñar junto á él el empleo de ministro, de que tomase una pluma, y sin comunicarle el contenido de los despachos, empezó á dictarle en voz baja las respuestas que este escribía con bastante incomodidad arrodillado junto á la mesa.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Guillerino Rym observaba.

Hablaba el rey tan bajo que nada oían los flamencos de lo que dictaba, á no ser algunos trozos sueltos y poco inteligibles:-- Sostener los sitios fértiles por su comercio, los estériles por su industria. Hacer ver á los señores ingleses nuestras cuatro bombardas la *Londres*, la *Brabante*, la *Bourg-en-Bresse*, la *Saint-Omer*... La artillería es causa de que se haga la guerra en el día con mas sensatez.. Al señor de Bressuire, nuestro amigo-- Los ejércitos no pueden sostenerse sin los tributos--&c.--

Una vez levantó la voz: --Pascua de Dios! el señor rey de Sicilia sella sus cartas con lácre amarillo como un rey de Francia. Acaso hacemos mal en permitirselo; mi caro primo de Borgoña no daba armas sobre campo de gules. La grandeza de las casas se consolida con la integridad de las prerogativas. Notad esto que digo, compadre Oliveros.

Otra vez:-- Oh! oh! dijo:-- qué mamotreto es este? --Qué nos reclama nuestro hermano el emperador? --Y recorriendo con la vista la misiva, é interrumpiendo su lectura con varias exclamaciones:-- *Cierna!* las *Alemanias* son tan grandes y poderosas, que apenas parece creíble. Pero no olvidemos el antiguo proverbio: el mejor condado es Flandes, el mejor ducado Milan, el mejor reino Francia.-- No es verdad, señores flamencos?

Entonces se inclinó Coppenole juntamente con Guillerino Rym; el patriotismo del calcetero se sentía balagado.

EL RETIRO, ETC.

153

El último despacho hizo fruncir las cejas á Luis XI.—Qué es esto? esclamó. Quejas y querellas contra nuestras guarniciones de Picardía! Oliveros, escribid inmediatamente al señor mariscal de Rouault.— Que se relaja la disciplina.—Que los gendarmes, los guardias nobles, los arqueros, los suizos, hacen infinito daño á los pecheros.—Que el soldado, no contento con los bienes que se halla en casa de los labradores, los obliga á palos y sablazos á ir á buscar á la ciudad vino, pescados, especias y otras cosas escesivas.—Que el señor rey lo sabe.—Que estamos decididos á proteger á nuestro pueblo contra todo perjuicio, robo y tropelia.—Que tal es nuestra voluntad, vive Dios!—Que no queremos ademas que ningun ministril, barbero ó mozo de campaña se vista como un príncipe, con terciopelo, tela de seda y anillos de oro.—Que esas vanidades son odiosas á Dios.—Que nos, que somos noble, nos contentamos con una ropilla de paño á dieziseis sueldos la vara de París.—Que los señores mozos de campaña pueden muy bien hacer otro tanto.—Luego, luego, luego.—Al señor de Roaul, nuestro amigo.—Bien.

Dicó el rey esta carta en alta voz, con tono firme y como suele decirse, á encontrones. Apenas la hubo acabado, abrióse la puerta, y dió paso á un nuevo personaje que se precipitó todo desalentado en la estancia, gritando:—Señor! señor! hay una gran sedicion en París!

Contrájose el grave semblante de Luis XI; pero lo que hubo de visible en su agitacion, pasó co-

mo un relámpago. Contúvose, y dijo con fría severidad: --Muy bruscamente entráis, compadre Santiago.

--Señor! señor! hay una rebelion! repuso el compadre Santiago, sin poder casi respirar.

El rey que se habia puesto en pie, le cojió violentamente por el brazo, y díjole al oído de modo que él solo pudiera oirlo, con una cólera concentrada, y echando una mirada oblicua á los flamencos: --Calla! ó habla bajo.

Comprendióle el recien llegado, y empezó á hacerle en voz muy baja una relacion llena de aspavientos, que el rey escuchaba con apatía, mientras Guillermo Rym hacia observar á Coppenole la fisonomía y el traje del recien venido, su capucha forrada, *caputia furrata*, su epitoga corta, *epitogia curta* y su toga de terciopelo negro que revelaban un presidente del tribunal de Cuentas.

No bien hubo este personaje dado al rey algunas esplicaciones, cuando esclamó Luis XI soltando una carcajada: --De veras! hablad alto, compadre Coictier! Á qué viene hablar en voz baja? nuestra Señora sabe que nada tenemos oculto para nuestros excelentes amigos los flamencos.

--Pero, Señor....

--Hablad alto.

El "compadre Coictier" permanecia mudo de sorpresa.

--Con que, repuso el rey, -- hablad, vamos, -- hay una insurreccion de villanos en nuestra buena ciudad de París?

EL RETIRO, ETC.

155

-- Si Señor.

-- Y decís que se dirije contra el señor alcaide del palacio de Justicia?

-- Así es lo probable, dijo el *compadre* que hablaba en voz balbuciente, todo aturdido de la brusca é inesplicable mudanza que acababa de trastornar las ideas del rey.

Luis XI prosiguió: -- Dónde se ha encontrado la *renda* con esa *caterva*?

-- Dirijiéndose de la corte de los Milagros al Pont-aux-Changeurs: yo mismo la he encontrado al venir aquí, obedeciendo las órdenes de vuestra majestad, y he oído á algunos que gritaban: -- Muera el alcaide del Palacio!

-- Y qué quejas tienen contra el alcaide?

-- Qué ha de ser? dijo el *compadre* Santiago, porque es su señor.

-- Calla!

-- Si señor; todos ellos son de la pillería de la corte de los Milagros, y ya hace mucho tiempo que se quejan del alcaide, de quien son vasallos. No quieren reconocerle por señor.

-- Con que no! repuso el rey con una sonrisa de satisfacción que en vano procuraba disimular.

-- En todas sus representaciones al Parlamento, dijo el *compadre* Santiago, sostiene que no tienen mas que dos señores, vuestra majestad y su Dios, que si no me engaño, es el diablo.

-- Vaya! vaya! dijo el rey.

Frotábase en tanto las manos de gusto y reía con

aquella risa interior que hace centellear el rostro; y vano procuraba disimular su alegría aunque á veces trataba de serenarse. Nadie entendía aquel teje-maneje, ni aun el mismo «maese Oliveros.» Permaneció por algunos momentos silencioso, con aire pensativo, pero contento.

--Y son muchos? preguntó de pronto.

--Demasiado que sí, respondió el compadre Santiago.

--Cuántos?

--Lo menos seis mil.

No pudo menos el rey de exclamar: -- Bueno. Luego añadió: -- Van armados?

--Con hoces, picas, martillos y azadones, armadas todas en sueno grado violentas.

En manera alguna pareció inquietar al rey toda aquella guerrera enumeracion.

El compadre Santiago creyó deber añadir: -- Si vuestra majestad no envia pronto auxilio al alcaide, es perdido.

--Enviaremos, dijo el rey con aparente seriedad; -- pues ya se vé que enviaremos: el señor alcaide es amigo nuestro. -- Seis mil! y son jente traviesa! -- La osadia es maravillosa, y estamos verdaderamente indignados.... -- pero tenemos poca jente esta noche á nuestro alrededor. Mañana será tiempo aun.

El compadre Santiago exclamó: -- Al momento, señor! Hasta mañana hay tiempo para saquear veinte veces la alcaidia, violar el señorío y ahorcar al

EL RETIRO, ETC.

157

alcaide. -- Por Dios, señor! enviad tropa cuanto antes.

Miróle el rey de hito en hito. -- He dicho que mañana.

Y le echó una de aquellas miradas á que no hay réplica.

Después de un breve silencio, alzó de nuevo la voz Luis XI: -- Compadre Santiago, vos debéis saberlo. Cuál era... es decir... cuál es la jurisdicción feudal del alcaide?

-- Señor, el alcaide tiene la calle de la Calandre, hasta la calle de la Herberie, la plaza San Miguel y los sitios vulgarmente llamados los Mureaux, inmediatos á Nuestra Señora de los Campos (aquí levantó Luis XI el ála de su sombrero), las cuales casas ascienden á trece, amen de la Corte de los Milagros, del hospital de leprosos, llamado la Banelieu y de toda la calzada que comienza en este hospital y se termina en la puerta de Santiago. En todos estos diversos puntos es señor de horca y cuchillo.

-- Cáspera! dijo el rey rascándose la oreja izquierda con la mano derecha, no es mal pedázo el que posee en mi ciudad! Ah! el señor alcaide era rey de todo eso!

Esta vez no se volvió atrás, antes prosiguió pensativo y como hablando consigo mismo: -- Alto ahí, señor alcaide! vaya que teniais entre los dientes un buen bocado de nuestro París.

Y entonces, no pudiendo ya contenerse, rom-

pió la valla. -- Pascua de Dios! qué quieren decir todos esos magnates que se llaman señores y amos en nuestros dominios? que tienen su portazgo en todo confin de propiedad? su justicia y su veredicto en toda plaza entre nuestro pueblo? De modo, que como el griego creía tener tantos dioses cuantas fuentes veía, y tantos el persa como estrellas, el francés cuenta hoy tantos reyes cuantos patíbulos vé. Y eso es malo, vive Dios! y no me gusta la confusión. Quisiera yo saber si hay por la gracia de Dios en París otro señor que el rey, otra justicia que nuestro parlamento, otro emperador que nos en este imperio! Por la fé de mi alma! que ha de llegar un día en que no haya en Francia mas que un rey, mas que un señor, mas que un juez, mas que un corta cabezas, como no hay en el cielo mas que un Dios!

Levantó de nuevo el borde del sombrero, y prosiguió, como antes meditabundo, con el acento y el ademán de un cazador que azuza y lanza su jauría: -- Bien! pueblo mio! bien, bien! rompe esos falsos ídolos! Haz la cosa por tí mismo! A ellos, á ellos! arrápalos, ahórcalos, saquéalos!... Ah! queréis ser reyes, señores? Vé! pueblo! vé! á ellos!!

Interrumpióse aquí de repente, mordióse los labios como para volver á asir el pensamiento que se le habia escapado, apoyó sucesivamente su penetrante mirada en cada uno de los cinco personajes que le rodeaban, y cojiendo de pronto su sombrero con ambas manos y mirándole de hito en hito, le

EL RETIRO, ETC.

159

dijo: — Oh! te quemaría si supieses lo que pasa en mi cabeza.

Y luego echando de nuevo en derredor de sí la mirada atenta é inquieta de un zorro que vuelve cabizbajo á su madriguera: — No importa! dijo: — socorreremos al señor alcaide... *desgraciadamente* tenemos muy poca tropa aquí en este momento contra tanto *popular*, con que habrá que esperar hasta mañana: *restableceremos el orden* en la ciudad, y rebelde cojido, rebelde ahorcado.

— Ahora que me acuerdo, señor! dijo el com-padre Coictier... se me olvidó en el primer sobresalto; la ronda ha cojido dos rezagados de la catterva.—Si vuestra majestad quiere verlos, ahí estan.

— Si quiero verlos! exclamó el rey. Cómo, Pascua de Dios! Y te olvidas de una cosa como esa!— Vé tú volando, Oliveros, y tráemelos acá.

Salió maese Oliveros, y volvió un momento despues con los dos prisioneros, rodeados de varios arqueros de la guardia del rey. Tenia el primero una carota estúpida, vinosa y atónita: iba cubierto de harapos y andaba doblando la rodilla y arrastrando el pie; era el del segundo un rostro macilento y benigno que ya conoce el lector.

Examinólos el rey por un momento sin decir palabra, y luego dirijiéndose bruscamente al primero: — Cómo te llamas?

— Geoffroy Pincebourde.

— Tu oficio?

— Hampon.

-- Qué ibas á hacer en esa infame sedicion?

Miró al rey el hampon meciedo los brazos con aire idiota. Era la suya una de aquellas cabezas mal conformadas en que se halla casi casi tan holgada la inteligencia como la luz bajo el matacandelas.

-- No sé, dijo.-- Iban ellos y fui yo.

-- No ibais á atacar indignamente y á saquear á vuestro señor el alcaide del palacio?

-- Sé que íbamos á atrapar no sé qué cosa en casa de no sé quien y esto es todo.

Mostró al rey un soldado una podadera que se habia encontrado en manos del hampon.-- Reconoces esta arma? preguntó el rey.

-- Sí, como que es mi podadera; yo soy viñador.

-- Y reconoces á este hombre por compañero tuyo? añadió Luis XI designando al otro prisionero.

-- No; no le conozco.

-- Basta, dijo el rey. Y haciendo una señal con el dedo al silencioso personaje, inmóvil junto á la puerta, que ya hemos hecho observar al lector:-- Compadre Tristan, ahí teneis un hombre para vos.

Inclinóse Tristan l'Hermite, y dió en voz baja una órden á dos arqueros que se llevaron al pobre hampon.

En tanto el rey se acercó al otro prisionero que sudaba la gota como el puño.

-- Tu nombre?

-- Señor, Pedro Gringoire.

-- Tu oficio?



LA ENFERMA VALE A CUATRO
Une levrée vaut une galle de sucre

EL RETIRO, ETC.

161

-- Filósofo, señor.

-- Cómo te atreves, villano ruin, á ir á atacar á nuestro amigo el señor alcaide del palacio, y qué tienes que decir de esa conmocion popular?

-- Señor, yo no era del motin.

-- Cómo qué, gran bellaco! no has sido cojido por la ronda entre esa mala gente?

-- No señor, ha habido error... ha sido una fatalidad.-- Yo hago trajedías.-- Señor, suplico á vuestra majestad que me oiga.-- Yo soy poeta.-- Es propio de la melancolía de los hombres de mi profesion el ir de noche por las calles.-- Casualmente pasaba yo entonces por allí-- una verdadera chiripa.-- Y han hecho mal en prenderme porque soy inocente de esa borrasca civil. Bien vé vuestra majestad que el hampon no me ha conocido, y así conjuro á vuestra majestad...

-- Calla! dijo el rey entre dos bocanadas de tisana, que nos rompes la cabeza.

Adelantóse Tristan l'Hermite, y designando con el dedo á Gringoire: -- Señor, podemos ahorcar á este tambien?

Estas fueron las primeras palabras que se le oyeron.

-- Pseuh! respondió con indiferencia el rey, no veo que haya ningun inconveniente.

-- Pues yo sí los veo, y muchos! dijo Gringoire.

Estaba nuestro filósofo en aquel momento mas verde que una aceituna. Por el contiiente frio y distraido del rey, conoció que no le quedaba otro

TOMO III.

11

medio que recurrir á un exaprupto muy patético, y así se precipitó á los pies de Luis XI exclamando con desesperada gesticulación.

--Señor! vuestra magestad se dignará escucharme. Señor! no estalleis como el trueno sobre cosa tan mezquina como yo: el gran rayo de Jehová no bombardea una triste lechuga. Señor, sois un augusto monarca muy poderoso; tened compasion de un pobre hombre de bien que así es capaz de atizar una rebelion como un carámbano de echar chispas! Señor, Señor, la bondad es virtud de leon y de rêy.--Ah! el rigor no hace mas que exasperar los ánimos; las impetuosas bocanadas del viento no pueden hacer al hombre quitarse la capa, y el sol flechando sus rayos poco á poco, de tal suerte le calienta que le hace ponerse en camisa. Señor, vuestra majestad es el sol. Lo juro, soberano amo mio y Señor, yo no soy un picaro hampon, ratero y desordenado: la rebelion y las rapiñas no entran en la jurisdiccion de Apolo: no soy yo hombre para precipitarme en esas nubes que estallan en truenos de sediciones.--Yo soy un fiel vasallo de vuestra majestad.-- El cuidado que tiene el marido por el honor de su mujer, el celo que tiene el hijo por el amor de su padre, debe tenerlos un buen vasallo por la gloria de su rey; debe sacrificarse por el servicio de su casa, por el aumento de su gloria: cualquiera otra pasion de que se dejase llevar, sería un furor. Estas son, Señor, mis máximas de estado; no me creais pues sedicioso y

EL RETIRO, ETC.

163

rapaz porque está raida por los codos mi pobre vestimenta ; si me haceis merced , oh rey ! yo la desgasteré en las rodillas rezando al Señor por vos de la noche á la mañana ! Si ; — no soy escesivamente rico , es verdad ; soy tambien algo pobre....pero vicioso , no. Ademas , no lo soy por culpa mia ; todos saben que las grandes riquezas no se sacan de las bellas letras , y que los mas consumados en los buenos libros no siempre tienen buena lumbré en invierno. La sola abogacia se come todo el grano , y no deja mas que la paja á las otras profesiones científicas ; cuarenta probervios escolentes hay sobre la capa agujereada de los filósofos. Oh ! Señor ! la clemencia es la sola luz que puede iluminar el interior de un alma grande ; la clemencia lleva la antorcha delante de todas las demas virtudes : sin ellas , ciego el hombre , busca á tientas á Dios. La misericordia , que es lo mismo que la clemencia , produce el amor de los súbditos que es la mas poderosa escolta para la persona de un príncipe. Qué le importa á vuestra sublime majestad , cuyo esplendor deslumbra nuestros ojos , que haya un pobre hombre mas sobre la tierra ? un inocente filósofo , sumido en las tinieblas de la calamidad , con su faltriquera vacía que resuena sobre su panza hueca ? Ademas , Señor , soy un letrado ; la proteccion á las letras es una perla en la corona de los reyes. Hércules no desdenaba el título de Musagetes ; Matias Corvino (1)

(1) Rey de Hungría , llamado el Grande ; murió de apoplejía en 1490.
(Nota del traductor.)

favorecía á Juan de Monroyal , el ornamento de las matemáticas. Y no es buen modo de proteger las letras , el aborcar á los literatos.-- Oh! qué borron hubiera caido sobre Alejandro si hubiera hecho aborcar á Aristóteles!... Esta accion no sería un pequeño lunar que hermoscára el semblante de su reputacion , sino una maligna úlcera que le disfiguraria. Señor! yo he compuesto un notable epitalamio para la princesa de Flandes , y monseñor el muy augusto delfin , lo que en nada puede atizar una rebelion. Bien vé vuestra majestad que no soy un pelagatos , que he estudiado escelentemente , y que tengo mucha elocuencia natural. Oh! perdonadme , Señor , y haciéndolo así , creedme que os lo tendrá en cuenta Nuestra Señora --! os juro que me aterra la idea de ser ahorcado!

Esto diciendo , besaba el desolado Gringoire las pantuflas del rey , y Guillermo Rym decia en voz baja á Coppenole : -- Bien hace en arrastrarse por el suelo : los reyes son como el Júpiter de Creta ; no tienen orejas mas que en los pies.-- Y sin ocuparse en el Júpiter de Creta , respondia el calcetero con maza sonrisa , fijos los ojos en Gringoire : -- Oh! pintiparado ni mas ni menos! me parece que estoy oyendo al canciller Hugonet implorar mi perdon.

Cuando Gringoire hizo alto por fin todo sofocado , alzó la cabeza temblando hácia el rey que raspaba con la uña una mancha que tenian sus calzas en la rodilla ; luego se puso su majestad á beber un poco de tisana ; por lo demas , no hablaba

EL RETIRO, ETC.

165

palabra, y aquel silencio era el mayor tormento de Gringoire. Miróle el rey por fin.—Terrible vecin-glero! dijo. Y luego volviéndose hácia Tristan. El Hermita: — Bah! solténosle.

Dejóse caer Gringoire de espaldas, só el peso de la alegría.

—En libertad! dijo gruñendo Tristan. — No quiere vuestra majestad que le metamos en la jaula por unos dias?

—Compadre, repuso Luis XI, te parece á tí que hacemos jaulas de trescientas sesenta y siete librás, ocho sueldos y tres dineros para semejantes pájaros? — Soltadme incontinentemente á ese liviano (Luis XI gustaba de esta palabra que juntamente con *Pascua de Dios!* constituía el fondo de su jovialidad), y plantádmelo en el arroyo con una buena paliza.

—Oh! exclamó Gringoire, oh gran rey!

Y temeroso de una contraórden, precipitóse hácia la puerta que le abrió Tristan con jesto algo torcido.—Salieron los soldados con él echándole á puntapiés y á empujones, que soportó Gringoire cual verdadero filósofo estóico.

En todo se conocía el buen humor del rey desde que le llegó la noticia de la rebelion contra el alcaide; claramente le revelaba además aquella inusitada clemencia. Tristan—El Hermita, en su rincon, gruñía por lo bajo como un perro de presa que vé un hueso y no se lo dan.

Telecaba el rey entre tanto alegremente sobre los brazos de su poltrona la marcha de Pont-aude-

mer, que á pesar de ser un príncipe disimulado y sagaz, sabía ocultar mejor sus penas que su alegría.—Estas muestras esteriore de júbilo con que recibía cualquiera buena noticia, pasaban á veces de raya: así que, en la muerte de Cárlos el Temerario, llegó hasta consagrar balaustradas de plata á San Martín de Tours; en su advenimiento al trono, se olvidó de encargar las exequias de su padre.

—Eh! señor! gritó de repente Santiago Coictier, qué se ha hecho esa dolencia aguda por la que me habeis mandado llamar?

—Oh! dijo el rey, efectivamente padezco mucho, compadre, —me zumban los oídos, y tengo punzadas de fuego que merasgan el pecho.

Cojió Coictier la mano del rey y empezó á tomarle el pulso con aire de suficiencia.—Mirad, Coppenole, decía Rym en voz baja, —ahí le tenéis, entre Coictier y Tristan, que son toda su corte; un médico para él, un verdugo para los demas.

Mientras estaba tomando el pulso al rey, parecia Coictier cada vez mas sobresaltado; mirábale Luis XI con cierta ansiedad.—Por instantes se anublaba el semblante del médico; verdad es que el buen hombre no tenía mas hacienda que la mala salud del monarca, por lo cual sacábala todo el jugo posible.

—Oh! oh! murmuró en fin; muy grave es esto en efecto.

—No es verdad? dijo el rey sobresaltado.

EL RETIRO, ETC.

167

--*Pulsus creber, anhelans, crepitans, irregularis*, continuó el médico.

--Pascua de Dios!

--Antes de tres días puede este pulso llevarse á un hombre á la sepultura.

--Jesus! exclamó el rey. ¿Y el remedio, compadre?

--En eso estoy pensando, señor.

Hizo sacar la lengua á Luis XI, meneó la cabeza, hizo un jesto, y en medio de aquellas momerías: -- Pardiez, señor! dijo de repente, he de deciros que hay una plaza vacante en el patronato real, y que tengo un sobrino.

--Doy la plaza á tu sobrino, compadre Santiago, respondió el rey; pero sácame este fuego del pecho.

--Una vez que vuestra majestad es tan clemente, repuso el médico, no se negará á ayudarme un poquillo en la construcción de mi casa de la calle de San Andres-de-los-Arcos.

--Hum! dijo el rey.

--Me hallo en un apuro extraordinario, prosiguió el doctor, y verdaderamente seria lástima que se quedase la casa sin techo; no por la casa que es muy sencilla y modesta, sino por las pinturas de Juan Fourbault que adornan sus artesones. Hay una Diana en el aire que vuela, pero tan escelente, tan tierna, tan delicada, en una actitud tan candorosa, tan bien coronada la cabeza con una media luna, con una carne tan blanca que dá ten-

taciones á los que con sobrada curiosidad la miran. Hay tambien una Ceres, que es una bellissima di-
vinidad: está sentada sobre un monton de espigas de trigo, y coronada la cabeza con una guirnalda muy galana de espigas entrecujadas con barbajas y otras flores. No es posible ver cosa mas amorosa que sus ojos, mas redonda que sus piernas, mas noble que su porte, mejor plegada que su falda. Es una de las mas inocentes y perfectas hermosuras que ha producido el pincel.

—Verdugo! murmuró Luis XI; ¿á dónde piensas ir á parar?

—Necesito un techo sobre aquellas pinturas y, aunque es poca cosa, no tengo dinero.

—Cuánto cuesta tu techo?

—Si... un techo de cobre pintado y dorado, dos mil libras todo lo mas.

—Asesino! gritó el rey: no me arranca delante que no sea un diamante.

—Tendré mi techo? dijo Coictier.

—Si! y el diablo te lleve; pero cúrame.

Santiago Coictier saludó profundamente, y dijo: — Señor, solo un repercusivo os podrá salvar. Os aplicaremos sobre los riñones el grau defensivo compuesto con el cerato, el bol arménico, clara de huevo, aceite y vinagre: continuareis tomando la tisana, y yo respondo de vuestra majestad.

Una luz que brilla no atrae á una sola mariposa. Maese Oliveros, viendo al rey en vena de libe-

EL RETIRO, ETC.

169

ralidad, y creyendo favorable aquel momento, se adelantó á su vez :-Señor...

--Qué ocurre? dijo Luis XI.

--Señor! vuestra majestad sabe que ha muerto maese Simon Radin.

--Y qué?

--Dígolo porque era consejero del rey en la justicia del tesoro.

--Y qué?

--Señor, su plaza está vacante.

Esto diciendo, el altivo semblante de maese Oliveros dejó la espresion de la arrogancia, por la de la bajeza, únicas entre que puede elejir el rostro de un cortesano. Miróle el rey de hito en hito y dijo: Comprendo.

Luego prosiguió.

--Maese Oliveros, el mariscal de Boucicaut decia: Para hacer mercedes, el rey; para pescar, el mar; veo que pensais como el mariscal de Boucicaut. Ahora, escuchad lo que os voy á decir; tenemos buena memoria. En 68, os hicimos nuestra ayuda de cámara; en 69, conserje del castillo del puente de Saint-Cloud, con cien libras tornesas de sueldo (por mas señas que las queriais parisies.) En noviembre de 73, por nombramiento dado en Gergeaule os instituímos conserje del bosque de Vincennes, en lugar de Gilberto Acle, escudero; en 75, alcalde de heredades del bosque de Bouvray-lez-Saint-Cloud, en lugar de Santiago le Maire; en 78, os concedimos por credenciales selladas con

170 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

lacre verde, una renta de diez libras parisies, para vos y para vuestra mujer, sobre la plaza de los mercaderes, sita en la escuela san German; en 79, os hicimos alcalde de heredades del bosque de Senart, en lugar de aquel pobre Juan Daiz; luego capitán del castillo de Loches; luego gobernador de san Quintin; luego capitán del puente de Meulan, del que os arrogáis el título de conde. Sobre los cinco sueldos de multa que paga todo barbero que afeita en día de fiesta, tres son para vos y el resto para mí. Hemos tenido á bien mudar vuestro nombre de el Malo, que se parecía demasiado á vuestra persona. En 74, os otorgamos, con gran disgusto de nuestra nobleza, armas de mil colores con lo que se parece vuestro pecho al de un pavo real.-Pasea de Dios! y aun no estais harto? No ha sido la pesca bastante abundante y milagrosa? Y no temeis que un salmón mas lago zozobrar vuestra lancha? El orgullo os perderá, compadre; siempre siguen de cerca al orgullo la ruina y el oprobio. Considerad estas cosas y callad.

Estas palabras pronunciadas con severidad hicieron volver á la insolencia la fisonomía despechada de maese Oliveros.-Eien, murmuró casi en voz alta, bien se conoce que hoy el rey se siente enfermo: hoy todo es para el médico.

Luis XI, lejos de irritarse por aquella salida, repuso con bastante dulzura:-- Ah! se me olvidaba que os nombré mi embajador en Gante, cerca de madama María.-Sí, señores, añadió el rey volvién-

EL RETIRO, ETC.

171

Jose hacía los flamencos, este ha sido embajador.—Ea, compadre, prosiguió dirigiéndose á maese Oliveros, no nos enfademos, somos antiguos amigos. Ya va siendo tarde y hemos terminado nuestros quehaceres. Afeitame.

Seguramente no han esperado hasta ahora nuestros lectores para reconocer en *maese Oliveros* á aquel terrible Figaro que la providencia, gran compositora de dramas, mezcló tan ingeniosamente á la larga y sangrienta comedia de Luis XI. No trataremos aqui de desarrollar el caracter de aquel personaje singular. El barbero del rey tenia tres nombres: en la corte llamábasele cortesmente Oliveros-el-Gamo; el pueblo le llamaba Oliveros-el-Diablo. Su verdadero nombre era Oliveros-el-Malo.

Oliveros-el-Malo quedó, pues, inmóvil, poniendo hocico al rey, y mirando de reojo á Santiago Coictier.—Sí, sí! el médico decia entre dientes.

—Si señor, el médico! repuso Luis XI con singular y bondadosa apatía, el médico tiene aun mas influjo que tú, y es cosa muy natural: él nos tiene cojido por todo el cuerpo, y tú nada mas que por la barba. Anda, anda, barbero mio, en otras cosas lo ballarás. Qué dirías tú y á qué se reduciría tu empleo si yo fuera un rey como el rey Chilperico, cuyo gesto habitual era tenerse cojida la barba con la mano?—Ea, compadre, haz tu oficio y afeitame.—Ve á buscar todo lo necesario.

Oliveros, viendo que el rey habia tomado el partido de echarlo á risa, y que ni aun habia me-

177 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

dio de enojarle , salió gruñendo á ejecutar sus órdenes.

Levantóse el rey , acercóse á la ventana , y abriéndola de pronto con extraordinaria ajitacion:— Oh! sí! exclamó dando palmadas de júbilo , allí se vé un gran reflejo en el cielo sobre la Ciudad.— Estará ardiendo el alcaide.—Preciso. Ah! bien , pueblo mio , bien ! ya me ayudas por fin á echar por tierra los señorios!

Entonces volviéndose á los flamencos :— Veid á verlo , señores.— No es fuego aquello que brilla allí á lo lejos?

Acercáronse los dos Ganteses.

— Un fuego terrible! dijo Guillermo Rym.

— Oh! añadió Coppenole , cuyos ojos centellearon de súbito , eso me recuerda el incendio de la casa del señor de Hymbercourt. Debe haber allí una gran rebelion.

— No es verdad , maese Coppenole? y la mirada de Luis XI era casi tan alegre oomo la del calcetero. Verdad que sería difícil resistir á ella?

— Cruz de Dios , señor! Muchas compañías de soldados mellará vuestra majestad en esa zarracina.

— Ah! lo que es yo es otra cosa , repuso el rey. Si yo quisiera....

El calcetero respondió impávido.

— Si esa rebelion es lo que yo supongo , aun cuando vos quisierais , señor , no acabarias con ella.

— Compadre , dijo Luis XI , con dos compa-

EL RETIRO, ETC.

173

ñas de mi guardia y una descarga de serpentinas, poca cosa es un populacho de villanos.

El calcetero, á pesar de las señas que le hacia Guillermo Rym, parecia decidido á tenérselas tiesas con el rey: -- Señor, los suizos tambien eran villanos; el señor duque de Borgoña era un gran caballero, y tenia muy en poco á aquella canalla. En la batalla de Grandson, Señor, gritaba: -- Artilleros, fuego sobre esos villanos! y juraba por san Jorje. Pero el majistrado Scharnachtat se precipitó sobre el brillante duque con su maza y su pueblo, y al encuentro de los campesinos cubiertos de cuero de búfalo, estalló el espléndido ejército borgoñon como un vidrio al choque de un guijarro. Muchos caballeros murieron allí á manos de pecheros, y luego se halló al señor de Chateau-Guyon, el primer baron de la Borgoña, muerto con su caballo de batalla en un pantano.

-- Amigo, repuso el rey, vos hablais de una batalla, y aquí se trata de un motin á que yo pondré término apenas me dé la gana de fruncir las cejas.

El otro replicó con indiferencia.

-- Es posible, señor. En ese caso, quiere decir que aun no le ha llegado su hora al pueblo.

Guillermo Rym creyó deber intervenir.

-- Maese Coppenole, hablais á un poderoso monarca.

-- Lo sé, respondió gravemente el calcetero.

-- Dejadle hablar, señor Rym mi amigo, dijo el rey; me gusta que me hablen con franqueza. Mi

174 **NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.**

padre Carlos VII decía que la verdad estaba enferma; yo por mi parte creía que se había muerto sin hallar confesor. Maese Coppenole me saca de mi error.

Entonces, poniendo la mano familiarmente sobre el hombro de Coppenole:—Ibais diciendo, maese Santiago...

-- Digo, señor, que acaso teneis razon; que aun no le ha llegado en Francia su hora al pueblo.

Miróle Luis XI con ojos penetrantes:— Y cuándo llegará esa hora?

-- Vos la oireis!

-- Podreis decirme en qué reloj?

Coppenole con su continente rústico y reposado, hizo al rey acercarse á la ventana. — Escuchad, señor! Aquí hay una fortaleza, una campana, cañones, ciudadanos y soldados; cuando resuena la campana, cuando retumben los cañones, cuando se derrumbe con estruendo la fortaleza, cuando soldados y ciudadanos bramen y se aniquilen mutuamente, será señal de que ha llegado la hora.

Sombrío y meditabundo quedó el rostro de Luis XI; permaneció por un momento en silencio, y luego golpeó suavemente con la mano, como cuando se pasa por la grupa de un corcel, la espesa pared de la fortaleza. -- Oh! no! dijo. Verdad que no te derrumbarás tan fácilmente, amiga Bastilla?

Y volviéndose con brusco movimiento al audaz flamenco. -- Habéis visto alguna rebelion, maese Santiago?

-- Yo las he hecho, dijo el calcetero.

EL RETIRO, ETC.

175

—Cómo hacéis, dijo el rey, para hacer una rebelion?

—Ah! respondió Coppenole, no es cosa difícil:— hay muchos medios de hacerlas. En primer lugar, es preciso que el pueblo esté descontento, — como suele suceder; y luego, ha de tomarse en cuenta el caracter de los habitantes: los de Gante son escelerates para una rebelion; siempre aman al hijo del príncipe, pero al príncipe, jamás. Pues Señor! una mañana, pongo por ejemplo, entran en mi tienda y me dicen: maese Coppenole, pasa esto, ó lo otro, ó lo de mas allá; la princesa de Flandes quiere salvar á sus ministros, el alcalde mayor dobla el precio del grano ó cosa por este estilo.... lo que les dá la gana. Entonces yo dejo á un lado el quehacer, salgo de mi calcetería y voy por las calles y grito: —A saco! Nunca falta por allí algun pipote desvencijado; súbome sobre él y digo en alta voz lo primero que se me ocurre, lo que tengo sobre el corazon; y el hombre del pueblo, Señor, siempre tiene algo sobre el corazon. Entonces se amotina la jente, grita, se toca á rebato, se arma al pueblo con las armas de los soldados, se agregan los del mercado y —adelante! Y siempre sucederá así mientras haya señores en los señoríos, aldeanos en las aldeas, y campesinos en el campo.

—Y contra quién os rebelábais así? preguntó el rey. Contra vuestros alcaides? contra vuestros señores?

—Eso es segun: á veces tambien contra el duque.

Volvió Luis XI á sentarse, y dijo sonriendo : --
Ah! aquí no han pasado aun de los alcaides!

Volvió en aquel momento Oliveros el Gamo, seguido por dos pajes que traian las tohallas del rey; pero lo que chocó á Luis XI fué que venia acompañado ademas del preboste de París y del gefe de la ronda, los cuales parecian sumamente consternados: el rencoroso barbero aparentaba tambien estarlo, pero no podia disimular su alegría interior. El fué el primero que tomó la palabra : -- Señor, perdon pido á vuestra majestad por la calamitosa nueva que le traigo.

El rey, volviéndose de pronto, rasgó la estera del suelo con los pies de su poltrona: -- Qué es eso?

-- Señor, repuso Oliveros --el--Gamo con la expresion maligna de un hombre que se alegra de tener que dar una mala noticia; esa sedicion popular no es contra el alcaide del palacio.

--Pues contra quién?

--Contra vos, Señor.

Púsose el anciano rey en pié, y derecho como un mancebo: --Esplicate, Oliveros, esplicate! Y guay de tu cabeza, compadre, porque te juro por la cruz de San Ló que si mientes en este momento, la espada que cortó el pescuezo del señor de Luxemburgo, no está tan mellada que no pueda aun serrar el tuyo!

El juramento era formidable ; Luis XI no habia jurado mas que dos veces en su vida por la cruz

EL RETIRO, ETC.

177

de San Ló. Oliveros abrió la boca para responder:— Señor!...

--Híncate de rodillas! interrumpió con violencia el rey. Tristan, vigílad á este hombre.

Púsose Oliveros de rodillas y dijo con frialdad:

--Señor, una hechicera ha sido condenada á muerte por vuestro tribunal del Parlamento y se ha refugiado en Nuestra Señora, de donde quiere sacarla el pueblo á viva fuerza. El señor preboste y el señor gefe de la ronda, que vienen del motín, están ahí para desmentirme si no digo la verdad. El pueblo está sitiando á Nuestra Señora.

--Con que sí! dijo el rey en voz baja, pálido y temblando de cólera -- Nuestra Señora! están sitiando en su catedral á Nuestra Señora, mi celeste patrona! --Alzate, Oliveros -- tienes razon: -- te concedo el empleo de Simon Radin tienes razon. --Contra mí se revelan--la hechicera está bajo la salvaguardia de la iglesia, y la iglesia está bajo mi salvaguardia. --Y yo que creía que era contra el alcaide! Y es contra mí!!!.

Entonces, rejuvenecido por el furor, empezó á andar á pasos gigantescos. Ya no reía; estaba terrible --iba, venía: -- la zorra se habia convertido en hiena. Parecía estar sofocado hasta el punto de no poder hablar; sus labios se movían y sus puños descarnados se crispaban: de pronto levantó la cabeza, sus ojos hundidos brillaron como dos ascuas, y su voz resonó como un timbal. -- Á raja tabla, Tristan, á raja tabla con esos pi-

TOMO III.

12

llos ! Ve, Tristan , amigo mio , vé ! Mata , mata

Pasada esta erupcion , volvió á sentarse , y dijo con una rabia fria y concentrada :

--Aqui , Tristan ! --En la Bastilla están cerca de nuestra persona las cincuenta lanzas del vizconde de Gif , lo que hace trescientos caballos , los llevarás contigo. Está tambien la compañía de los arqueros de nuestra guardia del señor de Chateupers : la llevarás. Eres preboste de los mariscales , y tienes las lanzas de tu prebostazgo. En el palacio San Pol hallarás cuarenta arqueros de la nueva guardia del señor Delfin ; los tomarás. --Y con todos ellos , corriendo á Nuestra Señora. -- Ah ! señores pecheros de París , asi os las habeis con la corona de Francia , con la santidad de Nuestra Señora y la paz de esta república. -- Estermina , Tristan , estermina ! y que ninguno escape mas que para ir á Montfaucon.

Tristan se inclinó : -- Bien está , señor.

Despues de una breve pausa , añadió : -- Qué he de hacer de la hechicera ?

Esta pregunta dió en qué entender al rey.

-- Ah ! dijo , la hechicera ! -- Señor de Estouteville , qué queria hacer de ella el pueblo ?

-- Señor , respondió el preboste de París , supongo que , pues viene el pueblo á arrancarla de su asilo de Nuestra Señora , será porque le irrita esa impunidad y quiere ahorcarla.

Quedó el rey profundamente pensativo ; luego , dirijiéndose á Tristan l'Hermite : -- Pues en ese caso , compadre , estermina al pueblo y ahorca á la hechicera.

EL RETIRO, ETC.

179

-Eso es, dijo en voz baja Rym á Coppenole, castigar al pueblo porque quiere, y hacer lo que quiere.

--Basta, señor, respondió Tristan. Si aun está la hechicera en Nuestra Señora, puedo prenderla á pesar del asilo?

--Pascua de Dios, el asilo! dijo el rey rascándose la oreja:--Pues es preciso que esa mujer sea ahorcada.

Entonces, como movido por una inspiracion repentina, arrodillóse delante de su poltrona, quitóse el sombrero, púsole sobre el asiento, y mirando con devocion uno de los amuletos de plomo de que estaba rodeado:--Oh! dijo cruzando las manos, Nuestra Señora de París, mi celeste patrona, perdonadme; no lo volveré á hacer. Es preciso castigar á esa criminal; yo os aseguro, señora virgen, santa patrona mia, que es una hechicera indigna de vuestra amable proteccion. Bien sabeis, señora, que muchos príncipes muy piadosos han traspasado el privilegio de las iglesias por la gloria de ¡Dios y la necesidad del estado. San Hugo, obispo de Inglaterra, permitió al rey Eduardo que cojiese á un mago en su iglesia: San Luis de Francia, mi señor, violó por el mismo objeto la iglesia del señor san Pablo; y el señor Alfonso, hijo del rey de Jerusalem, hasta la iglesia del santo sepulcro. Perdonadme, pues, por esta vez Nuestra Señora de París; nunca mas lo volveré á hacer; os regalaré una bellísima estátua de plata, semejante á la que dí el año pasado á Nuestra Señora de Ecouys. Amen.

Hizo la señal de la cruz, púsose en pie, se caló el sombrero y dijo á Tristan:—Aprisita, compadre, lleva contigo al señor de Chateaupers; haz tocar á vuelo; acribíllame todo ese populacho y ahorca á la jgitana.—He dicho.—Y cuenta que quiero que tú mismo te encargues del trabajo de la ejecución.—Tú me respondes de todo.—Yamos, Oliveros, esta noche no me acu esto, acítame.

Inclinóse Tristan l'Hermite y salió; entonces el rey despidiendo con la mano á Rym y á Coppenole:—Guardes Dios, señores, mis amigos los flamencos. Id á tomar algun descanso; la noche avanza de firme, y mas cerca estamos ya de la mañana que de la tarde.

Retiráronse ambos embajadores, y mientras se dirijian á sus respectivas estancias conducidos por el capitan de la Bastilla, decia Coppenole á Guillermo Rym:—Hum! no quiero nada ya con este rey que tose! He visto borracho á Carlos de Borgoña, y era menos malo que Luis XI enfermo.

—Maese Santiago, repuso Rym, habeis de saber que los reyes tienen el vino menos cruel que la tisana.

6.

LLAMITA POR BANDERA!

Gringoire, luego que salió de la Bastilla, bajó la calle de San Antonio con la velocidad de un caballo desbocado. Apenas hubo llegado á la puerta Baudoyer, fuese derecho á la cruz de piedra erijida en mitad de aquella plaza, como si hubiera podido distinguir en la oscuridad la figura de un hombre vestido y encapuzado de negro, que estaba sentado sobre las gradas de la cruz.-- Sois vos, señor maestro? dijo Gringoire.

El personaje negro se puso en pié.-- Muerte y pasión! me teneis sobre ascuas, Gringoire. El sereno que está sobre la torre de San Gervasio acaba de gritar la una y media de la mañana.

--Oh! repuso Gringoire, no ha sido culpa mia, sino de la ronda y del rey. De buena me he escapado! siempre estoy en un tris de que me ahorquen; es una terrible predestinacion!

182

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

—De todo estais vos en un tris.—Pero no perdamos tiempo.—Tienes el santo y la seña?

—Figúrese vuestra merced que he visto al rey... ahora vengo de allí... tiene un gorro de fustán... Es toda una aventura.

—Oh! tanto charlar!—qué me importa tu aventura? Tienes el santo de los hampones?

—Le tengo; no hay que aturdirse: *Llamús por bandera.*

—Bien... si no, no podríamos entrar en la iglesia: los hampones ocupan todas las calles alrededor.—Por fortuna, parece que han hallado resistencia.—Pero acaso lleguemos á tiempo.

—Sí señor. —¿Pero cómo entraremos en Nuestra Señora?

—Tengo la llave de las torres.

—Y para salir?

—Hay detras del claustro una puertecilla que dá sobre el Terreno junto al rio. Tengo la llave de esa puerta, y desde esta mañana amarré una lancha á la costa.

—Vaya, vaya que á poco mas me ahorcan! repuso Gringóire.

—Ea, pronto, despachemos! dijo el otro.

Y ambos se dirigieron precipitadamente hácia la ciudad.

7.

CHATEAUPERS Y Á ELLOS!

Acaso no ha olvidado el lector la crítica situación en que dejamos á Quasimodo. El intrépido sordo, acosado por todas partes, habia perdido, si no todo aliento, al menos toda esperanza de salvar, no su persona (él no pensaba en sí) sino á la pobre jitana. Los hampones estaban á punto de apoderarse de Nuestra Señora, cuando de repente resonó en las calles circunvecinas un gran galope de caballos, y con una larga fila de hachas, y una espesa columna de jinetes á escape y la lanza en ristre, desembocaron en la plaza, como un huracan, estos furiosos gritos:— Francia! Francia! á degüello los villanos! Chateaupers y á ellos! prebostazgo! prebostazgo!

Aterrados los hampones, dieron media vuelta.

Quasimodo, que no oía, vió las espadas desnudas, las hachas encendidas, las puntas de las picas,

184 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

y toda aquella caballería á cuyo frente reconoció al capitán Febo; vió la confusion de los sitiadores, el espanto en unos, la turbacion en los mejores, y adquirió con aquel socorro inesperado tanta fuerza que arrojó de la iglesia á los primeros enemigos que ya penetraban por la galería.

En efecto, ya habian llegado las tropas del rey.

Pelearon los hampones como valientes, y se defendieron como jente desesperada. Cojidos de flanco por la calle de San Pedro aux-Bœnfx y á retaguardia por la calle del Atrio, cerrados de espaldas á Nuestra Señora que asaltaban aun y que defendía Quasimodo, sitiados juntamente y sitiadores, hallábanse en la situacion singular en que se halló despues, en el famoso sitio de Turin, en 1640, entre el príncipe Tomás de Saboya á quien sitiaba, y el marqués de Leganés que le estaba bloqueando, el conde Enrique de Harcourt, *Turinum obsessus idem et obsessus*, como dice su epitafio.

Terrible fué la lid; á carne de lobo, diente de perro, como dice el P. Mathieu (1). Los soldados del rey, entre los cuales se portaba valerosamente Febo de Chateaupers, á nadie daban cuartel, y

(1) Pedro Mathieu, historiador francés, nació en 1563 y murió en Tolosa de Francia en 1621. - Escribió 1.º *Historia de los sucesos memorables acaecidos bajo el reinado de Enrique el Grande*; (Enrique IV.) 2.º *Historia de la muerte de este monarca*; 3.º *Historia de Francia desde Francisco I.º hasta Luis XIII*, 2 vol. en folio.

(Nota del Traductor.)

CHATEAUPERS Y A ELLOS. 185

era cosa de ver cual descargaban á diestro y siniestro mandóbles y cuchilladas. Los hampones, mal armados, arrojaban espuma por la boca y mordían. Hombres, mujeres, niños se arrojaban á las grupas y á los pechos de los caballos, y á ellos se asían como gatos con los dientes y las uñas de los cuatro miembros: otros zurraban con sus ardientes hachas los rostros de los arqueros; otros clavaban gárfios de hierro en el pescuezo de los jinetes y los derribaban al suelo; entonces los que caían, eran hechos pedazos. Vióse uno de aquellos bandidos que tenia una ancha hoz reluciente, y que segó por largo tiempo las piernas de los caballos. Era una cosa horrible; iba entonando en voz gangosa una cancion, y lanzaba sin parar y recojia su hoz: á cada golpe, trazaba el bárbaro en torno de sí un ancho círculo de miembros cercenados. Metíase así en lo mas denso de la pelea, con la serena lentitud, el menco de cabeza y la respiracion regular de un segador que penetra en un campo de trigo. Aquel hombre era Clopin Trouillefou: una descarga de mosquetería puso fin á sus proezas y á su vida.

Fuéronse en tanto abriendo las ventanas de las casas. Los vecinos, oyendo el grito de guerra de las tropas del rey, tomaron parte en la accion, y de todos los pisos llovian las balas sobre los hampones. Estaba el átrio lleno de un humo espeso que sulcaba con listas de fuego la mosquetería; distinguianse en él confusamente la fachada de Nuestra Señora, y el decrepito hospital con algunos maci-

186 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

lentos enfermos que miraban desde lo alto de su techo cubierto de bohardillas.

Cedieron por fin los hampones. El cansancio, la falta de buenas armas, el espanto de aquella sorpresa, el tiroteo de las ventanas, el terrible choque de las tropas del rey, todo contribuyó á desalentarlos. Rompieron la línea de los agresores y echaron á huir en todas direcciones, dejando en el átrio un gran monton de cadáveres.

Cuando Quasimodo, que no habia dejado un solo instante de pelear, vió aquella derrota, cayó de rodillas y alzó las manos al cielo; luego, loco de alegría, echó á correr y subió con la velocidad de un pájaro á aquella celda cuyas inmediaciones habia defendido con tanta intrepidez. — Ya no tenia mas que un solo pensamiento, el de arrodillarse delante de la mujer á quien acababa de salvar por segunda vez...

Cuando entró en la celda, hallóla vacía.

Libro undécimo.

I.

EL ZAPATITO.

Cuando llegaron los hampones á sitiar la iglesia, estaba durmiendo la Esmeralda.

Pero pronto la sacaron de aquel sueño el rumor siempre en aumento y los balidos de la cabra que se despertó antes que ella. Incorporóse en su cama, prestó atento el oído, y miró en torno de sí; luego, aterrada del resplandor y del ruido, salió precipitadamente de la celda y fue á ver. El aspecto de la plaza, la vision que se agitaba en ella, el desorden de aquel asalto nocturno, aquella horrorosa caterva inquieta como una nube de ranas, los bramidos de aquella ronca muchedumbre, aquellas escasas antorchas rojas corriendo y cruzándose en aquella sombra como los fuegos fátuos que serpean en la brumosa superficie de los pantanos, toda aquella escena, en fin, la pareció una misteriosa batalla trabada entre los fantasmas del *sábado* y los

190 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

mónstruos de piedra de la catedral. Imbuída desde su infancia en las supersticiones de la tribu jitanana, su primer pensamiento fue que había sorprendido en sus maleficios á los extraños seres, hijos de la noche. Corrió entonces despavorida á esconderse en su celda, pidiendo á su miserable lecho una pesadilla menos horrible.

Fuéronse disipando no obstante poco á poco los primeros vapores del miedo; al ruido que aumentaba por instantes y á otras muchas señales de realidad, sintióse amenazada, no por espectros, sino por seres humanos. Entonces su miedo, sin aumentar, mudó de objeto; ya varias veces habia pensado en la posibilidad de un motin popular para arrancarla de su asilo; y la idea de perder por segunda vez la vida, la esperanza, su Febo, á quien siempre entreveía en su porvenir, la profunda miseria de su debilidad, toda huida cerrada, ningun apoyo, su abandono, su aislamiento, estos pensamientos y otros mil llenaban de amargura su corazón. Dejóse caer de rodillas, apoyada la cabeza sobre su lecho, las manos cruzadas sobre su rostro, llena de ansiedad y de terror, y aunque jitana idólatra y pagana, empezó á pedir, sollozando, auxilio al buen Dios cristiano y á Nuestra Señora su patrona. Porque hay momentos en la vida en que, aun el alma que en nada cree, adora la religion del templo que tiene á mano.

Así permaneció prosternada por largo rato temblando, á decir verdad, aun mas de lo que re-

EL ZAPATITO.

191

zaba, helada al soplo cada vez mas cercano de aquella furiosa multitud, sin saber de qué provenia aquel tumulto, ignorando lo que se maquinaba, lo que se hacia, lo que se intentaba, pero preveyendo un resultado terrible.

En medio de aquella angustia oyó ruido de pasos junto á sí. Volvióse azorada: dos hombres, uno de los cuales llevaba en la mano una linterna, acababan de entrar en su celda. No pudo la infeliz reprimir un grito de terror.

--Nada temais, dijo una voz que no le era desconocida; yo soy.

--Quién? preguntó.

--Pedro Gringoire.

Este nombre la tranquilizó; alzó los ojos y reconoció en efecto al poeta; pero habia junto á él una figura negra, y velada de pies á cabeza que la dejó muda de terror.

--Ah! dijo Gringoire en tono de reconvencion, antes que vos me reconoció Djali!

La cabrita en efecto no habia aguardado á que dijese Gringoire su nombre: no bien hubo entrado en la celda cuando empezó el animalito á frotarse contra sus rodillas, cubriendo al poeta de caricias y de pelos blancos porque estaba en muda. Gringoire la devolvía las caricias.

--Quién es ese que viene con vos? preguntó la jitana en voz baja.

--No hay que asustarse, respondió Gringoire; es un amigo mio.

192 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Entonces el filósofo, dejando en el suelo su linterna, púsose de cuclillas en las losas y exclamó con entusiasmo, estrechando á Djali entre sus brazos:— Oh! cierto que es un graciosísimo animal esta cabrita, mas considerable seguramente por su lindeza, que por su magnitud, pero ingeniosa, sutil y letrada como un gramático! Veamos, Djali, si has olvidado tus lindas habilidades.—Cómo hace macese Jaime Charmolue?

No le dejó acabar el hombre negro: acercóse á Gringoire y dióle un fuerte empuellon en las espaldas, con lo que se puso en pie nuestro poeta.—Es verdad, dijo, se me olvidaba que estamos de prisa. —Pero no es esa una razon para aporrear á las personas de ese modo.—Hija mia de mi corazon, vuestra vida y la de Djali corren peligro: quieren sacaros de aqui, pero nosotros somos amigos vuestros, y venimos á salvaros. Seguidnos.

--Es cierto? exclamó fuera de sí laji tana.

--Y tan cierto! venid, venid.

--Bien— lo haré, dijo con voz balbuciente; pero por qué no habla vuestro amigo?

--Ah! dijo Gringoire, porque su padre y su madre eran gentes estrafalarias que le hicieron así, de un temperamento taciturno.

Fuécle necesario contentarse con esta esplicación. Cojióla Gringoire de la mano, tomó su compañero la linterna y echó á andar delante de ella. El miedo tenia aturdida á la pobre muchacha, la cual se dejaba llevar como un autómeta; la cabra los seguía

EE ZAPATITO.

193

brincando, tan contenta de ver á Gringoire, que á cada paso le hacia tropezar enredándole las piernas en los cuernos.—Hé aqui la vida, decia el filósofo cada vez que se veia á punto de dar de narices en el suelo, casi siempre nuestros amigos son los que nos hacen caer!...

Bajaron rápidamente la escalera de las torres, atravesaron la iglesia llena de tinieblas y de soledad, en que retumbaba el estruendo exterior, lo que formaba un horrible contraste, y salieron al patio del claustro por la puerta colorada. Estaba el claustro desierto, habiéndose refugiado todos los canónigos en el obispado para rezar allí en coro; el patio estaba vacío y algunos lacayos despavoridos se escondian en sus mas oscuros rincones. Dirijéronse hácia la pequeña puerta que comunicaba desde aquel patio con el Terreno; el hombre negro la abrió con una llave que llevaba consigo. Nuestros lectores saben que el Terreno era una lengua de tierra cercada de paredes por el lado de la Ciudad, y perteneciente al cabildo de Nuestra Señora, que terminaba la isla por el oriente detrás de la iglesia. Hallaron nuestros fugitivos aquel recinto enteramente desierto; allí habia ya menos tumulto en el aire, y el rumor del asalto de los hampones llegaba á sus oidos mas confuso y menos agudo. La fresca brisa que se deslizaba sobre el rio movia las hojas del único árbol plantado en la punta del Terreno, con grato murmullo. Sin embargo aun estaban muy cerca del peligro. Los edificios que tenian

TOMO III.

13

194 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

mas cerca de sí, eran el obispado y la iglesia, y no había duda que reinaba un gran desorden interior en el primero. Sulcaban su tenebrosa masa multitud de luces que corrían de una á otra ventana, como cuando se acaba de quemar un pedazo de papel, y queda un sombrío edificio de ceniza en que hacen brillantes chispas mil extrañas correrías. Al lado, las dos enormes torres de Nuestra Señora, vistas así por detrás con la larga nave sobre que se alzan, destacadas en sombra sobre el rojo y ancho esplendor que llenaba el atrio, parecían dos gigantes morillos de una boguera de ciclopes.

Lo que se veía de París por todas partes, oscilaba en una sombra mezclada de luz.— Rembrandt tiene algunos fondos por este estilo.

El hombre de la linterna se dirigió derecho á la punta del Terreno. Veíanse allí, en la orilla del agua, las ruinas destrozadas de una valla de estacas enladradas de latas, en que una viña enana enganchaba algunos flacos ramos estendidos como los dedos de una mano abierta. Detras, en la sombra que hacia aquel emparrado, estaba oculta una lancha. Hizo el hombre á Gringoire y á su compañera señal de que entrasen en ella como lo hicieron, siguiéndoles la cabrita; entró luego él, cortó las amarras del barco, separóle de tierra con un largo vichero, y cojiendo dos remos, sentóse en la proa remando con todas sus fuerzas hácia la mitad de la corriente, y como el Sena es muy rápido en aquel punto, costóle bastante trabajo dejar la punta de la isla.

EL ZAPATITO.

195

El primer cuidado de Gringoire, luego que entró en el barco, fue colocar á la cabra sobre sus rodillas. Sentóse en la popa, y la gitana, á quien inspiraba el incógnito una inquietud indefinible, fue á sentarse junto al poeta, arrimándose á él lo mas posible.

Cuando sintió nuestro filósofo el movimiento del barco, empezó á dar palmadas, y besó á Djali entre los cuernos.—Oh! dijo, ya estamos salvos los cuatro. Y luego añadió con aire de profundo pensador:—Débese á veces á la fortuna, á veces á la aetucia, el buen éxito de las grandes empresas.

Vogaba lentamente el barco hácia la orilla derecha, mientras observaba la Esmeralda al incógnito con secreto terror. Cerró él cuidadosamente su linterna sorda por lo que se le entreveía en la obscuridad, sentado en la proa del barco, como un espectro: su capucha, siempre bajada, cubria su rostro como una careta, y cada vez que entreabria remando sus brazos de que pendian anchas mangas negras, parecian dos grandes alas de murciélago. Por lo demas, aun no habia pronunciado una palabra ni casi respirado. No se oia mas ruido en la lancha, que el impulso del remo, mezclado al roce de los mil pliegues del agua á lo largo del barco.

—Por mi vida! exclamó de pronto Gringoire, que estamos alegre y joviales cual si fuéramos ascalafos (1)! observamos un silencio de pitagóricos ó

(1) Especie de insectos: es voz que no se halla en el diccionario de la lengua, pero que, como derivada del griego, tan

de pescados! Pascua de Dios! amigos míos, estoy rabiando porque me hable alguno.—La voz humana es una música para el oído humano, y no soy yo quien lo dice, sino Didymo de Alejandría⁽¹⁾ y son muy ilustres palabras.—Cierto que Didymo de Alejandría no es un mediano filósofo.—Una palabrita, hermosa niña! decidme, os lo suplico, una sola palabra.—Ahora que me acuerdo, teníais antes un mohín muy particular; conservaisle todavía? Sabeis, amiga mía, que el parlamento tiene plena jurisdicción sobre los lugares de asilo y que corriais grave peligro en vuestro chiribitil de Nuestra Señora? Ah! el pajarillo troquilo hace su nido en las fauces del cocodrilo.—Señor maestro, ya se descubre la luna.—Con tal que no nos atisben!—No hay duda que hacemos una acción loable salvando á esta doncella, y sin embargo nos ahorcarían en nombre del rey si nos atrapasen, porque las acciones humanas se miran por dos caras; en mí se censura lo que se ensalza en tí: tal culpa á Catilina que admira á Cesar.—¿No es así, señor maestro? Qué decís de esta filosofía? Yo por mí, poseo la filosofía por instinto, de mío, *ut apes geometricam*.—Cómo qué? nadie me responde? Vaya un

española es como francesa.—*Ascalafus* es teubica el nombre griego de un pájaro desconocido.

(Nota del traductor).

(1) Apellidado generalmente *Calceutro*, ó *Entrañas de bronce*, autor infalible. Se dice que compuso cuatro mil tratados, pero ninguno ha llegado hasta nuestros días. (Id.)

EL KARATTO.

197

humor de perros que teneis los dos! Tendré que hablar yo solo, que hacer lo que llamamos en traje-dia un monólogo.--Pascua de Dios! --Es de advertir que acabo de ver al rey Luis XI, y que se me ha quedado en la memoria este juramento.-- Pascua de Dios y como alullan en la ciudad.--Vaya que es un diablo de rey el tal Luis XI! todo rebocado de pieles-- y todavía me debe el dinero de mi epitalamio, y aun queria ahorcarme de añadidura esta noche, lo que me hubiera desazonado notablemente.--Es avaricioso con los hombres de mérito; mejor haria en leer los cuatro libros de Salviانو de Colonia (1) *Adversus avaritiam*.-- No hay mas sino que es un rey sumamente mezquino con los literatos, y que hace crueldades muy bárbaras; es una esponja que chupa el dinero del pueblo-- y por eso las quejas contra el rigor del tiempo se vuelven murmullos contra el príncipe. Bajo el dominio de este amable monarca santurron, estallan las horcas con sus ahorcados, los tajos se pu-

(1) Sacerdote de Marsella, célebre escritor eclesiástico. No sé por qué razon le llama V. Hugo de Colonia, pues se ignora á punto fijo donde nació, solo se sospecha que fuera Galo, porque hablando de la Galia se sirve de esta expresion, *solum partium*; sin embargo nada se sabe de positivo; adviétase ademas que no dice *las Galias*, sino la Galia, y no se sabe á cual aludia.--Llamábasele el Jeremías del siglo V, porque lamentaba amargamente los vicios de su época. Murió en Marsella por los años de 484.--Se conservan de él un tratado de la Providencia, otro contra la Avaricia (á este alude el autor) y una coleccion de cartas.

(N. del trad.)

dren con la sangre, y las prisiones rebientan como barrigas demasiado repletas. Ese rey tiene una mano que toma, y otra que ahorca (1); es el procurador de doña Gabela y de don Patíbulo: los grandes son despojados de sus dignidades, y los pequeños abrumados sin cesar con nuevas vejaciones. Es un príncipe exorbitante y que no me gusta.—¿Y á vos, Señor?

Dejaba hablar el hombre negro al parlanchin filósofo, y continuaba luchando contra la corriente violenta y cerrada que separa la proa de la Ciudad de la popa de la isla de Nuestra Señora que llamamos hoy la isla de San Luis.

—A propósito, señor maestro! repuso de súbito Gringoire. Cuando llegámos al atrio por en medio de los rabiosos hampones, observó vuestra reverencia aquel pobre demonio á quien acababa de deshacer la mollera vuestro sordo contra la baranda de la galería de los reyes? Soy corto de vista y no pude conocerle.—¿Sabéis quien pudo ser?

El incógnito no respondió palabra, pero dejó bruscamente de remar, desfallecieron sus brazos como dos juncos quebrados, dejó caer la cabeza sobre su pecho, y la Esmeralda le oyó suspirar profundamente. Estremeciése ella por su parte, porque ya habia oido suspiros como aquellos.

(1) En francés *une main qui prend et une main qui perd*, juego de palabras cuya gracia es de todo punto imposible conservar en la traducción. (N. del Trad.)

EL ZAPATTO.

199

La barca abandonada á sí misma drivó por algunos instantes á merced del agua ; pero el hombre negro se incorporó por fin, volvió á cojer los remos y volvió á vencer la corriente. Dobló la punta de la isla de Nuestra Señora, y se dirigió hácia el desembarcadero del Port-au-Foin.

--Ah! dijo Gringoire, -- allí está la casa Barbeau.--Mirad, señor maestro, mirad ; aquel grupo de techos negros que forman ángulos singulares, allá, debajo de aquel monton de nubes bajas, estropajosas, emborronadas y sucias, entre las cuales está la luna aplastada é informe como una yema de huevo esparramada. -- Es una casa excelente en que hay una capilla coronada por una pequeña bóveda llena de enriquecimientos muy bien recortados: divisase por encima el campanario primorosamente calado. Tiene tambien un delicioso jardin que consiste en un estanque, una pajarera, un eco, un mallo, un laberinto, una casa de fieras y multitud de umbrosas alamedas muy agradables á Venus: hay item mas un pícaro árbol que llaman el *lujurioso*, por haber servido de cómplice en los amores de una famosa princesa y de un condestable de Francia culterano y galan.-- Nosotros, ay! pobres filósofos, somos á un condestable lo que un acirate de rábanos y de coles es al jardin del Louvre. Pero qué? -- la vida humana para los grandes como para nosotros es una mezcla de bien y de mal: siempre el dolor está junto á la alegría, el espondéo junto al dáctilo.-- He de contaros, señor

200 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

maestro, esa historia de la casa Barbeau, que acaba de un modo trajuquerrimo. Era en 1319, bajo el reinado de Felipe V (1), el mas largo de los reyes de Francia: la moralidad de la historia es que las tentaciones de la carne son perniciosas y malignas. No apoyemos demasiado el ojo en la mujer del vecino, por mas sensibles que sean nuestros sentidos á su hermosura. La fornicacion es un pensamiento muy libertino; el adulterio es una curiosidad del deleite ajeno.... Oh! y cómo aumenta el estrépito por allá abajo!

Crecia en efecto el tumulto alrededor de Nuestra Señora. Escucharon con atencion y oyeron con bastante claridad numerosos gritos de victoria. De pronto, cien antorchas que hacian relucir cascotes de hombres de armas se esparramaron sobre la iglesia á todas las alturas, sobre las torres, sobre las galerías, sobre los botareles. Aquellas antorchas buscaban al parecer alguna cosa, y pronto estos lejanos clamores llegaron puros y sonoros hasta nuestros fujitivos: -- La jítana! la hechicera! muera la jítana!

Dejó la desgraciada caer la cabeza entre sus manos y empezó el incógnito á remar con furia hácia la orilla; en tanto meditaba nuestro filósofo, estrechaba á la cabra entre sus brazos y la separaba suavemente de la jítana que se arrimaba á él, como al único asilo que la quedaba.

(1) Llamábasele Felipe el Largo. (N. del Trad.)

EL ZAPATITO.

201

Es seguro que Gringoire se hallaba en una cruel perplejidad; pensaba que también la cabra, conforme á la legislación existente, sería ahorcada si era cojida; que sería un dolor,—pobre Djali! y que ya era tiempo de sacudirse de dos criminales, de dos verdaderas moscas que no le dejaban á sol ni á sombra; que en fin su compañero nada deseaba tanto como encargarse de la jitana. Ardía allí en su mente un violento combate en que, como el Júpiter de la Iliada, ya pesaba á la cabra, ya á la jitana; mirábalas á una despues de otra, con ojos húmedos de lágrimas, diciendo entre dientes:—Pues ello es que yo no puedo salvaros á las dos.

Una fuerte sacudida les hizo conocer, por fin, que abordaba el barco, y en tanto el fatal estruendo continuaba llenando la Ciudad. Levantóse el incógnito, llegóse á la jitana y quiso cojerla del brazo para ayudarla á saltar en tierra; pero ella le rechazó y se colgó á la manga de Gringoire que ocupado por su parte en la cabrita, casi casi la rechazó, por lo que tuvo que ccharse sola fuera del barco. La infeliz estaba tan turbada que no sabía lo que hacía ni adonde iba, y de esta suerte quedó por un momento como estúpida, mirando correr el agua. Cuando volvió algún tanto en sí, estaba sola en el puerto con el incógnito; sin duda se había aprovechado Gringoire del instante del desembarco para esquivarse con la cabra en el laberinto de casas de la calle Grenier sur l'Eau.

Tembló la pobre jitana al verse sola con aquel

202 **NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.**

hombre. Quiso hablar, gritar, llamar á Gringoire; pero su lengua quedaba inerte en su boca, y ningún sonido salía de sus labios. De pronto, sintió sobre la suya la mano del incógnito, una mano fría y dura, y la desdichada dió diente con diente y se puso mas pálida que el rayo de la luna que la alumbraba. — No dijo el hombre una palabra y continuó subiendo á pasos jigantescos hácia la plaza de Greve, sin soltarla de la mano. Sintió confusamente en aquel momento la jitana que el destino es una fuerza irresistible, y así, desamparada y sin recurso, dejóse llevar corriendo mientras él andaba. El muelle en aquel punto estaba cuesta arriba; parecíala á ella sin embargo que bajaba.

Miró hácia todos lados, y no vió un solo transeunte; el muelle estaba de todo punto desierto. No oía ruido, no sentía rumor y movimiento de hombres mas que en la ciudad tumultuosa y fulgurante de la que no estaba separada mas que por un brazo del Sena, y de donde llegaba hasta ella su nombre mezclado á gritos de muerte. Todo lo demas de París se estendia en derredor en grandes masas de sombra.

Llevábala el incógnito en tanto con el mismo silencio y la misma rapidez, y mientras iba así la Esmeralda no la recordó su memoria ninguno de los sitios por donde andaba á la sazón. Al pasar por delante de una ventana en que habia luz, hizo un esfuerzo, echó el resto de sus fuerzas y gritó:— **Socorro!**

EL ZAPATITO.

203

El hombre á quien pertenecía la ventana la abrió, asomóse á ella en camisa con su lámpara, miró hácia el muelle con ojos sándios, pronunció algunas palabras que ella no oyó, y volvió á cerrar las maderas. Así se apagó su último rayo de esperanza.

El hombre negro no profirió una sílaba; tenía bien cojida, y volvió á echar á andar aun mas aprisa. Entonces ya no resistió: desfallecida, quebrantada, continuó siguiéndole.

De cuando en cuando recoja un poco de fuerza, y decia en voz interrumpida por los vaivenes y el cansancio de la marcha: -- Quién sois? quién sois? -- El no respondia.

Llegaron así siguiendo siempre el muelle á una plaza bastante grande: á la luz de la escasa luna que se veia, reconocieron la Greve. Distinguíase en medio una especie de cruz negra alzada; aquel era el patíbulo. Reconoció la infeliz todo aquello y vió donde estaba.

Detúvose el hombre, volvióse á ella, y levantó su capuz. -- Oh! barbotó petrificada, bien sabia yo *que era él!*

Era en efecto el sacerdote que mas bien parecia su fantasma al triste rayo de la luna, porque parece que á esta luz no se ven mas que los espectros de las cosas.

— Escucha, la dijo, y la pobre niña se estremeció al acento de aquella voz que no habia oido hacia ya tanto tiempo. Luego prosiguió articular-

do con aquellos arranques breves y desalentados que revelan profundas borrascas interiores. — Escucha. — Estamos aquí... — Tengo que hablarte. — Esta es la Greve. — Este es un punto extremo... mira... el destino nos entrega el uno al otro. — Yo voy á decidir de tu vida; tú de mi alma. He aquí una plaza y una noche, mas allá de las cuales nada se vé... — Oyeme pues. Voy á decirte... — En primer lugar no me hables de tu Febo. (Esto diciendo, iba y venia como un hombre que no puede estarse quieto, y se la llevaba consigo). No me hables de él... Mira — si pronuncias ese nombre, yo no sé lo que haré — pero será terrible!

Dicho esto, como un cuerpo que halla su centro de gravedad, volvió á quedar inmóvil; pero no revelaban sus palabras menos agitacion. Su voz era cada vez mas sorda.

: — No vuelvas la cabeza. — Escúchame, porque lo que voy á decirte es cosa muy seria. Primeramente he aquí lo que ha pasado. — Oh! yo te juro que nadie se reirá de esto. — ¿De qué estaba yo hablando? recuérdame! — Ah! — Un decreto del parlamento te condena al cadalso, y yo acabo de sacarte de sus manos; pero todavía te persiguen ellos. — Mira.

Y estendió el brazo hácia la Ciudad, donde en efecto continuaban al parecer las pesquisas. Acercábase por momentos el rumor; la torre de la casa del teniente de villa, situada frente por frente á la Greve, estaba llena de ruido y de claridad, y sobre

EL ZAPATITO.

205

el muelle frontero veíanse correr multitud de soldados con hachas, gritando.— La jítana! dónde está la jítana! Muera! muera!

— Bien ves que te persiguen, y que yo no miento.— Yo te amo... calla, calla; prefiero que no me hables si es para decirme que me aborreces:— estoy decidido á no volver á oír eso.— Acabo de salvarte.— Déjame acabar.— Puedo salvarte enteramente si tú quieres. Como tu quieras, yo podré.

Interrumpióse violentamente al llegar aquí.— No, no es eso lo que quiero decir.

Y corriendo, y haciéndola correr, porque no la soltaba, fuese derecho al patíbulo é indicándosele con el dedo.— Elije entre nosotros dos, la dijo con frialdad.

Arrancóse ella de entre sus manos y cayó al pie del patíbulo abrazando aquel fúnebre apoyo; medio volvió luego su hermosa cabeza, y miró al sacerdote por cima del hombro; parecia una santa virgen al pie de la cruz. Quedó el sacerdote sin movimiento, alzado el dedo hacía el cadalso, conservando su ademan como una estatua.

Díjole en fin la jítana.— Aun me inspira menos horror que vos.

Dejó entonces el sacerdote caer lentamente su brazo, y fijó la vista en el suelo con hondo abatimiento.— Si estas piedras pudieran hablar, murmuró — sí -- dirían que soy muy desgraciado!

Laego prosiguió. La niña, arrodillada delante del patíbulo é inundada en su larga cabellera, le

dejaba hablar sin interrumpirle; hablaba entonces el sacerdote en un acento lastimero y dulce, que contrastaba dolorosamente con la altiva aspereza de sus facciones.

—Sí, — yo te amo. — Oh! el cielo sabe que así es la verdad! — Dime — nada se trasluce por ventura de este fuego que me quema el corazon? Oh! mujer, mujer! noche y día — sí — día y noche — siempre sufrir! — no merece esto alguna compasion? — Es un amor eterno, te digo; es un tormento horrible! — Oh! sufro demasiado! — mujer — pobre mujer! — Sí — yo te lo aseguro. — Soy muy digno de compasion — ya ves que te hablo con dulzura — yo quisiera no inspirarte ese horror. — Porque en fin — un hombre que ama á una mujer no es culpa suya! — Oh! Dios mio! — Y qué! nunca jamás me perdonareis? Me aborreceis siempre? — No habrá ya esperanza? — Sabes tú que eso es lo que me hace malo y horrible á mis propios ojos? — Ah! ni siquiera me miras! — Estás pensando en otra cosa tal vez, mientras yo te hablo en pie y palpitando en el límite de nuestra comun eternidad! — Sobre todo, no me hables del capitán! — Y qué! yo me arrollaría delante de ti! — Y qué! yo besaría, no tus pies — tú no querrias — sino la tierra que está debajo de tus pies! Y qué! yo sollozaría como un niño, arrancaría de mi pecho, no palabras, sino mi corazon y mis entrañas para decirte que te amo; — y todo sería inútil — todo! — Oh! nada tiene tu alma mas que clemencia y ternura —, tu hermoso rostro revela una dulzura inefable; toda

EL ZAPATITO.**207**

¡tú eres suave, buena, misericordiosa y divina— Ah! solo para mí eres mala! Oh! fatalidad!!—

Cubrióse el rostro con las manos, y la jítana le oyó sollozar por primera vez; y así, en pie y trabajado por los sollozos, estaba aun mas miserable y suplicante que de rodillas. Lloró el sacerdote por un buen rato.

--En fin! prosiguió, verdidas aquellas primeras lágrimas, ya no encuentro palabras;—sin embargo bien pensado tenia lo que te iba á decir.—Pero ahora tiemblo, y me horrorizo y desfallezco en el instante decisivo;— conozco que estamos en una situacion suprema— y no sé qué decir. Oh! voy á caer aqui sobre las piedras— si no tienes compasion de mí— compasion de tí!— No nos condenemos los dos— si supieras cuanto te amo! si supieras lo que es mi corazón! Oh! que desercion de toda virtud! que desesperado abandono de mí mismo! Doctor, hago escarnio de la ciencia; noble, prostituyo mi nombre; sacerdote, hago del misal una almohada de lujuria, escupo en el rostro de mi Dios! y todo por tí, ó encantadora! para ser digno de tu infierno! y no me quieres ni aun para condenado! Oh! yo quiero decírtelo todo! mas aun, algo mas horrible aun! oh! mas horrible!

Al pronunciar estas últimas palabras, pareció de todo punto insensato; calló por un momento, y luego prosiguió como si hablára consigo mismo, con voz de trueno:— Cain, qué has hecho de tu hermano?

Hubo un momento de silencio, y luego prosiguió:

—¿Qué he hecho de él, Señor? le he recojido, le he criado, le he amado, le he idolatrado y le he asesinado!... Sí, señor! y ahora acaban de estrellarle el cráneo, delante de mí, en las piedras de vuestro templo, y ha sido por mí, por esta mujer, por ella!...

Sus ojos estaban desencajados, su mirada era delirante. Iba su voz apagándose por grados, y así repitió muchas veces sus últimas palabras, maquinalmente, con largos intervalos, como una campana que prolonga su última vibración:—Por ella!—Por ella!... Luego su lengua no articuló ya ningún sonido perceptible, y sin embargo, sus labios se movían: luego de repente empezó á desfallecer poco á poco como una cosa que se derrumba, y quedó en el suelo sin movimiento, con la cabeza entre las rodillas.

Un movimiento de la jítana que retiraba su pie de entre los pliegues de la sotana del sacerdote, le hizo volver en sí. Pasóse lentamente la mano sobre sus carrillos hundidos, y miró por algunos momentos con estupor sus dedos que estaban mojados. Qué! dijo con débil murmullo, y he llorado!...

Y volviéndose de pronto á la jítana con una angustia infinita:

—Miserable de mí! tú me has visto llorar sin conmoverte! Niña, sabes tú que estas lágrimas son de lava? Y será posible que nada nos conmueva en

EL ZAPATITO.

209

el hombre á quien aborrecemos? — Me verias morir, y te reirias! Oh!— yo no quiero verte morir, no! Una palabra, una sola palabra de perdon!— No me digas que me amas; dime solamente que quieres que te salve;— eso bastará, y yo te salvaré. Si no— el tiempo se pasará.— Yo te lo pido por lo mas sagrado; no esperes á que mi corazon se convierta en piedra como ese patíbulo que te reclama tambien! Piensa en que yo tengo en mi mano tu destino y el mio; que soy un insensato; que esto es una cosa terrible; que puedo abandonar tu suerte y la mia á la corriente, y que debajo de nosotros hay un abismo sin fondo, desdichada! en que mi caída segun: á la tuya por toda la eternidad!... Una palabra de dulzura! dime una palabra!— solo una palabra!

Abrió ella la boca para responderle, mientras se precipitaba *él de rodillas delante de ella para recibir con adoracion la palabra, acaso entervuecida, que iba á salir de sus lábios. Luego le dijo:— Sois un asesino.*

Cojióla el sacerdote en sus brazos con furor y se echó á reir con una risa abominable.

—Pues bien, sí! asesino! dijo, y sin embargo serás mia! no me quieres para esclavo, pero tendrás que tomarme por amo! Serás mia, sí!... Yo tengo una guarida adonde te arrastraré por fuerza. —Tú me seguirás.— Oh! fuerza será que me sigas, ó si no... te entrego al patíbulo.—Fuerza es morir, hermosa; ó ser mia! ser del sacerdote! del apóstata! del asesino! y esta misma noche, —lo cu-

ROMO III.

210 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

¿tienes? -- Ea! contento, júbilo! -- bésame, loca, -- ea! -- bésame! La tumba ó mi lecho.

Y sus ojos centelleaban de impureza y de rabia, y su boca lasciva abrasaba el cuello de la doncella, que forcejeaba como una leona entre sus brazos, mientras la cubría él de besos espumantes.

--No me muerdas, monstruo! gritaba, -- déjame. -- Oh! odioso fraile corrompido! déjame, -- ó te arranco tus inmundas canas y te las tiro á la cara á puñados!

Púsose él encendido de vergüenza, luego pálido, y la soltó mirándola con ojos sombríos. Creyóse ella victoriosa y prosiguió: -- Te digo que soy de mi Febo, que solo amo á Febo; que Febo es hermoso, y tú, -- sacerdote! -- tú eres viejo! tú eres feo! vete!!

Lanzó él un grito violento como el miserable á quien aplican un hierro ardiendo. -- Pues muere! dijo rechinando los dientes con furor. Vió la infeliz su mirada horrible y quiso huir; pero él la cogió, la dió una violenta sacudida, la tiró al suelo y echó á andar con rápidos pasos hácia el ángulo de la Torre-Rolland arrasrándola detras de sí sobre las piedras, por sus hermosas muros.

Luego que llegó á aquel sitio, se volvió hácia ella: -- Por última vez, -- ¿quieres ser mia?

Respondió ella con energía: -- No.

Entonces don Claudio gritó en alta voz: -- Gudula! Gudula! aquí está la jitana! véngate!!

Sintió la pobre niña que la agarraban repentinamente por el codo. -- Volvió la cabeza y vió un

EL ZAPATITO.

211

Brazo descarnado que salía de una ventana que había en la pared, y que la apretaba como una tenaza de hierro.

--Téñla bien, dijo el sacerdote; es la jítana que se ha escapado.--No la sueltes; voy á buscar á la justicia. La verás aborcar.

Una carcajada gutural respondió desde el interior de la pared á aquellas sangrientas palabras.--Jah! Jah! Jah!! --Vió la jítana al sacerdote que se alejaba en la dirección del puente de Nuestra Señora: oíase por aquella parte ruido de caballos.

Pronto reconoció la Esmeralda á la maligna reclusa, y entonces, palpitando de terror, procuró desasirse; tiró hácia sí con toda su fuerza, dió terribles arranques de agonía y de desesperacion, pero la otra la sujetaba con una violencia inaudita. Los huesosos y flacos dedos que la atarazaban, se crispaban sobre su carne y se juntaban en derredor: parecia que aquella mano estaba remachada sobre su brazo. Era mas que una cadena, mas que una argolla de hierro; era una tenaza inteligente y viva que salía de una pared.

El amor de la muerte se apoderó de su alma; pensó en la dulzura de la vida, en el color del ciclo, en la hermosura de la naturaleza, en el amor, en Febo, en todo lo que huía de ella, y en todo lo que se la acercaba, en el sacerdote que la delataba á la justicia, en el verdugo que iba á venir, en el patíbulo que estaba allí. Sintió entonces que la subía el terror hasta las raíces

212 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

de sus cabellos, y oyó la lúgubre carcajada de la reclusa que la decía al oído:—Jah! Jah! Jah! vas á morir ahorcada!!...

Volvióse moribunda á la ventanilla y vió el semblante feroz de la reclusa por entre las rejas de hierro.—Qué os he hecho yo? dijo con voz doliente.

No respondió la reclusa, y empezó á barbotar con una entonación canora, irritada y sardónica:—Hija de Egipto! hija de Egipto! hija de Egipto!

La desdichada Esmeralda dejó caer la cabeza bajo sus cabellos, conociendo que no se las había con un ser humano.

Luego de repente exclamó la reclusa como si la pregunta de la gitana hubiera tardado todo aquel tiempo en llegar hasta su cerebro.—Qué me has hecho, preguntas? Ah! qué me has hecho, gitana!—Pues bien, escucha.—Yo tenía una criatura, estás? una criatura, un ángel, lo oyes?—Una hija! Mi Inés!—añadió delirante y besando alguna cosa en las tinieblas.—Pues bien,—estás, hija de Egipto? me han quitado mi hija, me han robado mi hija; me han comido mi hija! Esto es lo que tú me has hecho.

Respondió la pobre niña como el cordero (1).

—Ah! acaso entonces aun no había nacido yo!

—Oh! sí! respondió la reclusa, seguramente habías nacido ya.—Ahora tendría ella tu edad! sil

(1) Inútil será, decía, que este es de la conocida fábula del cordero y el lobo. (Nota del traductor)

EL ZAPATITO.

213

—Quince años hace ya que estoy aquí; quince años hace que rezo; quince años que sufro; quince años que me rompo la cabeza contra estas cuatro paredes. Te digo que me la han robado unas jitanas, —lo oyes? y que me la han devorado con sus dientes. —Tienes tú corazón? figúrate una criatura que juega, una criatura que mama, una criatura que duerme. Es una cosa tan inocente! Pues eso! eso es lo que me han robado, —eso es lo que me han comido! Dios lo sabe! — Ahora, ya me ha llegado mi turno á mí; yo tambien voy á devorar á una jitana.—Oli! y cómo te mordería si no me lo impidieran estas rejas! Tengo la cabeza demasiado gorda! — Pobre ángel! mientras estaba durmiendo! Y si la despertaron al cojerla, gritaría en vano; yo no estaba allí! Ah! madres jitanas! habeis devorado á mi hija! venid á ver la vuestra.

Echóse entonces á reir, y sus dientes rechinaron: la risa y la desesperacion se parecian en aquel furioso semblante. Empezaba ya á despuntar el dia; un reflejo ceniciento iluminaba confusamente aquella escena, y cada vez se veia mas claro el patíbulo en la plaza. Al lado opuesto, hácia el puente de Nuestra Señora, la pobre víctima creía oir acercarse el ruido de la caballería.

—Señora, gritaba cruzando las manos, hincadas las rodillas en tierra, espeluzada, delirante, loca de espanto; señora, tened compasion de mí. Ya vienen; —yo no os he hecho nada.—Queréis verme morir de ese modo horrible— ahí— delante de vuestros

214

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

ojos? No, no; estoy segura de que sois compasiva. Sería demasiado horrible— dejad que me salve! soltadme! Perdon! yo no quiero morir así!

--Vuelveme mi hija! dijo la reclusa.

--Perdon! perdon!

--Vuelveme mi hija!

--Soltadme en nombre del cielo!

--Vuelveme mi hija!

Entonces por segunda vez, dejóse caer la gitana desmayada, rendida, con los ojos ya de vidrio como un cadáver.— Ah! barbulló, vos buskais una hija, y yo busco á mis padres.

--Vuelveme mi Inesita, prosiguió Gudula.— No sabes dónde está?— Pues entonces, muere!— Escúchame:—Yo era una ramera, yo tenía una hija, y me han robado mi hija!— me la robaron las jitanas! Ya ves que tienes que morir. Cuando la gitana tu madre venga á reclamarte, la diré:— Madre, mira ese patíbulo!— Oh! vuelveme mi hija— sabes tú donde está mi pobre hija? Mira — voy á enseñarte — ves su zapato? esto es todo lo que me queda de ella— Sabes dónde está el compañero? Si lo sabes, dímelo, y si no es mas que en el otro extremo de la tierra— no importa — iré á buscarle andando de rodillas.

Esto diciendo, con el otro brazo, que sacó por la ventanilla, enseñaba á la gitana el zapatito bordado; había ya bastante luz para que pudiesen distinguirse su forma y colores.

--Dejadme ver ese zapato, dijo la gitana estremeiéndose, Dios mio! Dios mio!— Y al mismo

EL ZAPATITO.

215

tiempo, con la mano que tenía libre, abrió con precipitación el pequeño escapulario recamado de abalorios verdes que llevaba al cuello.

--Sí, sí, decía Gudula, registra tu amuleto del demonio! Luego de repente se interrumpió, tembló de pies á cabeza, y gritó con una voz que salía de lo mas profundo de sus entrañas :- Hija mia!

Acababa la jitana de sacar del escapulario un zapatito absolutamente igual al otro; á este zapatito estaba cosido un pergamino en que se leían estos dos versos:

*Si encuentras el compañero
A tu madre encontrarás.*

En menos de lo que brilla un relámpago, confrontó la reclusa los dos zapatitos, leyó la inscripción del pergamino, y encajó en las rejas de la ventana su rostro radiante de una celeste alegría, gritando:-Mi hija! mi hija!

--Mi madre! respondió la jitana.

Aquí renunciamos á pintar.

La pared y las barras de hierro estaban entre las dos. --Oh! la pared! gritó la reclusa.-- Oh! verla y no poder abrazarla! Tu mano, dame tu mano!

Metió la Esmeralda el brazo por la ventana. Precipitose la reclusa sobre aquella mano, pegó á ella sus labios, y quedó allí, abismada en aquel beso sin dar mas señal de vida que un sollozo que movía sus caderas de cuando en cuando; en tanto lloraba á torrentes, en silencio, en la sombra, como una lluvia nocturna. La pobre madre vaciaba á

borbotones sobre aquella adorada mano el negro y profundo pozo de lágrimas que tenía dentro de sí, y donde había filtrado su dolor gota á gota durante quince años.

Levantó de repente la cabeza, separó sus largos cabellos grises sobre su frente, y sin decir palabra, empezó á sacudir con ambas manos las barras de su prisión, mas furiosa que una leona. Pero las rejas resistieron; fue entonces á cojer en un rincón de su celda una piedra enorme que la servía de almohada y la tiró á ellos con tal violencia, que saltó una de las barras echando chispas: un segundo peñazo rompió enteramente la cruz de hierro que barreaba la ventana; y entonces con sus dos manos acabó de romper y separar los fragmentos enmohecidos de la reja.— Hay momentos en que las manos de una mujer tienen una fuerza sobrehumana.

Abierto el paso, en cuya operación no se tardó un minuto, cojió la reclusa á su hija por la cintura y la metió en su celda.—Ven! dijo, que quiero sacarte del abismo.

Cuando tuvo á su hija en la celda, dejola con mucho tiento en el suelo, luego la volvió á cojer llevándola en brazos como si fuera aun su primorosa Inesita de un año, y así iba y venía en la estrecha jaula, delirante, insensata, furiosa, loca, gritando, cantando, besando á su hija, hablándola, riendo á carcajadas, llorando á mares, y todo al mismo tiempo y con delirio.

—Hija mia! hija mia! decía.— Ya tengo mi hi-

EL ZAPATITO.

217

ja... aquí está! El señor me la ha vuelto.—Eh! vengan todos! Hay quien vea por ahí que tengo mi hija! Jesús, Señor, qué hermosa es! Quince años me la habeis hecho esperar, Dios mio, pero era para volvérmela mas hermosa.—Las jitanas no la habian devorado.—Quién lo decia? —Hija mia! hija mia, bésame.—Las jitanas, oh! benditas sean las jitanas! — Con que eres tú? por eso me daba un vuelco el corazon, cada vez que pasabas tú—; y yo que lo atribuia á odio! Perdóname, Inesita, perdóname! —Me creias muy mala ¿no es verdad? —Te quiero.—El lunarcito del cuello le conservas aun? Sí... Oh! que hermosa eres! — Yo os he dado esos ojazos tan grandes y tan hermosos, Señorita, yo... Bésame —Te quiero. Qué se me importa á mí que las otras madres tengan hijos? — que los tengan, bueno... Vengan tambien, si quieren y verán á mi hija... verán su cuello, sus ojos, sus cabellos, su mano.—Busquen ellas algo tan hermoso como esta criatura; oh! esta sí que tendrá galanes cuantos quiera! —Quince años he llorado yo; toda mi hermosura se fué contigo, y ahora la tienes tú— bésame.

Decíala otras mil cosas á cual mas estravagantes, en las cuales el acento era el todo. Trastornaba los vestidos de la pobre niña hasta el punto de avergonzarla; pasábala la mano por sus cabellos de seda, la besaba el pié, la rodilla, la frente, los ojos, y se estasiaba de todo. La Esmeralda se estaba quieta, repitiendo á veces en voz muy baja y con una dulzura infinita: — Madre mia!

--Mira, hija mía, proseguía la reclusa interponiendo con besos todas sus palabras, mira.... te quiero muchísimo. Nos iremos de aquí--vamos á ser muy dichosas.... he heredado algunas cosillas en Reims, en nuestro país. Ya te acuerdas de Reims .--Ah! no no te puedes acordar--eras tan niña! Si vieras qué bonita eras de cuatro meses! Tenias unos piecitos.... la jente venia á verlos por curiosidad desde Epergay que está á siete leguas! Tendremos una casita , una huerta.... dormirás conmigo.... Dios mio! Dios mio! quién lo habia de decir? -- Tengo mi hija!...

--Oh madre mia! dijo la niña hallando en fin en su agitación fuerzas para hablar , bien me lo decía la jítana.-- Habia en nuestra tribu una buena mujer que murió el año pasado, y que siempre cuidó de mí como una madre; ella fué quien me puso esta bolsita al cuello. Siempre me estaba diciendo : Niña , guarda bien esa joya ; es un tesoro que te hará encontrar á tu madre: llevas á tu madre en el cuello.-- Bien me lo anunció la jítana!

De nuevo estrechó la reclusa á su hija entre sus brazos.--Ven, que quiero darte un beso! vaya que lo dices con un donaire! Cuando volvamos á nuestro país, calzaremos á un niño Jesus de la iglesia con los zapatitos; bien se lo debemos á la Santa Virgen. Dios mio! qué voz tan dulce tienes! Cuando me hablabas antes, tu voz me parecia una música! Ah! Dios mio! Señor! he encontrado á mi hija!... Jesus, Jesus , si parece increíble! No se mue-

EL ZAPATITO.

219

re de nada, porque yo no he muerto ahora de alegría.

Y luego, empezó de nuevo á dar palmadas y á gritar: *Vamos á ser felices!*

Resonaron entonces en la covacha un retintio de armas y un galope de caballos que parecían desembocar del puente Nuevo, y acercarse por momentos á la plaza. Llena de angustia la gitana arrojóse en los brazos de la reclusa.

--Salvadme! salvadme! madre mia! que vienen!

La reclusa se puso mas pálida que la nieve.

--Cielo! qué estás diciendo?-- Ya se me olvidaba.... Te persiguen! Qué has hecho?..

--Qué sé yo! respondió la Esmeralda; pero estoy condenada á morir.

--Morir! dijo Gudula vacilando como herida por el rayo.--Morir! repitió lentamente mirando á su hija con ojos fijos.

--Sí, madre mia, respondió la desolada criatura, quieren matarme, y ahora vienen á prenderme. Ese patíbulo es para mí! Salvadme! salvadme! que vienen! salvadme!

Inmóvil quedó la reclusa por algunos instantes como una petrificación; luego meneó la cabeza en señal de duda, y prorumpiendo de repente en una carcajada, en una de sus antiguas carcajadas espantosas.--Oh! oh! dijo, no! es un sueño eso que estás diciendo! Pues qué! haberla perdida por quince años, y hallarla luego por un minuto! Me la

habían de arrancar! y ahora que es hermosa, que es alta, ahora que me habla, que me quiere, ahora es cuando habían de venir á matármela, delante de mí—de mí que soy su madre!! Oh! no! esas cosas no son posibles.—Dios no quiere que lo sean!!

Hizo alto en esto la cabalgada y oyóse una voz lejana que decía.— Por aquí, señor Tristan! el sacerdote dice que la hallaremos en el Trou-aux-Rats.— Volvióse en esto á oír el ruido de los caballos.

Levantó la reclusa la cabeza lanzando un grito de desesperacion.— Vete! vete, hija mia! Sí—ahora lo veo—tienes razon—tu muerte.... Horror! maldición!.... vete, vete!

Asomó la cabeza á la ventana, y la retiró al punto.— Quédate, dijo en voz baja, breve y lúgubre, apretado convulsivamente la mano de la jítana que estaba mas muerta que viva. Quédate! contén el aliento! Todo está lleno de soldados.... no puedes salir.... Ya es tarde.

Sus ojos estaban secos y quemados. Permaneció un momento sin hablar, andando á pasos gigantes por su celda, y parándose á veces para arrancarse puñados de cabellos grises que luego despedazaba con sus dientes.

Y luego de repente: — Ya se acercan, dijo.— Yo les hablaré!—Escóndete en ese rincon—no te verán—les diré que te has escapado, que te he soltado.... y por qué no?

Puso á su hija, porque aun la llevaba en bra-

EL ZAPATITO.

221

zos, en un ángulo de la celda que no se veía desde afuera. Acurrucóla allí, acomodóla con el mayor cuidado de modo que ni sus pies ni sus manos saliesen de la sombra, destrenzóla sus negros cabellos que esparramó sobre su blanca falda para cubrirla, puso delante de ella su cántaro de agua y su piedra, únicos muebles que tenía, imaginándose que aquella piedra y aquel cántaro la esconderían. Y luego que hubo acabado, ya mas serena, hincóse de rodillas y rezó; el día que acababa de despuntar, dejaba aun muchas tinieblas en el Trou-aux-Rats.

Pasó en aquel instante por junto á la celda la voz infernal del sacerdote, gritando: —Por aquí, capitán Febo de Chateaupers!

Al oír este nombre y aquella voz, la Esmeralda metida en su rincón hizo un movimiento. —No te mences! dijo Gudula.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando hizo alto alrededor de la celda un tropel de hombres, de espadas y de caballos: púsose al punto la madre en pie, y fue á colocarse delante de su ventana para cerrar el paso. Vió entonces un gran número de hombres armados, á pie y á caballo, formado sobre la Greve; apeóse el que los mandaba y llegóse á ella. —Vieja, dijo este hombre que tenía una cara atroz, andamos buscando á una hechicera para ahorcarla, y nos han dicho que tú la tienes.

Revisióse la pobre madre de la mayor indife-

222 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

rencia que pudo, y respondió. -- No entiendo bien lo que queréis decir.

-- Vive Dios! repuso el otro, qué diablos decia aquel desalentado arcediano? Dónde está?

-- Señor, dijo un soldado, ha desaparecido.

-- Ea, vamos, vieja loca, repuso el comandante, cuidado con mentir. Sé que te han encargado de guardar á esa bruja: ¿qué has hecho de ella?

No quiso la reclusa negarlo todo por no despertar sospechas, y respondió con acento sincero y gruñon. -- Si habláis de una muchacha que me dejaron hace poco entre las uñas, habeis de saber que me pegó un mordisco y tuve que soltarla. -- Ya he dicho lo que sé; -- dejadme en paz.

Hizo el comandante un jesto de desagrado.

-- No vayas á mentiruos, repuso, espectro de los demonios. Yo me llamo Tristan l'Hermite, y soy el conpadre del rey; Tristan l'Hermite, lo oyes?-- Luego añadió echando una mirada por toda la plaza de Greve:-- Nombre que tiene aqui alguno ero!

--Aun cuando fuérais Satanás l'Hermite (1), replicó Gudula que iba cobrando esperanzas, ni tendría mas que deciros, ni me meteríais miedo tampoco.

-- Vive Dios, dijo Tristan, que es toda una mujer! Ah! con que se ha escapado la hechicera, eh? y por dónde ha echado á correr?...

(1) *L'Hermite* significa el *Ermitaño*. (Nota del traductor.)

EL ZAPATITO.

213

Gudula respondió con tono indiferente; — Por la calle del Cordero, si no me engaño.

Volvió Tristan la cabeza é hizo señal á su tropa de que se preparára á ponerse en marcha. La reclusa empezó á respirar.

Mi comandante, dijo de pronto un arquero, preguntad á esa pícara vieja por qué razon estau todas rotas las rejas de su ventana.

Esta pregunta hizo volver la agonía al corazon de la miserable madre; sin embargo no perdió toda su presencia de ánimo. — Siempre han estado así, dijo en voz balbuciente.

—Bah— respondió el arquero; ayer sin ir mas lejos formaban una cruz negra que daba devocion el mirarla.

Echó Tristan una mirada oblicua á la reclusa.

—Me parece que se turba la vieja!

Conoció la desdichada que todo dependia de su firmeza de ánimo, y la muerte en el alma echóse á reir. Las madres tienen fuerza para hacerlo.—Pues! dijo, ese hombre está bebido. Mas de un año hace que la zaga de una carreta de piedras se en-ganchó en mi ventana, y echó abajo la reja.—Por mas señas que dije muy buenas picardias al carretero.

—Es cierto, dijo un arquero; yo estaba presente.

Siempre se encuentra alguno que todo lo ha visto. El inesperado testimonio del arquero reanimó á la reclusa á quien aquel interrogatorio hacia atravesar un abismo sobre el filo de un cuchillo.

Pero estaba condeuada la infeliz á una alternativa continua de esperanza y de susto.

—Pues si una carreta ha hecho este destrozo, repuso el primer soldado, los pedazos de las barras debían haber caído hácia adentro y no hácia afuera.

—Hé! hé! dijo Tristan al soldado, bueno eras tú para fiscal del Chatelet. Responded, buena vieja, á lo que dice.

--Jesus! exclamó la pobre acosada en sus últimas trincheras y con voz llena de lágrimas, á pesar suyo, os juro, señor, que una carreta rompió estas rejas.— Ya habeis oido que ese hombre lo vió.— Y luego— ¿qué tengo yo que ver con esa jitana?

—¡Hum! refunfuñó Tristan.—

—Diablo! repuso el soldado lisonjeado su amor propio con el elogio del preboste, las roturas del hierro estan fresquitas.

Levantó Tristan la cabeza, y la pobre reclusa se puso pálida como un espectro.—Cuánto tiempo decís que hace que pasó esa carreta?

—Un mes— quince dias tal vez— qué sé yo?

—Antes dijo que hacia mas de un año, observó el soldado.

--Eso no me parece muy claro.

--Señor, gritó la madre sin abandonar su puesto delante de la ventanilla y temblando qué sus sospechas les hiciesen meter la cabeza por ella, y mirar en la celda, señor, os juro que una carreta rompió esta reja... os lo juro por los angeles del cie-

EL ZAPATITO.

225

lo.— Si no fue una carreta, consiento en morir condenada para toda la eternidad, y reniego de mi Dios.

— Vaya que lo jura con un empeño particular! dijo Tristan con su mirada indiferente.

Sentía la pobre mujer desvanecerse por momentos su firmeza, empezaba ya á aturdirse y comprendía llena de terror que no decía lo que hubiera debido decir.

Llegó en esto otro soldado, gritando:— Señor, esa maldita bruja ha mentado; la hechicera no se escapó por la calle del Cordero. La cadena ha estado tendida toda la noche, y el centinela á nadie ha visto pasar.

Tristan, cuya fisonomía era cada vez mas siniestra, interpeló á la reclusa:— Qué tienes que responder á eso?

Procuró ella hacer frente á este nuevo ataque.— Que nada sé, señor— que he podido engañarme— ahora me parece en efecto que pasó el río.

— Precisamente es el lado opuesto, dijo el preboste, y no es muy probable que se haya ido hácia la Ciudad por donde la andaban buscando.— Vieja, tú mientes!

— ¡Además, añadió el primer soldado, no hay lanchas de este lado ni al otro del río.

— Habrá pasado á nado, replicó la reclusa defendiendo el terreno á palmos.

— Nadan acaso las mujeres? dijo el soldado.

— Vive Dios, vieja, que estás mintiendo! respondió Tristan montado en cólera. Tentaciones me

TOMO III.

15

dan de dejar á la hechicera, y de ahorcarte en su lugar : un cuarto de hora de tormento puede que te saque las palabras del garlito.—Ea, ven con nosotros.—

Escuchó ella estas palabras con delirio :— Corriente, corriente.—Estoy pronta, señor.—El tormento—al instante—al instante—echemos á andar.—Durante este tiempo, decía ella para sí, podrá escaparse mi hija.

--Vive Dios! dijo el preboste; que apetito de caballete! maldito si entiendo á esta vieja!

Un soldado de la ronda ya algo cano salió de las filas y dirigiéndose al preboste:—Loca en efecto, señor! dijo. Si ha soltado á la jitana, no lo habrá hecho por su gusto, porque no es muy amiga del Egipto. Quince años hace que soy de la ronda, y todas las noches la oigo renegar de las jitanas con infinitas execraciones. Si la que perseguimos, es como creo, la muchacha de la cabra, es justamente á la que mas aborrece.

Hizo Gudula un esfuerzo, y dijo:—A la que mas aborrezco, precisamente.

El testimonio unánime de los soldados de la ronda confirmó al preboste las palabras del viejo. Entonces Tristan l'Hermite, desesperando de lograr ninguna averiguación de la reclusa la volvió la espalda, y la infeliz le vió con indecible ansiedad dirigirse lentamente hácia su caballo.—Ea, decía entre dientes, marchen! volvamos á la husma.—No he de pegar los ojos hasta ahorcar á la jitana.

EL ZAPATITO.

227

Vaciló sin embargo algun tiempo antes de montar á caballo. Palpitaba Gudula entre la vida y la muerte, viéndole dirigir por toda la plaza la mirada inquieta de un perro de caza que siente que no anda lejos la madriguera del conejo, y se resiste á alejarse: en fin, meneó la cabeza, y se afirmó en la silla.—Dilatóse el corazon tan horriblemente comprimido de Gudula, y dijo en voz baja echando una ojeada sobre su hija, á quien no se habia atrevido á mirar desde que estaban allí aquellos hombres: — Libre!

Habia estado la pobre niña todo aquel tiempo en su rincon, sin respirar, sin moverse, con la idea de la muerte delante de sus ojos: nada habia perdido de la escena entre Gudula y Tristan, y cada una de las agonías de su madre se habia por decirlo así repercutado en su corazon. Habia oido todos los erujidos sucesivos del hilo que la tenia suspendida sobre el abismo; veinte veces habia creído verle romperse, y ya empezaba por fin á respirar y á sentir apoyados sus pies en tierra firme.—Oyó en aquel momento una voz que decia al preboste: — Cuerno de buey! señor preboste, no es cosa que me toca ni me atañe á mí, hombre de armas, eso de ahorcar hechiceras.— La canalla popular os pertenece- haga cada cual su negocio. Me permitireis que vaya á reunirme con mi compañía, que se halla sin capitan.—Esta voz era la de Febo de Chateaupers. Lo que pasó entonces en la Esmeralda no se puede espresar; allí estaba su amigo, su proc-

tector, su apoyo, su asilo, ¡su Febo! Levantóse precipitadamente, y antes de que su madre hubiese podido impedirlo, precipitóse á la ventana gritando: — Febo! á mí! — Febo mio!!

Febo ya no estaba allí; acababa de revolver á golpe el ángulo de la calle de la Coutellerie; pero Tristan aun no se habia marchado.

Precipitóse la reclusa sobre su hija, lanzando un rujido, y la retiró violentamente hácia atrás, clavándola las uñas en el cuello: una madre tigre no repara en tan poca cosa.... Pero ya era tarde; Tristan habia visto.

—He! he! exclamó con una sonrisa que puso á descubierto toda su dentadura, haciendo asemejarse su rostro al morro de un lobo; dos ratones en la ratonera!..

—Ya lo sospechaba yo, dijo el soldado..

Dióle Tristan una palmada sobre el hombro. — No eres tú mal gato! — Vamos, añadió, dónde está Enrique Cousin?

Salió de sus filas un hombre que no tenia ni facha ni traje de soldado. Iba vestido la mitad de color gris, y la otra mitad de pardo; llevaba los cabellos aplastados sobre la frente, mangas de cuero y un gran rollo de cuerdas en su áspera mano. Aquel hombre acompañaba siempre á Tristan, el cual acompañaba siempre á Luis XI.

—Amigo, dijo Tristan l'Hermite, presumo que esta es la bruja que buscamos. Ahí vas á ahorcármela incontinentemente. — Traes tu escalera?

EL ZAFATITO.

229

—Una hay en el portal de la casa de los pilares, respondió el hombre. Vamos á despachar el negocio en esta justicia? Prosiguió señalando el patíbulo de piedra.

--Sí.

--Ho-he! repuso el hombre con una risa mas bestial aun que la del preboste, no tendremos mucho que andar.

--Despacha! dijo Tristan, luego te reirás.

Desde que Tristan habia visto á la Esmeralda y quedó desvanecida toda su esperanza, no pronunció la reclusa una sola palabra. Dejó á la pobre jitaná medio muerta en un rincón de la celda, y volvió á colocarse en la ventanilla, apoyadas ambas manos en el ángulo del establamiento, como dos garras. En aquella actitud, veíase la fijar intrépidamente en todos aquellos soldados su mirada que era ya insensata y feroz. Cuando Enrique Cousin se acercó á la celda, puso ella una cara tan terrible que retrocedió el sayón.

--Señor, dijo volviéndose al preboste, á cuál hay que ahorcar?

--A la jóven.

--Tanto mejor, porque la vieja me parece algo indijesta.

--Pobre bailarina de la cebra! dijo el viejo soldado de la ronda.

Acercóse aun mas Enrique Cousin á la ventana: la mirada de la madre le hizo bajar los ojos y decir con alguna timidez: --Señora....

230 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Interrumpiéndole ella con voz sorda y furiosa: --
Qué quieres?

--No hablo con vos, dijo, sino con la otra.

--Qué otra?

--La jóven.

Empezó ella á menear la cabeza gritando: --
Aquí no hay nadie! nadie! aquí no hay nadie!

--Si! repuso el verdugo, bien sabeis que sí:
dejadme ahorcar á la jóven. -- Yo no quiero hacer
ros daño.

--Ah! dijo con una espresion singular, no quie-
res hacerme daño!!

--Dejadme la otra, señora; el señor preboste lo
manda.

--No hay nadie, repitió con aire de insensatez.

--Os digo que sí! replicó el verdugo; todos he-
mos visto que erais dos.

--Pues mira! dijo la reclusa riendo; mete la
cabeza por la ventana.

Examinó el verdugo las uñas de la madre y no
se atrevió á obedecerla.

--Despacha! gritó Tristan que acababa de
formar su jente en círculo alrededor del Trou-
aux-Rats, y continuaba á caballo junto al ca-
dalso.

De nuevo se volvió adonde estaba el preboste
Enrique, todo mohino: acababa de dejar su cuer-
da en el suelo, y revolvía entre las manos su gor-
ra con aire sandío. -- Señor, preguntó, por dónde se
entra?

EL ZAPATITO.

231

—Por la puerta.

—No la hay.

—Por la ventana.

—Es muy estrecha.

—Ensánchala, dijo colérico Tristan. No tienes azadones?

Desde el fondo de su cobacha, la madre siempre sobre sí, lo miraba todo. Nada esperaba ya, no sabía lo que quería, —pero no quería que la quitasen su hija.

Fué Enrique Cousin á buscar la caja de herramientas de carpintería que estaba en el soportal de la casa de los Pilares, de donde sacó también la escala de tijera que aplicó inmediatamente al patibulo. Cinco ó seis hombres del prebostazgo se armaron de picos y de palancas, y con ellos se dirigió Tristan á la ventanilla.

—Eh —buena vieja, dijo el preboste con tono severo, entrérganos de grado á esa muchacha.

Miróle ella como cuando no se comprende.

—Vive Dios! repuso Tristan. — qué empeño tienes en impedir que sea ahorcada esa bruja como manda el rey?

La miserable se echó á reir con su risa feroz.

—Qué empeño tengo? — que es mi hija!

El acento con que pronunció estas últimas palabras hizo estremecerse aun al mismo Enrique Cousin.

—Lo siento, dijo el preboste; pero tal es la voluntad del rey.

—Y qué me importa á mí tu rey? gritó repi-

tiendo su terrible risa. -- Tu rey! -- Cuando te digo que es mi hija!

--Abrid la pared, dijo Tristan.

Bastaba para dejar espedita una abertura bastante ancha, sacar de quicio una hilada de piedra de bajo de la ventanilla. Cuando oyó la madre que zapaban su fortaleza los picos y las palancas, lanzó un grito espantoso, y luego se puso á dar vueltas con increíble velocidad alrededor de su cueva, costumbre de fiera que habia adquirido en su jaula. Ya no hablaba palabra, pero sus ojos brotaban llamas: los soldados estaban helados hasta el fondo de su corazón.

De pronto cojió su piedra, soltó una carcajada, y la tiró con toda su fuerza sobre los trabajadores. La piedra mal disparada, (porque sus manos temblaban) á nadie tocó, y fué á parar junto á los pies del caballo de Tristan. Sus dientes rechinaron.

Aunque no habia salido aun el sol, era ya muy de dia; un bello matiz rosado teñia las viejas chimeneas descascaradas de la casa de los Pilares; era la hora en que las mas matinales ventanas de la gran ciudad se abren alegremente sobre los techos. Algunos paletos, algunas fruterías que iban en su burro á los mercados, empezaban á atravesar la Greve; deteníanse un momento delante de aquel grupo de soldados apiñado alrededor del Trou-aux-Rats, considerábanle con ojos atóvitos y pasaban adelante.

EL ZAPATITO.

233

Fué la reclusa á sentarse junto á su hija, cubriéndola con su cuerpo, pegada á ella, los ojos fijos, escuchando á la pobre niña que no hacia el menor movimiento y murmuraba en voz baja estas solas palabras: --Febo! Febo! A medida que iba avanzando el trabajo de los soldados, retrocedia la madre maquinalmente, y apretaba mas y mas á su hija contra la pared. Luego de repente vió la reclusa moverse la hilada de piedra (porque no apartaba de ella los ojos) y oyó la voz de Tristan que alentaba á los trabajadores; salió entonces del abatinamiento en que habia caído hacia ya algunos instantes y empezó á gritar; y mientras hablaba, su voz desgarraba los oídos como una sierra, y barbotaba como si todas las maldiciones se hubiesen amontonado en sus labios para estallar á la vez. -- Oh! oh! oh! qué horror! sois unos infames! -- pensais en efecto arrebatarme mi hija! Oh! cobardes! oh! villanos verdugos! miserables asesinos! Socorro! socorro! fuego!! -- Será posible que me quiten mi hija? Y hay un Dios! oh!

Entonces, encarándose con Tristan, echando espumarajos por la boca, los ojos desencajados, á cuatro pies como un pantera y herizada y horrible:

--Acércate á quitarme mi hija! No ves que esta mujer te dice que es su hija? Sabes tú lo que es tener una hija? Eh! lobo cerval, nunca has habitado, dime, con tu loba? nunca has tenido de ella algun lobato? Y si los tienes, cuando ellos ahullan, no sientes alguna cosa que te muerde las entrañas?

—Echad á bajo la piedra , dijo Tristan ; ya está casi en el aire.

Levantaron las palancas la maciza hilada , que era , ya lo hemos dicho , la última defensa de la madre. Arrojóse encima de ella y quiso detenerla , rascó la piedra con sus uñas , pero el macizo peñon , puesto en movimiento por seis hombres , se la escapó de entre las manos y se deslizó lentamente á lo largo de las palancas de hierro.

La madre , viendo la entrada espedita , tumbóse de través delante de la abertura , cubriendo la brecha con su cuerpo , retorciéndose los brazos , golpeando las losas con su cráneo , y gritando con una voz ronca , por el cansancio y que apenas se oía : -- Socorro ! fuego ! fuego !

—Cojed ahora á la moza , dijo Tristan siempre impasible.

Miró la madre á los soldados de un modo tan formidable , que mas dispuestos los dejó á retroceder que á seguir adelante.

—Ea , despachemos , repuso el preboste. Enrique Cousin , vé tú el primero.

Nadie dió un paso.

Empezó el preboste á echar ternos y tacos : -- Cabeza de Cristo ! tienen miedo de una mujer mis hombres de guerra !

--Señor , dijo Enrique , y á esa llamáis una mujer ?

--Tiene una melena de leon ! dijo otro.

—Ea ! repuso el preboste , no es mala la entrada. -- Penetrad en ella tres de frente , como en la

EL ZAPATITO.

235

brecha de Pontoise. Despachemos, muerte y Mahoma! Al primero que retroceda, le divido en dos cachos!

Colocados entre el preboste y la madre, ambos formidables, dudaron por un momento los soldados, y luego, resolviéndose de repente, se adelantaron hácia el Trou-aux-Rats.

Cuando vió aquello la reclusa, púsose bruscamente en pié, separó los cabellos que la cubrían el rostro, y luego dejó caer sobre sus muslos sus flacas y desolladas manos. Salieron entonces una á una anchas lágrimas de sus ojos, bajando por una arruga á lo largo de sus mejillas, como un torrente por su cauce: empezó al mismo tiempo á hablar, pero con una voz tan suplicante, tan dulce, tan sumisa, tan amarga que alrededor de Tristan mas de un caduco sotacómitre, que hubiera comido carne humana, se enjugaba los ojos.

—Señores! señores soldados, una palabra por amor de Dios! tengo que deciros una cosa—porque —es mi hija—¿no lo sabeis? mi pobre hija que se me habia perdido.—Escuchadme! Es una historia muy larga.—Habeis de saber que yo conozco muy bien á los señores soldados.... siempre han sido muy caritativos conmigo, cuando los pillos me tiraban piedras, porque llevaba yo una vida de amor.—Sí,—estoy segura de que me dejaréis mi hija, cuando lo sepais todo!-- Yo era una pobre ramera,—las jitanas me la robaron.... por mas señas que conservé su zapatito durante quince años.— Aquí está,—mi-

radle... Así era su pie.--En Reims! La Chantefleurí!--Calle de Loca Pena!--Pueda que la hayais conocido.--Pues era yo.--Entonces, cuando erais jóvenes se pasaba la vida alegremente.--No es verdad, señores, que tendréis compasión de mí? Las jitanas me la robaron, y me han tenido privada de ella durante quince años.--Yo la creía muerta... figuraos, amigos míos, que yo la creía muerta. Quince años he pasado aquí, en esta cueva, sin lumbré en invierno,--eso sí que es terrible, no? --Pobre zapatito! Tanto he gritado que al fin me ha oído el Señor,--esta noche me ha vuelto mi hija,--es un milagro de Dios,--no había muerto.--Sí,--estoy segura de que no me la quitareis.--Si fuera á mí,--bueno,--pero ella,--es una criatura de diez y seis años. Dejadla tiempo para ver el sol!--Qué daño os ha hecho? ninguno,--ni yo tampoco.. Si supiérais que no tengo nada mas que esta niña, que soy ya anciana, que es una bendición que me envia la Santa Virgen.--Y ademas,--sois tan buenos todos! Antes no sabiais que era mi hija,--pero ahora ya lo sabeis.--Oh! ya la quiero tanto! Señor preboste, yo preferiría ver un agujero en mis entrañas á ver una desolladura en su dedo! Y luego me pareccis tan buen señor! Lo que os estoy diciendo lo esplica todo, no es verdad? Oh! Si habeis tenido una madre, señor! vos sois el capitán, con que podeis dejarme mi hija! Considerad que os lo pido de rodillas como á un Jesucristo! Yo no pido nada á nadie; soy de Reims, señores; tengo

EL ZAPATITO.

237

una hacendilla de mi tío Mabiet Pradon.—Yo no soy una vagamunda, — no pido nada más que mi hija! Dios, que es el señor de todas las cosas, no me la ha vuelto en valde! El rey! habláis del rey! Pues yo sé que no le dará mucho gusto que maten á mi hija! — El rey es tan bueno! — Es mi hija! la hija de mis entrañas! No es del rey, no es vuestra, es mía! Yo quiero irme! las dos queremos irnos! en fin, dos mujeres que pasan, que una es la madre y otra la hija, se las deja pasar! dejadnos pasar! somos de Reims. Oh! — yo sé que todos sois muy buenos. señores — á todos os quiero de corazón. — Oh! no me quitaréis mi pobre hija, es imposible! Verdad que eso es imposible? Hija mía! hija mía!!

No trataremos de dar una idea de su ademán, de su acento, de las lágrimas que bebía mientras hablaba, de cómo cruzaba y se retorcia las manos, de las sonrisas amargas, de las miradas delirantes, de los jemidos, de los suspiros, de los gritos miserables y horribles que mezclaba á estas palabras desordenadas, locas é incoherentes. Luego que hubo acabado, frunció las cejas Tristan l'Hermite, pero fué para ocultar una lágrima que brillaba en sus ojos de tigre. Venció no obstante aquel momento de debilidad, y dijo en tono decisivo: — El rey lo manda.

Acercóse luego al oído de Enrique Cousin, y le dijo en voz baja: — Date prisa! El formidable preboste se sentía acaso también desfallecer.

Penetraron en la celda el verdugo y los solda-

dos. No hizo la madre ninguna resistencia, llegóse á rastras adonde estaba su hija, y cayó sobre ella como un cuerpo muerto. Vió la jítana á los soldados que se acercaban y el horror de la muerte la reanimó.— Madre mia! gritó con un acento inefable de amargura, madre mia! que vienen! defendedme!— Sí, vida mia, sí— ya te defiende! respondió la madre con voz doliente, y estrechándola convulsivamente entre sus brazos, la cubrió de besos.— Ambas tendidas en el suelo, la madre sobre la hija, formaban un espectáculo digno de compasión.

Cojió Enrique Cousin á la Esmeralda por la cintura, y cuando sintió aquellas ásperas manos que la asian, dió la infeliz un grito y cayó desmayada; el verdugo que dejaba caer una á una muchas lágrimas sobre ella, quiso cojerla en brazos. Procuró desasir á la madre que había, por decirlo así, anudado sus dos manos en torno de la cintura de su hija, pero estaba tan fuertemente agarrada á la pobre niña que fue imposible separarla; entonces Enrique Cousin sacó de la celda á la jítana arrastrando y á la madre detrás de ella; la madre también tenía los ojos cerrados.

Salía el sol en aquel momento y había ya en la plaza gran copia de gente que miraba á cierta distancia lo que llevaban arrastrando sobre las piedras hácia el patíbulo. Porque tal era la moda del preboste Tristan en las ejecuciones de muerte: tenía la manía de impedir que se acercasen los curiosos.

No había un alma en las ventanas; solo se veían

EL ZAFATITO.

239

á lo lejos, en la cima de aquella de las torres de Nuestra Señora que domina la Greve, dos hombres destacados en sombra sobre el cielo azul de la mañana, que parecían estar mirando aquella escena.

Paróse Enrique Cousin con su carga al pie de la fatal escalera, y respirando apenas, tal era su agitación, ciñó la cuerda en torno del divino cuello de la Esmeralda. Sintió la pobre niña el horrible contacto del cáñamo, alzó los párpados, y vió estendido sobre su cabeza el descarnado brazo del cadalso de piedra. Dió entonces una violenta sacudida, y gritó en alta y dolorosa voz: —No! no! no quiero!— La madre, cuya cabeza desaparecía entre los vestidos de su hija, no dijo una sola palabra, pero se vió palpar todo su cuerpo, y se oyeron aun mas que hasta entonces los besos que la daba. Aprovechó el verdugo aquel momento para desasir de un empuello el brazo con que apretaba á la víctima, y sea por desfallecimiento, sea por desesperacion, soltó la madre á la Esmeralda. Cojió entonces el verdugo á la niña sobre su hombro de donde caía la angelical criatura, doblegada como una cinta junto á la ancha cabeza del sayon, y puso un pie en la escalera para subir.

En aquel momento, la reclusa que estaba acurrucada sobre las piedras, abrió enteramente los ojos sin lanzar un grito, púsose en pie con una espresion terrible, y luego como una fiera sobre su presa, arrojóse sobre la mano del verdugo y le mordió. Fue aquello un relámpago; el sayon lanzó un

bramido de dolor. Acudieron todos, y no sin gran dificultad sacaron su mano ensangrentada de entre los dientes de la madre, que guardaba el mas profundo silencio. Diéronla un brutal empujón, y su cabeza cayó con terrible violencia sobre las piedras; cuando quisieron levantarla, de nuevo se dejó caer. La infeliz estaba muerta.—

Entonces el verdugo que no habia soltado á la jítana empezó á subir al cadalso.

2.

LA CREATURA BELLA BIANCO VESTITA.

DANTE.

Cuando Quasimodo vió que la celda estaba vacía, que ya no estaba allí la jítana, que mientras la estaba defendiendo se la habian arrebatado, mesóse los cabellos á dos manos y pateó de sorpresa y de dolor; luego echó á correr por toda la iglesia buscando á su jítana, ahullando gritos estraños en todos los rincones, sembrando sus cabellos rojos por todo el pavimento. En aquel iustante acababan los arqueros del rey de entrar victoriosos en Nuestra Señora buscando tambien á la jítana. Ayudóles á ello Quasimodo, sin sospechar siquiera sus fatales intenciones; el pobre sordo creía que los enemigos de la jítana eran los hampones. El mismo llevó á Tristan á todos los escondrijos posibles, le abrió todas las puertas secretas, en el trascoro, en la sacristía, en todas partes; si la infeliz hubiera estado aun allí, él la hubiera entregado á sus enemigos. Cuando el

TOMO III.

16

cansancio de no hallarla aburrió á Tristan, que no se aburría con facilidad, continuó Quasimodo buscándola solo. Veinte, cien veces dió vuelta á toda la iglesia, en todas direcciones, de arriba abajo, subiéndola, bajándola, corriendo, llamando, gritando, pescudando, revolviendo, registrando, metiendo la cabeza en todos los agujeros, introduciendo un hacha encendida en todas las bóvedas, desesperado, loco; un tigre que ha perdido á su hembra no está mas rujiente ni mas furioso. En fin, cuando se convenció bien de que ya no estaba allí, de que ya no había remedio, de que se la habían quitado, volvió á subir lentamente la escalera de las torres, aquella escalera que con tanto entusiasmo y triunfo subió el día en que la libertó de la muerte. Volvió á pasar por los mismos sitios con la cabeza baja, sin voz, sin lágrimas, casi sin aliento; de nuevo estaba desierta la iglesia y sepultada en su profundo silencio; los arqueros la habían abandonado para perseguir á la hechizera por la Ciudad. Quasimodo, solo ya en la inmensa catedral, tan sitiada y tumultuosa poco antes, volvió á tomar el camino de la celda donde durante tantas semanas había dormido la jitana bajo su salvaguardia. Al acercarse á ella, imaginóse que tal vez la hallaría allí. Cuando al revolver la galería que da sobre el techo de los claustros laterales divisó la estrecha celda con su ventanilla y su puerta, agazapada bajo un enorme botarrel, como un nido bajo una rama, sintióse desfallecer el pobre hombre, y se apoyó contra un pilar

LA CREATURA, ETC.

243

por no caer. Imaginóse que acaso habria vuelto allí, que sin duda un ángel la habia hecho tornar á aquel sitio; que aquel asilo era demasiado pacífico, demasiado sereno y delicioso para que no estuviera en él, y no se atrevia á dar un paso mas, temeroso de destruir su ilusion. -- Sí, decia hablando consigo mismo, tal vez estará durmiendo ó rezando.... no la interrumpamos. Echó en fin el resto de su valor, adelantóse de puntillas, miró y entró.... Vacía! --la celda estaba vacía! Dió varias vueltas por ella el desdichado sordo con lentos pasos, levantó la cama y miró debajo, como si pudiera estar escondida entre el colchon y las losas, y luego meneó la cabeza y quedó estúpido. De pronto, pisoteó furioso su tea, y sin decir palabra, sin lanzar un suspiro, se precipitó con toda su fuerza la cabeza contra la pared, y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, echóse sobre la cama, revolcóse en ella, besó con frenesí el sitio, tibio aun, en que habia dormido la gitana, y allí quedó inmóvil por algunos minutos como si fuera á espirar; luego se levantó sudando á mares, jadeando, incesante y empezó á golpear con su cabeza las paredes con la espantosa regularidad del badaje de sus campanas, y la resolucion de un hombre que quiere estrellarse los sesos. Cayó en fin en tierra por segunda vez, rendido, y salió arrastrándose sobre sus rodillas fuera de la celda hasta que se acurrucó enfrente de la puerta, en una actitud de asombro. Permaneció así mas de una hora sin hacer ningun

movimiento, fijos los ojos en la desierta celda, mas sombrío y pensativo que una madre sentada entre una cuna vacía, y un atahud lleno. No pronunciaba una sola palabra, solo de vez en cuando, y con largos intervalos, ajitaba un sollozo violentamente todo su cuerpo, pero un sollozo sin lágrimas como aquellos relámpagos de verano que no meten ruido.

Es de creer que entonces fué, cuando discurrendo en el fondo de sus amargas cavilaciones sobre quien podía ser el inesperado raptor de la jítana, pensó por primera vez en el arcediano. Acordóse de que solo don Claudio tenía una llave de la escalera que conducía á la celda; recordó sus tentativas nocturnas contra la Esmeralda, aquella en que él mismo le habia ayudado, y la segunda que él mismo tambien dejó frustrada. Acordóse de otros mil detalles, y pronto no le quedó duda alguna de que el raptor de la jítana era el arcediano; y sin embargo, era tal su respeto al sacerdote, la gratitud, el amor, el delirio hácia aquel hombre habian echado tan profundas raíces en su corazon, que aun en aquel momento resistían á las punzadas de los celos y de la desesperacion.

Pensaba en que el arcediano habia hecho aquello, y la cólera de sangre y de muerte que tan infame accion le hubiera inspirado contra cualquier otro hombre, se convertía en el pobre sordo, tratándose de Claudio Frollo, en aumento de dolor.

En el momento mismo en que sus sospechas se

LA CREATURA, ETC.

245

fijaron, como hemos dicho, en el sacerdote, como ya empezaba el alba á blanquear los botareles, vió en el piso superior de Nuestra Señora, en la vuelta que forma la balaustrada exterior que gira en torno de la ápside, una especie de fantasma que andaba. Esta fantasma venia hácia donde estaba él; no tardó en reconocerla—era el arcediano. Andaba don Claudio con paso grave y lento; no miraba delante de sí al andar, y aunque se dirigia hácia la torre septentrional, volvía la cara á un lado, hácia la orilla derecha del Sena, llevando la cabeza erguida como si procurara ver algo por cima de los techos: el buho suele tomar esta actitud oblicua; vuela hácia un punto y mira otro.—Así pasó el sacerdote por cima de Quasimodo sin verle.

El sordo á quien habia petrificado aquella repentina aparicion, le vió sumerjirse bajo la puerta de la escalera de la torre septentrional; el lector sabe que desde aquella torre se vé la Casa de la Ciudad. Quasimodo se puso en pié y siguió al arcediano.

Subió Quasimodo la escalera de la torre por subirla, para saber porque la subia el sacerdote; por lo demas, el pobre campanero no sabia ni lo que hacia, ni tampoco lo que queria; estaba lleno de furor y de miedo. El arcediano y la gitana se entrechocaban en su corazon.

Luego que llegó á la cima de la torre, antes de salir de la sombra de la escalera, y de entrar en la plataforma, examinó con precaucion donde estaba

el sacerdote; este le volvía la espalda. Hay una baranda calada que circunda la plataforma del campanario; el sacerdote, cuyos ojos estaban fijos en la Ciudad, tenía el pecho apoyado en aquel de los cuatro lados de la baranda que mira hacia el puente de Nuestra Señora.

Quasimodo, llegándose á pavo de lobo por detrás de él, fué á ver lo que estaba mirando de aquella manera: y tan absorta estaba en aquella atención del sacerdote que no oyó andar al sordo junto á él.

Magnífico y delicioso espectáculo es París, y sobre todo el París de entonces, visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora, á los frescos albores de una aurora de verano. Sería entonces como hacía el mes de julio; el cielo estaba perfectamente limpio y sereno; algunas estrellas rezagadas iban desapareciendo en él en diferentes puntos, y una había en extremo brillante allá en el claro oriente del cielo. -- Estaba saliendo el sol; París empezaba á dar señales de vida. Una luz blanca y pura destacaba vivamente á la vista todos los planos que sus mil casas presentan hacia el oriente. La gigante sombra de los campanarios se estendía de techo en techo de un confin al otro de la gran ciudad. Ya había barrios que hablaban y que metían bulla; oíase aquí una campanada, allí un martillazo, acullá el complicado chirrido de una carreta andando: ya desembocaban por una y otra parte sobre aquella superficie de techos algunas mangas de humo como

LA CREATURA, ETC.

247

por las rendijas de un inmenso cedazo. El río que frun-
cesu agua en los ojos de tantos puentes, en la punta
de tantas islas, estaba listado de mil pliegues de pla-
ta: entorno de la ciudad, por fuera de las mura-
llas, perdiase la vista en un ancho círculo de va-
pores esponjosos al trasluz de los cuales se distin-
guian confusamente la línea indefinida de las lla-
nuras, y las graciosas ondulaciones de las colin-
nas. Todo linaje de flotantes rumores se dispersa-
ban sobre aquella ciudad medio despierta; en la
dirección del oriente, el aura de la mañana impelia
por entre la limpia atmósfera algunas blancas gue-
dejas arrancadas al brumoso vellon de las colinas.

En el atrio, algunas buenas viejas que lleva-
ban en la mano su jarro de leche, se enseñaban unas
á otras el descalabro singular de la gran portada
de Nuestra Señora, y dos arroyos de plomo cua-
jados entre las rendijas de los estucos: aquello era
todo lo que quedaba del tumulto de la noche. La
hoguera encendida por Quasimodo entre las torres
estaba apagada, y ya Tristan habia hecho limpiar
la plaza y arrojar los muertos al río.--Los reyes co-
mo Luis XI siempre tienen cuidado de lavar prou-
to el suelo despues de una carnicería.

Por fuera de la baranda de la torre, precisa-
mente debajo del punto en que se hallaba el sacer-
dote, habia una de aquellas canales de piedra fan-
tásticamente esculpidas que herizan todos los edifi-
cios góticos; y en una grieta de aquella canal, dos
graciosos alielies en flor, mecidos y como vivifica-

dos por el aliento de la brisa , se hacían juguetones saludos. Encima de las torres , á lo alto , muy allá en el fondo del cielo , oíanse blandos trinos de pajarillos.

Pero el sacerdote no escuchaba , no miraba ninguna de aquellas cosas , porque era uno de aquellos hombres para quienes no hay mañanas , no hay pájaros , no hay flores. En aquel inmonso horizonte que tantos aspectos tomaba en torno de él , su contemplación estaba concentrada en un punto solo.

Impaciente estaba Quasimodo por preguntarle que había hecho de la gitana ; pero el arcediano en aquel momento parecía vivir fuera de este mundo ; hallábase visiblemente en uno de aquellos terribles instantes en que no lo sentiría el hombre si la tierra se derrumbara. Fijos invariablemente los ojos en cierto punto , permanecía inmóvil y silencioso ; y aquel silencio , y aquella inmovilidad tenían un no sé qué tan formidable y solemne , que el tétrico campanero temblaba y no se atrevía á interrumpirlos ; solo se atrevió , lo que era hasta cierto punto interrogar al arcediano , á seguir la dirección de su rayo visual , y de este modo cayó la mirada del desdichado sordo sobre la plaza de Greve.

Vió entonces lo que estaba mirando el sacerdote. Estaba la escala arrimada al patíbulo permanente ; había en la plaza bastante concurrencia de pueblo y muchos soldados ; un hombre arrastraba sobre las piedras una cosa blanca , de que iba engan-

LA CREATURA, ETC.

249

chada una cosa negra. Paróse aquel hombre al pie del cadalso, y entonces pasó algo que no pudo Quasimodo distinguir bien, y no porque su ojo único no conservara toda su perspicacia, sino porque un grupo de soldados impedía que se viese todo. Además en aquel mismo momento salió el sol, y rebosó por cima del horizonte un mar de luz tan viva que no parecía sino que en todas las puntas de París, agujas, chimeneas, picos de las fachadas se pegaba fuego á la vez.

El hombre entre tanto empezó á subir la escalera, y entonces le vió muy bien Quasimodo. Llevaba sobre el hombro una mujer, una niña vestida de blanco; aquella mujer tenía una cuerda en el cuello. Quasimodo la reconoció... era ella!

Llegó el hombre á lo alto de la escalera de mano, y arregló el nudo corredizo. Entonces el sacerdote para ver mejor se puso de rodillas sobre la balaustrada.

Dió el hombre de pronto un empujón con el pie á la escalera del patíbulo, y Quasimodo, que no respiraba hacia ya algunos momentos, vió mecerse en la punta de la cuerda á cuatro varas sobre el nivel del suelo, la pobre niña bajo el hombre agazapado encima de ella con los pies sobre sus hombros. Giró muchas veces la cuerda sobre sí misma, y vió Quasimodo correr horribles convulsiones á lo largo del cuerpo de la gitana. El sacerdote por su parte, el cuello estirado, los ojos fuera de sus órbitas, contemplaba aquel horrible grupo

del hombre y de la mujer, de la araña y de la mosca.

En el momento mas espantoso, una carcajada infernal, una carcajada en que no puede prorumpir sino el que ya no es hombre, estalló en el semblante lívido del sacerdote. Quasimodo no oyó aquella carcajada, pero la vió, y entonces retrocedió algunos pasos detras del arcediano y de pronto, precipitándose sobre él con furor, arrojóle por la espalda con sus robustas manos sobre el abismo á que estaba asomado el arcediano.

Gritó Don Claudio: -- Condenacion ! y cayó.

El canelón sobre que se hallaba, le detuvo en su caída. Asíóse á él con manos desesperadas, y en el momento en que abría la boca para lanzar otro grito, vió pasar sobre el realce de la balaustrada, encima de su cabeza, la formidable figura de Quasimodo. -- Entonces calló.

Estaba el abismo debajo de él; una caída de mas de doscientos pies y el suelo. En aquella horrible situacion, no dijo el arcediano una palabra, no exhaló un jemido; solo se engarabitó en el canelón, haciendo inútiles esfuerzos, para bajar hasta él; pero sus manos no tenían á que agarrarse en el granito, sus pies raspaban la ennegrecida pared sin morder en ella. Los que han subido á las torres de Nuestra Señora, saben que hay una comba en la piedra inmediatamente debajo de la balaustrada, y justamente sobre aquel ángulo entrante se desahucia en esfuerzos inútiles el miserable arcediano. No

LA CREATURA, ETC.

251

tenía que luchar contra una pared perpendicular, sino contra una pared que huía bajo sus pies.

Hubiérale bastado á Quasimodo para sacarle de aquel abismo, alargarle una mano, pero ni siquiera le miraba. Miraba la Greve, miraba el patibulo, miraba á la jitana: habíase el sordo apoyado de codos sobre la baranda en el sitio que ocupaba un momento antes el arcediano, y allí, sin separar un punto su mirada del único objeto que existía en todo el mundo para él en aquel momento, estaba inmóvil y mudo como un hombre herido del rayo, y un largo arroyo de llanto caía en silencio de aquel ojo que no había derramado hasta entonces mas que una lágrima.

En tanto jadeaba el mísero arcediano, brotaba el sudor de su calva frente, sus uñas tenían de sangre la piedra, sus rodillas se rozaban en carne viva sobre la pared. Oía á su sotana enganchada en el canelón, crujir y descoserse á cada nueva sacudida que la daba. Para colmo de desgracia, terminábase aquella canal en un cañón de plomo que se inclinaba bajo el peso de su cuerpo; sentía el arcediano que iba doblándose lentamente aquel cañón. Pensaba para su martirio el miserable que cuando el cansancio agotase la fuerza de sus manos, cuando se desgarrase su sotana, cuando se doblase enteramente aquel plomo, tendría que caer, y entonces el espanto le atarazaba las entrañas. Miraba á veces con ojos desencajados una especie de estrecho plano formado, como hasta diez pies mas aba-

jo por los accidentes de la escultura, y pedía al cielo en el fondo de su alma desolada que le hiciese acabar su vida en aquel espacio de dos pies cuadrados, aun cuando debiera durar cien años. Una vez miró debajo de él la plaza, el abismo; la cabeza que levantó cerraba los ojos y tenía los cabellos tiesos.

Era cosa horrible el silencio de aquellos dos hombres: mientras el arcediano á algunos pies de distancia agonizaba de aquel modo tan espantoso, Quasimodo lloraba y miraba la Greve.

El arcediano, viendo que todos sus arranques no hacían mas que conmover el fragil punto de apoyo que le quedaba, tomó el partido de quedar inmóvil. Allí estaba abrazado á la canal, respirando apenas, sin menearse en lo mas mínimo, sin mas movimiento que aquella convulsion maquinal del vientre que sentimos soñando cuando creemos estar cayendo en un precipicio. Sus ojos mates estaban abiertos de un modo enfermizo y atónito, y entre tanto iba poco á poco perdiendo terreno; sus dedos se escurrian sobre la canal, y cada vez sentía mas y mas la flaqueza de sus brazos, y el peso de su cuerpo. La curbatura del plomo que le sostenía se inclinaba por momentos hácia el abismo. Veía debajo de él, cosa horrible, el techo de san Juan-le-Rond pequeño como un naipe doblado por la mitad: miraba unas tras otras las impasibles esculturas de la torre, como suspendidas sobre el precipicio, pero sin terror por ellas ni compasión para

LA CREATURA, ETC. 253

él. Todo era de piedra en torno de su cuerpo; delante de sus ojos, los mónstruos inmóviles; debajo, allá en el fondo, en la plaza, las piedras; encima de su cabeza, Quasimodo que lloraba.

Habia en el atrio algunos graves curiosos que procuraban con notable cachaza adivinar quien podía ser el loco que se divertía de una manera tan particular; oiales decir el sacerdote, porque su voz llegaba hasta él clara y aguda: — Sobre que va á romperse la crisma!

Quasimodo lloraba.

Comprendió en fin el arcediano, echando espu-marajos de rabia y de terror, que todo era inútil. Sin embargo, echó el resto de su vigor para arriesgarlo todo en un último esfuerzo. Colgóse en vilo al canelón, rechazó la pared con ambas rodillas, ent-clavijó sus manos en una rendija de la piedra, y acaso hubiera logrado trepar hasta arriba con un pie; pero aquella emoción doblegó bruscamente el pico de plomo sobre que se apoyaba; el mismo empuje desgarró de arriba abajo la sotana. Entonces, sintiéndose casi en el aire, sin mas apoyo que sus manos crispadas y ya sin fuerza asidas á alguna cosa, cerró el infeliz los ojos y soltó la canal.—Cayó.

Quasimodo le miró caer.

Una caída desde tanta elevacion rara vez es perpendicular; el arcediano lanzado en el espacio, cayó al principio cabeza abajo y las manos estendidas, y luego dió muchas vueltas sobre sí mismo; el viento le impelió hácia el techo de una casa, donde el

254

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

infeliz empezó á hacerse pedazos : no habia muerto aun sin embargo , cuando llegó á él. Vióle el campanero procurar todavía asirse con las uñas á la parte superior de la fachada ; pero el plano estaba demasiado inclinado , y el miserable no tenia ya fuerzas ; deslizóse rápidamente sobre el techo como una teja que se desprende , y cayó botando en el suelo. Allí no hizo ya ningun movimiento.

Alzó entonces Quasimodo su ojo único sobre la jítana cuyo cuerpo suspendido á la cuerda veia palpitár á lo lejos , bajo su blanca falda , con los últimos estremecimientos de la agonía ; luego fijó su mirada en el arcediano , tendido al pie de la torre , ya sin forma humana , y dijo con un sollozo que levantó la tabla de su profundo pecho : — Oh ! todo cuanto he amado!...

5.

GASAMIENTO DE REBO.

A la caída de aquella misma tarde, cuando los oficiales de la justicia del obispo fueron á recojer sobre las piedras del atrio el dislocado cadáver del arcediano, Quasimodo habia desaparecido.

Muchos y varios rumores corrieron sobre esta aventura; pero fue el mas generalmente acreditado el de que ya habia llegado el día en que, conforme á su pacto, Quasimodo, es decir el diablo, debia llevarse á Claudio Frollo, es decir, el brujo. Sospechóse que habia roto el cuerpo para sacar el alma, como rompen los monos la nuez para comérsela.

Por eso no fue el arcediano sepultado en tierra santa.

Luis XI murió el año siguiente en agosto de 1483.

256 NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Por lo que hace á Pedro Gringoire, logró salvar á la cabra, y obtuvo algunos laureles en el género trágico.—Parece que despues de haber probado succesivamente la astrología, la filosofía, la arquitectura, la hermética, todas las locuras, echóse á cierra-ojos en la tragedia que es la mas loca de todas; esto es lo que él llamaba *haber tenido un fin trágico*. Hé aquí lo que con respecto á sus triunfos dramáticos se lee desde 1483 en las cuentas llamadas del Ordinario:—“A Juan Marchand y Pedro Gringoire, carpintero y compositor, que han hecho y compuesto el misterio representado en el Chatelet de París, con motivo de la entrada del señor legado, dispuesto los personajes, y á estos revestido y ataviado cual el susodicho misterio requería, y juntamente han dispuesto los tablados que para ello eran necesarios; por todo lo cual, cien libras.”

Tambien Febo de Chateaupers tuvo un fin trágico; se casó.

4.

CASAMIENTO DE QUASIMODO.

Acabamos de decir que Quasimodo desapareció de Nuestra Señora el día mismo en que murieron la jitana y el arcediano; y en efecto, nunca mas se volvió á ver ni aun se supo qué habia sido del infeliz campanero.

En la noche que siguió al suplicio de la Esmeralda, los criados y carpinteros del verdugo quitaron su cuerpo del cadalso y lo llevaron, segun costumbre, al foso de Montfaucon.

Era Montfaucon, como dice Sauval, "el mas antiguo y el mas soberbio patíbulo del reino." Entre los arrabales del Templo y de San Martin, como hasta ciento sesenta toesas de los muros de París, á algunos tiros de ballesta de la Courtille (1),

(1) Ya dijo el autor en el libro 3.º de esta historia que la Courtille era un pueblecito casi contiguo á París. Todavía se conserva, tan lleno de tabernas y de figones como en el siglo quince: es célebre en el día por las alegres francachelas de que es teatro todos los domingos y fiestas de guardar. (*V. del Trad.*)

veíase en la cumbre de una eminencia suave, insensible, bastante elevada para ser vista á algunas leguas á la redonda, un edificio de forma estraña, que se parecia bastante á un cromlec céltá, y donde se hacían también sacrificios humanos.

Imajínese el lector en la cima de un terrontero de yeso, un ancho paralelepípedo de mazonería, de quince pies de alto, de treinta de ancho, de cuarenta de largo, con una puerta, una rampa exterior y una plataforma; sobre esta planicie, diez y seis enormes pilares de piedra en bruto, derechos, de treinta pies de altura; dispuestos en forma de columnaata alrededor de tres de los cuatro lados de la mole que los sostiene, enlazados entre sí en su cima por fuertes vigas de que penden numerosas cadenas de trecho en trecho; en todas estas cadenas, esqueletos humanos; en las cercanías, en la llanura, una cruz de piedra y dos patibulos de segundo orden alrededor del cadalso central; encima de todo esto, en el cielo, un perpétuo vuelo de cuervos:-- hé aquí lo que era Montfaucon.

A fines del siglo XV estaba ya muy decrepito el formidable patíbulo que databa del año 1328; las vigas estaban carcomidas, las cadenas rotadas de orin, los pilares verdes de mohó y empodrecidos; las hiladas de las piedras de construcción estaban todas raja las en sus junturas, y ya cubierta de verba aquella plataforma á que no tocaban los pies. Horrible se destacaba sobre el cielo el perfil de aquel monumento, de noche, sobre todo, cuando

CASAMIENTO, ETC.

859

había un poco de luna sobre aquellos cráneos blancos, ó cuando la brisa de la tarde rozaba cadenas y esqueletos, y movía todo aquello en la sombra. Bastaba aquel patíbulo para convertir en siniestros lugares á todas las cercanías.

La mole de piedra que servía de base á aquel odioso edificio estaba hueca. Había dentro de ella un ancho foso, cerrado por una mohosa reja de hierro toda rajada, adonde echaban, no solo los despojos humanos que se desprendían de las cadenas de Montfaucon, mas también los cuerpos de todos los infelices ajusticiados en los patíbulos permanentes de París. En aquel profundo osario donde juntos se han podrido tanto polvo humano y tantos crímenes, muchos grandes de la tierra, muchos inocentes también han ido sucesivamente á llevar allí sus huesos, desde Enguerrando de Marigny (1), que estrenó á Montfaucon, y que era un justo, hasta el almirante de Coligni (2), que fué su último huésped y que era también un justo.

(1) Intendente de la hacienda y de los edificios (*intendant des finances et batiments*) bajo el reinado de Felipe-el-Hermoso, fué condenado, después de la muerte de este monarca, á ser ahorcado por pretesto de peculado, sentencia que se ejecutó en 1365 en uno de los patíbulos de Montfaucon, que él mismo había hecho erigir. Es evidente que Marigny murió injustamente sacrificado al rencor popular y al resentimiento de Carlos de Valois, á quien había ofendido desmintiéndole solemnemente en cierta ocasión. (N. del trad.)

(2) Gaspar de Coligni, célebre almirante francés, na-

En cuanto á la misteriosa desaparición de Quasimodo, hé aquí todo lo que hemos podido descubrir.

Como hasta año y medio ó dos años despues de los sucesos que terminan esta historia, cuando se fué á buscar en el foso de Montfaucon el cadáver de Oliveros el Gamo, que habia sido ahorcado dos dias antes, y á quien concedía Carlos VIII la merced de ser enterrado en San Lorenzo, entre mas selecta sociedad, halláronse entre aquellas inmundas osamentas dos esqueletos, uno de los cuales tenia asido al otro entre sus brazos con singular fortaleza. Uno de aquellos dos esqueletos, que era el de una mujer, tenia aun á guisa de vestimenta algunos harapos de un lienzo que habia sido blanco, y veíase alrededor de su cuello un collar de cuentas de sándalo con un pequeño escapulario de seda recamado de avalorios verdes, que estaba abierto y vacío; aquellos objetos tenían tan poco valor que sin duda

ció en 1516 en Chatillon-sur-Loing. Muerto Enrique II de resultas de una herida en un ojo, que recibió en un torneo, bizose jefe de los calvinistas, y á pesar de haber sufrido muchas derrotas, llegó á ser el terror de los del partido del Duque de Guise. Restablecida la paz en 1571, fué bien recibido en la corte, pero aquella buena acogida era el velo con que se encubria la mas negra traicion; — el célebre, valiente y generoso guerrero Coligni fué la primera víctima sacrificada en la horrible carnicería de la noche de San Barthelemy, por los sicarios del execrable Carlos IX.

(N. del Trad.)

CASAMIENTO, ETC. 261

el verdugo no había querido apropiárselos. El otro que tenía á este fuertemente abrazado, era un esqueleto de hombre: observóse que tenía la columna vertebral torcida, la cabeza entre los omoplatos, y una pierna mas corta que la otra; pero no tenía ninguna fractura en las vértebras de la nuca, y era evidente que no había muerto ahorcado. El hombre á quien había pertenecido, habíase dejado morir en aquel sitio.-- Cuando quisieron separarle del esqueleto á que estaba abrazado, cayó hecho polvo.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ULTIMO.